



JASMINE WYLDER

5

La Reina secreta DEL DRAGÓN

301

4

El Bebé secreto DEL DRAGÓN

301

3

El Premio secreto DEL DRAGÓN

301

2

La Novia secreta DEL DRAGÓN

301

1

El Hijo secreto DEL DRAGÓN

301

Secretos de los
DRAGONES

LA COLECCIÓN COMPLETA

© Copyright 2020 por Pure Passion Reads – Todos los derechos reservados.

De ninguna manera es legal reproducir, duplicar o transmitir cualquier parte de este documento tanto en medios electrónicos como en formato impreso. La grabación de esta publicación está estrictamente prohibida y no se permite el almacenamiento de este documento a menos que cuente con el permiso por escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Los autores respectivos poseen todos los derechos de autor que no pertenecen al editor.

Secretos de los Dragones

La Colección Completa

Jasmine Wylder

Índice

EL BEBÉ SECRETO DEL DRAGÓN (Libro 1)

Capítulo UNO

Capítulo DOS

Capítulo TRES

Capítulo CUATRO

Capítulo CINCO

Capítulo SEIS

Capítulo SIETE

Capítulo OCHO

Capítulo NUEVE

Capítulo DIEZ

Capítulo ONCE

Capítulo DOCE

Capítulo TRECE

Capítulo CATORCE

Capítulo QUINCE

LA NOIVA SECRETA DEL DRAGÓN (Libro 2)

Capítulo UNO

Capítulo DOS

Capítulo TRES

Capítulo CUATRO

Capítulo CINCO

Capítulo SEIS

Capítulo SIETE

Capítulo OCHO

Capítulo NUEVE

Capítulo DIEZ

Capítulo ONCE

Capítulo DOCE

Capítulo TRECE

Capítulo CATORCE

Capítulo QUINCE

Capítulo DIECISÉIS

EL PREMIO SECRETO DEL DRAGÓN (Libro 3)

Capítulo UNO

Capítulo DOS

Capítulo TRES

Capítulo CUATRO

Capítulo CINCO

Capítulo SEIS

Capítulo SIETE

Capítulo OCHO

Capítulo NUEVE

[Capítulo DIEZ](#)

[Capítulo ONCE](#)

[Capítulo DOCE](#)

[Capítulo TRECE](#)

[Capítulo CATORCE](#)

[Capítulo QUINCE](#)

[Capítulo DIECISÉIS](#)

[EL HIJO SECRETO DEL DRAGÓN \(Libro 4\)](#)

[Capítulo UNO](#)

[Capítulo DOS](#)

[Capítulo TRES](#)

[Capítulo CUATRO](#)

[Capítulo CINCO](#)

[Capítulo SEIS](#)

[Capítulo SIETE](#)

[Capítulo OCHO](#)

[Capítulo NUEVE](#)

[Capítulo DIEZ](#)

[Capítulo ONCE](#)

[Capítulo DOCE](#)

[Capítulo TRECE](#)

[Capítulo CATORCE](#)

[Capítulo QUINCE](#)

[LA REINA SECRETA DEL DRAGÓN \(Libro 5\)](#)

[Capítulo UNO](#)

[Capítulo DOS](#)

[Capítulo TRES](#)

[Capítulo CUATRO](#)

[Capítulo CINCO](#)

[Capítulo SEIS](#)

[Capítulo SIETE](#)

[Capítulo OCHO](#)

[Capítulo NUEVE](#)

[Capítulo DIEZ](#)

[Capítulo ONCE](#)

[Capítulo DOCE](#)

[Capítulo TRECE](#)

[Capítulo CATORCE](#)

[Capítulo QUINCE](#)

[Capítulo DIECISÉIS](#)

[Gracias!](#)

[Más libros de Jasmine Wylder](#)

[Sobre Jasmine Wylder](#)

EL BEBÉ SECRETO DEL DRAGÓN

Capítulo UNO

Dominique

Los monos se llamaban unos a otros en la jungla alrededor del campamento. Dominique Mennel los ignoraba, ya que se había acostumbrado a su bullicio. Los primeros dos meses aquí en el sitio de excavación de Belice habían sido una tortura con el ruido constante, pero durante los últimos tres años trabajando aquí era sólo estática de fondo. Hoy de todos los días ella no iba a dejar que un poco de charla de monos la distrajera.

Se sentó en su caravana mirando el teléfono, sus dedos tamborileando con un ritmo impaciente. Los celulares no funcionaban aquí, así que tenía que depender de este teléfono fijo. En cualquier momento se suponía que recibirían los resultados de los artefactos que habían enviado para la datación por radiocarbono. Tres años en esta excavación y no había encontrado nada tan emocionante como esto.

Dominique había querido ser arqueóloga desde que era una niña pequeña, y esta era la primera excavación que la encabezaba. Ella hubiera preferido trabajar un poco más al norte, pero esto encajaba con su educación, y su jefa, Claire Perry, le había ofrecido el trabajo personalmente. Era algo que no podía rechazar.

La tierra en la que estaba trabajando estaba en el centro de la convergencia de cuatro clanes Dragón y esperaba encontrar pruebas de su teoría de que la migración de los Dragón al área era anterior a los primeros registros escritos, pero no había tanta suerte. Había encontrado fragmentos de cerámica y algunos artefactos pre-Maya más interesantes, aunque nada que espectacular.

Hasta que encontraron el huevo. Estaba rodeado de todo tipo de artefactos, desde ropa hasta cestas llenas de comida y joyas de jade y obsidiana. Había sido sellado en una caja de piedra fuertemente cementada y alrededor de la caja había carbón de leña y ceniza, como si se hubiera encendido un fuego a su alrededor y luego hubiera sido enterrada. Dominique nunca había oído hablar de nada parecido antes, y todos los Dragones locales con los que hablaban sus colegas no parecían tener ninguna teoría sobre lo que era.

El huevo en sí no era tan extraordinario. Estaba ennegrecido por el hollín y medía apenas un poco más que un huevo de avestruz. Lo que era emocionante era el símbolo casi invisible encontrado blasonado en oro en la parte superior. Dominique pensó que parecía un símbolo chino, aunque ella misma no conocía el idioma, y envió una foto a un lingüista en China. De ahí aprendieron que era un signo que no se usaba desde la dinastía Shang, hace más de tres mil años. Prueba de que los dragones chinos, al menos, habían llegado a las Américas casi dos mil años antes de que se construyeran las primeras ciudades mayas. Cambió todo lo que la arqueología conocida sobre la prehistoria americana y del dragón.

Si el contexto encontrado con el huevo respaldaba el hallazgo, entonces ella buscaría reconocimiento mundial por esta excavación. Validación por todos los años y dinero que le costó obtener su título.

—Hey, sexy —dijo una voz detrás de ella, haciéndola saltar.

Dominique soltó un suspiro de asco y miró fijamente al hombre que acababa de entrar en su caravana. Viridi Einskis. Era miembro de uno de los clanes Dragón locales. Algo más pálido que

los otros nativos de la zona, las similitudes entre el idioma único de su clan y el utilizado en Islandia llevaban a la especulación de que originalmente eran refugiados europeos que huyeron de la persecución de los dragones que surgió con los vikingos a finales del siglo VIII. Muchos de los Dragones lo tomaron como un hecho, y afirmaron ser expulsados de la realeza. Algunos incluso se habían bautizado con el nombre de los dioses nórdicos.

—¿Qué quieres, Einskis? —protestó Dominique. Hoy no tenía paciencia para las distracciones.

Ella trató de ignorar el hecho de que él estaba sin camisa y desgarrado. En serio, esa cantidad de músculos debería ser ilegal. La primera vez que entró en el campamento, con un par de vaqueros desgarrados, llevando un pecarí sobre el hombro con esos músculos abultados, Dominique casi se desmayó. Ella todavía tenía que trabajar duro para evitar que la baba se acumulara en su boca cada vez que él pasaba. Lástima que fuera tan *imbécil*.

—Esperaba echar un vistazo a este huevo que ustedes, encantadoras damas, encontraron —dijo.

Sus oscuros ojos captaron los de ella y Dominique rápidamente miró hacia otro lado. Había algo inquietante al mirar a los ojos de Viridi. Siempre había algo bajo la superficie, fuera de la vista, que amenazaba con succionarla y darle la vuelta. Ella lo había visto con los estudiantes en la excavación, especialmente las estudiantes mujeres. No iba a dejarse llevar por lo que fuera que él usaba para llevarlas al bosque cuando caía la noche.

—Estoy ocupada —le dijo Dominique. —Ve a molestar a alguien...

—Oye, Dommy —dijo una voz brillante y alegre justo detrás de Viridi. —Oooh, me pareció ver a nuestro residente acosador Dragón entrar aquí.

Dominique pellizó el puente de su nariz. Genial. Justo lo que necesitaba, que interviniera su coqueta jefa. El cabello rojo fuego de Claire estaba amontonado en su cabeza, usando sus pantalones vaqueros ajustados a la piel y una camisa de hombre que parecía más adecuada para la versión porno de arqueología que para la real. Se enganchó de inmediato a Viridi y se rió, apretando su grueso bíceps.

—Pareces un alto resplandor de fuego hoy —arrulló ella. —¿Qué puedo hacer por el hijo de la princesa Skaldi?

Viridi tocó la nariz de Claire y se rió. —Me gustaría ver el huevo que encontraron, señoritas. He oído que es todo un espectáculo.

—Por supuesto que puedes verlo. Después de todo, es un huevo de dragón, y tú eres un dragón —dijo Claire. —¿Dominique? ¿Por qué no vienes a mostrarle a nuestro invitado nuestro hallazgo?

—Estoy esperando la confirmación de la datación por radiocarbono —protestó Dominique. Se puso de pie y puso las manos en las caderas. —Además, él no ha causado más que problemas desde que llegamos aquí hace tres años. El huevo es un artefacto precioso que pertenece a todos los Dragones de esta área, y el grupo de Skaldi ya ha tratado de reclamar artefactos que claramente no les pertenecen.

Claire le cortó la palabra con esa sonrisa dulce y radiante que la pelirroja hacía tan bien. —Dominique, por favor. Viridi no va a intentar *robarlo*, ¿verdad?

Viridi le puso un brazo alrededor de su cintura y la apretó contra su lado cincelado. El ceño fruncido de Dominique se hizo más profundo. El Dragón no respondió, pero no lo necesitó, porque Claire estalló en ataques de risa, como si nunca hubiera recibido atenciones masculinas, y giró un mechón de pelo suelto entre sus dedos. Honestamente. A la chica no le molestaban los chicos flirteando con ella, pero actuaba como si cada hombre en el que ponía sus ojos fuera el último en el mundo.

—Y yo *financio* esta excavación —añadió, mirando a Viridi. —¿Lo harás por mí, Dominique?

Y ahí estaba.

Dominique abrió con rabia el cajón de su escritorio y recogió las llaves de la caja fuerte donde se guardaba el huevo. Cuando se trataba de Claire '*Estoy financiando nuestra excavación*' Perry, ella debía saber cuándo elegir sus batallas. No era como si Viridi fuera a intentar robar el huevo. Constantemente estaba deseando ver cualquier cosa nueva que desenterraran y aunque causaba problemas, eran más molestias que algo serio. A Dominique no le gustaba. Caminaba como si fuera dueño del mundo.

Volcó su larga y brillante trenza negra sobre su hombro mientras pasaba junto a él, golpeándole directamente en la cara. Todo lo que recibió en respuesta fue una risita de diversión. Llevó a Viridi y Claire a la caravana de Esther. Su colega estaba inclinada sobre una estatua que habían desenterrado un metro por encima del sepulcro del huevo quemado. El pelo castaño oscuro se le pegó a la piel y cuando Dominique entró, Esther empujó sus gafas sobre su nariz.

—¡Dom! ¿Qué novedades?

Dominique hizo un gesto a Claire y Viridi cuando entraron por detrás de ella. Los cuatro metidos en la caravana estaban más que apretados y Dominique se encontró aplastada contra el costado de Viridi cuando se adelantó para explicarle lo que quería. Ella se apartó de él tanto como pudo, ignorando el creciente calor en sus mejillas. Estaban en una jungla. Era perfectamente natural sentir un poco de calor excesivo.

—El huevo, ¿eh? —Esther miró a Viridi con una versión menor de las risitas de Claire.

En serio. Dominique puso los ojos en blanco. Una punzada la golpeó en el estómago cuando Viridi se adelantó y puso una mano sobre el hombro de Esther. Siempre estaba coqueteando con todas las chicas de la excavación. O al menos, coqueteaba con las guapas. Aparentemente ella era demasiado gruesa en la cintura para que él perdiera el tiempo con ella. No es que le importara. Ni siquiera le gustaba.

—Te lo agradecería mucho —murmuró con un susurro de husky.

Esther mordió su labio inferior, sonriendo. La punzada aumentó, aunque Dominique resopló y puso los ojos en blanco. ¿Qué tenía este tipo que convirtió a la estable Esther Doron en un desastre como Claire?

—Tengo la llave —dijo ella poco después y los empujó para abrir la caja fuerte.

El huevo estaba cuidadosamente envuelto en papel de burbujas, anidando en un envase de terciopelo que Claire tenía en su maleta. Dominique lo sacó cuidadosamente. Era engañosamente pesado y lo acunó contra su pecho, temerosa de que se le cayera.

Los oscuros ojos de Viridi se abrieron de par en par. Una asombrosa y casi reverente mirada se posó sobre su cara y se acercó. A Dominique no le gustó entregar el huevo, pero lo hizo ante la tos y la mirada que Claire le dio. El Dragón soltó una lenta respiración, su pulgar trazando el símbolo en la parte superior.

—No tienes idea de lo que esto significa, ¿verdad? —Preguntó en voz baja. Su mirada se elevó y se encontró con la de Dominique.

Se le quedó el aliento en la garganta. Sin decir palabra, agitó la cabeza.

—Este es... mi boleto para todo lo que quiero.

La mirada reverente de su rostro desapareció en un instante. Viridi sonrió con suficiencia mientras empujaba a Esther hacia Claire y se giró. Dominique gritó en protesta mientras las otras dos mujeres tropezaban consigo mismas. Ella saltó por encima de la cama, corriendo detrás de Viridi mientras él salía corriendo de la caravana.

—¡No te saldrás con la tuya! —ella le gritó.

Justo fuera de la caravana, Virdi se rió. El humo brotaba de su boca y su piel de color terroso adquiría un tono verde bosque. Dominique maldijo y se lanzó por el aire entre ellos. ¡Ella *no* iba a dejar que se transformara y se fuera volando!

Su ataque debe haber sido inesperado, porque no se apartó de su camino a tiempo. Su torso se alargó mientras ella le golpeaba, tirándole de los pies. La empujó mientras unas delgadas protuberancias óseas brotaban de su desnuda espalda. Dominique gruñó, lidiando con el huevo envuelto en burbujas que aún tenía en las manos.

—¡Mentiroso, ladrón, Dragón cabeza de chorlito! —Gritó ella, arrodillándose sobre su pecho. Eran momentos como estos en los que estaba agradecida de no tener una figura como la de Claire; esa mujercita podía ser derribada por un hombre fornido como Virdi sin ningún problema, pero ella era fornida y fuerte y no se la podía apartar tan fácilmente.

—Suéltame —jadeó Virdi. —¡Vas a romper el huevo!

Eso hizo que Dominique se retirara de inmediato. Proteger el huevo era la mayor importancia. Virdi se aprovechó de su distracción y la empujó. Su mano le agarró el hombro, haciéndola girar hacia un lado. Con un chillido, se volvió a tirar sobre él. Sus rodillas se deslizaron a cada lado de su cabeza, inmovilizándolo; ella agarró el huevo y se lo tiró al pecho. El Dragón se negó a soltarlo, tirando a Dominique sobre él mientras tiraba del huevo.

—Sabes —dijo, su aliento rozando su muslo—, si quisieras que te dé un paseo, estaría más que feliz, ¡si me lo pidieras!

Dominique se le quedó boquiabierto. —¿Cómo te atreves...?

Volvió a tirar del huevo, esta vez haciéndola perder el equilibrio. Dominique cayó sobre su cabeza. Sus manos se resbalaron del huevo. Rodó un par de veces y se puso de pie de un salto. Virdi ya estaba medio transformado, con escamas verdes brotando sobre su cuerpo. Él le sonrió; ella gritó y se lanzó hacia adelante, alcanzando el huevo. Virdi bailaba fuera de su alcance, aún riendo.

Un *dong* vacío resonó por el campamento. Los ojos de Virdi se abrieron de par en par. Parpadeó un par de veces, luego sus rodillas se doblaron. Sus ojos giraron a la parte de atrás de su cabeza. Dominique saltó hacia él y agarró el huevo. El Dragón golpeó el suelo con un fuerte golpe sordo, revelando a Esther que estaba detrás de él. Tenía una sartén en las manos, las gafas torcidas y un gruñido feroz en los labios. Dominique acunó el huevo en sus brazos, revisándolo en busca de cualquier signo de lesión. No parecía que fuera lo peor para su tormento y suspiró aliviada.

—¡Mio! —dijo Claire desde la puerta. —¡Intentó robarlo! ¿Está muerto?

Esther pinchó al Dragón con su sartén. —No, está respirando. Los dragones tienen cráneos muy gruesos.

Las manos de Claire revoloteaban en el aire. —Espero que no esté muy molesto con nosotros cuando despierte.

Dominique reprimió la necesidad de volver a poner los ojos en blanco. —Vamos a atarlo a algún lado. Llamaré a la policía local.

Todavía acunando el huevo en sus brazos, se dirigió hacia la caravana. Su corazón martillaba, no importaba lo mucho que intentaba calmarlo.

Está bien, se dijo a sí misma. *El huevo está bien. Tendremos que ser más cuidadosas en el futuro. Y en cuanto a ese Virdi Einskis, espero que vaya a la cárcel. ¡No es más de lo que se merece!*

Capítulo DOS

Viridi

Su cabeza parecía una colonia de hormigas soldados que habían decidido sacarle el cerebro por la nariz. Virdi gimió, intentando frotar el punto sensible, pero no pudo mover las manos. Un ceño fruncido cruzó su cara mientras miraba hacia abajo. Cuerdas enrolladas alrededor de sus brazos y piernas, sujetando sus codos a los costados. Estaban apretados, también. Sus manos estaban entumecidas. Estas mujeres no jugaban. ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente? Aún había luz, así que no pudo haber sido más de un par de horas.

Estaba en una de las caravanas. Un rápido olfateo llenó sus fosas nasales con el aroma del jazmín y la miel. Dominique. Tuvo que reprimir un gemido. Si fuera cualquiera de las otras mujeres, él tendría la oportunidad de hacer que al menos aflojara las cuerdas, pero desde el día en que Virdi llegó a la escena, Dominique lo había mirado como si estuviera tratando de robarle sus reliquias familiares. Lo que fue una pena, porque ella estaba muy buena de otra manera. Curvas en todos los lugares correctos, con determinación de voluntad de hierro y una mirada ardiente y penetrante que nunca dejaba de hacer latir más rápido su corazón.

—¿Despertaste? —la voz de la arqueóloga sin sentido del humor lo saludó y levantó la vista.

Él sonrió satisfecho cuando obtuvo una gran vista de sus pechos. —Sabes, desde este ángulo, te ves especialmente sexy. Me gustan las chicas con carne en los huesos.

La cara de Dominique se retorció de rabia como si acabara de insultarla y ella lo golpeó en el pecho con los dedos de los pies. —No me importa lo que pienses de mí. ¿Qué le hiciste a nuestros teléfonos? Ninguna de nuestras llamadas está pasando.

—Oh, Dios. Eso es desafortunado —dijo Virdi secamente. Él no le había hecho nada a los teléfonos pero ella no le habría creído de todos modos. —Tal vez deberías desatarme para que pueda volar a la ciudad y encontrar a un técnico. O podría llevarte más cerca de una torre de telefonía móvil, para que no tengas que depender de teléfonos fijos.

—Tú...

—Dominique. —Esther agarró a su compañera de trabajo y la jaló hacia atrás. —Vamos, eso no va a ayudar.

Virdi aprovechó su distracción para concentrarse en transformarse parcialmente. Las púas en su espalda empujaron a través de su piel, haciéndole muecas mientras cortaban limpiamente las cuerdas antes de que las mujeres terminaran con su discusión. Ni siquiera se dieron cuenta cuando se quitó las cuerdas, y sólo volvieron su atención hacia él cuando se puso de pie. Claire, justo detrás de Esther, gritó. Dominique tomó el sartén mientras él la agarraba por la cintura. Una de sus manos rodeó su garganta.

—Dame el huevo —gruñó. Las otras dos mujeres se alejaron de él, sus ojos abriéndose de par en par, pero Dominique escupió y maldijo, retorciéndose como un gato salvaje. La agarró con más fuerza y dejó que le crecieran las garras. Fue solo cuando puso sus afiladas puntas contra su cuello cuando ella se calmó. —No quiero que nadie salga herido aquí. Así que denme el huevo y me iré...

El brazo de Dominique se sacudió hacia atrás. Su codo golpeó contra el esternón de Virdi. El

aire salió corriendo de sus pulmones y su corazón saltó dos veces. La agarró con más fuerza, pero mientras lo hacía ella le arañó la cara, casi arrancándole un ojo. Aspiró profundamente, tosió y le inmovilizó los brazos a los costados.

—¡Deja de hacer eso! —gritó, llevando su mano arañada al hombro de ella para no matarla accidentalmente. —¡Sólo quiero el huevo!

—Voy a *matarte* —gruñó Dominique.

—Vamos a darle el huevo —gritó Esther. —¡No vale tu vida!

Un grito desde fuera interrumpió la respuesta de Dominique. Otro grito emergió, este cortado por un rugido que sacudía los huesos. El miedo cayó en el estómago de Virdi. Arrastró a Dominique hasta la ventana. Afuera, un Dragón rojo sangre estaba en medio del campamento. Paul Johnson, uno de los Dragones de un clan que recientemente inmigró a la zona.

Sostenía a un humano entre sus mandíbulas; el hombre no se movía. Virdi maldijo. Podría ser muchas cosas, pero al menos él y los de su clan no iban por ahí matando humanos. ¿Y quién cargaría con la culpa de esto? No el nuevo grupo. Todos sufrirían.

—¡Patrick! —Dominique jadeó. —Tiene...

—Patrick está muerto. —Virdi la apartó, volviendo a las otras mujeres.

Los tonos de piel de Dominique, generalmente del color de las tablas de cedro rojo, palidecieron. —¿Por el huevo? Bien, te lo daremos, ¡detenlo!

Los Dragones ya estaban siendo homogeneizados. Paul tiró al humano a un lado y se lanzó por un segundo.

—No es de mi clan —gruñó Virdi.

A nadie le gustaba el clan de Paul. Eran un puñado de borrachos violentos que actuaban más como una pandilla, entrometiéndose en territorios reclamados, atacando poblaciones humanas y causando problemas a todos ellos. Virdi ya se había topado con ellos antes... bueno, este era el momento perfecto para igualar algunos puntos.

Con una sonrisa, soltó a Dominique y se lanzó por la ventana, transformándose mientras lo hacía. Sus alas se abrieron a ambos lados y chocó contra el Dragón rojo antes de que pudiese atrapar a otro humano en sus mandíbulas.

Si eliminaba a un Dragón de estos, su propio estatus se elevaría entre sus compañeros, e incluso los humanos podrían decir que su heroísmo merecía un poco de recompensa. Se dejó distraer por una fracción de segundo por la idea de Dominique de rodillas, agradeciéndole por haberla rescatado, aunque eso nunca ocurriría.

Paul gruñó, sus garras rasgando la cara de Virdi mientras el Dragón verde atacaba. Virdi le dio latigazos con la cola, lacerando el costado de Paul con las púas de su cola. Paul rugió, levantándose sobre sus patas traseras. Virdi le arañó en los tobillos, llevando sus propias alas bajo su cuerpo mientras el Dragón rojo caía sobre él. Virdi dobló su espalda hacia arriba, empalando al otro Dragón en su espina dorsal. Paul se echó hacia atrás, su rugido se convirtió en un aullido de dolor.

Una ola de fuego rojo surgió de la boca de Paul. La abrasadora llama chisporroteó contra las escamas de Virdi quien respondió con un chorro de su propio fuego verde. Las dos llamas chocaron, enviando ráfagas de humo negro al aire. Virdi atacó, intentando coger al otro Dragón por sorpresa. Paul sabía que venía. Una mano con garras golpeó, agarrando a Virdi por la rodilla.

Paul tiró con fuerza, haciendo que Virdi tropezara, y luego agarró el ala por el otro lado de su cuerpo. El Dragón rojo volteó al verde sobre su espalda y se lanzó sobre Virdi. Virdi arañó la cara de su atacante, y luego Paul desapareció.

Un tercer Dragón, éste de color púrpura real, inmovilizó a Paul en el suelo. Enormes mandíbulas sujetaban la garganta del Dragón rojo y temblaban violentamente. Espigas doradas se extendían por sus hombros y tatuajes de jade corrían por su espalda y por sus cuatro patas.

Virdi retrocedió. Era Alom, rey de su clan rival. El hecho de que el rey fuera nombrado por el dios del cielo maya era todo lo que Virdi necesitaba saber sobre él para saber que no se podía jugar con él. Se alejó de la lucha, manteniéndose cerca del suelo. Si iba a lograrlo, tendría que atacar justo cuando el rey Dragón acabara de matar, antes de que tuviera tiempo de prestar atención a Virdi. Alom hizo un rápido trabajo con Paul, pero al acabar con él, otro Dragón rojo cayó del cielo. Aterrizó en la espalda de Alom y gritó mientras le arañaba los costados.

—¡Claire! ¡Vamos!

La voz de Dominique siseó detrás de él. Se giró para ver a Esther y Dominique a medio camino de un cuadríciclo, mientras Claire se quedaba congelada en la puerta de la caravana. El huevo estaba acunado en los brazos de Dominique. Virdi miró una vez más a los dos Dragones que luchaban antes de lanzarse hacia los humanos. Dominique estaba tan concentrada en Alom y en el recién llegado que no se fijó en Virdi hasta que él la agarró entre sus garras. Un grito de sorpresa salió de su garganta. Esther gritó. Claire gritó.

Virdi arrastró a Dominique al bosque, presionándola contra su vientre. Podía sentir el huevo entre sus cuerpos y se movía tan rápido como podía. Volar a través del espeso follaje alrededor del campamento era imposible. ¿Quién sabía qué otros Dragones estaban esperando en el cielo?

—¡Suéltame! —Gritó Dominique, retorciéndose en sus garras.

Virdi gruñó, intentando advertirle que guardase silencio, pero ella solo gritaba más fuerte. ¿Tenía ganas de morir? Si seguía así, traería a los otros Dragones en un abrir y cerrar de ojos. ¿Le importaba a Alom si había víctimas humanas? No. Sólo había una razón por la que estaba aquí. El huevo.

Un tercer Dragón rojo irrumpió entre los árboles. Se abalanzó sobre Virdi. Fue capaz de tirar a Dominique a un lado antes de que sus mandíbulas estuvieran sobre él. No hubo tiempo para tratar de identificar a su atacante esta vez. Virdi cortó con sus garras, desgarrando profundas tiras de escamas y carne. La salada sangre llenó el aire. El Dragón rojo sujetó con sus mandíbulas su hombro, manos con garras alcanzando las articulaciones de sus alas. Virdi metió sus alas contra sí mismo y rodó. Volcó al Dragón rojo y lo tiró contra un árbol. El tronco se rompió; cayó directamente sobre el cráneo del Dragón rojo, el cual quedó quieto.

Virdi resopló y se volvió hacia donde había tirado a Dominique. Ella se había ido. Los sonidos de la batalla en el campamento eran demasiado fuertes para escuchar a un solo humano corriendo por el bosque, por lo que Virdi inhaló profundamente. Encontró rápidamente su olor a miel y jazmín, y la siguió, transformándose mientras lo hacía. A medida que se encogía, se le hacía más fácil moverse entre los enormes árboles.

Llegó a Dominique poco después. Sus brazos aún estaban firmes alrededor del huevo y cuando lo oyó venir, se giró. Sus ojos brillaban con determinación.

—No sé qué es lo que todos ustedes buscan, pero no van a conseguir este huevo. Es importante para el registro arqueológico y hasta que podamos probar a qué clan pertenece...

—No *pertenece* a ningún clan, no de la manera que crees —interrumpió Virdi. —Es un Dragón Emperador. Clanes de todo el mundo lucharán por reclamarlo. Y vas a morir en la pelea a menos que confíes en mí.

Dominique se rió. —*¿Confiar en ti?*

—Sí. Podemos trabajar juntos. Tú cuidas el huevo, y yo me aseguro de que nadie te mate.

Cuando nazca el Emperador, todo el mundo sabrá que fui yo quien lo hizo posible. Obtienes tu basura arqueológica y mi abuelo me asciende a príncipe en vez de ser solo el hijo de Skaldi. Lo más importante es que no mueres. Ganar-ganar, ¿no crees?

Los ojos de la arqueóloga se entrecerraron. Su agarre sobre el huevo se apretó. En algún lugar de la selva, un mono aullador empezó a gritar y Viridi se dio cuenta de que los sonidos de la lucha de los Dragones habían terminado. Ladeó la cabeza y maldijo.

—No tenemos mucho tiempo. Entonces, ¿vas a venir conmigo, o tengo que tomar el huevo y dejarte a quien sea que venga después?

Su cara se retorció de ira, pero asintió a regañadientes. Viridi asintió y caminó hacia delante. La agarró de la muñeca y la empujó delante de él a través del bosque. No había muchos lugares donde estarían a salvo de otros Dragones, pero él sabía dónde estaba una cueva que nadie más conocía. Sólo tenía que asegurarse de que la humana se mantuviera delante de él, para que su paso quemara el olor de ella.

—Lo mínimo que puedes hacer es vestirme —refunfuñó Dominique.

Viridi miró su cuerpo desnudo. Sus vaqueros se habían roto cuando se transformó. Lástima. Le gustaba ese par.

—Mira quién habla —dijo, incapaz de evitar burlarse a pesar de la situación. —Mírate. No puedes decirme que tu camisa se rasgó en el estómago y en ninguna otra parte.

Ella se retorció para mirarle fijamente. Él le devolvió la sonrisa, aunque quería hacer cualquier cosa menos eso. Sólo tendría que recordarse a sí mismo por qué estaba haciendo esto, por gloria y poder. Eso era todo lo que importaba en el mundo.

Capítulo TRES

Dominique

Le dolían los brazos y la espalda de llevar el huevo, pero no había forma de que dejara que Virdi le pusiera las manos encima. Dominique enrolló el huevo en su camisa, envolviéndolo firmemente para asegurarse de que permaneciera en su lugar, y luego ató los brazos alrededor de su cintura. Era una buena cosa que había sido un día levemente más fresco y ella había usado su camiseta, así que ella podría hacer esta maniobra.

Aun así, no le gustaban las miradas que Virdi seguía dándole. Si pensaba que podía seducirla para que le diera el huevo ahora, cuando nunca la había mirado antes, debería pensarlo dos veces. No iba a renunciar a este huevo por nada. Ninguna cantidad de miradas acaloradas y pases lentos sobre su figura iban a cambiar eso.

—¿Adónde vamos, de todos modos? —Preguntó ella, intentando distraerse del incómodo calor. —Dijiste que dragones de todo el mundo irán tras este huevo. Entonces, ¿vamos a algún lugar seguro?

Ugh. ¿Qué le pasaba a su cerebro? Por supuesto que iban a un lugar seguro.

—Sí —dijo Virdi. —Y no es sólo un huevo. Es un Emperador.

—¿Y qué significa eso? —Dominique se escondió bajo la rama de un árbol gorra de mandril, manteniendo una mano en el huevo a la altura de su cintura. —Ha estado enterrado durante miles de años, no puede ser viable.

Virdi la miró con expresión de preocupación. —Arqueólogos. Son todos iguales, vienen y cogen lo que encuentren y no se molestan en hablar con los descendientes vivos de la gente que están estudiando. Si tuviera un grano de arroz por cada vez que podría haberles explicado algo de lo que desenterraron pero se negaron a preguntarme, podría alimentar a una pequeña familia durante una semana.

Dominique hizo una mueca de remordimiento ante la acusación. —Consultamos con muchos de los locales sobre el huevo. Nadie dijo nada.

—Probablemente porque pensaron que te reirías o porque lo querían para ellos.

—Mira, he incluido a los Dragones en esta excavación tanto como he podido. No te *escuché* porque siempre venías actuando como si yo ya debería saberlo. En realidad no estudié Arqueología de Dragones en la escuela. Quería centrarme más en mi propio legado.

—¿Tu legado?

—Sí. Aunque lo que es eso, no lo sé. —Ella abofeteó a un mosquito y frunció el ceño ante la mancha de sangre que dejó atrás. —Nunca conocí a mi padre y mi madre nunca me habló de él. Una noche que salió mal o algo así. Todo lo que me dijo fue que era parte nativo-americano, no sé de qué tribu, y asiático. *Tal vez* chino.

Su ceño fruncido aumentó. ¿Por qué le estaba contando esto? No era como si le importara. Una hoja de plátano la golpeó en la cara y gruñó. Esta situación ya era bastante mala. Ella no iba a darle más municiones. No era como si le importara la falta de cultura de su madre.

—Pero Claire se me acercó y pudo financiar la investigación, así que cambié de enfoque —continuó. —Era una oportunidad increíble.

—Claire... —dibujó su nombre. —Esa es la pelirroja, ¿verdad?

—La pelirroja que siempre se te está tirando encima. ¿Cómo es que no sabes su nombre?

Viridi frunció el ceño. —¿Y te eligió a ti en vez de a alguien con más experiencia para dirigir su excavación aquí?

Dominique le devolvió el gruñido. Se tropezó con un tronco, pero la pierna de su pantalón quedó atrapada en el otro lado. Ella lo tiró, y luego intentó volver. Su pie resbaló, con la pierna atrapada ya sobre el tronco y con un aullido cayó hacia abajo, arañando el musgo del tronco mientras intentaba estabilizarse. Viridi la cogió y la levantó. La levantó del suelo y la golpeó contra el tronco. Dominique gritó de nuevo, esta vez el sonido más agudo.

La dejó justo delante de él. Sus cuerpos estaban tan cerca que Dominique se quedó sin aliento. Tenía un olor picante, igual que las flores de [ranúnculo](#) sabían en su lengua cuando se las comía. Siempre le gustaron esas flores. Se inclinó inconscientemente, inhalando el olor.

Viridi se rió, su oscura mirada sobre la de ella. Algo ardió en sus ojos, encendiendo un fuego en su interior. Una de sus manos se deslizó por su espalda, hacia su trasero y el huevo.

—¡Hey! —Gritó ella, golpeándole en el pecho. Se alejó, las mejillas calientes y el pecho tembloroso. —No creas que vas a volver a robarme el huevo.

—Es un *Emperador*. No hemos tenido uno en miles de años. Ese huevo va a unir a todos los clanes en una sola raza, derribará las barreras entre nosotros y restaurará la armonía.

Dominique entrecerró los ojos. —No has respondido a mi pregunta. ¿Cómo puede seguir siendo viable después de todos estos años?

—No es el huevo en sí mismo el que lleva al Emperador. Es un... —Viridi dudó un momento, claramente luchando por encontrar las palabras. —Supongo que se podría decir que es un indicador. El huevo fue hecho por el último Emperador, para señalar cuando nacería el próximo Emperador. Cualquier clan que acabe con él...

—Ninguno de ustedes podrá *reclamarlo*. —Puso una mano protectora alrededor del huevo y retrocedió. —¿Ahora *adónde vamos*? Si no me lo dices, volveré a la excavación. Tengo que averiguar quién resultó herido y hacer que la policía se ocupe de los Dragones que...

—Si vuelves, morirás —explotó Viridi. Sus ojos se oscurecieron y se puso sobre ella, con los puños cerrados. —Y por mucho que me encantaría deshacerme de ti, la señorita '*Tengo un palo tan metido en el culo que puedo sentir el sabor de la madera*', pero no del tipo correcto —añadió, dándole una sonrisa desagradable.

Dominique jadeó. ¿Cómo se atreve?

—No voy a renunciar a mi oportunidad de fama y gloria por tu culpa —continuó. —Así que puedes volver a tu campamento si lo encuentras, por mí está bien. Pero me darás el huevo.

—No vas a tocar este huevo —gruñó ella.

Se le ocurrió que estaba siendo irracional y que sin la información en la excavación, este huevo no valía nada desde el punto de vista arqueológico. Y si era lo que Viridi dijo que era, ¿realmente quería involucrarse en la guerra para reclamarla? Pero si había un pequeño bebé en este huevo, esperando nacer, merecía la oportunidad de decidir por sí mismo, ¿no?

Viridi saltó hacia delante repentinamente. Una mano le agarró al hombro mientras la otra cogía el huevo. Dominique se arrojó hacia atrás. Sólo para tropezar con una raíz. El agarre de Viridi se estrechó al caer. Se le rompió la camiseta y se le salieron los brazos. Fue suficiente para darle el equilibrio que necesitaba para recuperar el equilibrio. Ambas manos envueltas sobre huevo de forma protectora.

—Dije que no lo tocarás —le dijo con los ojos entrecerrados.

—¿Podrías dármelo aquí? —La mirada de Virdi se posó sobre su escote expuesto.

Sus ojos se abrieron de par en par y Dominique se congeló. El fuego que había dentro rugió a una nueva vida, sorprendiéndola. Una de sus manos voló para cubrirse. —Hey, ojos aquí arriba.

El Dragón la ignoró. Él agarró su muñeca y la bajó, mirando fijamente su pecho. Dominique pensó en dejarle continuar. Una breve imagen pasó por su mente sobre su aliento y luego sus labios tocando su piel. El miedo de imaginar algo así la dejó sin aliento y ella le abofeteó fuertemente en la cara antes de poder detenerse.

—¡Ay! —Virdi la miró fijamente. —¿Por qué fue eso?

—¿Qué otra cosa se supone que debo hacer, cuando me miras como si fuera una bailarina de un club de striptease? —Dominique resopló, tratando de usar la ira para encubrir los saltos de su corazón. Este no era el tipo de atención que disfrutaba de los hombres. Le gustaba que la invitaran a salir y le regalaran rosas. No... lo que sea que Virdi estuviera haciendo.

—No te estaba mirando a *ti* —contestó el Dragón. —¿Hace cuánto que tienes ese tatuaje?

¿Tatuaje? Dominique miró hacia abajo. Sus ojos se abrieron de par en par. Un símbolo idéntico al del huevo estaba blasonado en oro en su pecho. Se le cayó la mandíbula y tocó para asegurarse de que no era una pegatina o algo así. Su piel cálida y suave era todo lo que sentía.

—¿Qué es eso?

Virdi soltó una serie de maldiciones en lo que sonaba como español, beliceño criollo e incluso algo de latín. Las cejas de Dominique se levantaron. Estaba mejor educado de lo que ella creía. Al menos en palabrotas. Sin embargo, sus maldiciones no le dijeron de dónde había salido este extraño tatuaje, y ella volvió a tirar de su camiseta. Al menos su sostén le daría algo de modestia, siempre y cuando no se rompiera también.

—El huevo se ha unido a ti —dijo Virdi amargamente. —De todas las... ¿No podría haberse unido a una buena chica? ¿Tenía que quedarse con una mujer aburrida como tú?

Cualquier atracción que ella sentía por él desapareció instantáneamente. Había mucho que le hubiera gustado decirle en respuesta a su despotricar, pero en vez de eso eligió el camino más fácil. —¿Vinculado a mí? ¿Qué significa eso?

—¿Qué significa eso? —repitió Virdi en un murmullo. Se pasó una mano por el pelo y se rió. —Significa que de todas las mujeres del mundo, el huevo te eligió a ti. Vas a ser la Madre del Emperador.

Dominique no sabía si reír o desmayarse. Sus rodillas se doblaron y aunque su mente racional trató de descartarlo como una mentira, ella no podía creer las palabras que él estaba diciendo. *Él* creía lo que estaba diciendo. Eso estaba claro.

—¿Yo... Madre del Emperador?

—Sip. Claramente no sabe lo que hace. Tal vez es sólo una casualidad. ¿Fuiste la primera mujer en tocar el huevo?

—No. Claire lo tocó primero. Ni siquiera me había dado cuenta... —Volvió a mirar el tatuaje. —¿Qué significa eso, que se unió a mí?

—Dije que el huevo fue hecho por el ex emperador para mostrar cuándo nacería el próximo emperador. El huevo debería unirse a una mujer, y ella daría a luz al nuevo Emperador. Como dije, no es el huevo en sí mismo el que contiene al Emperador. Pero como está unido a ti, ha activado algo en tu interior... para que te embaraces de él.

Dominique se le quedó boquiabierto. Eso no podría ser posible... ¿verdad? —Te equivocas. No puedo ser yo. No estoy en una posición en la que pueda tener un bebé. No estoy embarazada, ¿verdad? ¿No puedo ser la Virgen María!

La mirada de Virdi se dirigió a su cara y el calor se elevó en sus mejillas. Genial. Así que ella no le había dicho tan sutilmente a un hombre que no tenía por qué saber nada de ella que era virgen. *¿Podría este día ponerse peor?*

—No estás embarazada. Es sólo que tu primer hijo será el Dragón Emperador. Tendré que ser rápido, entonces. No esperaba esto. —La cara de Virdi se retorció. —No me gusta esto, pero voy a tener que quedarme contigo. Tan pronto como se sepa que el huevo se ha unido a ti, todo macho no apareado tratará de reclamarte como su pareja. Ser Padre del Emperador... sería un gran honor.

Todos los machos no apareados.

Tendré que ser rápido, entonces.

Dominique retrocedió. —¡No te atrevas a tocarme!

Para su sorpresa, el Dragón retrocedió. —¿Qué? ¡No! Eso no era lo que estaba diciendo. No tengo ningún deseo de aparearme *contigo*.

El tono que usó debería haber sido insultante, pero a Dominique no le importó. Ella suspiró aliviada. No iba a intentar nada. Se pasó una mano por su pelo negro. Su trenza se había deshecho completamente. —De acuerdo. En ese caso, ¿qué pasa después?

—Continuamos. Te entregaré a mi madre y ella te llevará a este lugar donde puedes ver a tu pareja o algo así... Los detalles son un poco vagos. Pero tenemos que seguir moviéndonos. No sabemos cuándo aparecerá otro Dragón.

Ni siquiera había terminado de hablar cuando una sombra oscura surgió de los árboles detrás de él. Un hombre alto y musculoso le golpeó en la cabeza con la rama de un árbol y agarró a Dominique. Incluso mientras ella gritaba, los brazos a su alrededor se escalaron. Con una ráfaga de viento, el Dragón saltó al aire, batiendo sus alas. Dominique colgaba de sus garras. Su cabeza giraba mientras el mundo que había debajo se hacía más pequeño.

Un destello llamó su atención. La forma verde de Virdi irrumpió entre los árboles, persiguiéndolos. No podía mover los brazos, pero sus manos seguían enganchadas sobre el huevo. Sin pensarlo, lo desenrolló del cabestrillo en el que se había puesto la camisa y lo dejó caer. Su único pensamiento era apartarlo del Dragón que la tenía en sus manos.

Virdi cogió el huevo y dio vueltas, disparando. El enorme Dragón púrpura apretó su mano contra ella. Con un rugido que sacudió sus huesos, se dio la vuelta. Alzando sus alas contra su cuerpo, se precipitó hacia Virdi y el huevo.

Capítulo CUATRO

Viridi

El grito de Dominique lo siguió mientras se zambullía hacia el suelo. El huevo estaba fresco y con sabor a cenizas en su boca, peligrosamente delicado para algo que tenía tanta importancia. Sabía que Alom no se atrevería a atacarlo si podía dañarlo. Mientras tuviera el huevo, estaría a salvo. La pregunta era si *Dominique* lo estaba. Continuó gritando, pero parecía temerosa, no como si le doliera. Una vez que estuvieron más cerca del suelo, Viridi supo que Alom no la iba a dejar caer. ¿Sabía que el huevo se había unido a ella?

No importaba. Si no iba a matarla, Viridi tenía que concentrarse en evitar que se hiciera pedazos.

El Dragón verde esquivó entre los árboles, adentrándose en la espesa maleza hasta que escuchó un rugido tras él y una mirada hacia atrás mostró que el follaje estaba demasiado cerca para que Alom lo siguiese. Viridi cayó al suelo, transformándose mientras lo hacía. El rey Dragón siguió el ejemplo y empujó a Dominique hacia delante mientras Viridi acunaba el huevo. El tatuaje en su pecho estaba cubierto. Bien. Tenía la oportunidad de sacarla de esto y llevarla al territorio de su clan, donde presentaría a la Madre del Emperador a la corte de su abuelo.

Los ojos del humano se abrieron de par en par cuando Alom la empujó de rodillas. —¿Qué crees que estás haciendo? —Gritó ella a pesar de su obvio miedo. —¡Saca el huevo de aquí!

—Tú eres más importante —dijo Viridi, inflexionando su voz con emoción. —Dominique, mi amor... No puedo dejar que te haga daño.

Se le cayó la mandíbula pero, afortunadamente, ella no descubrió su engaño. Alom se rió, agarrándola por el pelo. Los ojos del rey brillaban, fijos en el huevo.

—Entrégame el huevo, muchacho. Tu clan no merece el honor de que el emperador nazca de ellos. Dámelo y te dejaré tener a este humano. Mejor aún, ¿por qué no te unes a mi corte? Siempre pensé que tu madre te impedía alcanzar tu verdadero potencial. Tengo una vacante en los Halcones del Cielo que podría ser tuya.

Si Viridi realmente creyera que Alom, de hecho, le daría esa posición, estaría tentado a tomarla. Pero dudaba que el rey le diera una posición tan elevada. Nunca antes de hoy había hecho nada que indicara que Viridi valía algo. Además, incluso un lugar con los Halcones del Cielo no sería tan bueno como el poder que obtendría en su propio clan trayendo al Emperador a ellos. El huevo era casi inútil en ese momento; Dominique era lo importante.

—Sólo dame a la chica —dijo Viridi, añadiendo una súplica a su voz para que le crea. —Por favor. La amo.

Los ojos de Dominique se entrecerraron. En cualquier otro momento, él le habría dado un poco más de importancia, sólo para ver cómo reaccionaría ella, pero ahora no era el momento. Se adelantó, sosteniendo el huevo hacia Alom. El rey arrastró a Dominique por el pelo, la hizo gritar y la arrojó a un lado. Levantó una mano para coger el huevo.

—¡No! —Gritó Dominique. Se lanzó entre ellos, golpeando a Alom en la cara con una mano mientras agarraba el huevo con la otra. Se la agarró al pecho, mirándoles fijamente a los dos. La tira rasgada de su camiseta se abrió, revelando su tatuaje. —¡No vas a tocar este huevo!

La mirada de Alom se fijó en su pecho. Maldijo. —La Madre del Emperador. Muy inteligente, Virdí.

Se abalanzó sobre Dominique. Virdí se lanzó hacia delante, golpeando el lado más grande del Dragón. Las manos de Alom se rascaron sobre las muñecas de Dominique y ella gritó, trastabillando hacia atrás. Virdí envolvió un brazo alrededor del cuello de Alom, apretando tan fuerte como pudo. Se aferró mientras Alom luchaba con él.

—¡Corre! —le gritó a Dominique. —¡Sal de aquí!

Se volvió sobre sus talones y huyó a través de la espesa maleza verde. Virdí gruñó de satisfacción, pero su distracción le costó. Alom clavó sus nudillos en el estómago de Virdí. El dolor se recorrió a través de su cuerpo, el aliento expulsado de sus pulmones. Soltó al rey Dragón y tropezó hacia atrás, luchando por respirar.

—Esto no tiene que terminar con tu sangre derramada, muchacho —dijo Alom, flexionando sus músculos. —Tu gloria vendrá a ti si de hecho eres la pareja de la Madre.

¿Su pareja?

Los ojos de Alom se entrecerraron. —A menos que sólo *dijeras* que la amabas.

Oh. Cierto. Virdí respiró hondo, apartando a un lado el dolor de sus pulmones. Se enderezó y rodó su peso hasta las pelotas de sus pies. Estaba bien entrenado y era joven, rápido y fuerte, pero Alom tenía décadas de experiencia. Todavía era fuerte y tenía más control sobre la transformación de partes de su cuerpo que cualquier otro que Virdí conociera.

—¿Y bien, muchacho? —Alom se burló. —¿Realmente la amas, o sólo esperas aumentar tu poder entregándosela a la ingrata sirvienta que es tu madre?

Virdí se lanzó hacia adelante. Alom sacó un brazo, convirtiéndolo en un ala mientras lo hacía; el Dragón verde cayó en el follaje, dejando que el ala lo rodara por el suelo. Se arrastró por detrás del rey Dragón y se puso en pie de un salto, atacando por detrás. Golpeó al rey en los riñones, arrodillándolo.

Alom gruñó. Se giró, agarrando a Virdí por la cintura. Virdí se lanzó hacia adelante, clavando su codo en la nuca de Alom. El rey lo liberó y se balanceó. Virdí cogió una rama del suelo y la golpeó con fuerza contra el rey. Alom se desplomó.

Jadeando, Virdí se apartó del rey, observándole cuidadosamente. El viejo Dragón no se movía, su pecho apenas subía y bajaba. Un ceño fruncido arrugó la frente de Virdí. ¿Realmente había sido tan fácil? Se adelantó con cautela y le tomó el pulso a Alom. Su corazón latía fuerte y firme, pero después de un cuidadoso sondeo, Virdí estaba seguro de que estaba inconsciente. Le dolería mucho la cabeza cuando se despertara.

El Dragón hizo una mueca de dolor, esperando que no hubiese hecho daño permanente con su golpe. El clan de Alom era fuerte y lo último que quería era que cayera su ira sobre él. Puede que sean rivales de su madre, pero ella no le ayudaría en este caso.

Agitó la cabeza. Si llegara a eso, tendría que encontrar una salida, como siempre lo hacía. El rey estaba inconsciente y eso les daría a él y a Dominique tiempo para llegar a un lugar seguro. Cubrió el cuerpo del rey con ramas para protegerlo de los depredadores y siguió la esencia de miel de jazmín de Dominique.

Había oscurecido cuando llegó a ella. Los monos aulladores gritaban en el bosque y dos veces escuchó el grito de un jaguar. Estaba sentada en un espeso y enredado manojito de enredaderas filodendronianas, completamente quieta. Si la vista de Virdí no estuviera realizada por su reciente cambio y el olor de ella no fuera tan fuerte, él habría caminado junto a ella y ni siquiera sabría que ella estaba allí.

Ella jadeó cuando él se sentó a su lado pero se relajó cuando se identificó. —¿Qué le pasó al otro?

—Lo noqueé. No te preocupes, no creo que nos persigan de noche.

—Los dragones pueden ver en la oscuridad.

Virdi asintió. —Sí, pero sabrán que si siguen cazándonos en la noche, correrán el riesgo de hacerte daño o al huevo. No querrán que te lastimes accidentalmente. Alom sabe que ahora eres la Madre. Pronto todo el mundo lo sabrá.

Dominique resopló. —Y en vez de ser la chica regordeta que los hombres ignoran, todo el mundo va a tratar de atraparme. Pero no por mí...

Se calló. Virdi consideró sus palabras. ¿Nadie la miró antes de esto? Era difícil de imaginar, pero si él estaba en lo cierto al pensar que ella era virgen, él no habría pensado nada de su revelación de Virgen María, excepto que ella se veía tan nerviosa después, entonces probablemente era verdad. Lo cual era ridículo. Era una mujer preciosa y sexy. Cualquier hombre atraído por las mujeres se bajaría los pantalones si ella le torciera el dedo. Ella era todo curvas y tenía un delicioso meneo en el culo cuando ella caminaba que él encontraba casi irresistible.

—Querrán ser tu pareja, pero no funciona así. Eres humano, lo cual es inesperado, pero eso no importa. Una vez que te lleve al Templo del Cielo, tu pareja te será revelada.

Ella tembló y él se acercó un poco para mantenerla caliente. Si él la probara, ¿ella sabría como la miel y jazmín a los que ella olía? Se mojó los labios, imaginándolo. Quizás era la oscuridad y su proximidad, pero se encontró imaginando que sus manos subían y bajaban por sus muslos, sintiendo la suavidad de su piel. Se imaginó sus gemidos y su despertar a la vida. Menos mal que estaba oscuro. Dado su estado de desnudez, no habría podido ocultar cómo le afectaban sus pensamientos.

—Pero no quieres ser mi pareja —dijo Dominique lentamente. —Aunque eso significaría que fueras el Padre del Emperador.

Virdi consideró la pregunta durante un momento, y luego se encogió de hombros. —Sí, me gustaría. Ser el Padre del Emperador. ¿Pero tener una compañera? No, gracias. Me gusta mi libertad, poder volar donde quiera cuando quiera, llevar a cualquier chica bonita que me llame la atención a la selva.

—Eres repugnante —dijo ella. —Eres tan 'hombre'.

—Oh, soy muy varonil. Tal vez te muestre lo varonil que soy.

—Ew! Deja de hablar. —Dominique se apartó de él, y luego aulló mientras un jaguar gritaba a lo lejos. Ella se estremeció y él se acercó a ella de nuevo. —He oído que los dragones se aparean de por vida. Como, no sólo ser monógamos mientras ambos están vivos, sino que un Dragón sólo tendrá una pareja en toda su vida.

Virdi asintió antes de recordar que ella no podía verlo. —Sí. Dicen que una vez que los compañeros se conocen, no quieren a nadie más. Es un lazo que ninguno de ellos puede resistir. Las dragonas sólo pueden embarazarse de los hijos de sus compañeros.

Dominique resopló. —Ridículo. La biología no funciona así. Suena como una excusa para hacer que las mujeres se queden con hombres que no aman, tal vez ni siquiera les gustan.

Virdi puso los ojos en blanco. Ella era como todos los demás humanos, poniendo demasiado de su propia cultura en la suya. No es que creyera necesariamente que los 'compañeros' siempre estaban destinados a encontrarse el uno al otro. Parecía un golpe muy duro para él, encontrarse con alguien y luego no ver nada más que a esa pareja por el resto de su vida. Ciertamente no había funcionado para sus padres.

Pero luego, hubo docenas de otros ejemplos en los que había funcionado muy bien.

—La gente no se enamora para siempre —susurró la humana. —Simplemente no sucede.

—Tal vez.

Inhaló su olor otra vez. Desde que la olió por primera vez, no había podido quitársela de la cabeza. Seguía volviendo a la excavación sólo para olerla. Si no fuera tan testaruda, ya la habría llevado a la jungla y su olor no sería tan atractivo para él. No era la primera vez que pasaba esto. Se encontró acercándose aún más, poniéndole un brazo alrededor de los hombros.

—¿Qué estás haciendo? —Su tono era como el hielo.

—Bueno, estoy pensando... tienes razón. Los dragones normalmente no se acuestan por ahí. Es una práctica común que los compañeros permanezcan vírgenes hasta que se conozcan. Tal vez si tú y yo fingiéramos ser compañeros, te dejarían en paz.

Dominique se puso tensa. —¿Qué estás diciendo?

Su voz, más que enojada, estaba sin aliento. Su olor a miel aumentó y Viridi se sintió rígido. Reprimió un gemido.

—Creo que sabes lo que estoy diciendo —susurró, presionando su cara contra el cuello de ella.

Capítulo CINCO

Dominique

El hormigueo subía y bajaba por su columna vertebral mientras Virdi le besaba el cuello. El corazón de Dominique latía a toda velocidad. Sabía que ésta era una de esas situaciones en las que debía retirarse. Tal vez incluso darle una bofetada en la cara. Ni siquiera le *gustaba* Virdi. Era grosero, arrogante y sólo se preocupaba de sí mismo. No quería que su primera vez fuera con un hombre así...

Sería horrible. Probablemente le dolería más de lo necesario y probablemente ni siquiera sabía lo que era un clítoris. ¿Por qué querría estar con un tipo que se había acostado con docenas de mujeres en los últimos tres años? Ella sabía que los Dragones no tenían STDS y que ni siquiera podían ser portadores, pero esa no era su preocupación en este momento. Estaban huyendo, juntos por casualidad. ¿Por qué le daría algo que no le había dado a los pocos tipos con los que había salido antes?

Pero mientras sus fuertes y musculosos brazos la envolvían y la acercaban a él, ella no pudo parar un gemido. El calor se esparció a través de su núcleo, llegando hasta las puntas de sus dedos. Su cuerpo la atrajo hacia él, ignorando lo que su mente tenía que decir sobre todo esto.

—Detente —dijo ella antes de que él pudiera cambiar de opinión, o mejor dicho, que sus hormonas pudieran cambiar de opinión. Su cara se sentía sonrojada, su corazón latiendo tan fuerte como si acabara de subir diez tramos de escaleras. —Para eso.

Virdi le dio al lóbulo de la oreja un pequeño mordisco que la llenó de escalofríos antes de que retrocediera. Ella quería tirarlo hacia atrás y arrojarse sobre él. Aunque estaba demasiado oscuro para ver su cara, ella podía sentir su arrogante sonrisa e intentó acordarse a sí misma cuánto odiaba eso. En este momento, sin embargo, el recuerdo de esa sonrisa la hizo querer besarla.

—¿Qué pasa? —El Dragón susurró al oído. —¿Es porque eres virgen?

—Cállate —replicó Dominique. Fuera lo que fuera, él era molesto y ella despreciaba a los hombres molestos. Ella trató de alejarse de él pero sus brazos cerrados a su alrededor no la dejaban moverse.

—Puedo ser gentil.

Dominique apartó la cara. —Dije que te calles.

No era como si ser virgen fuera algo que le *gustara* particularmente. A lo largo de la escuela secundaria y la universidad, se devoró todos los romances e historias eróticas que pudo conseguir. Hubo momentos en que pensó en ir a una fiesta, tomar una cerveza e irse a casa con un perfecto desconocido. Pero siempre estaba demasiado nerviosa para hacer eso.

O tal vez no fueron los nervios en absoluto. A Dominique le costaba ver a los hombres así. Durante un tiempo se preguntó si era gay por ello, pero las mujeres eran aún menos atractivas para ella. Al final, decidió que tenía cosas más importantes que el sexo de las que preocuparse y lo sacó de su mente.

—Estás respirando en mi oído —se quejó al Dragón.

Se rió, el sonido vibrando a través de su cuerpo. Ella le dio un codazo en el pecho, haciendo que la soltara. Dominique pasó una mano por su pelo, jugando con las puntas. Siempre estaba

atrayendo a las mujeres al bosque y ellas volvían riéndose y sonrojándose, con el pelo revuelto. Pero nunca se fue dos veces con la misma mujer.

—Había un tipo como tú en la escuela —dijo. —Trató de seducir a toda la clase. Cuando me invitó a salir pensé que significaba que era especial, pero todo lo que él quería era usarme para el sexo. Y eso es lo que quieres hacer, ¿no? —lloró, dándose cuenta. —No el sexo, sino el poder. Estoy ligada al huevo, quieres aumentar tu poder y prestigio acercándote a mí.

El silencio cayó entre ellos, pero la oscuridad no estaba tranquila. El bosque estaba vivo con los sonidos de los insectos y los merodeadores nocturnos.

—¿Había alguna pregunta en eso? —Viridi parecía genuinamente confundido. —Pero también es para ti. Los dragones son grandes en la virginidad y perderías la mitad de tus ansiosos 'pretendientes' si no fueras virgen. Pero por supuesto, si no quieres, eso depende de ti. No es que te lastimen o te obliguen a hacer algo que no quieres hacer.

Se alejó de ella y Dominique le mordió el labio para no llorar por la pérdida de su calor. Ella se abrazó a sí misma, pero no fue lo mismo que hacer que él la abrazara. Ella trató de controlar sus hormonas llorando para no lanzarse sobre él. Era una mujer adulta que tomaba decisiones pensando cuidadosamente, no en lo mojadas que estaban sus bragas.

Espera, ¿podría oler eso? Su cara se calentó aún más. Se decía que los dragones podían oler si las mujeres eran fértiles o no - él tenía que saber qué tipo de efecto estaba teniendo en ella. *¡Maldita sea!*

—Así que el chico de tu escuela —dijo Viridi abruptamente. —El que dijiste que quería usarte para el sexo. ¿Qué pasó? ¿Decidiste que no lo querías?

—Decidí que no quería desperdiciar mi virginidad con un hombre que pasaría a la siguiente chica por la mañana —dijo Dominique con frialdad. —Eso no quiere decir que no estuviera tentada. No soy una mojígata, tengo una vida de fantasías muy saludable. Pero eso no significa que me vaya a acostar con un tipo cualquiera, no importa lo atractivo que sea o lo excitada que esté.

Un momento de silencio la contestó y Viridi volvió a acercarse. Su olor picante la golpeó fuerte. —Entiendo.

Dominique miró con ira el ligero brillo donde ella creía que estaban sus ojos. —Sólo lo dices para hacerme cambiar de opinión.

—No, no es así. Sé lo que piensas de mí, pero no me acuesto con todas las mujeres que veo. Puedo ver la furia en tu cara cada vez que llevo a una chica al bosque. Pero no me acuesto con ellas. —En realidad sonaba avergonzado de admitirlo. —Sólo estábamos volando. Yo también he sido usado antes. Había un par de mujeres. Una era un humano que quería presumir de haberse tirado a un Dragón. La otra... era una dragona de bajo rango que me convenció de que era mi compañera y me usó para acercarse a mi madre. Tan pronto como aseguró su posición, me dejó.

La cruda emoción en su voz mató cualquier respuesta sarcástica que ella tuviera. No parecía posible, pero mientras ella consideraba lo que él estaba diciendo, Dominique no pudo evitar creer que era verdad. Ella se acercó a él, suspirando mientras su calor la envolvía de nuevo.

—Lo siento.

—Sí. Bueno, aprendí la lección. Pensé que había enterrado esos deseos hace mucho tiempo. Pero cada vez que huelo tu olor a jazmín y miel... —Viridi presionaba su cara contra su cabello. — En realidad estoy un poco contento de que me odies.

—No te *odio* —contestó Dominique débilmente. —Creo que eres un poco repugnante.

Viridi se rió. —¿Se supone que eso es mejor?

—No. Yo sólo... ¿Cómo puedo creer todo lo que dices?

—Quizá no puedas. —Le besó el cuello otra vez. —Como dije, puede ayudar a desviar algo de atención no deseada, pero no es como si te tiraran en una torre y te obligaran a aparearte.

Otro escalofrío de deseo corrió a través de ella. Cerró los ojos, luchando para no perder la cabeza. Pero el único pensamiento que seguía surgiendo en su mente era que había gente ya muerta y para cuando esto se hiciera, ella también podría estar muerta. Ella había tenido oportunidades en el pasado para tener relaciones sexuales y decidió no tenerlas. Algunas veces se había arrepentido de la decisión de decir que no. ¿Se arrepentirá de haberle dicho que sí a Viridi en este momento?

Tal vez. Tal vez no. Pero en ese momento, no le importó.

Dominique se acercó a él, agarrándolo. Su cuerpo desnudo estaba duro y caliente por la noche y ella dejaba que sus manos trazaran los contornos de sus músculos, el deseo ardiente en su núcleo se calentaba cuanto más lo tocaba. Él gimió cuando ella lo encontró con su mano y ella se mordió el labio. Ella sabía cómo funcionaba esta parte pero nunca había tenido experiencia práctica.

—Un poco más rápido —gimió Viridi en su oído. —Sí, justo así.

Sus manos pasaron sobre su cuerpo, concentrándose en sus senos por un momento antes de que él alcanzara debajo de su camisa para encontrar la hebilla de su cinturón. Dominique jadeó mientras metía una mano en sus pantalones, haciendo rodar sus caderas hacia él. El calor que ya había en su núcleo se extendió por todo su cuerpo, calentándola completamente.

Viridi continuó besando su cuello, esta vez más posesivamente, sus dientes raspando su clavícula. Sus movimientos entre las piernas lo tensaron completo y ella se aferró a él con su mano libre, luchando por permanecer concentrada en su propio trabajo. Eventualmente, no pudo soportarlo más y se quitó los pantalones por completo. El Dragón se movió entre sus piernas, pasando una por encima de su cadera.

—Estoy lista —dijo ella mientras él sondeaba su entrada.

Empezó a empujar, ajustándose con su tamaño, haciendo que le picase un poco pero luego se retiró. Dominique gimió.

—No estás lista. —La voz de Viridi era baja, ronca y hacía que la tensión dentro de ella aumentara aún más. —Tenemos que ser pacientes.

Dominique se quejó. Ella volvió a cogerle, pero esta vez él se echó sobre ella y le inmovilizó las muñecas por encima de la cabeza. Comenzó a presionar contra ella, dándole en todos los puntos correctos. Dominique gritó, inclinándose ante él. Ella luchó por mantenerse quieta, envolviendo sus piernas alrededor de sus caderas. Viridi se rió mientras volvía a clavarle el cuello.

—Me gusta ese pequeño escalofrío que tienes cuando te beso aquí —murmuró, besando su cuello. —Eres una mujer increíblemente sexy, Dominique Mennel. Todas las curvas. No como las otras mujeres de tu campamento, piel y huesos. Exuberantes y gruesos muslos perfectos para exprimir a un hombre entre ellos.

Nunca antes había oído describir su cuerpo de esa manera. Dominique gimió, girando sus caderas hacia las suyas sincronizando con su movimiento. Su boca se movió hacia sus senos, haciéndola gemir de nuevo y él se movió hacia atrás, presionando contra ella de nuevo.

—Voy a entrar —le dijo. —Dime si te duele.

Empujó lentamente. Tan lentamente que Dominique tenía miedo de desmayarse mientras aguantaba la respiración, esperando a que él encontrara su lugar. Se instaló dentro de ella, tan grande que ella se sintió estirada, pero sorprendentemente no había dolor. Ella lo esperaba y lo esperaba cuando él empezó a moverse, pero las olas de placer eran lo único que la inundaba. El sudor moldeó su frente, provocado por la anticipación, el deseo y el húmedo calor de la jungla.

Las manos de Virdi agarraron sus caderas mientras él empujaba, aumentando constantemente su ritmo. Dominique iba y venía, clavando sus manos en la tierra arcillosa. Todos sus músculos se tensaban. Ella levantó sus caderas a tiempo con su ritmo, gritando cada vez que se unían completamente. Sobre ella, Virdi gruñó. Ella deseaba poder ver su cara pero la oscuridad era más profunda de lo habitual.

El Dragón cayó sobre ella de repente. Presionó un abrasador beso en sus labios. Ese beso lo deshizo todo. Luces blancas y brillantes parpadeaban ante su visión, cada músculo tenso. Ella golpeó y sacudió debajo de él, un grito agudo surgiendo de su boca. En algún lugar en la neblina del placer, sintió que Virdi terminaba. Se desplomó sobre ella, yaciendo sin fuerzas. Era difícil respirar con su peso sobre ella, pero Dominique lo acercó, besándose ferozmente.

Después de que las ondas de choque se calmaron, Virdi se dio la vuelta, exponiéndola al aire. Ella tembló y se acercó, apoyando su cabeza contra su pecho. Esperó un momento, sin estar segura de lo que se suponía que debía sentir. Pero ella brillaba por dentro, una risita de alegría burbujeando en su pecho y sonrió.

—Eso fue increíble —susurró.

—Sí. Realmente lo fue. —Virdi parecía sorprendido. —En realidad no pensé que debía sentirme tan bien.

Sus palabras la sorprendieron. —¿Qué quieres decir?

—Las dos mujeres con las que estuve antes... nunca lo disfruté. Era más una tarea que otra cosa. Huh. —Virdi bostezó. —Tal vez fue sólo porque eras virgen.

Era virgen. Significa que ya no lo era. Dominique esperó un momento, preguntándose si el arrepentimiento y la ira iban a caer sobre ella mientras consideraba lo que había hecho. Pero no había ira, ni arrepentimiento. Ella sonrió mientras sus ojos se cerraban. Aunque esto no desanimara a los otros Dragones... valió la pena.

Capítulo SEIS

Viridi

La suave respiración de Dominique era el único sonido que quería oír. Cuando se concentró en ello, todo lo demás parecía desvanecerse, junto con las razones por las que estaban allí. Pero los otros sonidos de la selva le recordaban que había algo más que él y ella en ese momento. A pesar de lo maravillosa que había sido su unión, fue sólo un momento y no podía olvidarlo. La mañana traería de vuelta todos sus peligros y él tenía que permanecer vigilante.

Tenía que llevarla al Templo del Cielo para averiguar quién era su verdadera pareja. El plan original de llevarla donde su madre no iba a funcionar. El Templo estaba más cerca, y necesitaba hacer todo lo posible para asegurarse de que otro clan no se llevase la gloria de llevarla allí.

Pero eludir a su clan al hacerlo podría hacer que le considerasen un traidor. Era una delgada línea para caminar, entre ganar más poder y ganar demasiado poder. Esperaba demostrar ser digno de ganar prominencia, pero solo aumentando la gloria de su clan.

Y eso era más difícil de lo que él pensaba. Aunque llevara a Dominique con su madre, Skaldi podría ni siquiera llevarla al Templo del Cielo. ¿Y si su compañero era de un clan rival? Skaldi no era el tipo de persona que permitiría que lo que era mejor para todos anulase lo que era mejor para ella. Sabía por experiencia que a ella no le importaba nada ni nadie excepto aumentar su posición.

Al final, Skaldi probablemente emparejaría a Dominique con algún hombre encantador y esperaría que la fertilidad humana, que les permitiera tener hijos con quienquiera que se acostaran y no sólo con sus compañeros, fuera suficiente para producir al Emperador.

Viridi rechinó los dientes. ¿Por qué debería permitirle a su madre seguir apisonando sus propios sueños y posición? Si llevara a Dominique directamente al Templo, tal vez sería rechazado por su propio clan, pero como guardián de la Madre del Emperador, sería bienvenido dondequiera que ella fuera. ¿Y no era esa una mejor posición que ser el hijo de Skaldi?

Pero entonces, tal vez no. Es posible que su pareja no aprecie el hecho de que se haya acostado con ella. Viridi se tensó pensando en la forma en que se integraron. Pensando en el pasado, no fue un acto sexual particularmente largo, pero fue mejor que cualquier cosa que hubiera experimentado antes. Él le había dicho la verdad; sólo había otras dos mujeres con las que había estado antes, y ninguna había sido particularmente satisfactoria.

Respiró, moviéndose levemente. Tal vez la pareja de Dominique la rechazaría porque no era virgen. Había una fuerte percepción entre los Dragones de que no podían tener sexo y no ser apareados de por vida. Viridi sabía que era ridículo. Lo había creído una vez, antes de su primera mujer. Pero ella lo había usado y lo había descartado tan pronto como había terminado con él. Había sido él quien había sufrido cuando intentó que los ancianos del clan declararan que eran compañeros; sólo se burlaron de él por haber regalado una parte tan preciosa de sí mismo y le aseguraron que no tendría pareja debido a su descuido.

Tal vez tenían razón, sin embargo. Nunca había encontrado pareja. Tal vez porque se había acostado con dos mujeres, ahora tres, y no se había comprometido con ninguna de ellas.

Agitó la cabeza, quitando esos pensamientos. Él y Dominique se entendían. Esto no era porque

buscaban algo permanente, era una manera conveniente de desalentar a sus perseguidores. Muchos de los Dragones la considerarían incapaz de aparearse adecuadamente ahora. Era sólo un arreglo de conveniencia, y al final no tenía que preocuparse por salir herido.

Cuando el amanecer comenzó a filtrarse en el cielo, Virdí la despertó y le dijo que se vistiera. Ella bostezó, le sonrió tímidamente y se volvió a poner los pantalones. El dulce olor a jazmín y miel lo rodeaba y aclaró su garganta.

—¿Sangraste? —Preguntó torpemente. —Si lo hiciste, entonces los otros Dragones podrán seguir nuestro rastro más fácilmente.

Dominique se detuvo. Se encogió de hombros. —No lo creo, pero no lo comprobé. ¿No puedes olerlo?

Inhaló. —No.

—Entonces supongo que no lo hice.

Virdí asintió. Había muchas razones por las que ella no sangrara, pero él no podía evitar enorgullecerse un poco. Entre los dragones, era una insignia de lo bueno que era un hombre en la cama si no hacía sangrar a su pareja la primera vez que estaban juntos. Demostraba paciencia, dulzura y sobre todo que la mujer estaba totalmente excitada por él.

Comenzaron a caminar de nuevo, aunque Dominique se movía un poco más rígida que el día anterior. Virdí no estaba seguro de si eso se debía a lo que habían hecho, o a que durmieron en el suelo, o a una mezcla de ambos. En cualquier caso, el progreso fue más lento de lo que él quería. Para el mediodía, pudo escuchar su estómago retumbando y encontró algunas frutas que eran seguras para comer.

Mientras se sentaban a descansar y a comer, dos figuras salieron tropezando de los arbustos. Virdí se puso de pie delante de Dominique. La adrenalina inundó su sistema y abrió la boca, llamando a los fuegos desde su vientre. El aliento que pasaba por su lengua sabía a humo y ceniza.

—¡Esther! —Dominique lloró de alegría. Dejó a Virdí a un lado y corrió a abrazar a una de las intrusas.

Virdí parpadeó, tragándose sus llamas. Era Esther Doron, con Claire Perry a su lado. Ambas humanas parecían exhaustas y asustadas. Esther tenía algunos cortes en la cara y le faltaban las gafas. Claire tenía un gran moretón en la clavícula. La pelirroja también miró a Virdí con recelo, pero cuando Dominique la abrazó, la sospecha desapareció de su rostro.

—Pensamos que estabas muerta —declaró Claire. —Lo vimos a *él* arrastrándote al bosque y pensé que te había matado. ¡Simplemente atacaron sin razón! Los Dragones estaban matando a los estudiantes. Esther y yo corrimos. Es ese huevo. ¡Tenemos que deshacernos de él!

Señaló el huevo, que Dominique todavía llevaba en un cabestrillo hecho de su camisa de manga larga. Sus brazos estaban completamente rasguñados por pasar a través de la maleza y había picaduras de insectos rojos hasta sus hombros. Virdí le quitó una hormiga del codo. Una vez que llegaron al Templo, él iba a buscar un ungüento para ayudar a aliviar la comezón.

—El huevo no va a ninguna parte —dijo Dominique con firmeza. —Virdí me va a llevar a un lugar, para que yo... bueno, para que los Dragones dejen de cazar el huevo.

Esther alejó a Dominique del Dragón. —No irás a ninguna parte con él.

—Él me está ayudando —dijo Dominique de nuevo. —¡Suéltame, no estoy en peligro!

Virdí se adelantó, levantando las manos para tranquilizar a las mujeres y explicar lo que estaba pasando. Nunca tuvo la oportunidad. Claire cogió una rama gruesa y se la lanzó. Le golpeó fuerte en la cabeza, haciéndole caer al suelo. Dominique gritó, y entonces todas las mujeres gritaron. La cabeza de Virdí giró al levantar la vista. Había sabor a sangre en su boca. En serio, iba a tener una

conmoción cerebral de la que no podría curarse si esto seguía así.

Alas púrpuras llenaron su visión. Se puso en pie de un salto y una cola dorada le golpeó en el pecho. Lo hizo regresar volando y chocó contra un árbol. El aire salió de sus pulmones, tartamudeando. Alom apartó a Esther y Claire con un ala, y luego se abalanzó sobre Dominique mientras ella se alejaba de él. Ella gritó y el rey Dragón huyó. Ella estaba en sus garras, siendo arrastrada. Los ojos bien abiertos miraron a Virdi.

—¡No! —Gritó, sus fuegos rugiendo.

El mundo se sumergió y se balanceó a su alrededor, pero Virdi se obligó a seguirlo. Sus pies no se movían correctamente y tropezó. Un estallido de llamas surgió de sus mandíbulas, fortaleciéndole. Se transformó y se lanzó al aire. Sus alas golpeaban el aire y rápidamente se levantó de los árboles. Alom flotaba justo encima de él, Dominique agarrado a su pecho, algo brillante en sus patas traseras. Mientras Virdi corría hacia él, se le cayó la cosa.

Una pesada red de hierro se extendió. Virdi intentó esquivarlo, pero cayó sobre él. Sus alas se enredaron y cayó al suelo.

El grito de Dominique lo siguió. Golpeó el suelo en un ángulo que hizo que el dolor cayera por su columna vertebral, la oscuridad bañando su visión. Sus pulmones gritaban para atraer aire, pero no obedecían sus señales. Sus alas temblaban débilmente a su alrededor. Una bocanada de humo salió de sus fosas nasales. La red se clavó en su cuerpo. Intentó arañarlo pero el impacto le había dejado totalmente indefenso.

—Ayúdame a quitarle esto —dijo Esther.

—¡De ninguna manera! —Claire agarró a Esther y la alejó de Virdi. —¿No viste lo que acaba de pasar? Tenemos que salir de aquí y llamar a las autoridades. Estos dragones sólo quieren matarnos y si lo dejamos salir, nos comerá.

Virdi gruñó enfadado por la histeria de la mujer. Necesitaba esta red fuera de él para poder respirar, pero por la forma en que se había caído, no podía sacar sus alas o patas. También era una red pesada, y si se transformaba, la situación sería aún peor. Sin embargo, su gruñido no pareció calmar a la pelirroja, y ella arrastró a su colega aún más lejos.

—No podemos dejarlo —argumentó Esther, pero ya no parecía muy convencida.

Virdi intentó levantar la cabeza, pero el movimiento lanzó destellos de luz blanca sobre su visión. Sus pulmones se agitaron. Algo cayó detrás de él y las mujeres empezaron a gritar. Se dio cuenta de que una cola azul parpadeaba de decepción y la red fue arrancada. La violencia de la misma lo hizo caer de espaldas y se encontró mirando fijamente a los ojos dorados.

Genial. Justo cuando pensaba que esto no podía ponerse peor. El universo lo odiaba.

—Virdi —dijo su madre en su habitual tono frío y sin emociones. —Me has decepcionado una vez más.

Virdi jugueteaba con las mangas del traje que llevaba puesto. El palacio de su madre estaba construido al estilo de las antiguas pirámides mayas, pero ella lo había llenado con una decoración que recordaba su supuesta ascendencia vikinga. Ella misma llevaba un vestido azul pálido, similar al color de su Dragón, su blanco pelo trenzado alrededor de su cabeza. Un pálido anillo plateado se posaba sobre su cabeza y un jaguar como mascota yacía a sus pies, mirando a las dos mujeres humanas enjauladas mientras se acurrucaban juntas.

—Madre. —Virdi se inclinó rígidamente hacia ella.

—Ah, si no es mi hijo —dibujó Skaldi, sus oscuros ojos brillando. —El que juró que me traería el huevo del Emperador. Y lo ha hecho.

Sus largos dedos envueltos alrededor del huevo, sentado en su regazo. Dominique debió haberlo dejado caer otra vez, para mantenerla lejos de las garras de Alom. El pulgar de Skaldi rozó la marca cerca de su parte superior. Virdi se quedó callado. Él odiaba estos juegos que a ella le gustaban. Si fuera por él, ni siquiera tendría que reconocer que ella era su madre. Pero haría lo que tuviera que hacer para recuperar a Dominique y ganarse la libertad de esta mujer.

—El huevo sin la chica es inútil —continuó Skaldi. —¿Por qué no me la trajiste de vuelta de inmediato? —Ella será la Madre del Emperador y yo no dejaré que el Emperador nazca en otro clan.

—La recuperaré —juró Virdi. —Alom cree que es un dios del cielo, pero sólo es un hombre. Lo haré...

—No harás nada. Ya me has fallado pero tengo una solución al problema que has creado. —Skaldi sonrió mientras seguía acariciando el huevo. —El huevo es inútil sin la chica, pero la chica no es la única que puede relacionarse con él. Así que simplemente tenemos que matar al vínculo actual. —Miró a las acobardadas humanas. —Y unirlos a otro.

Virdi se quedó quieto, mirando horrorizado. Ella no quiso decir.... Su estómago cayó, sus manos se enfriaron y sus fuegos casi se apagaron. No.

Skaldi sonrió, mirando hacia abajo al huevo. —Déjame, Virdi. Ya no soporto ver tu estúpida cara.

Capítulo SIETE

Dominique

Alom también podría haberla metido en una jaula colgada de un árbol por lo difícil que era encontrar una forma de escapar.

Dominique se asomó por la ventanita. Afuera había un mar de verde. Enormes árboles de hojas anchas crecían tan juntos que parecía que ella podía caminar sobre ellos, rodando en olas que desaparecían en la distancia. Ya no estaba segura de donde estaba, pero el rey Dragón la había llevado durante horas a este palacio en la cima de la montaña. Estaba hecha toda de piedra, extendida con escalones masivos y arcos de ménsulas que eran un elemento básico en la arquitectura maya. En cualquier otro momento ella habría estado emocionada de explorar el lugar, para aprender más acerca de las técnicas que se utilizaron para construir estos edificios.

Al ser una prisionera, se apagó su entusiasmo. La habitación estaba oscura, apretada y fría. El Dragón la había dejado aquí tan pronto como llegaron hace casi dos meses. Diariamente le entregaban elegantes mantos de piel y plumas, brazaletes de oro, pendientes de jade e incluso algunas estelas que parecían ser los artículos genuinos. Guardaba las capas porque se congelaba sin ellas, especialmente con el delgado vestido verde que le habían dado, pero rechazaba todo lo demás.

La puerta se abrió y Alom entró, llevando la comida normal de chocolate caliente y magdalenas con las que intentaba sobornarla todos los días. El olor hizo que su estómago retumbara, pero Dominique no se movió para tomar la comida. Ella fijó su mandíbula y le miró fijamente.

—¿Estás lista para ver si tú y yo podemos ser compañeros, querida?

Viridi se equivocó al decir que no la iban a encerrar en una torre. Ella apretó sus manos. —Mi respuesta es la misma que la de los últimos dos meses. No hay oportunidad en el infierno. Y tú también puedes ir allí.

Alom suspiró. En sus años más ingenuos, fantaseaba con ser secuestrada por un rey guapo y rico que poco a poco se enamoraría de ella, pero eso era sólo una fantasía, la trama de una novela romántica. Pero ella no había fantaseado con la parte del secuestro, sólo con enamorarse lentamente y ser rescatada de su miserable y solitaria existencia. No tenía ningún deseo de mirar a este rey ni un segundo más. Cualquiera que fuera por ahí secuestrando mujeres no era alguien de quien se iba a enamorar.

—Como dijiste, han pasado dos meses —dijo Alom. —Si no encuentras una pareja pronto, el huevo morirá, junto con el Emperador.

El estómago de Dominique se acalabró al pensarlo. La bilis se le subió en la garganta, pero rápidamente se la tragó. —Y para encontrar mi pareja, necesito ir al Templo del Cielo.

La ira apareció en la cara de Alom. —O podrías elegir a tu pareja y luego ir allí para aparearte con él. No es que haya propiedades místicas que digan que sólo puedes estar con un hombre o ser miserable para siempre.

—Entonces me apareo con Viridi.

—¿Otra vez con *eso*?

Habían tenido esta conversación más veces de las que Dominique podía contar, pero ella seguía

volviendo a esto. No estaba segura de cuánto tiempo se podría poner a prueba la paciencia de Alom. Aunque no había hecho nada que la hiciera parecer que iba a obligarla a elegirlo como pareja, ciertamente no le estaba dando ninguna otra opción. ¿Qué haría cuando decidiera que los regalos que le estaba dando no iban a funcionar? Odiaba pensar qué otros métodos podría usar.

El Dragón púrpura puso los ojos en blanco y puso la bandeja de comida sobre una pequeña mesa, y luego se sentó al final de la cama. —Sigues diciendo que el inútil de Skaldi es tu compañero, pero eso es una tontería. Ese clan es muy... extraño en sus tradiciones. Piensan que una persona no puede participar en el placer sexual sin ser apareada. La verdad es que puedes dormir con una docena de hombres y no encontrar pareja. Pero una vez que estés con la que es tu pareja, quedarás embarazada al instante.

Eso sonó como un montón de mentiras para Dominique. Se sacudió el pelo y se puso las manos en las caderas. —¿Y cómo sabes que *no* estoy embarazada?

—Porque no hay manera de que Viridi sea el Padre del Emperador. Viene de un linaje innoble. No como yo. —Alom metió la mano en su bolsillo y sacó una pequeña caja. —Pero como sabía que ibas a decir eso, aquí.

Le tiró la caja a ella. Dominique la cogió y su estómago se retorció. Una prueba de embarazo. Ella miró de nuevo al rey Dragón y él sonrió con suficiencia.

—¿Y bien? —dibujó. —¿Vamos a averiguarlo o no?

Dominique le echó una mirada oscura, y luego llevó la prueba al baño. Tenía una tina construida de roca que fluía continuamente con agua caliente a través de ella, y un inodoro que fluía con agua fría. Dominique pasaba la mayor parte del tiempo aquí, ya que hacía un poco más de calor que en la sala principal, pero nunca se sentía a gusto en la bañera. Podía haber mirillas secretas o cámaras vigilándola y no le gustaba la idea de estar desnuda cuando Alom le trajera 'regalos'.

Ella cerró la puerta detrás de sí misma y miró la prueba. Tenía que haber una forma de fingir un positivo, ¿verdad? Tal vez algunas enzimas en una fruta o algo así... Pero estaba sola en esta habitación. No había fruta con la que tratar de falsificar un resultado. Su vejiga se sintió de repente incómodamente llena.

—Date prisa —llamó Alom. La risa era distinta en su voz.

Dominique pateó la puerta. Esta vez la habían arrinconado, ¿no? Gruñendo y maldiciendo en voz baja, abrió el envase y utilizó la prueba. Encontraría una forma de convencer al Dragón de que la dejase ir. Tenía que hacerlo. O tal vez ella le diría que preferiría morir antes que ser su compañera... ¿La mataría si ella dijera eso?

Volvió a la sala principal y lanzó la prueba al Dragón. Lo cogió y una expresión de asco cruzó su cara. La miró con ira antes de mirar la prueba. El asco se convirtió en incredulidad.

—¿Qué?

Su tono la hizo estremecerse. Dominique se adelantó, deseosa de ver el resultado por sí misma. Sus ojos se abrieron de par en par, su respiración se bloqueó en su pecho. No. No, eso era imposible. Ciertamente no había tenido su período desde que la trajeron, pero ése era por el estrés. No porque ella estaba...

—Bueno, parece que *estás* embarazada —gruñó Alom. —Viridi. Tu compañero y padre del Emperador. *Viridi*. El hijo de Skaldi. Nunca dejará que ninguno de nosotros lo olvide.

—No es mi compañero —dijo Dominique. —No estoy embarazada.

—Esto indica lo contrario. —Alom tiró el test de embarazo al suelo.

—Es un falso positivo.

—Pero te acostaste con él. —Agitó la cabeza. —Después de estos meses tratando de

convencerme de que era tu compañero, ¿de repente dices que no lo es? Yo creo que no. Pero no necesitamos el huevo después de todo... Ya llevas al Emperador. Entonces tendré que adaptar mis planes. No seré tu compañero, pero aun así le dirás a todo el mundo que lo soy.

Dominique se estremeció y se alejó de él. Esto no puede estar pasando. Tenía que ser una especie de extraño sueño de estrés. —Viridi no es mi compañero.

—¿Estás diciendo que él no es el que te dejó embarazada? —Alom levantó la frente.

Se abrazó a sí misma. Desde que fue traída aquí, se había estado aferrando al hecho de que tendrían su tiempo juntos, y que no importaba lo que pasara, podría recordar su primera vez con cariño. Muchas veces se quedaba dormida pensando en ello y los sentimientos que se agitaban en su interior la adormecían cuando su mente no se callaba.

—Lo hizo, ¿verdad? —Alom se adelantó, asomándose sobre ella. —Sabes, puede ser que como eres humana, puedas quedar embarazada sin importar quién esté dentro de ti. Tienes razón, puede que no sea tu compañero. Tal vez sólo olió tu fertilidad y te sedujo para poder ser el Padre del Emperador.

Dominique ni siquiera quiso pensar en eso. Agarró la taza de chocolate caliente que Alom le había traído y se la tiró en la cara. Él retrocedió, aullando y ella corrió pasando a su lado. La puerta estaba ligeramente abierta y ella esquivó las escaleras. Ella oyó el aullido de dolor convertirse en un aullido de ira y las estruendosas pisadas de Alom mientras él la perseguía. Su corazón estaba en su garganta mientras bajaba corriendo por las escaleras, luchando por mantener el equilibrio en los resbaladizos escalones.

—Detente —gritó el Dragón tras ella. —¡Vuelve aquí! No voy a hacerte daño.

Sí, y Papá Noel se tiraba pedos de huevos que el conejo de Pascua entregaba. Llegó al final de las escaleras y corrió hacia la luz del día. Media docena de Dragones se arremolinaron en la habitación en la que irrumpió. Parecían sorprendidos, pero rápidamente entraron en acción. Todos ellos se interpusieron en su camino. Corrió a su derecha, intentando encontrar un hueco, cualquier cosa que le diera libertad. Se movieron con ella, no se acercaron, sólo bloquearon sus rutas de escape.

Alom entró en la habitación con puntas doradas rasgando sus ropas. Le salía humo por la nariz y la miraba con ira. Su estómago se retorció mientras retrocedía.

—No hay a donde huir —gruñó. —Ahora volvamos arriba y terminemos nuestra conversación.

Se estremeció. Las ventanas eran demasiado estrechas para pasar, pero tenía que haber una forma de escapar.

—Dominique, no hagas que esto se torne sangriento.

—No voy a ir a ninguna parte contigo —dijo ella, su voz temblorosa. —Sólo mantente alejado...

Hubo un golpe en las anchas puertas de madera. Las cabezas giraron hacia el sonido. Alom se congeló. Dominique aprovechó la oportunidad para intentar pasar a los Dragones, acercarse a la puerta. Lo que sea que estaba golpeando contra ellos sonaba como si estuviera tratando de entrar. Si estuviera lo suficientemente cerca, tal vez podría salir...

Las puertas se abrieron de golpe. Viridi se lanzó a la habitación en forma de Dragón. Se agachó, enroscado. Mientras los otros Dragones volvían su atención hacia él, saltó hacia Dominique. Ella lo alcanzó, pero Alom se interpuso entre ellos. Agarró a Dominique mientras los otros Dragones se apilaban sobre Viridi. Aulló, su llama parpadeando entre sus dientes. Dominique gritó y arañó los brazos que la sujetaban, pero la piel de Alom se había vuelto púrpura, pequeñas y finas escamas lo protegían de sus esfuerzos.

—Bueno, parece que Skaldi me encontró —gruñó el rey. —Maten al chico y prepárense para movernos.

Virdi rugió. Se quitó de encima a la mitad de los Dragones y empezó a buscarlos de nuevo. Dominique golpeó su codo contra el esternón de Alom. Con un silbido, la soltó. Ella corrió hacia adelante pero fue rápidamente atrapada de nuevo. Virdi cayó. Mientras los Dragones que le rodeaban cambiaban a las formas de sus bestias, sus alas retrocedían, los dientes de su boca se opacaban y él se convertía en humano.

—Lord Alom, tienes que escucharme —dijo, su voz urgente. —La Madre está en peligro. Skaldi quiere forzar al huevo a unirse con otra y ha enviado a un asesino tras Dominique. Tienes que dejar que me la lleve de aquí.

¿Un asesino? El corazón de Dominique saltó. Luchó por liberarse de las garras de Alom. Pero el rey Dragón solo se rió. ¿Qué le pasaba? ¿Con Skaldi enviando un asesino tras ella, todos perderían! Especialmente si ya estaba embarazada.....

—Bonita historia, chico —dijo el rey. —Pero ni siquiera tu madre haría algo así. Necesitamos al Emperador. Si crees que puedes convencerme de que Skaldi sería tan estúpida como para matar a la Madre...

Un silbido y un ruido sordo lo interrumpieron. Algo caliente roció la cara de Dominique. Los brazos a su alrededor aflojaron y Alom se derrumbó. Un charco rojo comenzó a extenderse a su alrededor. Dominique miró fijamente, la bilis elevándose en su garganta. Los pelos de la nuca se le erizaron. Virdi gritó algo. Se lanzó hacia adelante, los ojos muy abiertos, mientras otro silbido sonaba en sus oídos.

Capítulo OCHO

Viridi

La visión de la sangre activó la adrenalina por todo el cuerpo de Viridi. Un aullido salió de su boca, las llamas parpadeando alrededor de sus dientes antes de que se diera cuenta de que no era la sangre de Dominique. Los guardias de Alom gritaron y corrieron hacia el rey caído. Viridi se lanzó al aire usando sus espaldas para saltar sobre ellos y aterrizar junto a Dominique.

La envolvió en sus brazos y con su espalda hacia la ventana, protegiéndola con su cuerpo. Una bala golpeó su cabeza, impactando la piedra en una trayectoria que la habría matado si no hubiera estado allí. Su corazón latía con fuerza cuando la empujó hacia un rincón donde al asesino le costaría más atacarla. La bilis se sentía en su boca.

En cuanto se enteró dónde la tenía Alom, vino. Y ya se le había acabado el tiempo. Tenía que sacarla de aquí, antes de que el asesino se acercara o tuviera un ángulo limpio. Se extendió sobre ella, presionándola contra la pared de piedra. No podrían atraparla sin matarlo a él primero.

Las manos de Dominique se agarraron a sus brazos, un gemido sonando en su garganta. —¿Ella quiere matarme?

—No te preocupes, no dejaré que eso suceda —prometió Viridi, pero mientras lo hacía, su corazón se hundía. Su madre no le perdonaría si se interpusiera en su camino. Especialmente ahora que la traicionó. —Tengo a Esther y Claire conmigo, nos están esperando afuera.

—¡Tú! —Uno de los guardias, arrodillado sobre el cuerpo de Alom, se volvió contra ellos. — ¡Lo mataste!

Viridi no se molestó en explicar que él no era el responsable de esto. Colocó a Dominique en su espalda y se abalanzó por las puertas abiertas. Sus alas reventaron de su cuerpo mientras se lanzaba por las escaleras. Luchó un poco para ganar altura con el peso extra en la espalda, pero agitó sus alas con más fuerza y se llevó a él y a Dominique al aire.

Los guardias los siguieron, disparando chorros de llamas tras ellos. Viridi viró a la izquierda, evitando los misiles. Un destello en los árboles de abajo le llamó la atención. El asesino. Rugió, girando con fuerza a la derecha para evitar sobrevolarlos. Oyó a Dominique gemir y hacer una mueca de dolor, imaginando que sus púas en la espalda la lastimaban. Los otros Dragones también debieron haber visto el destello porque la mitad de ellos se separaron y se lanzaron hacia él.

Si la asesina era quien creía que era, la favorita de su madre, entonces no la iban a atrapar. Sólo Skaldi podía detenerla.

En este momento, sin embargo, lo importante era eludir a los guardias que aún los seguían. Inclino la cabeza hacia abajo, poniendo sus alas sobre su espalda, manteniendo a Dominique en su lugar mientras caía. Cerca del suelo, volvió a extender sus alas, agarrándose y esquivando entre los árboles. Toda su atención se centró en evitar chocar con un árbol y asegurarse de que Dominique permaneciera acostada sobre su espalda.

Los sonidos de la persecución lo alcanzaron rápidamente. Se metió más profundamente en los árboles, las alas rozando los troncos, las enredaderas enganchándose a sus pies, hasta que se vio forzado a aterrizar. Dominique se deslizó de su espalda y se agachó para protegerla mientras ella estaba sentada en el suelo, enroscada en sí misma.

Los otros Dragones aterrizaron en un círculo a su alrededor. Gruñeron, humo saliendo por sus bocas. Virdi se agachó sobre Dominique, preparándose para la batalla.

Un grito alto y penetrante estalló entre los árboles. Le perforó la cabeza, haciendo que un dolor candente pasara por su cuerpo. Se meció hacia atrás, aullando, mientras arañaba su propia cabeza, desesperado porque el sonido parase. Los otros Dragones también se retorcían. En algún lugar de su mente sabía que si continuaba así aplastaría a Dominique. Con esfuerzo, se transformó; el dolor disminuyó sólo un poco y se derrumbó, gritando de dolor.

Unas manos lo agarraron. Trató de deshacerse de ellas, pero eran insistentes. Lo levantaron y lo arrastraron a través de la jungla. Lo empujaron contra algo y se movió, corriendo por el bosque. Finalmente, el chirriante y penetrante sonido se desvaneció y pudo ver lo que le rodeaba. Esther, Claire, y Dominique estaban todos en una cuadratrack con él, conduciendo por un sendero.

Dominique estaba abrazando a Esther mientras Claire conducía. Su vestido verde estaba roto y la sangre de Alom se aferraba a ella, pero no había señales de que hubiera sido herida durante el vuelo.

Sonrió aliviado al ver que Dominique estaba bien, y luego se inclinó rápidamente sobre el borde del vehículo, vomitando. Su cuerpo se estremeció al normalizarse. Su cerebro seguía sintiendo como si lo hubieran pisoteado.

—¿Qué fue eso? —Preguntó, limpiándose la boca.

—Modulador de alta frecuencia —dijo Claire. —Es bueno contra el ataque de perros, pensé que podría ser útil contra los Dragones. Ya sabes, ya que ustedes tienen un oído sensible.

—Bueno, lo fue.

Dominique se alejó de Esther. —¿Cómo es que están ustedes dos aquí?

—La princesa Skaldi nos hizo prisioneras, pero Virdi nos sacó de allí —dijo Esther. —Y sabíamos dónde te retenía Alom, así que vinimos de inmediato. ¿Te has hecho daño? Estás sangrando.

El corazón de Virdi saltó. Miró más de cerca y vio que había puntos de sangre en su vestido. Sus hombros se desplomaron. Él la *había* lastimado.

—Estoy... bien. Me tuvo encerrada en una torre, pero no hizo nada. Estoy bien. Estoy bien. Estoy bien. Son sólo pequeños rasguños. —Dominique se derrumbó de nuevo contra Esther, cerrando los ojos. —Creí que nunca me alejaría de ese lugar. ¿Y ahora Skaldi envía asesinos tras de mí? ¡Ojalá nunca hubiéramos encontrado ese estúpido huevo!

Virdi intentó consolarla, pero ella evitó que la tocara. Ella le miró fijamente y él se retiró. Le dolía estar en el lado receptor de esa mirada, pero intentó dejar a un lado su incomodidad. Era de esperar. Después de todo, había estado prisionera durante dos meses. Ella se estremeció intermitentemente y él se encontró alejándose de ella tanto como pudo en este pequeño vehículo.

Él había dicho que deberían dormir juntos porque eso detendría esta situación exacta. Bueno, no es realmente *esta* situación. No esperaba que nadie la encerrara como prisionera. Se suponía que el Emperador traería paz. ¿Cómo se suponía que llevar a su madre prisionera ayudaría a eso?

Pero dijo que dormir juntos la protegería, y no fue así. Ella había tenido dos meses para pensar en cómo él no estaba realmente tratando de protegerla, sino que sólo quería tener sexo con ella. Igual que el tipo de la secundaria del que le habló. Ella le había dado su virginidad y ahora, ¿qué tenían que demostrar? La culpa y la ira se arremolinaron en su estómago.

Rápidamente llegaron al aeródromo donde el pequeño avión personal de Claire los estaba esperando. Era imposible para Virdi llevarlas a las tres, y Esther y Claire insistieron en venir con él y Dominique al Templo. Entraron a toda prisa y Claire partió. Virdi finalmente se permitió

relajarse. Había la posibilidad de que fuesen atacados en el aire, pero los aviones eran más rápidos que los Dragones y también podían ir a mayor altura que ellos.

Dominique se estremeció durante todo el vuelo, sus tonos normales de cedro mucho más pálidos de lo habitual. Virdi la miró, el temor se deslizaba por su cuerpo mientras consideraba todas las razones por las que ella estaba tan retraída. Realmente había pensado que no ser virgen la protegería, pero ¿qué pasaría si la obsesión por la virginidad estaba sólo en su clan? ¿Y si Alom hubiera pensado que podría obligarla a tomarle como compañero? Su estómago se agitó.

Aterrizaron en una gran ciudad humana poco después. Virdi no estaba del todo seguro de que sería suficiente para mantener alejados a todos los Dragones, pero estar en un lugar tan público les proporcionaba un poco más de protección. Después de todo, los clanes tenían que considerar las relaciones humanas.

Claire les consiguió una habitación de hotel para compartir, luego ella y Esther salieron a buscar comida, dejando a Dominique sola con Virdi. Se sentó en una de las camas, todavía temblando. Ella todavía estaba vestida con un vestido verde brillante que no tenía mangas y hasta las rodillas. Virdi tenía ropa extra en el avión y ahora llevaba una camiseta oscura con un par de pantalones cortos. Puede que ella no se sienta cómoda con él, pero al menos no estaba desnudo. Se acercó un poco más a Dominique.

—¿Estás bien?

Ella resopló. —Los dragones están tratando de secuestrarme y matarme. ¿Qué crees?

Virdi se estremeció. —No tenía ni idea de que mi madre quisiera matarte. Cree que puede unir el huevo a otra persona. Verás, si el Emperador no es concebido dentro de cierto tiempo después de la unión, morirá. Si se mata al vínculo, entonces regresa al letargo. Al menos, eso es lo que piensa mi madre.

Dominique se abrazó a sí misma y no respondió.

—No dejaré que te pase nada. Lo prometo.

—Por supuesto que no. —Su voz era ácida. —Porque quieres poder y prestigio. La gloria de estar conectado con el Emperador. A ninguno de ustedes, dragones, les importo un bledo. Sólo soy una incubadora.

Virdi dudó. Se aclaró la garganta, queriendo asegurarse que no había querido aprovecharse de ella. Alcanzó a poner su mano sobre su hombro y ella se estremeció. Se retiró y puso distancia entre ellos, sus fuegos parpadeando. Ella le había dicho que Alom no la había lastimado, pero lo que él había hecho era aún peor. Trató de no dejar que su furia lo dominara. Lo último que quería hacer era asustarla.

—Dominique... Alom... —¿Cómo podría decir esto? La palabra real se sentía como ácido en su lengua y él no quería decirlo por miedo a lastimarla. —¿Él...

—¿Violarme?

Se pasó una mano por el pelo y asintió. Su corazón latía con la esperanza de que sus sospechas resultasen infundadas.

Dominique agitó la cabeza. Se envolvió con los brazos más apretados alrededor del medio. — Pensé que lo haría, pero nunca me tocó. Y quiero decir que *literalmente* nunca me tocó. Ni siquiera tocó mi mano. Venía a mi habitación todos los días con comida y me exigía que lo escogiera como compañero, pero nada más.

El alivio se derramó sobre él. Abrió la boca, pero ella continuó antes de que él tuviera la oportunidad.

—Estaba sola allí. Era la única persona que veía día tras día, atrapada en la pequeña

habitación, sin forma de escapar. No sabía lo que iba a hacer, no sabía si se iba a cansar de esperar o... Dijiste que si me acostaba contigo, me protegería. Pero lo hiciste para tener más control sobre mí, ¿no? Querías que me quedara embarazada para que pudieras ser el padre del Emperador.

La acusación lo conmocionó. Quería abrazarla, para asegurarle que no era su plan. Pero la mirada que le lanzó cuando se acercó le detuvo. Estaba herida, y presionarla no iba a ayudar. Se sentía raro, sin embargo, querer consolarla. Queriendo que ella sepa sus verdaderas intenciones. No podía pensar en un momento en el que realmente le importara lo que otra persona pensara de él....

—No lo hice —dijo. —No intentaba usarte, Dominique. Honestamente pensé que te protegería.

—Bueno, no fue así. —Volteó la cara.

No eran compañeros. No tenía razón para sentirse así. Triste, confundido, enojado. La culpa pesaba en su corazón y no sabía qué hacer al respecto. Él no se había arrepentido de estar con ella, pero aparentemente, ella sí. No es que realmente la culpara. Sin embargo, no había nada que pudiera decir para que cambiara.

—Necesitamos llevarte al Templo del Cielo tan pronto como sea posible —murmuró.

—¿Con un asesino detrás de mí?

—Una vez que tienes una pareja y quedas embarazada, entonces el huevo no puede estar unido a nadie más. —Mi madre tendrá que aceptarlo.

Ella no respondió ni lo miró. Sus movimientos rígidos, caminó hacia el baño. Viridi se quedó donde estaba. ¿Qué podía hacer para que se sintiera mejor? Nada... y no era como si fuera su trabajo, de todos modos. Ella tendría a su pareja muy pronto y él la cuidaría. Entonces Viridi desaparecería de su vida. Dejaría las Américas. Tal vez ir a Islandia y ver si había un clan al que pudiera unirse. Se suponía que su clan originalmente venía de allí. Tal vez le darían la bienvenida a un primo lejano.

Aunque no lo hicieran, ya no se quedaría aquí.

Capítulo NUEVE

Dominique

Tal vez no debería haber atacado como lo había hecho. Ella repitió exactamente lo que Alom le había dicho sobre Virdi. ¿Pero ella le creía?

Parecía bastante creíble. Hasta ahora, ella no había visto nada en Virdi que indicara que realmente se preocupaba por otras personas. Pero antes de que ella y Virdi se acostaran, ella pensó que él estaba siendo genuino cuando actuó como si no fuera sólo porque ella era la Madre del Emperador. Pero, ¿y si no lo fuera?

Y estaba embarazada.

Dominique se cubrió la cabeza con una manta. A pesar de la calidez de su entorno, aún tenía frío. Tal vez era porque había un asesino ahí fuera, queriendo volarle la cabeza. Tal vez era por el olor a cobre que olía, incluso después de ducharse. Tal vez fue el ruido de su estómago, el saber que había hecho exactamente lo que su madre había hecho. ¿Le diría algún día a su hijo que su padre era un Dragón y que eso era todo lo que necesitaba saber?

Claire y Esther habían regresado con comida, pero no se podía obligar a comer. Ahora discutían en voz baja con Virdi. Quería llegar al Templo de inmediato, pensaron que ella necesitaba descansar más. Ella sólo quería que esto terminara.

Sus manos presionaban su estómago bajo las mantas. Siempre había tenido un poco de sobrepeso. ¿Ayudaría eso a disimular un poco su embarazo? En todo caso, no tenía sentido ir al Templo, no cuando ya estaba embarazada. A menos que la prueba estuviera equivocada, o tal vez todos estaban locos y su 'compañero' era otra persona. O a nadie. Era humana, no tenía que seguir sus estúpidas reglas.

¿Pero qué hay de Virdi? ¿Debería contarle lo de su embarazo? Se apretó la mano contra la oreja, intentando bloquear la discusión. Se callaron abruptamente y pudo sentir sus miradas en el bulto que era ella.

Virdi siempre le había parecido un hombre egoísta. El tipo que usaba a cualquier chica que quería y luego la abandonaba. ¿Era verdad que sólo había tenido dos mujeres y que las chicas con las se fue a la jungla sólo volaron con él? No la habría mirado dos veces si el huevo no se hubiera unido a ella. Eso lo sabía con certeza.

—No hay nada por lo que discutir —dijo Virdi de repente, sin molestarse en bajar la voz. —El huevo se ha unido a Dominique y nos estamos quedando sin tiempo para llevarla al Templo del Cielo. Alom la mantuvo cautiva demasiado tiempo. Sólo tenemos unos días para llegar al Templo y averiguar quién es su pareja.

—A menos que no quiera estar atada a un Dragón que ni siquiera conoce —argumentó Esther, su voz era un susurro pero lo suficientemente fuerte como para que Dominique la oiga. —No sé los dragones, pero a los humanos nos gusta elegir con quién pasamos el resto de nuestras vidas.

—Si no se aparean y pronto, el huevo morirá y el Emperador no nacerá. Nuestros clanes se han estado peleando durante siglos. ¿Quieres que eso continúe? —La voz de Virdi estaba llena de pasión, pero ¿estaba realmente preocupado por los clanes, o sólo por él mismo? —También hay bajas humanas cuando terminamos peleando. El Emperador podrá unificarnos y restaurar la paz.

Claire habló como Virdí, sin bajar la voz. —Incluso si hay algún Dragón con el que pueda aparearse, las posibilidades de quedar embarazada tan rápido...

—Sucederá la primera vez que estén juntos si son verdaderos compañeros.

Dominique se estremeció. Quería que se callaran y la dejaran en paz. Quería volver a casa con su madre y contarle lo que había pasado y no quería que su bebé supiera nunca qué clase de hombre era su padre, igual que su madre lo hizo con ella. Ella frunció el ceño. Ya era bastante malo crecer sin estar nunca conectada con el lado paterno de su linaje. Ella no sabía de qué nación nativa americana formaba parte, o si su herencia asiática había llegado a través de su madre o padre, o cualquier otra cosa sobre él. ¿Cuánto peor sería para su hijo ser aún más diferente de sus compañeros de lo que había sido?

Ella tendría que tener algún contacto con Virdí... asumiendo que él quisiera ser parte de la vida de su hijo. Caso contrario, asegúrese de que el bebé tenga una fuerte presencia de shifters en su vida. Había centros culturales de Dragones en su ciudad natal. Ser una madre soltera arqueóloga probablemente no funcionaría muy bien, pero siempre podría enseñar. No es tan glamoroso como cavar en el barro y la suciedad, pero la mantendría cerca de casa por su hijo.

Una cosa era segura, no iba a criar a su hijo con la expectativa de que ellos eran los únicos responsables del destino de los shifters Dragones en todo el mundo.

—¿Dejará de perseguirme el asesino si vamos al Templo? —preguntó Dominique, tirando las mantas. Ella temblaba ante la avalancha de aire frío que la acariciaba.

Esther miró fijamente a Virdí, pero él la ignoró mientras asentía con la cabeza. —Creo que sí. No puedo decirlo con seguridad, pero no creo que mi madre vaya en contra de siglos de tradición y te mate una vez que estés embarazada. Traería mucha furia a nuestro clan. Mi abuelo, nuestro rey, la mataría él mismo si lo hiciera.

—Entonces iremos.

Dominique agarró la ropa que le habían dejado. Eran una combinación de camisa y pantalón indescriptible, un poco más pequeña de lo que a ella le hubiera gustado, pero mejor que este delgado vestido que lleva puesto. Fue al baño a cambiarse. Pero ella no salió, demasiado envuelta en sus pensamientos todavía.

Unos minutos después, Esther llamó a la puerta. —¿Dominique? ¿Está todo bien?

Se sentó en el borde de la bañera y no respondió. Después de un momento, Esther abrió la puerta y entró.

—Virdí y Claire fueron a buscarnos transporte. ¿Qué ha pasado? No has sido tú misma.

—Me acosté con Virdí —dijo Dominique.

Esther jadeó.

Volteó la cara para no tener que ver la expresión en la cara de su amiga. —Justo antes de que me secuestraran. Dijo que podría ayudar a disuadir a los otros Dragones, así que acepté. Ahora estoy tan enfadada conmigo misma por ello. ¿Por qué le creí?

Esther la abrazó. —Cariño, es un tipo persuasivo. Y probablemente estaba diciendo la verdad. Ha estado obsesionado con tu seguridad todo este tiempo. No creo que te estuviera usando.

Dominique se encogió de hombros sin ganas. —Me aferré y esperé a que el tipo adecuado compartiera mi primera vez con él. Y luego me acosté con un hombre que ni siquiera me gustaba. ¿En qué clase de persona me convierte eso? Soy igual que mi madre, me acuesto con todo el mundo y... —Se detuvo y respiró hondo. ¿Podría decir que estaba embarazada en voz alta?

Los cálidos ojos marrones de Esther fueron comprensivos y abrazó de nuevo a su amiga. —Te convierte en un organismo biológico con deseos físicos. Las hormonas no te hacen una mala

persona. Si Virdi guiñara un ojo en mi dirección, me bajaría los pantalones. Es muy guapo y tiene esa cosa de chico malo sexy y seguro de sí mismo...

Se calló, viendo la mirada que Dominique le estaba dando. Dominique, por sí misma, no estaba segura de por qué un sentimiento de algas viscosas llenaba su estómago al escuchar a Esther hablar de eso, o por qué tenía el repentino deseo de arrancarle los ojos a su amiga. No había razón para que se pusiera celosa..... y sin embargo, aquí estaba, convirtiéndose en el monstruo de ojos verdes.

Afortunadamente, Esther confundió la mirada con enojo en vez de celos. —Lo siento. Está perfectamente bien tener remordimientos...

Escuchar la palabra hizo que Dominique se estremeciera. Tragó, fuerte, su garganta repentinamente seca cuando se dio cuenta de que la realidad le golpeó duro en el estómago. —Yo... no me arrepiento. Supongo que por eso estoy tan enfadada. Porque no confío en él, creo que me estaba usando y aun así... ¡no me arrepiento de haberle dado mi virginidad a este hombre que no soporto! Aparte de las hormonas, ¿en qué me *convierte* eso?

Los ojos de Esther se abrieron de par en par. Su boca formó una O perfecta.

—Quería que mi primera vez fuera especial. Había chicos en el pasado que me gustaban que rechazé y luego me arrepentí de haberlos rechazado. Quería estar con alguien que me amara y a quien yo amara. En lugar de eso, elegí a Virdi? Estrés y hormonas, sí, puedo entender que cambie de opinión, pero ¿por qué no me arrepiento? Soy tan idiota por todo esto. —Ella agitó la cabeza. —Pero sobre todo soy un idiota por permitirme desarrollar sentimientos por un hombre que sé que no se preocuparía por mí si no le beneficiara.

—Dom-

—Recorrí los cielos todos los días, esperando por él, rezando para que viniera.

—Y él *sí* vino por ti, ¿no? —Esther la abrazó. —Mira, sé que estás confundida y asustada pero no creo que Virdi sea tan manipulador como crees.

Dominique volteó la cara.

—Estaba fuera de sí en la corte de Skaldi. Rogó que lo enviaran a buscarte. Constantemente discutía con ella por querer matarte. —Esther suspiró. —A él le importas. Más de lo que creo que quiere. Pero él luchó por ti. Prometió que tú y el Emperador podrían ser parte de su corte, pero esa mujer... La frase 'reina de hielo' me viene a la mente.

—Pero todavía quiere aumentar su propio poder.

Esther agitó la cabeza. —Si eso fuera todo lo que quisiera, ya habría reducido sus pérdidas contigo. Skaldi hizo que lo arrestaran. Sólo porque él quería que ella no te matara.

Los ojos de Dominique se abrieron de par en par. Se le cayó la mandíbula y no supo qué decir. ¿Qué clase de mujer arrestaría a su propio hijo porque ya no quería escucharlo? Su mano se dirigió hacia su propio estómago y se estremeció. No es raro que Virdi actuara así.

—Tal vez quiera usarme para alejarse de ella.

—Bueno, no puede volver ahora.

—¿Qué quieres decir?

Esther se veía sombría. —Lo que quiero decir es que fue directamente en contra de sus órdenes cuando nos rescató a Claire y a mí. Luchó contra su propio clan para sacarnos de allí. Ahora es considerado un traidor y no lo dejarán volver. No me sorprendería que Skaldi lo matara ella misma después de esto.

Dominique tembló. Sus hombros encorvados y sus brazos envueltos alrededor de su medio. —Estoy embarazada —dijo ella. —Si lo que todos estos Dragones están diciendo es verdad,

entonces...

—Ya estás llevando al Emperador. —Los ojos de Esther eran redondos como platillos. —Y el padre es...

—Viridi —susurró Dominique. —Pero no puedo decírselo. Ni siquiera lo conozco. No voy a desperdiciar mi vida por alguien que ni siquiera conozco. Sin mencionar que no me gusta.

—Oh, cariño. Sabes que eso no es verdad.

—¿Qué quieres decir?

Esther la abrazó. —Desde el primer día, vino a nuestro campamento, has tenido sexo visual con él. Ví la mirada en tu cara, no estabas enfadada porque se estaba aprovechando de las chicas con las que se iba, estabas celosa. Una simple y vieja celosa de ojos verdes. Hablas de él todo el tiempo.

—¡Porque me vuelve loca!

—Sí, lo hace. Porque te gusta y no quieres eso.

Dominique agitó la cabeza. —No importa. No puedes decirle que estoy embarazada.

—Pero cuando lleguemos al Templo...

—¡No se lo digas! —Dominique entrecerró los ojos.

—Tienes que hacerlo, entonces.

—Lo sé. —Ella suspiró, sintiendo frío otra vez. —Y lo haré. Sólo necesito averiguar cómo... sin que él piense que significa que estamos destinados a estar juntos. Porque no lo estamos. —Una mueca frunció el ceño sobre su cara y su estómago se apretó. —No lo estamos.

Capítulo DIEZ

Viridi

Manejar era el método de transporte menos llamativo, aunque la lentitud volvía loco a Viridi. Sus dedos golpeaban su rodilla mientras rodaban por las carreteras, multitudes de coches por todos lados. No fue hasta que estuvieron lejos de la ciudad que fue más transitable, pero luego hubo otro asunto por el que preocuparse. Menos humanos alrededor significaba una mayor posibilidad de ataque.

Condujeron todo el día y cuando la noche se acercaba, Viridi dirigió a Claire, que estaba conduciendo, a un lugar donde podían estar seguros. La casa de su infancia parecía más destartalada que nunca, pero su sistema de seguridad aún estaba en funcionamiento y había suficiente espacio para todos ellos. Los nervios se agitaban en el estómago de Viridi mientras hacía entrar a Dominique. Después de que su papá se fue, él regresaba aquí a menudo, siempre que las demandas de su madre terminaban pesando demasiado sobre sus hombros, o cuando él sólo necesitaba un descanso de la lucha constante por su posición. Soñaba con un día reconstruir la casa y librarse de ella para siempre. No era un escondite perfecto, pero serviría.

—Hay una habitación en el sótano que no tiene ventana —dijo Viridi. —Podrás descansar allí.

Dominique asintió sin mirarlo. —¿Esther?

—Te mostraré —dijo Viridi. —Es mejor si no usamos linternas.

Puso un brazo alrededor de Dominique y la llevó por las escaleras, Esther muy cerca. A pesar de la naturaleza destartalada del exterior de la casa, su interior todavía estaba en relativamente buenas condiciones, aunque olía a moho. Sin embargo estaba bien para una parada nocturna. La oscuridad significaba que los humanos no eran capaces de ayudarlo a vigilar la carretera, y sus faros les hacían blancos fáciles. Con un asesino tras ellos, era mejor aprovechar la oportunidad para descansar y así poder afrontar el día siguiente con más atención.

—Hay un sofá aquí —dijo Viridi llevando a Dominique a él.

El olor a humo aún era fuerte ahí abajo. Recordó el día en que Skaldi había llegado, con los ojos brillantes y le dijo a su padre que volviese al corazón del clan o se fuera y nunca volviese. Viridi había corrido hasta aquí y se había transformado, llenando la casa de humo. Esa fue la última vez que vio a su padre. A lo largo de los años había recibido tarjetas y llamadas telefónicas ocasionalmente, pero su padre nunca regresó.

—Trata de descansar —le dijo a Dominique, luchando por mantener la emoción de su voz. Esther se sentó en el sofá a sus pies. Ninguna mujer dijo nada.

Volvió a subir y Claire decidió quedarse en una de las habitaciones que sí tenían ventana, a pesar de que era más peligrosa. Viridi no discutió el punto con ella. Caminó por la casa, asegurándose de que estaba cerrada y asegurada, antes de retirarse a la cocina. Su viejo almacén de alimentos secos, guardado en contenedores de lata sellados dentro de una caja de metal pesado, no estaba comprometido y abrió una de las latas para picar la fruta seca que había dentro. La noche afuera era brillante para la jungla y él vio varios tipos de vida silvestre deslizarse a través de la espesa maleza pero sin señales de actividad humana o de shifters.

El suave golpeteo de pies tras él le hizo girar.

—Ustedes pueden ver en la oscuridad, ¿no? —preguntó Claire.

Sí, podría. Sus ojos se abrieron de par en par y su mandíbula se quedó boquiabierta mientras la veía, de pie en la entrada sin nada de ropa. Su piel blanca brillaba a la suave luz de la luna, su pelo rojo cayendo en olas alrededor de sus hombros. Uno de sus brazos descansaba sobre su cabeza, estirando más la curva de su costado.

—¿Qué estás haciendo? —Siseó Virdi. Ella era agradable a la vista pero él no sentía ningún revuelo, solo ira. —Ve a vestirte. ¿Y si nos atacan?

—Me protegerías —ronroneó Claire. Ella se le acercó. —Vamos. Ya has hecho mucho por nosotros... Sólo quiero darte las gracias.

—Entonces di gracias. —Virdi se alejó de ella. —No estoy interesado.

Claire sacó el labio inferior con una mueca. —¿Qué es eso? ¿No me encuentras atractiva?

—¿Huyendo de un asesino y atrapado en una casa sucia? No, no te encuentro atractiva ahora mismo. —Virdi la agarró de los hombros, la giró y la empujó hacia la puerta. —Adiós.

Claire hizo un ruido de enojo y se fue. Esther salió de la planta baja justo a tiempo para que las dos mujeres se encontraran. Ambos gritaron, callándose rápidamente. Virdi hizo una mueca cuando Esther buscó a Claire para equilibrarse, y sus manos corrieron sobre esa piel lisa, sedosa y desnuda. Habría sido el comienzo de cliché de una porno lésbica barata y ahora mismo Virdi no quería lidiar con nada de eso.

—Oopsy. —Claire se rió. —Será mejor que vuelva a mi habitación.

—¿Dónde está Virdi?

—Por ahí en alguna parte.

Claire se fue. Esther se adelantó, con las manos extendidas como una mujer ciega -lo cual, dados los ojos humanos, lo era- hasta que se acercó lo suficiente para ver su sombra. Ella se detuvo justo delante de él y le golpeó el brazo. Él se alejó.

—¿Por qué fue eso?

—¡Eres un Puto! —Siseó ella. —Así que así son las cosas, ¿no? ¿Te acuestas con una mujer y luego te acuestas con la siguiente? Dominique te creyó cuando dijiste-

—No hice nada con Claire —interrumpió Virdi. No era asunto de Esther lo que él hacía y lo que no hacía, pero le preocupaba lo que ella pudiera decirle a Dominique cuando volviera abajo. Su relación ya tenía suficiente tensión. —Acaba de entrar aquí desnuda. ¿Y qué te importaría a ti, de todos modos? No hemos estado juntos.

Esther puso sus manos en sus caderas. —Porque Dominique es mi amiga y...

Un choque en el piso de arriba los puso a los dos nerviosos. Una luz roja sobre la estufa comenzó a parpadear. Virdi maldijo. Un intruso. No necesariamente el asesino, pero no podría asumir que no era. Tomó el brazo de Esther y la arrastró de vuelta a la entrada del sótano.

—Busca a Dominique y encuentra un lugar donde esconderse —ordenó. —Yo me encargaré de quienquiera que sea.

Los ojos de Esther estaban muy abiertos. —¿Y Claire?

Maldita sea. Se había olvidado de la otra mujer. Le sentaría bien que le dispararan en la frente estando desnuda. Pero, por supuesto, no podía dejarla aquí para que la mataran, o tal vez interponerse en su camino y hacer que lo mataran a *él*.

—Voy a buscarla. Sólo vete.

Salió al pasillo, buscando el olor a cereza de Claire hasta que la encontró. Él se deslizó; ella sólo estaba tirando de su camisa sobre su cabeza, pero sonrió cuando lo escuchó. Ella abrió la boca, sin duda para preguntarle si había cambiado de opinión, así que le puso una mano sobre la

boca. Ella gritó, luchando contra él.

—Shhh —siseó. —El asesino está aquí. Necesito que bajes al sótano.

El olor del miedo la inundaba, pero ella asintió. La llevó a la puerta del sótano y la apresuró a bajar, luego cerró la puerta tras ella. Era la única entrada al sótano. Las chicas estaban tan seguras como podían estarlo dadas las circunstancias. Se metió en una puerta y se agachó, esperando.

Respiró profundo pero los fuegos dentro de los Dragones quemaron sus olores. No podía saber si había otro Dragón en la casa por el olor, igual que el asesino no podía olerlo. No oyó nada en el edificio, ni desde arriba, ni desde este piso. Vigilaba, escondido en las sombras donde incluso otro Dragón tendría dificultades para verle. Afuera soplaba un fuerte viento que hacía que los árboles golpearan contra las ventanas.

¿Y si hubiera sido una rama o un animal cayendo por una ventana vacía? Arriba había unas cuantas ventanas que estaban rotas...

Pero no podía arriesgarse. No si era quien él creía que era. Era una mujer de infinita paciencia y era capaz de transformarse a casi cualquier cosa que la situación requiriera. Había una razón por la que era la favorita de Skaldi.

Un aliento le cubría la nuca, llenándole el pecho de miedo y los pelos de sus brazos para erizarse. Golpeó, moviendo su brazo hacia atrás. Mientras lo hacía, la asesina agarró su muñeca y la giró hacia atrás. Su brazo casi se le salió. Gruñó, dando vueltas, y golpeó a la asesina en la cara con la otra mano. Ella le soltó y volvió a tropezar, pero solo había sido un golpe suave, no lo suficiente como para causar un daño real.

—¿Así se saluda a una amiga? —la mujer se burló, frotándose la mandíbula. Se balanceó de nuevo y ella bloqueó el golpe, luego se agachó bajo su brazo y le dio un puñetazo en las costillas. El impacto expulsó el aire de sus pulmones y le hizo caer sobre una rodilla. —Skaldi está furiosa, sabes. Sigue despotricando sobre su despreciable hijo.

—Ella ha hecho eso toda mi vida —siseó Virdi. —Supongo que por eso ella te envió a ti, Drusa.

Drusa se encogió de hombros. Se acercó de nuevo. Esta vez pudo bloquear su golpe. Le cogió el brazo, pero todo lo que ella tuvo que hacer fue girar su cuerpo, acercándose a él como si fuera un movimiento de baile y le dio un codazo en el esternón. El aire salió sus pulmones en un gemido. Drusa le dio un rodillazo en el estómago y le dio la vuelta sobre su espalda, haciéndole aterrizar sobre su estómago.

Ella aterrizó sobre él, retorciéndole los brazos por detrás de la espalda. Su agarre era tan fuerte como recordaba. Un gruñido surgió de su garganta y la Dragona volvió a reír.

—Me lo imaginaba. Aquí estás con la Madre del Emperador y todavía la llevas al Templo. Podrías haberla reclamado como tu compañera. Los humanos no son como los dragones, pueden embarazarse con quien sea que se acuesten. Pero no la has tomado. —Drusa respiró en la nuca, haciéndole gruñir de nuevo. —¿O lo has hecho? ¿Te has enamorado de otro humano?

—No dejaré que le hagas daño —gruñó Virdi, forzando su cuerpo a aflojarse. La fuerza bruta contra una serpiente resbaladiza como Drusa no funcionaría. Tenía que ser más listo que eso. Y estar dispuesto a experimentar dolor. —Tendrás que matarme primero, ¿o mi madre ya te ha dicho que me mates de todos modos?

Drusa se rió. —No. Quiere que vuelvas con vida. Alguien de quien hacer un ejemplo, creo. Pero puedo matarte y decir que luchaste valientemente, si eso es lo que quieres. Admitiré que siento algo por ti... la idea de que te destrocen lentamente no es algo que me guste.

Virdi arqueó su cuerpo hacia atrás. Se tiró a un lado, transformándose a medias mientras lo

hacía. Un dolor candente pasó a través de él cuando ambos hombros se dislocaron por el agarre de Drusa, pero fue capaz de soltarse. Gritó mientras él la pasaba por encima. Las púas a lo largo de su columna vertebral apuñalaron en las piernas de ella y cuando él golpeó su cola en la cara de ella, ella sólo fue capaz de levantar los brazos para desviar el golpe. La sangre brotaba en el aire. Viridi, con los brazos colgando inútilmente, se arrojó sobre ella. Agarró la muñeca de ella en la boca, afilada con los dientes de dragón, y apretó las púas a lo largo de sus antebrazos contra la garganta de Drusa.

La asesina jadeó mientras él presionaba su peso sobre su brazo. El dolor lo inundó, haciéndole sudar la frente, pero lo ignoró, obligándose a concentrarse en Drusa. Las púas presionaron su cuello, brotes de sangre acumulándose en los puntos. Ella le miró con ira, susurrando en el aire.

—¿Vas a matarme ahora, Viridi?

—No si prometes no lastimar a los humanos que tengo conmigo y aceptas entregarle un mensaje a mi madre de mi parte.

Drusa entrecerró los ojos. Sus ojos parpadeaban hacia abajo y un gruñido retorció sus labios.
—Bien. Lo haré.

—Júralo por la vida de tu padre.

Se estremeció. Su padre era como un dios para ella. —Lo juro.

—Bien. Dile a mi madre que si algo le pasa a Dominique, yo personalmente la destruiré.

Los ojos de la Dragona se abrieron de par en par. Pero Viridi había dicho lo que necesitaba, y lentamente retrocedió. El dolor de sus hombros era casi insoportable ahora. Drusa se sentó, frunciendo el ceño. Ella le agarró del brazo y él siseó, pero eso no la detuvo. Lo giró y luego le dio un fuerte empujón; el brazo volvió a entrar en su hueco. Un relámpago al rojo vivo hizo que Viridi retrocediera. Ella le pasó por encima para hacer el otro brazo, y luego se agachó junto a él mientras él jadeaba.

—Podría ir a matarla ahora, ya sabes —dijo.

Viridi gruñó. El dolor disminuyó y miró con ira a la asesina. —Te mataría si lo intentaras.

Drusa se frotó el cuello, dejando rastros de sangre. —¿Estás seguro de que no es tu compañera?

—Estoy seguro —contestó Viridi en breve. —Ahora vete de aquí.

La dragona esperó un momento, y luego asintió. —Lo juré por la vida de mi padre. Espero que valga la pena, Viridi. La próxima vez, no te daré la oportunidad de defenderte.

Capítulo ONCE

Dominique

Los caminos lisos y pavimentados habían dado paso a caminos de tierra que corrían a través de la jungla. Con cada rebote y balanceo, Dominique pensaba que iba a vomitar. Había pasado mucho tiempo en el palacio de Alom inclinada sobre el inodoro, pero dado el estrés bajo el que estaba y la extraña comida que él le daba de comer, ella no había pensado nada al respecto. Ahora ella ya entendía. Náuseas matutinas. Como si no tuviera suficiente con lo que lidiar.

—Tenemos que parar —dijo Esther por tercera vez en dos horas.

Viridi la miró con enfado. "¿Tienes que ir al baño otra vez?"

Esther se encogió de hombros. "¿Es mi culpa que tenga una vejiga pequeña?"

Claire se detuvo a un lado del camino y dio un pequeño ruido de disgusto.

Dominique estaba agradecida por la mentira de Esther; le dio tiempo para cerrar los ojos y tomar unos tragos de agua, tratando de aliviar su estómago sin rebotar en su asiento. El hambre que tenía tampoco ayudaba a sus náuseas. Todo esto la estaba afectando y todo lo que quería hacer era acurrucarse en un ovillo y dormir. Y luego despertar a salvo sin que ningún loco quiera matarla.

—Toma un poco de mi agua —le dijo Claire a Viridi, su tono demasiado seductor. —Te vi vaciar tu cantimplora.

Él la ignoró pero un pinchazo de celos apuñaló el corazón de Dominique. Miró a través de sus pestañas para ver a Claire inclinada, sus alegres senos rozando el brazo de Viridi. Dominique abrió la boca para decir algo, pero la volvió a cerrar. No era asunto suyo.

—Vamos, tienes que beber —dijo Claire.

Viridi la apartó. Miró por el espejo retrovisor y sus ojos se encontraron con los de Dominique. Ella trató de ignorarlo, pero las líneas duras de su rostro se suavizaron mientras él la miraba.

—¿Cómo te sientes? —Preguntó Viridi, su voz algo más grave de lo normal.

Inmediatamente, una sensación de calor la invadió. Su núcleo se apretó y sus pechos parecieron hincharse. Su reacción la sorprendió y rápidamente miró hacia otro lado. Todo estaba ya demasiado caliente... eso debe ser, ella estaba reaccionando al calor y al estrés. Bebió un poco más de agua, sintiéndose mareada. No podía desconfiar de él y quererlo al mismo tiempo, ¿verdad? No, eso era demasiado confuso.

Aunque si Claire no estuviera allí, podría haber olvidado que se suponía que no debía sentirse tan atraída por él y lanzarse hacia él. En serio, ¿qué fue eso? Había oído que las hormonas del embarazo hacían locuras, pero no esperaba *esto*. Tal vez fue la charla que tuvo con Esther, sobre cómo él luchó por ella y traicionó a su clan por ella. Tal vez fue verle rechazar a Claire tan profundamente, que le dio la esperanza de que no era exactamente lo que ella pensaba de él.

Tal vez era todo eso del 'compañero', uniéndolos a un nivel celular... tal vez incluso a un nivel espiritual.

Se había enfrentado a una asesina por ella y había sufrido mucho dolor. Puede que no les haya contado exactamente lo que pasó, pero los gritos mientras luchaba contra la asesina... todavía le aterraba pensar en ello. Se mordió el labio cuando Esther regresó al auto. Necesitaba contarle lo

de su embarazo. Pero no ahora mismo. Necesitaba hacerlo en privado, cuando ninguno de ellos tuviera la presión de otras personas esperando ciertas reacciones.

—Cuando tenga un par de gafas nuevas, me las ataré alrededor de la cabeza con cinta adhesiva para que nunca las pierda —refunfuñó Esther.

—¿Dominique? ¿Estás bien? —Viridi se retorció para mirarla mientras Esther volvía a subir al vehículo.

—Estoy bien —murmuró. Necesitaba decírselo antes de que llegaran al Templo. Tal vez la próxima vez que pararan, Claire también dejaría el auto. —Sigamos adelante.

Ellos continuaron. Después de unas horas en las que no tuvo oportunidad de hablar con Viridi a solas, salieron del espeso follaje para ver un hermoso templo blanco brillando bajo el sol. Los escalones altos eran empinados y anchos como la arquitectura clásica maya, aunque el pequeño edificio en la cima de la pirámide era más redondeado que cualquier otra estructura que hubiera visto en estos lugares.

También había una docena de Dragones en su camino. Algunos se sentaban en el Templo, aferrándose a sus lados o bloqueando las escaleras, mientras que otros estaban uno al lado del otro en su camino. Ante ellos había otra media docena de dragones en sus formas humanas, vestidos con trajes y vestidos caros.

Dominique miró a Viridi. Su cara estaba dura, pero se bajó del coche. Ella siguió su ejemplo y él se plantó firmemente delante de ella.

—Esta mujer es mi compañera —declaró. —Y estamos aquí para...

—Ella no es su pareja —interrumpió Claire.

Dominique se quedó boquiabierto cuando Claire se alejó de su grupo. Ella les puso una burlona mirada de desprecio, y luego se abalanzó sobre uno de los Dragones machos, un hombre alto de pelo negro y ojos agudos. Ella se inclinó ante él y él le puso un brazo alrededor de la cintura y la acercó. Los otros Dragones no parecían sorprendidos, aunque uno, más pálido que los otros con el pelo rubio-blanco, entrecerró los ojos. Debe ser Skaldi. Lo que significaba que todos estos Dragones eran la realeza de los clanes.

Empezó a temblar. ¿Qué hacían aquí?

—No son compañeros —continuó Claire. —Apenas pueden tolerarse entre ellos. Deberías verlos, son como un par de tortugas mordedoras o peces beta, siempre peleando. Si ella no estuviera unida al Huevo, él ni siquiera se molestaría con ella.

—¿Qué estás haciendo? —Siseó Esther, sus manos apretadas. —¿Te has vuelto loca?

Claire puso los ojos en blanco. —Creo que es bastante obvio. Este Dragón es mi compañero.

Lo era. El corazón de Dominique se hundió, con el estómago revuelto. Todo este tiempo Claire trabajaba para los Dragones, o al menos para uno. La pelirroja echó sus brazos alrededor de su cuello y lo besó profundamente. Viridi gruñó y Esther jadeó. Ella le susurró algo al oído y él frunció el ceño, con la mirada fija en el vientre de Dominique.

Así que se había dado cuenta. ¿Anunciaría a todo el mundo que ella ya llevaba al Emperador? ¿Cómo reaccionaría Viridi? ¿Debería habérselo dicho!

—Me he apareado con mi príncipe aquí durante años —dijo Claire, volviéndose hacia ellos. — No soy sólo una tonta heredera rica, ya sabes. No es como si hubiera elegido cavar esa área al azar.

Esther agitó la cabeza. —Así que la excavación. Todo el proyecto. ¿Fue todo para desenterrar el Huevo del Emperador?

Claire sonrió.

—¿Esperabas que se uniera a ti? —preguntó Dominique. —¿Para que pudieras dar a luz al Emperador?

—Ese era el plan, sí. Incluso lo agarré primero. Sin embargo, te eligió a *ti*. Decepcionante, pero al menos sé que amo a mi pareja.

Uno de los otros la miró. —¿Por qué se vincularía con ella? ¿Fuiste la primera en manejarlo, chica?

Dominique agitó la cabeza. Sus ojos se abrieron de par en par, como si de repente se diera cuenta de algo. —Mi padre.

Virdi la miró, confundido.

—Mi madre me dijo una vez que mi padre dijo algo sobre ser descendiente de los primeros emperadores chinos. Ella no le creía, ni siquiera sabía si realmente tenía herencia china, pero si fuese verdad-

Virdi se agarró la mano. —Los primeros emperadores de China fueron Dragones. Así que por eso te eligió a ti. Porque ya eres de la realeza.

La miró asombrado. Ahora tenía sentido. El huevo la había elegido porque reconocía el ADN oculto en su ascendencia y se activaba con él. A su vez, activaría ese ADN y así es como nacería el nuevo Emperador.

—Basta de hablar —gritó la pálida mujer. Los ojos entrecerrados de Skaldi estaban fijos en Virdi. —Tengo asuntos con mi hijo. Agarremos a la Vinculada y acabemos con esto.

Virdi se puso en pie. Levantó los puños, las púas empezaron a atravesar su piel en sus brazos y espalda. Dominique intentó detenerlo, pero se echó para atrás en el último segundo. Se mojó los labios. Esta no era la forma en que debía saber que iba a ser padre, pero si anunciar que ella ya llevaba al Emperador era la única forma de evitar una pelea entre él y todos estos Dragones, ella tenía que hacerlo. Claire entrecerró los ojos, como si comprendiera lo que estaba a punto de decir.

Abrió la boca para hablar, pero Virdi la interrumpió.

—Tal vez no soy su pareja —dijo. —Tal vez sólo lo dije para evitar que más reyes la secuestraran e intentaran forzarla a ser *su* pareja. Pero estamos aquí, todo lo que tenemos que hacer es llevarla al Templo y su verdadero compañero será revelado.

Skaldi sonrió, haciendo que un hormigueo de miedo corriera por la columna vertebral de Dominique. "Oh, mi estúpido, estúpido hijo. Si quisiéramos que fuera al Templo, ya estaría adentro. ¿Por qué íbamos a bloquear su paso si *quisiéramos* que naciera el Emperador?"

"¿No quieren? Preguntó Dominique. "Pensé que querías que el Emperador uniera los clanes y..."

—¿Por qué arreglar lo que no está roto? —Interrumpió Skaldi. —Estamos todos separados, equilibrados. Tenemos nuestras propias formas de hacer las cosas y, francamente, estamos cómodos como estamos. Si el Emperador naciera, ¿qué haría? Causaría guerras forzándonos a unirnos. Cualquier clan para el que naciera tendría una ventaja injusta.

El Dragón de Claire habló, con una voz muy profunda que recordaba a la miel y la melaza, más una mezcla de lava en buena medida. —La Vinculada estará enclaustrada en mi territorio, así que el huevo nunca será fertilizado. Una vez que el huevo esté muerto, será liberada de nuevo.

Más bien la encerraría para que cuando su bebé naciera, pudiera controlar al Emperador.

—¡No puedes hablar en serio! —Esther explotó. —Eso es un encarcelamiento ilegal. Si todos ustedes van a encerrar a una humana en contra de su voluntad, causarán una severa reacción con los gobiernos humanos. Ustedes ya están caminando en terreno peligroso debido a la masacre en el sitio de excavación. No es que Dominique sea el tipo de chica que se acuesta con quien sea. Si no quieres que nazca el Emperador, entonces todos regresaremos a los Estados Unidos y no

tendrás que volver a vernos.

Skaldi agitó la cabeza. —Hay dragones por todas partes. ¿Quién dice que no se tropezará con su pareja y se quedará embarazada allí?

—¿Y quién dice que no la vas a matar? —Gruñó Virdi. —¿Como ya trataste de hacerlo?

Skaldi puso los ojos en blanco. —Chica, ven aquí, a menos que quieras morir.

—¡No!

Virdi se lanzó hacia delante, con las alas reventando por la espalda. Un rugido resonó en el aire. Casi instantáneamente, los Dragones que subían por encima del Templo saltaron al aire. Se deslizaron sobre las cabezas de la realeza y cayeron sobre Virdi. Garras golpearon su espalda, enviando nubes de escamas verdes al aire. Uno de ellos le clavó la cabeza en el suelo y otro le mordió el cuello. Esther agarró el brazo de Dominique y la arrastró hacia atrás antes de darse cuenta de que estaba corriendo hacia adelante.

—Para —gritó. —Para, iré contigo. ¡No le hagas daño!

Los Dragones no se detuvieron. Algunos de los otros de la realeza miraron a Skaldi con ojos perturbados. Dominique luchó contra Esther, la desesperación brotaba en ella. ¡No podía dejar que Virdi muriera por ella!

—¡*Detente!*

Skaldi suspiró. —Suficiente.

Los Dragones se retiraron, así que ya no lo estaban hiriendo, pero no lo soltaron. Skaldi se volvió fría, mirando con ojos muertos a Dominique. Empujó a Esther y marchó hacia adelante, con la barbilla en alto. Claire la miró perpleja, pero la ignoró. Caminó hacia Skaldi, quien le sonreía.

—No te preocupes. En unas pocas semanas, serás liberada.

Unas semanas. Dominique asintió con fuerza. Solo podía esperar que los Dragones no descubrieran su embarazo antes de eso. Dio un paso adelante, y un torrente de fuego salió de la boca de Virdi.

Capítulo DOCE

Viridi

El fuego surgió de la boca de Viridi antes de que pudiera detenerlo. Llamas de teñido verde quemaron a los Dragones que le rodeaban, haciéndoles rugir y aullar. Viridi se retorció, sujetando la mandíbula alrededor del cuello del guardia más cercano. Agitó todo su cuerpo, golpeando de un lado a otro. No le importaba si lo mataban por esto. Sólo un pensamiento resonaba en su mente.

No podía dejar que Skaldi lastimara a Dominique.

Otro de los guardias, una hembra de escala negra, esquivó hacia su cuello. La agarró con sus patas delanteras y la arrojó sobre su espalda antes de rasgar la delicada membrana de sus alas. Ella le dio una patada en el estómago, derramando escamas por todas partes y él le apretó los dientes en el hombro. La levantó y la lanzó contra los otros Dragones, otorgándole unos preciosos segundos. Había un último que lo sostenía y se retorció con fuerza, clavándole las púas de la cola en el vientre mientras le clavaba las garras en la espalda.

Su madre gritó algo, pero a él no le importaba lo que ella le ordenaba hacer. Empezó a transformarse, sus alas azul hielo extendiéndose tras ella. Finalmente libre, Viridi se lanzó hacia delante, con las alas metidas contra su cuerpo. Skaldi saltó sobre él, su vestido destrozado mientras tomaba la forma de su bestia. Viridi se convirtió en una pelota, volviendo a la forma humana para rodar bajo su inmenso cuerpo. Dio vueltas, fuego azul surgiendo de su boca.

Sus brazos abrazaban a Dominique. Ella arrojó sus brazos alrededor de su cuello y él volvió a transformarse. Con un brazo escamoso alrededor de la humana, saltó al aire. Una ráfaga de fuego chamuscó sus alas y se inclinó hacia la izquierda, luego se inclinó hacia arriba. Las garras de Skaldi lo golpearon. Esquivó la derecha. Girando en el aire para enfrentarla nuevamente, le escupió una bola de fuego en los ojos. Ella se lanzó a un lado y chocó contra los otros Dragones que estaban volando. El cuerpo de Dominique estaba a salvo y caliente en sus brazos, y puso sus piernas contra su vientre y voló más rápido.

Los rugidos de furia detrás de él se desvanecieron lentamente, pero Viridi no se detuvo hasta que le dolían tanto las alas que pensó que podrían caerse. Sólo entonces se permitió a sí mismo deslizarse hacia la tierra.

Aterrizaron en las afueras de un pueblo. Viridi agarró a Dominique para asegurarse de que estaba estable, y luego la revisó. Había un poco de sangre en su manga, pero por lo demás, se veía bien. Fue a abrazarla, pero su mano salió disparada, presionando contra su pecho, deteniéndolo. Miró fijamente a la barrera que había entre ellos, estupefacto.

—Voy a vomitar —murmuró. Al segundo siguiente, estaba de rodillas, vomitando.

—Necesitamos llevarte a un lugar seguro —dijo Viridi. Se agachó junto a ella, manteniéndola firme. —Tal vez un hotel o algo así.

Dominique se limpió la boca y se enderezó. Ella lo miró como si estuviera loco.

—Tienes que estar a salvo mientras se me ocurre un plan para arreglar esto. Podríamos involucrar a los humanos, tal vez ir a la Embajada Americana, pero he visto esa mirada en los ojos de mi madre antes, ella...

—Estás desnudo —dijo Dominique. —Y cubierto de sangre. No te dejarán entrar a un hotel.

Viridi se miró a sí mismo. Su piel estaba manchada de sangre, varios cortes aún sangrando. De repente se sintió bastante mareado. Abrió la boca, pero solo se puso de rodillas y bajó la cabeza mientras el mundo giraba a su alrededor. Aparentemente, había sido más herido de lo que pensaba. La adrenalina estaba empezando a desvanecerse, dejándole sentir el dolor que sentía. Hizo que su estómago se agitara. Los dragones sanaban rápidamente, pero estaba gravemente herido.

—Conseguiré una habitación en alguna parte —dijo Dominique. —Creo que aún tengo mi tarjeta de crédito. Seremos capaces de... limpiarte ahí dentro.

Viridi asintió en silencio, no confiando en abrir su boca. Dominique le tocó el hombro y levantó la vista para ver cómo la preocupación brillaba en sus ojos.

—Gracias —susurró ella.

—De nada. Ahora ve rápido. Estaré justo detrás de ti.

Dominique no tardó mucho en encontrar un lugar donde quedarse y después de conseguir la habitación, abrió una ventana para que él pudiera entrar. Dejó huellas ensangrentadas en la alfombra mientras Dominique lo ayudaba a ducharse. Eso iba a causar preguntas por la mañana. Mientras él se lavaba, ella desapareció. Cuando ella regresó, tenía ropa nueva para él, así como docenas de vendas y un botiquín de primeros auxilios.

—Siéntate en la cama para que pueda curar esas heridas —ordenó.

Viridi seguía sintiéndose mareado, aunque la ducha le había ayudado mucho. Se sentó en el borde de la cama mientras Dominique se movía a su alrededor, aplicando compresas de gasa que ella envolvía con las vendas. La sensación de sus dedos rápidos y ágiles cuidando de él hizo que sus tensos músculos se relajaran. Su olor a miel y jazmín era aún más pronunciado y cada vez que ella lo tocaba, chispas volaban a través de su sangre.

Pegó un trozo de gasa en su muslo, y luego se congeló. Sus ojos se abrieron de par en par y Viridi supo por qué. Sus músculos estaban relajados, pero algo más se había endurecido. Aclarándose la garganta, agarró la toalla que había sacado y se la deslizó en su regazo. Él no miró a Dominique y ella volvió al trabajo rápidamente.

—Gracias —susurró ella. —Por salvarme de nuevo. Sé que no tenías que hacerlo.

Eso fue raro. Viridi abrió la boca para decirle que, por supuesto, tenía que hacerlo, pero que el *porqué* de repente era un misterio. No había estado pensando cuando echó a sus atacantes y la sacó de allí. Debió ser el instinto por proteger al Emperador. Se aclaró la garganta y se encogió de hombros.

—Eres la Madre del Emperador. Las únicas personas que no lo querrán serán personas como mi madre, que temen que les quite su poder. Los otros clanes seguirán queriendo que nazca.

Dominique volvió a guardar silencio durante unos minutos. —¿Le hará daño a Esther?

Viridi dudó. —No lo sé. No tiene ninguna razón para hacerlo, pero tampoco tiene ninguna razón para *no* hacerlo. Lo siento.

Dominique parpadeó rápidamente y se dio la vuelta. Sus hombros se encorvaron y Viridi fue a abrazarla, pero se detuvo en el último segundo. Él ya lo había intentado y ella lo había detenido. Sí, pudo haber sido por la sangre, pero él no lo sabía con certeza. Y su pequeño... *problema* era más que suficiente para hacerla desconfiar de cualquier contacto físico.

—¿Qué hacemos ahora? —Preguntó ella, lloriqueando. Se limpió los ojos. —¿Ir a los Estados Unidos y esperar que no nos sigan?

—No. Mira, ¿aquellos reales que nos detuvieron? Ninguno de ellos era rey o reina. Todos eran príncipes y princesas, como mi madre. No tienen la autoridad para impedir que el Emperador nazca. Además de eso, hay clanes por todo el mundo. Necesitamos al Emperador. Y eso significa llevarte al Templo, para que puedas encontrar a tu pareja.

Y si el compañero con el que terminara no era lo suficientemente bueno para ella, Virdi lo destrozaría. Sabía que no debía pensar así, pero era la verdad. Ni siquiera podía decir por qué estaba tan convencido de ello. Todo lo que sabía era que de todas las mujeres del mundo, él había elegido las peores opciones. Primero, una humana que sólo quería usarlo para el sexo; luego, una Dragona que sólo lo usaba para su posición. Ahora otra humana, una que él sabía en sus entrañas que se dedicaría completamente a su pareja. Pero estaba destinada a estar con otro.

—Me voy a duchar —dijo y corrió hacia el baño. Segundos después, la oyó vomitar. ¿Otra vez? El estrés la estaba afectando terriblemente.

Se vistió, haciendo una mueca de dolor por sus lesiones, pero Dominique había hecho un excelente trabajo vendándole y se sentó de nuevo en la cama para descansar. Todo lo que necesitaba era una buena noche de sueño y volvería a la normalidad. Había tenido suerte de que el ataque no fuera más grave de lo que era. Ellos encontrarían una manera de llevarla de vuelta allí, para que pudiera encontrar a su pareja.

Al cerrar los ojos, imaginó que Dominique tenía el vientre redondo e hinchado por el embarazo. Sus ojos se abrieron de golpe. Estaba vomitando. ¿Podría eso significar que...?

No. No puede ser. Ella sólo había estado con él, por lo que él sabía. No podía ser su compañero.

Pero, ¿y si lo fuera?

Para cuando terminó de ducharse y salió vestida con su blusa campesina y sus pantalones ajustados, él se había convencido de que estaba embarazada. Lo que significaba que ella ya había encontrado a su pareja... o *él* lo era. Sus emociones oscilaban salvajemente, yendo hacia el terror absoluto por enfadarse con su cobarde compañero que no se molestaba en salvarla, hacia la seguridad de que él era su compañero, y luego hacia el terror que ella no quisiera que él fuera.

Tenía los pelos de punta de todas las veces que pasó sus manos por ella, pero se detuvo cuando ella entró en la habitación. No *olía* a embarazada. Pero, durante el embarazo, ¿cuándo empezaban las madres a tener ese olor a tierra?

—Tenemos que hablar —dijo con firmeza.

Ella tenía los brazos rígidos a los costados y en realidad lo miraba con ira. Su hostilidad hizo que su corazón se hundiera aún más. No había forma de que ella lo quisiera. Ella sólo accedió a acostarse con él la primera vez porque quería que la dejaran sola. Y no había sangrado, al menos no notablemente. Había muchas razones por las que una virgen no sangrara con su primera vez, pero ¿y si *no* hubiera sido su primera vez? ¿Y si ya hubiera estado embarazada?

O peor. ¿Y si hubiera dicho la verdad acerca de que Alom no la obligó... pero y si ella se hubiera entregado a él? ¿Y si cuando Virdi se apareció, ella no intentaba escapar? ¿Y si Alom era su pareja y la razón por la que estaba tan callada y retraída después fue porque lo había visto morir frente a ella?

Si ese era el caso, entonces Virdi prometió quedarse con ella, protegerla, todo el tiempo que ella quisiera. Respiró hondo, a punto de preguntarle si estaba embarazada, pero no pudo pronunciar las palabras.

—Necesito saber por qué estás haciendo esto —dijo ella, apretando las manos. —Protegiéndome de los otros Dragones. Arriesgando tu vida por mí. ¿Se trata sólo de poder?

¿Prestigio?

—Lo fue —admitió Viridi. —Al menos al principio. Mi madre siempre decía que no valía nada y me trataba como basura. Supongo que pensé que si podía aumentar mi posición, si podía convertirla en la madre del Dragón que trajo al Emperador a los clanes, entonces quizás valdría algo.

Dominique se sentó en el borde de la cama. Viridi se sentó a su lado. Odiaba hablar de su pasado, de su madre; le hacía sentir débil. Sabía exactamente lo que era Skaldi, no había ninguna razón por la que quisiera ganarse su aprobación. Pero ella seguía siendo su madre.

—¿Pero ya no? —Dominique presionó. —¿No estás haciendo esto por el poder?

Viridi movió su mano sobre la de ella. —Me preocupo por ti. Mucho más de lo que quiero.

Parecía que eso era todo lo que estaba esperando. Dominique se lanzó a sus brazos, sus brazos rodeando su cabeza mientras ella se acercaba a él. Viridi la miró sorprendido. Necesitaba preguntarle si estaba embarazada... ¿pero y si lo estaba? O estaban destinados a estar juntos, o más probablemente, ella ya había conocido a su pareja y él no era una opción.

Eso no importa. No iba a dejar que sus pensamientos le arruinaran esto. Profundizó el beso, apartando todas sus dudas.

Capítulo TRECE

Dominique

Si hubiera sido arrojada a la deriva en el mar de la confusión por todos los acontecimientos que habían ocurrido, tener los brazos de Virdi alrededor de su cintura y acercarla era como aterrizar en tierra firme. Dominique se aferró a él, la turbulencia en su mente calmando mientras sus labios y cuerpos se unían. Todo estaba encendido en su presencia; su piel, su núcleo, su corazón. Se sorprendió cuando su ropa no sólo se quemó en su cuerpo. Si dormir con él antes había sido deseable, entonces esto era una fiebre, un dolor que ella necesitaba que se realizara.

Virdi gimió en su boca, sus lenguas chocando mientras abría el beso. Sus caderas se balanceaban, casi por sí solas. La fricción hizo un nudo dentro de ella, deseando ser deshecho. Cuando Virdi se acercó al cuello, su piel temblaba y se tensaba.

¿Eran las hormonas del embarazo? O algo más.

—Espera —dijo Dominique de repente.

Virdi jadeó, su boca aún en el cuello de ella. Pero no siguió besándole. En vez de eso, se quedó allí, como esperando a que ella diera el siguiente paso. Odiaba hacerlo, pero se alejó, agitando la cabeza. Ella tenía que decírselo. Necesitaban averiguar qué eran. Si toda su tradición Dragón era cierta, su embarazo significaba que ella y él eran compañeros. Pero ni siquiera se conocían. ¿Qué clase de futuro tendrían juntos?

El Dragón suspiró mientras la apartaba de él. Sus ojos estaban cálidos, su tacto suave mientras le quitaba el pelo de la cara.

—¿Qué pasa?

—Yo... toda esta situación. ¿Me habrías echado una segunda mirada si el huevo no se hubiera unido a mí?

Virdi se rió.

Dominique frunció el ceño. Ella quería alejarse de él, pero él le agarró la muñeca y la jaló hacia él. Le besó la frente y enterró su cara en el pelo. Ella le empujó a medias, queriendo quedarse cerca de él pero sin que le gustara su risa.

—¿Por qué crees que volví a esa excavación? No fue por mi fascinación por la arqueología.

—¿En serio? —Los ojos de Dominique se abrieron de par en par. —Pero la forma en que actuabas a mi alrededor... pensé...

—Intentaba ponerte celosa —admitió. —Y cuanto más parecía que no funcionaba, más me esforzaba.

Dominique lo empujó. —¿Así que en vez de ser abierto y honesto, decidiste jugar?

—Era la única forma en que sabía que las relaciones entre hombres y mujeres funcionaban.

—Los juegos no funcionan. No tenía ni idea de que te gustaba.

Virdi la besó de nuevo. —¿Y ahora que lo sabes? ¿Qué vas a hacer al respecto?

Dominique dudó. Podía esperar para decirle. Si terminara horrorizado por terminar atado a un niño, entonces arruinaría este momento. Y Dominique lo necesitaba. Tal vez eso la hacía egoísta, pero ella se arrojó sobre él otra vez y lo besó con fiereza.

Esta vez no perdió el tiempo cuestionándose a sí misma. Ella se abalanzó sobre él, presionando

todo su cuerpo contra él. Los latidos de su corazón aumentaron a medida que los fuegos volvieron a arder por todo su cuerpo, haciendo que cada centímetro de su piel sintiera un hormigueo. Un gemido emanó de su garganta cuando Virdi la besó. Ella bajó sus manos por los contornos de su pecho, su boca saliendo mientras imaginaba morder los fuertes músculos bajo la camisa y la piel.

Virdi aparentemente pensó lo mismo. Le mordió el cuello. Sus manos agarrando sus nalgas, apretándola mientras la acercaba a él. Ella estaba más que feliz de ceder ante él. Él tiró de su camisa de campesina, y el elástico que la sostenía sobre sus hombros se estiró, tirando sobre su piel. La bajó por su cuerpo. Una risita surgió de su garganta mientras la seguía con besos, deteniéndose un poco al exponer sus pechos. La forma en que la miraba hacía que todo se tensara dentro de ella.

—Son tan grandes —dijo, levantándola un poco más alto para que su pecho estuviera a la altura de los ojos. Chupó un pezón en la boca, girándolo sobre su lengua hasta que se endureció, y luego se movió al otro. Una sensación de escalofrío bajó a través de su cuerpo y ella se arqueó hacia él, gimiendo de nuevo.

Colocar la camisa sobre las caderas le planteó un pequeño problema, pero Virdi agarró la falda con ella y la dejó botada en el suelo. Ella no había comprado ropa interior nueva, así que se quedó expuesta a él, completamente desnuda. Sus manos se movían hacia arriba y abajo del cuerpo de ella. Sus ojos brillaban mientras la acogía, presionando suaves besos aquí y allá. Había un calor más ligero mezclado con el calor de la pasión; ella le sonrió, sabiendo que no deseaba estar en ningún otro lugar que no fuera aquí, con él.

Dominique se enfrentó a él, temblando al hacer que su núcleo se apretara aún más, sus dedos enredados en su pelo. Virdi la lanzó hacia un lado, haciendo que un grito de asombro surgiera de ella. Aterrizó de espaldas en la cama y Virdi la rodó sobre ella. Le puso las dos manos sobre la cabeza. Una malvada sonrisa creció en su cara mientras se inclinaba sobre ella, besándola suavemente y luego mordéndole la piel. Cada vez que sus dientes la tocaban, ella daba un pequeño grito y se sacudía un poco alimentando la erupción dentro de ella.

—¿Qué debo hacer contigo? —Murmuró, moviendo sus manos para poder sujetarla con una mano mientras la otra se desabrochaba los vaqueros. —Me estás volviendo loco.

—*Enloquézame* —dijo ella, moviendo sus caderas hacia arriba. —Con tu boca.

La entendió de inmediato. Con una sonrisa, la soltó y se deslizó por su cuerpo. Se movió hasta el borde de la cama y se quitó la ropa antes de inclinarse entre las piernas de ella. Su aliento en sus muslos la hizo temblar con anticipación y ella agarró la cama con ambas manos.

Tan pronto como empezó, la espalda de Dominique se arqueó. Gritó, chispas de placer corriendo a través de ella. Ella no sabía cómo algo podía sentirse tan bien, pero así fue. Su cabeza se inclinó hacia atrás mientras Virdi trabajaba, locamente talentoso a pesar de su falta de experiencia. ¿Era sólo porque había investigado, o era algo de parejas? ¿Sabía exactamente cómo concentrarse en lo que ella quería porque estaban hechos el uno para el otro?

Ella no estaba segura de cuánto tiempo se retorció bajo sus ritos antes de que él repentinamente ascendiera de nuevo. Sus fuertes manos agarraron sus muslos y los separaron al empujar. El núcleo de ella al borde de la explosión, estaba indefensa ante el oleaje de placer que la atravesaba. Sus dedos se clavaron en el cuerpo de Virdi, arrastrándolo más cerca.

—No tan rápido —gruñó con cada golpe. —Aún no estoy listo.

—¡No es justo!

Dominique soltó un grito, inclinándose hacia él. Cada nervio de su cuerpo estaba ardiendo, rogando por su liberación. Ella besó su cuello, sus hombros y rozó sus dientes contra su piel.

Viridi tembló, sus movimientos se volvieron espasmódicos. Ella mordió, duro y él le dio un último tirón.

El aire salió de su cuerpo, dejándola jadeando y aferrándose a él. Todo se alejó, empujando su mente fuera de su cuerpo, muy por encima de la cama. Casi podía verlos a los dos, tumbada allí. Sus tonos más rojizos de lo habitual, la boca ligeramente abierta, los ojos volteados hacia la parte de atrás de su cabeza. Sus músculos de la espalda tensados, los brazos presionados contra el colchón mientras él luchaba por no derrumbarse y aplastarla.

Con un último gemido, Viridi salió rodando de ella. El sudor brillaba en su cuerpo y sus ojos estaban cerrados. Encontró su mano y se aferró a ella. Dominique admiraba las finas pestañas negras, la mandíbula fuerte, los músculos duros. Qué hombre tan hermoso era. Podría haber llegado fácilmente a Hollywood con ese aspecto. Y él la quería a *ella*.

Ella se clavó en su brazo, una sensación de seguridad sobre ella. Cada pedacito de tensión aliviada de su cuerpo. No podía recordar estar tan cómoda en el mismo espacio que otra persona antes.

Si ella se lo pidiera, ¿se escaparía con ella? ¿Volver a los Estados Unidos para vivir una vida pacífica y feliz lejos de estos clanes? Parecía un sueño.

—¿Cómo son tus padres? —Preguntó él, su voz suave.

Ella escuchó sus latidos, el cuerpo caliente con el resplandor de hacer el amor. —Mi madre es decidida. Ella es una mujer fuerte y siempre estuvo ahí para empujarme a ser la mejor. Cuando era pequeña, pensaba que era muy mala. Pero cuando crecí, me di cuenta de que ella venía de una época diferente. En su mundo, las mujeres no eran nada y tenía que luchar por todo lo que tenía. Mis abuelos la desheredaron cuando se quedó embarazada de mí. Nunca los conocí.

—¿Y tu padre?

Dominique suspiró. —Mi mamá me dijo que era nativo americano y asiático. Durmieron juntos, pero por lo que ella dijo, nunca fue más que eso. Creo que ni siquiera le caía bien. Supongo que... cuando se trata de eso, por eso esperé tanto tiempo. Porque no quería poner a un hijo mío en una situación en la que se sintieran producto de un error de su madre.

Viridi besó su cabeza. —No eres un error.

—Lo sé. Es que es difícil, ¿sabes? Sabiendo que mi madre no quería a mi padre en mi vida. No sé qué clase de hombre era. Intenté buscarlo, pero sin más información de ella, nunca lo encontraré. Tal vez ya no importe.

Viridi se quedó callado durante un largo momento, pasando sus dedos por el pelo de ella. Respiró hondo. —Mi padre era humano. Él y mi madre se odiaban. Eran compañeros, pero eso no significaba que se gustaran. Viví con él durante un tiempo, lejos de Skaldi pero en tierra del clan. Entonces un día ella le dijo que volviera con ella o se fuera, y él lo hizo. Me dejó allí con ella.

—Lo siento. —¿Qué era peor, no conocer a tu padre o que te abandonara? Se estremeció. Al menos tenía una madre que sabía que la amaba.

—Dominique, hay algo que tengo que preguntarte.

Su ritmo cardíaco aumentó, aunque no estaba segura de por qué. —Tengo algo que preguntarte primero. —Parecía un poco asustado, pero asintió. Se mojó los labios, un poco insegura de qué decir ahora. Con un encogimiento de hombros incómodo, miró hacia otro lado. —Es sólo que... todo lo que todos hablan del bebé que voy a tener. El Emperador. ¿Qué clase de vida esperará mi hijo con esa pesada carga sobre él antes de que nazca?

El ruido de su estómago les sorprendió a ambos. Dominique saltó y luego se rió. Con todo lo que había pasado, había olvidado completamente que había pasado mucho tiempo desde que había

comido algo.

—Supongo que deberíamos vestirnos y buscar algo de comer. —Viridi gimió mientras se alejaba de ella. Dominique casi gimoteó cuando perdió el calor de él. —Pero en cuanto a la vida que tu hijo tendrá... Será venerado en todo el mundo. Se espera que cambie el mundo. Unificarnos a todos.

Dominique se estremeció. —Eso suena como una vida horrible. Es sólo un bebé, ¿por qué debería hacer todo eso? Debería tener la oportunidad de tener una vida normal, la oportunidad de hacer sus propias elecciones y errores sin que el mundo juzgue cada movimiento que haga.

Se puso la falda y la camisa. Viridi estaba de pie con una pierna en sus vaqueros, los ojos muy abiertos mientras la miraba fijamente. —¿Es sólo un bebé?

Oh. Se chupó el labio entre los dientes.

El Dragón se subió los pantalones y cruzó el espacio entre ellos. —¿Estás embarazada?

Su tono era bajo y urgente. No podía decir si eso significaba que él estaba emocionado o no. Respiró hondo: las ventanas se rompieron y estallaron las llamas.

Capítulo CATORCE

Viridi

—¿Otra vez?

Viridi gruñó mientras agarraba a Dominique y la metió como una pelota, rodando por el suelo para evitar las llamas que ardían en el aire. La empujó al baño y cerró la puerta. Eso al menos la protegería de las llamas. Un grupo de hombres trepaba por las ventanas y la puerta se abrió de golpe, admitiendo más.

Viridi se puso en pie y levantó los puños, preparándose para derribarlos. Se extendieron en círculo a su alrededor, mirándole con recelo. No tenía tiempo para charlar. Con un grito, se lanzó hacia el más cercano, clavándoles una mano en la nariz. El resto de ellos se apilaron sobre él, aparentemente sin preocuparse por ser atrapados en la avalancha de golpes. Le agarraron de los brazos. Un golpe en la herida en su abdomen le hizo jadear de aliento. Sus atacantes continuaron golpeando sus costillas y rodillas hasta que sus piernas se doblaron. Su garganta terminó con un cuchillo sobre él.

—¿Dónde está la Madre? —preguntó alguien con un fuerte acento americano. —¿Qué has hecho con ella?

—¡Suéltenlo!

La voz de Dominique resonó, seguida rápidamente por la rotura de cristales. El agarre del brazo izquierdo de Viridi se aflojó y pudo soltarlo. Agarró la muñeca que sostenía el cuchillo y la torció bruscamente, haciendo que se soltaran. Un rápido corte en los brazos que lo sujetaba aún los tenía saltando hacia atrás, aullando.

Se puso en pie y atacó al Dragón más cercano. Ella tropezó con él, pero todos los ojos estaban fijos en Dominique, ignorándole ahora. Ella sostenía uno de los vasos de cortesía que venían con la habitación. El otro fue aplastado en la cabeza de uno de los Dragones; la sangre le caía por la cabeza y cogió trozos de cristal de su cuero cabelludo.

—¡Corre! —Viridi le gritó a Dominique, saltando para despejarle el camino.

Uno de los Dragones se acercó a ella; ella rompió el segundo cristal sobre su cabeza y corrió hacia la puerta. Viridi golpeó a un Dragón que se movió para bloquearla y acuchilló a otro que venía detrás de ellos. Ella se deslizó detrás de él y él se giró para enfrentarse a los atacantes.

Moviéndose como uno solo, los otros Dragones fluían a su alrededor y bloqueaban la puerta. Viridi estaba protegiendo a Dominique frente a ella, con el pecho agitado y el corazón latiendo con fuerza. Pero ninguno de ellos se movió para atacar, y entonces se quedó quieto. Si se transformaba, podría invitarlos a hacer lo mismo y no podría poner a Dominique en peligro. Ella se apretó contra él, temblando. Superado en número por tantos, sólo podría conseguirle un poco de tiempo. Tal vez lo suficiente para llegar a la recepción. Tal vez no.

—Los planes de Skaldí para negar el Emperador al mundo no funcionarán —dijo uno de los hombres con acento nigeriano. —Danos a la Madre y no serás lastimado.

¿Pensaban que intentaba impedir que el Emperador naciera? Los ojos de Viridi se entrecerraron, estudiándolos por primera vez. Algunos de ellos eran de piel blanca, otros oscuros, con características faciales que indicaban que eran de todo el mundo. No recordaba haber visto a

nadie que se pareciese a ellos en ninguna de las cortes de los clanes que había visitado. Eso no significaba mucho ya que no podía haber visto a todo el mundo, pero si estaban aquí para ayudar a Dominique...

—¿De dónde son ustedes? —Preguntó.

—Somos una coalición formada por clanes de todo el mundo —dijo el hombre con acento nigeriano. —Somos los encargados de llevar a la Madre al Templo del Cielo.

—Pero... —empezó Dominique.

El hombre levantó su mano. —Hemos oído que puede que ya hayas reclamado una pareja pero necesitamos la confirmación del Templo para que los clanes la acepten. Eres humana, necesitamos asegurarnos de que cualquier niño que tengas sea engendrado por tu pareja.

Virdi inhaló y contuvo la respiración, estudiando al grupo. Sería casi imposible luchar contra todos ellos y quién sabe lo que Skaldi había planeado para impedir que llegaran al Templo. Con este grupo con ellos, podrían tener una oportunidad. Aunque Virdi odiaba tener que confiar la seguridad de Dominique a completos desconocidos, en este caso era la mejor idea. La única idea que podría funcionar, de hecho.

—Bien —dijo a regañadientes. —Puedes ayudarnos a llegar allí. Pero si esto resulta ser una trampa, juro que los mataré a todos.

—No es una trampa. —Una de las mujeres puso los ojos en blanco. —No tenemos mucho tiempo. Si quieres al Emperador tanto como nosotros, será mejor que nos vayamos.

La coalición voló al Templo del Cielo con Virdi como su guía. Resultó que un dragón mongol era el único entre ellos que no tenía púas en la espalda, así que Dominique terminó montándolo. Virdi odiaba no tener a Dominique con él, pero sería más seguro y cómodo sin correr el riesgo de que la empalaran por montar al otro Dragón. Aun así, los vigiló todo el tiempo. No iba a confiar en estas personas hasta que le dieran una razón para hacerlo, además del hecho de que tenía que hacerlo.

Llegaron rápidamente al Templo del Cielo y la coalición aterrizó en el amplio césped, donde marcas de quemaduras atestiguaban la batalla que se había librado aquí el día anterior. Tres de ellos se quedaron con Dominique y Virdi. Los otros escalaron el Templo, buscando cualquier trampa que Skaldi pudiera haber puesto para impedir que Dominique llegase a la cima.

—Virdi, necesito hablar contigo —dijo Dominique, volviéndose hacia él. Sus manos se agarraron a las de él. Estaban frías, sus ojos muy abiertos, y un temblor sacudía su cuerpo intermitentemente. —Antes de que esto vaya más lejos, hay algo que necesitas saber.

Su mente ya se había fijado en sus sospechas de que ella estaba embarazada. Se quedó helado, mirándola con ojos grandes y esperanzados. Nunca antes había pensado que quería tener hijos, pero la idea de que Dominique estuviera embarazada de su hijo hizo que todo en su interior se iluminara de alegría. Era una sensación cálida y confusa que nunca antes había experimentado.

La imagen volvió a su mente, de ella con el vientre hinchado, llevando a su hijo. Intentó apartarlo. No podía permitirse el lujo de distraerse o de tener esperanzas ahora mismo. No cuando la situación era tan tensa.

—Sólo quería decir que...

—Está despejado —dijo uno de los Dragones desde lo alto del Templo.

—Dame un minuto —dijo Dominique cuando los demás a su alrededor empezaron a empujarla

hacia el edificio. —¡Estoy tratando de tener un momento!

—No hay tiempo —dijo el americano a su izquierda.

Sus ojos buscaron a Virdi, mirándolo suplicantemente. Asintió a regañadientes. —Tendrás que decírmelo después. ¡Rápido!

—Pero-

Gritó una voz de un lado. —¡Están entrando!

Virdi levantó la vista. La enorme forma azul hielo de Skaldi se lanzó desde el cielo, seguida por una docena de sus perros falderos más leales. Virdi no se detuvo a pensar dónde estaba el resto de su corte. Cogió a Dominique por la cintura y corrió hacia los escalones del Templo. La coalición se transformó a su alrededor y saltó al aire para luchar con los Dragón que se acercaban.

Subiría a Dominique por las escaleras, hacer que su compañero se mostrara para la coalición, y luego la sacaría de aquí. Si Skaldi estaba atacando de nuevo... había perdido todo el sentido.

Una racha de fuego azul azotó el suelo justo al lado de Virdi y Dominique. Su piel se ampolló por el calor. El olor a pelo quemado llenaba el aire. Con un gruñido, volvió a soltar a Dominique y se transformó. Les llegó una bola de fuego disparada y él lanzó un ala, protegiendo a la humana. Tropezó con los escalones, gritando cuando otra explosión envió fragmentos de piedras girando en el aire.

El siguiente disparo de Skaldi le dio directamente en el ala. Sus llamas azules se reflejaron en la delgada membrana pero dejaron una erupción de ampollas y piel en carne viva. Virdi aulló de dolor. Aparecieron manchas negras ante su visión. Agarró de nuevo a Dominique y la apretó contra su vientre con una pierna mientras subía las escaleras. Las piedras se sentían sueltas bajo sus garras.

Gritos y rugidos llenaron el aire, pero no se atrevió a girarse para ver lo que estaba sucediendo. Su corazón se estremeció mientras más chorros de fuego llovían sobre él. Su espalda se quemaba, reabriendo viejas heridas allí. La agonía le hizo tropezar, pero el único pensamiento en su mente era llevar a Dominique al estrado del Templo.

Tropezó en el último escalón, colapsando mientras otra bola de fuego quemaba su ala izquierda, dejando tras de sí una forma esquelética. Su forma se retorció, la oscuridad le cegaba. Otro rugido hizo añicos el aire. Miró hacia atrás débilmente para ver a dos Dragones del Rey zambullirse desde el cielo. Ambos cayeron sobre Skaldi, forzándola a caer al suelo. Sus perros falderos cayeron instantáneamente y la coalición aterrizó en el Templo, gruñendo.

—¡Virdi! —Dominique le abrazó la cabeza. —¡Virdi! Quédate conmigo.

Un sollozo desgarrado lo trajo de vuelta a sí mismo. Se sacudió al Dragón, gritando de dolor mientras se transformaba. El sudor cubría su cuerpo, grandes quemaduras negras envolviendo su torso y brazos. Agarró la mano de Dominique.

—Vete. Date prisa.

Su agarre sobre él se apretó, sus ojos llenándose de lágrimas. —No necesito que esa cosa me diga quién es mi compañero. Eres tú. Te amo.

Una sonrisa se abrió paso por su cara, pero aun así agitó la cabeza. —Tienes que irte. Si realmente soy tu compañero, entonces todo el mundo tiene que saberlo. Vete, ahora.

—La Madre debe entrar en el Templo —gritó una voz desde abajo. —O el Emperador no nacerá.

—¡Vete! —Virdi insistió.

Dominique le dio un beso rápido en los labios, pero se fue antes de que pudiera saborear completamente sus labios. Subió corriendo los últimos pasos y lentamente entró en la pequeña

estructura que había sobre el Templo. Todos estaba en silencio, mirando y esperando. Virdi se puso de rodillas, conteniendo la respiración. Su corazón golpeaba su pecho. Su cabeza giró y su estómago se agitó por el dolor, pero rechinó los dientes y se mantuvo erguido con pura determinación.

Cuando Dominique entró en el Templo, una brillante luz resplandeció a su alrededor. Era hermosa y suave, igual que ella, dorada con un matiz rojo en los bordes. Ella se giró, mirándole con una expresión de asombro. El suelo tembló y algo salió del centro del Templo. Un cuerpo largo y tendinoso envuelto alrededor de Dominique. Un dragón chino. Las escamas de oro brillaban y una larga cara con poderosos ojos miraba a todos ellos antes de levantar la cabeza y rugir.

Dominique levantó la mano, con una sonrisa en la cara. El Dragón se inclinó y tocó su frente contra la suya mientras la rodeaba con sus brazos.

Virdi miró la sonrisa en su rostro y su corazón murió. Este debe ser su compañero. Tenía sentido... el Emperador era un Dragón Chino, después de todo. Y estaba claro que ya amaba al Dragón. No importaba lo que ella hubiera pensado antes, él no era su compañero. Todos los sueños y fantasías que había tenido de ellos juntos desaparecieron y se desplomó por las escaleras.

Cerró los ojos e inclinó la cabeza. ¿Importaba si no era su compañera? No. No lo hacía. Él se quedaría a su lado, la protegería. Él la serviría a ella y a su hijo hasta el día de su muerte. Eso era todo lo que había que hacer.

Volvió a mirar hacia arriba a tiempo para ver la imagen del Dragón Chino filtrándose en su piel. El dibujo de sus escamas resplandeciendo sobre su piel, brillando en oro. El tatuaje de la marca que estaba en el huevo se desvaneció de su pecho. Sus dos manos se movieron hacia su vientre y su risa encantada se estremeció en el aire.

La frente de Virdi se arrugó. ¿Qué significaba? ¿La acababa de embarazar el Dragón?

Se puso en pie. Mientras lo hacía, apareció una segunda imagen. Este era un Dragón verde, con las alas extendidas. Las llamas parpadeaban en su boca cuando adoptó una postura protectora alrededor de Dominique. Virdi se puso en pie, mirando fijamente al Dragón. Era él. Era el Dragón que estaba detrás de ella, protegiéndola....

Un grito de alegría surgió de su boca al darse cuenta de lo que significaba. El dolor pareció disminuir mientras corría hacia ella, abriendo sus brazos para abrazarla. Ella corrió a sus brazos y lo besó con fuerza, una y otra vez. Ella reía mientras sus lágrimas corrían por su cara.

—Sabía que eras tú —susurró ella. —No podía haber nadie más. Te amo.

Virdi le devolvió los besos febrilmente. —Yo también te amo.

Se abrazaron ambos y se agarraron con fuerza. Virdi se rió. Nunca la dejaría ir.

Capítulo QUINCE

Dominique

Sus piernas estaban débiles y aliviadas. Se desplomó contra Virdi, su compañero, y se aferró a él, riendo y llorando. Después de todo lo que habían pasado, finalmente se había hecho realidad. No había más dudas al respecto. Era su compañero y cuando se desmayó de cansancio después de esta montaña rusa emocional, ella sabía que Virdi estaría allí cuando se despertara.

Los Dragones de la coalición la ayudaron a ella y a Virdi a bajar los escalones del Templo, donde esperaban los tres reyes y Skaldi. La Dragona sonrió a los dos y Dominique la miró con ira. Sus brazos se apretaron alrededor de Virdi. Era increíble que siguiera de pie después de lo que su madre le había hecho pasar. Se balanceó un poco pero no mostró signos de retroceso.

—Parece que hubo una interrupción en la comunicación —dijo Skaldi con voz dulce y sonriente. —Oí hablar de esta coalición de Dragones y pensé que querían impedir que la Madre recibiera al Emperador.

Dominique puso los ojos en blanco, pero estaba demasiado cansada para lidiar con la mierda de la princesa. No era como si alguien le creyera de verdad, no después de todo lo que había hecho. Los brazos de Virdi se tensaron a su alrededor, pero él sólo gruñó y alejó a Dominique de su madre. Ella se concentró en él. Skaldi no lo atacaría ahora que la superaban en número. Necesitaba atención médica y rápida.

—Mi nieto será el Emperador, continuó Skaldi, su voz hinchada de orgullo. —Finalmente, mi hijo tendrá un lugar de honor en mi corte...

—No nos acercaremos a tu corte —gruñó Virdi. —Eres una mujer cruel y ya no viviré mi vida bajo tu pulgar despiadado. Nunca fuiste una madre para mí y no tendrás derecho a reclamar a nuestro hijo. Mi pareja y yo lo haremos bien por nuestra cuenta.

Los ojos de Skaldi se abrieron de par en par. —¿Nunca fui una madre para ti? Eres un ingrato...

—Así es, soy ingrato por todo el abuso que me diste, alegando que era culpa mía que fueras incapaz de amarme. *Soy un desagradecido.* —Virdi le dio la espalda. —Y ahora, también estoy libre de ti.

Skaldi gruñó. Se lanzó hacia delante, sus garras reventando de sus manos. Dominique gritó mientras golpeaba la cabeza de Virdi.

Pero antes de que pudiera hacer contacto, uno de los otros Dragones saltó delante de Virdi. Recibió el golpe, gritando mientras la sangre brotaba en el aire. La coalición de Dragones estaba sobre Skaldi en un segundo. Le retorcieron los brazos detrás de la espalda y la arrojaron al lodo. Su cara se retorció con furia mientras gritaba, pero los otros Dragones no soltaron sus garras. Los reyes agitaron la cabeza y la miraron con ira.

Virdi hizo retroceder a Dominique mientras las llamas parpadeaban en la boca de Skaldi. Uno de los reyes puso una mano sobre su boca y gruñó con una voz profunda y prohibitiva.

—Tu destino será el que decida tu padre, pero no creas que no castigaremos ningún ataque a los padres del Emperador.

Una mirada de terror apareció en la cara de Skaldi. Los otros dos reyes se inclinaron hacia Dominique y Virdi. Su cabeza giró cuando se hundió por completo. Llevaba al Emperador.

Dragones de todo el mundo la venerarían a ella y a su hijo... lo quisiera o no. Ella se desplomó contra Virdi pero él no era lo suficientemente fuerte como para sostenerla y ambos cayeron al suelo. Sus brazos se abrazaban unos a otros. En ese momento, él era su ancla. Mientras lo tuviera en sus brazos, sabía que no volvería a perderse en el mar de la confusión.

Uno de los reyes se arrodilló junto a ellos y suavemente tomó el brazo quemado de Virdi en sus manos. El rey frunció el ceño, pero asintió.

—Si lo deseas, te llevaré a mi corte. Nuestros curanderos son los mejores de la tierra. Tus heridas son graves, pero deberías poder recuperarte de ellas con la atención adecuada. —Entonces se volvió hacia Dominique. —Perdóname. Vine aquí para detenerte. Pensé que el Emperador podría desestabilizar a los Dragones del mundo pero cuando vi que ya habías concebido, supe que estaba equivocado. El Emperador resurgió en este momento por una razón.

Mi amiga, Esther. Skaldi la tenía —dijo Dominique, sacando de su mente las implicaciones de las palabras del rey. —No sé si ella la mató.

—Tu amiga vive —murmuró Skaldi. —Pensé que podría usarla para detenerte. Ahora desearía haberla matado.

Dominique habría respondido, pero Virdi no le dio la oportunidad. Prácticamente se cayó sobre ella en su prisa por captar su atención. Ambas manos se agarraron a la de ella y sus ojos brillaban mientras la miraba. El corazón de Dominique saltó a su garganta, dándose cuenta de lo que acababa de suceder: el rey acababa de decirle que estaba embarazada. No había tenido la oportunidad de decírselo ella misma.

¿Se enfadaría con ella por no decirlo? ¿Ya sospechaba? ¿Quería si quiera tener hijos?

—¿Estás embarazada? —Preguntó, su voz más alta de lo normal. —¿De verdad?

—Sí. Descubrí cuando Alom me tenía cautiva. Sólo he estado contigo, es tu hijo, pero no sabía cómo decírtelo. No creí que fuera posible que fuéramos compañeros, ni siquiera nos gustábamos. Quería decírtelo. Lo siento, no lo hice.

Virdi apretó un dedo sobre sus labios. —Cariño, cariño, no llores. —Le rozó las lágrimas de la cara. —No llores.

Dominique lloriqueó, demasiado llena de emoción para no llorar.

—Te amo —susurró. —Estoy sorprendido, pero soy feliz. En realidad, no estoy tan sorprendido. Había muchas señales y pensé que lo estarías. Pero soy feliz. Estoy tan feliz. Tú y yo tenemos una larga, larga vida por delante y no voy a desperdiciar ni un minuto.

Dominique se arrojó en sus brazos. Los tatuajes alrededor de sus brazos se desvanecieron, pero el calor que la llenaba cuando había abrazado la sombra de su hijo permaneció. Cerró los ojos, agradecida por el abrazo de Virdi. ¿Qué haría ella si él no estuviera aquí con ella ahora mismo?

Bueno, ella nunca tendría que saberlo. Él estaba con ella, y eso era todo lo que importaba.

El 'palacio' del rey al que fueron llevados para que pudieran tener paz mientras se recuperaban no era el mismo tipo de palacio que Dominique había visto hasta entonces. No era de piedra y construido en el estilo clásico maya como si tuviera que demostrar que merecía su título. Esta era más una mansión que un palacio. Era bastante pequeño pero se sentía más grande porque era tan abierto y aireado. Estaba construido en un estilo moderno y todos los muebles estaban de moda y podían haber sido encontrados en revistas de diseño de casas.

A ella y a Virdi les dieron su propia habitación, que era casi tan grande como una habitación de

hotel promedio, pero tenía un balcón adosado que añadía mucho sol a la habitación. Pasaron los primeros días en la cama, descansando y adaptándose al hecho de que iban a ser compañeros de por vida. Los hizo felices a los dos, pero todavía estaban conociendo los secretos del otro.

Al tercer día, el rey vino a verlos.

—Tu amiga Esther ha sido recuperada —le dijo a Dominique. —Hicimos una redada en el palacio de Skaldi y pudimos encontrarla fácilmente. Según los informes, está en buen estado de salud y la traen aquí para que la revisen y se reúna contigo.

Dominique dio un suspiro de alivio y sonrió. —Bien. Me alegro.

—Skaldi ha sido arrestada y acusada formalmente de sus varios crímenes —continuó el rey. —Espero que se les pida a ambos que testifiquen en su contra.

Viridi asintió, su cara triste. —Cueste lo que cueste. Sé que es mi madre pero-

—Pero no le debes nada —dijo Dominique con fiereza. —Como dijiste, ni siquiera es digna de ser llamada madre.

Viridi apretó su mano y sonrió agradecida. —¿Qué hay de la otra humana? ¿Claire y su pareja?

—No se les ha visto. Los Dragones que atacaron tu excavación fueron arrestados, pero creemos que Claire y su pareja huyeron.

—No me importa si huyeron o no, siempre y cuando no tenga que volver a verlos —murmuró Dominique. —Si no fuera por ella, todos esos estudiantes seguirían vivos. Está en su conciencia. Espero que nunca vuelva a dormir bien.

—No estoy seguro de que sea realmente su compañero. Trató de seducirme —dijo Viridi.

Dominique se encogió de hombros. —Bueno, entonces espero que vea a través de ella y la deje plantada. Pero basta de hablar de ella. ¿Cuándo llegará Esther?

El rey pensó por un momento. —Unas horas. Te la traeré cuando llegue. Mientras tanto, ¿hay algo que pueda hacer por ti?

—No, gracias —dijo Dominique. —Creo que estamos bien por ahora.

—Por supuesto. —Se inclinó hacia ella. —Si necesita algo, no dudes en hacérselo saber.

Salió de la habitación y Dominique se quitó rápidamente los pantalones que le habían regalado. Estaban un poco apretadas y cortaban su estómago. Se frotó las marcas rojas que dejaron atrás y suspiró aliviada. Cuando cayó en la cama, Viridi se echó a su lado, riendo. Desde que ellos habían llegado, se había estado curando rápidamente. Todavía estaba sensible, pero las quemaduras ya no eran negras y su movilidad había mejorado mucho.

—Entonces, ¿necesitas descansar o quieres... hacer algo más divertido? —movió sus cejas sugestivamente mientras una de sus manos tocaba la cadera de ella.

Dominique suspiró con decepción. —Necesito descansar. Estoy cansada. Pero podemos hablar. Se acercó un poco más y asintió.

—En primer lugar... No le he preguntado a nadie sobre esto, porque es un poco embarazoso, ¿pero voy a poner un huevo?

Viridi resopló. Ante la mirada de Dominique, sonrió y agitó la cabeza. —No. No vas a poner un huevo. Los dragones no son reptiles, somos mamíferos. Tenemos nacimientos normales. Tu embarazo será tan normal como si hubieras quedado embarazada de otro ser humano.

—Bien —dijo Dominique con fervor. —Creo que he tenido suficientes cosas raras con las que lidiar por un tiempo. Es hora de retomar un buen ritmo semi-normal.

—Lo sé. Aunque dudo que algo vuelva a ser “normal. —Pero estaré aquí para ti, pase lo que pase. Sólo deseo...

—¿Qué?

Se encogió de hombros. —Ojalá no me hubiera tomado tanto tiempo siendo un idiota en la excavación. Cuando pienso en todos esos años que perdí...

—Una gota en el balde comparado con lo que tenemos por delante. —Dominique acarició sus brazos. —Años y años y años. Espera, para cuando los dos seamos de pelo blanco y arrugados, estaremos hartos el uno del otro. Seremos una pareja de viejos cascarrabias que no pueden elegir una película sin pelearse por ella.

—Eso puede ser cierto, pero ahora mismo suena como el paraíso. Estar contigo para siempre. —La besó suavemente, disparando pasión en sus huesos.

Dominique casi se olvidó de lo cansada que estaba y se acercó, amando el calor de su piel. Gimió un poco pero se alejó después de un momento. Ella le acarició el pelo de la nuca y se encogió de hombros ante su ceja levantada.

—Supongo que estoy un poco nerviosa por lo que pase ahora —confesó. Los nervios revoloteaban en su estómago mientras pensaba en el futuro. No eran sólo ella y Virdí de los que tenía que preocuparse. —Nuestro bebé... Ni siquiera ha nacido y ya hay mucha presión sobre él. No quiero que crezca así. Quiero que tenga una vida normal, con una familia normal. ¿Pero eso es algo que podamos darle?

Virdí apretó una mano contra su estómago. Frunció el ceño por un momento pero asintió. —Sí. Saldremos de la red e iremos a vivir a Canadá o algo así. Puedo conseguir un trabajo.

—Yo también puedo trabajar, una vez que sea mayor. Y te presentaré a mi madre. Eso va a ser divertido... —Ella puso una mueca de dolor, pero después de lo que había pasado, no la preocupó tanto como en tiempos pasados, cuando le presentaba novios.

—En cuanto a nuestro hijo, no le diremos su gran destino hasta los 16 años. Eso será suficiente para decidir lo que quiere, ¿cierto?

—Será lo suficientemente grande como para empezar a pensar en ello, al menos. Ah, olvídale. Te deseo. —Dominique tiró una pierna por encima de la cadera. —Tengo que descansar... así que hagámoslo rápido.

Virdí sonrió y la echó de espaldas, besándola ansiosamente. Dominique se rió al acercarlo. Sea lo que sea lo que les depara el futuro, este momento era perfecto.

FIN

LA NOIVA SECRETA DEL DRAGÓN

Capítulo UNO

Esther

Rechazada.

Esther apretó los dientes mientras volvía a leer el correo electrónico. Horas de investigación, redacción, edición y presentación. Todo para nada. Esta iba a ser la primera excavación que ella dirigía, la primera excavación que tendría en el área muy estrecha de interés que tenía. Pero, aparentemente, ella no tenía suficiente experiencia, o los sitios costeros mayas preclásicos no eran lo suficientemente interesantes, o su campo elegido era demasiado caro, o algo completamente distinto. Esta fue la quinta financiación en el mes que le fue negada. Si algo no sucedía pronto, ella iba a tener que unirse a la excavación de otra persona en lugar de dedicarse a la suya.

Tal vez sería lo mejor, de todos modos. Después de todo, los recursos eran limitados y si todo el mundo intentaba conseguir un trozo del pastel... Con un suspiro, cerró su portátil. La respuesta podía esperar.

El taxi se detuvo y ella levantó la vista para ver que se habían detenido frente a una gran casa blanca. Esther pagó al conductor y salió. Habían pasado unos meses desde la última vez que había visto a su amiga Dominique y a su pareja Viridi, el shifter dragón. Desde entonces, Dominique había dado a luz a un niño y Esther estaba ansiosa por conocerlo finalmente.

Tal vez le ayudaría a dejar de pensar en sus problemas y le permitiría encontrar una solución alternativa.

La puerta se abrió antes de que ella llegara, revelando al hombre más guapo que había visto. La hizo entrar antes de cerrar la puerta. Esther le brindó una sonrisa sexy mientras él cerraba la puerta detrás de ella.

—Hola. Soy Esther Doran, estoy aquí para ver a Dominique.

Ella admiró su musculoso cuerpo. Parecía el tipo de hombre que aparecería en la portada de una novela romántica. Sin camisa, por supuesto. Llevaba una combinación casual de vaqueros y camisa de franela que le daba un aire de vaquero. Ella podía imaginarse la camisa abierta, sudor brillando en su pecho mientras él tiraba fardos de heno.

El cabello rubio decolorado del hombre caía en sus sorprendentes ojos verdes mientras la miraba sospechosamente. —Déjeme ver su identificación.

Esther resopló. —¿Mi qué?

—Su identificación.

—Esto es porque el pequeño Trueno es el nuevo emperador, ¿no?

El hombre guapo simplemente la miró fijamente. Era más alto que ella por una cabeza, su cuerpo ricamente musculoso bajo su camisa de franela. Esos vaqueros apretados cabalgaban bajo sobre sus caderas y Esther tuvo que esforzarse para no babear. Estaba deliciosamente guapo. Y, al parecer, paranoico. Ella buscó en su bolso su identificación, y una vez que él la cogió, asintió.

“Dominique te está esperando. Extiende los brazos.

Esther lo miró fijamente, pero no parecía que estuviera bromeando, así que ella lo hizo. Cuando él empezó a palparla, ella le gritó y lo alejó. —¿Qué crees que estás haciendo?

—Buscando armas.

—Oh, vamos. —Esther cruzó los brazos sobre su pecho y lo miró con ira. Claramente era un dragón shifter, como lo era Virdí, pero no entendía por qué estaba tan paranoico. —Lo menos que puedes hacer es invitarme a cenar antes de que empieces a manosearme.

El dragón se asomó sobre ella, acercándose como una táctica de intimidación. El único problema era que Esther no se sentía intimidada en absoluto. Todo lo contrario, de hecho. Parte de su mente se preguntaba si esto era un sueño, y la otra parte se preguntaba qué tenía que hacer para convertir esto en ella acostada en la mesa con los pantalones abajo alrededor de los tobillos mientras--

Guau, para. Ya fue suficiente de ese sueño porno barato. Ella agitó la cabeza y se apartó de él y de su humeante olor. Era como las primeras costillas de la temporada, un sabor tentador que Esther nunca pudo resistir. Excepto que él parecía más un banquete que una comida causal.

—La seguridad del emperador no es nada para bromear. —El dragón la frunció el ceño. —Si algo le pasara a él y a sus padres, entonces nos hundiríamos en un caos total. Mi trabajo es el...

—¡Esther!

Se giró alrededor del gran dragón para ver a Dominique corriendo hacia ella. El dragón extendió un brazo para detenerla, pero Dominique sólo le miró molesta antes de agacharse bajo su brazo y abrazar a Esther. Ambas saltaron arriba y abajo, chillando, hasta que el dragón retrocedió con una mueca en la cara.

—No he podido comprobar que no esté armada —dijo él.

Dominique puso los ojos en blanco. —Bryant, en serio. Dale un respiro. Nadie sabe que Trueno es el emperador excepto los amigos cercanos y la Guardia. Relájate, ve por una cerveza. La gente va a empezar a pensar que nos tienes a Virdí y a mí como rehenes si no te relajas.

El ceño fruncido se hizo más profundo, y Esther fue golpeada por una punzada de desilusión. Era sexy, sí, pero el tipo tenía serios problemas de diversión. Oh, bueno. De todos modos, no era como si fuera a ir tras ella, siendo bajita y regordeta.

—Vamos. —Dominique enlazó su brazo con el de Esther. —Trueno está en la guardería con Virdí.

—Tengo que preguntar. ¿Por qué Trueno?

Dominique sonrió. —Íbamos a llamarlo Marcus, pero cuando nació, simplemente no estaba bien. Mi madre lo llamó una pequeña nube de truenos cuando empezó a llorar, y se quedó con eso. Era lo único que sonaba bien, ¿entiendes?

Esther asintió. Era un nombre inusual, pero encajaba con la forma en que Dominique y Virdí se habían conocido, y con la forma en que habían descubierto que su hijo iba a ser el emperador de los dragones. Como tal, algún día sería su trabajo unir a todos los clanes de dragones separados y marcar el comienzo de una era de paz y prosperidad. Por supuesto, lo mantenían en secreto para darle la mejor oportunidad de tener una infancia normal.

Cuando llegaron a la guardería, encontró al compañero de Dominique cambiando el pañal del bebé. El bebé balbuceaba y pateaba, y tan pronto como Virdí abotonó sus ropitas, se acurrucó de nuevo. Esther volvió a chillar y corrió hacia el pequeño bebé.

—¡Oh, es tan precioso! —Acarició la pequeña mejilla y sonrió. —¿Puedo sostenerlo?

Dominique resopló. —Por supuesto, Esther. Bryant probablemente querría un chequeo criminal extensivo pero-

—Pero tiene razón en ser tan cuidadoso. —Virdí abrazó a Dominique por la cintura y le enterró la cara en el cuello. —Mejor paranoico a que algo horrible pase.

Esther acunó al bebé en su pecho, asombrada por lo pequeño y cálido que era. Vio a Dominique

y Viridi besarse por el rabillo del ojo y no pudo detener el remolino de opresión que se movía a través de su pecho. Trató de apartar los celos, pero después de todas las decepciones que ya había tenido ese día, no pudo detenerse.

Hacía tiempo que había decidido que el amor no era lo que quería de la vida. O mejor dicho, encontrar el amor, casarse y tener hijos no estaba en sus planes. No estaba hecha para eso. Sí, le gustaban los chicos y sí, tenía deseos sexuales, pero tener ese lazo eterno... no encajaba. Nunca. Nunca había conocido a un tipo con el que pudiera pensar en casarse.

Por lo tanto, había dejado de lado esos pensamientos y se había concentrado en su carrera. Todavía era joven y había tanto que quería descubrir y compartir con el mundo.

Rechazada. Ella se alejó de la pareja y se concentró en el bebé en sus brazos, tratando de no pensar en el correo electrónico que había recibido antes. Habría otras oportunidades... era el mantra que se había estado diciendo a sí misma durante casi un año.

Desde la desastrosa excavación con Claire Perry, cuando encontraron el huevo que más tarde se unió a Dominique para dar a su primer hijo la autoridad del emperador, su carrera se había detenido. Las conferencias para invitados que ella había organizado se habían desmoronado y la excavación que ella estaba tratando desesperadamente de financiar no estaba llegando a ninguna parte. Su vida no iba a ninguna parte. Había renunciado al amor y a los bebés, ¿y qué tenía que demostrar? Una carrera fracasada y un futuro incierto.

Esther sacudió los pensamientos de su cabeza y se volvió hacia atrás mientras Viridi salía de la habitación. —¿Y cómo estás? Quiero decir, tiene que ser estresante y doloroso...

—Lo es. Mis pezones están irritados y adoloridos todo el tiempo por este pequeño masticándolos. No le gusta simplemente chupar. No, te gusta masticar a mamá en pedazos. — Dominique agitó un dedo hacia su hijo. El bebé se rió y le hizo señas con la mano. Su cara se derritió en una sonrisa amorosa. —Pero no lo cambiaría por nada. Nunca me di cuenta de lo mucho que una persona puede dominar todo tu mundo.

—Y... ¿vas a volver al trabajo o vas a ser una madre a tiempo completo? —Esther hizo rebotar al bebé. —No es que tengas que decidir de inmediato.

—Si me pidieras que elija, no sabría qué decir. Lo amo tanto, sólo quiero abrazarlo y estar con él todo el tiempo. —Dominique acarició el pelo de Trueno. —Trabajo, aunque... me encanta ir a las excavaciones e investigar. Es algo de lo que Viridi y yo hemos hablado un poco, pero ahora mismo nos estamos centrando en la seguridad y en Trueno. Tenemos algunos... patrocinadores financieros, supongo, así que tenemos todo lo que necesitamos.

—Seguridad. —Esther asintió. Era comprensible, considerando todo. No todos querían al Emperador de vuelta, ya que él crearía igualdad y ellos no querían renunciar a su poder. —Entonces, ¿cuál es el problema con ese tal Bryant?

Dominique se rió. —Bryant. Es... raro. Cuando está de servicio, uno pensaría que es el hombre más serio de la Tierra. Pero cuando está fuera de servicio, apenas puedo hacer que deje de coquetear conmigo. Sería halagador, excepto que coquetea con todo lo que lleva falda. ¿Recuerdas cómo pensábamos que era Viridi?

Esther pensó en el dragón playboy que siempre llevaba a las mujeres al bosque y las enviaba de vuelta horas más tarde con ropa revuelta y sonrisas maravillosas y asintió.

—Bueno, ese es Bryant.

—Pero Viridi sólo las llevaba a volar.

Dominique la miró severamente. —Eso no es lo que Bryant está haciendo. Cambia de mujeres como un bebé cambia sus pañales. Y está en el equipo de seguridad. La Guardia del Emperador

parece un Juego de Tronos. Hacen estos votos que les hacen renunciar a la ciudadanía con sus clanes y les prohíben tener pareja o hijos.

—Así que, supongo que eso significa no coquetear con él.

—Se les permite acostarse con mujeres. —Dominique agitó la cabeza. —Muchos dragones todavía piensan que una mujer no puede quedar embarazada a menos que se acueste con su pareja. Bryant tenía una pareja y la mataron. Así que ahora se acuesta con cualquiera con impunidad. Si quieres a un tipo así, no voy a detenerte pero-

—No quiero a un tipo así.

Se sentaron en un par de sillas cuando a Esther le empezó a doler la espalda. Tenía el ceño fruncido en la cara mientras se mecía de un lado a otro, con pensamientos preocupantes sobre su falta de posibilidades que se filtraban de vuelta a su mente. Trueno empezaba a gorgotear un poco, retorciéndose de un lado a otro, así que ella lo puso en posición sentada sobre su regazo y dejó que sus piernas se estiraran. Su pequeña mano se enrolló alrededor de sus dedos.

Dominique la empujó por el costado. —¿Hay algún chico que hayas conocido?

—He terminado con todas esas tonterías. —Esther trató de sonar optimista. —Fui a un club el otro día para chicas de talla grande. Fue horrible. Los hombres seguían queriendo bambolearme los brazos o verme sacudir la barriga o darme pastel de queso. Me puso la piel de gallina. Quiero un hombre que me ame como soy, pero no quiero que me ame *porque* tengo sobrepeso, ¿sabes? Quiero a alguien que me ayude a estar saludable, no importa cuánto pese. No es que quiera un hombre en absoluto —agregó rápidamente. —Terminé con los chicos.

—Lo entiendo. —Dominique contestó con una sonrisa descarada. —Así que, ¿alguna chica que hayas conocido?

Esther puso los ojos en blanco. —Ja ja. Me estoy concentrando en el trabajo.

—¿Cómo va eso?

Esther suspiró.

—Así de bien, ¿eh? —Dominique sonrió. —Escucha, hay un tipo que conozco, Shane Freeman. Él es este multimillonario CEO dragón shifter, y siempre está buscando pequeñas empresas para ayudar a ponerlas en marcha y esas cosas. Lo llamaré para ver si está interesado en financiar tu excavación.

Los ojos de Esther se iluminaron. —¿Harías eso?

—Por supuesto. Siempre y cuando me permitas ir y jugar en la tierra.

—¡Sí! —Esther se rió. —Gracias.

Dominique asintió. —Excelente. Lo llamaré, entonces. Pero por ahora, dime qué quieres hacer. Sitios mayas submarinos, ¿verdad?

Capítulo DOS

Bryant

Bryant se metió la camisa en los pantalones antes de abrocharse el cinturón. Sonrió a la mujer que aún yacía en la cama, envuelta en una sábana. Su pelo revuelto y su pintalabios manchado no hicieron nada para detener el resplandor que emanaba de ella. Se había duchado mientras ella descansaba y ahora esos labios pálidos le hacían señas para que volviese a entrar. Era una belleza tentadora, eso es seguro.

Pero nunca se duchaba dos veces en la misma noche, y nunca despertaba con una mujer a su lado. La demanda física podría requerir que buscara estos casos de intimidad, pero eso no significaba que iba a alentar emociones que simplemente no podía corresponder. Era frustrante saber que estaría solo por el resto de su vida si no fuera por estos casos de intimidad sexual, pero no había nada más. No iba a permitir que una mujer se enamorara de él y se viera obligado a romperle el corazón.

—Gracias por una velada maravillosa —dijo mientras tomaba su mano y la besaba.

—¿Seguro que no puedes quedarte a pasar la noche? —Se estiró. La sábana bajó por su pecho, revelando un pezón regordete. —Nunca he desayunado un dragón...

Bryant sonrió. La oferta era tentadora, pero había visto a demasiadas mujeres que pensaban que “pasar la noche” significaba “quedarse para siempre” y permitirse ser arrastrado a ella. Así que le dijo lo que les decía a todas las mujeres con las que se encontraba en esta situación. —Va contra las reglas.

—Las reglas —repitió la mujer, y luego resopló. —¿Qué reglas? *Tus* reglas. Las que te inventaste. Apuesto a que inventas nuevas tan pronto como una mujer te pide hacer algo que no quieres hacer.

Eso era cierto en algunos casos, pero las reglas cardinales eran: no pasar la noche, no llamar al día siguiente de acostarse con ellas, no mentir y no hablar románticamente. Se encogió de hombros. —¿Realmente habría alguna diferencia?

—En realidad no.

—Buenas noches. Te llamaré o te enviaré un mensaje. Tengo tu número.

—Bien. Apaga la luz cuando te vayas. —Se dio la vuelta y se llevó las mantas a los hombros. —Me sorprende que tengas algo de acción. No estás tan bueno, lo sabes.

Se resistió a la tentación de señalar que ella le había dado mucha acción. Una de las reglas que solía cumplir era no insultar nunca a su acompañante y dejar que se sintiera bien consigo misma. Ese comentario, sin embargo, aseguró que ella iba a ser borrada de su teléfono tan pronto como él le enviara un mensaje de texto dentro de la semana. Si se volvieron a ver y ella se enfrentara a él, sabría la verdad. Lo más probable es que no se volvieron a ver.

Bryant salió de la habitación, asegurándose de obedecer su último deseo. Extendió la espalda y los hombros mientras caminaba por el pasillo del hotel. Era un poco antes de lo que normalmente se retiraba, pero a pesar de lo que le había dicho, su relación romántica había sido, en el mejor de los casos, normal. Sería más divertido ver una película en otro idioma con subtítulos que continuar con ella.

El bar del hotel estaba casi vacío cuando llegó. Él suspiró. Estaba bien, ya que ya se había duchado una vez esa noche y pasar por el proceso para conseguir un segundo enlace lo mantendría despierto hasta muy tarde.

El trabajo había sido especialmente difícil ese día. No sólo había aparecido la humana Esther y había sido sorprendido por su suave y deliciosa piel, sus delicados rasgos, su cabello castaño y esas lindas gafas que se inclinaban sobre su nariz, por no mencionar sus dobles D que se estiraban sobre su camisa de una manera que le hacía querer arrancársela, sino que su llegada había hecho que Viridi volviera a cambiar algunas órdenes.

Bryant podía seguir órdenes. Era algo en lo que era bastante bueno, de hecho. Seguir lo que haya que seguir y adaptarse a las situaciones según sea necesario. Pero estaba malhumorado. Después de una semana de tener que recibir constantemente órdenes de Viridi, estaba tenso e irritable, necesitando una forma de liberar su estrés.

—Whisky —le pidió al camarero mientras se sentaba.

No era que no le gustara Viridi. El padre del Emperador había demostrado varias veces que era digno de su puesto. Era inteligente, fuerte, testarudo, y podía recibir una paliza. Aunque no hablaba de su vida personal con el guardia, estaba claro que era un líder fuerte. A veces dudaba demasiado de sí mismo, pero era el tipo de dragón al que a Bryant no le importaba seguir.

Eran las órdenes mismas. Bryant podía seguirlas, pero las odiaba. Prefería dar órdenes, o mejor aún, dar una paliza a cualquiera que se atreva a amenazar a su Emperador.

Pero la vida era más complicada que eso.

Miró alrededor del bar, y su atención se centró en la mujer que estaba al final de la barra. Le tomó medio segundo reconocerla como Esther. Su pelo, que antes estaba suelto, ahora estaba recogido en un moño. Sus gafas no estaban, probablemente reemplazadas por lentes de contacto. Estaba sentada con la espalda recta, mirando fijamente a una pequeña portátil mientras su bebida permanecía casi vacía a su lado.

Parte de él se alegró de no haberle palpado. A pesar de que era el protocolo, no estaba seguro de que hubiera podido mantenerlo a nivel profesional si sus manos hubieran estado en ese hermoso y curvilíneo cuerpo. Ahora, mientras la miraba, no podía evitar imaginar cómo se sentiría su cuerpo. Podía imaginarse lo cremosa que sería su piel. Se le hizo agua la boca. Parecía el tipo de chica que era un verdadero tigre en la cama, soltándose de una manera que no se permitía hacer en la vida diaria.

Pero no debería. Ella era la mejor amiga de su jefe. Intentar poner en marcha cualquier cosa sería muy inapropiado.

Por otro lado, estaba fuera del trabajo. Bryant sonrió mientras caminaba hacia ella y se deslizó en la silla junto a la suya. —Hola. ¿Puedo invitarte a una copa?

Esther saltó un poco, pero sus ojos se iluminaron con interés cuando vio quién era. Ella sonrió y asintió. —Me gustaría eso.

Después de un solo vaso para ella y varios para él, se habían trasladado a una cabina en la esquina para tener más privacidad. Allí, se sentaban lado a lado murmurando sobre casi todo y cualquier cosa que se les ocurriera. La mano de Esther yacía en la de Bryant y él acarició sus dedos sobre su piel sedosa, admirando la forma en que sus ojos captaban la luz.

—Como piscinas de diamantes o es demasiado cliché? —le susurró al oído, terminando con un pequeño mordisco en el lóbulo de la oreja. Era tarde, y no debería estar tentando al destino así. Sería demasiado fácil dormirse y despertar en sus brazos.

—Demasiado cliché.

—Vale... bueno, entonces tus ojos son como la tierra.

—¿Tierra?

—Sí. Como la rica tierra cultivada que produce muchas cosechas y sin la cual la gente se moriría de hambre. ¿Es eso poético?

Esther arrugó su nariz. —Al final, sí. ¿Pero tuviste que decir tierra? Eso no es muy halagador.

Se encogió de hombros y le mordisqueó el cuello.

—Creo que es horrible que no puedas casarte —gimió Esther, presionando más profundamente en sus brazos. —Qué solitario...

El matrimonio no era algo de lo que quería hablar con ella. Era un mata-estímulos. Se echó hacia atrás y frunció el ceño. En este punto, siempre se enfrentaba a una elección, revelaba sus demonios internos o cambiaba la conversación. La verdadera pregunta era si él quería continuar con esto o tomar caminos separados. Hablar de su difunta compañera definitivamente causaría lo último.

—No soy de los que se casan —se conformó con eso y le guiñó el ojo mientras se inclinaba de nuevo. —Pero si lo fuera, una chica como tú estaría en lo más alto de mi lista.

Se rió, sus mejillas manchadas de rojo otra vez. —Oh, ¿en serio? Es una gran línea.

—¿Qué te hace pensar que es una línea?

—Hmmm... sólo una corazonada, supongo. Pero dime, ¿estás intentando que te invite a mi habitación?

Los ojos de Bryant se iluminaron. —¿No te quedarás con Dominique?

Esther agitó la cabeza, trazando sus dedos en la muñeca de él. Bryant no necesitaba más invitación que esa. La besó en la boca y le rodeó la cintura con sus brazos. Sus oscuros ojos se cerraron mientras ella le devolvía el beso. Un gemido resonó en su garganta.

Bryant aprovechó la oportunidad para arrastrar sus manos sobre sus nalgas. Encajaban bien en sus grandes manos y apretó muy ligeramente, ganándose otro gemido. Le metió la lengua en la boca, disfrutando de las sensaciones de chispas que lo iluminaban de adentro hacia afuera. Una de sus manos se deslizó en su camisa entre los botones mientras que la otra descansaba sobre su rodilla, arrastrándose lentamente hacia arriba. Sus fuegos saltaron en anticipación y tuvo que trabajar duro para evitar que el humo salga por sus fosas nasales. Eso era normalmente desanimaba a las mujeres.

Esther giró repentinamente la cabeza, rompiendo el beso.

—Besas muy bien —jadeó mientras se alejaba un poco. —Pero creo que es suficiente por esta noche.

Bryant tenía mucha experiencia con el rechazo. Cuando se trataba de mujeres era como pescar; se necesitaba una docena de carnadas para que pique. Sin embargo estaba tan seguro de que había algo entre ellos que un golpe de decepción le golpeó.

—¿Es por Dominique y Virdí?

—No. —Esther levantó su vaso y miró a través de él. —Es porque estoy un poco borracha y no he estado guardando mi virginidad para el día que me case como para tirársela a un hombre que no es de los que se casan sólo porque él es un poco hipnotizador y yo estoy un poco borracha.

El cerebro confuso de Bryant trató de darle sentido a lo que había dicho. —Pero, yo también estoy borracho.

—Todas las razones para no hacerlo.

—Pero... ¿es realmente tan importante? —Mientras hablaba, deseaba poder retractarse. No había nadie más obsesionado con la idea de salvar la virginidad que los dragones. Aunque era

cierto que muchos clanes se burlaban de la idea de que la mayoría de los dragones aún creían que uno no debería tener sexo excepto con su pareja. Se esperaba que aquellos que nunca encontraran a sus compañeros fueran vírgenes toda su vida.

Esther se enojó con él. —Es importante para mí. Así que sí, es realmente importante porque quiero que lo sea. ¿No tienes nada que otros piensen que es tonto, pero te aferras a ello?

—No —dijo al instante.

—Mentiroso.

—Si te lo digo, tienes que besarme de nuevo.

Esther le miró de nuevo a través de su vaso vacío. —Tal vez en vez de eso puedas decírmelo y luego te daré un beso.

Parecía lo mismo. Bryant trató de encontrar algo rápidamente. —Hay un tipo, Robert Dunn...

Las cejas de Esther se levantaron.

—Lo odio. Éramos de clanes rivales y él es el más horrible, terrible... —Bryant gruñó en su garganta cuando se le ocurrieron todas las razones por las que odiaba a Dunn. Pero la muerte de Shaya, la muerte del hermano de Dunn, todo eso era demasiado serio para hablar de ello aquí y ahora con una mujer que apenas conocía. Así que, rápidamente se le ocurrió otra cosa. Una linda mentirita que encajaría con el tema tonto que ella había estado buscando. —Pateó a mi perro. ¡Acababa de tener a mi cachorra y él la pateó!

—¿Cuántos años tenías?

—Siete.

Esther resopló. —Wow. Eso es guardar rencor.

Bryant se encogió de hombros. Sus fuegos ardieron y una sensación de desesperación empezó a subir por su garganta. Una distracción. Necesitaba una distracción, una forma de evitar que los recuerdos le quemaran la mente. Se inclinó para besarla, la llamarada de dolor en su pecho haciendo que sus fuegos ardiesen bajo. Necesitaba algo para reavivarlas... la necesitaba a ella.

—¿Te acostarías conmigo si estuviéramos casados? —le preguntó.

—Sí. —Esther envolvió sus brazos alrededor de su cuello. —Y me casaría contigo en un santiamén. Excepto que necesitaría un anillo de diamantes. Uno con un diamante muy, muy grande.

Bryant se rió. —Me pondré a trabajar en ello...

La besó de nuevo y pidió otro trago.

Capítulo TRES

Esther

¿Cuándo se le puso la cabeza así de pesada? Esther gimió mientras se ponía un brazo sobre sus ojos. La luz era cegadora. Su cabeza parecía como si alguien hubiera bailado la rumba con un martillo en su cerebro. Se movió un poco, ya que había algo duro clavándose en su espalda. Había algo pesado sobre su pecho, y se dio cuenta de que ese algo duro y pesado era otra persona. Un hombre.

Su corazón saltó a su garganta mientras ella se alejaba de él, arrastrando la mitad de las mantas con ella. Bryant gimió mientras dormía y rodó sobre su espalda. Esther lo miró horrorizada. Se veía aún más guapo a la luz de la mañana, con su pelo rubio despeinado y las duras líneas de su cara relajadas en una ligera sonrisa.

Pero aparte de su belleza, esta no era la situación en la que ella quería estar. Aunque se esforzó, no podía recordar lo que pasó anoche. Dijo que se acostaría con él si estaban casados, se besaban, bebían... Y ahora estaban aquí. Al menos estaba completamente vestida y no se sentía... diferente ahí abajo.

Esther sacó las piernas de la cama. Se subió la falda y se congeló.

Ella había estado usando pantalones la noche anterior. Ahora llevaba un vestido blanco barato y mal ajustado. Blanco. Vestido. Y había uno de esos anillos gigantes de caramelo en forma de diamante en su meñique. Miró fijamente durante un largo momento antes de parpadear, se frotó los ojos y revisó de nuevo. Todavía lleva puesto el vestido de novia barato. Todavía lleva el anillo grande... el anillo grande de diamantes.

La boca del estómago se le cayó y se sintió muy tentada a retroceder y desmayarse de nuevo. Se quitó la falda del camino y se acarició entre las piernas. Todavía usando bragas. Todo se sentía muy seco y cómodo. Eso significaba que no pasó nada, ¿verdad?

Sus movimientos finalmente despertaron a Bryant. Estiró la espalda y flexionó las piernas y los tobillos. Cuando se dio la vuelta, parpadeó sorprendido. Esther se congeló, con la mano entre las piernas. Sus ojos se abrieron de par en par y ella pudo sentir la sangre drenando de su cara. La mirada del dragón bajó por su vestido, se detuvo en el diamante de caramelo, y finalmente se detuvo donde su otra mano estaba escondida bajo su falda.

Bostezó. —No debes pensar mucho de mis talentos.

Esther sacó la mano, el color corriendo hacia sus mejillas. —Eso no es lo que estaba haciendo.

—Parece que anoche hicimos una especie de juego de roles... —Frunció el ceño. —Debo haber bebido mucho. Como demasiado. Los dragones no suelen emborracharse, pero definitivamente tengo un poco de resaca. ¿Pero, por qué una novia?

Esther alisó la falda sobre sus piernas.

—Correcto. Dijiste que te estabas reservando para el matrimonio.

Lágrimas inundaron sus ojos. —Y después de todos estos años, voy y lo tiro todo en vano.

—No creo que hayamos tenido sexo.

Ella volteó su rostro mientras las lágrimas seguían brotando.

—Normalmente después de una noche de pasión estoy desnudo —dijo Bryant, de pie. Hizo una

mueca y agitó la cabeza. —No, eso no es verdad. Por lo general, después de una noche de pasión, estoy en mi casa despertándome completamente vestido. Y nunca hay una chica conmigo. Nunca hago esto.

Esther le miró fijamente. Casi parecía... avergonzado. No porque se emborrachara y posiblemente se acostara con una chica que acababa de conocer, sino porque despertó con ella. Por supuesto. No debería sorprenderle que fuera un jugador de primera clase. Se limpió las lágrimas y volvió a mirar entre las piernas.

—Estaría dolorida y... pegajosa si lo hubiéramos hecho, ¿verdad?

—Sensible, sí. ¿Pegajosa? Probablemente. —Bryant miró sus rodillas expuestas. —¿Quieres que lo compruebe?

Ella lo miró con ira. —No creo que hayamos tenido sexo.

—Eso es lo que dije.

Esther volvió a alisar la falda, aliviada de que ambos estuvieran de acuerdo. Y la evidencia física apoyaba esa teoría, así que no había razón para pensar que algo había sucedido aparte de lo que ya pensaron. Así que eso fue todo y ya no tenía sentido preocuparse por ello. Debería pensarlo mejor antes de tirar su virginidad por la borda en una noche de borrachera.

—¿Qué recuerdas de anoche? —preguntó Bryant, frotándose el hombro. —Creo que... —Se arremangó. El nombre de ella estaba tatuado en letra cursiva en su hombro. —Sí. Pica como el demonio.

—Puede que me acuerde de eso. —Esther frunció el ceño. —Dijiste que querías asegurarte de que nunca me olvidarías... ¿Y luego fuimos a comprar el vestido?

Bryant la miró. —Un pomposo vestido de princesa.

—Un feo, barato, vestido de poliéster. Y un gran diamante de caramelo. Parece que una tienda de disfraces explotó.

—Te ves sexy.

Esther se puso de pie, ruborizada. —Cállate.

El dragón saltó sobre la cama y le puso las manos en las caderas. La palpeó por detrás mientras ella emitía un ruido de protesta. Pero mientras lo hacía, una llamarada de calor surgió en ella. Tenía movimientos. Eso estaba claro. Con un gemido se dejó caer contra él.

—Podemos continuar cualquier juego de rol que jugamos anoche —le susurró al oído. —Ahora que ambos estamos sobrios...

Esther estaba tentada. El calor se encendió más mientras imaginaba sus cuerpos moliendo y retorciéndose, arrancando la tela barata de su cuerpo... y entonces ella estaba disgustada. Con ella misma, sobre todo, por siquiera considerarlo. Ella le dio un codazo en el esternón y se alejó.

—Estaba casi llorando porque pensé que habíamos dormido juntos y ahora quieres hacerlo de verdad?

Sonrió. —¿Por qué no?

—¿Por qué no? —Esther refunfuñó en voz baja mientras buscaba sus gafas. Recordaba quitarse los lentes de contacto antes de emborracharse demasiado. Mientras se ponía los lentes, su mirada cayó sobre un trozo de papel en la mesita de noche. —Oh, no.

—¿Qué pasa?

Ella le miró con ojos aterrorizados. —Nuestro certificado de matrimonio.

Después de os horas de llorar sobre el documento y llamar a las capillas y a firmas de abogados, Esther estaba segura de dos cosas. No iba a volver a beber nunca más, y estaba casada con Bryant Chandler. Ella ni siquiera sabía su apellido antes de leerlo en su certificado y sin embargo, aquí estaban. Casados. Ella pensó que tomaba más tiempo que eso. Licencias y análisis de sangre y todo ese bollo. ¡Pero no! Estaban casados.

Ella estaba casada. Con un completo extraño. Y un playboy. ¿Qué le iba a decir a su madre? ¿Dominique? ¿Su rabino?

Esther volvió a subir las gafas por la nariz. Asintió rápidamente al tomar una decisión. —Nadie tiene que enterarse de esto. Nadie. Podemos anular este matrimonio y luego fingir que nunca sucedió.

—¿Anularlo? ¿Después de que te compré ese gran anillo de diamantes?

Se quitó el caramelo del dedo y se lo tiró. —Puedes tenerlo de vuelta. Esto no es una broma, emborracharme y casarme no es algo que quiera en mi currículum. Ni siquiera estamos en Las Vegas, la gente no se casa borrachos cuando no está en Las Vegas. Simplemente lo anulamos en silencio y ¡listo! Estamos todos...

—No.

Ella se detuvo. Bryant dio vuelta el diamante de caramelo en sus manos, sin mirarla. Un terrible temor llenó su pecho. Si iba a decir que había encontrado una pareja en ella, ¿qué podía hacer? Ella no sabía mucho sobre dragones pero sabía que estas cosas pasaban a veces. Simplemente conocían a la persona con la que estaban destinados a estar y todo lo demás desaparecía. Pero ya había tenido una compañera, según Dominique. ¿Seguro que eso significaba que no estaba en el mercado por una nueva?

—Conseguiremos una anulación —dijo.

—No.

—¿Por qué no? —Su voz estaba sin aliento. Si él decía lo que ella temía... o tal vez esperaba... —No dormimos juntos, lo que significa que el matrimonio no está consumado. Lo que significa que podemos anular silenciosamente el matrimonio y nadie se enterará.

El obstinado dragón agitó la cabeza.

—Mira. —El corazón de Esther latía contra sus costillas. Su voz se rompía en su garganta seca. —No quieres estar casado conmigo. —¿Verdad? —No quiero casarme contigo. —¿O sí? — Además, no puedes hacerlo. Según el juramento de la Guardia del Emperador. No puedes casarte. Así que, necesitamos...

Bryant levantó las manos. —Ese juramento es precisamente por lo que no podemos conseguir una anulación.

De acuerdo. Eso no tiene ningún sentido. Esther lo miró fijamente, tratando de hacerse una mejor idea de qué diablos estaba hablando.

—Si se descubriera que salí, me emborraché y me casé con una mujer cualquiera...

—No soy una cualquiera —protestó Esther.

Bryant continuó, ignorándola—, -entonces me echarán de la Guardia del Emperador antes de que puedas decir Do Re Mi. A pesar de obtener una anulación a la mañana siguiente, casarse contigo muestra una severa falta de juicio y... —Él se calló, mirándola fijamente.

—¿Qué?

—Esa mirada en tu cara. Estás enfadada conmigo por decir que casarse contigo demuestra falta de juicio.

Esther se dio la vuelta, se sonrojó. —¡No! Estoy enfadada contigo por hablar tantas tonterías.

Puedes decir que todo fue una broma si se enteran de que estamos casados. Lo que sólo pasará si seguimos casados. Así que, será mucho peor para ti si no anulamos. Además, ¿no sería peor para ti si descubrieran que estás casado, que si descubrieran que has anulado un matrimonio celebrado de borracho?.

—Si se enteran de esto, estoy jodido. —Bryant agitó la cabeza. —Si ya saben que estamos casados, entonces se acabó. Si no lo hacen, entonces no hay razón para que lo averigüen. Pero si pasamos por más procedimientos legales, habrá más posibilidades de que averigüen qué pasó.

Había algo de lógica en lo que decía. Esther se mordió el labio mientras lo consideraba. No era como si tuviera otras perspectivas en este momento. Si ella encontrara a alguien, sería tan fácil anular el matrimonio luego como hacerlo de inmediato, ¿no? Pero aun así, ir por ahí casada en secreto con alguien que apenas conocía no parecía la mejor idea.

—¿Qué harás cuando alguien desentierre nuestro matrimonio?

—No lo harán. Siempre y cuando nos separemos y no volvamos a hablar de esto.

—¿Pero y si lo hacen?

Bryant se encogió de hombros. —Luego lo desenterrarían, estemos casados o no. Sé que es mucho pedir... —Sus ojos verdes la captaron, ardiendo como las ruinas de un viejo castillo. —Pero ser parte de la Guardia del Emperador significa más para mí que cualquier otra cosa. Por favor. Por favor, Esther...

No podía creer lo que iba a decir. Ella suspiró y asintió. —Bueno. De acuerdo. Seguiremos casados.

—Bien. Gracias. —Le besó la mejilla. —Así que, si alguna vez te sientes como si ya no quisieras ser virgen...

—¡Fuera! —Señaló a la puerta, mirándole fijamente.

Capítulo CUATRO

Bryant

Todo estaba bien. Nadie sabía de su vergonzoso lapsus de juicio con Esther hasta donde sabía. No había razón para creer que descubrirían otra cosa. Ella parecía tan interesada como él en mantenerlo en secreto por ahora, así que esto iba a estar bien.

Sin embargo, regularmente salían a la luz más recuerdos de esa noche. Todos los besos, lo suave y acogedor que se había sentido bajo su cuerpo, sus piernas envueltas alrededor de su cintura, mientras él la presionaba a través de sus ropas. La abrumadora sensación de que tenía que tenerla en su vida. Era tan fuerte como cuando conoció a Shaya, su compañera, su único amor verdadero. La intensidad, la necesidad ardiente.

Fue lo que le impidió hacer el amor con ella. Bueno, eso y porque ambos estaban tan borrachos que sabía que se arrepentirían por la mañana. Y esa necesidad que le había hecho sentirse atado a ella había desaparecido a la primera luz del día. Eso no significaba que Esther estuviera lejos de sus pensamientos.

Y así, cuando se encontró de pie frente a la puerta de la guardería cuando ella y Dominique estaban hablando, no pudo evitar inclinarse ansiosamente hacia adelante para escuchar.

—Estoy empezando a pensar que mi energía sería mejor si me uniera a una excavación que ya había sido aprobada para recibir fondos —dijo Esther. —Quiero decir, me encantaría mi propia excavación, pero podría estar presionando demasiado.

¿Cavar? Espera, Esther era arqueóloga, ¿no? Bryant asintió a sí mismo. *Correcto.*

Ella le había contado acerca de sus intentos de encontrar fondos para su excavación durante su 'cita'. Se le ocurrió que tal vez ella tenía novio, o al menos alguien con quien estaba considerando seriamente salir. No es que él creyera que ella tendría uno, no cuando algo como mantener su virginidad para el hombre correcto era tan importante para ella. Ella no tendría ese tipo de racha de trampas en ella.

Sin embargo, se inclinó hacia adelante, como si de repente empezaran a hablar de sus potenciales intereses amorosos.

—No lo descartes todavía —advirtió Dominique. —Ni siquiera has hablado con ese inversor potencial del que te hablé.

—Eso es verdad.

Se escuchaban pasos que venían de abajo del pasillo y Bryant se alejó apresuradamente de la puerta. Dobló la esquina, fingiendo que había estado revisando el pasillo. Para su sorpresa y disgusto, casi se tropieza con Virdi. La expresión del otro dragón era de preocupación, pero agitó la cabeza y se concentró en Bryant cuando ambos se detuvieron.

—Apagaste tu radio.

Bryant se lo arrebató de su cinturón. Estaba encendido, pero el volumen bajo dejándolo inútil. Puso una mueca y lo volvió a subir. En serio, necesitaba aclarar su cabeza. Algo como eso podría meterlo en un montón de problemas si algo hubiera sucedido y él fuera incapaz de responder a ello. Totalmente poco profesional.

Virdi le miró severamente, y luego se encogió de hombros. —Esperamos que Shane Freeman

llegue pronto.

—¿Shane?

—¿Lo conoces?

—Sí. Quiero decir, nos conocimos. Fui a un mitin que tenía sobre dragones para que se les permitiera unirse a los ejércitos de sus países.

Bryant se quedó callado por un momento, pensando en lo que sabía de Shane Freeman. Era rico. Rico como a nivel multimillonario. Ex-marino, habiendo sido expulsado cuando descubrieron que era un dragón shifter. Era casi universal que a los dragones no se les permitiera servir en el ejército. El mismo Bryant había considerado mentir sobre su identidad y unirse cuando era joven, antes de conocer a Shaya. Pero ocultar esa parte de sí mismo nunca habría funcionado.

—Bien. —Viridi lo sacó de sus pensamientos. —No quiero que lo revises. Ya lo he investigado a fondo y...

—¿Investigado? —Bryant agitó la cabeza. —Siendo tú un macho apareado.

Viridi le miró con ira.

Bryant agachó la cabeza, aunque sus fuegos parpadeaban ante la muestra de sumisión.

—Y es digno de confianza —continuó Viridi. —Ha estado suministrándonos fondos a Dominique y a mí para poder apoyar a la Guardia, y no voy a arriesgarme a perder su apoyo. Así que, quiero que seas muy generoso y educado con él.

Bryant resistió el impulso de hacer otra insinuación sexual. En vez de eso, asintió, forzándose a ser serio. Era lo que el trabajo garantizaba, después de todo. —¿A qué viene?

—Dos razones. Una es ver cómo se gastan sus donaciones y hablar de algunas propuestas de negocios. La segunda es que va a hablar con Esther. —Viridi hizo un gesto a Bryant para que lo siguiera y bajó las escaleras.

Bryant lo siguió, sus llamas rugiendo en su vientre. *¿Qué quería ese rico dragón CEO con su esposa? Una esposa de la que nadie puede saber. Así que, ni siquiera es un matrimonio real. Quiero decir, tener sexo está completamente fuera de discusión.*

—¿Se va a unir Esther a la guardia, entonces? —Bryant luchó para mantener su voz neutra.

Viridi no debió haber captado la tensión subyacente porque puso los ojos en blanco y agitó la cabeza. —¿Qué pasa contigo y los chistes de hoy? Estas como un zombi.

Bryant frunció el ceño y se encogió de hombros. —Tal vez estoy empezando a relajarme.

—Bueno, no lo hagas. Es espeluznante. —Viridi le dio una palmada en la espalda para demostrar que era sólo una broma. —Shane podría estar financiando su excavación. Y si Esther consigue su excavación, entonces puedes apostar que la visitaremos en algún momento.

Bryant no respondió. Él y Viridi comprobaron las cámaras de seguridad, pero su mente estaba muy lejos. Un ex-militar multimillonario como ese... a las chicas les gustaban los hombres con uniforme y Shane probablemente guardaba el suyo para sus sexcapadas. Le echaría un vistazo a Esther y la querría. Probablemente flirtearía con ella, le molestaría, y cuando se sonroje y se ponga nerviosa, se abalanzaría sobre ella. La sacaría a pasear, la emborracharía y...

Ya odiaba al tipo.

Cuando Shane Freeman apareció, toda su musculatura con la mandíbula cincelada y los rasgos escabrosos, hicieron que Bryant casi deseara que le gustaran los chicos, era cualquier cosa menos encantador.

—Necesitaré ver una identificación —gruñó al otro dragón.

Shane se sobresaltó, claramente confundido, pero le entregó una tarjeta de identificación. —Viridi me dijo que te habían dicho que me esperarás.

—Me dijeron que esperara a Shane Freeman. No tengo más pruebas que tu palabra de que eres él. —Bryant hizo el ademán de mirar la tarjeta, pero estaba claro que era legítima. Reconoció a Shane en el momento en que bajó del coche. —No se puede ser demasiado cuidadoso con la seguridad del emperador.

—Me alegro de que el dinero que estoy donando para mantenerlo a salvo no se esté desperdiciando.

Bryant devolvió la identificación a regañadientes. —Así que, Viridi quería que te mostraran los alrededores. Puedo conseguir...

—En realidad —interrumpió Shane—, preferiría reunirme con Esther Doran primero. Quitar ese asunto del camino, para que no tenga que poner un límite de tiempo en la revisión de los gastos. Lo entiendes, ¿verdad?

Sus fuegos rugieron y Bryant los obligó a calmar. ¿Qué diablos le pasaba? Yendo por ahí y prácticamente buscando pelea con un ex- militar dragón que estaba fornido como La Roca. Shane estaba pagando sus cuentas e iba a hablar con Esther para financiar una excavación. No había nada sexual o parecido. Y aunque lo hubiera, sólo estaba casado con Esther por una estúpida decisión que tomó cuando estaba borracho. Esther no era suya.

Hablando de Esther...

—Hola. —Cruzó la habitación, Dominique y el pequeño Trueno cerca. —Soy Esther Doran. Y tú eres Shane Freeman. Debo admitir que eres mucho más grande de lo que esperaba.

Shane le sonrió. ¿Era la imaginación de Bryant o había una chispa de interés en ellos? —Esther. Encantado de conocerte.

Se dieron la mano y Bryant se obligó a dar un paso atrás. No era asunto suyo si Esther miraba al otro dragón como si fuera una gran barra de chocolate y ella no hubiera comido dulces en cinco meses. No era asunto suyo si Shane la miraba como si nunca hubiera visto a una mujer. No es que hubiera mujeres como Esther. Todas esas curvas, sus grandes senos, su piel suave y caliente.

—Pueden hablar en el estudio. Está al final del pasillo y a la izquierda —dijo Dominique, señalando. Ella movía al bebé en sus brazos.

Bryant se tomó un momento para sonreírle al pequeño emperador. Era tan pequeño, parecía tan frágil, y ya tenía tanto peso sobre él. No podría estar más de acuerdo con la decisión de sus padres de mantenerlo protegido de su responsabilidad.

Su atención se dirigió hacia Esther y Shane mientras se alejaban. Dominique tampoco se quedó más tiempo, ya que el olor a pañal sucio se esparcía en el aire.

Bryant revisó su reloj. Este horario era el más difícil. Si estuviera en algún otro, estaría patrullando el área o vigilando una de las casas vecinas. Pero cuando estaba en la casa del emperador, todo lo que podía hacer era pasar el rato y actuar si algo malo sucedía. Era muy frustrante, pero así era la vida...

Sin embargo, también significaba que podía seguir a Esther y holgazanear fuera de la puerta del estudio, escuchando la discusión en su interior. Sus fuegos destellaban mientras la culpa le rodeaba el estómago, pero apartó a un lado los sentimientos. Su trabajo era asegurarse de que todos en esta casa estuvieran a salvo, y eso incluía proteger a Esther de la posibilidad de que Shane Freeman se aprovechara de ella. Al menos, mientras ella estaba en la casa. Como era su trabajo proteger a todos en la casa.

—Así que, quieres investigar sitios submarinos a lo largo de la costa oeste de América Central, ¿correcto? —preguntó Shane.

—Sí. Creo que hay mucha información sobre la sociedad maya preclásica que ha sido oculta

por el aumento del nivel del mar. —Una pausa. —¿Cuánto sabe usted sobre los mayas, Sr. ¿Freeman?

—No mucho en absoluto. Y por favor, es Shane. Sin embargo, conozco el agua. Fui un SEAL en la marina. Lo sé, es extraño. Un SEAL de dragón. Fuego y agua. —Su tono había tomado decididamente algunos rasgos de coqueto. —Sin embargo, vi un montón de cosas increíbles en el agua. Es algo que siempre me ha gustado. Hice un poco de buceo en Belice, también. Hubo una vez, juro que vi un templo maya.

Hubo un ligero crujido de una silla. —¿En serio?

La voz de Esther estaba emocionada. Podía imaginarse sus ojos iluminados, la forma en que ella se inclinaba ligeramente hacia adelante en su silla. Hizo que su estómago se agitara y sus fuegos destellaran, deseando que ella lo mirara con esa excitación en sus ojos.

De repente se dio la vuelta y se alejó. Esto no era asunto suyo y él no iba a empezar a acosarla porque ella tuvo la desgracia de casarse con él mientras estaba ebria. Asintió con la cabeza, forzando a sus pies a seguir moviéndose. El hecho de que se hubieran casado no significaba que hubiera ningún vínculo entre ellos. Fue un simple error. Eso es todo lo que fue. Y todo lo que sería. Sólo tenía estos sentimientos porque estaban casados, y anhelaba los momentos en que habían sido él y Shaya....

Shaya. ¿Qué pensaría ella si pudiera verlo ahora? ¿Anhelando a una mujer a la que apenas conocía? Tenía calambres en el estómago y caminaba más rápido. Los dragones sólo tenían un compañero en su vida y él ya había encontrado la suya.

La encontró. Y la perdió. Y no había nada ni nadie que pudiera reemplazarla.

Capítulo CINCO

Esther

La excavación estaba aprobada.

Esther bebió un sorbo de su taza de café y luego tuvo que esperar un par de segundos mientras sus gafas se desempañaban. Con todo lo que estaba yendo bien en su vida, debería haber sido fácil empujar su mal pensado matrimonio con Bryant a la parte posterior de su mente. Desafortunadamente, ese no era el caso. Él consumía sus pensamientos mientras ella se sentaba en el restaurante del hotel, intentando concentrarse en los currículums que había recibido de individuos que esperaban co-liderar la excavación.

—¡Oh, gracias a Dios!

Esther saltó al escuchar una voz. Levantó la vista para ver a una mujer radiante que venía directamente hacia ella arrastrando una maleta. Se dejó caer en la silla frente a Esther y su sonrisa se hizo aún más brillante, si era posible.

—Estaba tan preocupada de haberme atrasado a nuestra cita —continuó la mujer. —Mi vuelo se retrasó y mi celular se quedó sin batería. Es una locura cómo todo sale mal a la vez, ¿eh? Supongo que es la ley de Murphey.

Esther forzó una sonrisa en su cara mientras miraba a la mujer, tratando de averiguar quién diablos era. —Lo siento, ¿te conozco?

La sonrisa de la mujer vaciló. —Soy Kayla Tucker. ¿La estudiante graduada que aceptaste en tu equipo directivo? Te llamé hace un par de días y me dijiste que viniera enseguida.

—Oh. Kayla. —El nombre no significaba nada para ella. Ella puso una mueca de dolor y agitó la cabeza. —¿Tuvimos nuestra conversación el viernes por la noche?

—Um... sí.

Esther se quedó sin aliento. —Si vas a ser arqueólogo, hay algo que necesitas saber sobre arqueología y bebida. Lo siento, estaba muy borracha el viernes y no recuerdo tu llamada. Ni siquiera tenía una excavación el viernes. Acabo de conseguir la financiación que necesitaba hace un par de días.

Kayla se encogió de hombros. —Bueno. Mejor Jack que Lucy, ¿verdad? ¿Quieres que repasemos mis calificaciones contigo otra vez?

—Eso sería maravilloso. —Esther se relajó un poco. —Te prometo que normalmente no bebo tanto. Me habían rechazado y había un chico guapo...

—No digas más. —Kayla se rió. —Esos chicos lindos. Lo arruinan todo, ¿no? Justo cuando piensas que tienes todo bajo control, ellos se acercan y te dan una patada en la cara. Quiero decir... metafóricamente. Cualquier tipo que te patee de verdad... —Ella agitó la cabeza y se rió. —Entiendes lo que quiero decir. Entonces, ¿quieres hablar de la excavación o de este chico guapo? ¿Le gustan los tríos?

Esther la miró fijamente.

La cara de Kayla se volvió escarlata. —¡No estaba preguntando! Quiero decir, no estaba preguntando para mí. No estaba... no me gustan los tríos.

—De acuerdo. Creo que nos estamos desviando un poco. —Esther levantó la mano y agitó la

cabeza. —¿Por qué no me hablas un poco de ti?

—En realidad, ¿puedes hablar tú? Estaré aquí intentando que el suelo me trague.

Esther tuvo que reírse de eso. Puede que sea un poco rara en un primer contacto, pero Kayla parecía ser divertida para pasar el rato. —Bueno, esta excavación es un trabajo preliminar. En última instancia, vamos a hacer arqueología en aguas profundas. Para esta primera excavación, buscaremos en algunos sitios costeros para determinar cuándo fueron ocupados y cuándo fueron abandonados.

Kayla asintió.

—Nuestro patrocinador participará en la excavación. Está muy interesado en ello y...

—¿Fue él quien te emborrachó?

Esther se detuvo un momento. Bueno. Ella supuso que no había nada malo en responder a eso. —No.

—¿Es guapo?

La imagen de Shane, con su cuerpo musculoso y su aspecto robusto, inundó su mente. Era guapo. Bryant, sin embargo... Si Shane era una estatua de Miguel Ángel, entonces Bryant era un dios. No había comparación entre ellos dos.

—Ese no es el punto. —Esther se ajustó las gafas. —¿Por qué decidiste que querías ser parte del programa?

Kayla se inclinó hacia delante, mirando aún más emocionada ahora que cuando hablaba de los hombres. —Siempre ha sido mi sueño ser arqueóloga. Desde que tenía cinco años estaba cavando en el patio trasero tratando de encontrar artefactos antiguos. ¿Qué hay de ti?

—Bueno, siempre supe que quería trabajar en una rama de la antropología. No fue hasta que estaba en la universidad que me di cuenta de que mi pasión era la arqueología. —Esther sonrió mientras consideraba su carrera. —Hay tanto sobre la historia de la humanidad que no sabemos.

Kayla asintió. —O eso es completamente ignorado porque no encaja en la corriente... Bueno, no entremos en eso, podría asustarte más de lo que ya lo he hecho. Te prometo que normalmente no estoy tan chiflada. Es el vuelo y no he dormido y ya sabes. Es como emborracharse... sólo que... empecé sin saber dónde iba a terminar.

Esther no pudo evitar reírse a carcajadas. Esta chica era muy rara. Pero de una manera extraña, Esther se sintió atraída hacia ella más por su rareza de lo que lo habría estado si Kayla fuera “normal. —Tenía que haber una razón por la que había accedido a que se uniera a un programa que ni siquiera existía cuando estaba borracha.

—Bueno, creo que es todo lo que necesito saber. Eres bienvenida a inscribirte, Kayla. Sólo envíame tu currículum y veremos si hay un lugar en mi personal de administración para ti.

Kayla chillaba. Ella aplaudió y asintió. —No te defraudaré. Te lo prometo. Soy organizada y me llevo muy bien con la gente y...

Bryant cruzó el salón detrás de Kayla. Los ojos de Esther lo miraron fijamente, todo lo demás se cortó instantáneamente como si de repente se hubiera quedado sorda. Su boca se llenó de saliva mientras él se giraba un poco, dándole una buena mirada al firme trasero en sus apretados vaqueros. Caminaba con poder y gracia al mismo tiempo. Como el jefe de un clan guerrero al que le habían enseñado a bailar. No era del todo correcto, pero era la única comparación que se le ocurrió a Esther en ese momento.

Ni siquiera miró alrededor del restaurante mientras iba al bar. Y se sentó al lado de una rubia delgada cuya figura perfecta tenía que venir de un corsé o algo así. Una oleada de celos subió por la columna vertebral de Esther y se sacudió. En algún lugar de la visión de túnel, se dio cuenta de

que Kayla había dejado de hablar y aunque intentó volver a pensar en la estudiante, no pudo.

Bryant besó a la chica en la mejilla y se dirigieron a la puerta. Esther se puso de pie. ¿Eso fue todo? ¿Acaba de llegar y decidió llevar a esa chica a su habitación? Ni siquiera se había molestado en comprobar si ella estaba allí. No sólo eso, ¡sino que estaba *casado*! Si quería ir por ahí acostándose con otras chicas, más poder para él, pero *no* cuando era *su* marido. ¡No cuando *él* fue el que se negó a conseguir una anulación!

—Oh... es él, ¿no? —La voz de Kayla era suave.

Cuando Esther la miró, vio que Kayla estaba observando a Bryant y a la chica misteriosa también. El calor se le subió a la cara, avergonzada de que reaccionara así. No había nada entre ella y Bryant, nada real al menos.

Estaban casi en el ascensor.

—Tengo que irme —dijo ella, ya corriendo hacia la pareja. Sus manos temblaban mientras su visión se dirigía de nuevo hacia Bryant. Sus fosas nasales se abrieron y una sensación de calor recorrió su pecho. ¿Cómo se atreve?

Se las arregló para lanzarse en el ascensor justo a tiempo. Bryant la miró sorprendido, pero ella habló antes de que él pudiera decir algo que la hiciera cambiar de opinión.

—¡Gracias a Dios que te alcancé! —prácticamente gritó las palabras. —Tengo el chequeo de ETS de mi médico y tenemos que hablar.

No.

¡No, no, no, *no, no, no, no, no, no, no, no, no, no!*

Ella no acababa de decir eso.

Bryant y la mujer la miraron fijamente, ambos con bocas abiertas. La mujer miró a Bryant por el raballo del ojo y se alejó un poco, lo que Esther tomó como una pequeña victoria. Ella apretó sus manos y trató desesperadamente de saber qué debía decir a continuación. ¿Empezar a reír e intentar pasarlo como una broma? ¿Empezar a hablarle a la chica sobre sexo e intentar asustarla un poco más?

—¿Te gustan los tríos? —Escupió Esther.

La cara de la mujer se puso roja.

Bryant aclaró su garganta. —Esther, tienes que dejar de hablar ahora.

Realmente debía hacerlo. Pero el ascensor se detuvo y ella volvió a abrir la boca.

—Mi llave —dijo Bryant, presionando una tarjeta en la mano de la mujer. —Esther y yo vamos a tener que hablar.

La mujer se escabulló, dejándolos solos. Las manos de Esther enloquecieron. Entonces, había ido y se había humillado, ¿y para qué? Todavía iba a acostarse con ella. Mejor se hubiera quedado con Kayla. Al menos entonces no tendría ganas de cavar un agujero gigante y enterrarse.

Miraban hacia arriba.

—¿Qué estás tomando? —Preguntó Bryant.

Esther saltó. La culpa le apretó el estómago, pero lo apartó. —Si no me vas a dejar presentar una anulación, entonces me vas a ser fiel. No tendré un marido que ande por ahí con otras mujeres.

Bryant lanzó sus manos al aire. —No es que estemos realmente casados.

—Nuestro certificado de matrimonio dice lo contrario —respondió Esther. —Y si no estamos realmente casados entonces podemos conseguir la anulación y puedes volver a follarte a rubias con tetas alegres.

Bryant la miró fijamente durante un largo momento. Abrió la boca, luego pareció pensar mejor en lo que iba a decir y la volvió a cerrar. Después de un momento agitó la cabeza. —No espero

que seas fiel con esta farsa de matrimonio...

—Sí, quiero. —Esther aspiró profundamente. —Mira. Me voy pronto a una excavación y necesito saber dónde estamos el uno con el otro. O tenemos que estar casados en acción y legalidad o tenemos que anularlo. No sé qué te pasa por la cabeza, pero no voy a engañarte.

Abrió la boca.

Se apresuró a continuar. —Y si no es engañarte a ti, entonces sería engañar a cualquier chico con el que esté saliendo. ¿Dijiste que no eres de los que se casan? Yo sí. Algún día encontraré al hombre adecuado para mí y me casaré con él. Así que, esto va a salir de una forma u otra. Si lo anulamos silenciosamente, entonces eso es todo.

Bryant rechinó los dientes. A Esther no le importaba. No podía exigirle que siguieran casados y luego actuar como si no lo estuvieran. No iba a funcionar para ella. Se cruzó de brazos, le miró a los ojos y esperó.

Capítulo SEIS

Bryant

Hizo falta mucho autocontrol para no decir nada más en el ascensor. Sus dedos tamborileaban en la pequeña barandilla que rodeaba la habitación. Las palabras le llegaban a los labios, pero estaba decidido a no decir nada hasta que tengan privacidad. A pesar de su grosería, él no quería avergonzarla más de lo que ella ya se había avergonzado a sí misma. No era una tarea fácil cuando estaba furioso por dentro.

¿Cómo se atreve?

Cómo se atreve a ir corriendo tras de él y empezar a balbucear sobre las enfermedades de transmisión sexual cuando un simple “tenemos que hablar” lo habría aclarado todo. ¿Qué estará pensando Camille de él ahora mismo? La hermana de Shaya era como una hermanita para él. Claramente, Esther pensó que había estado planeando tener una noche de pasión.

Parte de él quería levantar el puño y gritar aleluya. Estaba claro que ella estaba celosa y eso no debería hacerle sentir tan feliz como estaba.

Todo lo demás que había hecho Esther, sin embargo, era combatir esa felicidad inoportuna con la furia hirviente que sabía que debía sentir. Cómo se atreve a suponer que él es solo un imbécil que persigue faldas para traicionar a su esposa, por mucho que el matrimonio no fuera real. ¿Le creería si le dijera quién es Camille? No, él decidió. Ella ya había tomado una decisión y no quería cambiarla. Y como él le había dicho, no estaban realmente casados. Legalmente, claro, pero eso no era vinculante en el sentido que importaba. Sólo palabras en un pedazo de papel. Nada sobre sentimientos reales.

La llevó a la terraza y se volvió hacia ella. Su corazón se estremeció cuando vio lágrimas brillando en su cara. ¿Estaba tan herida por lo que creía que él había estado haciendo? La cogió, casi inconsciente de su movimiento, queriendo aliviar su dolor.

Ella dio un paso atrás y le miró fijamente. —¿Y bien?

—Bien... ¿qué?

Eso fue un error. Sus ojos se endurecieron. —Bueno, ¿vas a darme mi anulación?

No quiero anularlo. —Nuestra relación es complicada...

—No. Realmente no lo es.

—Sí, lo es.

Esther le frunció el ceño mientras se le deslizaban las gafas por la nariz. Aparentemente, necesitaba unas nuevas que le quedaran bien. —Exactamente cómo es complicada, aparte de tu motivo de no buscar una anulación que, por cierto, todavía no tiene sentido para mí.

Se acercó un poco más. —Es complicado porque quieras o no admitirlo, había una razón por la que te casaste conmigo esa noche. Me quieres a mí. Quieres que mis manos estén en lugares que ningún hombre ha tocado jamás, y quieres que el sabor de mí en tus labios y que los suaves sonidos de tus gemidos llenen mis oídos mientras me vuelvo hacia ti. Y tu grito de placer mientras tomo tu virginidad.

Ella le miró fijamente. Un sonrojo rojo subió por su cuello para manchar sus mejillas mientras lo miraba fijamente como si nunca hubiera estado tan conmocionada -y excitada- en su vida.

Bryant casi se disculpó. No quería ser tan directo. En realidad, acababa de nombrar lo que quería de ella. Pero la mirada en su cara y el débil aroma de excitación que se movía hacia él era demasiado. La agarró por la cintura y aplastó sus labios contra los de ella.

Por una fracción de segundo ella se fundió en su abrazo. Luego se puso rígida y se alejó bruscamente. Mientras abría la boca para disculparse, la mano de ella le atravesó la cara.

—¡Oh! —Esther se tapó la boca con ambas manos. Luego las dejó caer y le señaló con una acusación. —N-no! No puedes agarrarme así. No me importa qué clase de juego enfermizo creas que es esto, ¡pero no estoy jugando!

Bryant se frotó la cara. —Me golpeaste.

—Defendiéndome de un beso no deseado.

—Tú lo querías.

Esther puso distancia entre ellos. —¿Te das cuenta que eso te hace sonar como a un violador?

Bryant abrió la boca para decirle que ella lo había querido y que podía oler su excitación, pero se detuvo. Ella tenía razón. Claramente había una división mente/cuerpo en ella y él no tenía derecho a agarrarla de esa manera. —Lo siento.

Esther saltó y miró hacia otro lado. —No te quiero. Bueno, tal vez sí, pero mis hormonas no me controlan. No voy a tirar algo tan precioso en un tipo como tú. Tíralas y déjalas. Sólo me miras como un desafío, ¿no?

Bryant agitó la cabeza.

—Es así. Los dragones sólo tienen un compañero y la tuya murió, así que no hay forma de que quieras nada permanente conmigo.

Bryant se puso tenso. Sus llamas quemaron su vientre mientras ardían más alto, tanto por la acusación como por el recordatorio. No estaba tan seguro de por qué estos sentimientos seguían apiñándose en su cuerpo, pero una cosa era segura. Esto tenía que terminar. Fuera lo que fuera, no era algo con lo que iba a continuar. Su oportunidad de amar de verdad había muerto y no iba a dejar que lo absorbieran en un reemplazo superficial y vacío.

—Tenía a mi pareja —dijo Bryant. Su voz era baja y furiosa. —La tuve, y la amé, y pensé que iba a estar conmigo por el resto de mi vida. Cada vez que estoy con una mujer, veo su cara. Finjo que son ella y por un momento no siento como si me hubieran arrancado el corazón. Pero entonces el momento se va y ella también.

Los ojos de Esther se abrieron de par en par.

Había dicho demasiado. Reveló demasiado de sí mismo. —Y no eres más que una virgen que niega lo que quieres porque tú, ¿qué, crees que el sexo es especial? —¿Piensas que tener más de una pareja lo hace menos agradable? Dame una chica experimentada cualquier día de la semana en vez una virgen nerviosa y tensa.

Su cara volvió a oscurecerse. Sus manos apretaban y ella agitaba la cabeza. —¿Crees que eres el primero en insultarme por lo que decido hacer con mi propio cuerpo? Tu dolor no te da una excusa para ser un completo imbécil con todos los demás. ¿Qué si creo que el sexo es especial? Creo que puede serlo. Creo que un vínculo emocional es mucho más importante que cualquier otra cosa, y lo tendré cuando me case. Sabré que es real y no sólo un tipo tratando de meterme en la cama. Como tú, queriendo fingir que soy otra persona.

Sólo que no era así. No quería fingir que ella era Shaya, quería mirarla a sus hermosos ojos oscuros mientras le hacía el amor, quería susurrar su nombre una y otra vez y estar con ella. Y eso lo asustó tanto más que cualquier otra cosa.

—Lo que sea —dijo bruscamente. —Hemos terminado de hablar.

La puerta de la terraza se abrió. Una mujer curvilínea y de cuerpo fuerte llenó en el espacio que había entre ellos y levantó un frasco de spray contra osos, apuntando hacia Bryant. Retrocedió un paso. Podría ser un dragón con una buena tolerancia al calor, pero eso no significaba que quisiera un chorro de esa cosa en su cara.

—¡Atrás! —Gritó la mujer. —¡No puedes ir por ahí amenazando a la gente así!

—No me está amenazando, Kayla. —Esther gritó y la obligó a bajar el brazo. —Él y yo estábamos hablando. ¿Y qué haces apuntando a la gente con spray para osos? Sabes que eso es ilegal, ¿verdad?

Kayla puso una mueca. —No es ilegal si realmente te estaba amenazando.

—Puedo manejar esto por mi cuenta. Sólo... vuelve abajo y yo bajaré en un momento.

Kayla se dirigió hacia la puerta, y luego dudó. —Tal vez ambos deberían venir y hablar en público.

Bryant puso los ojos en blanco. ¿Qué pensó que iba a hacer, arrojar a Esther desde el costado del edificio? Quería que ella se metiera en sus asuntos, pero la verdad es que habían terminado de hablar. No había nada más que decir. No podía darle a Esther su anulación y ella no entendía por qué. Cualquier otra discusión terminaría en una pelea más grande.

—Tengo que irme —dijo, dirigiéndose a la puerta. —Hablares más tarde, Esther.

—No, puedes hablar conmigo ahora. Y Kayla, ¡vuelve abajo!

Antes de que cualquiera de ellos pudiera decir algo más, hubo un torrente de alas. Un dragón saltó sobre el borde del edificio. Se transformó en medio del vuelo y aterrizó suavemente en el edificio. Se quitó el pelo negro de los ojos y sonrió a Bryant.

—Mierda. Dunn. —Bryant se puso en pie, mirando fijamente a su rival.

Las dos mujeres hicieron ruidos de asfixia. Kayla estalló. —¡Ponte algo de ropa!

Los dragones la ignoraron mientras empezaban a rodearse. La última vez que se encontraron, Dunn casi le arrancó una de sus alas. No iba a dejar que le cogieran con la guardia baja otra vez. Dunn le sonrió, como si fuesen viejos amigos en vez de grandes enemigos. Las llamas de Bryant se elevaron más, anhelando ser liberadas en la cara de este hijo de la pata trasera de un chacal.

—Estuve en el juzgado de paz el otro día —dijo Dunn. —¿Adivina lo que vi? Fue la cosa más disparatada. Estabas tú y estaba ella. —Señaló con su barbilla a Esther. —Ella estaba vestida de blanco y ustedes se besaban. Una pareja tan linda... y luego pensé, hmmm... esto podría ser divertido. Dejé que se cocinara un par de días pero no te he visto volver para anular tu matrimonio... ¿la amas, Chandler? ¿Qué pensaría Shaya? Oh, bueno... tal vez seas capaz de proteger a esta.

Eso fue todo. A Bryant no le importaba qué tipo de complot tenía o qué estaba haciendo aquí. Sólo quería arrancarle esa sonrisa engreída de la cara y quemar a Dunn hasta los cimientos. Se lanzó hacia delante con un aullido. Nunca iba a ponerle las manos encima a Esther, nunca iba a lastimar a otra persona que Bryant am-

El aroma de pimientos picantes y aceite estalló en el aire mientras Dunn esquivaba a su izquierda, atacando a las mujeres. Un chorro de rocío le golpeó en los ojos y se giró hacia atrás, aullando de dolor. Bryant clavó un puño en el estómago del otro dragón, pero incluso ese breve momento fue suficiente para que volviera a tener su mente en su sitio correcto.

Dunn era un dragón más fuerte que él. No tenía sentido argumentar ese hecho. Y si luchaban, en este espacio limitado, las posibilidades de que una de las mujeres resultara herida eran demasiado altas. Bryant se transformó y agarró a las dos mujeres. Las sostuvo cerca de su pecho mientras saltaba desde la azotea.

Fue sólo después de que se dio cuenta de que Kayla gritaba que estaban siendo secuestradas que se dio cuenta de que había cometido otro error.

Demasiado tarde, pensó sombríamente. Su carrera había terminado, Dunn se encargaría de eso. Entonces, ¿qué hacer mientras tanto? Agarró más fuerte a las mujeres y se fue volando.

Capítulo SIETE

Esther

De acuerdo. No las secuestró. Estaba actuando en defensa contra ese otro dragón. Robert Dunn. Con el que dijo que tenía una rivalidad. Dunn había insinuado que la compañera de Bryant había muerto a causa de algo que él hizo... o no hizo....

Esther tropezó cuando Bryant la dejó a ella y a Kayla en el suelo. Sus pies estaban helados y su cabeza daba vueltas. El vuelo rápido o la altitud no habían sido amables con ella. Se hundió en el suelo, poniendo la cabeza entre las rodillas mientras luchaba contra las náuseas que se arremolinaban en ella. A su lado, Kayla se apoyó en sus manos y rodillas, jadeando.

—¿Estás bien? —Bryant se inclinó sobre ellos. —Volar puede ser difícil y...

—¡Nos secuestraste! —La voz de Kayla era un grito. —¡Acabas de *secuestrarnos*!

Esther se las arregló para enderezarse de nuevo. —Él no nos secuestró. Oíste al otro dragón, estaba haciendo todo tipo de amenazas contra nosotros.

—No, no lo hizo.

—Iba a atacarnos de todos modos.

Kayla se puso en pie. —Estaba deprimido. Lo que vi fue a un tipo atacándolo y luego me robaste mi spray para osos y... ¿dónde está? Lo perdiste, ¿verdad? ¡No te atrevas a acercarte a nosotros! —Ella miró con ira a Bryant, aunque él no se había movido. —No. No, esto es inaceptable. Vas a llevarnos de vuelta a la ciudad de inmediato. No dejarnos... donde sea que estemos.

Esa era una buena pregunta. ¿Dónde estaban? Esther miró a su alrededor. Estaban en un prado cubierto de hierba con árboles que los rodeaban. Agitó la cabeza y se volvió hacia Kayla. —Oye, no podemos enloquecer aquí. Bryant no va a hacernos daño. No sabes quién era ese otro dragón.

—¿Y tú sí?

Esther dudó. —Sé que él y Bryant se odian. Ese no es el punto, el punto es que Bryant hizo lo que pensó que era mejor. ¿Verdad? —Bryant no contestó. No estaba ayudando. —Tomémonos un momento para respirar y luego discutamos esto. Sí.

—Um... —Kayla señaló, su cara palideciendo. —Creo que nos han seguido.

Tanto Bryant como Esther se giraron para ver la forma de un dragón acercándose hacia ellos. Su corazón saltó a su garganta mientras retrocedía. Bryant gruñó mientras corría varios metros y luego saltó al aire. La forma de su dragón se liberó de las restricciones humanas y su aliento se quedó atrapado en sus pulmones. Sus escamas eran de bronce, duras y brillantes. Púas corría por su columna vertebral y más salía de las articulaciones de sus extremidades. Era aterrador. Era hermoso.

El recién llegado, de un elegante color azul verdoso, esquivó a la derecha cuando Bryant se le acercó. Su espalda era lisa, pero su cola era extra larga y mientras se retorció en el aire, golpeó el pecho de Bryant, lanzándole hacia atrás. El dragón bronce se recuperó rápidamente y soltó una ráfaga de llamas verde-blancas sobre su atacante. Ambos dragones cayeron al suelo y chocaron entre sí. Salpicaduras de escamas rociaron en el aire.

Bryant cerró sus dientes alrededor del cuello del otro dragón, y soltó un gruñido y agarró su ala

con una mano con garras. Ambos aullaron cuando estallaron llamas en el aire.

Esther apretó las manos y se movía en su sitio, incapaz de respirar completamente. Entonces se dio cuenta. El dragón que se había convertido en Robert Dunn había sido un verde mar, similar a éste, pero con púas. En su espalda, en su cola, y los cuernos enroscándose de su cara. Este no tenía ninguna. No era Robert Dunn.

Los dragones continuaban luchando. La sangre corría por encima de sus escamas y ella corrió hacia delante, sin preocuparse por el peligro. —¡Para! —gritó. —¡Alto! ¡No es Robert Dunn! ¡Bryant! BRYANT!

Con un rugido, Bryant se arrancó de las garras del otro dragón. Se alejaron el uno del otro, humo saliendo de sus fosas nasales. Se gruñeron el uno al otro, y Kayla de repente corrió hacia ella. Esther parpadeó sorprendida, y entonces la otra mujer estaba entre los dos dragones. Ella les extendió las manos a los dos.

¿Qué estaba haciendo?

—¡Tienen que dejar de pelear! —gritó ella. —No sé qué diablos está pasando aquí, pero no habrá más peleas, ¿me entienden?

Ambos dragones la miraron con lo que solo podía ser descrito como expresiones en blanco. Esther corrió, agarró a Kayla y la arrastró hacia atrás. Estaba segura de que Bryant no volvería a atacar, pero no tenía ni idea de quién era el otro dragón ni de lo que quería.

Los dragones se miraron unos a otros durante un momento antes de que ambos asintiesen. Cambiaron de nuevo a sus formas humanas lentamente. Esther corrió al lado de Bryant para ver si estaba bien. Su argumento anterior estaba casi olvidado. ¿A quién le importaba el matrimonio y la anulación cuando estaba sangrando? Pasó una mano por su pelo mientras ella se acercaba. Jadeando, pero no se veía peor de lo que estaba, excepto por la sangre. Pero cuando llegó a él, vio que las heridas en su piel ya estaban empezando a formar costras.

—Shane Freeman. —Bryant agitó la cabeza. —Bueno, esto es inesperado.

Esther miró por encima de su hombro. *Era Shane.* —¿Qué estás haciendo aquí?

—Oí a esta joven aquí —apuntó con la cabeza a Kayla, que lo miraba como si nunca hubiera visto a un hombre—, gritando que la estaban secuestrando. No soy el tipo de hombre que deja pasar eso.

Bryant resopló, una bocanada de humo saliendo de sus fosas nasales. —Yo no las secuestré.

—Fuimos atacadas —agregó Esther rápidamente. —Al menos, fuimos un poco atacadas. Todo sucedió tan rápido...

—¿Atacadas? —La cara de Shane se retorció de preocupación y se adelantó. —¿Por enemigos del Emperador? ¿Trueno está a salvo?

Bryant hizo un ruido de estrangulamiento en su garganta. Miró a Kayla, que aún estaba asombrada. —Ella no lo sabía nada hasta que hablaste —le escupió a Shane. —¿Por qué no se lo decimos a todo el mundo? No es como si sus padres quisieran protegerlo o algo así. Pero ahora la humana lo sabe y no está autorizada y no puedo dejarla ir. Tengo que secuestrarla de verdad ahora. ¿Estás contento?

—Hey. —Esther puso ambas manos en el pecho de Bryant. —Detente. ¿De acuerdo? Todos estamos tensos y no felices ahora, pero necesitamos calmarnos y respirar, ¿de acuerdo? No más acusaciones y... lo que tenemos que hacer es ir a algún sitio donde podamos recuperarnos de volar y pelear y... de los desnudos...

Su pecho estaba desnudo. Al igual que el resto de él. Debe haber sido la adrenalina lo que hizo que su mirada bajara más, para ver lo que él tenía para ofrecer. El calor se encendió en sus

mejillas y otras partes de su cuerpo al ver su figura completa. *Oh. Mi. Dios.* Había visto hombres desnudos antes. Hubo una fase en la universidad en la que vio mucha porno, para ayudar a aliviar sus hormonas furiosas (no había funcionado) pero ella no había visto nada como él antes. Tuvo que dar un paso atrás para evitar que sus manos viajaran por sí solas.

—Um... sí. Tenemos que irnos. Y vestirnos.

Esther volteó sus ojos hacia el cielo, consciente del incómodo calor en su cuerpo. ¡Si Kayla y Shane no estuvieran allí, no sabría lo que haría!

—Tengo un lugar cerca —dijo Bryant. —Tengo ropa, comida y refugio mientras averiguamos qué hacer ahora.

Se transformó de nuevo y le extendió una mano con garras a Esther. Dudó un momento antes de abrazarlo. Shane le dijo algo a Kayla, y cuando él se transformó ella se subió a su espalda. Bryant despegó y voló a un ritmo suave y apacible. Gracias a Dios, porque Esther no estaba segura de poder manejar la velocidad vertiginosa por la que habían pasado antes.

Muy pronto aterrizaron de nuevo. El edificio se asemejaba a un castillo medieval inglés, lo que resultaba extraño teniendo en cuenta que se encontraban en los Estados Unidos. Tenía una sola torreta y era más pequeño que cualquier castillo que se hubiera imaginado antes, pero seguía siendo un escenario romántico. La hiedra crecía en sus muros y el bosque invasor se apretujaba a su alrededor. La piedra se estaba desmoronando en algunos lugares, pero parecía estar en buena forma.

Shane se detuvo junto a ellos y permitió que Kayla se quitara de encima antes de volver a transformarse. —Entonces, ¿qué es este lugar?

—Un viejo edificio familiar. —Bryant entró. —Vengo de una línea de príncipes de un clan que fue exterminado hace un par de cientos de años.

La mandíbula de Esther se cayó. —¿Eres un príncipe?

—No. El clan fue aniquilado. Mi tatarabuelo... o tátara-tatarabuelo, no sé... de todos modos, se peleó con su compañera y el clan se separó por eso. Los dos bandos lucharon hasta que sus hijos murieron, excepto uno, que se unió a un nuevo clan y renunció a sus tierras y títulos a cambio de vivir en paz.

Los llevó adentro y abrió un cofre de metal que contenía ropa. Tanto él como Shane se vistieron rápidamente y luego Bryant los miró con expresión perdida. Esther le tocó el brazo, tratando de darle un poco de consuelo. Si ella lo pensó, todo había terminado para él ahora. Robert Dunn iba a decirle a Viridi que Bryant estaba casado, lo que significaba que había perdido su puesto en la Guardia del Emperador. ¿Tenía algo más?

Dunn dijo que no protegió a su primera pareja. Shaya. ¿Qué quiso decir con eso?

—Correcto. Supongo, ¿alguien tiene un teléfono móvil? Debería llamar y advertirles...

Esther se tocó los bolsillos. —El mío debe haberse caído de mi bolsillo.

—Me quedé sin batería —dijo Kayla.

—De acuerdo. Por aquí.

Bryant se quedó callado mientras los guiaba por los pasillos de piedra. El interior del edificio estaba mejor cuidado que el exterior, pero parecía grande, vacío y frío. Como un castillo embrujado. Esther apartó esos pensamientos a un lado, sin querer asustarse.

Eventualmente, llegaron a una habitación que parecía una celda de calabozo. La puerta era sólo una reja de barrotes. Quienquiera que decorara tenía un terrible sentido del humor. Había un teléfono en la mesa al otro lado de la habitación y ella entró corriendo y lo agarró. No había tono de marcado.

La puerta se cerró de golpe.

Esther se giró para ver a Bryant retrocediendo, una expresión conflictiva en su cara. Shane gruñó y se tiró a la puerta, pero no se abrió. Fue entonces cuando se dio cuenta de que no había manija.

Esto *era* una celda de prisión.

—¿Qué estás haciendo? —Shane le gruñó a través de los barrotes.

—Esto es temporal —contestó Bryant. —Es sólo hasta que averigüe qué hacer ahora. Traeré mantas y cosas para que no tengan frío.

Ese no era el punto. Esther lo miró fijamente, su mano agarrando el teléfono al oído. Bryant desapareció cuando Shane le escupió maldiciones y Kayla empezó a llorar. Esther, sin embargo, no podía hacer que sintiera nada. Excepto una sensación de frío y dolor en la boca del estómago. ¿Qué estaba haciendo?

—Hey. —Shane envolvió con sus brazos a Kayla. —Está bien. Yo nos sacaré de aquí. Lo prometo.

Esther volvió a colgar el teléfono y se dirigió a la ventana de vidrio enrejada. Se alegró de que Shane estuviera allí para consolar a Kayla. Su propia mente seguía en blanco y no estaba segura si habría podido consolarla...

Sus ojos se cerraron. *Bryant, acabas de empeorar las cosas.*

Capítulo OCHO

Bryant

Sólo había empeorado las cosas. ¿En qué demonios estaba pensando?

En ese momento, encerrar a Shane, Kayla y Esther parecía la elección lógica. Enciérralos y quítalos del camino para que él pueda pensar. Para que pudiera ir a advertir a Virdi y Dominique sobre Dunn. Pero ahora que estaban encerrados y él tenía esa oportunidad, no se atrevía a irse. ¿Y si Dunn lo atacaba de nuevo en su camino? ¿Y si resultaba herido y no podía volver para liberarlos? Se morirían de hambre aquí.

Además, Dunn no había amenazado a Virdi, Dominique o a Trueno. Bryant ni siquiera estaba seguro de que Dunn supiera lo de Trueno. Toda la situación era un desastre, y su impulsividad no era apropiada para un miembro de la Guardia del Emperador.

Metió una porción de estofado en un tazón mientras agitaba la cabeza. Era el segundo día de su estupidez y había hecho un guiso espeso de carne, papas y zanahorias para sus prisioneros. Necesitaba un poco de sal, pero no estaba terrible. También había hecho un pastel de chocolate para servirles de postre. Era su manera de disculparse por mantenerlos prisioneros. Pero ahora que estaban encerrados, no podía simplemente liberarlos, ¿verdad?

Entonces, ¿qué demonios iba a hacer?

Tenía que hacer algo. Su carrera había terminado, sí, pero Dunn aún lo había atacado a él y a dos humanos. ¿O había sido Bryant el que atacó? ¿Había hecho Dunn algo que fuera realmente amenazante? Y luego estaba Kayla. No debería haberse enterado de lo de Trueno, pero lo hizo. No podían mantenerla prisionera para siempre, corrección, *él* no podía mantenerla prisionera para siempre. No podía mantener a ninguno de ellos prisionero.

¿Pero y si Shane estaba trabajando con Dunn de alguna manera? ¿Cómo lo encontró Dunn? ¿O enterarse de lo de Esther? Dijo que los había visto casarse, ¿pero qué hacía merodeando así? ¿Qué importaba para él si Bryant estaba casado, a menos que supiera lo de la Guardia del Emperador?

¿Y Esther alguna vez lo perdonaría por esto?

Bryant suspiró mientras colocaba los tazones en la bandeja y se aseguró de tener suficientes cubiertos para todos ellos. Luego puso el pastel en una esquina de la bandeja y se dirigió hacia el calabozo. ¿Qué iba a hacer con Esther? Estaban casados y ahora que iba a ser expulsado de la Guardia no importaba si eso salía a la luz o no. Así que, él podría darle la anulación que ella tan desesperadamente quería....

¿Por qué le dolía el corazón, entonces? No había razón para que él estuviera tan conectado con ella. Sus llamas saltaron un poco más alto y probó humo en su boca. Tal vez fue porque había estado tan solo durante tanto tiempo, y estaba cansado de todas estas mujeres a su lado, de las aventuras de una noche que estaban llenas de sexo vacío y nadie a quien aferrarse en las primeras horas de la mañana. Esther era diferente de las mujeres con las que normalmente estaba. No porque fuera virgen, sino porque exigía algo más de lo que él estaba acostumbrado a dar. En la boca del estómago, sabía que ella le devolvería esa misma devoción.

Y él quería eso. Él la quería a ella. Quería toda una vida...

Sin embargo, ya había tenido una compañera. Estos sentimientos eran una traición a la memoria de Shaya.

Bryant estaba tan envuelto en sus pensamientos que no se dio cuenta del olor a ceniza cuando dobló la esquina del calabozo donde estaban encerrados sus prisioneros. Una racha de fuego estalló hacia él y saltó a un lado, aplastando el pastel. La manga de su camisa se incendió y la frotó contra la pared hasta que se apagó y miró a Shane.

—¡Idiota! —gritó Esther desde detrás del otro dragón. —Él también es un dragón, el fuego no va a hacer nada y tú sólo vas a arruinar nuestra comida.

—No lo llares idiota —respondió Kayla. —Al menos está intentando algo.

Shane gruñó en su garganta mientras miraba a Bryant. Sólo por eso, se sintió tentado a tirar la comida, pero no iba a matar de hambre a las mujeres porque Shane era un idiota. —Estas celdas fueron construidas por dragones para contener dragones. Tal vez la próxima vez trata de no asar tu cena.

Se acercó de nuevo, esta vez con más cautela, y desafiando con su barbilla hacia Shane. —Vuelve a la celda. Las mujeres pueden llevarse la comida.

Shane gruñó de nuevo. —No sé qué crees que estás haciendo —dijo, y llamas y humo salieron de su boca. —Pero si crees que te vas a salir con la tuya, yo me escaparé, Chandler. Voy a salir de aquí y una vez que lo haga, voy a matarte.

Esther empujó delante de él. —No, no lo harás.

—¿En serio estás defendiendo al hombre que nos tiene prisioneros?

—Es un idiota y actuó como un verdadero tonto, pero en serio. ¿Matar a alguien sólo porque es estúpido?

Bryant no estaba seguro de que le gustara la forma en que ella lo defendía, pero le calentó el corazón que ella lo estuviera *defendiendo*. Detrás de ella y de Shane, Kayla empezó a avanzar, una expresión desgarrada en su cara. Puso una mano en el brazo de Shane y el gran dragón se relajó un poco. Permitió que Kayla lo empujara a la parte de atrás de la celda. Bryant se acercó para que pudieran agarrar la comida.

—¿Intentas sobornarnos con un pastel? —preguntó Esther en voz baja mientras tomaba un tazón de la bandeja.

Kayla empujó un pedazo de carne con su cuchara. —No puedo comer esto.

Bryant puso los ojos en blanco.

—Soy vegana. No como carne ni subproductos animales.

—¿Vegana?

Los labios de Kayla se tensaron y sus ojos brillaron. Claramente, se estaba preparando para una discusión. Bryant se encogió de hombros. No entendía el veganismo, pero había muchas cosas que no entendía. Eso no significaba que iba a ir por ahí ridiculizando a la gente que vivía de una manera diferente a la suya, o decirle a esta mujer que había secuestrado y encarcelado que podía ir en contra de sus principios o morir de hambre.

—Haré algo más para ti, entonces.

Los ojos de Kayla se abrieron de par en par. —Oh. ¿En serio?

—Sí. Quiero decir, no soy un completo idiota. —Él le mostró una de sus sonrisas, y ella parpadeó y le devolvió la sonrisa vacilante. Cuando Esther le dio un tazón de estofado a Shane, resopló un poco.

Bryant la miró, recordando cómo reaccionó ante él y la hermana de Shaya... que iba a estar tan enojada con él por no haber regresado. Preocupada y cabreada. Si tuviera un teléfono, al menos

podría llamarla, pero aparentemente, eso no iba a pasar. Argh. ¿Por qué la vida tenía que ser tan difícil? Se concentró en Kayla otra vez. Tenía que averiguar qué le pasaba a Esther de un modo u otro....

—Así que, te escuché antes —dijo apoyándose en la puerta de la celda. —¿Vas a ser la administradora de Esther en su excavación?

—Bueno... eso es lo que estábamos discutiendo.

Bryant dejó que su sonrisa se ensanchara. —¿Y cómo alguien tan joven se las arregla para terminar la escuela lo suficientemente rápido para conseguir ese puesto?

Añadió una capa de coqueteo a su voz. Esther le lanzó una mirada mientras ponía el pastel sobre la mesa. Ella sostuvo su guiso en sus pechos grandes y comenzó a comer.

—No soy tan joven —dijo Kayla con un rubor. Asombroso. Incluso como secuestrador tenía la habilidad de obtener esa reacción. —En realidad estoy cerca de los treinta. Volví a la escuela hace poco porque... bueno, porque quería hacerlo, supongo.

Esther hizo un ruido de hostigamiento.

—Apuesto a que no es fácil —dijo Bryant. —Quiero decir, eres tan guapa que apuesto a que tienes chicos siguiéndote todo el tiempo y eso hace que sea difícil concentrarse en los estudios.

Los ojos de Kayla se abrieron de par en par y su boca formó una "O". Su rubor se hizo más profundo. Esther se quitó las gafas, se las limpió en la camisa y se las pegó en la cara. El brillo que ella le estaba dando sería suficiente para avergonzar a cualquiera, pero siguió adelante. ¿Estaba enfadada porque coqueteaba con Kayla en la situación en la que se encontraban, o eran celos?

—Apuesto a que también te invitan a salir mucho, ¿verdad?

—¡Es suficiente! —Rugió Shane mientras saltaba hacia delante. Bryant retrocedió apresuradamente hasta que estaba fuera del alcance del otro dragón, pero Shane sólo envolvió a Kayla con sus brazos para protegerla y la jaló hacia atrás. —No vamos a caer en tus falsos encantos. Y no me importa qué más tengas entre manos, somos sus prisioneros.

El rubor de Kayla se profundizó aún más y se inclinó hacia el abrazo de Shane. Se mordió el labio. Esther continuó mirándole fijamente.

—Sin mencionar —dijo ella—, que estamos casados y que te has negado a anular nuestro matrimonio. —Shane y Kayla la miraron fijamente. Esther agachó la cabeza. —Estábamos borrachos y nos casamos. Y luego, como los miembros de la Guardia del Emperador no pueden casarse, se negó a conseguir la anulación porque traería más atención o por alguna tontería como esa.

Bryant ignoró las impresionantes miradas que ahora se dirigían a él. —Bueno, supongo que como eso terminó, podríamos conseguir la anulación cuando volvamos.

—Sí, bien podríamos. —La voz de Esther contenía menos veneno del que había anticipado. Volvió a agachar la cabeza y empezó a meterse el estofado en la boca.

Sus hombros se desplomaron. Sabía que no podía esperar nada diferente, no de cómo estaban las cosas entre ellos y especialmente desde que, ya sabes, la había secuestrado y encarcelado. Pero él quería algo más en esta mezcla. No debería. Estaba traicionando la memoria de Shaya. Pero lo hacía.

—Um, ¿tienes alguna alergia? —Preguntó, volviéndose otra vez hacia Kayla.

—No.

Esther dejó su estofado a un lado. —Conozco una receta muy buena para un chile vegano. Déjame salir y lo prepararé para que Kayla sepa que no intentas engañarla.

Bryant abrió la boca para decir que no la engañaría, pero la oportunidad de tener a Esther a solas, de poder hablar con ella y tal vez conseguir algo entre ellos era demasiado grande. Asegurándose de que Shane no atacaría mientras lo hacía, Bryant abrió la puerta y dejó salir a Esther antes de volver a cerrarla. La cerradura automática encajó en su sitio y guió a Esther a la cocina.

—¿Sabes qué? —ella le gritó mientras empezaba a revisar los estantes. —Ya no quiero una anulación.

Su corazón se elevó.

—Quiero el divorcio. Así puedo llevarme la mitad de tus cosas.

Bryant agitó la cabeza, rechinando los dientes mientras lo hacía. —¿Por qué estás tan enfadada conmigo?

Esther se volvió hacia él con expresión de asombro. —Esa no es una pregunta real, ¿verdad? ¡Por favor, explícame por qué no debería estar enfadada contigo! Te casas conmigo y te niegas a anular el matrimonio, pero también te ibas a ir con otras mujeres y luego me secuestras y...

Sus ojos brillantes y su cara roja eran una combinación tan linda que no podía contenerse. Aunque sabía que sería un infierno pagar por ello, puso sus manos en su cintura. Ella lo empujó de inmediato. Entonces se inclinó hacia delante, moviéndose lentamente para darle tiempo suficiente para que se alejase. Ella no lo hizo. Y así, él la besó, duro y profundamente.

Con un gemido, ella arrojó sus brazos alrededor de su cuello y se apretó más contra él.

Capítulo NUEVE

Esther

Sus labios estaban calientes, hambrientos, atrayéndola. Ella quería que él la consumiera. Quería consumirlo a él. Ella empujó sus caderas hacia delante, rechinando contra él. Cuando él le abrió la boca, ella le metió la lengua en la suya. El calor se acumuló en su núcleo y aunque había una pequeña voz en la parte de atrás de su mente diciéndole que se detuviera, ella no quería hacerlo. Cada centímetro de su cuerpo gritaba por el suyo, para ser completado juntos como uno solo.

Entonces recordó la forma en que él había estado flirteando tan descaradamente con Kayla y se arrancó a sí misma de sus brazos. Su mano voló, golpeándole con fuerza, y luego se tapó la boca. ¿Qué diablos le pasaba?

—¡Lo siento! —Jadeó.

—Hey. —Se frotó la mejilla. —¿Qué fue eso?

—Lo siento, no pensé...

—Te di tiempo para retroceder. Y tú me devolviste el beso. Así que ahora mismo, necesito una respuesta. Un sí o un no. Nada de besar y luego golpearme. —Entrecerró los ojos. —Entiendo que estés enfadada y molesta, pero eso no significa que puedas golpearme.

—Lo siento. —Agitó la cabeza cuando la mortificación empezó a caer en la boca del estómago. —Lo siento mucho. No lo volveré a hacer. Yo sólo... lo siento. No más golpes, tienes razón, eso es imperdonable. —Se dio la vuelta y escondió la cara en sus manos. —Tenemos que dejar de besarnos. No hay futuro aquí y no podemos... no tiene sentido, ¿sabes? No tiene sentido encariñarse o lo que sea que esté pasando aquí.

—De acuerdo.

Se giró, con el estómago apretado. —¿No vas a discutir?

Bryant agitó la cabeza. —No. Has dejado claro que podrías quererme físicamente, pero hay cosas más importantes para ti que la atracción física. No voy a perder mi tiempo y el tuyo tratando de convencerte de hacer algo cuando no hay futuro para nosotros.

—¡Pero podría haberlo!

El dragón la miró fijamente. —Acabas de decir que no.

El calor se le subió a la cara y Esther se quitó las gafas para pellizcarse la nariz. Ella debería decirle que tenían que dejarlo como estaba. Necesitaban arreglar ésta loca situación y separarse. Eso era todo lo que había que hacer, ¿verdad? No había nada más...

—Me estás dando esas señales contradictorias de nuevo.

—Bueno, lo siento —le dijo Esther bruscamente. —Siento no saber cómo reaccionar en esta situación. Siento no poder decir que no, no quiero tener nada que ver contigo. Sería mucho más fácil para los dos. Y es estúpido, soy estúpida, pero no esperé todo este tiempo para encontrar al hombre adecuado para amar, casarme y construir un futuro sólo para enamorarme del hombre que me secuestró.

Se le cayó la mandíbula a Bryant. De repente, Esther se dio cuenta de lo que había dicho y se quedó sin aliento. ¿De qué estaba hablando? No habían pasado mucho tiempo juntos, excepto una noche cuando se casaron. ¿Cómo podía pensar que estaba enamorada de él? Había la atracción

animal, sí, y él era súper caliente, pero eso no era suficiente para enamorarse. Pero cuando abrió la boca para negarlo, para decirle que se equivocó, no pudo.

Pero no era posible. No creía en el amor a primera vista. Entonces, ¿por qué la idea de no volver a verlo nunca más, ni siquiera ahora, se sentía como si le estuvieran arrancando el corazón? No tenía ningún sentido.

Bryant se adelantó. —Espera... ¿acabas de decirme que me amas?

—No. —Esther agitó la cabeza y luego asintió. —De acuerdo. Tal vez lo hice. Pero no puedo enamorarme de ti. Quiero decir, una noche no es suficiente para el amor. No hemos tenido tiempo de enamorarnos y toda esa basura de los celos es prueba de ello. Sólo estoy encaprichada. Eso es todo lo que es.

Bryant intervino de nuevo. —Sé que es confuso. Y esta situación en la que estamos no está ayudando. Pero...

Ella esperó.

—Pero... pero tengo una confesión que hacer. Cuando despertamos juntos y tenía tu calor en mis brazos, me di cuenta de que me faltaba algo. Era como una pieza del rompecabezas que me faltaba durante tanto tiempo. Yo amaba a Shaya. Ella era mi vida. Mi sol, las estrellas, la luna y el cielo.

Esther se mordió el labio, sin saber qué decir o hacer ahora.

—Cuando murió... murió en un enfrentamiento entre mi clan y otro. No estaba allí para protegerla y la perdí. Nunca pensé que volvería a tener una oportunidad. Pero contigo... —Miró al suelo. —No sé cómo explicarlo. Los dragones a menudo se enamoran a primera vista. A menudo sólo sabemos con quién debemos estar. Cada fibra de mi ser dice que ya te pertenezco. No lo entiendo, ya tuve una pareja... pero creo que yo también me he enamorado de ti.

Cuando volvió a levantar la vista, Esther vio lágrimas brillando en sus ojos. Su corazón dolía por su confesión. Debe haber sido muy difícil para él admitirlo. La palma de su mano le picó y su estómago volvió a tener calambres. ¿Cómo pudo golpearlo? ¡Era una persona terrible!

Esto es sobre él, no sobre mí. Esther aspiró profundamente. Ella no iba a empezar a hacer que él la consolara porque ella le había pegado. Ella apartó su mente de sus propios pecados y se concentró de nuevo en él.

Le puso la cara en las manos. —No sé por qué. Pero no quiero una anulación. No quiero el divorcio. Quiero pasar el resto de mi vida contigo. Eres tan valiente, hermosa y fuerte. Cuando te miro... veo una resistencia. Una determinación. No quiero... no quiero perderte.

Esther lentamente envolvió sus brazos alrededor de su cintura. Ella sabía cómo se sentía. Ella tampoco quería perderlo. Pero había más que sólo ellos dos, ¿no? —Esa chica con la que estabas cuando te embosqué en el ascensor...

—Mi cuñada. La hermana de Shaya. También es como una hermanita para mí. Quería hablarle de Shaya... por...

—Por mi culpa —susurró Esther.

—Exactamente.

Y una vez más había sacado conclusiones precipitadas y era terrible con él. Merecía algo mejor que ser tratado así. Así, como ella se lo merecía todo y él no se merecía nada. Esther abrió la boca para decirle eso, que él merecía algo mejor que ella, pero se detuvo. Ella podría *ser* mejor. Ella podía ser comprensiva, amorosa y darle todo lo que se merecía. ¿Verdad?

Su boca rozó la de ella. —Dime sí o no. Si dices que no, entonces te dejaré ir a ti y a los demás ahora mismo y me entregaré para enfrentarme al castigo por lo que hice. Si dices que sí, te llevaré a la cama y te haré el amor. Mi esposa. Mi... Mi compañera.

¿Cómo se supone que iba a responder?

—Y si dices que sí, liberaré a Shane y Kayla, por supuesto. Aun así me entregaré —agregó Bryant. —Y puedes cambiar de opinión. Si dices que sí y luego decides que no quieres...

—Lo quiero —susurró Esther. —Te deseo. Quiero ser tu esposa.

Su boca cerró sobre la de ella. El beso era hambriento, profundo, pero también dulce. Bryant la levantó, sus piernas rodeando sus caderas, y sus brazos atados alrededor de ella. La cargó desde la cocina, por el pasillo, y la llevó a una pequeña habitación. Allí, la colocó en la cama y se cubrió con ella, aún besándose suavemente. El calor se acumuló en su interior mientras sus manos cubrían su cuerpo, suaves, gentiles, provocando en ella una respuesta con la que ella sólo había soñado antes.

—Desvísteme —susurró ella.

Bryant sonrió mientras empujaba sus manos bajo su blusa. La levantó sobre su cabeza, luego le desabrochó el sostén y se lo quitó. Agarrando sus senos en sus manos, besó a uno antes de chuparle el pezón al otro. La tensión dentro de ella se hizo aún más fuerte y sintió la humedad entre sus piernas. Su dragón no pasó tanto tiempo allí como a ella le hubiera gustado, bajando para desabrocharle los vaqueros y quitárselos junto con su ropa interior.

Su cabeza bajó entre las piernas de ella y su espalda se arqueó, un grito surgiendo de su garganta. Imitó lo que había estado haciendo con la boca de ella entre las piernas de ella, su lengua meneando y empujando. Su núcleo se retorció, el calor inundando su cuerpo. Agarró la cabecera, luchando por mantenerse inmóvil mientras sus grandes manos agarraban sus muslos y los separaban aún más. Escarbó más profundamente y Esther gritó.

—¡Bryant! —Él empezó a retroceder y ella le agarró la cabeza, metiéndole los dedos en el pelo. —No te detengas. Por favor.

Su dragón se rió y se inclinó sobre ella otra vez. Esther cerró los ojos mientras él se mantenía en su trabajo, concentrado tan intensamente que sentía que podía desmoronarse en cualquier momento. Un dedo se deslizó dentro de ella mientras él continuaba con sus atenciones, y después de unos momentos, insertó un segundo dedo. Ella se sintió estirada, llena, y tuvo el miedo repentino de que cuando él entrara, ella no sería capaz de acogerlo. Que era demasiado pequeña y apretada...

Entonces la tensión explotó y se olvidó de sus preocupaciones. Su espalda se arqueó de nuevo, su nombre saliendo de sus labios mientras ella se desmoronaba. Bryant continuó con una suave presión, guiándola a través de las ondas de choque que la hicieron retorcerse bajo su toque, antes de relajarse por completo. Esther estaba quieta, jadeando, mientras una sonrisa se extendía por su rostro.

—Wow. Eso fue mucho mejor que todo lo que he podido hacer yo mismo.

Bryant se rió mientras se movía hacia arriba para envolver sus brazos alrededor de su cintura. —Confía en mí, puede ser incluso mejor que eso.

Esther gimió de deseo, poniendo su pierna sobre su cadera. —Muéstrame.

—Lo haré. —Le besó el cuello. —Una vez que me asegure de que estás lista.

Terminó usando su mano y su boca para llevarla al clímax tres veces antes de decidir que estaba lo suficientemente preparada. La penetró tan lentamente que ella pensó que podría volverse loca por la necesidad, pero mientras se estiraba para acomodarlo estaba agradecida por su paciencia. Una vez dentro, comenzó a moverse suave y gentilmente, su mirada nunca se apartó de la de ella.

Algo muy dentro de ella se despertó para encontrarse con él. Sus piernas apretaban fuertemente

alrededor de su cintura. Sus dedos se clavaron en sus hombros. Su nombre se repitió una y otra vez en sus labios como una oración. Por primera vez entendió lo que significaba ser uno... estaban unidos no sólo en carne sino también en espíritu, tan unidos que se sorprendió de que no pudiera escuchar sus pensamientos mientras se movían juntos....

Y no quería que esto terminara. Nunca.

Capítulo DIEZ

Bryant

Olía tan dulce, como galletas de vainilla. Bryant sostenía a Esther más cerca, besándole el cuello y la mandíbula suavemente mientras su respiración se emparejaba. Sus músculos se soltaban como la relajación que siempre lo invadía después del sexo. Esther enredaba los dedos en su cabello rubio y llevó su boca a la suya, una sonrisa somnolienta en su rostro.

—¿Estás bien? —murmuró mientras se alejaba de ella.

—Sí...

Bryant alisó el pelo de su cara y miró preocupadamente a sus ojos. En ese momento parecía que era lo que había que hacer, su deseo de estar cerca de ella, de tenerla en sus brazos sintiéndose más poderoso que nada. Pero ahora que ellos habían sido uno y ella ya no era virgen, ¿qué pasaría si se arrepintiera de sus acciones? ¿Y si ella decidiera que no tenían futuro después de todo y que todo había sido en vano?

Pero ella le sonrió y se acurrucó cerca de su pecho. —Pensé que me sentiría más tímida con esto. Pero no es así. Fue increíble. ¿Siempre es tan bueno?

—Casi siempre, sí. A veces será más rápido. Otras veces será más duro. Lo importante es la comunicación. Me dices lo que te gusta, lo que no te gusta.

—¿Y me dices lo mismo? —Esther le levantó una ceja.

Bryant asintió.

—Pero me tienes en desventaja. —Esther se empujó hasta el codo. —Ya sabes todo lo que te gusta. Yo, sólo tengo mis fantasías. No sé si me gustarán las cosas que he visto.

—¿Qué has visto? —Los ojos de Bryant se iluminaron al contemplarla. —¿Ves cosas en Internet?

—Lo he hecho. Y lo hago. Ocasionalmente. Aunque es difícil encontrar cosas que me gustan. Con tanta frecuencia las mujeres se ven como si tuvieran dolor o primeros planos de sus partes del cuerpo que no quiero. Me gustan las cosas que son un poco más... románticas, supongo. No lo sé. —Se encogió de hombros, y luego gimió. —Iba a hacer chili para Kayla.

Bryant puso una mueca. —Necesito dejarlos salir. Fui un idiota por encerrarlos a los tres. Mi carrera ya terminó, y tal vez tenga la oportunidad de que Shane no me mate si los libero.

—No va a matarte.

Bryant se encogió de hombros mientras la empujaba para darle un último beso. —Probablemente tengas razón. Le daría una paliza.

Esther suspiró. —¿Todos los dragones son tan competitivos?

—Soy de la línea de un príncipe, aunque el clan que una vez gobernó mi familia haya desaparecido. Los dragones pueden llevarse bien, pero tenemos fuertes instintos alfa. Protegemos lo que es nuestro y no nos gusta que nos digan qué hacer. —Bryant se levantó de la cama y buscó su ropa. —Nuestras sociedades están construidas de tal manera que se fomenta activamente la competencia. Es una de las razones por las que dejé los lazos del clan para ser parte de la guardia del Emperador. Quiero marcar la diferencia, no sólo vivir en peleas de poca monta.

Esther se arrodilló detrás de él y le dio un abrazo. Ella le besó el cuello, lo que le hizo querer

abandonar la lucha con su ropa y volver a llevársela. —Creo que recuerdo que me dijiste eso la noche que nos casamos. Creo que es una de las razones por las que decidí casarme contigo...

Se calló. Mientras Bryant se ponía los pantalones, fue a buscar su propia ropa. Era una pena cubrir sus suaves curvas y su delicada piel, pero tenían que ponerse en marcha. Ya había perdido demasiado tiempo y era hora de liberar a sus prisioneros y aceptar las consecuencias de sus acciones. Aun así, suspiró.

—Podría terminar en la cárcel por esto. Y entonces, ¿qué haremos?

—Espera —contestó Esther. —Quiero ser tu esposa. Si estás conmigo o tengo que esperar a que mi preso sea libre, te quiero a ti.

Una sonrisa floreció sobre la cara de Bryant mientras escuchaba esas palabras. La cogió y la rodó en la cama, besándola profundamente. —Bien. Mientras sea lo que ambos queremos, sé que podemos hacer que funcione.

—Yo también.

De repente, el edificio tembló. Hubo un rugido masivo desde los cimientos. Escombros y yeso cayeron del techo. Bryant se lanzó sobre Esther, protegiéndola hasta que terminó el temblor. Otro rugido llenó el aire y salió corriendo al pasillo. Un estruendoso estallido llenó el pasillo, combinado con un chillido de metal y el sonido de garras contra la roca.

Donde antes estaba la cocina ahora era un agujero vacío. Shane en la forma de su dragón estaba en ella, las fosas nasales abiertas. Respiró hondo, pero se oyó el sonido de una mujer chillando y se giró repentinamente. Kayla se agarraba a su espalda mientras saltaba al aire, dejando el castillo atrás.

—¡Maldita sea! —Bryant empezó a perseguirlos, sus fuegos rugiendo en su barriga. Le quemaron la garganta, pero antes de llegar a la cocina, el castillo volvió a temblar. No tanto como antes, pero lo suficiente para que instintivamente volviera.

Esther agarró su camisa contra su pecho mientras él corría hacia ella. Ella abrió la boca y él la agarró por la cintura y se lanzó hacia la puerta. Más trozos de yeso cayeron del techo. Hubo un chasquido, algo que se rompía, pero él lo ignoró hasta que sacó a Esther a salvo del edificio. Luego, cuando se dio la vuelta, vio humo que salía de lo que una vez fue la cocina.

¿Había dejado la estufa encendida?

El temblor parecía haber cesado, pero Bryant todavía retenía a Esther mientras miraba el agujero en los cimientos donde Shane había cavado para salir del calabozo. —Bueno, supongo que eso no era tan estable como pensaba.

Esther señaló. —Está ardiendo.

Bryant se volvió hacia ella. —Quédate aquí. No vuelvas a entrar, no sé si volverá a colapsar.

Ella asintió y él rápidamente corrió alrededor del edificio hacia la cocina, encontrando el tanque de propano y apagándolo. El fuego no se había hecho muy grande todavía y pudo apagarlo rápidamente. Para cuando terminó, Esther también había rodeado el edificio. Se ponía la camisa y se envolvía con los brazos alrededor de sí misma mientras veía con los ojos muy abiertos el daño que Shane había hecho.

—Si no hubiera tenido a Kayla con él... —Bryant dejó que el pensamiento se desviara cuando Esther comenzó a temblar. Rápidamente la abrazó, sin saber si era el estrés o el frío lo que la hacía temblar. —Está bien. Estamos bien.

Esther asintió mientras apoyaba la mejilla en su pecho. —Sí. Lo estamos. Pero ahora, ¿qué vamos a hacer? Quiero decir, tus prisioneros escaparon... van a llamar a la policía o algo así. Y Kayla sabe de Trueno cuando no debería y Shane estaba tan enfadado... No me sorprendería que

volviera a matarte. Estaba tan enfadado.

Bryant no lo culpaba, pero sus instintos naturales de lucha se alzaron y quiso decir que el otro dragón podía seguir adelante y tratara de hacerlo. No iba a caer tan fácilmente. Sin embargo, esos pensamientos solo le meterían en problemas, así que los apartó. En realidad sólo había una cosa por hacer.

—Tendremos que volver. Ir con Viridi y explícaselo todo. Es lo único que podemos hacer. Él podría ser capaz de tomar la autoridad de mi castigo sobre los gobiernos humanos. Pase lo que pase, sin embargo... —Dudó, queriendo decirle que la amaba, pero una repentina oleada de ansiedad se apoderó de él.

Sí, lo que habían compartido era maravilloso, pero ¿qué pasaría si todo lo que parecía demasiado obvio antes de hacer el amor resultara no ser cierto? ¿Y si cuando regresaran, lo que ella había dicho antes de que sucedía demasiado rápido, regresara? ¿Y si Esther decidía que no valía la pena después de todo? O peor aún, ¿qué pasaría si esta pasión se enfriara, y al calor del sol los sentimientos que sentía por ella no estuvieran a la altura de las esperanzas que ya estaban construyendo?

Había tenido a su compañera. ¿Y si Shaya realmente era todo lo que iba a tener, y esto con Esther era sólo desesperación?

Esther puso su mano en su brazo. —Pase lo que pase, te amo.

Sus palabras calmaron la furiosa tormenta que había dentro. Él sonrió y la besó. —Yo también te amo.

Una sonrisa apareció en su cara, pero se volvió a fundir en preocupación lo suficientemente rápido. Pero ya no había tiempo para hablar. Estaba decidido y, de todos modos, ¿qué más podía hacer? Aunque su carrera había terminado y podría ir a la cárcel, no era el tipo de dragón que abandonaba todo para huir.

Después de asegurarse de que nada volviera a encenderse y de recoger ropa para cambiarse una vez que llegaran a la ciudad, Bryant se transformó. Acunó a Esther en sus brazos cerca de su corazón y saltó al aire. El destino estaba llamando.

Capítulo ONCE

Esther

Cuando aterrizaron fuera de la casa de Virdi y Dominique, la casa estaba completamente vacía. Esther corrió a buscar a su amiga. La habitación del bebé estaba vacía. Quedaban algunos juguetes, algunas ropas, pero parecía que habían empacados con prisa y luego se fueron. Su corazón saltó a su garganta, pero no había señales de pelea y así Esther trató de forzarse a estar calmada.

Volvió corriendo a Bryant, que estaba al teléfono. Maldijo mientras lo volvía a meter en su estuche. —No puedo encontrar a Virdi ni a nadie más. Se fueron a toda prisa.

—¿Qué significa eso? —Esther retorció sus manos, tratando desesperadamente de mantener las peores situaciones fuera de su mente.

—No lo sé. Tal vez descubrieron que alguien se enteró de ellos. La casa ha estado vacía demasiado tiempo para que sean Shane y Kayla. Tal vez... tal vez Dunn hizo algo. —Maldijo, una palabra dura que Esther hizo un gesto de dolor al oírla, pero con la que tuvo que estar de acuerdo. —Nunca debí haber huido. Debí haber regresado enseguida y...

Esther agarró sus manos. —Detente. ¿De acuerdo? Detente. Esto no es culpa tuya. Todo lo que sabemos es que se fueron con prisa. Habrían ido a, dónde, ¿una casa segura?

Bryant tragó con fuerza y asintió. —Había varios sitios de respaldo a los que la familia real podía ir en caso de emergencia. Averiguar cuál, sin embargo...

—Un momento. —Esther cogió el teléfono. —Tengo el número de Dominique memorizado. Mierda, ¿por qué no pensé en eso antes?

Mientras marcaba, Bryant se rió. —Creo que es la primera vez que te oigo maldecir.

Esther puso los ojos en blanco cuando el teléfono empezó a sonar. Rebotaba sobre los dedos de los pies, su corazón temblando al pensar que nunca más volvería a ver a su amiga. Afortunadamente, Dominique respondió muy pronto, sonando sorprendida y cautelosa.

—¡Dom! —Esther dejó escapar un aliento de alivio. —Gracias a Dios. —¿Estás bien?

—¿Esther?

—Sí.

Hubo un ruido de asfixia. —¿Qué demonios quieres decir con que estoy bien? ¡Fuiste secuestrada! ¿Dónde estás? Virdi vendrá a buscarte.

—Estoy bien. —Esther miró a Bryant. —No fui secuestrado. Fue un... malentendido. Estoy con Bryant en tu casa.

—¿Qué? —La voz de Dominique tomó una nota de pánico. —¡Sal de ahí! Ahora mismo. Esther, ¡sal de ahí!

—¿Qué? ¿Por qué?

El teléfono se cortó. Esther miró a Bryant, quien la alcanzó. Había algo en sus ojos que ella no podía descifrar. En el siguiente segundo, el sonido de un disparo atravesó la casa. Un silbato, un ruido sordo. Una nube roja salpicó su cara y gritó. Los ojos de Bryant se abrieron de par en par y tropezó. Ambos miraron hacia abajo, hacia donde un oscuro agujero se abría en su abdomen. La empujó, tirándola al suelo.

Otro disparo. Éste se desvió hacia un lado y abrió un agujero en la pared opuesta de la habitación. Bryant se tiró detrás del sofá cuando la puerta se abrió de una patada. Robert Dunn entró, con una pistola en la mano y una sonrisa en los labios.

—Esto ya ha durado bastante, ¿verdad, Chandler? —él vio a Esther y sonrió, apuntándole con el arma. Ella se lanzó hacia atrás y se ocultó detrás de una silla. Fuertes golpes sonaron el suelo mientras el dragón caminaba hacia delante. —¿Te dijo por qué nos odiamos tanto, pequeña niña humana?

Un gruñido de algún lado. Bryant. Dolorido y furioso. La mente de Esther se arremolinó mientras miraba a su alrededor, tratando de encontrar algo, cualquier cosa, para protegerse.

—Mató a mi hermanito. Una lucha de campeones entre nuestros clanes. No debería haber...

Un gruñido y un aullido. Algo cayó al suelo. Esther no podía detenerse. Ella miró alrededor de la silla para ver a Bryant acostado sobre el otro dragón. El arma yacía en el suelo cerca de sus pies. Dunn golpeó a Bryant en la cara, y Bryant tomó represalias con una ráfaga de fuego directamente en su cara. Los dos intercambiaron golpes, gritando sin palabras. Esther miró, horrorizada, hasta que Dunn clavó su puño en la herida sangrante de Bryant. Se dobló, con la cara blanca, y Esther se lanzó de su escondite. Ella iba por el arma.

Bryant rugió. Dunn le dio un codazo en la cara y lo tiró a la mesa de café. Se rompió bajo su peso, pero Dunn ya no le prestaba atención. Tan pronto como la mano de Esther agarró el arma, una pesada bota cayó sobre su mano. Un dolor cegador pasó a través de ella y gritó. Una mano con garras agarró la parte de atrás de su brazo y la arrastró hasta sus pies.

—No —gimió Bryant. Tosía, rociando sangre en el aire, y se puso de rodillas. —Déjala ir, Dunn.

Dunn retorció el brazo de Esther detrás de su espalda y le puso una mano alrededor de la garganta. —Oh, mira eso. Resulta que no puedes proteger a una mujer. Dos veces seguidas la chica que amas va a morir. Huh. La única manera de que consigas algo con alguien es actuando como un cobarde...

—Duras palabras de tu parte —gruñó Esther, luchando contra sus garras. —Le disparaste. En una pelea justa...

—Cállate. —Dunn la sacudió con fuerza, haciendo que sus dientes sonaran. —Y pensar que me sentía mal porque tuvieras que morir. Cuando le dije al padre del Emperador que uno de sus guardias había secuestrado a una mujer humana y planeaba devorarla, no me creyó. No al principio, al menos. Pero más vale prevenir que lamentar. Tomó a su pareja y a su hijo y me dejó con media docena de guardias.

¿Dónde estaban? El corazón de Esther prácticamente se detuvo.

—No fue fácil deshacerse de ellos, tus hermanos de armas —continuó Dunn, burlándose de Bryant. —Una vez que regrese con él y le diga cómo los mataste a ellos y a la mujer humana, seguro que serás ejecutado.

—Nunca creerán eso. —Esther se retorció en su agarre mientras sentía las garras presionando su piel.

—¿Contigo muerta y la prueba de tu matrimonio en mis manos? —Dunn acercó su nariz hacia el cabello de ella e inhaló profundamente. —Sin mencionar tu olor sobre él y el suyo sobre ti. Apuesto a que podría convencerlos de que él...

Bryant se lanzó hacia adelante con un rugido. Las llamas parpadeaban en su boca mientras su cuerpo chocaba contra Dunn, desestabilizando al otro dragón. Los brazos de Bryant envolvieron a Esther y en un movimiento la arrancó de las garras de Dunn. No perdió más tiempo; Esther sintió

que su piel se calentaba y se ponía áspera cuando las escamas se abrían sobre él. Las alas se estrellaron contra el techo y él la colocó cerca de su vientre mientras atravesaba la pared. Con un par de grandes golpes de sus alas, se largó.

La sangre seguía brotando de su herida, goteando al suelo mientras volaban. Esther se movió en sus manos y logró presionar ambas manos contra la herida. Podía sentir los andrajosos bordes de la carne y el líquido caliente sumergiendo sus manos. Hizo que su cabeza girara y casi vomitó dos veces, pero se lo tragó y apretó con más fuerza.

Eventualmente, sus alas vacilaron. Cayó en picada en un espeso bosque. Con un llanto y un tirón, se dio la vuelta. Los árboles se desmoronaron al estrellarse contra ellos. La sacudida hizo caer a Esther, la golpeó contra un árbol y se dio vuelta unas cuantas veces antes de que la oscuridad cubriera su visión.

Esther gimió, sentía dolor tanto en su cabeza como en su mano. El dolor la hizo vomitar, pero una vez que su estómago estaba vacío se obligó a ponerse de pie. Bryant yacía inmóvil en su forma humana cerca y ella tropezó con él. La herida de bala había dejado de sangrar, y ella aún podía verle respirar. Se le cruzó por la cabeza la idea de que Dunn podría estar siguiéndolos, pero no podía preocuparse por eso. Si los estuviera siguiendo, ya estaría allí, ¿no?

Se acurrucó al costado de Bryant y cerró los ojos, dejando que la oscuridad se la llevara de nuevo. Cuando volvió a abrir los ojos, estaba oscuro por todas partes.

Hubo un suave gemido debajo de ella y ella se levantó. Un parpadeo de llamas iluminó el área, mostrando que los ojos de Bryant estaban abiertos. Se tragó su fuego y la tocó. Sus manos le dieron palmaditas en la cara y soltó otro gemido.

—Estás bien.

—Creo que sí. —Esther se levantó y decidió no decir nada sobre su dolorida mano. Ella estaba bien. Eso era todo lo que importaba ahora mismo. —Voy a buscar leña para el fuego.

—No... quédate a mi lado.

Eso sonaba bien. Incluso mejor que cualquier tipo de llama o fuente de luz. Ella se hundió junto a él, sus brazos rodeándole la cintura. Su mano se volvió a sumergir en un líquido caliente y su corazón saltó en su garganta. —Todavía estás sangrando.

Bryant se movió un poco y gimió. —Estaré bien. No es tan malo. El imbécil tiene una puntería pésima...

Su voz se rompió. Esther recordó qué más había dicho Dunn, que había matado a los colegas de Bryant. Sus amigos... La furia se apoderó de ella, pero el miedo la siguió de cerca. De repente se sintió demasiado frágil para hacer algo y las posibilidades de lo que podría haber sucedido se desplomaron sobre ella, dejándola jadeando por aliento.

—Si nos estuviera siguiendo, ya nos habría matado —susurró Bryant. —Probablemente nos quiera cazar... No dejaré que te pase nada.

Esther enterró su cara en su pecho y comenzó a llorar suavemente. —¿Qué te hace pensar que estoy preocupada por mí? Pensé que iba a matarte. Pensé... ¿Qué es lo que quiere? ¿Por qué te odia tanto? Esto es más que una pelea por patear a un perro, ¿qué le pasó a su hermano?

Bryant se quedó en silencio durante un largo momento. Tanto tiempo que ella pensó que se había desmayado de nuevo. Pero entonces su mano acarició su pelo y dejó escapar un aliento tembloroso. —Te dije que Shaya fue asesinada en una pelea con otro clan. Era con el clan de

Dunn. Para terminar, su hermano fue elegido como campeón para luchar contra mí. Se suponía que no debíamos matarnos entre nosotros. Pero mientras peleábamos... se burlaba de mí. Dijo que fue él quien mató a Shaya.

Su voz se rompió y Esther trató de enterrarse más profundamente en su calidez. —Y tú lo mataste.

Silencio.

—¿Bryant?

—Yo lo maté. La rabia me sobrepasó y lo maté. No fue mi intención. Pensé que se curaría. Pero no lo hizo y murió. Ni siquiera sé si mató a Shaya o no. En mis peores pesadillas, revivo ese momento... fue la primera y única persona que maté.

Esther tembló. —Cuando me hablaste por primera vez de Dunn...

—Lo sé. —Sus brazos se tensaron. —No te lo conté todo. Y siento mucho que hayas terminado en este lío. Pero te lo prometo. Te prometo que te sacaré a salvo. Te amo, Esther Doran. Te amo.

Lágrimas fluían libremente de sus ojos. —Yo también te amo. Y también quiero que salgas a salvo. Prométemelo.

No hubo respuesta.

Capítulo DOCE

Bryant

Después de una larga y oscura noche en la que Bryant entraba y salía de su estado de consciencia, sus fuegos a veces furiosos, a veces parpadeando tan bajo que casi se apagaron, llegó la mañana. Todo su cuerpo estaba rígido y dolorido, pero esa incomodidad se vio ensombrecida por el dolor persistente y ardiente de la herida de bala. A estas alturas, la bala ya estaría rodeada de tejido cicatrizal, a salvo de causar más daño. Fue extremadamente doloroso tratar de transformarse esta condición, y el hecho es que la transformación podría desgarrar la carne recién sanada.

Y así, tuvieron que caminar por el bosque, tratando de encontrar un camino de regreso a la civilización. Al principio fue fácil, simplemente seguir el rastro de los árboles rotos que los dirigían en la dirección correcta. Sin embargo, después de dejar el camino de la destrucción, se hizo más difícil asegurarse de que se estaban moviendo en la dirección correcta. Bryant no podía recordar si había volado en línea recta o no después de dejar la ciudad.

La marcha también fue lenta, y al amanecer del segundo día, ambos estaban hambrientos, cansados y sedientos. Afortunadamente, pudieron encontrar un río. Desafortunadamente, el agua no se veía muy clara y se veía bastante asqueroso.

—Tenemos que averiguar cómo hervirla —suspiró Esther mientras giraba la cabeza hacia atrás. —Veamos... tomé un curso de supervivencia en el desierto después de todo el incidente en la última excavación. Si encontramos una rama, tronco o corteza que podamos tallar como una olla, podemos intentar hervir agua en ella.

—Vamos a... —Bryant se estremeció cuando un dolor agudo le estalló en el costado.

Esther agarró su brazo, su expresión preocupada, mientras él se doblaba. —Creo que necesitas quedarte aquí y descansar. Iré a buscar algo.

Bryant se hundió en la roca y asintió. Tal vez no estaba tan curado como pensaba. Lástima, pero no podía hacer nada más que descansar. —No te alejes demasiado. Vamos a necesitar leña, también. Tal vez deberías colgar tu sostén en ese árbol para que tengas un punto de referencia para volver.

Esther se quitó la blusa y luego se desabrochó el sostén. Bryant se tomó un momento para apreciar la visión de sus senos, tan grandes y suaves, antes de volver a ponerse la blusa. Ella puso los ojos en blanco ante la expresión de su cara pero aun así le sonrió. Colgó el sujetador rosa brillante y luego se dirigió al bosque, cazando. El dragón se recostó sobre las rocas, ajustándose para encontrar la posición más cálida y cómoda.

Lo que realmente necesitaba era algo de comer. Eso restauraría sus reservas menguantes y ayudaría con la curación. En su estado actual no era como si pudiera ir a cazar. Aun así, se le hizo agua la boca al pensar en un espeso y jugoso filete. Algo tierno y rojo en el medio, con ese olor a humo...

Sus ojos se abrieron mientras olía humo. Humo de dragón. Se puso en pie, pero mientras lo hacía, varios dragones cayeron del cielo. Se transformaron al aterrizar. El alivio le bañó y casi vuelve a caer de rodillas. Eran varios miembros de la Guardia, hombres que él conocía.

Su alivio desapareció cuando vio la furia en sus ojos. Recordó las palabras de Dunn y su

corazón se hundió. ¿Creerían que había matado a sus compañeros guardias? ¿Quién había muerto? ¿A quién mató Dunn?

Voy a matarlo, juró por lo que pareció la centésima vez.

Los guardias se detuvieron a varios metros de distancia. Uno de ellos, James Colson, le hizo un gesto con la cabeza. —Chandler. ¿Dónde está la humana?

—Fue a recoger leña. No sé qué te dijeron...

—Nos dijeron que te lleváramos de vuelta para el juicio. —La expresión de James era ilegible. —Si has herido al humano...

Bryant agitó la cabeza. —No lastimé a nadie. Robert Dunn ha...

—Ve a buscar al humano —ordenó James por encima de su hombro.

Uno de los otros asintió y desapareció en el bosque, pero no sin antes mirar el sostén y darle a Bryant una mirada de disgusto. Se dio cuenta de que sus antiguos hermanos de armas no estaban interesados en escucharlo, así que se quedó callado. Mil protestas y explicaciones pasaron por su mente, pero sabía lo que estaba pasando aquí. No importaba lo que creyeran o quisieran creer. Tenían que aceptarlo como una amenaza hasta que se demuestre lo contrario.

Por otro lado, no podía dejar que su desesperación por la situación lo hiciera rendirse. Aún tenía un deber con el Emperador. —Robert Dunn nos tendió una emboscada a mí y a Esther en la casa. Mató a quienquiera que estuviera allí. No fui yo.

James se transformó y miró hacia otro lado brevemente. —Sólo ven en silencio, Chandler. No depende de nosotros tomar la decisión. A Dunn no se le permite estar cerca de la familia real. Pero si intentas resistirte, te traeremos de cualquier manera que podamos, ¿entendido?

Bryant asintió. —Me dispararon —dijo. —Puedes ver que no estoy completamente curado.

—Me importa un bledo.

Se encogió de hombros. —¿Puedo al menos sentarme?

James lo miró con ira. Eso era innecesario. Sin embargo, las piernas de Bryant empezaban a temblar con el esfuerzo, así que decidió tomarlo como un permiso y se hundió de nuevo en el suelo. James murmuró algo a uno de los otros y se acercaron. El otro sacó un par de esposas de la bolsa alrededor de su cuello y Bryant puso una mueca de dolor. Esta no era su idea de diversión en absoluto.

—Quién... —empezó.

—Cállate. —La dura expresión de James se le escapó por un momento. —Sólo cállate, ¿de acuerdo? Esta situación ya es bastante jodida sin tener que lidiar con...

Se calló, pero Bryant lo entendió. O era un traidor o estaban arrestando a un hombre inocente. De cualquier manera, eran amigos. Y habían perdido amigos. Los hombros de Bryant se desplomaron. Tal vez finalmente estaba enfrentándose con otros en quienes podía confiar para devolverlos a él y a Esther de vuelta a la civilización a salvo, pero de repente se sintió muy mareado y cansado y como si no fuera a poder valerse por sí mismo. Aunque no lo esposaran, no tenía fuerzas para luchar contra ellos.

Esther salió de los arbustos. Corrió hacia James con un palo grueso en sus manos. Los dragones se giraron con expresiones de sorpresa y ella soltó un grito mientras balanceaba el palo. James levantó un brazo en defensa. La fuerza con la que el palo lo golpeó se lo arrancó de las manos de Esther y ella tropezó, casi cayendo. Bryant se movió para atraparla, olvidando que estaba esposado, y terminó cayendo de bruces sobre su cara.

Cuando se dio la vuelta de nuevo, Esther lo protegió, sus puños a la altura de los ojos. Los otros dragones retrocedieron unos pasos y se miraron el uno al otro con expresiones sorprendidas

y confusas.

—Atrás —les gruñó. —Soy amiga de Dominique y si nos haces daño a cualquiera de los dos, ¡habrá un infierno que pagar! ¿Lo tienes, amigo?

Bryant no pudo evitar sonreír. —Esther, son parte de la Guardia del Emperador.

Ella le miró y frunció el ceño. —¿Entonces por qué te esposan en vez de ayudarnos?

James levantó las manos. —¿Esther Doran?

—Sí. Soy yo. ¡Libérenlo de esas esposas en este instante! —Esther volvió a tomar el palo del suelo y lo apuntó a James. —Hazlo ahora.

—Srta. Doran, fuimos enviados a rescatarla a salvo y...

—Estaría mucho más segura si no dejaran a Robert Dunn en libertad. Trató de matarnos. — Esther los miró con ira. —Me dijo a la cara que iba a matarme e incriminar a Bryant. Así que, quítale las esposas ahora mismo y llévanos donde Dominique y Viridi para que podamos aclarar esto y asegurarnos de que Dunn no venga por nosotros o por ellos. No sé lo que está planeando, pero no puede ser bueno.

James se acercó más. —Agradezco su testimonio y cuando volvamos...

—No. No hay ningún 'cuando volvamos'. ¡Quítale las esposas! —Esther se puso de pie.

—También hay dos testigos que afirman que fueron secuestrados por el Sr. Chandler.

—Esther —interrumpió Bryant mientras hacía un ruido de estrangulamiento en su garganta. — Hey. No hay problema. Están haciendo su trabajo. Baja el palo, ¿de acuerdo? Cuanto antes regresemos, antes podremos resolver esto.

Esther le echó una mirada de duda. Él le sonrió alentadoramente, y ella dejó caer el palo a regañadientes. Ella todavía frunció el ceño a los otros dragones mientras que tiraron de Bryant a sus pies. El corazón de Bryant se conmovió por la forma en que había sido tan terca en su defensa; incluso si se trataba esencialmente de un loco plan que no hubiera funcionado, él se alegró de que ella se sintiera lo suficientemente fuerte como para tratar de defenderlo.

—Más vale que no le hagas daño —le advirtió a James con un feroz ceño fruncido mientras ponía a Bryant de pie.

Bryant suspiró. Si James y los otros fueran los que le preocuparan.

Tan pronto como aterrizaron en la casa de seguridad, Esther fue llevada a ver a Dominique y Bryant fue llevado ante Viridi. Bryant no estaba muy preocupado por eso. Claro, se sentía muerto por dentro y sabía que esto iba a terminar en un desastre para él, pero no estaba preocupado. Sabía lo que iba a pasar. Con Esther apoyándole, estarían de acuerdo en que Dunn era el villano aquí. Pero todo lo demás que Bryant había hecho significaría que iba a ser deshonrosamente destituido de la Guardia del Emperador.

Sin un clan al que regresar y sin medios para mantenerse a sí mismo y a Esther, ¿qué iba a hacer? Bueno, ella trabajaba y continuaría haciéndolo, pero él no sólo iba a ser un peso muerto que la retenía. Pero quizás eso era algo en lo que pensar más tarde.

—¿Qué demonios? —Viridi exigió cuando Bryant, limpio y vestido con uniforme azul, fue llevado ante él. —¿En qué demonios estabas pensando?

—¿Sobre qué, exactamente? —Bryant se obligó a mantener la calma. —Yo no secuestre a nadie. Dunn nos atacó a Esther y a mí y me la llevó a ella y a la humana Kayla para alejarnos de él. Después de eso todo se desmoronó, pero no tuve nada que ver con las muertes o...

Virdi levantó la mano. —Haré que alguien le tome declaración. Y estarás bajo arresto domiciliario hasta tu juicio.

—Pero Dunn...

—Yo me encargaré de Dunn. Estoy muy decepcionado contigo, Bryant. Se supone que eres más listo que esto. —Virdi señaló a James. —Sáquenlo de aquí.

Bryant abrió la boca, pero James le empujó. —¡Espera! Tengo una bala en mí, al menos haz que un médico venga a quitármela.

Virdi no lo miró. —Serás revisado. Ahora será mejor que te vayas porque no quieres que pierda los estribos ahora mismo.

Capítulo TRECE

Esther

Cuando Esther fue llevada a ver a Dominique, su amiga corrió hacia ella y la abrazó. La simplicidad del acto hizo que las lágrimas nublaran su visión y se aferró a Dominique. Había sido duro, pero ahora que habían vuelto, todo iba a salir bien. Ella podría contarle a su amiga lo que había pasado y Dominique se lo diría a Virdi y todo estaría bien. Derribarían a Dunn y reincorporarían a Bryant a la Guardia del Emperador...

Pero no lo harían, porque estaba casado. Con ella. E iban a seguir casados. Esther respiró hondo mientras se alejaba de Dominique. Casada. Sin planes para el futuro. ¿Seguiría Shane financiando su excavación después de lo que pasó? Especialmente ahora que iba a estar al lado de su marido.

—Gracias a Dios que estás bien. —La expresión de Dominique se endureció. —Me aseguraré de que ese traidor nunca...

—Si estás hablando de Bryant, no es un traidor —interrumpió Esther.

Dominique entrecerró los ojos.

—Mira, sé lo que parece, pero Robert Dunn le ha tendido una trampa. Lo sé porque lo dijo mientras intentaba matarme. Dunn estaba tratando de matarme, en caso de que no estuviera claro.

Esther se pasó una mano por su desordenado cabello. Se sacó una hoja y miró a Dominique a los ojos. Se lo contó todo, empezando por la noche en que ella y Bryant se emborracharon juntos. Para cuando terminó, la mandíbula de Dominique se había caído. Trueno comenzó a quejarse y ella lo alzó, y luego se sentó en el sofá junto a Esther con una expresión vidriosa.

—Entonces, Bryant no es un traidor —terminó Esther.

—Eso es... Ok. Así que no es un traidor. Me aseguraré de que Virdi oiga tu versión de la historia. ¿Pero todo lo demás? ¿En qué estabas pensando? Eres la persona más estable que conozco y te casaste con alguien que no conocías cuando estabas borracha, y luego te acostaste con él después de que te encerró? Ni siquiera lo conoces.

Esther se lo esperaba. —Te acostaste con Virdi cuando apenas lo conocías.

—Eso es diferente.

—¿En serio? Porque según recuerdo, te mintió, esencialmente te secuestró, intentó robarte...

Dominique la fulminó con la mirada. —Era diferente. No me metí en la cama con él pensando que iba a tener una vida feliz para siempre. No dejé que me convenciera de que me amaba cuando...

—Aun así te acostaste con él por razones débiles. No empieces a llamarme estúpida cuando no sabes cómo me siento. Incluso mientras estaba enloqueciendo por estar casada con él, realmente no quería anular nuestro matrimonio. Ese fue todo el lío lógico que siempre dejo que se interponga en mi camino. Pero lo amo. Lo amo. —Esther acarició el pelo suave de Trueno. —Igual que tú amas a Virdi.

—Virdi y yo somos compañeros. Pero Bryant ya tuvo una compañera, no puede tener otra.

—Y según la tradición en el clan de Virdi, no puedes ser su pareja porque no era virgen cuando se juntaron —respondió Esther gruñendo. Sabía que sería difícil para la gente entenderlo, pero

rápidamente se cansó de que Dominique se negara a ver lo que estaba pasando. Era extraño, sí, pero era verdad. —Todo esto de que como amó a alguien más significa que no puede amarme es una tontería y lo sabes. Él me ama y yo lo amo a él.

La frente de Dominique se arrugó. Ella agitó la cabeza pero no discutió más. Eso estuvo bien. Esther no estaba segura de cuánto podría seguir aferrándose a su temperamento si no aceptaba la verdad por lo que era. Un silencio espeso cayó entre los dos, y Esther se sacó otra hoja de su cabello.

—¿Dónde está Bryant ahora?

—Imagino que va a estar en una celda por el momento.

—¿Qué? ¡Pero él no mató a nadie!

—No se trata sólo de eso. Kayla y Shane ya dieron su testimonio y *los encerró*. Él no tiene la autoridad para hacer eso, y desde mi punto de vista, lo hizo para que su matrimonio contigo permaneciera en secreto.

Esther se puso de pie de un salto y caminó por la habitación. Su pecho se sentía apretado y caliente, sus dientes apretaban tan fuerte que casi podía oír sus molares rechinar. Ella no estaba segura de qué decir sobre esto ahora. Podría seguir discutiendo, pero puede que no sea lo mejor después de todo. Quizás era mejor dejarlo como estaba y permitir que las emociones se calmaran antes de intentar continuar la conversación.

—¿Y qué hay de Robert Dunn? Ya ha matado a gente y ha intentado matarnos a Bryant y a mí.

Dominique se puso de pie. —Toma a Trueno. Iré a hablar con Viridi. No estoy tan versada en la ley del dragón como me gustaría.

Esther aceptó al bebé y Dominique salió de la habitación. Una vez que estaba sola, la ira que le dificultaba respirar comenzó a disminuir. El calor del bebé en sus brazos tuvo un efecto calmante. Sus ojos oscuros se asomaban por las pestañas gruesas, y su pequeña boca arrugada se parecía mucho a la forma obstinada de Viridi de contenerse. El bebé pateó y movió una mano en el aire, gorjeando.

Cuando Dominique regresó, Esther estaba sentada en el sofá, balanceando suavemente al bebé mientras balbuceaba y gorjeaba.

—Hemos enviado gente a arrestar a Robert Dunn —dijo Dominique. —Y convencí a Viridi para que te permitiera argumentar a favor de Bryant.

—Gracias.

—No le dije a Viridi que te casaste con él. Pero tienes que saber que incluso si Bryant es indultado de los cargos de secuestro, rompió sus votos como parte de la Guardia del Emperador al casarse contigo. Va a tener que enfrentarse a las consecuencias de esas acciones.

Esther suspiró. —Si hubiéramos anulado el matrimonio a la mañana siguiente, ¿sería tan grave?

—No lo sé.

La puerta se abrió. Ambos se volvieron para ver a Kayla entrar. Corrió hacia Esther y la abrazó.

—¡Estás a salvo!

Esther reajustó a Trueno para poder abrazar a Kayla. —Y tú también. Me alegro.

La otra mujer se echó hacia atrás y una mueca cruzó su cara. —Podrías haberme hecho saber que no te había comido. Pensé que lo peor había pasado. Estaba segura de que nunca te volvería a ver, y luego estás aquí sosteniendo bebés y ¿estando perfectamente bien?

Hubo una breve pausa mientras Esther consideraba cuáles eran sus opciones. Eventualmente, sacudió la cabeza y le devolvió el bebé a Dominique. Por lo que había visto, Shane ya era muy

protector de Kayla. Si ella podía estar de su lado, entonces tal vez había una posibilidad de que ella pudiera aliviar la ira de Shane hacia Bryant.

—Debes saber que Bryant ya había decidido liberarte a ti y a Shane antes de que escaparan. No lo pensó bien y se arrepiente de haber llegado tan lejos. Sé que fue una situación aterradora, pero también lo fue para él. Sólo intentaba protegerse a sí mismo y al pequeño Trueno.

La expresión de Kayla se oscureció. —Oh, ¿en serio? ¿Estás segura de que eso es lo que iba a hacer y que no te estaba diciendo una frase?

Una mirada a la cara de Dominique mostró que ella sentía lo mismo. Esther sintió que la tensión comenzaba de nuevo y aspiró profundamente, forzándose a permanecer calmada. De acuerdo. Tenían razones para sospechar. No vieron el arrepentimiento en los ojos verdes de Bryant cuando se lo dijo. —Estoy segura.

—¿Y no lo dices sólo porque lo amas?

—No. —Esther agitó la cabeza con firmeza. —Mira, sé que es extraño y repentino y tú, Kayla, no me conoces, pero soy buena juzgando el carácter. ¿Verdad, Dominique?

Dominique asintió. —Sí. Tú lo eres. Por lo general, al menos. Pero los sentimientos pueden nublar la mente y...

—Esto no se trata de sentimientos.

Kayla levantó las manos. —En cierto modo lo es. Quiero decir, me he enamorado de chicos guapos que me dicen lo que quiero oír a menudo para saber que no importa lo lista que seas, no es difícil ser engañada. Así que, dime esto. ¿Te dijo que iba a liberarnos antes o después de que tuvieron sexo?

—Después.

Los ojos de Kayla se abrieron tanto que fue cómico. Se le cayó la mandíbula y parecía que tenía dificultad para respirar. —¿Qué? ¿Te acostaste con él?

Esther cerró los ojos y apretó el puente de su nariz.

—Supongo que te comió después de todo. Al menos, más le vale —murmuró Kayla—. Tuviste sexo con él. Mientras aún éramos prisioneros en su castillo. Sé que es sexy y todo eso, pero no tanto. ¿En qué estabas pensando?

—Si vas a quedarte ahí y avergonzarme por tener sexo con mi esposo -sí, es mi esposo- cuando ni siquiera sabes quién soy o cuáles son nuestras circunstancias, entonces puedes irte. ¿De acuerdo? Cuando corrí tras él ese día no me di cuenta de que la mujer con la que estaba era su cuñada. La hermana de su difunta esposa. Bryant y yo... —Era complicado de explicar pero sus sentimientos no lo eran. Desafortunadamente, no era como si pudiera hacer que las otras dos mujeres sintieran lo mismo que ella.

—Lo siento. —Kayla bajó la cabeza. —No quise decir nada. Y sé que acabamos de conocernos, pero ya pienso en ti como un amiga y me preocupo por ti.

Esther no quería aceptar eso, pero dada la situación, le pareció la mejor idea. Se volvió a sentar y asintió. En realidad, lo que más la enojaba era la preocupación, en lugar de que sus amigas actuaran de esta manera. Si sus situaciones fueran al revés, ella sería la primera en gritarles por ser tan estúpidas. Lógicamente, no tenía sentido. Pero ella sabía cómo se sentía.

—Iba a dejarles ir —dijo de nuevo. —Entró en pánico, pero es un buen hombre. Y toda la situación ocurrió por culpa de ese otro dragón, al que rociaste con tu spray para osos. Él es el verdadero villano aquí.

Kayla asintió seriamente, y luego una astuta sonrisa se extendió por su cara. —Entonces... ¿Te comió?

Un rubor caliente se levantó en la cara de Esther y ella se dio la vuelta, tratando de evitar la mirada de Kayla. ¡Honestamente! La chica necesitaba decidir si odiaba a Bryant o no. Aun así, esos eran detalles íntimos de su vida sexual que ciertamente no iba a compartir, ni con ella, ni con Dominique. El sexo era algo especial, y su intimidad con Bryant era especial. No era algo para compartir con todos.

—Vamos —dijo Kayla. —Es sexy, todos lo sabemos, ¿pero es bueno?

—Eso es entre él y yo —dijo Esther rápidamente. Su cara aún estaba caliente y enrojecida. — ¿Qué hay de ti y Shane? ¿Hay algo ahí?

Kayla miró hacia otro lado. —De acuerdo, lo entiendo. No hablaremos de tu vida sexual. Entonces, ¿tienes hambre? Me muero de hambre. No he comido desde esta mañana.

El estómago de Esther gruñó. —No he comido desde que dejamos la ciudad. ¿Dominique?

—Yo también tengo hambre. Haré que envíen algo. —Se quedó quieta, acunando a Trueno. Se dirigió hacia la puerta, y luego dudó. Se volvió hacia Esther con una expresión determinada. — Entiendo lo que dices. Lo que estás sintiendo. Pero debes que recordar que, independientemente de Robert Dunn o de sus intenciones, Bryant rompió sus votos y secuestró a dos personas. Habrá consecuencias, y no quiero que sientas que es tu culpa.

Esther abrió la boca pero la volvió a cerrar. Ella asintió a regañadientes, entendiendo lo que Dominique estaba diciendo. Bryant había hecho cosas estúpidas. Pero pase lo que pase a partir de aquí, lo enfrentarían juntos. Y estaría bien.

Capítulo CATORCE

Bryant

Había dos cosas a las que Bryant se aferraba mientras paseaba por la habitación escasamente amueblada que estaba sirviendo como celda en ese momento.

Una era que sin importar lo que pasara de aquí en adelante, Esther estaba a salvo. No había manera de que Dunn pudiera atravesar toda la Guardia para llegar a ella, especialmente desde que Virdí le aseguró que pasaba la mayor parte de su tiempo con Dominique. Ya que ella y Trueno eran los más fuertemente custodiados, eso significaba que Esther estaba rodeada de dragones que morirían por protegerla.

La segunda fue que Virdí y los demás le creyeron cuando dijo que no había matado a nadie. Esther lo había respaldado, y estaban buscando a Dunn para arrestarlo ahora. Era sólo cuestión de tiempo antes de que fuera llevado ante la justicia. Los dragones que habían sido asesinados no eran amigos de Bryant, pero eran colegas y hermanos de armas y él sólo quería destrozarse a Dunn por lo que les había hecho.

Al día siguiente de ser arrestado, un par de guardias sacaron a Bryant de su celda y lo llevaron ante Virdí. El Padre del Emperador estaba mucho más tranquilo ahora de lo que estaba cuando Bryant fue traído ante él por primera vez. El mismo Bryant estaba también más tranquilo, más dispuesto a aceptar cualquier castigo que se decidiera. Al menos sabía que no iba a ser condenado por algo que no había hecho.

—Dominique habló con Esther —dijo mientras hacía un gesto para que Bryant se sentara. — Dice que planeabas liberar a tus cautivos antes de que escaparan. Después de discutirlo con Dominique, he decidido que la continuación de este... evento quedará en manos de tus víctimas.

Bryant hizo una mueca con ese término. Era lo suficientemente preciso, supuso, pero llamarles víctimas se sentía tan mal. Como si hubiera cometido un crimen indescriptible..... De nuevo, lo cual era cierto bajo cierta luz. Había sido inmensamente estúpido y no estaba seguro de cómo iba a compensarlos.

Pero asintió. —Eso es justo. ¿Tengo la oportunidad de explicarme ante ellos?

Virdí hizo un gesto al guardia, que salió. Momentos después, Shane y Kayla entraron. Bryant se puso de pie, lo que fue recibido con un gruñido de Shane, pero por lo demás el otro dragón parecía bastante tranquilo. Kayla le frunció el ceño, pero rápidamente se fundió en una sonrisa mientras ella le miraba de arriba a abajo. Ella golpeó a Shane en el costado y movió sus cejas hacia él, lo que hizo que el dragón frunciera el ceño. Bryant miró entre los dos, sin saber lo que estaba pasando.

—Gracias por verme —empezó a dudar. —Sé que lo que hice estuvo mal y aterrador. Por favor, créame cuando le digo honestamente que no vi otra manera en ese momento. No quise lastimarlos a ninguno de los dos, y ciertamente no quería causarles angustia. Sé que lo hice —añadió rápidamente. —Y lo siento mucho.

—Está bien, de acuerdo. Así que entraste en pánico y enloqueciste. —Kayla se cruzó de brazos, volviendo a fruncir el ceño. —¿Significa eso que debemos perdonarte?

¿Qué le pasaba a esta chica? Frunce el ceño y luego sonrío y vuelve a fruncir el ceño.

Necesitaba decidir lo que sentía. Bryant trató de mantener sus pensamientos alejados de su cara, sabiendo que seguir antagonizándola era una idea muy pobre. Contempló la pregunta durante un momento antes de encogerse de hombros. Se había disculpado y no había nada más que pudiera hacer al respecto.

—Sinceramente, no te habría encerrado si no te hubieras enterado de Trueno. Sí, entré en pánico, pero era tanto miedo por el Emperador como por cualquier otra cosa.

Shane asintió. —Puedo entenderlo.

Kayla se giró hacia él. —¿Qué?

—Actuaba en defensa de su gente. Puedo entenderlo. Especialmente considerando que había sido atacado dos veces en tan poco tiempo. —Shane le miró durante un momento antes de sonreír un poco. —Me recuerdas a mi hermano menor. Acepto tus disculpas.

—¡Pero nos secuestró!

Shane se encogió de hombros. —¿Qué harías para proteger a la gente que te importa? ¿Qué harías por tu país? Aunque sus acciones estaban fuera de lugar, estaba defendiendo a su gente. No puedo condenar a un hombre por eso, aunque Virdi, deberías entrenar más a tu Guardia.

Bryant sonrió mientras asentía con la cabeza. Tal vez se necesite más capacitación.

—Bueno, no lo acepto —declaró Kayla. Se cruzó de brazos y levantó la nariz en el aire. —Especialmente no después de lo que le hizo a Esther. Ha estado llorando, totalmente desolada. No voy a perdonar a un hombre que usa a una mujer así y la tira a un lado como si fuera un zapato viejo y desgastado.

¿Usarla? ¿Llorando? Bryant se puso de pie de un salto cuando la ansiedad se apoderó de él. Cada instinto le decía que luchara para salir de esta habitación y encontrar a Esther, su pareja, su amor. Encuéntrala, consuélala, asegúrate de que no llore más. La sangre le golpeó en las orejas mientras se dirigía a la puerta, pero se detuvo.

Sé listo, se regañó a sí mismo.

—¿Dónde está ella? ¿Está herida?

—Sólo en la medida en que la hayas lastimado.

—Necesito hablar con ella. —Volvió a acercarse a la puerta. Después de todo lo que hablaron y del tiempo que pasaron juntos en el bosque, pensó que estaban en la misma página. Que estaban enamorados y que ella iba a trabajar en su matrimonio, igual que él. Dio otro paso, el corazón latiendo con fuerza. Sus fuegos saltaban y parpadeaban, saboreando humo en su boca. —No la usé, no... necesito hablar con ella.

Para su sorpresa, Kayla se rió de repente. Aplaudió y rebotó en el acto, una mirada alegre en su rostro. La miró fijamente, una vez más completamente confundido con ella. Parecía... triunfante. Sus manos se enroscaron en puños y aspiró profundamente y respiró un pulmón lleno de humo mientras intentaba calmar sus rugientes fuegos.

—Vale, estoy convencida. Y yo también me alegro. Porque Esther se merece a alguien que la ame.

—Espera... —La frente de Bryant se arrugó. —¿Estás diciendo que me estabas, qué, probando?

Kayla asintió, sonriendo de forma autocomplaciente. —Sí. Necesitaba asegurarme de que la amabas como ella te ama a ti. Y que no te casaste con ella mientras estaba borracha y la sedujiste como prisionera porque podías.

—¿Qué? —El rugido de Virdi soltó una profunda nube de humo, y su boca brillaba con una luz roja.

Shane instantáneamente agarró a Kayla y la empujó detrás de él para protegerla. Se puso en pie

y miró a Virdi con cautela. Bryant, por su parte, se quedó donde estaba, pero sus fuegos se intensificaron en respuesta a la amenaza. Virdi se apoyó en su escritorio con los ojos cerrados, el humo saliendo por las comisuras de los labios. Finalmente, se enderezó de nuevo y señaló la puerta.

—Fuera. Todos ustedes. Tengo que hablar con Bryant Chandler a solas. —Sus ojos se entrecerraron a furiosas rendijas mientras miraba a Bryant.

Virdi esperó hasta que los otros salieran y que la puerta se cerrara antes de caminar alrededor del escritorio. —¿Es eso cierto? ¿Te casaste con Esther?

¿No lo sabía ya? Por la ira de Virdi, estaba claro que no lo había sabía, pero eso mismo sorprendió a Bryant. Estaba claro que Esther se lo había dicho a Dominique y a Kayla. Entonces, ¿qué razón tenía Dominique para ocultar esa información a su pareja? Tal vez ella le estaba dando tiempo para decírselo el mismo a Virdi. Un gesto que él apreciaba si ese era el caso.

—Sí.

Virdi bajó la cabeza un momento. —¿Por qué?

—¿Honestamente? —Bryant se encogió de hombros. —Estaba borracho y no recuerdo realmente lo que estaba pensando.

—Borracho.

Bryant asintió. —Sé que mis acciones no han sido bien pensadas. He estado actuando irracionalmente y sin pensar bien las cosas. Con eso en mente, es mejor que me saquen de la Guardia. ¿O ya ha pasado el papeleo?

Virdi agitó la cabeza y lanzó las manos al aire. —Estaba esperando. Para ver si había una forma de mantenerte. Pensé que eras uno de los mejores hombres que tenía. Pensé... pero si vas y te casas con mujeres que acabas de conocer cuando estás borracho, no eres el hombre que pensé que eras.

Hubo una gran decepción en los ojos de Virdi, pero Bryant no dijo nada. Tal vez fue una elección de borracho, pero no iba a decir que Esther fue un error. Nada con ella fue un error. Excepto por encerrarla, eso sí. Todo lo demás era perfecto.

—¿Por qué no viniste a mí cuando recién te casaste con ella? Podríamos haber anulado el matrimonio y encontrado una forma de que mantuvieras tu posición.

—En ese momento pensé que era mejor que lo averiguara por mi cuenta. Pero ahora me doy cuenta de que es porque no quería que se anulara. La amo.

Los ojos de Virdi se abrieron de par en par.

—Nunca pensé que podría encontrar otra pareja. Pensé que sólo había una para nosotros. Que tuve oportunidad y que nunca volvería a encontrar la felicidad o el amor. Pero Esther... me hace querer continuar. Para ser un mejor hombre, un mejor dragón. —Bryant sonrió un poco, pensando en su hermosa humana con sus estúpidas gafas y su encantadora sonrisa. —La Guardia era mi vida. No tenía nada más. Estaba a la deriva hasta que la encontré. Pero ahora... Ahora veo todas las posibilidades que el mundo tiene para ofrecer. Quiero seguirla hasta los confines de la tierra y cavar en tierra y barro y encontrar cosas que no puedo entender pero que la harán feliz.

Una suave sonrisa se extendió por la cara de Virdi mientras la ira se disipaba. —Siempre he dicho que los dragones estamos demasiado atrapados en la tradición.

¿Significaba eso que iba a seguir siendo parte de la Guardia? Bryant no se atrevió a expresar sus esperanzas repentinas. Sí, él con gusto seguiría a Esther a cualquier lugar que ella fuera y él quería estar con ella más que cualquier otra cosa. Pero si había una forma de que pudiera tenerla y seguir en la Guardia, entonces eso sería lo mejor.

Viridi volvió a rodear su escritorio y se hundió en la silla que había detrás de él. —Si sólo fueran los secuestros, podría haberlo justificado. Pero considerando esta nueva información, no tengo otra opción que sacarte de la Guardia.

—Por supuesto. —Trató de no dejar que la amarga decepción lo llenara. —Lo entiendo, pero Dunn sigue siendo un peligro y...

—Un peligro del que me haré cargo.

Los dos hombres se miraron fijamente. Bryant no podía echarse atrás. Un reloj marcaba los segundos que pasaban. El olor a humo seguía siendo fuerte en el aire, pero sus propios fuegos volvieron a estar bajo control. Quizás un poco, pero no había peligro en que los soltara accidentalmente. Lo cual era bueno, ya que este estudio estaba lleno de papel, madera y otros materiales inflamables.

—Con el debido respeto —Bryant comenzó lentamente—, Dunn está tras de mí. Te atacó a ti, a Esther y a los demás por mi culpa. Quiere matarme y...

Viridi levantó la mano. La silenciosa orden irritó a Bryant, pero cerró la boca.

—Entiendo —dijo Viridi. —Ahora necesito que tú entiendas. Has sido comprometido. Estás demasiado cerca del tema. Dunn sabe lo de Trueno, pero ya no es tu trabajo protegerlo.

—Viridi...

—No hay nada más que discutir. —Viridi miró unos papeles en su escritorio y agitó la cabeza. —Haré el papeleo para que te retires voluntariamente de la Guardia. Entonces todavía eres elegible para tu indemnización por despido. Discutiré con Kayla y Shane los castigos que quieren para ti por secuestrarlos y encarcelarlos, pero estoy seguro de que puedo convencerlos de una sentencia leve, siempre y cuando mantengas la cabeza baja.

—Correcto. —Bryant se echó hacia atrás en su silla. Así que eso fue todo. Ya no era parte de la guardia y ahora no se le permitía ser parte de la protección de su gente contra Dunn. Aunque conocía al dragón mejor que nadie en la Guardia.

Viridi se detuvo un momento. Parecía tan cansado que Bryant sintió lástima por él. —Dominique y yo hemos estado hablando de dar a conocer pronto la identidad de Trueno. No queremos, pero dados estos eventos, podría ser lo mejor para su protección. Dejar que los clanes ofrezcan su apoyo.

Bryant bajó los ojos. Si lo hicieran, borraría cualquier posibilidad de que el niño tuviera una infancia normal. Y sería su culpa. Se pasó una mano por el pelo. —Dime cómo hacer esto bien.

—No creo que puedas. Ahora vete. Estoy seguro de que tu compañera querrá verte.

Capítulo QUINCE

Esther

Ya era hora.

Esther sólo pudo esperar a que la puerta comenzara a abrirse antes de lanzarse sobre ella, forzándose rápidamente a entrar. Bryant se paró del otro lado y la miró a los ojos mientras ella lo chocaba. Se echó hacia atrás, el calor corriendo hacia su cara mientras sus manos revoloteaban. Su estómago se retorció. Por supuesto, ella lo lastimaría tan pronto como lo volviera a ver.

—Lo siento —dijo ella. —Lo siento, lo siento. No fue mi intención.

Bryant se rió, cerró la puerta y la envolvió en sus brazos. —Silencio.

La besó con fuerza, causándole chispas en los labios. Su piel temblaba y su núcleo se tensaba. Cualquier preocupación de ella se había desvanecido mientras se apoyaba en él, abriéndole los labios. Si él estaba enojado con ella por lo que pasó, ciertamente no lo estaba mostrando. La presionó contra la pared y apoyó sus caderas contra las de ella antes de retroceder y agitar la cabeza.

—Lo siento. Necesitamos hablar y me estoy adelantando.

—No me importa. —Le mordió el labio inferior, y luego suspiró. Él tenía razón. Necesitaban hablar, y hacerlo así no iba a ayudar en nada. A regañadientes le arrancó los brazos de la cintura y le permitió dar un paso atrás.

Bryant tocó su mejilla. —En primer lugar, me alegro de que estés bien. Y sabes a rosbif, así que obviamente te están dando de comer.

—¿Querías que te traiga algo?

Agitó la cabeza. —Estoy bien, gracias. No tengo mucho apetito ahora mismo.

Se estremeció. —Es porque te sacaron desde la guardia, ¿no?

—No. Bueno... tal vez en parte. Pero-

—Lo siento.

Las cejas de Bryant se levantaron. —¿Por qué?

—Yo soy la razón por la que te echaron de la Guardia. Y sé lo mucho que significaba para ti. Así que, lo siento.

—Hey. —Bryant tomó su mano y la llevó a la cama, donde se sentaron y la envolvió con un brazo. —No lo sientas. No es culpa tuya. Yo fui quien se casó contigo cuando sabía que iba contra las reglas. Y en lugar de decir que sabías lo mucho que la Guardia significaba para mí, ¿por qué no piensas en lo mucho más importante que eres para mí, ya que estaba dispuesto a dejarlo sólo para casarme contigo?.

Esther se rió y escondió su cara en su hombro. Era un sentimiento imperfecto, pero dulce. Ella se acurrucó en sus brazos, solo la sensación de estar tan cerca de él ayudó a aliviar las turbulentas emociones que había estado teniendo desde que volvió aquí. Pero si no era eso de lo que quería hablar, ¿de qué quería hablar con ella?

Sus dedos peinaron el pelo de ella y suspiró. —Pero hay algo sobre eso...

Ella asintió, animándole a continuar.

—Bueno... no tengo trabajo. Mi indemnización por despido será suficiente para mantenernos un

tiempo, pero realmente no sé lo que voy a hacer después de que se haya acabado. ¿Sigue Shane financiando tu excavación? O también arruiné eso?

—No he preguntado. —Se echó hacia atrás un poco y frunció el ceño. —Y no... no me importa si se retira. Prefiero tenerte a ti que el financiamiento de un millón de excavaciones. Resolveremos esto. Tú y yo. Juntos. Parejas predestinadas.

Una suave sonrisa se extendió por su cara y se relajó. —Está bien, entonces. Entonces, ¿ése es nuestro plan? ¿Alegrarse de que nos tenemos el uno al otro y que venga lo que venga?.

—A mí me parece un buen plan.

Esther miró alrededor de la habitación. No era una muy cómoda. Además de la cama, sólo había un escritorio que tenía algunos libros y cuadernos, pero nada más para entretenerse. La alfombra estaba desgastada, claramente habiendo sido descuidada cuando remodelaron el resto de la casa. Una luz desnuda colgaba del techo, pero había suficiente luz entrando a través de las grandes ventanas, a pesar de que una delgada persiana las cubría, y que la luz ni siquiera estaba encendida.

A diferencia de la de ella.

Hablar estaba muy bien, pero honestamente, todo lo que ella necesitaba era lo que él ya había dicho. Que la amaba tanto que no le importaba si estaba en la Guardia o no. Y ella había dicho lo que quería decir, que incluso si no conseguía la excavación, tenerlo con ella era suficiente. Lo era. Juntos, los dos podían enfrentar cualquier cosa. Tener ese conocimiento le quemaba su interior, le hacía apretarse las entrañas y hacer cosas agradables mientras un fuego se encendía en su interior.

¿Es así como se siente ser un dragón? se preguntó mientras retorció sus manos en su pelo. —Te amo.

—Y yo te amo.

Sus grandes manos cubrían su cuerpo y Esther dejó que sus ojos se cerraran, saboreando la sensación de su tacto. Ella besó su cuello, luego su boca. Al abrir los labios, ella le reclamó la boca, imitando con su lengua lo que ella anhelaba que él le hiciera a ella. Un gemido gutural la recompensó por sus acciones y se movió un poco para poder montarse sobre él.

Ella presionó sus manos contra sus hombros y lo animó a recostarse antes de deslizarse por su cuerpo y tirar sus piernas sobre la cama para que estuviera acostado. No había mucho espacio para ella, pero eso no importaba. Con una sonrisa tímida, empezó a desabrocharle el cinturón.

—¿Eso crees, verdad? —Dijo con voz ronca. Sus ojos estaban oscuros de lujuria.

—Mm-hmm.

Bryant sonrió y levantó la cabeza con un brazo para mirarla. Su otra mano se envolvió en su oscuro pelo, apartándolo de su cara mientras ella le bajaba los pantalones. El corazón de Esther se hinchó, así como su núcleo, al ver sus ojos verdes mientras lo tomaba en sus manos. Sus caderas se inclinaron un poco, pero se quedó quieto. Había una parte de su cerebro que estaba nerviosa por esto, pero su excitación era demasiado para que pudiera darle importancia.

—¿Sabes qué hacer?

El calor se apoderó de sus mejillas. —Conozco la idea básica. He visto mucho porno.

Bryant se rió. —De acuerdo. Sólo para que lo sepas, no me gusta todo el largo. Sólo chupa la punta. No garganta profunda. Sé que no es agradable para la mujer y no me gusta de todos modos. Y asegúrate de usar la lengua. Las películas porno no muestran eso.

Sólo escuchándolo a él decirle qué hacer tenía el calor dentro de ella aumentando. Se desabrochó la camisa mientras ella le frotaba entre las manos, contemplando su tamaño antes de que ella se llevara la punta de él a la boca. Necesitó un poco de experimentación para encontrar la

presión que a él le gustaba, pero una vez que se estremeció, la cabeza hacia atrás, y le dijo que era perfecto, se sintió más segura. Ella movía la cabeza de arriba a abajo mientras él se quedaba en su boca asegurándose de que sus dientes no se acercaran a él. Su agarre sobre el pelo de ella se tensó, pero nunca hasta un punto de dolor.

—Esther —gimió. —Oh, mi Esther.

El sonido la hizo apretar los muslos juntos. Todo se estaba poniendo apretado, y ella tenía que tener algo de alivio. Mientras ella mantenía sus atenciones sobre él, se metió una mano en la cintura y encontró su propio placer. El gemido que salió de su garganta cuando empezó a acariciarse hizo que Bryant se endureciera aún más.

Hizo un ruido torturado, y Esther fue golpeada por un pensamiento repentino. Se sentó y prácticamente se arrancó la ropa, descubriéndose ante él. Bryant le sonrió, los ojos fijos en sus senos. Su corazón latía en sus orejas mientras ella se movía hacia arriba y lo apretaba entre sus muslos. Con una mano para mantenerlo en su lugar, ella empezó a moverse hacia arriba y hacia abajo, deslizándose un poco sobre él. Cada vez que ella bajaba, él la rozaba de una manera que la hacía temblar de placer.

—Te ves tan sexy así —gruñó Bryant, sentándose abruptamente. La agarró de las caderas y la tiró contra él, con su polla todavía apretada entre sus cuerpos. Otro gruñido mientras empezaba a moler, haciendo explotar fuegos artificiales detrás de su cabeza. —Te deseo. Quiero estar tan dentro de ti que no puedas decir donde terminas y yo empiezo. Quiero ser el único hombre que sepa a qué sabes, a qué hueles, a qué sientes.

Esther se aferró a él, gimiendo mientras sus palabras hacían que las cosas se tensaran aún más. Era demasiado, ¿cómo podía soportar esto sin que la liberaran? —Llévame.

Enterró su cara en el cuello de ella, rechinando con una presión más firme sobre ella. Los dedos de Esther se clavaron en su espalda. De repente la volteó para que se acostara de espaldas. Bryant se echó hacia atrás, metió un dedo dentro de ella, y luego sonrió. Mirándola a los ojos, él la empujó. Más rápido que la primera vez que habían hecho el amor, pero tan lento que Esther pensó que se volvería loca con la espera.

Y entonces empezó a moverse.

Esther gritó, su espalda arqueada mientras él la empujaba. Golpes firmes y constantes que apenas le permitían acostumbrarse a uno antes de que el siguiente fuera sobre ella. La empujó más y más fuerte. Sus ojos giraron en la parte de atrás de su cabeza y sus dedos rastrillaron su espalda. Ella plantó sus pies en la cama y lo emparejó empuje a empuje, gritando cada vez que se juntaban, cada vez que él se encontraba completamente sentado en ella. El aliento la dejó y ellos se quedaron en silencio, moviéndose juntos, tan cerca y tan al unísono que ella no sabía dónde terminaba y él comenzaba.

Pasaron horas antes de que terminaran. Esther se derrumbó sobre la cama, jadeando y aferrándose a él, sintiéndose totalmente agotada. Una somnolienta sonrisa se extendió por su cara mientras pasaba sus manos por los contornos esculpidos de su pecho y abdominales. Cuando llegó a una cicatriz arrugada, de repente recordó que le habían disparado y se apartó.

—¡Te dispararon y estás sangrando internamente! —gritó ella.

Bryant saltó, y luego se rió. La empujó hacia él y agitó la cabeza. —No. No, mi amor. La bala fue extraída y me he curado. Una buena comida, algo de sueño y una inyección de adrenalina. Estoy bien. Estoy bien. De lo contrario, no habría hecho esto.

Esther soltó un respiro de alivio y se recostó sobre él. Ahora que ya no se esforzaban más, el sudor que cubría su cuerpo comenzaba a sentirse frío y ella los cubrió con una manta, atrapando el

calor de Bryant con ella. Ella volvió a recostar su cabeza sobre su pecho y sonrió.

—Entiendo por qué a la gente le gusta tanto el sexo. Por qué no pueden vivir sin eso. Nunca pensé que era mi lugar juzgar a otros por tratarlo como un caramelo, pero ahora lo entiendo. No son... dulces. Es como una comida gourmet.

—A veces es como un caramelo. Otras veces una comida. A veces como sobras de hace tres días. —Bryant se besó la parte superior de la cabeza. —Pero tengo la sensación de que tú y yo tenemos mucho que...

La puerta se abrió de golpe. Esther gritó, subiendo las mantas. Dominique entró corriendo, sus tonos normales de cedro estaban pálidos, sus ojos abiertos y salvajes. —Llamaron a Viridi para que vaya a otro clan y no contesta al teléfono. Algo ha pasado, lo sé. Bryant, sé que no tengo derecho a preguntarte...

Tiró las mantas y se puso en pie de un salto, buscando su ropa. Si Dominique estaba avergonzada por entrar así, no lo demostró. Sus manos se retorcieron mientras Bryant se vestía. Las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—¿Adónde se fue?

—Shane te llevará allí.

Bryant asintió y salió corriendo de la habitación. Esther se sentó, agarrándose las mantas a su pecho. ¿Qué se supone que debía decir cuando estaba desnuda y acababa de tener sexo? —Estoy seguro de que todo va a salir bien.

—Lo siento. —Dominique le dio la espalda. —No sabía qué más hacer. No puedo enviar a nadie más, necesitamos a la Guardia aquí para Trueno. No puedo ayudar... Oh, Dios. ¿Y si Dunn estaba usando a Bryant como excusa para acercarse a nosotros? ¿Y si realmente estaba detrás de Trueno?

El temor cayó en la boca del estómago de Esther, pero ella lo hizo a un lado. Agarró su ropa y empezó a vestirse. —No podemos entrar en pánico. Lo que sea que haya pasado, estoy seguro de que Viridi está bien. ¿Y si Dunn está intentando algo? Bueno, no tiene ninguna oportunidad contra nuestros dragones. Volverán antes de que te des cuenta, ya lo verás.

Por favor, Dios, déjame tener razón.

Capítulo DIECISÉIS

Bryant

A pesar de sus heridas anteriores, Bryant superó a Shane y llegó al lugar donde Viridi debía reunirse con el otro clan mucho antes que el otro dragón. Una docena de los de la Guardia estaban dispersos alrededor de un enorme campo. Algunos de ellos aún estaban en sus formas de dragón, pero la mayoría eran humanos de nuevo, yacían sangrando y retorciéndose en el suelo mientras otros los golpeaban. La tierra se llenó con el enemigo, treinta o cuarenta fácilmente. Muchos de ellos también estaban incapacitados, pero aún quedaban bastantes en pie.

Bryant encontró a Viridi bastante rápido. Estaba clavado al suelo por media docena de dragones en forma humana. Su torso estaba desgarrado y sangrando, pero aun así golpeaba. Robert Dunn se paró sobre él con una larga lanza negra en sus manos. La levantó y Bryant se tiró encima.

Dunn miró al desafiante rugido que Bryant soltó. Sus llamas quemaron su garganta y salieron disparadas en una explosión. Usando su peso para embestir a Dunn y a los otros dragones, Bryant liberó a Viridi de sus ataduras. La fuerza del golpe le hizo rodar dos veces antes de detenerse, el padre del Emperador entre sus garras a salvo.

—Bien, hombre —jadeó Viridi mientras tropezaba libre. —Tú te encargas de Dunn, yo me encargo del resto.

¿Eso fue arrogancia o una broma? De cualquier manera, Bryant torció su cuerpo mientras los dragones atacaban, dándole a Viridi suficiente tiempo para cambiar a la forma de su dragón. Sacó su larga cola verde, la espiga que tenía al final clavada en el pecho de uno de sus atacantes. Bryant dio latigazos, atacando a Dunn. La lanza cargó contra él a través del aire; Bryant la cogió entre los dientes y la partió por la mitad con un mordisco.

Dunn gruñó y saltó, transformándose en el aire. Una docena de dragones más corrieron hacia ellos, abandonando a la Guardia herida o moribunda donde yacían. Bryant golpeó la cara de Dunn con sus garras y luego se acercó a Viridi. Se enfrentaron a sus enemigos espalda con espalda. Viridi soltó un estallido de llama tan verde como sus escamas y un pequeño dragón blanco aulló y se echó hacia atrás, arañando las escamas derretidas de su pecho. La mirada de Bryant permanecía en Dunn, pero era consciente de que los otros se acercaban a ellos. Una docena contra dos, uno de los cuales tenía las alas desgarradas y sangraba mucho.

No había forma de que pudieran ganar.

Una mancha azul cayó del cielo, cayendo sobre la espalda de un enorme dragón negro. Una llama surgió de la boca de Shane mientras sus garras rastrillaban los costados del negro. Dos de los otros saltaron hacia él y Bryant se lanzó entre ellos, soltando otra bola de fuego mientras golpeaba su cola. Las escamas volaban en el aire.

Un dragón rojo chocó contra el costado de Bryant. Garras clavadas en su estómago y soltó un rugido de dolor. Golpeando alrededor, aplastó sus dientes contra el cuello del rojo. Sangre amarga y metálica golpeó su lengua y se desgarró, llevándose un trozo de carne con él. Lo escupió y envió una pequeña llamarada a la herida del cuello del rojo. Aulló y gritó de dolor, alejándose de él. Uno de bronce con un color similar al suyo se le acercó mientras el blanco derretido le atacaba. Abrió sus alas, soplando al bronce y luego agarró al blanco y lo lanzó contra el otro. Siguió con

picos en el pecho del bronce.

Dunn le envió una bola de fuego, pero Shane volteó sobre el dragón negro para bloquearlo. El ex-SEAL entonces rodó sobre su hombro, terminando al patear con sus patas traseras al dragón azul que estaba montado en Viridi, mordiéndole el cuello. La fuerza derribó el azul de Viridi, y Bryant saltó sobre el negro sibilante para clavar uno de sus codos en el flanco del azul.

Se giró para enfrentarse a Dunn, pero cinco dragones más estaban entre él y su presa. Dos de los guardias habían logrado pararse y se enfrentaban a él. Shane y Viridi llamaron y Bryant se tomó un breve segundo para echar un vistazo. La mayoría de la Guardia se estaba levantando, animada por sus victorias. Bryant lanzó un aullido triunfante y se enfrentó de nuevo al dragón más cercano, el pequeño blanco. Se le escapó de las manos como un fantasma y rodó bajo su vientre, pateando con los pies arañados.

El dolor le atravesó el vientre y Bryant se arrojó hacia abajo, aplastando al dragón más pequeño bajo su peso. Chilló y salió rodando, y luego lo agarró por el hombro. Le arañó la cara. La tiró a un lado, enviándola a navegar por el campo de batalla donde se acurrucó y no se volvió a levantar. Bryant sacudió el dolor mientras la adrenalina bombeaba a través de su sistema. Su mirada se volvió a centrar en Dunn.

Shane derribó al dragón de bronce, y detrás de él, Viridi atacó a uno verde claro. El humo salía de las fosas nasales de Bryant mientras se dirigía hacia su enemigo. Dunn tiró a uno de los guardias y se volvió hacia él.

Se encontraron con un choque de garras y llamas. Sangre y escamas derramaban el aire mientras los dos luchaban. Bryant echó toda su fuerza en esto, desgarrando la cara y la garganta de Dunn. La ira hervía su sangre y todo lo demás desapareció. Las palabras resonaban en su mente una y otra vez.

Proteje a su pareja.

Esther nunca estaría a salvo mientras Dunn viviera. El otro dragón agarró su garganta y Bryant alcanzó con ambas manos con garras. Sintió como las garras pinchaban a través de la escama y apretaban. Cada vez era más difícil respirar mientras los dientes de Dunn apretaban más fuerte. Apretó. Manchas blancas y negras estallaban sobre su visión. No aflojó el agarre. En algún momento, pensó que su enemigo aflojaba, pero ya era demasiado tarde. La oscuridad bañó su visión.

Cuando abrió los ojos, se encontró en una habitación gris pálido. El dolor atravesó su cuerpo, pero le dio la bienvenida. El dolor significaba que aún estaba vivo. Con una mueca de dolor, se las arregló para ponerse de pie. Estaba en su “celda” aunque no estaba solo. Viridi y Dominique, sosteniendo al pequeño Trueno, estaban sentados en el escritorio y Esther estaba al pie de su cama.

—¡Estás despierto! —Esther se arrojó sobre él, y él apenas pudo atraparla. —No vuelvas a hacerme eso nunca más, pensé que estabas muerto. No te movías y... y... —Ella lo abrazó fuerte de nuevo. —Te amo, te amo, te amo.

Bryant la sostuvo fuerte, cerrando los ojos. El dolor ya estaba empezando a disminuir, aunque eso podría deberse a que tenía cosas más importantes en las que pensar. A pesar de que él sabía que ella no había estado en la batalla, él quería examinarla, pasarle las manos por encima de cada centímetro de su piel para asegurarse de que todavía estaba de una pieza. Sus ojos se cerraron

mientras respiraba el olor de ella.

—Estoy bien —le dijo. —Estoy bien.

Ella se echó hacia atrás y le tomó la cara con las manos. —Estaba tan asustada...

Desde el escritorio, Virdi aclaró su garganta. —Nos diste a todos un buen susto, Chandler. Eres un hijo de puta con suerte, eso es seguro. Nos llevó una hora sacarte de Dunn. Está muerto, por cierto. El resto de su gente están bajo custodia. Y te debo la vida.

Esther se inclinó hacia el lado de Bryant. —Y eso significa que puede volver a la Guardia, ¿verdad? Ha demostrado su lealtad.

—Te amo —susurró Bryant al oído. —Pero sabes que no va a funcionar así.

—¿Y por qué no?

—Las reglas existen por una razón —dijo Virdi en voz baja. —Por mucho que me gustaría romperlas en este caso, piensa en lo que podría suceder en el futuro. La seguridad de Trueno es lo más importante del mundo. Si dejas que Bryant vuelva a la Guardia cuando tiene pareja y esposa, entonces se abrirá el camino para que otros entren. Y eso los hace vulnerables. Sé que Bryant actuaría honorablemente en todas las situaciones, pero si otra persona y su pareja fueran secuestradas?

Esther suspiró. —Entiendo el punto.

—Está bien —le aseguró Bryant. Le apretó la mano. —Lo dije antes y lo diré de nuevo. Te seguiré hasta el fin del mundo.

—Bueno, supongo que eso es bueno. —Esther le acarició la cara. —Porque Shane todavía está financiando mi excavación y probablemente me vaya a Centroamérica dentro de unos meses. Quiero decir, si es lo que quieres.

La sonrió y la besó. —Si es lo que quieres, entonces es lo que yo quiero.

Estaban por besarse, pero Virdi volvió a aclararse la garganta y los hizo mirar hacia arriba. Dominique sonrió a ambos, haciendo rebotar suavemente a Trueno. ¿Cuándo querría Esther tener hijos? Era algo de lo que probablemente ya deberían haber hablado... ¿y si sus visiones del futuro no se alineaban? *Lo superaremos.*

—Como yo decía —dijo Virdi con una sonrisa—, hay reglas contra un dragón con un compañera para formar parte de la Guardia del Emperador. Sin embargo, no hay tales reglas en contra por ser parte de la guardia para proteger a la Madre del Emperador. Y ya que Dominique está decidida a unirse a tu compañera en esa excavación, me preguntaba si te gustaría el trabajo como jefe de guardia.

¿Hablaba en serio? La mandíbula de Bryant se cayó mientras los miraba fijamente. Tanto Dominique como Virdi parecían satisfechos, como si hubieran encontrado la solución a todos sus problemas. La gratitud se llenó dentro de él y asintió, encontrándose extrañamente sin respirar. Incluso después de todos estos estúpidos errores, le confiaron un papel tan importante.

—Me sentiría honrado. Te juro que te serviré con todas mis fuerzas.

—Bien. —Dominique se puso de pie. —Trueno necesita un cambio, pero Virdi se pondrá en contacto contigo para darte más detalles.

Bryant volvió a asentir con la cabeza, dándoles las gracias en voz baja al salir de la habitación. Esther cerró la puerta tras ellos y se volvió hacia él. Ella le sonrió como si él fuera lo mejor que ella había visto y corrió hacia él. Sus brazos se enrollaron alrededor de él, entonces sus labios se encontraron con los de él. La bebió con impaciencia, sin importarle lo golpeado que había estado en la pelea.

Eventualmente, sin embargo, se alejó. —Estaba tan preocupada. Pero supongo que eso es lo que

pasa cuando estás casada con un dragón noble y valiente que no se retira y no se rinde.

Bryant rozó sus dedos sobre sus labios. —Intentaré no volver a meterme en estos líos. Pero Dunn está muerto. Por fin puedo librarme de él.

Y se sentía libre. Sin ese peso. Después de tanto tiempo, ese peligro, esa disputa, por fin había terminado. Miró a su pareja y no pudo evitar pensar que Shaya también la hubiera amado. Los tres habrían sido compañeros. La besó de nuevo y sonrió. —No puedo esperar a presentarte a mi familia... bueno, la familia de Shaya. Creo que te amarán.

—Y no puedo esperar a presentarte a mi familia. Van a enloquecer, pero una vez que se aseguren de que no estoy embarazada, todo irá bien.

—Hablando de embarazadas...

Los oscuros ojos de Esther se abrieron de par en par. —¿Lo estoy?

—No lo sé. ¿Por qué iba a...?

—Pensé que los dragones podían olerlo o algo así.

Bryant se rió. —No. Bueno, algunos dragones pueden. Pero iba a preguntarte cuántos hijos querías tener. Cuando empecemos a tener hijos.

—Seis. —No hubo vacilación mientras ella respondía.

—¿Seis?

Esther se mordió el labio. —Siempre quise tener seis hijos. ¿Es demasiado para ti?

—No. —Bryant la confortó. Era algo enorme, y él estaba contento de que estuvieran en la misma página. —Nunca pensé en los números exactos, pero siempre supe que quería una gran familia. Seis suena absolutamente perfecto. —La besó. —Entonces, tenemos nuestro futuro planeado. Vamos a viajar juntos mientras tú vas a las excavaciones y yo cuido a Dominique mientras ella está en tu excavación contigo y tendremos seis hijos. ¿Cuándo quieres empezar a intentar tener un bebé?

Ella le mostró una sonrisa malvada y se sentó sobre él. —Ahora mismo, si te apetece.

Bryant agarró sus caderas mientras empezaba a rechinar. No necesitaba pensar más en ello. —Estoy de acuerdo, nena.

FIN

EL PREMIO SECRETO DEL DRAGÓN

Capítulo UNO

Kayla

Aquello no podía estar pasando.

El corsé le pinchaba las costillas mientras el fierro la apuñalaba en la axila. Kayla ni siquiera podía respirar; aquella cosa estaba demasiado apretada. En algún lugar de su mente se sentía agradecida por la falda de encaje que le llegaba hasta la mitad del muslo, porque las bragas que le pusieron ciertamente harían muy poco por proteger su modestia.

No era la primera vez que se preguntaba cómo había llegado hasta allí. Todo brillaba a su alrededor. Demasiado. Lo que sea que le habían dado para dejarla inconsciente aún le enviaba rayos de dolor al cerebro. Las caras, tanto masculinas como femeninas, eran borrosas. Murmuraban entre ellas, pero no era ningún idioma que ella conociera. Uno de los hombres le tocó disimuladamente uno de sus pechos, que se habían convertido en unos globos gigantes bajo de su barbilla, y ella lo golpeó, pegándole justo en el estómago.

Kayla sonrió, pero su victoria fue efímera cuando el hombre levanto la mano, listo para devolverle el golpe.

—No te atrevas a poner una marca en el premio —dijo una voz masculina desde algún lugar detrás de ella.

—¿Qué está pasando? —preguntó Kayla. Su voz salió áspera y aterrorizada, pero al menos no se le quebró—. ¡Déjame ir ahora mismo o te enterarás!

—No seas tan dramática —dijo una de las mujeres—. Y quédate quieta para que pueda arreglarte el pintalabios. Se te ha corrido.

Kayla le dio un cabezazo a la mujer, pero un par de brazos la agarraron por detrás. Lo siguiente que supo fue que estaba tratando de no vomitar, sentada en una silla parecida a un trono bañado en oro falso mientras le ataban las muñecas y tobillos al mueble. Las mujeres la rodearon con sábanas de gasa, escondiendo las cuerdas. Uno de los hombres le mantuvo la cabeza inmóvil mientras le arreglaban el maquillaje.

La voz de antes volvió a hablar.

—Relájese, señorita Tucker. Si se comporta, saldrá de ésta sin que nadie pruebe su carne.—

Se le revolvió el estómago de nuevo. Tuvo que tragar la bilis mientras consideraba su situación. ¿Cómo había llegado hasta allí? La cabeza empezaba a aclarársele, dejándola recordar lentamente lo que había pasado.

Llevaba en Canadá casi una semana, ayudando a su amiga Esther Durant con su excavación arqueológica. Aunque el plan era hacer algo de arqueología subacuática en la costa de América Central en algún momento, Esther había decidido foguearse en una excavación más pequeña en el bosque boreal de la Columbia Británica. Los estudiantes iban a llegar cualquier día de aquéllos, y Kayla había ido a la ciudad a relajarse.

Y ahí fue donde conoció a Gordon Hunt. Un rubio alto y guapo con la barbilla hendida y ojos destellantes. La había invitado a su club y ella había aceptado. Y luego se había despertado allí.

«¡Idiota!». Podría haberse pateado ella misma. «Vas a ser asesinada y acabarás en las noticias de las cinco, y a nadie le importará porque fuiste un idiota».

Bueno, ser asesinada le enseñaría la lección. Mira que pensar que un hombre súper guapo podría estar interesado en ella.

Oh, Dios.

Iba a ser asesinada.

Forcejeó contra las cuerdas que la inmovilizaban, pero ya era demasiado tarde. Estaba bien atada, y no había forma de salir de aquello. Su aliento se convirtió en una serie de jadeos mientras miraba a su alrededor, buscando desesperadamente un rostro comprensivo. ¿Por qué estaban todos ahí parados? ¿Era una especie de culto? ¿Cómo saldría de aquella? El corsé, la tela de gasa... ¿era una sesión pornográfica? Sintió arcadas, pero no salió nada.

—Cálmese. —Un hombre la rodeó. Pelo rubio. Constitución musculosa. Gordon Hunt.—Señorita Tucker, no le harán daño. Sólo necesitamos un par de buenas fotos tuyas para calentarle la sangre al boxeador. —Puso una corona de oro que parecía griega sobre su cabeza—. Ahí. Perfecto. Ahora... No será virgen, ¿verdad?

La ira se disparó a través de su sangre. Se le cerraron los puños mientras volvía a luchar contra sus ataduras. Sin nada más que hacer, escupió al hombre. La saliva y el ácido estomacal cayeron sobre sus zapatos de cuero negro. Los ojos de Gordon se entrecerraron y sus fosas nasales se dilataron. Unos finos rizos de humo se escaparon de entre sus labios y Kayla abrió los ojos de par en par.

Un dragón.

¡Mierda, mierda, mierda, mierda!

Hubo unos destellos, indicando que las estaban tomando las fotos, pero no le importó.

Ya había interactuado con dragones antes. La mayoría eran altos, musculosos y completamente deliciosos, pero no eran humanos, aunque sus razas podían cruzarse. Los dragones tenían sus propias culturas, sus propias maneras de ver el mundo. Fuera lo que fuese que estaba pasando, y que Gordon estaba tramando, no podía pensar en ello en términos humanos.

—¡Ayuda! —gritó—. ¡Que alguien me ayude!

Gordon se rió.

—¡Escúchala! Debería haber traído un premio hace mucho tiempo.

Algunos de sus secuaces parecían incómodos, pero la mayoría se rieron con él. Las lágrimas comenzaron a correr por la cara de Kayla.

—Por favor, no lo hagas —suplicó, sin importarle en aquel momento que no supiera lo que habían planeado para ella—. ¡Por favor!

—Me encantan las súplicas. —Gordon se volvió a reír—. Sigue llorando, querida. Puedo usar eso. Pero no hay ningún príncipe azul que vaya a venir a salvarte.

Las puertas se abrieron y el príncipe azul entró corriendo.

Era más alto que cualquier otra persona en la habitación, con músculos sobre músculos que avergonzarían a un fisicoculturista profesional. Sus labios estaban rígidos, mostrando los dientes. Los ojos le ardían. Agarró a uno de los enormes hombres vestidos con trajes y lo lanzó al otro lado de la habitación sin ningún esfuerzo. El corazón de Kayla le subió a la garganta cuando su héroe emitió un rugido y atacó a través de la masa de gente.

—¡Shane!

Algo redondo y frío se apretó contra su sien. Shane se detuvo. Los ojos de Kayla se encontraron con los suyos. Todo lo demás parecía borroso a su alrededor, pero su cara permanecía nítida.

—Bájala —gruñó Shane—. No me iré sin ella.

Uno de los matones de Gordon golpeó a Shane en el riñón. Éste cayó de rodillas, pero Gordon

hizo un ruido de enojo y el matón retrocedió.

—Mira, quienquiera que seas... —Gordon se alejó de Kayla, pero el arma permaneció apretada contra su sien. Eso significaba que la persona que la sostenía era otra—. No me quitarás a mi premio. Si la quieres, vas a tener que luchar y ganártela-

Frente a ellos, un televisor se encendió. Mostraba un gran cuadrilátero lleno de hombres. Algunos de ellos estaban haciendo estiramientos, otros practicando puñetazos y golpes. Y de repente Kayla entendió exactamente lo que estaba pasando, lo de ser un premio, la poca ropa que llevaba, las insinuaciones clandestinas. Gordon Hunt dirigía una red de peleas clandestinas e iban a luchar para reclamarla como premio. ¿Y después de que la reclamaran?

«Dijo que no probarían mi carne». Quiso desmayarse. «Está mintiendo».

—Dame a la chica y no habrá más problemas —gruñó Shane.

—Creo que no. Me debe una deuda.

—¿Qué deuda? —Kayla no pudo contenerse—. Nunca te he visto en mi vida y no te debo nada...

El arma se apretó más contra su piel, haciéndole guardar silencio.

—Sea cual sea su «deuda», puedo pagarla. —Shane levantó las manos—. Dámela ahora mismo, o te prometo que te arrepentirás.

Gordon ladeó la cabeza.

—Hmm. ¿Un dragón siendo tan protector con un humano? ¿Qué, es tu compañera?

Shane gruñó, pero no dijo nada. Kayla abrió la boca, pero la volvió a cerrar. Su primera reacción fue decir que sí, pero no tenía ni idea de cómo reaccionaría Gordon ante aquello. Los compañeros entre dragones eran más que marido y mujer; estaban unidos a nivel espiritual. No estaba del todo segura de cómo funcionaba todo, pero había conocido a mujeres con compañeros dragón. Los dragones harían cualquier cosa por ellas.

Al cabo de un rato la postura rígida de Shane se relajó. Inclino la cabeza en dirección a Gordon.

—Bien. Lucharé por ella.

Gordon hizo un ruido complacido y señaló a uno de sus matones, que empujó a Shane. El dragón miró hacia atrás, dirigiéndole una pequeña sonrisa a Kayla antes de desaparecer de la vista. Gordon aplaudió y se frotó las manos, con una mirada alegre en la cara.

—Esto es magnífico —ronroneó—. Hacía tiempo que no me divertía tanto. ¿Crees que tu novio será capaz de hacer algo? Ciertamente parece duro.

Kayla trató de ignorarlo. Le quitaron la pistola de la cabeza, haciendo que jadease aliviada, pero duró poco. Ahora que Shane iba a entrar al cuadrilátero, estaba sola otra vez. Con aquella gente. ¿Y si perdía? ¿Qué les pasaría entonces? Luchó por no llorar. Gordon ordenó cortar las cuerdas, pero una mirada suya la mantuvo sentada en la silla. Las sábanas de gasa no hacían mucho para protegerla de los ojos que la miraban, pero se cubrió lo mejor que pudo de todos modos. Le temblaba el labio inferior, aunque se dijo a sí misma una y otra vez que no iba a llorar.

—¿Cómo funcionan estas peleas? —se las arregló para decir. El temblor seguía presente en su voz, pero al menos podía hablar.

—Muy sencillo: reúno a un grupo de hombres y les digo que peleen. Solía hacer que pelearan uno contra uno, pero se volvió muy aburrido. Si quisiera ver algo así, todo lo que tendría que hacer sería encender la televisión. Ahora prefiero un enfoque más tipo gladiador. Dales algo por lo que luchar y que se hagan pedazos los unos a los otros.

A Kayla se le encogió el estómago.

—¿Quieres que mueran?

Gordon se encogió de hombros.

—Aún no ha muerto nadie, al menos no en el ring.

Se rió, haciendo que los escalofríos le recorriesen la espalda. Aquel tipo era un psicópata, no había otra explicación. Sus ojos volvieron a la gran pantalla del televisor. Todos los hombres estaban parados alrededor del cuadrilátero, y Shane entró. Sin camisa, con los músculos brillando bajo las luces. Kayla se inclinó hacia delante, como si pudiese protegerlo a base de pura fuerza de voluntad.

Hubo un fuerte ruido, como un disparo. Kayla dio un salto, conteniendo un grito a duras penas. Los hombres se lanzaron unos contra otros. Shane desapareció de la vista.

—No hagas esto —suplicó, buscando a Gordon con la mirada—. Es rico, es multimillonario. Shane Freeman. ¡Puede pagarte lo que quieras!

Uno de sus matones la agarró y la empujó de nuevo a la silla. La sostuvo allí mientras los hombres en la pantalla se golpeaban entre sí. Shane apareció brevemente cuando le dieron una patada en la rodilla. Le salía sangre por la nariz.

Kayla se agarró a los brazos de su silla y trató de no gritar.

Capítulo DOS

Shane

Un primer golpe como aquél podría haber significado el final de la pelea para él.

Shane apretó los dientes mientras el dolor explotaba y le recorría la rodilla. Sabía que sus procesos naturales de curación se pondrían en marcha de inmediato para reparar la lesión, pero no tenía tiempo para dejar que hicieran su trabajo. Sus llamas ardían en su estómago, aportando fuerza, listas para explotar en cualquier momento, pero no tenía ni idea de quiénes eran aquellos hombres ni de por qué estaban allí. No podía arriesgarse a herir a personas que habían sido chantajeadas o forzadas a entrar en aquel ring.

Se le acercó uno de los hombres con el puño envuelto con unas cadenas. Shane esquivó el golpe y aprovechó la apertura le dio con un puñetazo en el estómago. El hombre palideció y se encorvó, pero siguió azotando salvajemente el aire con las cadenas. Shane bloqueó el metal con el brazo, gruñendo cuando le marcó la piel. La sujetó rápidamente con el brazo y le dio un fuerte tirón, haciendo caer al hombre al suelo y dándole un rodillazo en la cara.

Aquello lo dejaría fuera de servicio por un tiempo.

Aprovechando la oportunidad de descansar, Shane se apartó de la lucha. Los hombres se peleaban como perros rabiosos. Si esperaba al margen, esperando a que se cansaran...

No hubo suerte; dos hombres más se acercaron a él. Shane inhaló por la nariz. La adrenalina se disparó, pero se concentró, calmando el deseo de cambiar a su forma de dragón y quemarlos a todos. Con las cadenas alrededor de sus propios puños, se encontró con sus atacantes en el aire. Varios luchadores más comenzaron a volverse hacia él, pero dejó de lado cualquier temor o ansiedad y los derribó uno a uno hasta que fue el único que se mantuvo en pie.

El sudor y la sangre le goteaban por todo el cuerpo. Tiró las cadenas al piso.

Movió los hombros para aliviar el dolor y miró hacia arriba, encontrando rápidamente una cámara.

—¡Dámela! —rugió.

Se oyeron vítores y gritos a su alrededor; fue entonces cuando se dio cuenta de que la arena en la que habían estado luchando no tenía paredes sólidas como había pensado. En su lugar, se trataba de una rejilla de malla que permitía a los espectadores ver al mismo tiempo que los protegía de la lucha en sí. Había una gran imagen de Kayla sentada en el trono dorado, elegantemente vestida y con el cuerpo apenas cubierto. Si la habían fotografiado en el momento justo o si la habían alterado digitalmente, él no lo sabía, pero no parecía asustada. Se veía sensual, con una mirada provocativa en el rostro.

La pantalla parpadeó y las luces, que habían estado encendidas, se apagaron. Se abrió una puerta detrás de él y entraron un par de los matones de Gordon, haciéndole un gesto para que los siguiera, y eso hizo. Sus músculos se contraían mientras caminaba, y su pierna izquierda gritaba de dolor. Si Gordon no le daba a Kayla, iba a costarle mucho conseguir salir de allí.

No pasó mucho tiempo hasta que estuvo frente a Gordon de nuevo. Kayla no estaba a la vista; no era el mismo lugar que antes. Se encontraban en una sala con una gran chimenea a un lado, una alfombra de color rojo sangre en el suelo y dos sillas con respaldo con forma de alas colocadas,

una frente a la otra. Shane miró a Gordon con los puños cerrados.

—¿Dónde está?

Gordon sonrió y agitó la mano.

—Te la has Ganado, y está esperando a que la recojas, no te preocupes. Fue una pelea muy impresionante la que hiciste. ¿Eres un dragón?

El hecho de que Kayla no estuviera ya allí, donde podría haber comprobado que se encontraba bien, hizo que sus llamas rugieran más alto que en la batalla. Echó una bocanada de humo mientras miraba a Gordon.

Una luz astuta se encendió en los ojos de Gordon, poniendo a Shane en guardia. Sus músculos se tensaron y sus llamas se retiraron, fortaleciéndose de nuevo en su interior. La agonía en sus músculos se desvaneció al llegar otra oleada de adrenalina. Un movimiento en falso y todo habrá terminado para Gordon....

El hombre hizo un gesto con la mano y se sentó en una de sus sillas.

—Te la has ganado, así que puedes tenerla. Y antes de que empieces a acusarme de nada, no abusaron de ella. Adelante, llévala al hospital para asegurarte si quieres. Nadie la tocó. Hice que las mujeres la cambiaran y todo eso.

La ira de Shane no disminuyó, pero sabía que no podía hacer nada. Su primera prioridad era sacar a Kayla de aquel lugar.

Los matones lo llevaron a donde ella esperaba, vestida de nuevo con ropa normal. Kayla cayó en sus brazos cuando corrió hacia ella, y él la recogió y la sacó de la guarida subterránea. Para cuando la subió a su motocicleta y se fue, Kayla estaba sollozando. Se dirigió inmediatamente al hospital, sin pensar en lo que haría si Gordon había mentido.

Kayla se negó a soltar su mano durante el examen y, al final, se confirmó que no le había pasado nada. Kayla volvió a sollozar, abrazándolo y diciéndole que había estado inconsciente y que no tenía ni idea de lo que podrían haberle hecho. Shane la abrazó, reconfortante, dejando a un lado su propia ira para concentrarse en ella.

—Ahora estás a salvo —le prometió—. No dejaré que nadie te lastime.

—Soy un desastre —sollozó, aún aferrándose a él—. Estoy llorando sobre ti y apenas te conozco.

Shane le acarició el pelo suavemente.

—Eso no es verdad. Nos conocimos antes de que empezaras a trabajar para mí. Estoy financiando la excavación en la que trabajas, ¿recuerdas?

—Lo siento. —Se alejó y se secó los ojos—. Debo parecer tan idiota ahora mismo.

—No —le aseguró Shane—. Acabas de pasar por algo aterrador. No hay razón para lamentarlo.

Debía de ser la violencia y la adrenalina. De repente, Shane sintió la necesidad de abrazarla y besarla profundamente para borrar su miedo. Era la peor idea que había tenido. Después de pasar por lo que Kayla había pasado, lo último que necesitaba era a él, casi un complete desconocido, incluso si habían pasado por unas cuantas situaciones juntos, baboseándola por todas partes. No es que diera besos babosos...

Shane agitó la cabeza.

—La policía llegará pronto y...

—¡No! —Los ojos de Kayla se abrieron de par en par—. Lo último que quiero ahora mismo es hablar con ellos. Llévame de vuelta al campamento, por favor.

—Kayla...

—No puedo. No quiero hablar con ellos y que me pregunten por qué no hice esto o aquello. ¿De

acuerdo? Ahora mismo no puedo.

Shane contuvo la respiración durante un momento, pero asintió. La verdad era que probablemente no serviría de nada. No había estado en aquel ring por Kayla, solo la oyó gritar y reaccionó sin pensar. No, había estado haciendo una pequeña investigación por su cuenta. Como ex SEAL de la Marina, la vida de civil le aburría. Había estado oyendo rumores sobre una red de peleas clandestinas durante algún tiempo, incluso se hablaba de que los policías locales obtenían una parte de las ganancias. Los boletos para verlas en persona eran increíblemente caros, y después había una suscripción en línea de pago.

No era de extrañar qué Gordon Hunt hubiera elegido a una mujer al azar de la calle como «premio» para sus luchadores. Debía de sentirse invencible.

Kayla guardó silencio durante el camino de regreso al campamento. Estaba a un par de horas en coche de la ciudad, y a media hora de la excavación.

Para cuando llegaron, el campamento estaba muy tranquilo. Shane pudo oler la presencia de Bryant, el compañero dragón de Esther, y frunció el ceño. Bryant era el jefe de la guardia para proteger al Emperador de los dragones. Aunque tenía sentido que estuviera con su pareja en alguna ocasión, Shane había esperado que no estuviera allí. Había tenido una experiencia desafortunada con el hombre que había creado un mal ambiente entre ellos.

Tan pronto como salieron del coche, una mujer salió corriendo hacia ellos. Normalmente Shane le habría echado un vistazo, pero ahora estaba demasiado preocupado por Kayla como para considerar la posibilidad de mirar a otra mujer.

—¡Kayla! —La mujer patinó hasta detenerse—. Te he estado llamando, ¿por qué no contestabas?

—El teléfono se quedó sin batería —murmuró Kayla sin mirarla—. Bernie, éste es Shane. Shane, éste es Bernie. Bernice. Está trabajando con Esther y conmigo para dirigir la excavación.

Shane apenas la miró.

—Encantado de conocerte.

Una astuta sonrisa cruzó el rostro de la mujer y una risita surgió de su garganta.

—Oh, así que sin batería, ¿eh? ¿Mientras estabas fuera divirtiéndote en la ciudad? Sabes que Esther no va a querer que traigas a chicos a casa una vez que lleguen los estudiantes, ¿verdad?

—No ha sido así en absoluto —soltó Kayla—. Mira, estoy cansada. He vuelto, puedes dejar de preocuparte. Me voy a la cama.

—¿Sola? —insistió Bernie.

Shane la miró fijamente, acercándose a Kayla como si eso la protegiera de las suposiciones de Bernie. La rodeó con un brazo y caminó con ella mientras se alejaba. Afortunadamente Bernie no los siguió, ni hizo más comentarios. Kayla aún temblaba, y él tiró de su cuerpo lleno de curvas hacia el suyo.

—Está bien. Nada te va a hacer daño. —Le acarició el pelo suavemente hasta que Kayla se relajó contra él.

El impulso de besarla llegó de nuevo y tuvo que contenerse. Si bien era cierto que habría entrado en ese cuadrilátero de lucha por cualquiera, Kayla era un caso especial para él. Había sido extrañamente protector con ella desde el primer momento en que se conocieron. Por supuesto, aquello podría deberse a que se conocieron cuando ambos fueron tomados prisioneros y él tuvo que forzar su escape de la celda.

Pero fuera cual fuera la razón, la protegía. Más de lo que era normal, incluso para él.

Los grandes ojos de Kayla lo miraron en la noche oscura.

—¿Te quedarás conmigo esta noche?

Algo dentro de él se tensó. Ya tenía el sí ya en los labios cuando se detuvo. Por mucho que le hubiera gustado aceptar, arrastrarse a su tienda con ella y dormir con Kayla en sus brazos, sabía que no iba a terminar así. O dormían juntos o la acabaría, pensando que Kayla quería algo más que lo que decía. Ansiaba tenerla, y aquello fue suficiente para hacer que diera un paso atrás y negara con la cabeza.

Después de lo que había pasado aquella noche no importaba si realmente quería acostarse con él, a la mañana siguiente se arrepentirían de haberlo hecho. Kayla se merecía algo mejor que aquello.

—Tengo una hamaca —dijo de mala gana—. La instalaré aquí fuera, pero no creo que sea una buena idea que comparta tu tienda.

La decepción apareció en sus ojos, pero Kayla asintió.

—Supongo... ¿buenas noches entonces?

Shane le apretó suavemente la mano.

—Buenas noches, Kayla. Mañana será mejor.

Suspiró mientras ella desaparecía en su tienda. La mañana no podía llegar lo bastante pronto.

Capítulo TRES

Kayla

Si los estudiantes no hubieran llegado al día siguiente, puede que Kayla hubiese hecho las maletas y se hubiese ido. Ser secuestrada, exhibida y amenazada con ser violada ya era bastante traumático, pero también había una profunda sensación de vergüenza que no podía dejar de sentir.

El «No debería haberlo hecho» seguía flotando en su mente. «No debería haber hablado con él. No debí aceptar ese trago. No debí hacerlo. No debí hacerlo».

Parte de ella sabía que pensar simplemente en lo que no debería haber hecho era reduccionista. Gordon Hunt no debería haberla drogado. No debería haberla secuestrado. No debería tener una red de peleas clandestinas. La policía debería haberla echado por tierra.

Si no hubiera sido ella, habría sido otra mujer, pero aquello no le impedía pensar que todo era culpa suya, que de alguna manera se lo había buscado ella misma.

Sin embargo, una vez que los estudiantes comenzaron a llegar, empezó a estar suficientemente ocupada como para fingir que no había pasado nada. Los dirigió a un lugar donde pudieran instalar sus tiendas de campaña y les recordó que estaba prohibido encender fogatas. Algunos de ellos, incluyendo una rubia noruega llamada Freida, necesitaron que se les recordara un par de veces. Con el clima tan seco, una fogata podría convertirse fácilmente en un incendio forestal.

El día pasó volando, y al final del mismo ella y Bernie se encontraron con Esther dentro de la caravana que compartía con Bryant, asegurándose de que todos coincidían en cuanto a las asignaciones a los grupos de estudiantes que estaban empezando.

Mientras lo hacían, Bryant entró en la caravana, seguido por Shane. La cara de Kayla se tornó de un tono rojo que ella imaginaba debía ser similar a la nariz de Rudolf. Sintió un nudo en su interior y tuvo que mirar hacia otro lado. Había sido inesperado que después de todo, todavía hubiese querido que Shane entrara en su tienda y la abrazara toda la noche. Y no el tipo de abrazo apto para todos los públicos. Incluso ahora, mientras Bryant abrazaba a Esther y le acariciaba el cuello, no podía evitar preguntarse cómo sería si Shane la acariciara así.

—Casi hemos terminado, cariño —dijo Esther—. Sólo tenemos que asegurarnos de que tenemos todo resuelto.

—Tómame tu tiempo.

Kayla miró hacia otro lado mientras Bryant acariciaba de nuevo el cuello de Esther.

Todavía no estaba del todo segura de qué pensaba de Bryant; a fin de cuentas éste la había secuestrado, aunque lo había hecho pensando que era una amenaza para el Emperador del Dragón, pero no podía evitar los celos ante la facilidad con la que la sonrisa de Esther se iluminaba a su alrededor. Era como si ella fuera el sol y él la hiciera brillar.

—Consigan un cuarto, chicos —bromeó, tratando de forzarse a sonreírles. Se alegraba por su amiga. Después de todo, los había apoyado nada más dares cuenta de que Esther estaba enamorada de Bryant.

Él era mucho mejor de lo que ella había creído que era cuando se conocieron, y Esther sacaba lo mejor de él. La hacía feliz. No era como aquellos imbéciles que trataban como la mierda a las mujeres que amaban. Bryant prácticamente idolatraba a Esther.

Ésta se alejó de su pareja, su oscura piel enrojeciéndose mientras se subía las gafas.

—Bryant, me estás avergonzando.

—Aw, no es como si estuviéramos... —Se cortó y guiñó el ojo.

Esther le golpeó juguetonamente el brazo.

—Será mejor que dejes eso o no lo haremos tampoco esta noche. —Guiñó el ojo,

Bernie sonrió a ambos durante un momento antes de mirar a Shane de reojo. Kayla casi podía ver cómo la boca se llenaba de babas, y deseó decirle que se guardase las manos para ella misma. No es que culpara a Bernie; Shane era, para decirlo sin rodeos, ardiente. Alto, lleno de músculos, con aquella mandíbula fuerte, pómulos altos y aquella mirada penetrante que nunca dejaba de aflojarle las rodillas.

No era de extrañar por qué la había rechazado la noche anterior. Después de todo, ¿por qué un hombre tan alto y guapo como él iría a por un cero como ella? Kayla era consciente de que tenía una cara bonita: rasgos simétricos, ojos de Bambi, labios gruesos. Y sus generosas curvas estaban bien proporcionadas, su peso se extendía más sobre las nalgas y los muslos que sobre el estómago. Aun así, un tipo como él, rico y guapo, sin mencionar honorable, debía de tener una novia supermodelo, una Marilyn Monroe moderna.

—Así que —ronroneó Bernie, acercándose un poco más a Shane—. ¿Qué haces aquí todavía? Kayla no me dijo que tenía novio.

—No es mi novio— dijo Kayla rápidamente, entrecerrando los ojos.

—Estoy financiando la excavación. —La voz de Shane era uniforme—. Anoche sólo ayudé a Kayla a salir de una... situación complicada.

Bernie se rió, haciendo que Esther frunciera el ceño.

—¿Hay algo que quieras compartir?

«Por favor, no». Kayla se mordió el labio para no hablar.

Los ojos de Bernie brillaron.

—Estaba pensando que tal vez necesitaba ayuda con sus *martillos y clavos*.

¿Martillos y clavos? Todo el mundo se quedó mirando fijamente a Bernie mientras ella seguía riéndose de la broma que había hecho, fuera cual fuese. Kayla miró a Shane, pero desvió rápidamente la vista. Ya era bastante difícil evitar que su corazón revoloteara cada vez que lo veía, pero después de anoche era sorprendente que no clausurara la excavación. Ella había sido la razón por la que había resultado tan malherido, aunque parecía que ya estaba completamente curado.

Aun así. Había luchado por ella.

Bernie miró a su alrededor y la diversión desapareció de su rostro.

—Vamos. ¿Martillos y clavos?

—Tengo la sensación de que me voy a arrepentir de preguntar —suspiró Esther—. ¿Pero qué quieres decir?

—Martillos y clavos. Porque necesitaba ayuda para clavar. Ya sabes, los clavos se clavan. Pero estaba haciendo un doble sentido, y...

Bryant se rió mientras Esther gemía. La cara de Kayla se calentó hasta el punto de pensar que podría estallar en llamas. Shane no hizo ningún ruido, pero Kayla podía imaginar lo molesto que se vería. Y aquello también era culpa suya. Sabía cómo era Bernie, debería haberla detenido antes de que empezara a hacer bromas raras.

—Debiste haberlos visto escabullirse anoche —continuó Bernie.

—Para —le suplicó Kayla.

Levantó la vista para ver a Bryant golpeando el hombro de Shane. Un fiero ceño fruncido se grabó en el rostro del Segundo, y Kayla hizo se encogió al verlo. Sin embargo, no dijo nada. ¿Estaba evitando herir sus sentimientos al no negarlo? ¿O creía que Kayla preferiría que pensarán eso de ella antes que la verdad? De cualquier manera, sabía que no podía dejar que aquello continuase.

—No sabía que fueras capaz de hacer algo así —dijo Bryant—. Espero que no la hayas decepcionado demasiado.

De acuerdo, se acabó. Kayla habló antes de poder detenerse.

—¡Nadie está «clavando» a nadie! Anoche me emborrache borracha y Shane me trajo de vuelta a la excavación para que no tuviera que conducir ni pagar un taxi. No hubo ni martillos ni clavos ni dobles sentidos. De hecho —declaró—. ¡Ni siquiera me interesan los dragones!

Tanto Shane como Bryant le dirigieron unas miradas de sorpresa, y Esther entrecerró los ojos.

—No es que sea porque son dragones —añadió Kayla rápidamente, sonrojándose aún más—. Es sólo que todos ustedes son tan musculosos y duros. Sería como abrazar una roca, ¿sabes? Me gustan los chicos que son más suaves...

Bueno, aquella era la mentira más grande que había dicho en su vida. Su cara se sentía como si estuviera ardiendo y volvió a bajar la mirada, negando con la cabeza. Cualquier cosa que dijera ahora sólo cavaría su tumba más profundamente. Mejor mantener la boca cerrada y esperar que Shane no hubiera pasado a odiarla. Y Esther, considerando que estaba apareada con un dragón.

Bernie le dio una palmadita en el brazo.

—Eres una mentirosa terrible.

Kayla abrió la boca para discutirlo, pero se calló. Mejor quedarse callada y no causar más humillación a sí misma ni a nadie más. Afortunadamente no tuvo que defenderse, ya que Esther eligió aquel momento para dirigir a Bernie una mirada severa. Los anteojos hacían que pareciera una bibliotecaria diciéndoles a los niños alborotadores que se callaran, a pesar de que nadie podía acusar a Esther de parecer mayor.

—Estamos aquí para trabajar, Bernice, no para cotillear y hacer que la gente se sienta incómoda. Así que volvamos al trabajo, ¿de acuerdo? —Revisó sus listas—. Kayla, ¿estás bien con los primeros auxilios mañana?

Kayla asintió. Había tomado varios cursos de primeros auxilios antes de ir a la excavación, y estaba segura de que sería capaz de manejar una emergencia. «¿Te refieres a como entraste en pánico anoche?». Se sacudió aquella idea de encima. Aquello había sido muy, muy diferente a que alguien se cortara o sufriera un golpe de calor. ¿Emergencias en las que necesitaba usar primeros auxilios? Podía ocuparse de ellas.

—¿Huelo humo? —preguntó Shane, girando la cabeza.

—Siempre huelo humo alrededor de los dragones —respondió Esther distraídamente, y luego frunció el ceño—. Pero ahora que lo mencionas...

Bernie maldijo mientras miraba por la ventana.

—Han iniciado una fogata. Me encargaré de ello.

Dejó la caravana, y Esther se quedó pensando un momento antes de volverse hacia los hombres.

—¿Pueden apoyarla ustedes dos? Necesito hablar con Kayla a solas.

Shane pareció un poco sorprendido, pero Bryant sonrió y la besó en la cabeza. Salieron y Kayla arqueó las cejas, inquisitiva. Esther la miró fijamente por un momento, como si estuviera perdida en su tierra de ensueño, y Kayla la despertó.

—¿Hola? ¿Estás ahí dentro?

Esther agitó la cabeza, sonrojada.

—Vale. Voy a tener que hacer que tomes más tareas en la excavación de las que pensamos al principio. Ha habido... circunstancias inesperadas.

—¿Qué circunstancias?

—Nada de qué preocuparse. Sólo... um... algo.

Kayla volvió a arquear las cejas. Abrió los ojos de par en par al darse cuenta de lo que estaba pasando. No pudo contenerse; chilló y se lanzó hacia Esther, abrazándola con fuerza.

—Estás totalmente embarazada, ¿no?

—¡Ey! —Esther se rió—. Nadie lo sabe todavía excepto Bryant y yo. Y queremos mantenerlo en secreto hasta más tarde. Así que, no se lo puedes decir a nadie... Pero sí. Estoy embarazada.

Kayla volvió a de chillar, saltando y aplaudiendo.

—¡Eso es tan emocionante! ¿De cuánto tiempo estás? ¿Es planeado o fue un desliz? ¿Quieres un niño o una niña? ¿Vas a poner un huevo?

Esther agitó las manos en el aire.

—¡No tan alto! Para responder a tus preguntas, no lo intentábamos activamente, pero también decidimos que estábamos preparados para ello en caso de que ocurriera, así que tampoco íbamos a impedirlo. Estoy de dos meses y las náuseas matutinas están empezando a hacer efecto. No me importa si es una niña, un niño o cualquier otra cosa. sólo quiero que esté sano. Y no, no voy a poner un huevo. Los dragones nacen como los humanos. —Su sonrisa se amplió y sonrió a Kayla—. Pero sí significa que tendré que ser más cuidadosa y no podré trabajar tanto como esperaba. Podemos traer a alguien más si...

—No te preocupes por eso. —Kayla le devolvió la sonrisa—. Yo me encargo.

A pesar de que nunca antes había estado en el personal de mando de una excavación, no había aprendizaje comparable a ser arrojada a la parte más profunda de la piscina. Además, Bernie estaba allí para ayudar, y varios estudiantes graduados tenían experiencia en excavaciones. A veces olvidaba que ella también era estudiante de maestría, ya que todos los demás parecían tan jóvenes, pero ella también había sido supervisora no oficial de muchas de las excavaciones en las que había participado anteriormente. Todo iría bien.

Bernie regresó un poco más tarde, sacudiendo la cabeza y refunfuñando por la estúpida noruega que había encendido una fogata a pesar de la prohibición. Bryant también regresó, pero Shane se quedó afuera al teléfono. La reunión terminó rápidamente y las tres mujeres salieron para separar a los estudiantes en grupos para la mañana siguiente. La mente de Kayla se desvió hacia Esther y su embarazo, y tuvo que contener una puñalada de celos. Siempre había pensado que, a aquellas alturas, ya estaría casada y tendría su propio hijo, pero aquello no había llegado a expresarse.

Su mirada se dirigió a Shane y reprimió un suspiro. No sabía si él estaba planeando quedarse o no, pero necesitaba encontrar tiempo para agradecerle por haberla salvado la noche anterior. Y también necesitaba dejar a un lado el deseo de lanzarse a sus brazos.

Incluso si le atraían las chicas de talla grande como ella, ¿por qué querría estar con alguien a quien constantemente tenía que rescatar?

Capítulo CUATRO

Shane

Tal y como había pensado, la policía no iba a hacer nada.

Shane se sentó en su auto frente a la tienda de comestibles, tratando de controlarse. El humo se filtró entre sus labios cerrados, y sabía que cualquiera que le observara se aferraría al estereotipo del «dragón enfadado» y tendría miedo de que fuera a provocar un alboroto. Normalmente no tenía ningún problema para controlar sus emociones. Incluso antes de unirse a la marina ya lo habían educado a conciencia y rara vez permitía que sus llamas llegaran a un punto en el que produjeran humo.

En este caso, sin embargo... ¿Cómo podían hacer la vista gorda ante los horrores que estaban ocurriendo en su propia ciudad? Debían de estar sobornándolos.

Inhaló profundamente, calmando sus llamas, y soltó el resto del humo que le llenaba los pulmones. Kayla estaba a salvo. Eso era lo importante, lo que había que recordar en aquel momento. Estaba a salvo, y él tenía tiempo de pensar en su próximo paso, tanto si era acudir a una autoridad superior para desactivar la red de peleas de Gordon o para volver y destruirlo él mismo, ahora que sabía dónde estaba.

Lo más importante era que Kayla se mantuviera a salvo. Puede que fuese buena idea esperar hasta que terminara la excavación... o al menos hasta que Kayla se marchase a un nuevo proyecto, ya que podrían pasar años.

El timbre de su teléfono lo hizo saltar. Shane agitó la cabeza, volviendo al presente, y contestó.

—¡Hola, hermano! —La voz eternamente alegre de su hermano menor, Tyler, se escuchó por teléfono—. ¿Cómo va todo?

—Estoy bien. Pero no has llamado a mamá en tres semanas.

Tyler dejó escapar un resoplido.

—Vamos, hermano. ¿En serio? Llamo y lo primero que haces es empezar a regañarme. ¿No tienes curiosidad por saber para qué te llamo?

Shane se mordió la lengua para no preguntarle a Tyler cuánto dinero quería; era lo que siempre pedía. El resto de las veces era Shane quien lo llamaba para recordarle que llamara a su madre. Tenían una relación lo suficientemente buena cuando estaban juntos, pero mantenerse en contacto no era una especialidad de la familia.

—Conocí a una chica —continuó Tyler—. Una gran chica. Bonita, inteligente, se preocupa por el medio ambiente. También es vegana. ¿Sabes lo difícil que es ser vegano? Nunca podría hacerlo.

Kayla también era vegana. Y tampoco era muy sermoneadora, que era el mayor problema que Shane había tenido con los veganos en el pasado. Para ella, era una elección personal. Se lo había explicado cuando Shane se lo preguntó, pero aparte de eso no lo había vuelto a mencionar. Hasta se hacía su propio jabón. ¿Acaso no era increíble? Kayla era increíble.

—Entonces, ¿qué opinas?

Shane parpadeó y se gitó aquellos pensamientos de encima.

—No escuché la última parte.

Tyler gimió.

—Te dije que quería llevarla de viaje a París. Creo que podría ser la indicada, ¿sabes? Mi compañera predestinada.

—Las parejas no están predestinadas, Tyler. Las eliges tanto como cualquier otra cosa.

—Eres un tipo tan romántico. Con razón no has encontrado a tu pareja todavía —dijo Tyler secamente.

—Y tú encuentras la tuya cada dos semanas.

Tyler gimió.

—¿Vas a prestarme el dinero o no? Es una gran chica, la chica de mis sueños. Vamos. ¿Por favor?

—Bien, pero quiero que me lo devuelvas para Navidad. Te enviaré el dinero ahora mismo.

—Gracias. Eres el mejor. Así que... ¿cómo estás?

Shane reprimió un suspiro. Hablar por teléfono no era su fuerte, incluso cuando tenían algo de qué hablar. Ahora, sin embargo... intentar entablar una conversación con su hermanito no era algo que quisiera hacer. No cuando tenía tantas cosas en la cabeza.

—Estoy bastante ocupado, en realidad. Esa excavación que estoy financiando acaba de empezar y estoy en la ciudad recogiendo comestibles para la cena de esta noche. Así que me tengo que ir. Pero te llamaré más tarde.

—Claro, claro. Suena genial. —Tyler ya parecía distraído—. Llamaré a mamá.

—Bien. Te quiero, Ty. Adiós.

Después de colgar, Shane accedió a sus cuentas bancarias con el teléfono y transfirió un par de miles de dólares a Tyler. Debería ser suficiente para llevarlo a París, si es que su relación duraba tanto tiempo. Tyler se enamoraba fácilmente, pero se desenamoraba con la misma facilidad.

Bueno, era su vida. Por mucho que Shane quisiera proteger a su hermanito, Tyler era un hombre y necesitaba aprender sus lecciones por sí mismo.

Hizo las compras rápidamente, aunque su mente estaba en otra parte. Cuando estaba cargando el coche, sin embargo, hubo otra adición desagradable a su día. Gordon Hunt, conduciendo un coche deportivo llamativo, se detuvo a su lado. Shane se percató del jeep que se paró del otro lado y de los dos hombres fornidos sentados en su interior, y puso los ojos en blanco. Si Gordon estaba tratando de intimidarlo, iba a aprender que se necesitaban más que un par de cabezas de chorlito para intimidar a un ex-SEAL.

—Freeman. —Gordon saludó al salir del coche—. Justo el hombre que estaba buscando. Esperaba que tú y yo pudiéramos hablar un poco.

—¿Sobre qué? Pensé que nuestro negocio había terminado.

—Yo también.. —Se limpió un poco de suciedad imaginaria de la uña—. Hasta que recibí la visita de un amigo mío de la policía. Parece que estás causando problemas. ¿Es esa forma de tratarme después de que fui tan generoso y te dejé a ti y a tu pequeña MGH irse sin ningún problema?

Shane tenía la mandíbula tan apretada que se sorprendió de no romperse un diente.

—¿MGH? —repetió.

—Mujer grande y hermosa. Es grande y hermosa. Qué curvas; un hombre podría ahogarse en ellas. Obtuve un montón de respuestas positivas con ella. —Sonrió con suficiencia—. Dime, ¿cómo estuvo?

Shane se negó a reaccionar. Gordon quería que perdiera los estribos.

—¿Qué es lo que quieres?

—Después de que te fuiste, te busqué. Me sorprendió leer tu historia. Rico, franco sobre

cuestiones de igualdad de derechos. Sería una lástima si todos se enteraran de que te involucraste en una red de lucha ilegal. —Su sonrisa se volvió más satisfecha de sí misma—. Verás, se filman todas peleas, y difundiré tu exhibición al mundo a menos que llegemos a un acuerdo.

—¿Crees que es la primera vez que alguien intenta chantajearme? Sueltes ese vídeo y tendré la prueba que necesito para encerrarte.

Gordon se rió.

—¿No crees que ya tengo eso cubierto? Cerrarías este ring, sí. ¿Pero a mí? No. Algún pobre hombre de la zona asumiría la culpa y yo le construiría a su familia una nueva casa o algo así. Realmente no importan los detalles, he lidiado con esta clase de situaciones antes. Los policías no quieren justicia, quieren su sueldo y su bollería.

Las llamas de Shane crecieron un poco más alto, pero agitó la cabeza. Aún no estaba listo para hacer su jugada. Y si eso significaba darle dinero a aquel baboso para ganar tiempo y encontrar una forma de derribarlo, pues bien, tendría que hacerlo.

—¿Cuánto?

—Empezamos con diez mil mensuales. Tengo una gran caridad a la que puedes donar. Financio refugios para mujeres en todo Canadá. —La sonrisa de Gordon se hizo aún más pronunciada—. Oh, y por cierto, voy a necesitar que me devuelvas tu premio.

A Shane se le tensaron los hombros. Su voz fue calmada y mortífera al hablar.

—¿De qué estás hablando?

—¿No es lo suficientemente claro? El premio que ganaste en la última pelea, mi hermosa MGH. Sólo la ganaste durante una semana. La necesitaré de vuelta antes de la pelea de mañana.

El humo se le acumuló en los pulmones. Sus llamas rugieron tan alto que le quemaron la garganta. No podía dejar de gruñir. Los hombres fornidos se adelantaron, pero Gordon levantó una mano. Seguía sonriendo, como si todo aquello fuera una broma para él. Acabaría con aquel bastardo, Pero tenía que ser inteligente.

—Si alguien intenta tocarla, lo mataré —le dijo a Gordon, asegurándose de que su amenaza quedase bien clara.

Gordon aplaudió.

—¡Sí! Ésa es la clase de espíritu que quiero ver en mi ring. Sabía que serías un excelente campeón, sólo tenía que encontrar tu motivación. Así que, ahí lo tenemos. Un bonito acuerdo. Puedes donar a mi caridad y mientras tanto luchar por tu amor. Es una chica hermosa; tiene esa mirada inocente que hace que los hombres quieran ponerle las manos encima. Parece que no sabría qué hacer cuando se quita la ropa. Apuesto a que es buena.

Shane apretó los puños a ambos lados del cuerpo. Siempre podría matar a aquel gusano que tenía delante. Sus guardias no podrían detenerlo lo bastante rápido.

—Puedes volver cada semana a luchar por Kayla. Si ganas, te la quedas otra semana. Si pierdes, se la daré al hombre que gane. —Gordon se detuvo un momento y asintió—. Sí, eso funcionará. Estoy seguro de que no estará contenta, pero hay formas de hacer que una mujer obedezca.

La mano de Shane salió disparada antes de que pudiera detenerla. Sus dedos se cerraron alrededor de la garganta de Gordon, pero no apretó. Gordon no habría venido hasta allí con aquel chantaje si no tuviera un as bajo la manga, una forma de garantizar su seguridad.

Los dos robustos guardias saltaron hacia adelante, pero una vez más Gordon levantó una mano para detenerlos.

—No nos pongamos violentos, señor Freeman. Si me matas, el vídeo de tu actividad ilegal será

difundido. ¿Y eso, combinado con un asesinato? Tsch, tsch. ¿Qué pasaría entonces con todo tu arduo trabajo para proporcionar a los dragones una vida mejor?

Shane se obligó a soltar a Gordon, respirando pesadamente. Había dedicado años de su vida a varias organizaciones benéficas y a trabajar para mejorar la vida no sólo de los dragones, sino de todos los grupos oprimidos. Tenía becas para que los pobres asistieran a la universidad, préstamos sin interés para personas que empezaban sus propios negocios. El vídeo era una cosa, ¿pero matar a Gordon? El público se volvería contra él en un abrir y cerrar de ojos, independientemente de la situación.

Se le dilataron las fosas nasales, pero asintió.

—Bien. Pelearé. Mantendré a Kayla fuera de tus manos. Pero incluso si pierdo, ella seguirá a salvo. No se la darás a otra persona.

—Sí que lo haré. ¿De qué otra forma te motivaría para pelear? —Gordon aplaudió y se rió, la verdadera imagen de un súper villano—. ¡Oh, esto es bueno! He estado tan aburrido últimamente. Gracias por darme algo por lo que estar emocionado de nuevo.

—No quiero que Kayla sepa de las peleas. —Si tenía que hacerlo, no quería que ella estuviera constantemente nerviosa y asustada—. Si llega a enterarse, te mataré.

Gordon puso los ojos en blanco.

—No seas tan dramático. Bien, Kayla puede permanecer sin saberlo si eso es lo que quieres. Recuerda, mañana. No llegues tarde.

Capítulo CINCO

Kayla

Varias semanas después de que comenzara oficialmente la excavación, Kayla yacía en su tienda de campaña, con los ojos cerrados mientras revivía el sueño que había tenido la noche anterior. Había sido estupendo. Shane había estado en él, pero no así su ropa. Todavía podía sentir los agradables cosquilleos con los que se había despertado. Sus manos habían ido a la deriva entre sus piernas mientras cobraba consciencia de lo que la rodeaba, pero eso era todo lo que había pasado.

Abrió los ojos con un suspiro. El aire era fresco con el inicio de la mañana, pero los lados de su tienda estaban bien iluminados. Palpó junto a su cabeza buscando su teléfono celular, y vio que eran las cuatro y media. Soltó otro profundo suspiro; ya casi era hora de levantarse.

Oyó un crujido en los arbustos fuera de su tienda y se mordió el labio. ¿Shane también estaba despierto? Con suerte no lo habría despertado ella. Y, con suerte, no habría gemido dormida...

Se escabulló con movimientos rápidos de su saco de dormir y se cambió de sus pijamas a algo más práctico para el día. La ropa empezaba oler de manera marcada; tendría que ir a la lavandería en su siguiente día libre. Que sería en... ¿tres días?

Salió de su tienda y se encontró a Shane sentado en un tronco junto a su hamaca. Tenía ojeras bajo los ojos y un botiquín de primeros auxilios abierto a su lado. Estaba usando bastoncillos con alcohol para limpiarse la sangre de los nudillos magullados. Kayla jadeó y levantó la vista.

—¿Qué pasó? —Corrió a tomar su mano entre las suyas.

Shane se encogió de hombros.

—Me peleé con un árbol. No pude dormir anoche, así que fui a caminar. Supongo que estaba un poco más entusiasmado de lo que pensaba. No te preocupes, estaré curado en unos minutos.

Kayla chasqueó la lengua ante las manchas púrpura oscuro de sus manos. ¡Debía de haber dado bien fuerte a ese árbol!

—Los dragones no pueden curarse indefinidamente, sabes. Necesitas cuidarte mejor.

—Sí, señora. —Shane le sonrió, pero había algo sombrío en sus ojos, y unas líneas de preocupación le arrugaban la frente. Se veía muy estresado últimamente. ¿Era por Gordon Hunt? No se había sabido nada ni de aquel tipo ni de sus peleas.

Kayla se preguntó si debería dar un paso al frente y decir algo, pero al mismo tiempo no pensaba que nadie fuera a creerla. Shane, sí, y Esther, y probablemente Bryant. Sus amigos. ¿Pero aparte de ellos? ¿La policía? ¿Los abogados? Y eso sin mencionar la cantidad de ridículo público por el que pasaría si aquello saliera a la luz. Después de todo, ¿por qué iba a querer nadie pelear por *ella*? Era una arqueóloga regordeta, y ya no era tan joven. Treinta no era ser vieja, pero era lo suficientemente vieja.

Miró hacia otro lado, sintiendo como la culpa le revoloteaba en el estómago. Sólo quería olvidar que aquello todo había pasado. ¿Por qué no podía hacerlo?

—Debería empezar a preparar las cosas para el día —murmuró mientras se ponía de pie de nuevo— Hay mucho trabajo, ¿verdad?

Shane asintió.

—Debería hablar con Bryant de todos modos.

Se puso de pie y se metió las toallitas ensangrentadas en el bolsillo. Juntos se dirigieron a la caravana de Esther. Normalmente estaba despierta a aquella hora, y hoy no era la excepción. A medida que se acercaban a la caravana, Kayla pudo oír voces, y la puerta se abrió rápidamente al llamar. Bryant les dio la bienvenida. Parecía estresado, y cuando Kayla vio a Esther, su corazón casi se detuvo. Estaba sentada en una pequeña silla, con las lágrimas rodándole por la cara.

—¿Qué pasa? —Kayla corrió hacia su amiga.

Esther lloriqueó.

—Hay algo... *puede* que haya algo malo con mi embarazo. No está progresando normalmente. Bryant y yo queremos volver con Dominique para que su médico me examine. La doctora que tengo aquí no tiene experiencia con embarazos de humanos-dragones, y yo...

—No podemos arriesgar a nuestro hijo —dijo Bryant en voz baja.

—Oh, Esther. —Kayla la abrazó fuerte. La preocupación la retorció por dentro. Bryant y Esther habían tenido momentos difíciles al unirse, así que ¿por qué tenía que pasarles esto a ellos?—. ¿Sabes qué podría estar mal?

Esther negó con la cabeza.

—No tenemos ni idea. Sólo sabemos que algo no está bien. Y sé que es una tontería, pero odio dejar la excavación... es la primera que dirijo, y ¿ahora qué? Tengo que dejarlo todo. Pero el bebé es lo primero. —Sus manos acariciaban su estómago, que había ido creciendo poco a poco cada semana desde que comenzó la excavación—. No importa lo que pase mientras el bebé esté bien.

Shane se aclaró la garganta, llamando la atención de todos. Para sorpresa de Kayla, el dragón casi parecía enojado.

—He invertido demasiados recursos en la excavación como para cerrarla. Y todos estos estudiantes han sacado tiempo para ser parte de ella, también. No podemos enviarlos a casa. Sé que tienes que ir a cuidar a tu hijo —añadió, suavizando su expresión—. No estoy sugiriendo que te quedes. Sólo quiero alternativas aparte de terminar la excavación.

—Bueno... —Esther miró a Kayla.

Ésta entendió al instante lo que Esther quería decir. Abrió los ojos de par en par, y el corazón empezó a martillarle contra el pecho. ¿Podría hacerse cargo de la excavación? Su plan había sido esperar unos años hasta que Esther pudiera avanzar hacia lo que realmente quería hacer y Kayla tuviera más experiencia, antes de llegar a ese punto. Pero ya se había decidido; los estudiantes estaban allí, y a partir de aquel momento, lo único que se necesitaba era asegurarse de que se mantuvieran los horarios...

—Creo que puedo hacerlo —dijo, con los ojos comenzando a iluminarse. El pecho se le caldeó al imaginarlo—. Al menos hasta que puedas volver. Y quizá tengamos que traer a otra persona para que nos ayude...

—Pero tal vez sea buena idea que tú también te vayas —intervino Shane en voz baja—. Tal vez sería mejor si todo el proyecto se suspendiera, después de todo.

¿Es que no creía que pudiera hacerlo? Kayla se estremeció y miró al suelo, pero incluso mientras lo hacía, la determinación surgió en ella. ¿Y qué si no tenía tanta experiencia como le hubiera gustado tener? ¿Y qué si aquello era un desafío de enormes proporciones? No era el tipo de mujer que se echaba atrás ante un desafío. Tal vez alguien como Shane no podía entenderlo, pero aquello era algo que no se podía abandonar sencillamente porque iba a ser difícil.

«Pero», reflexionó Kayla mientras lo miraba, «en el tiempo que lo he conocido nunca lo he visto echarse atrás en un desafío, tampoco».

—Puedo hacerlo —dijo, infundiendo confianza en su voz—. No voy a irme a ninguna parte.

—Pero...

—Tal y como has dicho, has invertido muchos recursos en este proyecto. Y los estudiantes también cuentan con esta excavación; Cerrarla arruinaría muchos de sus planes. No. Éste es el sueño de mi vida, y ya lo he pospuesto lo suficiente. No estaré sola. Bernie está aquí; debería llegar en unos minutos. —Bernie siempre se quedaba dormida y llegaba unos minutos tarde a las reuniones matutinas. Kayla respiró hondo—. Esta excavación se llevará a cabo sin problemas. Y me pelearé contigo por ello si es necesario.

Shane bostezó. Las ojeras que tenía bajo los ojos parecían más pronunciadas, y agitó la cabeza. No de una manera que pareciera que estaba discutiendo con ella, más bien como indicando que sabía cuándo lo habían vencido.

—De acuerdo. Si crees que puedes hacerlo... Estoy cansado de pelear. Espero que todo esté bien —les dijo a Esther y Bryant—. Avisadnos de cualquier manera, ¿de acuerdo? Mientras tanto, Kayla estará a cargo de la excavación.

Kayla se lanzó a abrazar al dragón.

—¡Gracias! No te arrepentirás de esto, te lo prometo.

Éste le devolvió el abrazo. Sus cuerpos apretados le recordaban su sueño, y una chispa se encendió dentro de ella. El calor se filtró a través de sus miembros y se le cerraron los ojos. Tuvo que resistir el impulso de enterrar el rostro en su cuello e inhalar profundamente su olor. Y luego mordisquearle la piel, besar sus labios tan apetitosos, y...

Guau, basta. Se alejó mientras el rubor empezaba a subirle por la cara. Sería mejor echar el freno en aquellos pensamientos. Aun así, no pudo evitar sonreír mientras se sujetaba sus manos y asentía con la cabeza.

—No te arrepentirás de esto —prometió de nuevo.— Ya verás. Todo saldrá bien.

Shane asintió y sonrió, aunque no la miró directamente a los ojos.

—Mejor que así sea —dijo Esther. Se secó los ojos mientras Kayla se volvía hacia ella—. Porque si lo estropeas, ya verás. Tendré que patearte el trasero, y eso no te gustará.

—Todo irá bien. Sólo concéntrate en tu bebé. Piensa en cosas positivas.

Kayla apretó las manos de su amiga, aunque la preocupación estaba empezando a filtrarse de nuevo. ¿Qué clase de cosas podrían salir mal en un embarazo de dragón? Eran mucho más difíciles que los humanos... Pero Esther era humana. Todo lo que podía salir mal en un embarazo humano podía salir mal en el suyo, ¿no? ¿Había complicaciones adicionales porque Bryant fuera un dragón? Deseó saber más sobre esas cosas, pero la verdad es que no lo sabía. Tendría que esperar a ver qué pasaba, como el resto de ellos.

Bernie llegó a la caravana poco después, y Esther le explicó la situación. Bernie se mostró comprensiblemente preocupada, pero prometió ayudar a Kayla lo mejor que pudiera. Para cuando todo quedó arreglado, los estudiantes ya estaban en pie y comenzaban a moverse. Dejaron la caravana para informarles de los cambios, in embargo, Shane agarró la mano de Kayla y la retuvo antes de que pudiera irse.

—¿Estás segura? —susurró—. ¿Estás segura de que quieres quedarte y hacer esto?

—Sí.

Los ojos de Shane la miraban intensamente. Durante un largo momento eso fue todo lo que hizo, y luego asintió. Su mirada era aún tan intensa que Kayla abrió la boca para preguntar qué le pasaba, pero antes de que pudiera hacerlo, Shane la abrazó, y al instante siguiente su boca estaba sobre la de ella.

Las llamas ardientes que habían estado guardando en su interior desde que se despertó de aquel sueño cobraron vida de nuevo. Los labios de Shane se movieron contra los suyos, hambrientos y exigentes. Kayla gimió mientras se lanzaba hacia él, sujetándolo con fuerza. Sus caderas se movían como si tuviesen una mente propia, luchando contra él. Lo provocó hasta que Shane abrió la boca.

Y luego la soltó. Sus ojos estaban brillantes y sus mejillas enrojecidas mientras negaba con la cabeza.

—Lo siento —susurró—. No debí hacerlo.

—No. —Trató de decirle que estaba bien, pero Shane salió de la caravana y se fue antes de que pudiera decírselo. Se quedó allí, aturdida y confundida, preguntándose qué había hecho mal.

Capítulo SEIS

Shane

¿Acabaría todo aquello algún día?

Las llamas de Shane parpadeaban en su estómago mientras se preparaba para la pelea que se avecinaba. Después de todas las semanas en las que había entrado al cuadrilátero semana tras semana, empezaba a sentirse exhausto. Ciertamente, las peleas sólo duraban una noche, pero el constante estado de preocupación, por no mencionar los huesos rotos en cada pelea, lo estaban afectando. Normalmente hacía falta un día o dos para que sanara algo así como una costilla rota, pero todavía sentía una punzada de dolor por la pelea de la semana pasada.

Ni siquiera un dragón podía recibir palizas como aquellas y sanar de manera indefinida. Tarde o temprano acabaría desmoronándose. ¿Y luego qué?

Se envolvió los nudillos con cinta adhesiva de atleta, esperando que esta vez no se dislocaran. Aquello había estado a punto de costarle la pelea la última vez. Sus llamas rugieron más alto durante un instante al recordar lo cerca que había estado. ¿Cuánto tiempo podrá seguir así? ¿Era un idiota por intentarlo? ¿O debería hacerlo público ahora mismo, asumir las consecuencias y asegurarse de que Kayla estuviera a salvo? ¿Debería cerrar la excavación y alejarla de allí?

Se le cerraron los ojos y echó la cabeza hacia atrás. Disfrutó la idea por un momento; llevársela, encontrar un lugar donde los dos pudieran estar juntos, ser felices. Vivir bien.

Se le escapó un suspiro de los labios. Si cerraba la excavación, Kayla querría saber por qué. Tendría que contarle todo. ¿Cómo volvería a sentirse segura sabiendo que había pasado todas aquellas semanas con algo así colgando sobre su cabeza sin saberlo? Ocultárselo parecía lógico ahora mismo que tenía las cosas bajo control, y lo tenía todo bajo control. Por ahora, al menos. Sólo tenía que averiguar qué buscaba Gordon exactamente. No parecía que se tratase del dinero, o de lo contrario hubiese aceptado el soborno y dejaría que Kayla se quedara con su libertad...

Shane se puso un par de guantes, y luego soltó el aliento que había contenido. Todavía faltaba media hora para la pelea. Era media hora que tenía para tratar de razonar con Gordon otra vez. ¿Y si el hombre no entraba en razón?

La sensación de los labios de Kayla en su boca agitó sus llamas; rugían con el deseo de protegerla de todo. De mantenerla a salvo, de mantenerla feliz. De asegurarse de que Gordon Hunt no pudiera herirla ni asustarla de nuevo.

Con sus llamas calentándolo a fondo, Shane se dirigió al club de Gordon. Llevaba un atuendo muy bien escogido, pero Gordon debía de haberle dado su foto a seguridad, porque nada más entrar los dos fornidos que siempre estaban alrededor de Gordon lo encontraron. Le pareció bien; así se ahorra el problema de tener que buscarlo entre la multitud.

La oficina de Gordon estaba al fondo del club, tras subir unas escaleras. Una vez que los fornidos guardias llevaron a Shane a través de la puerta, la fuerte música del club desapareció por completo. Recorrieron un pasillo y cruzaron otra puerta, llegando a la oficina. Gordon estaba sentado en un gran escritorio de roble, con los dedos entrelazados. Y frente a él...

—¿Tyler? —Shane se detuvo, sorprendido al ver a su hermano—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Tyler se giró para mirarlo.

—Oh, hola Shane.

El estómago de Shane se llenó de humo y apenas pudo mantenerlo dentro. Respiró profundamente por la nariz, centrándose de nuevo antes de soltarlo lentamente. Si se trataba de otro truco de Gordon para forzarlo a permanecer en el ring de pelea... ¿qué obtenía de todo aquello? ¿Entretenimiento? ¿No había oído hablar de los cines? ¿O de los clubs de striptease?

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó de nuevo, esta vez bajando la voz—. Pensé que aún estabas en París con la chica vegana.

Tyler se encogió de hombros.

—No. No funcionó.

En cualquier otro momento, Shane le habría dirigido una mirada de «por qué no me sorprende», pero en aquel momento los romances fallidos de Tyler eran lo último en lo que pensaba.

—Estaba en el aeropuerto y vi a tu hermano —dijo Gordon sonriendo—. No pensé que fuera un gesto amistoso dejarlo allí, así que le enseñé la ciudad. En realidad iba a llamarte... pensé que podríamos hablar después del partido. Pero ya que estás aquí...

—Atrás, Hunt. —Shane apretó los puños. Si esa comadreja creía que podía amenazar a su hermano así como a Kayla y chantajearlo, iba a comprobar lo mucho que se equivocaba. Avanzó y los dos fornidos guardias hicieron gruñeron para detenerlo.

Gordon chasqueó la lengua.

—Vamos, vamos. No peleemos. Tu hermano tiene bastante carácter —le dijo a Tyler.

La sonrisa que había estado en la cara de Tyler desapareció. Se puso tenso mientras miraba interrogativamente a Shane. Éste trató de indicarle sin palabras que debía permanecer calmado y callado, y dejar que él se encargara de aquello. Tyler era un chico inteligente, excepto cuando se trataba de mujeres, y cuando las cosas se ponían feas era todo un luchador, pero la situación le quedaba muy grande.

Shane volvió a prestar atención a Gordon.

—Mi hermano no es parte de esto. ¿Por qué lo has metido?

Gordon sólo sonrió.

—¿Sabes qué? —Tyler se puso de pie—. Me acabo de acordar, se suponía que llamaría a nuestra madre cuando llegara. Gracias por el paseo, señor Hunt, pero creo que es mejor que mi hermano y yo nos vayamos.

—No lo creo. —La voz de Gordon se volvió brusca.

Los dos matones detrás de Shane se acercaron para bloquear la salida. La expresión de Tyler se volvió aún más alarmante, y Shane le puso una mano sobre el hombro, tratando de tranquilizarlo sin palabras. Colocó a su hermano detrás de él, manteniéndose entre Tyler y los matones de Gordon, aunque dudaba de que Gordon fuera a hacer algo. Era cuestión de suerte que hubiera atrapado a Tyler; probablemente todavía ni siquiera había descubierto cómo usarlo a su favor.

—Tu hermano y yo tenemos un pequeño arreglo —continuó Gordon. Aunque se dirigía a Tyler, sus ojos estaban clavados en Shane—. Él hace un espectáculo para mí y mis inversores, y a cambio, le doy lo que quiere.

—¿«Espectáculo»? —La voz de Tyler era áspera, como si se le hubiera secado la garganta—. ¿Qué clase de espectáculo?

Shane gruñó. Sus músculos estaban tensos, la adrenalina ya le recorría todo el cuerpo. No era buena señal. Si aquello continuaba, acabaría agotado antes incluso de que empezara la pelea. Se obligó a relajar los músculos y movió los hombros.

—Puedes sentarte en primera fila —le dijo Gordon a Tyler—. Y comprobarlo por ti mismo.

Shane deseó darle un puñetazo a aquella cara engreída, pero no podía. Respiró profundamente otra vez y asintió una vez para demostrar que estaba de acuerdo. La sonrisa de Gordon se amplió. Uno de los matones agarró el brazo de Shane, pero un gruñido hizo que lo soltara de nuevo. Shane se volvió y salió de la habitación, con su fuego ardiendo con fuerza. Así que ahora tenía que pelear y su hermano iba a verlo. Tyler se enteraría de lo que estaba pasando.

¡Oh, Dios! ¿Y si se lo decía a su madre?

—Necesito hablar con mi hermano a solas un momento.

Gordon abrió la boca, pero Shane agarró el brazo de Tyler y lo arrastró al otro lado de la habitación. Gordon se encogió de hombros y los dejó.

—¿Qué estás haciendo aquí? —siseó Shane.

—Quería venir a ver a mi hermano.

Shane se pasó una mano por el pelo.

—¿Porque rompiste con esa chica? ¿Por qué no te hiciste un nuevo tatuaje o compraste una nueva moto o algo así? ¿No tienes ese club al que asistes?

—¿Cómo se suponía que iba a saber que estabas involucrado en un negocio turbio? —Tyler entrecerró los ojos—. ¿Por qué no me dices qué demonios está pasando?

Gordon miró su reloj y Shane agarró el brazo de su hermano.

—Eso tendrá que esperar. Sólo mantén la boca cerrada y no te metas en problemas, ¿de acuerdo?

—Shane...

—Sólo haz lo que te digo.

Las fosas nasales de Tyler se dilataron, pero asintió de mala gana.

Gordon asintió a sus matones.

—Es hora de irse, señor Freeman. Tyler, ven a comer estas papas. Son deliciosos.

La preocupación rebotaba alrededor del cerebro de Shane mientras iba a la arena. ¿Y si Gordon le hacía algo a su hermano? ¿Cómo miraría a su madre a la cara? La ira ardió a través de él, dándole más fuerza a sus llamas, pero se obligó a respirar. Necesitaba concentrarse en el tema en cuestión. Gana esta pelea, luego lidia con Tyler.

La televisión en lo alto del ring todavía mostraba una foto de Kayla siendo promocionada como el premio por el que se luchaba. Su foto estaba al lado, con su racha ganadora debajo.

A diferencia de las otras peleas, esta vez no había hordas de hombres esperando para luchar contra él; sólo había uno. Era un hombre alto, musculoso, con el pelo rasurado casi al cero y brillantes ojos verdes. Las escamas le cubrían el torso y surgía humo de sus fosas nasales. Shane entrecerró los ojos. Así que Gordon había traído a otro dragón para luchar contra él, ¿eh?

—¿Cuál es tu historia? —preguntó a su oponente mientras caminaban en círculos el uno alrededor del otro.

El otro dragón sonrió, pero era una sonrisa sin humor.

—¿Cuál es la tuya?

El dragón saltó sobre él. Shane esperó hasta el último momento antes de girar, esquivando el puñetazo dirigido a su cara. Golpeó al otro dragón en el estómago, y luego le dio un codazo en la espalda mientras tropezaba. El dragón se giró con un rugido, las llamas destellando en su boca. Sus manos terminaban en garras y Shane se agachó, pero no fue lo bastante rápido; se le clavaron en la espalda, haciéndole gritar de dolor.

Todos los pensamientos sobre lo que podría estar sucediendo, cómo había terminado el otro dragón en aquella situación, qué amigos o seres queridos suyos estaban siendo amenazados,

desaparecieron de su cerebro. Sólo había dos pensamientos permitidos en su mente mientras giraba, usando su impulso para tumbar al otro dragón sobre su espalda y aplastarle la caja torácica. Si no se defendía, podría morir. ¿Y si no ganaba? ¿Qué sería de Kayla entonces?

Un chorro de fuego salió de la boca del otro dragón, bañando el costado de Shane y haciendo que se formaran ampollas en su suave piel. Su cuerpo reaccionó al calor instantáneamente; las escamas brotaron sobre su piel y un par de alas emergieron a su espalda. Golpeó con sus puños la cara del otro dragón una y otra vez. El dragón se retorció bajo él, usando las garras para arrancarle tiras de escamas del cuerpo.

Algo duro y pesado le golpeó en la nuca. La oscuridad se adueñó de su campo de visión, y el dragón se lo quitó de encima. Shane rodó varias veces antes de ponerse de pie de un salto. La cabeza le daba vueltas. Cuando su visión se aclaró, vio a los demás matones de siempre. Uno de ellos enarbolaba un bate de béisbol roto. Se tocó la parte de atrás de la cabeza, sintiendo sangre y astillas de madera. El otro dragón se puso levemente en pie; su pecho subía y bajaba con fuerza mientras los matones se reunían a su alrededor.

Todos contra él. Un escalofrío le bajó por la columna vertebral mientras miraba a sus oponentes; ya era bastante duro cuando se peleaban al mismo tiempo entre ellos y con él. El grupo se acercó, claramente esperando la oportunidad de lanzarse sobre él todos a la vez. Entonces, ¿era aquel el juego de Gordon? ¿Prepararlo para la derrota? El otro dragón se humedeció los labios, con una expresión de furia y determinación en el rostro.

Las llamas de Shane parpadearon en su garganta. El humo le hizo arder los ojos. Cayó de rodillas, preparándose. Todos los matones fueron a por él, armados con cadenas, bloques de madera, algunos incluso llevaban tuberías de acero. Sus fosas nasales se abrieron a medida que el fuego dentro de él cobraba fuerza.

Una imagen de Kayla brillaba por encima de todo. Shane cerró los ojos, esperando... El primer matón lo alcanzó y se giró, pateando los pies del matón. Éste rodó, levantando al dragón y arrojándolo hacia el grupo. Y entonces, con el fuego parpadeando en su boca, cargó hacia ellos.

Capítulo SIETE

Kayla

—Estamos bien. —Kayla apoyó la cabeza en la pared de la caravana, con el teléfono presionado firmemente contra la oreja.

—¿Estás segura? —La voz de Esther sonaba distorsionada y preocupada al otro lado de la línea—. Esa chica noruega no te está dando problemas, ¿verdad?

—No. Estamos bien —repitió Kayla.

Se habría reído si no estuviera tan cansada. Había pasado una semana desde que Esther y Bryant habían dejado la excavación, y aunque las cosas no eran fáciles, todo iba bien. Por ahora. La verdad era que las cosas estaban un poco desorganizadas y Kayla tenía que quedarse trabajando hasta tarde para asegurarse de que todo estuviera listo para el día siguiente. Las llamadas de Esther no ayudaban; parecía haberse olvidado de la diferencia horaria. Kayla reprimió un bostezo. Tendría que dejarle la caravana a Bernie pronto.

Esther emitió un zumbido.

—Bueno... me alegro de oírlo. Aún no tenemos ninguna respuesta del médico; sigo esperando los resultados de un par de pruebas.

—Avísanos cuando sepas algo. —Kayla miró por la ventana mientras el coche de Shane aparcaba en su sitio habitual. Frunció el ceño. ¿Adónde había ido?—. Tengo que irme. Hablaremos más tarde.

Kayla frunció el ceño por un momento mientras Shane, acompañado por un hombre de cabello oscuro, salía de su auto. Se movía con rigidez, y agitó la cabeza hacia el otro hombre. Kayla cogió un abrigo, se lo puso encima y salió. Shane había estado durmiendo en su tienda desde que Kayla se había mudado a la caravana de Esther, y cuando se acercó los oyó murmurar entre ellos.

—... casi perdido. —Era el desconocido el que hablaba—. ¿Qué diablos haces aquí, Shane?

—No te metas en esto. Yo... —Shane se interrumpió abruptamente. Segundos después sacó la cabeza de la tienda—. Kayla. Te has levantado temprano.

—Tú también. ¿Dónde has estado?

Los ojos de Shane se abrieron de par en par.

—¿Me estabas buscando?

El calor le arañó la cara a Kayla mientras se imaginaba para qué podría haberlo estado buscando. Negó con fuerza con la cabeza.

—N-no. No te estaba buscando. No te necesito. Quiero decir, no te necesito para nada en este momento. Quiero decir, te vi entrar y... y por favor, dime que me calle ya.

Las líneas en la cara de Shane se relajaron, dejándolo sonriendo. Su mirada hizo que a Kayla se le acelerara el pulso, y no pudo evitar sonreír. El desconocido sacó la cabeza por detrás de Shane y le echó un vistazo antes de sonreír.

—Vaya, hola —dijo con ojos interesados.

Shane le dirigió una mirada mientras salía de la tienda.

—He ido a recoger a mi hermano en el aeropuerto. Kayla, éste es Tyler. Tyler, ésta es Kayla.

—¿Kayla? —Tyler se puso de pie, borrando la sonrisa de su cara. En resumen, parecía enojado.

Llevaba una camisa sin mangas que mostraba sus tatuajes—. ¿Sabes lo que ha estado haciendo este idiota?

—Cállate. —Shane golpeó el hombro de su hermano—. Has tenido un vuelo muy largo; ve y descansa un poco, Ty. Necesito hablar con Kayla un minuto y luego dormiré en la hamaca.

Kayla frunció el ceño ante aquel extraño espectáculo. Deseó preguntarle qué estaba pasando, pero también estaba claro que Shane no quería hablar de ello. Sin querer presionar, dejó que la llevara de vuelta a la caravana, donde le brindó una sonrisa cansada antes de caer en la silla que había junto al pequeño escritorio.

—¿Estás bien? —preguntó ella, poniéndole una mano sobre el hombro.

—Sí. Estoy bien. Estoy bien, sólo un poco cansado. Tyler puede ser un verdadero dolor de muelas. No te sorprendas si coquetea con todas las chicas del campamento, incluso podría convencerse a sí mismo de que está enamorado de una o dos de ellas. Pero déjame a mí, ¿de acuerdo? Sé cómo manejarlo. —Inclinó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

Kayla frunció el ceño, pero asintió. Con su propia mente cansada y agotada, no había nada que pudiera hacer.

—Bueno, espero que tu hermano sepa cómo hacer su parte por aquí —bromeó—. Este lugar no está precisamente pensado para las citas rápidas.

Shane le dedicó otra sonrisa cansada.

—Eres hermosa, ¿sabes? Ojalá las cosas fueran diferentes. Desearía que todo fuera diferente. Ojalá tuviera un clan al que recurrir. ¿Sabías que a mi madre la echaron de su clan cuando me tuvo? Mi padre era de un clan rival, y no quería tener nada que ver con ninguno de los dos. Y el clan de mi madre quería que me abandonara. Dijeron que ya había traicionado a su pareja, una pareja que ni siquiera tenía, al darme a luz. Pero se negó, y la echaron. Más tarde tuvo a Tyler, pero nunca tuvimos un padre en nuestras vidas. Mi madre nunca dejó que eso la detuviera, siempre ha sido testaruda como una mula. Pero desearía tener un nombre de clan para darle a mis hijos...

Kayla arqueó las cejas. Acarició la mano de Shane, confundida por todo lo que estaba diciendo. Debía ser porque estaba tan cansado... Se sentó en el escritorio con un suspiro y se encogió de hombros.

—Con nombre del clan o no, eres un buen tipo. Serías un buen padre, y cualquier mujer se alegraría de tenerte como su esposo, o compañero, o lo que sea.

La sonrisa soñolienta de Shane se amplió.

—Los dragones generalmente no contraen matrimonio. Cuando tienen pareja, es de por vida, al menos así es como parece funcionar.

—Yo quisiera un matrimonio —dijo distraídamente Kayla—. A pesar de todo. El matrimonio significa algo para mí, ¿sabes? Es más que un par de anillos y un pedazo de papel; es un compromiso formal, un juramento de amor eterno ante el mundo. Entiendo que no es así para todos, pero para mí es importante.

La mirada de Shane se concentró en ella. Había una expresión embrujada y hambrienta en sus ojos mientras se ponía de pie.

—Kayla...

Su voz sonó ronca. Su simple sonido hizo cosas extrañas a su pulso, y Kayla tragó saliva con dificultad.

—Um... ¿sí?

Shane colocó las manos sobre el escritorio, acorralándola.

—Perdóname si esto te hace sentir incómoda... pero me he sentido atraído hacia ti desde el

primer momento en que te vi. Y ahora, trabajando codo a codo como hemos estado... me encuentro queriendo...

Kayla abrió mucho los ojos. Su mente saltó de un pensamiento a otro, preguntándose si quería decir lo que ella pensaba que quería decir... y lo que haría si Shane quería decir lo que ella creía... pero al segundo siguiente los labios de Shane estuvieron sobre los suyos y el resto del mundo se desvaneció. Hundió los dedos en el pelo de Shane mientras éste le abría la boca, hambriento, exigente. Si su primer beso había sido apasionado, aquel era una necesidad animal.

Las caderas de Shane se movieron, asegurándola contra el escritorio sin importarle la ropa. Sus movimientos encendieron un fuego dentro de ella y echó la cabeza hacia atrás. Se le escapó un grito ahogado. Shane se acercó a su cuello sin inmutarse. La piel le hormigueó y se tensó al mismo tiempo que su agarre sobre él se apretaba. De repente dejó de importarle lo que pudiera pasar o lo que estuviera pasando; sólo lo deseaba a él. Quería que le quitara la ropa y la tomara con fuerza y rapidez hasta que se perdiera en el placer.

O bien Shane sentía lo mismo o percibió su deseo, porque de repente la levantó del escritorio. Le rodeó la cintura con un brazo, y el otro le sostuvo la parte baja de la espalda mientras su boca se movía hambrienta sobre su blusa. Sus dientes le arrancaron varios botones; debería haber sido exasperante, pero a Kayla sólo le pareció *terriblemente excitante*. Se apoyó en el escritorio cuando Shane la soltó y le abrió la camisa por completo.

—Kayla —gimió contra su pecho mientras lo besaba—. Kayla, dime que pare.

—No. —Su cuerpo ondulaba solo, desliziéndose contra el de él—. No quiero que te detengas. Por favor, no pares.

Y no lo hizo. Sus manos continuaron con su destructivo camino, dejándola con nada más que trozos de tela. Pero al llegar a la piel, sus caricias se volvieron suaves, tan ligeras que bien podrían haber sido el roce de una pluma. Sus ropas se le antojaron opresoras, y la violencia de Shane al liberarla hizo que el calor dentro de su cuerpo aumentase. Algo se retorció dentro de ella y sus manos se aferraron al escritorio, desesperadas por aquella dolorosa necesidad de ser satisfecha.

Shane se desabrochó el cinturón. Kayla abrió la boca para decirle que se quitara la camisa; quería ver los contornos de su cuerpo musculoso, hermoso y endurecido.

Pero antes de que pudiera hacerlo, Shane se la arrancó. Gruñó desde lo más hondo del pecho mientras lo hacía, como si la ropa fuese algo que le ofendiese. Kayla no pudo contener una risita mientras él se arrodillaba. La expresión en sus ojos mientras la miraba era de adoración, como si nunca antes hubiera visto nada tan bello.

Kayla le rozó el pelo con los dedos, con el corazón latiendo por la anticipación y el abdomen tenso. Tembló cuando le besó el muslo. Un gemido surgió de su garganta cuando su lengua se deslizó sobre su objetivo. Kayla lo sostuvo con una mano mientras se apoyaba en el escritorio con la otra; era todo lo que podía hacer para no mover las caderas hacia delante. Unos jadeos suaves le resonaron en los sus oídos, aunque no sabía si era ella o él quien hacía aquel ruido.

—Shane —gimió mientras seguía temblando. Lo dijo como si su nombre fuera una oración—. Shane.

Éste se volvió a poner en pie, depositando besos por todo su cuerpo mientras lo hacía. Se detuvo un momento en sus senos antes de capturar su boca con la suya. Un dedo entró en ella mientras se bajaba los pantalones.

Kayla gimió.

—Deja que...

La cortó al empujaba dentro de ella. Era grande, casi demasiado grande ya que había hecho poco para prepararla. Hubo un ligero dolor, pero a Kayla no le importó. Le dio la bienvenida mientras los brazos de Shane la rodeaban de nuevo. La levantó y ella se sentó en el escritorio, lo que le permitió poner un brazo a su alrededor, y luego se quedó allí por un momento, besándola suavemente.

—Lo siento. ¿Qué ibas a decir?

Kayla se rió suavemente.

—Iba a decirte que me dejaras prepararte, pero supongo que no lo necesitas, ¿eh?

Tensó los músculos de su interior y Shane gimió. Sus dedos se hundieron en su carne antes de aflojar el agarre. Otro beso salvaje la dejó sin aliento, pero Shane no se movió. Kayla meneó las caderas para indicar que estaba lista, pero él siguió sin moverse.

—Si quieres que pare, dímelo —susurró—. Lo haré. Te prometo que pararé.

—No quiero que pares.

—Pero si cambias de opinión...

—No lo haré. —Kayla le acarició la cara con la mano libre—. Cualquiera que sea el demonio con el que estés luchando ahora mismo, está bien. Estoy aquí. Te deseo.

Shane apoyó la frente contra la de ella. Comenzó a moverse, primero en empujes cortos, pero pronto se volvió más rápido, más duro, con movimientos más bruscos. La tensión dentro de Kayla la obligó a pegar las rodillas al pecho; entrelazó los tobillos detrás de sus caderas mientras Shane la embestía con más fuerza, con la boca sobre la de ella, llenando el aire que los separaba con suaves gruñidos.

Pronto, a pesar la fuerza con la abrazaba fuerte, Kayla tuvo que agarrarse de nuevo al escritorio. Tenía la cabeza echada hacia atrás, y estalló con pequeños gritos de placer. Había también un ligero dolor, pero se dio cuenta de que le gustaba. Los ojos se le pusieron en blanco cuando una temblorosa ola empezó a subir por su columna vertebral y a bajarle por las piernas. Tensó los dedos de los pies.

Shane terminó antes que ella. Sus músculos se aflojaron y se desplomó sobre ella, aprisionándola contra el escritorio, pero una de sus manos se deslizó entre sus cuerpos. Encontró su objetivo, y con unos pocos toques hábiles, Kayla pasó a ver las estrellas.

Después de limpiarse apresuradamente y ponerse ropa nueva, Kayla dejó a Shane para que descansase en la caravana y fue a comenzar la excavación del día. Bernie estaba discutiendo con la chica noruega, pambas guardaron silencio cuando se acercó. No era una buena señal. Kayla forzó una sonrisa amistosa.

—¿Hay algún problema, Freida?

—Sí —dijo la noruega mientras Bernie abría la boca. Se echó el pelo rubio sobre el hombro y entrecerró los ojos—. Eres terriblemente inexperta. He revisado tus registros y nunca has hecho esto antes. Tengo mucha más experiencia que tú y debería estar...

—Eres una estudiante —espetó Bernie—. Estudiante de pregrado. No puedes decidir lo que se hace en esta excavación. Harás lo que se te ha asignado o puedes irte a casa.

Kayla las miró a ambas, desconcertada. No sólo por la cantidad de hostilidad presente, sino porque Freida parecía estar... ¿qué? ¿Haciendo una jugada para dirigir la excavación?

—Esther me dejó al cargo, Freida. Entiendo que las cosas están un poco agitadas, pero eso

significa que todos tenemos que trabajar un poco más duro.

Freida resopló.

—Sí. Todos sabemos lo duro que estuviste trabajando esta mañana.

Kayla se quedó mirándola, sintiendo como la cara se le volvía de color rojo remolacha. Su primer instinto fue decirle a Freida que hiciera las maletas y se fuera, pero se detuvo. Técnicamente no tenía aquel tipo de autoridad y, además, necesitaban todas las manos posibles. Aunque si Freida continuaba con aquella actitud, tal vez tendría que llamar a Esther y conseguir su consentimiento para despedir a la noruega.

—Eso ha estado fuera de lugar —dijo Bernie—. Te voy a sacar de la excavación. Hoy ayudarás en la cocina.

Freida resopló, burlándose de ella.

—Ponte en marcha. ¡Ahora!

La noruega se alejó, pavoneándose. Kayla respiró hondo y negó con la cabeza. Crisis evitada. Aunque tenía los nervios a flor de piel, dejó de lado su vergüenza y su ira. Había trabajo que hacer, y no iba a dejar que la actitud de la noruega arruinara aquella excavación. Ni hablar.

Capítulo OCHO

Shane

Shane durmió hasta el mediodía. Despertó sólo cuando Tyler entró en la caravana, buscándolo. Tenía un ungüento de hierbas que su madre solía hacer todo el tiempo, y se lo entregó. Shane lo aceptó, haciendo una mueca ante el dolor que sentía en el pecho. Se había roto más de un par de huesos la noche anterior. Tener sexo con Kayla había sido insoportablemente doloroso, pero no había sido capaz de detenerse. La necesitaba tanto...

Pero ahora que el momento de la pasión ya no les atravesaba el cuerpo, ¿se arrepentiría ella de su decisión? ¿Lo haría él? Por el momento ni siquiera se le ocurría por qué podría haber sido una mala idea...

—Voy a darle una paliza. —El humo de Tyler llenó la caravana. Ayudó a Shane a quitarse la camisa y comenzó a aplicar el ungüento sobre los moretones que aún se veían en su espalda y costillas—. Y ya puestos, te mataré a ti también. ¿Qué demonios está pasando? Sé que eres el señor Tío Duro y Protector, ¿pero en serio? Se supone que tú y yo somos hermanos, que podemos hablar de todo. ¿Por qué no me lo contaste? Podría estar ayudándote.

Shane negó con la cabeza. El ungüento causaba una sensación de ardor y calor que ayudaba a aliviar sus heridas.

—No eres un luchador, Ty. Quiero que te mantengas al margen de esto.

—¿Mantenerme al margen mientras mi hermano es golpeado cada semana por una mujer que ni siquiera sabe lo que está pasando? Claro, y después me iré al Polo Norte con Santa Claus. —Entrecerró los ojos. Agitó la cabeza—. Soy bueno en más cosas aparte de pelear.

Shane puso los ojos en blanco.

—No vas a ser poder seducir a Gordon para que detenga las peleas.

Tyler presionó un hematoma un poco más fuerte de lo necesario.

—No. ¿De acuerdo? Sé que piensas que no sirvo para nada, pero no voy por ahí seduciendo a la gente sin restricciones, y sabes que puedo ayudarte con esto.

—No creo que no sirvas para nada. —Shane suspiró—. Mira, sé que tienes muchas habilidades, Tyler. No quiero que estés cerca de esto, ¿de acuerdo? No sé qué clase de juego está jugando Gordon, pero no está en esto por dinero. O, al menos, no es lo único que busca. No sé qué es lo que busca, y hasta que lo sepa, no quiero que quedes atrapado en el fuego cruzado.

—Shane, eres un idiota. Pudiste haber hecho que te mataran. Si ese otro dragón no hubiera prendido fuego a la arena, te habrían derrotado. Gordon te lo va a poner cada vez más difícil.

¿Qué podía decir a eso? Era verdad. Gordon lo estaba presionando, poniéndolo a prueba. Las cosas sólo iban a empeorar.

—Sólo tengo que averiguar cómo evitar que le hagan daño a Kayla.

Tyler emitió un ruido con la garganta mientras continuaba aplicando el bálsamo sobre sus heridas. Eructó más humo en el aire. Su hermano pequeño era más emocional que él; en muchos sentidos, Shane envidiaba la facilidad con la Tyler mostraba sus emociones. No creía que necesitara mantenerlo todo guardado para ser fuerte, y aquella era una opinión que le hubiera gustado poder compartir.

—Entonces, ésa es Kayla. Parece más importante que tus nociones habituales de Salvador. ¿Estás enamorado de ella?

—No. —Ni siquiera se permitió pensar en otra respuesta. Lo que había entre él y Kayla nunca se convertiría en amor. Él no era de esa clase de personas. Dudó un momento, y luego suspiró—. Tuvimos sexo esta mañana.

—¿*Qué demonios?*

Shane saltó y fulminó a su hermano con la mirada.

—¡Cállate! Creo que sólo ha faltado que te oyera China.

Tyler puso los ojos en blanco. Se limpió las manos en los pantalones y entrecerró los ojos.

—¿Estás hablando en serio? Me acusas de seducir mujeres como si saliera a cazar vírgenes inocentes todas las noches, ¿y ahora dices que tuviste sexo con alguien a quien *dices* que no amas? ¡Al menos yo sé que estoy enamorado de las chicas con las que me acuesto!

—Es más bien lujuria —respondió Shane— ¿Cuándo fue la última vez que tuviste una relación que durase más de un mes?

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste una relación?

Shane negó con la cabeza.

—Mira, eso no importa. Me preocupo por ella, sí. Me siento atraído por ella, pero nada de eso importa. Necesito protegerla a cualquier precio.

Tyler resopló.

—Sí. Cierto, tienes que protegerla. Necesitas protegerla *e* impresionarla. No eres el tipo de hombre que tiene sexo sin sentido, Shane. No me mientas. ¿Esa chica es tu compañera?

—¿En serio? ¿Me estás preguntando eso?

—Sí, te lo pregunto de verdad.

—El que me haya acostado con ella no significa que sea mi compañera, igual que ninguna de todas las mujeres con las que te has acostado han sido tus compañeras. —Shane se puso la camisa y empezó a abotonarla—. Gracias por el ungüento, me ayudará a seguir adelante. Ahora quiero que te subas a un avión y te vayas de aquí.

La mirada en la cara de Tyler le dijo que su hermano no iba a dejarlo correr tan fácilmente.

—Shane...

—¡No es mi compañera! —Sus palabras sonaron más duras de lo que había planeado—. Mira, me gusta, y yo le gusto a ella, pero no puede haber nada entre nosotros. Al menos no a largo plazo.

—¿Por qué?

Shane no tenía respuesta. No sabía *por qué*, al menos no de manera lógica. Además, su vida estaba llena de política y una urgencia constante mientras saltaba de tarea en tarea. Aquella no era vida para una pareja, y eso por no hablar de los niños... ¿*Pero hay razón para que tu vida siga siendo siempre así?*

Tyler le dirigió una sonrisa triunfante.

—No estarías tan obsesionado si se tratara de proteger a una mujer cualquiera al azar.

—Entonces no me conoces, hermanito. —Trató de hacer que su voz sonara autoritaria, como si la conversación hubiese terminado—. Lucharía para proteger a cualquier persona que me encontrase por la calle.

—Vale, claro. Tal vez.

Shane puso los ojos en blanco.

—No, de tal vez nada. Tú mismo me has llamado «señor Tío Duro y Protector», y siempre estás hablando de mi supuesto complejo de salvador. Si se tratase de otra persona en la situación de

Kayla, seguiría luchando para protegerla. Lo sabes, así que no finjas que estoy actuando fuera de lo normal.

—Bien. Has estado protegiendo a todo el mundo, te lo concedo. Pero estás haciendo algo más que protegerla; quieres asegurarte de que siga siendo feliz. Si fueras listo, clausurarías este sitio y la enviarías lejos de Gordon, pero en vez de eso, te peleas cada maldita semana para que ella pueda quedarse aquí, cavar en la tierra y hacer lo que ama.

—Déjalo ya.

Tyler negó con la cabeza, con los ojos entrecerrados.

—No. Si no paras, si no empiezas a protegerte, tendré que hacer algo. Eres mi hermano, Shane. ¿Crees que quiero verte muerto? ¿Y qué hay de mamá? ¿Quieres que reciba esa llamada?

—¡Tyler! —Shane entrecerró los ojos. Una bocanada de humo surgió de sus pulmones mientras sus llamas se elevaban—. Lo tengo todo bajo control. Sí, Gordon me está tendiendo una trampa, pero no dejaré que lastime a Kayla. Y no quiero que se entere de esto, ¿de acuerdo? Sólo necesito un poco más de tiempo.

Su hermano frunció el ceño y se cruzó de brazos, pero no dijo nada. Tendría que ser suficiente por ahora. Una punzada de dolor le atravesó el cerebro; no estuvo seguro de si era por el estrés de la situación o por el número de veces que le habían golpeado en la cabeza durante la última noche.

Sólo esperaba que Tyler no hiciera ninguna estupidez. Lo último que necesitaba era otro desastre aún mayor que limpiar.

Por un momento los hermanos se sentaron en silencio. La mente de Shane volvió a Kayla, su sonrisa, su olor, la forma en que los ojos se le habían puesto en blanco y había gritado con cada embestida mientras él la tomaba aquella misma mañana. El sabor de su boca, la sensación de sus pechos. Sólo recordarlo hizo que la sensación de pereza y relajación de las endorfinas postsexuales lo invadieran de nuevo.

Hubo un golpe fuerte en la puerta y ésta se abrió, revelando a Bernie.

—Siento molestarles. —Miró a Tyler con mucho interés—. Pero hay algunos papeles que necesito recoger...

Shane le hizo un gesto para que siguiera adelante y Bernie entró en la caravana sin quitar los ojos de encima de Tyler. Shane pensó en presentarlos, pero luego decidió que no quería aquel particular dolor de cabeza. Por las miradas que estaban intercambiando, muy pronto se darían cuenta de quién era el otro. Bernie rodeó el escritorio, haciendo que el corazón de Shane se le subiera a la garganta, pero si había algo fuera de lugar, Bernie no hizo ningún comentario.

Ésta levantó unos papeles con una sonrisa triunfante.

—Aquí están. Continúen... lo que sea que estaban haciendo.

Se le enrojecieron las mejillas y salió corriendo de la caravana. Shane puso los ojos en blanco cuando se marchó; estaba bastante claro qué pensaba que había estado pasando.

—¿Quién era? —Tyler se volvió hacia él con los ojos muy abiertos—. Es la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

Su hermano nunca cambiaría. Shane abrió la boca para preguntar por la chica vegana, pero se detuvo. Si había algo que podía distraer a Tyler de lo que pasaba en el ring de Gordon, era una chica bonita. Bernie era muy atractiva. Curvilínea, con ojos amables y labios gruesos. No tan guapa como Kayla, pero guapa.

—Trabaja con Kayla aquí, en la excavación. —Otra brillante idea le vino a la cabeza—. Ty, ¿te vas a ir tal y como quiero que hagas?

Tyler, todavía mirando la puerta por la que Bernie había salido, negó con la cabeza.

—Bien. Entonces tengo algo que quiero que hagas por mí. Será de gran ayuda —añadió. La mirada de Tyler volvió a centrarse en su hermano y se sentó un poco más derecho—. No estoy seguro de que Gordon no vaya a intentar volver a por Kayla, independientemente de cómo vayan las peleas. Si pudieras quedarte en la excavación y vigilar si viene algún desconocido, me quitarías una gran carga de encima. Mientras tanto yo podría salir e investigar más por mi cuenta.

Tyler frunció el ceño, pero asintió.

—Sí, puedo hacerlo.

Shane devolvió el asentimiento, intentando mantener una expresión seria. Una ola de alivio le inundó; Tyler se quedaría allí y se distraería con Bernie. Eso lo mantendría alejado de las peleas. Lo mantendría a salvo. Y así Shane tendría más libertad para decidir qué hacer a continuación.

Capítulo NUEVE

Kayla

No estaba segura de quién había dicho a todo el campamento que se había acostado con Shane, pero Kayla estaba casi completamente segura de que había sido Freida. La noruega estaba haciendo todo lo posible para que los demás estudiantes se revelarán contra Kayla o algo así. No estaba del todo segura de cuál era su objetivo, pero resultaba agotador.

La peor parte era que las miradas y las burlas que recibía empezaban a hacer que se arrepintiera. Aquel hermoso momento entre Shane y ella, la cercanía que sentía con él; todo se estaba viendo arruinado por cómo la estaban tratando. Se estaba poniendo tan mal con el estrés y todo lo demás que aprovechaba cualquier oportunidad para escapar a la ciudad, para escapar de todo.

En una de aquellas escapadas, al regresar con el auto lleno de comida para un par de días más, divisó una fogata nada más entrar en el campamento. Abrió los ojos de par en par y se le hizo un nudo en el estómago. Frenó en seco, haciendo chirriar los neumáticos chirriantes, y saltó del auto.

La fogata estaba contenida dentro de una vieja llanta, pero aquello no importaba. Agarró un cubo de agua que estaba en la cocina a toda velocidad y lo llevó de vuelta al fuego. No había nadie cerca. Con cuidado, Kayla vertió el agua sobre las llamas. Éstas sisearon y chisporrotearon, elevándose el vapor en el aire, antes de apagarse. El humo llevó el aire. Kayla corrió de un lado a otro un par de veces, llenando el cubo, antes de que la hoguera quedara completamente empapada y el humo se hubiera detenido.

Sintió un nudo en el pecho y el mundo pareció estrecharse mientras miraba a su alrededor. El rugido de un motor sonó en el aire y en un momento Bernie, conduciendo uno de los cuatrimotos, llegó al campamento. Saltó del vehículo y se acercó corriendo.

—¿Qué pasó? —gritó.

Kayla apretó los puños mientras marchaba hacia la tienda de campaña más cercana. La de Freida. Abrió la cremallera y pronto vio que Freida estaba estirada sobre su saco de dormir, con los audífonos puestos y leyendo una revista.

—¡Sal aquí ahora mismo! —le gritó Kayla.

Freida dio un salto. Abrió la boca y luego entrecerró los ojos.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo?

—Saca el culo de ahí —volvió a gritar Kayla.

Freida abrió mucho los ojos. Salió rápidamente de su tienda, con una mano agarrando su revista y la otra sosteniendo una cerveza.

—¿De qué trata todo esto?

—¿Encendiste tú esa fogata? —Kayla señaló cenizas las humeantes.

Freida se quedó con la boca abierta .

—¡Ey! ¿Por qué la has apagado?

—¡Porque hay una maldita prohibición de fogatas! —Sintió como cualquier rastro de calma que pudiera poseer la abandonaba. Echó las manos al aire y retrocedió, deseando tranquilizarse. Apretó los puños y dilató las fosas. Respiró hondo y volvió a insistir—. ¿Encendiste tú esa

fogata?

—Ayer llovió.

Bernie, probablemente viendo que Kayla estaba a punto de estrangular a la noruega, intervino.

—Eso no importa. Todavía está vigente la prohibición de fogatas, y lo sabías. Éste es un comportamiento inaceptable, Freida. Se te dijo que no encendieras fuegos a menos que...

—*Lloviere* —repitió Freida—. Ya no hay peligro de incendio.

«Que Dios me ayude». Kayla volvió a inhalar profundamente.

—Te dijeron las reglas. No puedes decidir cuándo hacer una fogata o no; es una cuestión de *leyes*. ¿Tienes idea de la multa que tendrías que pagar si volvieras a hacerlo? Y se suponía que estarías de servicio hoy en la cocina; todavía hay un fregadero lleno de platos sucios. Has estado holgazaneando en tus tareas asignadas desde que Esther se fue. Todos tenemos roles, y...

—Tienes *roles* más que suficientes para todos nosotros. —Freida sonrió como si hubiese dicho algo inteligente—. No me culpes por el desmoronamiento de tu pequeño campamento. Si hubiese alguien con experiencia real al cargo...

Kayla no supo cómo se contuvo para no atacar a Freida.

—No me importa lo que pienses. Bernie y yo estamos a cargo de esta excavación, y si no empiezas a mejorar...

—No voy a recibir órdenes de un par de vagas —se mofó de ellas, y tomó otro trago de cerveza. ¿Estaba borracha o es que creía que como sólo estaban ellas tres, Kayla iba a dejar que la pisoteara a ella y a Bernie? La burla de la noruega se hizo más pronunciada—, Todo el mundo sabe que tú y ese dragón están follando. No firmé para ser parte de un burdel.

Aquello fue la gota que colmó el vaso. Kayla había llegado a su límite. Puede que no tuviera la autoridad explícita para despedir a los estudiantes, pero mientras ella estuviera a cargo, no se tolerarían aquella clase de comportamientos y actitudes. No. Freida había ido demasiado lejos, y no iba a aguantarlo más. Una cosa era permitir un poco de indulgencia y no echar a alguien porque no estaban de acuerdo, pero aquel nivel de falta de respeto era algo totalmente distinto.

Además, estaba demasiado cansada como para preocuparse. Freida había estado causando problemas, ¿y para qué? ¿Porque creía que Shane intervendría y le arrebatría la dirección de la excavación Kayla? ¿Porque creía que Esther iba a volver? ¿Porque pensaba que ella, una estudiante de pregrado que sólo había estado en media docena de excavaciones, se merecía más el puesto?

—Haz las maletas. —Su voz sonó heladora por la furia—. Vamos a llevarte al aeropuerto y puedes irte a casa.

Freida abrió los ojos de par en par.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Está claro que no quieres estar aquí, así que puedes irte. Así podrás sentarte a beber cerveza y no tendremos que seguir diciéndote que te levantes y hagas tu trabajo.

—¡No puedes hacer eso!

—¿Después de eso? —Señaló a la hoguera—. Tienes suerte de que no llame a la policía para que venga a lidiar contigo. —Se volvió hacia Bernie. Su ira seguía ardiendo por dentro, y se preguntó por un momento si, de haber nacido dragón, ahora mismo estaría echando humo de manera literal—. Ve a reunir a todos los de la excavación. Los quiero de vuelta aquí para que podamos tener una reunión sobre responsabilidad.

Bernie asintió, con expresión sombría. Corrió rápidamente hacia el quad. Freida balbuceó y se atragantó con sus palabras, pero Kayla la ignoró y fue a por la lista de asignación de tareas.

Algunos de los estudiantes habían ido a la ciudad, así que los llamó a todos para que regresaran. Aquello era inaceptable.

Sólo entonces se acordó de la comida que había traído en el coche. Con una mueca, Kayla se acercó y empezó a sacarlo todo y a guardarlo. Tenían pequeños generadores que alimentaban un refrigerador y un congelador, y guardó rápidamente todo lo que necesitaba refrigerar antes de ordenar lo demás para mantener alejados a los osos y a los ratones.

Para cuando terminó con aquello, su temperamento había empezado a calmarse. Parte de ella se preguntó si tenía razón al echar a Freida de la excavación, pero dejó de lado esas dudas. No estaba allí para ser Miss Popularidad, sino para llevar a cabo una excavación y asegurarse de que todo funcionara sin problemas, y aquello no iba a suceder si gente como Freida actuara de aquel modo.

—¡Ey! —Freida irrumpió en la cocina. Tenía las manos cerradas y las fosas nasales dilatadas—. ¡Ey!

Kayla inspiró profundamente y aguantó la respiración durante varios segundos antes de volverse hacia ella.

—¿Sí?

—No puedes hacerme esto.

Kayla arqueó las cejas.

—No puedes aparecer así y decirme que me voy. Pagué para estar aquí. —La cara de Freida estaba tan roja que parecía que estaba a punto de arder en llamas—. Pagué para estar aquí —repitió—. Así que no puedes hacer que me vaya.

Kayla no se molestó en señalar que su «pago» era literalmente para cubrir los gastos que acarrearía el viaje hasta allí. Todo lo que había en el campamento, ya fuera comida, agua, o gas, lo pagaba Shane. Normalmente los estudiantes tendían que pagar mucho más para obtener sus créditos en una excavación como aquella.

—Sí que puedo —contestó—. Estoy a cargo de la excavación.

—¡Necesito estos créditos!

—Entonces deberías haberte esforzado. No puedes hacer lo que quieres y esperar obtener beneficios, y eso sin tener en cuenta la forma grosera e irrespetuosa en la que has actuado desde que llegaste.

Freida soltó un grito de enojo y le arrojó su botella de cerveza a la cabeza. Kayla la esquivó. La botella se rompió con el impacto y Freida volvió a gritar.

—Vete. —Kayla señaló a la puerta—. Tienes media hora o llamaré a la policía para que te escolten.

—¡No puedes hacerme *esto*!

—He dicho que te vayas.

Freida gruñó, pero se giró sobre sus talones y se alejó. Kayla se quedó allí, temblando, por un momento. Miró los cristales rotos y se agarró a la mesa. LA cabeza le daba vuelta, y en aquel momento lo único que quería era tener los brazos de Shane a su alrededor, para que la consolara y le asegurara que estaba bien. Cerró los ojos, sintiendo cómo le ardían.

Luego se enderezó, se secó las lágrimas y salió para asegurarse de que Freida estuviera lista para partir.

Capítulo DIEZ

Shane

Shane despertó con Tyler apretándole el estómago con el pie. El dragón se sacudió, levantando las manos para defenderse. Cuando se dio cuenta de quién era, volvió a caer en el saco de dormir y lo miró fijamente. Tyler y él habían estado compartiendo la tienda de Kayla desde que Shane «reclutó» a su hermano para ayudar a proteger la excavación, aunque Tyler no estaba la mayoría de las noches. Shane no preguntó dónde iba; estaba demasiado ocupado tratando de restaurar sus reservas, y aquello significaba comer y dormir todo lo que pudiera.

—Te necesitan.

Shane se frotó los ojos.

—¿Para qué?

Tyler volvió a apretarle el estómago.

—No lo sé, pero tu pareja te necesita.

—Kayla no es mi pareja.

—Sí lo es.

Shane se puso de rodillas. Su camisa yacía en el suelo y la recogió rápidamente. No tenía sentido discutir con Tyler sobre aquello. Seguía insistiendo en que Kayla era su compañera, y nada de lo que dijera lo detendría, especialmente cuando la mitad del tiempo Shane mismo ni siquiera estaba seguro de lo que decía. Durante la otra mitad sentía como si estuviese mintiendo al que Kayla no era su pareja. En aquel momento ni siquiera estaba seguro de por qué no la perseguía. No era como si algo se interpusiera en su camino.

—¿Dónde está? —le preguntó a Tyler, quitándose aquellos pensamientos de la cabeza.

—En la caravana.

Shane asintió una vez y se dirigió hacia allí, pensando en qué podría ser tan grave como para que su hermano tuviera que despertarlo. Algunos de los estudiantes se movían por la cocina, pero guardaron silencio cuando pasó por allí. Cuando llegó a la caravana, golpeó rápidamente y entró. Dentro encontró a Kayla sentada en el escritorio, con la cabeza enterrada entre los brazos y sollozando.

—Kayla. —Fue rápidamente hasta su lado y la abrazó—. ¿Qué pasó?

Ella lo rodeó con los brazos. Aunque su posición en cuclillas junto a ella era incómoda, no se movió. Le acarició el pelo y se puso a pensar en todas las cosas que podrían haber ocurrido para dejarla en aquel estado. ¿Se había enterado de las continuas peleas en las que había tenido que participar para protegerla de Gordon? Le hirvió la sangre. ¿Se lo había dicho Tyler? De ser así lo mataría, aunque fuera su hermano. Era inaceptable.

—Kayla —volvió a susurrar, manteniendo la voz baja, sin mostrar su ira—. Cuéntamelo.

—He echado a uno de los estudiantes. —Entre sollozos, Kayla le contó lo que había pasado. Si se sintió aliviado de que no se hubiera enterado de lo de las peleas, oír que Freida la había atacado le hizo arder de nuevo por dentro. Kayla se frotó los ojos mientras terminaba—. No sé por qué me afecta tanto. No es como si mereciera quedarse después de lo que hizo.

Shane le acarició el pelo. Le sorprendió que sus llamas estuvieran tan descontroladas con

aquella información; no era como si aquella tal Freida fuera una amenaza tan grande como Gordon. Tal vez se trataba de eso; era un blanco fácil, alguien contra quien sabía que podría ganar si terminaba en una pelea.

—Hiciste lo correcto despidiéndola —dijo, tratando de sonar reconfortante.

—No tengo ni idea de lo que estoy haciendo —susurró ella—. No sé cómo dirigir una excavación. ¿A quién estaba engañando cuando dije que podía hacerlo? Será mejor que nos cierres y envíes a todos a casa hasta que Esther vuelva y se ocupe de ello. Freida tenía razón, no estoy calificada.

Con todo lo demás que estaba pasando, Shane ni siquiera había pensado en la difícil situación de Esther y Bryant. Sintió una punzada en el estómago. Sólo podía imaginar lo horrible que debía ser para ellos, que les ocurriera algo tan maravilloso y hermoso sólo para verse empañado por el miedo de lo que pudiera terminar sucediendo.

—¿Cómo está Esther? —preguntó, aún sosteniendo a Kayla.

Ésta se enderezó, lo que le permitió ajustar su posición para que dejaran de dolerle las rodillas.

—La última vez que hablé con ella no habían encontrado nada nuevo. Sin embargo, no parecía que ni ella ni el bebé estuviesen en peligro inminente. Tenían que hacer más pruebas.

Shane asintió lentamente.

—Así que puede ser que llame mañana y diga que va a volver.

—No puede hacerlo tan pronto.

La amargura de su voz le sorprendió. Aquella no era la Kayla que él conocía, la que estaba tan entusiasmada con la vida y el trabajo que literalmente no dejó de dar saltitos mientras hacía cola en el aeropuerto, a la espera de traerlos a todos allí. Sus ojos habían brillado tanto, y había estado tan emocionada. Le dolió físicamente verla tan derrotada. Volvió a abrazarla.

—Sé que las cosas están un poco locas ahora mismo, y sé que se ven mal, pero lo estás haciendo de maravilla. No ha habido un incidente importante desde que Esther se fue. La semana pasada evitaste que ese estudiante tuviera un golpe de calor, ¿recuerdas?

A Kayla le tembló el labio inferior.

—Saben que dormimos juntos. Y no quiero arrepentirme, fue hermoso, pero ya no me respetan.

Sus llamas rugieron durante un momento antes de las apagase.

—Bueno. Supongo que entonces tendrás que casarte conmigo.

Kayla abrió los ojos de par en par. Una risa sorprendida surgió de ella. Pasó un segundo, y luego se volvió a reír.

El sonido de su risa era tan dulce que si encontraba la manera de embotellarlo nadie volvería a necesitar usar azúcar. Le frotó la espalda mientras ella seguía riéndose. Kayla sacudió ambas manos en el aire mientras agitaba la cabeza, pero Shane no estaba seguro de qué estaba tratando de decirle exactamente.

—Lo siento —se rió—. No es que casarse contigo sea gracioso.

Shane le besó la frente.

—Si es lo suficientemente gracioso como para hacerte reír, tendré que pedirte matrimonio más a menudo. Siento no haber estado mucho por aquí, he estado ocupándome de unos negocios. Espero que Tyler no se haya convertido en una molestia.

—Tyler ha sido genial. Ha estado manteniendo a todos animados y ayudando aquí y allá. Ha sido muy bueno, en realidad. —Se secó los ojos y agarró un Kleenex—. Yo soy la que no ha estado haciendo mucho. Corriendo por ahí como un pollo sin cabeza, sin hacer ningún trabajo de verdad. Estoy tan atrasada con el papeleo, y...

—Shhh. —Shane la abrazó de nuevo.

Aquel sería el momento perfecto para cerrar la excavación, para eliminar la amenaza de Gordon de una vez por todas. Había dicho que la protegería a cualquier precio, pero lo que estaba haciendo ahora era ponerla todavía más peligro. Las costillas le palpitaron de repente, doloridas, y suspiró.

—Si te sientes sobrecargada de trabajo, entonces tal vez... Quiero decir, después de todo, no es el trabajo que solicitaste. Si crees que es lo mejor, entonces quizás podamos tomarnos un descanso.

Las lágrimas volvieron a hacer acto de aparición. Kayla se tapó los ojos con las palmas de las manos, pero siguieron manando.

—Tal vez, sí. Esto es lo que más deseaba en el mundo. Más que *nada* —repitió—. Me siento tan inútil ahora mismo, como si fuera un fracaso. Sé que no es el fin del mundo, pero se siente como si lo fuera.

Shane se estremeció; no podía dejar que se sintiera como una fracasada. No podía dejar que se rindiera. Abrió la boca para contarle todo lo que había estado pasando, todo lo de Gordon y las peleas, pero las palabras se le atascaron en la garganta. No. No quería hacer que cargar todavía con más cosas. Desvió la mirada por un momento, ordenando sus pensamientos.

—No eres de las que se rinden. Sé que, si decides poner la excavación en espera, no es porque te rindas, es porque quieres hacer lo mejor para estos estudiantes y el sitio y la tribu nativa con la que estás trabajando. Creo que puedes hacerlo, pero también creo que sabes más de todo esto que yo. —Le agarró la mano—. No eres inútil, Kayla.

A Kayla volvieron a temblarle los labios.

—Eres valiente y amable—continuó, suavizando la voz—. Me encanta cómo ves lo mejor de la gente, incluso después de que nos hayan secuestrado.

Kayla se rió.

—Técnicamente Bryant no nos *secuestró*, sólo nos mantuvo prisioneros.

—Es lo mismo. El punto es que le perdonaste rápido y me ayudaste a entender por qué no debería darle una paliza por lo que había hecho. Eres una persona increíble. Puedes hacer cualquier cosa que te propongas y... me encanta eso de ti.

Ella le agarró la cara entre las manos.

—Gracias. No sabes cuánto necesitaba oír todo eso.

Shane le limpió una lágrima de la cara.

—Creo que tengo algo...

Kayla le cortó con un beso, suave y dulce al principio. Sus manos se movieron alrededor de su cabeza y se enredaron en su pelo. Sus labios se abrieron y él se aprovechó de ello. Sus brazos la rodeaban, su lengua se metía en su boca. La apretó contra sí mientras Kayla lo rodeaba con las piernas. Quería arrancarle la ropa, tumbarla en el suelo y hacerla gritar con oleada tras oleada de placer ardiente.

Oh, era un idiota.

Shane rompió el beso. Apoyó la frente contra la de ella, con los ojos cerrados, mientras su mente daba vueltas. Kayla no era una cobarde. Si él no cerraba la excavación, entonces por supuesto que ella no lo haría. Necesitaba terminar con aquello, llevarla lejos, lejos de Gordon y de aquella horrible situación.

Y sin embargo... quería que Kayla fuera feliz. Quería que se mirara al espejo con confianza. Si le quitaba la excavación ahora, ¿entonces qué? Pensaría que todo lo que le acababa de decir era

mentira. Pensaría que no creía en ella, que realmente era una inútil. Y tenía que protegerla de eso, al igual que de Gordon. Así que no podía contarle lo de las peleas; aquello la haría sentir insegura. No podía cerrar la excavación, porque la haría sentir como una inútil. Tenía que protegerla de todo.

Las costillas volvieron a palparle, pero sus llamas ardieron más fuerza. Que Dios ayudase a cualquiera que intentase herir a su compañera.

Abrió los ojos como platos. En aquel momento supo que era verdad. Kayla era su compañera. Puede que lo hubiera sabido desde el primer momento en que se conocieron, o puede que no, pero la realidad era que era su compañera, y él nunca la defraudaría.

—Puedes hacer lo que quieras —le repitió ferozmente. Quería decirle que la amaba, pero las palabras se le atascaron en la garganta. Los humanos se asustaban fácilmente ante la intensidad de los dragones—. Vas a cambiar el mundo, Kayla, empezando con esta excavación.

La determinación se encendió en sus ojos.

—Gracias. Ahora vamos a remover un poco de tierra.

Capítulo ONCE

Kayla

El estudiante a su lado no se veía tan mal, pero Kayla no iba a arriesgarse. Hacía mucho calor aquel día, y aquel estudiante en particular se había cortado accidentalmente con un trozo de metal que había aparecido entre la tierra. No era un gran corte, lo que no significaba que no fuera a llevarlo al hospital para que limpiaran la herida. El tétanos era un problema demasiado serio como para jugar con él.

—Mantén la mano alzada —dijo mientras subía conducía el quad hasta el campamento. Volvió a mirar la herida y agitó la cabeza—. Cogeré las llaves del coche y nos iremos de aquí.

El estudiante asintió, pálido. Kayla le pasó una botella de agua y se dirigió hacia la caravana. Cuando se acercó, oyó... gemidos y gruñidos. Y la caravana se mecía de vez en cuando. Se quedó inmóvil justo frente a la puerta, oyendo gritar a Bernie el nombre de Tyler. Una mueca le cruzó la cara, seguida de una ola de ira, y golpeó con fuerza la puerta.

—¡Oh, mierda! —Era Bernie—. Ponte la ropa.

—Pero aún no hemos terminado.

—Más vale que hayan acabado —escupió Kayla—. ¿Qué demonios creen que están haciendo, teniendo sexo a mitad del día cuando hay trabajo que hacer?

Se oyó el ruido de gente corriendo, y Bernie abrió la puerta. Tenía el pelo revuelto y las mejillas sonrojadas. El olor no dejaba nada a la imaginación. Kayla apretó los puños.

—Mira, no me importa si tienen sexo, pero tiene que ser en su tiempo libre —siseó, mirando a Bernie—. Me estoy volviendo loca tratando de mantener todo en marcha, ¿y tú estás sentada aquí divirtiéndote? Dios, *Bernice*. Necesito refuerzos aquí. Uno de los estudiantes resultó herido y tengo que llevarlo a la ciudad.

Bernie parecía avergonzada, pero cuando Kayla habló, aquella vergüenza desapareció. Tyler se escabulló entre ellas dos y se fue, con la camisa bajo el brazo. Tenía un tatuaje de alas de ángel que ocupaba ambos omóplatos y la mitad de su espalda. A Kayla no le importó adónde iba; ayudaba bastante, pero aquello era imperdonable. ¿Cuánto tiempo habían perdido haciendo eso cuando podían haber estado trabajando? ¿Cuánto más trabajo *tendría* que hacer porque decidieron tener sexo?

—Todos estamos un poco sobrecargados de trabajo y estresados, así que no te lo voy a reprochar —le espetó Bernie—. Pero la próxima vez que decidas enfadarte conmigo por tener sexo *en mi día libre*, te sugiero que te detengas y pienses en lo que realmente te enfada.

—Sólo estamos nosotras dos, no tenemos días libres.

Bernie agitó la cabeza.

—Si no los tenemos, nos volveremos tan locas como estás tú ahora mismo. No estás enfadada conmigo, Kayla. Estás sexualmente frustrada, sobrecargada de trabajo, estresada, y quieres revolcarte con Shane pero te avergüenzas demasiado de tu propia sexualidad.

Kayla abrió la boca y luego la cerró, sin saber cómo responder a aquello.

—Te gusta. Te gustó acostarte con él. Pero te estás repitiendo a ti misma exactamente lo que te dijo Freida.

—Eso no es verdad —protestó Kayla.

Bernie se puso las manos en las caderas.

—¿Ah, no? ¿Entonces por qué ese gran trozo de deliciosa carne de dragón no duerme en tu cama todas las noches? Lo siento si estoy siendo grosera al respecto —añadió, suavizando su expresión—. Yo también estoy un poco sobrecargada de trabajo y estresada. Y avergonzada de que nos pillaras a mí y a Tyler. Pero eso no cambia nada; Shane y tú son como una pareja de una comedia romántica. Se niegan a admitir que se gustan, excepto cuando la pasión les quema la ropa.

—¿Qué significa eso?

—Significa que te estás avergonzando de ti misma. No seas idiota, Kayla.

Kayla negó con la cabeza.

—No me avergüenzo de mí misma.

Bernie se puso las manos en las caderas y apoyó su peso en una pierna mientras entrecerraba los ojos.

—¿Entonces qué estás haciendo?

Tal vez Bernie tuviera razón, pero no quería pensar en aquello ahora. La emoción era sólo una de esas cosas que hacía que todo fuera más confuso. Volvió a agitar la cabeza y cogió las llaves del coche.

—Necesito que vayas a la excavación a vigilar mientras voy a la ciudad.

Volvió con el estudiante sin decir ni una palabra más. Llevarlo al hospital llevó más de lo que esperaba. Para cuando se ocuparon de él y regresaron al campamento, todos los demás ya habían terminado su día. Kayla repartió las tareas para los próximos dos días para permitir que el estudiante herido tuviera suficiente tiempo para curarse, luego cenó y ayudó a lavar los platos.

Para cuando regresó a la caravana, ya casi había olvidado lo que había pasado dentro. Afortunadamente el vehículo se había ventilado y olía sólo a un caluroso día de verano. Pero nada más era demasiado prometedor, y Kayla suspiró mientras buscaba entre su ropa, intentando encontrar algo que no estuviese demasiado sucio.

Había una nota en el escritorio con la letra de Bernie. *Piénsalo.*

¿Pensar en qué? Kayla miró fijamente la nota durante un momento antes de permitir lentamente que su mente volviera a lo que Bernie le había dicho antes. Ahora que había descansado un poco y comido algo, tenía más sentido. Nunca se había considerado demasiado puritana, ciertamente no cuando se trataba de las relaciones de otras personas, pero siempre había sido más dura consigo misma. Siempre.

¿Y acaso no pensaba en Shane todas las noches antes de irse a dormir? ¿No anhelaba tenerlo cerca de ella? Y no era sólo por sexo. No, quería abrazarlo, susurrarle secretos, escuchar los suyos. Quería conocerlo mejor de lo que había conocido a nadie antes, y quería que él también la conociera a ella. Siempre estaba allí, tan cerca, y sin embargo había una distancia entre ellos. No estaba segura de si era solamente impresión suya.

De repente, la caravana se le antojó demasiado pequeña, demasiado restrictiva. Kayla salió rápidamente al exterior. Pasó por delante de las tiendas de campaña y los estudiantes sentados alrededor de la hoguera, con sus linternas y cervezas. No estaba del todo segura de lo que iba a decir cuando lo encontrara, pero se dirigió a la tienda de Shane. Lo encontró allí, acostado en la hamaca, con un libro plano sobre el pecho.

—Hola. —Sonrió suavemente, y su corazón se desbocó cuando sintió el sabor de sus labios sobre su boca—. ¿Tienes un momento? Creo que tenemos que hablar.

La voz de Tyler salió de la tienda.

—Oye, no «hablen» donde pueda oír, ¿de acuerdo?

Kayla puso los ojos en blanco, pero Shane ya estaba levantándose de la hamaca. Sacudió la cabeza y se alejaron un poco del campamento. La noche era fresca y clara, un alivio después del calor extremo del día.

—Así que... tenemos que hablar —repitió Kayla.

Shane asintió.

—Tenemos que averiguar qué hay entre nosotros. Tuvimos sexo y fue explosivo. Y nos besamos y fue explosivo. Pero ya casi no te veo; vienes a la excavación de vez en cuando, pero pasas mucho tiempo fuera del campamento. Sé que tienes negocios y todo, pero parece que te escondas de mí.

Shane negó con la cabeza.

—No es así.

—Bueno... tenemos que resolverlo. Es incómodo, y no quiero que sea incómodo.

—Ya veo. —Su mirada se desvió hacia el suelo—. Entiendo que el sexo es diferente para los humanos, que es mucho más casual que para la mayoría de las culturas de dragones. Así que, no quiero que te sientas presionada de ningún modo.

Kayla abrió la boca para preguntarle a qué se refería, y luego sus ojos se abrieron de par en par. Había olvidado completamente que la mayoría de los dragones sólo tenían sexo con una persona: con su compañero. Y que, si dos dragones se apareaban, entonces estarían juntos para siempre.

—Oh... Shane... ¿Fue tu primera vez con una mujer?

Éste levantó la cabeza y abrió los ojos de par en par.

—¿Parecía mi primera vez?

—¡No! —Kayla agitó la cabeza—. No, no lo parecía. Parecía que tenías mucha experiencia. Sabías exactamente qué hacer, al menos. Estuvo bien —agregó—. Fue explosivo. No estoy diciendo que fuese como si te hubieses acostado con un montón de chicas, sólo digo que... fue bueno...

Se calló; le ardía la cara.

—Nunca he estado con «chicas» —dijo Shane, sonriendo—. Sólo con mujeres. Pero ahora que lo mencionas... ¿era tu primera vez? No estoy diciendo que fuera como si fuese tu primera vez, fue bueno para mí también. Muy bueno. Explosivamente bueno. Pero si fue tu primera vez, entonces yo...

Kayla se rió mientras la cara de Shane enrojecía también. Menudo par; a los dos le costaba lo mismo hablar de aquello. Le sujetó la mano y la apretó suavemente.

—No. He estado con hombres antes. Sólo pregunté porque, bueno, sé cuántos dragones creen que el sexo es sólo para la pareja y que lo que tuvimos... Supongo que me da un poco de vergüenza dejar que la pasión me abrume, y sólo quiero saber... lo que sientes. Lo que esperas sacar de esto. Si es que hay algo que esperes sacar.

Shane la miró durante un largo momento, en silencio. Al fin se humedeció los labios y abrió la boca, pero no dijo nada. Se dio la vuelta y se pasó una mano por el pelo.

—No pasa nada si no te interesa —dijo Kayla con torpeza—. Quiero decir, nuestras vidas, nuestras culturas, son tan diferentes. No digo que gente de diferentes culturas no puedan hacer que las relaciones funcionen, ni que tenemos que tener una relación. Sólo quiero entender esto. ¿Sabes?

—Lo sé. —Su voz era baja—. Te dije que no tengo un clan. Que mi madre fue expulsada de la

suya por quedarse conmigo. Bueno, nunca nos hizo pensar a Tyler ni a mí que el sexo tenía que ser sólo con tu pareja. El clan del que formaba parte no consideraba eso como parte de su cultura. No es algo que haya pensado nunca.

—Oh. —¿Por qué la decepcionaba oír aquello? Bajó la mirada y trató de reírse—. Bueno, supongo que eso es bueno. No hay presión sobre ninguno de los dos, ¿verdad? Quiero decir, no es que el sexo tenga que significar que estaremos juntos para siempre y...

—Te deseo.

Kayla tragó con fuerza mientras lo miraba entre las pestañas.

—¿Me deseas?

—Sí.

—¿Cómo?

Shane se acercó un poco más, con ojos fijos fijaron en los de ella.

—Te deseo como nunca antes he deseado a una mujer. Te quiero en mis brazos, en mi cama, en mi vida. Quiero dormir todas las noches contigo a mi lado y despertar contigo roncando en mi oído.

—Yo no ronco. —El corazón de Kayla temblaba a pesar de todo. Extendió los brazos hacia él, abrazándole la cintura.

—Te deseo —repitió Shane, y luego la besó.

Kayla estuvo muy contenta de lanzarse a aquel beso. Todo lo demás se desvaneció hasta que sólo quedaron ellos dos, perdidos en aquel momento. Era todo lo que había deseado.

Capítulo DOCE

Shane

El puño se le acercó, pero se las arregló para evitarlo. Shane pateó a su atacante en la cara y luego se puso en pie de un salto. Los dos grandes dragones que luchaban frente a él jadearon mientras retrocedían. Shane aprovechó la oportunidad para apoyarse contra la pared. Parte de él esperaba que aquello hiciera pensar a sus oponentes que estaba debilitado; la otra parte sabía que realmente lo estaba. Llevaban horas peleando. Sus pulmones silbaban cuando exhalaba, y su mano izquierda estaba tan magullada e hinchada que ni siquiera podía pararse a mirarla.

Uno de los dragones se le acercó de nuevo. Shane apretó los dientes y lo esquivó. Extendió el pie y lo hizo tropezar, siguiéndolo con un agarre en la nuca para golpearle la cara contra la pared. Retrocedió justo a tiempo para ver al otro dragón acercándose, pero no para poder bloquear el puñetazo dirigido a su abdomen. El golpe le arrancó el aire de los pulmones y se desplomó.

—Ahora no eres tan duro, ¿eh? —jadeó el dragón que lo había derribado. Pateó a Shane en las costillas—. ¡No voy a dejar que sigas haciéndole más daño a esa chica!

Shane no tuvo mucho tiempo para considerar lo que significaba aquello antes de que la bota le alcanzara la cara. Se las arregló para alejarse rodando de una tercera patada, pero terminó contra la pared. No tenía a dónde ir. Le llovieron los puñetazos y las patadas y se enroscó en una bola, protegiéndose la cabeza y el cuello. Tenía que volver a levantarse. Tenía que derribarlos, Tenía que...

Uno de los dragones soltó un aullido estrangulado. El otro maldijo y luego aulló de dolor. A través de una neblina de dolor, Shane levantó la vista. Los dos dragones trastabillaron, apartándose de él, y un tercero se puso a su lado. Se volvió hacia él, preparándose para lo peor.

Los ojos de Tyler lo miraban con preocupación.

—Será mejor que te levantes, hermano, a menos que quieras perder a tu compañera ante mí.

—¿Compañera? —preguntó uno de los dragones.

Tyler puso a Shane de pie. Apenas podía mantenerse erguido por sí mismo, pero de algún modo se las arregló para hacerlo. Los otros dos dragones parecían conmocionados. Shane tragó dolorosamente. Tenía el ojo hinchado y puso una mueca de dolor. Considero las palabras del dragón mientras reevaluaba sus opciones, y los demás parecieron hacer lo mismo.

—¿Qué te dijo Gordon que le estoy haciendo a Kayla? —se las arregló para ahogarse.—Lo peor que un hombre puede hacer. —Se miraron el uno al otro—. ¿Pero es tu compañera?

—No podemos quedarnos parados hablando. —Tyler movió los hombros—. Hagamos que sea bueno para los espectadores, ¿de acuerdo?

Todo pareció muy coreografiado. Shane se hundió contra la pared mientras los otros empezaban a luchar. Tyler no era tan bueno como él, pero había mejorado bastante desde la última vez que Shane lo vio pelear. Parecía que era suficiente para derribar a los otros dragones. Shane cayó de rodillas cuando Tyler golpeó al último dragón. Todo dio vueltas a su alrededor antes de volverse negro.

—¡Buen trabajo, caballeros! —Gordon se rió mientras se frotaba las manos—. La respuesta de los espectadores ha sido muy positiva. Estoy pensando en añadir una historia de incesto, a la gente le encantan esas cosas últimamente. Creo que viene de *Juego de Tronos* y...

Tyler le gruñó mientras Shane se apretaba una bolsa de hielo contra el ojo. Agarró el brazo de su hermano y le dirigió una mirada severa. Tyler dio un paso atrás, aunque no pareció haberse tranquilizado.

—Esto tiene que terminar —dijo Shane, tratando de mantener su voz estable—. Ya me has tenido luchando demasiado tiempo. Y les dijiste a esos dos con los que peleé hoy que estaba lastimando a Kayla. ¿Qué quieres con todo esto, Gordon? ¿Esperas a que me hunda tanto en el fango que me resulte imposible salir? Si lastimas a Kayla, sabes que te arrancarías la cabeza.

Gordon se rió y se encogió de hombros.

—Tal vez me guste tener a un poderoso cambiaformas dragón bajo mi control. O, al menos, a un cambiaformas que se cree poderoso. Afróntalo, no eres nada. No tienes clan, sólo a una puta por madre y a otra una puta por compañera.

Shane se puso en pie. Sus llamas se elevaron, haciendo que el humo le emergiera de entre los labios. Los matones dragón de Gordon se tensaron, con los ojos fijos en él. Aquella vez fue Tyler quien lo agarró del brazo y tiró de él hacia atrás. Shane miró a Gordon un momento antes de sacudir la cabeza. Tyler y él se escabulleron, aunque sus llamas aún ardían y hasta el último centímetro de su ser quería destruir a Gordon Hunt.

Los hermanos permanecieron en silencio mientras regresaban al campamento. Era muy tarde en la noche, así que no se molestaron en esconderse mientras recogían agua y el botiquín de primeros auxilios en la cocina. Luego se retiraron a la tienda de Kayla.

—Puedo cuidarme solo —gruñó Tyler cuando Shane empezó a limpiarlo.

—Cállate. Tienes suerte de que no te retuerza el pescuezo por ponerte en peligro de esa manera.

—Sabes que es una declaración contradictoria, ¿no?

Shane lo empujó por la espalda.

—Cállate.

Tyler se rió suavemente, y luego se quedó en silencio. Pero no duró mucho.

—Tienes que decírselo

—Si se entera de esto, ella...

—No está a salvo. Sinceramente, puede que te hayas convencido de que estás haciendo algo bueno, pero no es así. Lo que estás haciendo es ponerla todavía más peligro al no dejar tomar sus propias decisiones. —Tyler se estremeció mientras Shane le limpiaba una herida particularmente desagradable con una toallita con alcohol—. Tienes que decírselo. Y no me refiero sólo a las peleas, Shane. Tienes que decirle lo que sientes y decirle que es tu pareja. ¿Lo entiendes?

Shane suspiró; su hermano tenía razón, por supuesto.

—Se lo diré por la mañana.

—No. Ahora.

—No voy en medio de la noche cubierto de sangre. Por la mañana...

—¡Ja!

Tyler se volvió hacia él y entrecerró los ojos. Se parecía tanto a su madre cuando hacía aquello que daba miedo. Ambos habían salido a su madre, pero el rostro de Tyler no era tan anguloso como el de Shane. Su apariencia era más juvenil, más parecida a la de un rompecorazones y menos a la de un exSEAL.

—Te inventarás otra excusa por la mañana —dijo Tyler—. Ve con ella. Ahora mismo.

Shane negó con la cabeza pero volvió a suspirar.

—Déjame limpiarme primero.

Tyler asintió.

—Y luego se lo dices.

No tardó mucho en limpiar la sangre. Su mano aún estaba hecha un desastre, y los moretones que tenía en la cara no estaban desapareciendo como deberían. El abuso constante lo estaba afectando profundamente, y se estremeció al pensar en lo que habría pasado aquella noche si Tyler no hubiera intervenido. Su ira se había sofocado ligeramente al enterarse de que los otros dos dragones también estaban tratando de proteger a Kayla, pero no hizo mucho.

Demasiado pronto, se vio entrando en la caravana mientras Kayla se preocupaba por el estado en que se encontraba. Tenía el cabello revuelto por el sueño, y llevaba una bata andrajosa sobre su pijama.

—¿Qué pasó? —le preguntó Kayla.

Shane la llevó hacia la cama. Su corazón latía fuerte en su pecho, y miró hacia otro lado, intentando averiguar cómo confesar su secreto. Al final tragó saliva y comenzó desde el principio. Para cuando terminó, Kayla tenía ambas manos apretadas contra la boca. Sollozó y agitó la cabeza. Shane la abrazó, tratando de consolarla.

—No dejaré que te pase nada.

Kayla se alejó de él.

—¿A mí? Tú eres el que está siendo golpeado cada semana. ¿En qué diablos estabas pensando? Deberías haber cerrado la excavación y haberte ido de aquí. ¡No vale la pena!

—Tú lo vales.

Kayla volvió a negar con la cabeza.

—Lo vales. —Shane le apretó la mano—. Yo... te amo.

Kayla abrió los ojos brevemente antes de volver a entrecerrarlos.

—Y yo te amo a ti, pero eso no significa que esta excavación valga la pena. Mañana empacaremos todo y los enviaremos a todos a casa, y luego denunciaremos lo que está pasando a quien podamos. El FBI, la CIA, a cualquiera.

—Estamos en Canadá, esas son organizaciones estadounidenses.

Kayla le tocó un lado de la cara. Un fuerte latido le atravesó la mandíbula y se estremeció; aparentemente, todavía no había sanado. Kayla retrocedió con los ojos ardiendo. Volvió a agitar la cabeza, y luego lo abrazó. Tenerla entre sus brazos lo ayudó a relajarse. De repente se sentía exhausto. Los ojos empezaron a cerrársele.

—Si cerramos la excavación, Esther y Bryant se preguntarán por qué. Ellos...

—Bryant puede ayudar. Es parte de la Guardia de la Reina, puede hacer que otros dragones intervengan y ayuden a ocuparse de esto. —Kayla le acarició el pelo—. Pero por esta noche vas a dormir. Estás agotado. Y por lo que me has dicho, Gordon quiere que pierdas. ¿Qué es lo que quiere?

Shane se encogió de hombros.

—No creo que sea dinero. Creo que simplemente le gusta la violencia, la sensación de poder, de humillar a sus luchadores. La mayoría de ellos también son dragones. Tal vez tenga un fetiche.

Kayla hizo un ruido de ahogado.

—Es un verdadero psicópata.

Shane se habría reído, pero le dolía demasiado. Se conformó con una sonrisa, y luego se echó con un gemido. Las manos de Kayla revolotearon sobre él, por lo que la jaló para que estuviera

acostada en la estrecha cama a su lado. Esperaba sentirse peor una vez que se lo dijera, sentir que no le había dado la protección adecuada, pero en vez de eso, sintió como si le hubieran quitado un peso de encima. Sus ojos se cerraron a la deriva.

—Voy a sacar a Tyler de aquí. Encontraré una forma de hacer que se vaya... Ya se ha involucrado demasiado en esto, no quiero que se meta más en este lío. Y tú también deberías irte. Sacaros a ti y a él lejos de aquí. Entonces podré lidiar con Gordon apropiadamente.

Kayla soltó el aliento en un resoplido.

—Si crees que te vamos a dejar aquí, estás loco. Gordon no sólo va tras de mí, va tras de ti. Sólo me está usando para llegar a ti, como el sádico misógino que es. No, te vienes conmigo.

Parecía una idea encantadora, pero Shane sabía que no iba a funcionar. No tenía ni idea de lo lejos que podía llegar Gordon, y además... Shane no era la clase de dragón que se escapaba y dejar que otra persona solucionase sus problemas. No. Necesitaba que Kayla estuviera a salvo, y acabar luego con Gordon Hunt.

Por ahora, sin embargo, la sostendría entre sus brazos y soñaría con no tener miedo. La acercó a sí y suspiró.

—Te amo.

Los labios de Kayla le rozaron el pómulo.

—Yo también te amo.

Capítulo TRECE

Kayla

La carta en la que había estado trabajando durante las últimas dos horas estaba incompleta, con la pequeña línea de texto parpadeando en una frase a medio completar. Kayla no estaba segura de cómo proceder. Necesitaba terminar y enviar aquella carta, anunciando a todos los estudiantes que iban a acudir para la segunda fase de la excavación que ésta se cancelaba. Incluso ahora, sin embargo, se sentía como si se diera por vencida.

Guardó el borrador y dirigió su atención a la carta que le estaba escribiendo a Esther. O mejor dicho, al discurso que estaba preparando para hacerle saber lo que estaba pasando. Esther ya había llamado cuatro veces sólo aquella misma mañana, y Kayla no había contestado en ningún momento. Simplemente no sabía cómo decirle a su amiga lo que había pasado.

«Todo esto es culpa mía. Si no hubiera sido tan estúpida...»

La puerta de la caravana se abrió de golpe y Kayla saltó en el aire y gritó. Las visiones de Gordon y sus matones le llenaron la mente, pero fue Bernie quien entró, aunque la expresión de su rostro no resultaba menos aterradora que una pistola.

—¿Dónde está? —gruñó.

—¿Quién? —Kayla cerró el documento—. ¿De quién estás hablando?

—¡Tyler! —Bernie apretó los puños y soltó un gruñido que sonó tan de dragón que Kayla se sorprendió cuando no le salió humo de sus fosas nasales—. Se suponía que nos veríamos hoy. ¡He estado esperando una hora y ni siquiera me ha mandado un mensaje!

Kayla sintió como la sangre le abandonaba la cara. Abrió la boca, pero la volvió a cerrar. Shane se había llevado a Tyler por la mañana. Su intención era meter a su hermano en un avión y asegurarse de que se alejara de aquel lugar, ¿pero qué iba a decirle a Bernie? No podía contarle a su amiga lo de las peleas ni la razón por la que Tyler no estaba allí.

Bernie captó su expresión, sin embargo, y se puso tensa.

—¿Qué pasa?

Kayla miró hacia otro lado. ¿Qué diría ahora?

—Shane... Shane lo ha obligado a marcharse a Tyler. Se metió en una pelea, creo que fue por una chica. Tú no. Otra chica.—«Yo, y no de la forma en que estás pensando». Kayla agachó la cabeza, con la culpa inundándole el pecho—. Shane le dijo que se fuera de la ciudad antes de que se metiera en mayores problemas. Lo llevó al aeropuerto esta mañana.

Bernie empezó a sacudir la cabeza, haciendo que Kayla se sintiera aún peor. Alcanzó a abrazar a la otra mujer, pero Bernie se alejó.

—No. No, eso no es lo que pasó. No puede ser lo que pasó. —Bernie se sentó en la cama, con las manos temblando. Su mirada se desenfocó y se quedó mirando la nada—. Tyler dijo que nunca había conocido a una chica que le hiciera sentir como yo. Dijo que yo era algo especial. No se dejaría intimidar. No lo haría.

Kayla apoyó la cabeza entre las manos. No se había dado cuenta de que Bernie sentía tanto por Tyler. Ahora, sin embargo, resultaba obvio. Las lágrimas le nublaron la vista y agitó la cabeza.

—No sé qué decirte.

—Tyler al menos me habría dicho adiós.

—Sucedió muy rápido. No puedo contártelo todo, pero estoy segura de que, con lo repentino de esto, Tyler... lo olvidó. —Tragó saliva con fuerza—. Estaba peleando, con Shane para no irse, pero no creo que ganase. Estoy segura de que llamará, Bernie.

Las manos de Bernie formaron sendos puños. Se mecía de un lado a otro mientras las lágrimas empezaban a brotar de sus ojos. Se las secó con más fuerza de la necesaria, y Kayla se sentó allí, con la culpa arañándole la garganta. ¿Qué clase de persona horrible y egoísta era?

—Estoy segura de que llamará —repitió con voz ahogada.

Bernie se encorvó, emitiendo un sollozo desde el fondo de la garganta. Kayla se apresuró a sentarse a su lado. La rodeó con un brazo y Bernie se apoyó en ella. Continuó sollozando, sacudiendo todo el cuerpo mientras lo hacía. Kayla miró al techo mientras sus propios ojos se inundaban de lágrimas.

—No fue su elección.

—Si realmente quisiera quedarse, lo habría hecho. —Bernie se alejó. Se limpió las lágrimas y respiró profunda y temblorosamente. Después de un momento soltó el aire y asintió una vez.— Bien entonces. Eso es todo. Se ha ido y no voy a perder el tiempo llorando por él. Debería haberlo visto venir. Era demasiado hablador y, ¿por qué iba un hombre como él a quedarse con una bola de grasa como yo?.

Kayla negó con la cabeza.

—No, no eres una bola de grasa. Tienes curvas, pero yo también. Esther también. A los dragones les gustan las mujeres con curvas.

—Así que el problema ha sido mi personalidad.

Kayla agitó la cabeza, pero no dijo nada más. En su estado actual, Bernie no querría oír nada de todos modos. Su amiga se puso de pie y se sacudió la ropa, con una mirada dura en su rostro normalmente alegre.

—Tengo que volver al trabajo.

—Bernie...

—Tengo que volver al trabajo —repitió—. Tengo que mantenerme ocupada para no atacar a tu dragón cuando vuelva al campamento sin el mío.

Se fue sin decir nada más. Kayla golpeó la almohada, entendiendo cómo se había sentido Shane durante todas aquellas semanas. Por un lado, quería contarle todo a Bernie, hacerle saber exactamente lo que estaba pasando y por qué Tyler había tenido que irse tan abruptamente. Por otro lado, ¿lo creería Bernie? Si se lo contara, también la pondría en peligro a ella. Gordon podría ir tras ella, así como iba a por Kayla. No, tenía que pensar que Shane había forzado a Tyler a irse sin pensarlo, por su propia seguridad.

Miró a la computadora, pero la idea de tratar de escribir más de aquella horrible carta la hizo sentir como si fuera a vomitar, así que agarró una chaqueta y salió de la caravana. Era un día inusualmente fresco, y el cielo nublado amenazaba con lluvia. Se adentró en el bosque, caminando por un sendero familiar de ciervos. Muy pronto empezó a llover. Para cuando llegó lo más lejos que pudo, estaba lloviendo a cántaros. Cuando volvió a la caravana se encontró a Shane entrando.

Se apresuró tras él.

—¡Shane! —Saltó entre sus brazos tan pronto como estuvo en la caravana—. ¿Se fue Tyler sin problemas?

—¡Estás empapada!

Kayla se enterró en sus brazos. Se sintió cálida y segura en ellos, tan cálida y segura que sus ojos inmediatamente empezaron a cerrarse. La noche anterior no había podido dormir mucho, después de todo.

—Salí a caminar y me atrapó la lluvia. Pero dime, ¿se ha ido Tyler?

Shane cerró la puerta de la caravana. Llevándola dentro. Le subió la camisa por encima de la cabeza.

—Sí. Lo vi subir al avión para asegurarme de que se fuera.

—No se despidió de Bernie. Estuvo aquí antes... le dolió mucho. —Kayla se quitó los pantalones mientras Shane rebuscaba en sus cajones, sacando una esponjosa toalla.

Dudó cuando empezó a secarse. Hablar de aquello no parecía exactamente sexy... Y aunque estaba desnuda y había una parte de ella que ardía por tener a Shane en su interior, no parecía el momento adecuado para lanzarse a los brazos de Shane.

—Cuando vuelvas a hablar con Tyler, le dirás que la llame, ¿verdad? —añadió ansiosamente.

Shane se encogió de hombros.

—No sé si alguna vez me hablará. Pero ahora mismo, tenemos otras cosas de las que preocuparnos. Sacar a Tyler de aquí significa que no tengo que preocuparme de que Gordon vaya tras él, pero tú sigues en peligro. Quiero que te marches...

—Pero si me voy ahora mismo, Gordon sabrá que está pasando algo. —Kayla suspiró mientras empezaba a vestirse con ropa seca—. Entonces, ¿qué vamos a hacer con él?

—Voy a matarlo.

Kayla se quedó inmóvil. Abrió los ojos de par en par y se quedó con la boca abierta. Aquello era lo último cosa que hubiese esperado que dijera. Shane, su gentil y amoroso Shane. Y, sin embargo, no había duda en sus ojos. Éstos ardían con furia y desesperación. El corazón empezó a latirle con fuerza en el pecho, y agitó la cabeza rápidamente.

—¡No!

Shane la miró con sorpresa.

—Gordon no me importa. Sí, tal vez merece morir, pero no puedes matarlo, Shane.

—Es la única forma de asegurarse de que no pueda volver a hacerte daño a ti ni a nadie. —Tomó sus manos en las de él—. Sé que es horrible pensar en ello, no me lo tomo a la ligera. Pero si es la única forma de asegurar tu libertad...

—¿Y qué hay de ti? Irías a la cárcel como mínimo. —Kayla tragó con fuerza. Estaba a medio vestir, pero se había olvidado completamente de la ropa. Gordon no merecía piedad, pero se vería condenada si su amante terminaba siendo un asesino por ella. Los dragones ya tenían muchos prejuicios contra los que luchar, y tendrían todavía más si uno de sus activistas más vocales resultaba encarcelado por asesinato. Agitó la cabeza rápidamente—. ¿De qué clan es? Tal vez puedan ayudarnos.

—¿Clan?

Kayla asintió.

—¿Qué...? ¿Me estás diciendo que es un dragón? —Los ojos de Shane se abrieron de par en par hasta parecer un par de platos colocados sobre su rostro.

—Sí. —Kayla se movió con incertidumbre—. Vi como echaba humo por la nariz cuando me secuestró. ¿No lo sabías? Pensé que serías capaz de olerlo.

—Se rodea de dragones. Pensé que estaba oliendo a sus matones, no a él. —Shane se dio la vuelta. Se pasó una mano por el pelo y soltó una carcajada—. Un dragón. Ese cobarde. ¡Ese maldito cobarde! No me extraña que tenga como objetivo a los dragones. Él mismo es tan flaco

que nunca sería capaz de luchar contra uno de nosotros. Es su manera de sentirse poderoso, ejerciendo su dominio sobre nosotros.

Kayla nunca lo habría llamado flaco, pero no lo mencionó. Pero en comparación con los demás dragones que había conocido, Gordon era bastante pequeño. Le faltaba la presencia que tenían dragones como Shane y Bryant.

—Puede que no tenga un clan —murmuró Shane, más para sí mismo que para Kayla—. Es posible, pero sin embargo... incluso si lo expulsaron de su clan, sigue siendo su responsabilidad; es la ley. Si podemos ponernos en contacto con ellos, entonces tal vez tengamos una manera de atraparlo sin más violencia... —Se volvió hacia Kayla y la capturó en sus brazos. La apretó fuertemente y le dirigió una sonrisa deslumbrante—. Es una esperanza, de todos modos. Mientras tanto, quiero que sigas trabajando en cerrar la excavación. Te quiero lejos de aquí.

Kayla asintió y lo besó con fuerza. Su calor se filtró en ella y sus ojos se cerraron. Un gemido resonó en su garganta. Quizás ahora tenían esperanza después de todo... pero ¿y si al final Gordon Hunt tenía que morir? Si eso llegaba a ocurrir, estaría al lado de Shane todo el tiempo. No lo iba a dejar solo por nada del mundo.

Capítulo CATORCE

Shane

El alivio fue dulce cuando Shane colgó el teléfono. Por primera vez en semanas, tenía esperanzas. Había un verdadero resquicio de esperanza que podía ver, algo que podría ser capaz de salvar a Kayla, y a él, de Gordon Hunt. Sí, seguiría habiendo algunas complicaciones en cuanto a su imagen pública, pero la gente que poseía realmente autoridad sobre él por fin intervendría.

Kayla se sentó en la cama, saltando de anticipación. Tenía los ojos muy abiertos.

—¿Y bien? ¿Qué dijeron?

—No tenían ni idea de que estaba haciendo nada de esto. —Shane se hundió en la cama a su lado. Le había llevado más tiempo del que le hubiese gustado encontrar el clan del que provenía Gordon, e incluso más tiempo ponerse en contacto con ellos, pero al final había valido. —Van a enviar a algunas personas a detenerlo e investigar nuestras denuncias.

—¿Denuncias? Lo único que tienen que hacer es pagar una suscripción a su estúpido sitio web y...

—Y seguirán necesitando pruebas de que es una lucha real entre individuos reales y coaccionados. —Se acostó en la cama; la liberación de tanta tensión y estrés le producía sueño—. Pero necesito llamar a mis abogados, hacerles saber lo que está pasando para que puedan comenzar una... una defensa, o preparar algo para el enjuiciamiento. No lo sé exactamente. Pero debería decírselo. Y también llamar a mi equipo de relaciones públicas, y...

—Y tal vez tomarte un momento para estar aquí conmigo —lo interrumpió Kayla. Se abrazó a él y le acarició la cara con sus fríos dedos—. Estás agotado. Y yo también. He puesto a Bernie a cargo de todo ahora mismo; tú y yo podríamos descansar un poco.

Shane la abrazó. Kayla encajaba tan cómodamente contra él que la tensión residual en su cuerpo empezó a desaparecer. Parte de él quería voltearla y quitarle la ropa, pero tenía razón. Estaba agotado. Y en aquel momento, abrazarla era tan bueno como hacer el amor con ella.

Antes de que pudiera relajarse hasta un estado en el que podría dormir de verdad, sin embargo, hubo un golpe en la puerta de la caravana. Kayla soltó un gemido frustrado que le hizo reír. Kayla no podía tener un día libre ni siquiera durante su día libre. La besó en la frente y se levantó de la cama. Cualquiera que fuera la emergencia a la que Bernie se enfrentara, podía manejarlo. A menos que fuera una gran emergencia, pero en ese caso habría entrado corriendo en la caravana.

La sonrisa se le borró de la cara cuando abrió la puerta y vio quién era. Toda la tensión volvió a su cuerpo y sus fuegos estallaron en llamas.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Gordon le sonrió, como si fueran viejos amigos.

—He venido a discutir un asunto importante contigo, por supuesto.

Shane enarboló los puños.

—No veo a tus matones. Será mejor que te vayas antes de que te arranque la cabeza. No tienes derecho a venir aquí y aterrorizar a mi compañera y...

—¿A tu compañera? —Gordon arqueó una ceja. Se inclinó para mirar a Kayla, pero Shane cuadró los hombros para bloquear su visión de Kayla—. Bueno, eso no me lo esperaba. Estaba

seguro de que no eran compañeros cuando todo esto empezó. ¿Es que tienes que agradecerme por encontrar a tu verdadero amor?

Shane gruñó de nuevo.

—¿Qué te hace pensar que no te mataré aquí y ahora?

—Porque eres más inteligente que eso. ¿Por qué no me deja entrar, señor Freeman? A menos que quieras que todos aquí sepan lo que hacemos.

Las fosas nasales de Shane se dilataron. No miró a su alrededor, no le importaba si alguien los veía. Pero la mano de Kayla le tocó la espalda, y cuando la miró, ésta asintió. Estaba muy pálida y temblaba visiblemente, razón más fue suficiente para que el dragón quisiera echar a Gordon, pero Kayla volvió a asentir con la cabeza y Shane dio un paso atrás a regañadientes.

Gordon entró, sonriendo, claramente satisfecho consigo mismo. Shane se mantuvo entre Gordon y Kayla, escudándola con un brazo. Ella se aferró a él con fuerza, con los hombros y la espalda tensos. El humo se filtró al remolque a pesar de lo mucho que luchó por controlarlo. Allí, en aquel espacio tan reducido, también pudo oler el humo de Gordon. Oía vagamente a cigarrillos, y Shane se preguntó si los fumaba para ocultar el hecho de que era un dragón.

—Está preciosa, señorita Tucker. —Gordon le sonrió, mostrando los dientes—. Me encantaría que viniera al club para otra sesión de fotos. Ha sido muy popular. Las chicas con curvas están de moda.

Shane lo agarró por el cuello.

—Vete o...

—¿Sabías que tu hermanito se metió en las peleas?

Shane se quedó helado.

—Veo que no. Vino a verme anoche con una buena suma de dinero, diciendo que quiere pelear contigo. —Gordon cogió el portátil de Kayla y lo examinó, volviéndolo a dejar con una expresión de asco—. En serio, con tanto dinero como tienes, ¿ni siquiera puedes comprarle a tu mujer un equipo decente? Pensé que estabas desenterrando viejos montones de basura, no dinosaurios.

Se rió como si hubiera sido una broma divertida.

Shane cerró los ojos, inhalando profundamente. Sus llamas ardían, pero esta vez fue capaz de contener el humo. Así que Tyler había hecho justo lo no quería que hiciera. Bueno, quizás podrían usarlo a su favor. ¿Y después de aquello? Después *tendría una charla* con su hermano.

—Espero que te des cuenta de que si mi hermano es lastimado de alguna manera, será tu fin. —Se sorprendió por lo uniforme que sonó su voz—. Ya he tenido suficiente de tus juegos.

—No estás en posición de hacer afirmaciones como ésa. Tengo a tu hermano en un centro de entrenamiento especial. Está siendo vigilado por mis mejores hombres y, afrontémoslo, no es un gran luchador. Especialmente cuando tienen armas especialmente diseñadas para derribar dragones.

Tales armas eran ilegales. Shane mantuvo la boca cerrada. Tyler estaba en peligro y se había puesto en peligro tratando de ayudar a su hermano. Si no estuviera tan asustado por lo que podría haberle pasado, Shane se habría sentido impresionado. Tyler podría ser inmaduro y joven todavía, pero estaba creciendo. Sabía lo que quería.

Si sólo lo escuchara un poco más...

—Estoy preparando una pelea especial. Hermano contra hermano. —Gordon abrió la pequeña nevera—. ¿Qué, no hay carne?

—Soy vegana —murmuró Kayla—. Pero si quieres carne, hay algo en la cocina para las comidas de los estudiantes.

Gordon resopló.

—Mañana por la noche. Tú y Tyler tendrán un buen encuentro a la antigua usanza.

De repente, Kayla hizo a un lado a Shane y empujó a Gordon en el pecho, como si aquello fuera la gota que había colmado el vaso y la había llevado a defenderse. Se echó el pelo hacia atrás y, aunque temblaba, siguió erguida y recta. Shane estuvo a punto de sujetarla, pero se detuvo. Kayla no era débil, y él no iba a actuar como si lo fuera.

Lo que no significaba que no fuera insoportable verla enfrentarse cara a cara con un dragón como Gordon.

—Supongo que volveré a ser el premio... Vas a entrar en el porno también, ¿verdad?

Gordon se rió.

—Lo pensé, pero no. El premio de esta edición especial es que tu compañero y su hermano podrán luchar codo con codo por tu seguridad. Suena justo, ¿verdad?

Shane gruñó.

—Si lastimas a mi hermano, yo...

—Si me matas, entonces tu compañera muere. Ya lo tengo todo preparado. Mis hombres saben qué hacer. —Gordon bostezó—. Esperaba que esto fuera mucho más divertido. Ni siquiera tienes una mesita de noche en la que pueda mirar para ver qué tipo de lubricante usas.

Kayla hizo un sonido ahogado. Levantó el puño, pero Shane pudo agarrarle de la muñeca. La hizo girar, poniéndose entre Gordon y ella. Por mucho que le hubiera gustado hacer lo mismo, no podían atacar. Por el momento Gordon tenía todas las cartas, y tenían que jugar de forma inteligente. Y eso significaba no provocarlo. Si pudieran jugar como si estuvieran contra las cuerdas...

—Es una arpía, ¿no? —Gordon se rió detrás de él—. Tal vez debería ponerla también en el ring.

Shane se giró. Las llamas le quemaron la garganta y apenas reprimió un rugido. Cerró la mano sobre la garganta de Gordon y lo levantó en el aire. Los ojos de éste se abrieron de par en par cuando Shane lo golpeó contra la pared de la caravana.

—Sería muy fácil romperte el cuello ahora mismo —jadeó Shane.

Sintió las manos de Kayla alrededor de su brazo.

—Shane, no. No puedes. Escúchame, tienes que dejarlo ir.

Se obligó a soltarlo y dio un paso atrás, jadeando. Kayla lo empujó para que retrocediera un poco más y le abrazó. Sus amplios ojos se interpusieron entre él y Gordon mientras el otro dragón se desplomaba contra la pared, tosiendo.

—Si no fueras tan cobarde —dijo Shane, apenas capaz de controlarse —, tú también estarías en ese ring. Estarías peleando en vez de hacer que otros peleen para que te sientas poderoso.

Gordon se frotó la garganta mientras se enderezaba. La furia ardía en sus ojos, pero tenía los labios torcidos en una sonrisa.

—¿Cuándo puedes transferirme los títulos de todas sus empresas?

Tenía que haberlo oído mal.

—¿Qué?

—Tus empresas. Las quiero. Y también quiero tus tierras, todo lo que tienes.

Las llamas de Shane disminuyeron mientras miraba a su enemigo. ¿De qué iba todo eso? ¿Había sido sólo porque lo había atacado, o porque...?

—Ése fue tu plan desde el principio. Me has acorralado para que estuviera tan desesperado como para hacer cualquier cosa por salir de todo esto. Todo para que pudieras tomar todo lo que

construí. Y yo que pensaba que esto no era por el dinero.

—Tal vez sí, tal vez no. De cualquier modo, todo lo que tienes será mío. —Gordon bajó la mano y alisó la chaqueta de su traje—. No tienes elección. Si no peleas, me llevo a tu compañera. Si luchas, al final perderás y me llevaré a tu compañera. Pero yo diría que unos pocos billones de dólares serán suficientes para comprar tu libertad y la de ella.

Shane abrió la boca, pero la volvió a cerrar. Gordon dejó la caravana sin decir nada más. Kayla se arrojó a los brazos de Shane, pero no lloró, sólo se quedó ahí temblando. Shane le acarició el pelo, tratando de calmarla. No se le ocurrió nada que decir.

«Sólo tenemos que aguantar hasta que su clan llegue aquí y se ocupe de él», pensó. «Sólo tenemos que aguantar.»

Capítulo QUINCE

Kayla

A pesar de que era una noche cálida, Kayla llevaba dos suéteres holgados y pantalones de chándal sobre los vaqueros. Cualquier cosa para ocultar su figura durante aquel... evento. Gordon ya la había humillado una vez, y aunque se dirigía directamente a la guarida del león, quería que hubiese toda la tela posible entre ellos. Se sentó encorvada en el asiento del pasajero del coche de Shane, temblando a pesar del sudor que le cubría la frente.

Cuando Shane se metió en el coche, la miró sorprendido.

—¿Qué estás haciendo?

—Esperándote. No voy a dejar que te enfrentes a ese monstruo tú solo.

Los ojos de Shane se entrecerraron.

—No vas a venir conmigo.

Se lo había esperado. Por la forma en que actuaba, había sabido que Shane no esperaba que fuera. No se había molestado en preguntarle, aunque tampoco es que fuera necesario. Después de todo, ¿quién en su sano juicio seguiría adelante con algo así? ¿Quién iría voluntariamente a enfrentarse con el tipo que la anunciaba como premio a un grupo de hombres al que ni siquiera conocía?

—Sí que voy. —Mantuvo su voz suave—. No voy a dejar que te enfrentes a él solo, y no voy a quedarme aquí, esperando saber lo que está pasando. Ver por lo que estás pasando es una perspectiva mucho menos horripilante que estar sentada toda la noche preguntándome si vas a volver.

Shane abrió la boca y la volvió a cerrar. Agitó la cabeza.

—Si fuera más valiente, te diría que te quedaras. Pero no lo soy. Te quiero allí para mi propia y egoísta tranquilidad.

—No tiene sentido discutir entonces, ¿verdad?

—... No. Supongo que no. —Shane suspiró—. Sólo... ten cuidado. ¿De acuerdo?

Kayla asintió y salieron del campamento. Podía sentirse temblar de la cabeza a los pies, y cuando miró a Shane vio que él también temblaba. Apretaba el volante con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos. Deseó besarlos para tranquilizarlo. ¿Pero qué había que decir?

—Gordon debe suponer que ya has empezado con todo lo necesario para transferirle el control de tus empresas, ¿no?

Las líneas en la cara de Shane se endurecieron.

—Sí. Y lo he hecho, pero no llegará a ese punto. Una vez que llegue el representante de su clan, no tendremos que tratar más con él. Estaremos a salvo.

¿Y los matones que tenían órdenes de matarla si Gordon moría? ¿Qué harían si su clan lo arrestaba? O más importante... ¿qué haría *Gordon*? ¿Qué venganza caería sobre ellos? Toda la situación estaba tan mal. No había manera de escapar sin correr riesgos, riesgos que no estaba del todo segura de poder asumir.

—Pase lo que pase, no puedes darle tus compañías a Gordon. ¿Un hombre así? Haría cosas terribles, terribles con tu riqueza. —Kayla asintió, como si realmente pudiera cambiar las

cosas—. No puedes darle nada.

—Si es la única manera de protegerte...

—Esto es más importante.

Shane paró el coche a un lado de la carretera. Estaban en medio del bosque, entre el campamento y la ciudad, y la luz del sol aún brillaba en el cielo occidental. Sus manos se apretaron sobre el volante mientras agitaba la cabeza.

—Nada es más importante que tú, Kayla. *Nada*.

Su corazón dio un salto, pero negó con la cabeza con firmeza. Por mucho que quisiera creerlo, no era verdad.

—El mundo lo es. Y también tienes que pensar en Tyler. No se trata sólo de ti y de mí; de lo contrario podríamos subirnos a un avión e irnos a vivir a las Barbados.

Shane le agarró la cara con las manos.

—Te amo. Sólo quería decir eso.

Kayla se inclinó y rozó su boca contra la de él.

—Yo también te amo.

La atrapó, besándola más profundamente. Los cinturones de seguridad se apretaban contra sus cuerpos mientras se movían hacia delante, abrazándose mutuamente. Un fuego se encendió en el vientre de Kayla. No estaba segura de si era por la situación desesperada o si sólo quería reafirmar sus sentimientos por aquel hermoso, amable y dedicado hombre, pero antes de que se diera cuenta de lo que estaba haciendo, se encontró desabrochado tanto su cinturón de seguridad como el de él, atrayéndolo hacia ella mientras buscaba la palanca en el lateral del asiento para inclinarlo.

—Permíteme —susurró Shane, cerrando la mano sobre la de ella.

Juntos empujaron el asiento hacia atrás hasta que Kayla quedó acostada en una posición casi horizontal. El corazón se le hinchó de expectación, latiendo fuerte y rápido. Los pensamientos de lo que estaba pasando fuera de aquella pequeña burbuja desaparecieron, absorta como estaba en los ojos de su amante. Los ojos de su compañero. Era tan perfecto, más de lo que nunca soñó. Y él la amaba.

Shane la besó, suavemente al principio. A medida que se acomodaba, sus besos se volvieron más duros, más exigentes. Hambriento no era la palabra adecuada; más bien muerto de hambre. Kayla contestó su fervor con el suyo propio, moviendo ya las caderas contra él. Sus manos bailaron sobre los contornos de su pecho y abdomen antes de finalmente posarse sobre sus pantalones. Le desabrochó el cinturón y luchó con la cremallera mientras Shane le quitaba las sudaderas y los vaqueros con un movimiento.

—¿Quieres desnudarte completamente o no? —susurró.

Kayla gimió; era una pregunta innecesaria. Mientras Shane deslizaba un dedo entre sus piernas y se concentraba en su clítoris, ella se arqueó hacia él.

—No quiero esperar a desvestirme del todo —le dijo, logrando finalmente desabrocharle la cremallera. Le bajó los vaqueros y tuvo que quitarle también los calzoncillos. Tenía los pantalones a la altura de sus rodillas, impidiéndole que abriera las piernas para él, pero la tirantez sólo se sumó al placer que le daba Shane. Cada centímetro de su ser se sentía como si estuviera ardiendo.

Lo tomó en su mano y comenzó a devolver lo que estaba recibiendo. Los ojos de Shane se cerraron y empujó las caderas hacia delante con un profundo gemido. Las chispas de placer le subieron por el estómago y la columna vertebral, recorriéndole el cuerpo. No podía dejar de

gemir.

—Levanta un poco las caderas.

Shane estaba duro en sus manos, y ella obedeció, con los ojos brillando con una ansiosa anticipación. Shane le separó las rodillas y se apretó contra su entrada. La posición era incómoda, sin embargo, y no fue capaz de profundizar más que unos pocos centímetros. Kayla intentó abrir más las piernas, pero el coche y su ropa lo impedían.

—No funciona —gimió, frustrada.

Shane se retiró. Se levantó para que ella tuviera más espacio.

—Date la vuelta.

—¿Qué?

—Date la vuelta. —Asintió animándola. Kayla parpadeó un par de veces, pero se encogió de hombros e hizo lo que le pedía. Se apoyó en el asiento usando los antebrazos mientras Shane le envolvía la cintura con un brazo. Aquella vez, cuando entró, lo hizo suavemente, haciendo que todo su cuerpo temblara. Empezó a moverse, introduciéndose más dentro de ella de lo que había creído posible en aquella posición. El brazo alrededor de su cintura la mantenía alineada con él. Shane deslizó la mano alrededor de su clítoris, incrementando su placer, mientras que con la otra se sujetaba.

La cabeza de Kayla cayó cuando la penetró con fuerza. Todo desapareció a su alrededor excepto el calor de su piel contra la de ella, su respiración en su nuca, la sensación de él dentro de ella. Se le arqueó la espalda y se le escaparon unos gritos cortos y jadeantes. Estaba completamente llena, con los gruñidos de Shane resonando en sus oídos. Shane le mordió el cuello.

—¡Te amo! —murmuró Kayla entre jadeos.

—Y yo a ti.

Aquello la deshizo. Todo explotó, sus extremidades se sacudieron con unos temblores placenteros que la recorrieron por completo. Le fallaron las piernas, pero Shane la mantuvo erguida, continuando su trabajo. Los ojos se le pusieron en blanco. Tenía la cara presionada contra la tela del asiento, y el cuello doblado en un ángulo incómodo hasta que su amante la alzó. Sintió como llegaba al clímax, oyó su enorme rugido, y a continuación ambos cayeron desplomados.

—Te amo —susurró Shane, una y otra vez—. Te amo.

Kayla se apretó contra él, queriendo estar más cerca de él. No quería que aquella conexión desapareciese nunca. Tenía el corazón demasiado lleno para hablar, y tampoco sabría qué podría haber dicho. Le ardieron los ojos mientras consideraba todo lo que podría pasar de allí en adelante.

«No pienses en eso», se dijo a sí misma. Iban a salir de aquello. Gordon obviamente no entendía de negocios si pensaba que Shane podía simplemente entregarle sus empresas.

—No dejaré que te lastime. —Los brazos de Shane la abrazaron más fuerte—. No dejaré que nadie te lastime.

—Lo sé. —Kayla tanteó a sus espaldas para pasarle los dedos por el pelo. Lo sabía. No importaba lo que pasara, sabía que Shane no dejaría que pasara nada malo.

¿Y si le pasaba algo a él?

En ese mismo momento decidió que, si Gordon lastimaba a su pareja, conseguiría un arma. Pintaría las paredes con la sangre de Gordon. Nadie lastimaba a la gente que amaba y se salía con la suya.

—No va a ganar —juró, con la voz llena de emoción—. No se lo permitiremos.

O los dejaba ir, o moría. O morirían ambos. Kayla presionó su cara contra el brazo de Shane e

intentó desesperadamente no llorar.

—Podríamos huir juntos —murmuró Shane una vez que estuvieron vestidos y en camino de nuevo—. Tal vez no a las Barbados, pero podríamos ir a cualquier otra parte. No tenemos que estar atrapados aquí. Podemos... huir. Encontrar un lugar donde podamos vivir tú y yo, sin nada que temer.

Si Kayla hubiera pensado que había una posibilidad real de hacerlo, se habría sentido tentada, pero sabía que no era más que un cuento de hadas.

Tú no eres así. Y tampoco yo. Además, si rompemos nuestros principios el uno con el otro... entonces no duraremos mucho juntos.

Era tan simple como eso, y ambos lo sabían. Shane agarró con fuerza su mano mientras conducía. Kayla deseó saber qué decir o hacer para aliviar la pesadez que claramente lo agobiaba, pero al final, no había nada que decir. Lo único que podía hacer era estar allí con él.

Cuando llegaron al club, fueron escoltados hasta Gordon de inmediato. Y sentado a su lado, con profundos cortes y oscuros moretones en la cara, estaba Tyler. Kayla jadeó, llevándose las manos a la boca. Parecía como si lo hubiera atropellado un camión, y cuando Shane se detuvo en seco en la entrada, Tyler apartó el rostro. ¿Estaba avergonzado?

—Lo siento, Shane. Lo siento.

Shane gruñó en voz baja.

—¿Qué diablos...?

—Sé lo de la llamada que hiciste a mi clan —interrumpió Gordon. El humo emanaba de sus fosas nasales, y su furia se le reflejaba en los ojos—. O debería decir, antiguo clan. Me han rechazado. Ya no tengo un clan, y bueno... ya ves de qué manera puede hacer enfadar eso a un dragón. Esta lucha es ahora a muerte, y si alguno de ustedes se niega, los mataré a todos, además de a la humana y a tu madre.

Lo habían empeorado todo. Su corazón se aceleró mientras agitaba la cabeza. ¿Qué iban a hacer ahora?

Shane empezó a gruñir, pero se detuvo. El humo escapó brevemente de su boca, pero también éste se desvaneció. Tras un momento, las líneas tensas de sus hombros desaparecieron y sonrió.

—Muy bien. Has ganado.

Gordon arqueó las cejas.

—Ésta es la última pelea. Liberarás a Tyler y Kayla cuando termine Y, a cambio, te quedas con todo. Todas las compañías, hasta la última cuenta bancaria, los títulos de propiedad, las acciones. Todo. Nunca he tenido un clan, pero ser rico lo compensa. Confía en mí, es cierto. Tendrás todo lo que quieras.

Gordon entrecerró los ojos por un momento antes de sonreír él también.

—Me parece razonable. Bueno, me alegro de que hayamos conseguido resolver esto. Ves, por eso es por lo que tú y yo somos tan buenos amigos. Será la última pelea. Incluso voy a ir más allá y decir que puedes elegir a tu oponente, ya que es una lucha a muerte. Y...

—Tú.

Gordon se quedó inmóvil.

La sonrisa de Shane se ensanchó.

—Quiero pelear contigo. A menos que seas demasiado cobarde.

Capítulo DIECISÉIS

Shane

Tan pronto como Shane se dio cuenta de que los matones habituales de Gordon habían sido reemplazados, supo que pasaba algo. En lugar de los dragones que solían estar a su alrededor, había humanos. Al verlo, Shane se aferró a una esperanza desesperada; que Gordon aceptaría el desafío como un medio de recuperar su sensación de poder. Mantuvo una postura relajada mientras el otro dragón lo contemplaba. Tanto Tyler como Kayla lo miraron como si estuviera loco.

Si funcionaba, serían libres.

—Eso es... aceptable. —Gordon sonrió con suficiencia cuando su mirada se cruzó con la de Shane, fijándose en los ligeros moretones que aún tenía en las manos.

Después de todas aquellas semanas siendo golpeado, su factor de curación era casi tan lento como lo habría sido de ser humano. Estaba gravemente debilitado, y Gordon lo sabía.

—A muerte —murmuró Gordon, ensanchando su sonrisa hasta que apareció una mirada enloquecida en sus ojos.—. Cuando estés muerto tiraré tu cuerpo al océano y difundiré todos los videos. Me quedaré con tu compañera, y tu hermano dirigirá mis compañías por mí. ¿Cómo suena eso?

Shane se encogió de hombros.

—Si muero.

—*Cuando mueras.*

—Shane, no lo hagas —susurró Kayla—. Shane, si gana...

—Tu compañera no tiene fe en ti —se rió Gordon—. Ahora vamos a pelear.

Shane se volvió hacia Kayla. La abrazó y le dio un beso profundo en la boca. Mientras lo hacía, le metió su teléfono en la cintura. Cada vez que acudía a aquel lugar, Gordon se aseguraba de que le quitaran el teléfono; el que no lo hubiera hecho todavía era una prueba de cómo estaba perdiendo el control. No se le aceleró el pulso mientras se dirigían a la arena.

Tan pronto como entró, Gordon atacó. Su puño voló y Shane tardó demasiado en bloquearlo; le atinó en la mandíbula, haciéndolo girar. Gordon le dio una patada en las rodillas, haciéndolo caer de nuevo. Gruñó de dolor, pero consiguió rodar y evitar los continuos ataques de Gordon. Al otro dragón le salía humo de la boca, y Shane se sintió eufórico. Su enemigo estaba desquiciado de furia, y podía usar aquello a su favor.

Gordon lo atacó y Shane se puso de pie de un salto, esquivándolo sin problemas. Gordon pasó junto a él, viró e intentó atacar de nuevo. Shane le hundió dos dedos rígidos en la garganta, pasando después el pie tras el tobillo de Gordon y haciéndole perder el equilibrio. Gordon cayó con un ruido sordo, y el aire volvió a llenarse de humo.

Shane salió fuera de su alcance mientras el otro dragón rodaba e intentaba golpearlo. Una parte de él quería que pagara por lo que había hecho, deseaba partirlo por la mitad. Y sabía, que se le presentaba la oportunidad, Gordon lo mataría.

Pero matar al otro dragón no resolvería sus problemas. No tenía ninguna duda de que sus matones matarían a su hermano y a su compañera si aquello llegaba a suceder. Necesitaba

desacreditar a Gordon, derruir su imperio. Y, con un poco de suerte, Kayla podría grabarlo todo... Lo que les daría las pruebas que necesitaban para involucrar a la ley.

Aquella distracción le costó cara. Una columna de fuego le rozó la oreja, y fue demasiado lento para evitarla. Su ropa prendió. Lo recorrió un dolor ardiente. Gordon se rió desde donde estaba, con la piel reluciente por las escamas. Las alas le brotaron de la espalda, y cuando se lanzó de nuevo, sus manos habían pasado a ser unas garras mortales.

Bueno. Si así es como quería jugar.

Shane le atacó, invocando a sus propias llamas. Su forma cambió mientras éstas parpadeaban dentro de su boca. Su ropa se desprendió de su cuerpo al convertirse en un poderoso dragón. Extendió las alas, recuperando el equilibrio mientras chocaba contra Gordon. El otro dragón le clavó las garras, rechinando los dientes. Las escamas saltaron en el aire. Shane soltó una bola de fuego, que explotó entre sus rostros.

Gordon retrocedió rugiendo. Cuando Shane se lanzó para aprovechar su ventaja, el otro dragón se dio la vuelta sobre la espalda, agarró a Shane por el cuello y le dio la vuelta, dándole patadas en el estómago mientras lo hacía. Una larga garra se hundió profundamente en su abdomen, arrancándole un grito de dolor a Shane. Aterrizó con fuerza sobre su espalda, con un ala doblada bajo su peso.

Mientras Gordon saltaba sobre él, con la boca abierta y las llamas entre los dientes, Shane respiró hondo. Se alejó de Gordon. Una ráfaga de fuego se dirigió hacia él; se agachó, usando un ala para protegerse. La ardiente llama creó ampollas en la delicada membrana, y el dolor candente lo cegó. Algo largo y afilado le atravesó la espalda.

Shane cerró los ojos. Se imaginó la cara de Kayla y se arrojó hacia atrás. Gordon emitió un ruido de sorpresa cuando Shane se alzó en el aire y cayó sobre él. Ambos dragones se quedaron tirados en el suelo. Las manos con garras de Shane se extendieron, buscando a tientas la garganta de Gordon. Encontraron su objetivo y apretó. Gordon se revolvió, resollando.

«Nunca le harás daño».

Gordon tenía los ojos muy abiertos mientras hundía las garras en el cuerpo de Shane. La sangre roció el aire, pero Shane no se detuvo. Apretó más su agarre, jadeando mientras lo hacía. Los movimientos de Gordon se volvieron espasmódicos, y tras un momento se quedó inmóvil. Los ojos se le pusieron en blanco y la forma bajo Shane empezó a cambiar.

Muy pronto quedó un humano donde hasta hacia un momento había yacido el dragón. Shane lo soltó; no quería matarlo. Gordon resolló y tosió, llevándose las manos a la garganta. Shane volvió lentamente a su forma humana-. Tenía el cuerpo manchado de sangre, pero ignoró el dolor mientras miraba a Gordon.

—O nos liberas a todos, o te mato. No importa si es aquí, mañana, o pasado mañana. Sabes que así es como terminará. Así que, ¿qué decides, Hunt? ¿Rendirte o morir?

Gordon lo miró con ojos aterrorizados y odiosos.

—Me rindo —gruñó.

Shane asintió.

—En ese caso, nos iremos y no volveremos a verte.

Se dirigió a la puerta que daba a la salida del ring. Ésta se abrió y varios de los matones de Gordon entraron. Gordon dejó salir una risa parecida a un ladrido.

—¡No me volverás a ver, eso seguro! ¡Mátenlo!

Los matones se miraron unos a otros. Shane se puso tenso mientras miraba a los matones. Todos tenían armas, pero ninguno las levantó. Pasó entre ellos mientras éstos se apartaban. Detrás de él,

Gordon balbuceó algo y gritó, pero los matones siguieron ignorándolo. Kayla y Tyler corrieron hacia él. Shane tuvo que esforzarse para no desmoronarse contra su hermano. Abrazó a Kayla con fuerza.

—¡He dicho que lo maten! —Gordon gritó de nuevo.

—Su imperio está acabado —murmuró Shane—. Ha demostrado ser cobarde y débil. Se acabó.

Kayla había filmado la pelea. Incluso había conseguido captar el grito de Gordon para que sus matones mataran a Shane. Aquello, combinado con el testimonio del antiguo clan de Gordon, fue suficiente para encerrarlo definitivamente. Su poder se había roto y sus antiguos aliados, entre ellos los policías que se llevaban una tajada de sus ganancias, estaban demasiado ansiosos por volverse contra él. Mientras tanto, todos los policías de la ciudad estaban bajo investigación, y Shane estaba seguro de que las cosas mejorarían a partir de este momento.

La excavación era otra preocupación. Kayla admitió que hacía días que no atendía las llamadas de Esther. Decirle lo que había pasado terminó llevando más tiempo del que Shane había anticipado; se quedó dormido mientras Kayla y Esther hablaban, y sólo se despertó cuando Kayla entró en la tienda y se acostó a su lado.

Ella lo besó suavemente.

—Así que, supongo que Esther va a volver para hacerse cargo de la excavación. Dominique también vendrá, así que Bryant tiene una excusa para quedarse con Esther. Es un trabajo muy acogedor, ser parte de la guardia de la reina.

Shane hizo un ruido de aceptación, y luego frunció el ceño.

—¿Va a volver? ¿Qué hay del bebé?

Los ojos de Kayla se iluminaron.

—El bebé está bien. Más que bien, aparentemente. ¿Las cosas raras que pasaban con su embarazo? Es porque va a tener gemelos. Y tardaron tanto en darse cuenta porque no dejaban de jugar al escondite o algo así. ¡Toda esa preocupación para nada!

—No es para nada. —Shane se movió un poco para que Kayla tuviera más espacio en el saco de dormir—. Los dragones raramente tienen gemelos. De hecho, en la mayoría de los casos no se sabe que van a ser gemelos hasta que nacen. No sé por qué, pero cuando los dragones tienen gemelos, se estropea todo el equipo y eso...

Guardó silencio. Con todo lo que había pasado, no había tenido ni un momento para pensar en Bryant y Esther. Se sintió agradecido de que su bebé, o bebés, estuvieran bien. También le hizo pensar en cuándo formarían él y Kayla una familia. Le acarició el estómago distraídamente. Sería una buena idea esperar unos meses por lo menos, para ayudarles a superar el trauma que Gordon les había hecho pasar...

—He notado que Tyler no se ha quedado. —La voz de Kayla le sacó de sus pensamientos.

—Sí. Se fue a casa.

—Espero que al menos se haya despedido de Bernie esta vez. Estaba devastada cuando pensó que se había ido la última vez... ¡Oh, Dios! —Se sentó de repente, con los ojos muy abiertos—. Voy a tener que contarle todo lo que pasó. ¡Mierda, mierda, mierda, mierda! Esto es lo peor que me ha pasado en la vida. Va a exigir saber por qué no se lo dije, y por qué le estaba mintiendo, y... me va a matar.

Shane la abrazó y la acercó a él. Negó con la cabeza. Una cariñosa sonrisa le apareció en la

cara mientras la rodaba con los brazos, atrapándola contra su cuerpo.

—No te va a matar.

—Sí que lo hará. O tal vez te mate a ti. No lo sé. —Por un momento su rostro reflejó el verdadero pánico. Sus dedos se apretaron en su camisa mientras lo miraba fijamente a los ojos—. Somos libres, ¿cierto? ¿De verdad?

Shane le apartó el pelo de la cara y asintió.

—Somos libres de verdad.

—¿Y te quedarás conmigo para siempre?

—Por supuesto.

Shane rozó su boca contra la de ella y sonrió mientras se relajaba. Kayla soltó una respiración temblorosa y él se acercó a su cuello, siendo gentil y lento con ella. Gordon estaba en la cárcel. Sus secuaces estaban siendo acorralados. No iba a poder volver a por ellos.

A pesar de que los vídeos de Shane participando en la red de peleas se habían difundido, la respuesta del público había sido mayormente positiva. Siempre había idiotas que los señalaban y decían que era una prueba de que estaba mintiendo sobre todo, pero la mayor parte de la indignación no estaba enfocada en él. Tampoco se enfocaba en que Gordon fuera un dragón con tenía una red de peleas clandestinas. No, la mayor parte de la respuesta del público fue elogiarlo por cuidar tan bien de su pareja.

Y ahora, mientras la miraba a los ojos y enredaba los dedos se retorcían en el pelo de su nuca, no pudo evitar sentirse aliviado. Lo había hecho. La había protegido, y ahora Kayla estaba a salvo. Para siempre. Estaba allí, entre sus brazos, y nunca más tendría que temer por su seguridad. O al menos, si tenía que hacerlo, estaría ahí para protegerla de todo lo que se interpusiera en su camino.

—Te amo —susurró.

—Yo también te amo.

Le apartó el pelo de la cara, con una estúpida sonrisa dibujaba en la cara mientras consideraba su posición. Kayla empezó a balancear las caderas hacia arriba, una señal segura de que estaba pensando en lo mismo que él. Kayla siempre iba tras lo que quería, y a Shane le encantaba ese detalle. Hundió el rostro en su cuello, amando su olor, amando su sabor. Amando todo de ella.

Al diablo con todo. Había querido esperar a un momento más romántico, pero ambos sabían lo que querían. ¿Por qué deberían esperar? Se alejó de ella, provocándole un gemido de decepción, y buscó entre las compras que había traído de la ciudad. Cuando finalmente encontró lo que buscaba, se volvió con una sonrisa en la cara.

Los ojos de Kayla se abrieron de par en par cuando le ofreció la pequeña caja de terciopelo. La abrió con un movimiento elegante, revelando el anillo de diamantes que había dentro. Kayla se puso de rodillas de un salto y jadeó, tapándose la boca con las manos.

—Kayla Tucker. Eres el amor de mi vida. Eres mi pareja y quiero pasar el resto de mi vida financiando tus excavaciones y durmiendo contigo entre mis brazos. Quiero darte todo lo que quieras y más. ¿Aceptarás este anillo y a este dragón?

Las lágrimas le llenaron los ojos mientras bajaba las manos. Una enorme sonrisa se extendió por su cara y agitó la cabeza. Shane esperó, sin saber exactamente cómo tomarse todas aquellas señales contradictorias.

—Estás loco —susurró—. Absolutamente loco.

Las cajas de Shane se arquearon.

—Um... ¿por qué?

—Porque me amas. A pesar de todo lo que me pasa, me amas. Así que tienes que estar loco, ¿verdad? Mi loco, loco dragón. —Kayla lo rodeó con los brazos—. ¡Sí! Seré tu esposa. Seré todo lo que quieras que sea. Soy tuya para siempre. Te quiero tanto.

Lo besó de nuevo, salvaje y apasionadamente esta vez. Se sentó a su lado y Shane la abrazó, cerrando la caja de terciopelo. La acostó en su saco de dormir y Kayla se rió cuando comenzó a hacerle amor. La primera vez como pareja comprometida, pero ciertamente no la última.

FIN

EL HIJO SECRETO DEL DRAGÓN

Capítulo UNO

Bernie

Bernie dobló la toallita húmeda sucia dentro del pañal y lo enrolló todo en un paquete pequeño y ordenado. Luego lo ató a una bolsa de popó de perro para disimular el olor. El último paso fue tirarlo a la basura antes de limpiarse las manos y abrochar los botones de presión del pijama de su hijo.

Tras tres meses de lo mismo, ya se había vuelto un hábito. Sin embargo, poder poner con éxito un pañal limpio a su bebé sin ningún incidente fue un alivio. Xavier le sonrió, soplando burbujas de saliva mientras agitaba su sonajero en el aire. Bernie le devolvió la sonrisa.

—Eso está mejor, ¿verdad, cariño?

Se puso en pie, gimiendo un poco cuando las rodillas protestaron. Quizás se había excedido en la cinta de correr, pero había intentado posponer las cosas todo lo posible mientras Xavier dormía su siesta. No era fácil avanzar la faena de la casa cuando estaba despierto. No es que exigiera mucha atención, pero a Bernie le gustaba poder abrazarlo.

Aun así, seguramente debería haberse dedicado a otras cosas mientras él dormía la siesta. Como averiguar qué iba a hacer de ahora en adelante, o tomar una siesta, ya que ya no dormía mucho por la noche. Tal vez hacer ese pastel que quería hornear desde hacía unos días...

Pensándolo bien, nada de pastel. Teniendo en cuenta cuál era su fuerza de voluntad alrededor de la comida últimamente días, lo más probable era que se lo comería todo en un par de días. Era mejor llenarse a base de cosas más saludables, como verduras. Tal vez pastel de zanahoria...

Se lavó bien las manos antes de regresar con su hijo. La manta que le había puesto debajo estaba un poco arrugada, así que lo levantó para alisarla antes de ponerlo boca abajo y acostarse a su lado. Xavier levantó los pies y la cabeza antes de acostarse de nuevo en el suelo. Comenzó a mascar su sonajero y Bernie le acarició ligeramente el suave pelo que tenía en la cabeza.

Suspiró. Necesitaba tomar una decisión sobre lo que iba a hacer a partir de ahora. Tres meses. Xavier ya casi era lo bastante mayor como para poder volver a trabajar. La única pregunta era, ¿dónde?

—¿Qué crees que deberíamos hacer? ¿Volver a trabajar en la excavación con Esther y Kayla, o tomar ese trabajo en la escuela? ¿Qué tan bien te iría por ahí desenterrando artefactos antiguos? Esther está a punto de entregarle la excavación a Kayla, y a mí si vuelvo, para poder dedicarse a todo ese tema submarino. Es una gran oportunidad. Pero la escuela sería más estable, garantizaría ingresos en los años venideros. Sin mencionar que no empezaría hasta el siguiente año escolar. Eso significa otros meses solos tú, yo y nuestros nuevos grupos de mamás.

Xavier volvió a levantar la cabeza, mirándola a los ojos. Una vez más, a Bernie le quitó el aliento aquel tono azul oscuro que la miraba tan fijamente. Sabía que los ojos de los bebés cambiaban de color a aquella edad, pero era tan similar al de su padre que, aunque había pasado nueve meses tratando de olvidarlo, no podía. Aquella era otra razón por la que no estaba segura de querer volver a la excavación.

Tyler Freeman. Había sido un romance ardiente y apasionado. Tyler acababa de romper con la mujer con la que creía que se iba a casar y ella estaba buscando aliviar el estrés. No significó

nada, sólo había sido sexo.

Sexo muy, muy apasionado. Ardiente en más de un sentido.

Tyler era un cambiaformas de dragón, y con sus músculos y aquellos hoyuelos cuando le sonreía... era más de lo que su cuerpo había podido soportar. Pero sólo había afectado a su cuerpo, no a su corazón.

O al menos eso había creído hasta que Tyler se fue sin despedirse por segunda vez en unos pocos días. La primera vez lo había entendido; su hermano, Shane, que financiaba la excavación, estaba participando en peleas a vida o muerte para proteger a su pareja, Kayla. Había enviado a Tyler lejos para protegerlo, pero éste se había acabado involucrando en las peleas.

¿La segunda vez, sin embargo? No había habido ni la más mínima explicación. No le había dado ninguna razón, sencillamente una noche había estado allí, y a la mañana siguiente había desaparecido.

Bernie se estremeció ligeramente. Si volviera a la excavación tendría que ver a Shane casi todos los días. Y lo más probable era que Tyler apareciera de vez en cuando, con sus tatuajes ondulando sobre aquellos músculos duros como rocas y los ojos llenos de travesuras. Y tras un año entero desde la última vez que lo había visto, ¿cómo iba a decirle que era el padre de su hijo ahora?

Por otro lado, si tomaba el trabajo de la escuela secundaria, sabía que sería miserable. Había recibido más apoyo de sus amigos en la excavación que de su familia a lo largo del embarazo; estar separada de ellos llegado a aquel punto se sentía como si estuviera saltando de un avión sin un paracaídas. Pero el sueldo era mejor en la escuela... y necesitaba el dinero al ser madre soltera.

—La cabeza de mamá va en círculos, ¿verdad, cariño?—Con otro suspiro, Bernie se sentó—. ¿Crees que Tyler me miraría ahora siquiera? Antes de estar embarazada era lo que se podría llamar curvilínea. Y tú, pequeño bribón, empeoraste mis malos hábitos. No consigo perder el peso que gané con el embarazo...

Los pies de Xavier golpearon el suelo y Bernie no pudo evitar sonreír. Lo levantó y lo acunó contra su pecho. Su peso no importaba, no cuando tenía a aquel hermoso bebé en sus brazos. Había sido una decisión difícil el quedarse con él e intentarlo sola, y eso que era una mujer con buena educación, opciones y recursos. Sus ahorros, si se racionaban cuidadosamente, bastarían para superar todo el próximo año. Podrían llegar al Año Nuevo sin problemas.

No podía imaginar lo aterrador que sería no tener nada y estar embarazada. Apenas unos pocos años antes no habría estado en condiciones de cuidar a un niño. No habría podido quedarse con su precioso bebé. ¿Cuántas otras mujeres sin sus recursos no encontraban más remedio que renunciar a un hijo que de otra manera amarían con todo su corazón? Le rompía el alma pensar en ello.

—Pero no debemos pensar en eso ahora. No cuando tengo que pensar en ti y cuidarte.

Se movió al sofá y se sentó en la esquina. Xavier estaba apoyado en su brazo en una posición sentada y su cabeza giraba de un lado al otro, observando todo lo que podía. Sus gordas mejillas se hincharon, y luego empezó a hacer gruñidos mientras agitaba las manos hacia arriba y abajo.

—Bebé tontito. —Le besó la cabeza—. Un bebé tan hermoso y tontito. ¿Qué es lo que ves? —Bernie miró en la dirección que estaba mirando—. ¿Ves la foto de la graduación de mamá? Cuando te gradúes de la universidad, también habrá una foto tuya. A menos que no quieras ir a la universidad. Tienes que graduarte de la secundaria, pero si quieres tomar un oficio o hacer algo que no requiere educación universitaria, entonces eso es lo que haremos.

Sonó el timbre de la puerta, seguido inmediatamente por un fuerte golpeteo. Bernie frunció el

ceño mientras dejaba a Xavier sobre su manta. No esperaba a nadie... ¿quién podría ser? Rápidamente se dirigió a la puerta. Una vez que se asomó, se quedó sin aliento y se le encogió el corazón.

Abrió la puerta.

—¿Papá? ¿Qué haces aquí?

—¡Bernice! Me alegro de verte. —Su padre le sonrió. Era su patentada sonrisa llena de dientes, la que debía parecer suave y encantadora pero que siempre le provocaba calambres en el estómago—. Estás tan guapa como siempre. Saliste más a mi lado de la familia que al de tu madre, gracias a Dios. Tus ojos son exactamente como los de mi madre. Era una belleza cuando tenía tu edad. Bueno, ¿me vas a invitar a entrar o no? Quiero ver a ese nieto mío del que tanto he oído hablar.

Bernie se mantuvo plantada en la entrada, manteniendo los ojos entrecerrados. Después de todos aquellos años, que su padre apareciese de aquella manera resultaba inesperado, pero no carecía de precedentes. Siempre había sido así. No tenía razón para creer que estuviera allí por Xavier. Cada vez que aparecía, significaba problemas. No importaba si era él quien los causaba, o si sólo estaba involucrado.

Tenía que sacarlo de allí sin hacerlo enojar. Le hubiese gustado no tenerle miedo después de todos aquellos años, pero la triste verdad era que se lo tenía.

—El bebé está durmiendo —mintió en el mismo instante en que Xavier hizo un fuerte gorgoteo. Ni siquiera se inmutó, a pesar de que su padre frunció el ceño—. No eres bienvenido aquí, papá. Creo que lo dejé muy claro la última vez que te vi.

—Bernie, cariño, soy tu padre. No estás siendo razonable.

—¿Quién te dijo dónde estaba viviendo esta vez? ¿Mamá? ¿O me estás acechando?

Su padre frunció el ceño, arrugando la frente.

—¿Así le hablas a tu padre?

Su tono la hizo querer disculparse, pero se mantuvo firme.

—He venido a ver a tu hijo y a ofrecerte mi ayuda en todo lo que pueda. Las cosas no van a ser fáciles, es por eso que te he conseguido un poco de ayuda. Financieramente, quiero decir.

—¿Ayudarme? —Bernie se rió—. Ni siquiera consigues acordarte de que detesto que me llamen Bernice. ¿Cómo diablos se supone que vas a ayudarme? No importa, no quiero oírlo.

—No seas así...

—Seré exactamente como quiera ser.—Bernie se puso las manos en las caderas—. Si querías ayudarme, entonces quizás deberías haber sido un padre para nosotros al crecer, en lugar de perseguir a la pequeña estrella porno con la que estabas obsesionado en aquel momento. Sólo apareces cuando quieres algo. No voy a dejar que vuelvas a engañarme para que piense que te debo una. No te debo nada. Ahora *vete*.

Su padre frunció mucho el ceño. Agitó la cabeza y suspiró como si en realidad estuviera decepcionado.

—No quería que fuera así, Bernie. Sé que un nuevo bebé conlleva muchos gastos, y quería ayudarte. Eres una chica hermosa. Hay muchos hombres que pagarían por una chica con tus curvas.

Bernie se quedó con la boca abierta. ¿Estaba sugiriendo que se convirtiera en *prostituta*?

—Me va bien en cuanto a dinero.

—Ah. Ya veo. Supongo que tendré que quedármelo todo para mí, entonces. —Una gran vagoneta negra se detuvo en la calle detrás de él. Un escalofrío corrió por la espalda de Bernie mientras trataba de cerrar la puerta, pero su padre se lanzó contra ella, abriéndola de un portazo.

Bernie le empujó y él la agarró, sujetándole los brazos a los costados—. Me he metido en problemas con algunas personas. Les debo mucho dinero. Ésta era la única manera de salir de esta situación. Sólo será esta vez, Bernie, te lo prometo. No querrás que muera, ¿verdad?

El corazón de Bernie le martilleó contra las costillas. Abrió la boca para gritar, pero un par de hombres vestidos con trajes que no eran de su talla aparecieron de repente. Uno de ellos le colocó unas esposas alrededor de las muñecas mientras el otro le tapaba la boca con la mano. La arrastraron hacia la vagoneta. Los ojos se le pusieron en blanco de terror. Xavier, tal vez con el frío por la puerta abierta, tal vez sintiendo que algo estaba pasando, se puso a llorar.

Uno de los hombres frunció el ceño.

—No mencionaste que había un bebé.

—No será ningún problema —contestó su padre—. Es mi nieto, yo me encargo.

Uno de los hombres puso los ojos en blanco.

—Despídete, niña. A los hombres no les gusta comprar novias que ya tienen equipaje.

¿Qué? Bernie luchó lo mejor que pudo, pero fue inútil. Los gritos de Xavier la hicieron trizas. Aquellos hombres eran demasiado fuertes como para que pudiera defenderse. La arrastraron por el camino de entrada y la metieron en la vagoneta negra. Su mirada se desvió hacia los vecinos, pero todas sus ventanas estaban oscuras. La mayoría se había ido de vacaciones. Xavier siguió llorando y Bernie consiguió soltar la cabeza del agarre de aquellos hombres.

—¡Ayúdenme!—gritó—. ¡Que alguien me ayude!

Cerraron la puerta de la camioneta con un golpe. Dentro había otros dos hombres que la ignoraron cuando las lágrimas comenzaron a caerle por el rostro.

—¿Qué te parece—gruñó uno de ellos—. ¿Deberíamos ponerla a la venta ahora mismo?

¿A la venta?

—¿Qué me vais a hacer?

—Sí. No quiero arriesgarme a tenerla con nosotros demasiado tiempo. —El hombre que habló miró a Bernie y negó con la cabeza—. No te preocupes, nunca probamos la mercancía. Si eres una buena chica, tal vez traigamos a tu hijo y os subastemos como una familia la próxima vez.

La cabeza no dejaba de darle vueltas. No conseguía entender lo que estaba pasando más allá de dos cosas: uno, el cuidado de Xavier estaba ahora en manos de su padre, y dos, iban a venderla. Fui incapaz de no romper en sollozos.

Capítulo DOS

Tyler

Viajar cruzando el país desde la costa este hasta el oeste le había parecido a Tyler una buena idea al principio. Pero ahora, mientras movía los rígidos hombros, no estaba seguro de a quién culpar de aquella brillante idea. A él mismo por pensar en ello, o a los otros idiotas de su club de motoristas que habían accedido.

—Hablarán de ti por muchos años. —Uno de sus amigos, Jackson, se rió mientras golpeaba a Tyler en la espalda. ¿Cuántas bodas has echado por tierra? ¿Eran cuatro o cinco?

—Seis —contestó Tyler con un gruñido. Su ceño fruncido se hizo más marcado al considerar a todas aquellas hermosas novias. Vestidas de blanco con sus flores y velos, todas ellas hermosas y emocionadas por su futuro. Y allí estaba él, el idiota que dejaba un rastro de corazones rotos a su paso por dondequiera que iba—. ¿Podemos no hablar de ello?

Jackson puso los ojos en blanco y se alejó. Tyler se dirigió al bar, bordeando a los hombres con sus novias acurrucadas en los regazos. Parecía que desde el inicio del viaje al menos la mitad del club había acabado emparejada. Muchos de ellos ya estaban hablando de matrimonio. ¿Era real, o sólo intentaban restregárselo en la cara?

—Tyler —le saludó uno de ellos, dándole una palmada en la espalda—. Giselle y yo nos casaremos el mes que viene.

Tyler se mordió la mejilla para evitar contestarle bruscamente. Tal y como estaban las cosas, sólo pudo pronunciar una felicitación entre dientes. No se le pasó por alto el modo en que Giselle puso los ojos en blanco y la miró con ira.

—¿Qué? —preguntó.

Giselle se encogió de hombros.

—Nada. Es sólo que últimamente estás siendo un verdadero idiota y ya estoy cansada de dejarlo pasar y no decir nada al respecto.

Las llamas de Tyler estallaron.

—Mira quién habla.

El dragón que le había saludado gruñó, inmediatamente a la defensiva. Tyler levantó las manos como gesto de rendición, aunque le hubiera gustado golpearlo en la cara, sólo para tener algo que hacer. Pero la violencia desbocada no era su estilo, así que simplemente se alejó. Jackson había conseguido llegado al bar antes que él y se rió en voz baja.

—¿Y cuál de ellas fue?

Tyler le gruñó.

—Vamos, todos sabemos cómo eres. ¿Con cuál de esas novias tuviste una apasionada aventura y descubriste que era la chica de tus sueños y...?

—No me acuesto con mujeres casadas ni comprometidas.

Pidió un firewhiskey, una mezcla especial que el camarero había creado después de ver *Harry Potter*. La esencia misma de los pimientos picantes empapada en whisky y mezclada en una pulpa muy fina. Era perfecto para hacer que el fuego de un dragón rugiera.

Encorvó los hombros y trató de no quedarse mirando fijamente las parejas que del salón. Puede

que las palabras de Giselle le hubiesen dolido, pero eran verdad. Últimamente había estado actuando como un imbécil.

Y además lo había hecho sin tener razón alguna para ello. No era como si estuviera sufriendo una angustia terrible que le imposibilitaba respirar o estar con mujeres.

Ella había prometido que lo llamaría.

Tyler se pasó una mano por el pelo, frunciendo todavía más el ceño. Hacía poco menos de un año que no veía a Bernice Gardner, pero aun así no podía quitársela de la cabeza. Sí, sabía que tenía tendencia a enamorarse y desenamorarse como quien cambiaba de canal de televisión durante la noche. Pero ninguna de las mujeres que había conocido había logrado prender aquella chispa en su interior desde la aparición de Bernie.

No conseguía imaginarse teniendo nada con ninguna de ellas más allá de una aventura rápida aquí y allá cuando sus necesidades físicas crecían demasiado, e incluso aquello hacía que se sintiera enfermo y acababa siendo incapaz de llevar a cabo la acción en sí.

¿Habría salido Bernie con otros hombres? Cuando se fue, había estado seguro de que ella lo llamaría, pero no había sabido nada más de ella. Él mismo había usado aquel truco las suficientes veces como para saber lo que significaba. Y tío, era una mierda. No volvería a hacerlo nunca, aquello estaba claro.

Por supuesto, primero tendría que estar con una mujer para tener la oportunidad.

—Aw, ¿está Tyler triste? —Phil, un dragón increíblemente idiota, se deslizó en el asiento de al lado—. ¿Te has dado cuenta de que, como que te acostaste con todas esas mujeres, ahora ya nunca encontrarás a tu pareja? ¿Te has dado cuenta de que has usado tu cuerpo y que, aunque la encontraras, ninguna mujer estaría interesada en un bien con tanto uso?

Las fosas nasales de Tyler se dilataron, pero se obligó a permanecer tranquilo.

En muchos clanes de dragones se pensaba que la persona con la que un dragón tenía relaciones sexuales por primera vez acabaría siendo su pareja de por vida. El apareamiento y el sexo estaban tan intrínsecamente ligados que era imposible considerarlos como dos cosas separadas. A veces Tyler se preguntaba si sería aquello lo que no funcionaba en él, pero nunca había llegado a creérselo.

Los compañeros no estaban destinados, se elegían. Era tan simple como eso.

—Ten. —Puso algo de dinero en la barra—. Deja que te invite a una copa, Phil.

Phil se rió.

—Sabes, hay sitios a los que puedes recurrir para comprar una compañera. Mujeres humanas desesperadas por un hombre grande y fuerte que las cuide. Normalmente son feas como el infierno, pero cuando te quedas sin opciones...

Tyler sorbió su whisky y lo consideró. Si su hermano mayor, Shane, estuviera allí, ya le habría dado una paliza a aquel tipo. Pero su hermano era un hombre de buen tamaño, incluso entre los cambiaformas dragón, y contaba con años de entrenamiento como Navy Seal que lo respaldaban. Aunque nunca Tyler no se echaba atrás en una pelea, prefería otras armas.

—Así que, Phil. —Bajó la voz para que ni siquiera Jackson pudiera oírlo—. Tienes una preciosa colección de dibujos de *My Little Pony* en tu computadora... ¿son obra tuya?

Phil se atragantó. Palideció mientras miraba a Tyler.

Por su parte, Tyler le sonrió y le dio unas palmaditas en la espalda. Phil se lanzó a por su bebida y, murmurando varias disculpas, abandonó rápidamente el bar. Tyler sonrió con suficiencia mientras miraba cómo se alejaba, pero la sonrisa se le borró en cuanto Bill Johnson y su pequeña pandilla de compinches entraron en el salón, gritando y riendo. Bill era el dragón más grande del

club, y lo que tenía en músculo le faltaba en cerebro. Hablaba gritando, era agresivo y posesivo, y hablaba mucho y pensaba poco. Pensaba que era el dueño del club, lo cual resultaba molesto en el mejor de los casos.

Y aquél no era el mejor de los casos.

Tyler se bebió su copa, disfrutando del ardor picante antes de dejar el vaso en el mostrador con un golpe seco. Lo mejor sería salir de allí antes de que Bill empezase a acosarlo. Y era un tema serio; el que supiera cómo controlar su temperamento había pasado a significar que Bill pensase que le habían arrancado los dientes. Al final Bill se pasaría de la raya y Tyler le mostraría lo fuerte que podía llegar a morder.

—Adivina quién se ha comprado una compañera —se jactó Bill.

Tyler se quedó dónde estaba. ¿Acaba de decir que *había comprado* una compañera? Arqueó las cejas mientras se giraba. La curiosidad era demasiado grande como para quedarse al margen aquella vez. Desvió la mirada hacia Phil, que sonreía con suficiencia. Bueno, ciertamente resultaba razonable que Phil hubiera convencido a Bill para que lo hiciera, y Bill, siendo el tipo de hombre que era, debía de haber pensado que en realidad era una buena idea.

—Sí. —Bill hinchó el pecho y envió a Tyler, de entre toda la gente, una mirada alegre—. Encontré un sitio con hermosas mujeres humanas buscando un compañero dragón, y yo mismo tengo una. Es hermosa y le encantan los juegos de rol en la cama. ¡Me muero de ganas de ponerla en acción!

Echó la cabeza hacia atrás y se rió. Sus amigos también se rieron, además de varias personas más, y Tyler sonrió. Bill debía pensar que a todos le parecía muy divertido. Lo mejor sería no provocarlo...

Pero era demasiado como para estar callado.

—¿Así que has tenido que comprar a una mujer para que mirase tu fea cara?—gritó—. Bueno, no me sorprende. Me pregunto cuánto tardará en salir corriendo como las otras. Quién sabe, tal vez sea la que por fin se quede contigo... aunque es un misterio por qué no ha aguantado ninguna de las demás chicas de las que has alardeado y con las que has actuado como si fueran de tu propiedad.

Los ojos de Bill se entrecerraron cuando se concentró en Tyler. Sus labios se torcieron en una mueca y se acercó a grandes pasos al dragón de menor tamaño. Algunos de los espectadores comenzaron a reír, pero la mayoría se dieron la vuelta, como si esperasen poder evitar que las cosas se pusieran feas simplemente con no hacer de público. A Tyler no le importaba. Ahora mismo su vida era una mierda, y cualquier cosa que pudiera hacer para que mejorase en lo más mínimo sería una delicia.

—¿Estás diciendo que no puedo mantener a una mujer? —Bill lo miró con los ojos entrecerrados—. Eres tú el que sale con una chica nueva cada mes. Te lo tienes muy creído con tus tatuajes y esos hoyuelos, pero eres...

—¿Te gustan mis hoyuelos?—Tyler le sonrió ampliamente y le guiñó el ojo, coqueteando—. Vaya Bill, nunca me lo hubiese imaginado.

Bill se detuvo en seco. Abrió la boca, la cerró y luego volvió a abrirla.

—Eres... eres patético. No puedes ser feliz, así que prefieres arruinar a cualquiera que encuentre un pedacito de felicidad. Ni siquiera vale la pena hablar contigo.

Tyler se rió, aunque sus palabras le quemaron.

—Y sin embargo aquí estás, hablando conmigo.

Bill gruñó desde lo profundo del pecho.

—Al menos a mí no me abandonan las mujeres.

—No, sólo salen corriendo y se esconden de ti.

El humo se alzó en el aire. Estaba caminando al borde del abismo. Tyler bostezó y cogió el nuevo firewhiskey que el camarero le había puesto delante. Era el momento perfecto para retirarse pero, por alguna razón, la idea de tener que hacerlo lo puso de mal humor. No era uno de aquellos hombres demasiado machistas que tenían que demostrar lo duros que eran para reforzar su frágil ego; normalmente bastaba con saber que había puesto nervioso a Bill.

Pero aquél era un día normal. Quería humillar a aquel patán delante de todo el mundo.

—Estás celoso de que haya conseguido una compañera antes que tú —gruñó Bill—. Y sí, la he comprado, pero es mejor eso que la manera en que corres de un lado a otro tratando de encontrarla tuya entre todas las mujeres ansiosas de sexo que te darán la espalda tan pronto como tengan lo que quieren. Así que ya puedes cerrar la boca.

Tyler se encogió de hombros de nuevo.

Bill se metió la mano en los pantalones, haciendo que Tyler hiciera una mueca, y se sacó algo del bolsillo. Puso la foto en la barra, delante de Tyler.

—Es hermosa. Ya te gustaría tener a una mujer la mitad de hermosa que mi Bernice.

No. No podía ser. Tyler miró a pesar de sí mismo.

Se quedó sin aliento. Era *ella*. Bernie. A primera vista la mirada que dirigía a la cámara parecía sensual, pero Tyler notó rápidamente que no era la expresión que le había dirigido a él en las ocasiones en que había querido que le arrancara la ropa.

No. Era una mirada de miedo.

Sólo pudo ver la dirección del sitio web antes de que Bill se guardara la foto.

—No quiero que tus sucios ojos la miren.

Tyler se dio la vuelta. Sacó el teléfono del bolsillo y buscó la página web mientras Bill volvía a alardear, hablando de Bernie. Algunas cosas, como que era arqueóloga y preciosa, eran correctas. Otros, como que le gustaba jugar y fingir que estaba cautiva mientras tenía relaciones sexuales, eran pura mierda.

Encontró rápidamente una dirección para recoger a las mujeres compradas. Tyler cogió sus llaves y salió del club.

Si realmente se había apuntado Bernie a algo así, él se retiraría con elegancia. ¿Pero si no era así? Bueno... entonces todos pagarían.

Capítulo TRES

Bernie

Bernie no sabía qué pensar ni qué hacer. Todos los hombres a su alrededor tenían armas cuidadosamente ocultas en sus cuerpos. No le cabía ninguna duda de que le dispararían si se pasaba de la raya. Era una idea aterradora.

¿Y qué iba a pasar ahora? Tras llegar a aquel lugar sus secuestradores le habían dicho que si era buena chica y se comportaba, tras los tres meses de prueba con su ‘comprador’ la dejarían ir a casa. La deuda de su padre estaría pagada.

Sin embargo no le habían dicho a cuánto ascendía la deuda. Lo que sí le habían dicho era que si rechazaba a su comprador o lo angustiaba de alguna manera y acababa haciendo que exigiera un reembolso, la matarían a ella y a Xavier.

Así que comportaría. Sería la mujer más encantadora y seductora que pudiera ser, y luego regresaría con su bebé y se mudaría al otro lado del país.

Algo similar le había ocurrido a Kayla al principio de la excavación. Afortunadamente para ella, Shane había estado allí para destruir a la gente que la amenazaba. Había luchado durante meses, lesionándose hasta el punto de que su capacidad natural de curación había disminuido a niveles casi humanos.

«¿Pero yo? No tengo ningún apuesto cambiaformas dragón que corra a rescatarme».

Le temblaron las manos y los le empezaron a arder. Los cerró con fuerza y agitó la cabeza; tenía que ser la mejor actriz que pudiera para salir de aquella. Las lágrimas sólo generarían preguntas cuando su comprador viniera a recogerla....

Mi perro ha muerto. Aquella sería su excusa. *Lo crié desde cachorro y ha muerto...* «¿Está bien Xavier? ¿Lo habrá dejado papá solo para ir a beber o algo así? ¿Le está cambiando sus pañales? ¿Le está dando de comer?».

¿Y cómo iba a explicarle a su ‘dueño’ por qué sus pechos estaban tan pesados y doloridos por la leche? ¿Cómo iba a salir viva de aquello?

—Sonríe, cariño. Tu nuevo novio ha llegado. —Uno de los hombres la empujó por la espalda.

Se dio cuenta de que estaba encorvada y se enderezó. Una cosa era segura: aquel imbécil que compraba mujeres en línea no iba a verla llorar. Apretó la mandíbula y luego se obligó a dibujar una sonrisa en su rostro.

Inhalar, exhalar.

Al cabo de poco apareció un hombre con un traje a medida, guiando a otro hombre. El segundo iba vestido con jeans andrajosos, chaqueta de cuero y tenía el cabello erizado.

Bernie abrió los ojos de par en par. Tyler.

¿Tyler?

—¿Pero qué demonios? —estalló antes de poder detenerse—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Tyler se acercó a ella, pavoneándose, y le puso un brazo alrededor de la cintura.

—Te he comprado, cariño, y no es que seas barata. Ahora no puedes decirme que no, ¿verdad? Me perteneces, y así será para siempre.

Estaba demasiado sorprendida como para responder. ¿Qué estaba haciendo? Tyler nunca había

sido así antes. ¿Estaba enfadado con ella por no llamarle? ¿Después de que desapareciera sin decir una palabra? Apretó las manos hasta formar puños. Un pozo de ira se abrió en ella y se lanzó hacia delante, alzando los puños en el aire. Tyler retrocedió de un salto con una mirada de sorpresa. Ésta desapareció muy pronto y se rió.

Uno de los hombres la agarró del brazo.

—Bernice, recuerda los términos de nuestro acuerdo...

Se le encogió el estómago, pero Tyler siguió riéndose.

—Es puro fuego, ¿verdad? No puedes imaginarte cómo me sentí cuando me enteré de que esta zorra se estaba vendiendo por internet, y...

—Señor.—Uno de los hombres interrumpió—. ¿Cuál era el código de recogida?

Tyler se volvió hacia el hombre con aspecto aburrido.

—Ya te lo he dicho.

—Sí... ¿pero puedes repetírmelo? Me gustaría asegurarme de que no haya ningún error.

Tyler le sonrió. Entonces, de repente, lanzó un puñetazo. Alcanzó al hombre en la cabeza, derribándolo. Hubo un breve momento en el que pareció que el tiempo mismo se detuvo, Tyler le sonrió y se encogió de hombros.

—Supongo que me han pillado.

¿Qué? El corazón de Bernie se volvió más ligero, pero en seguida se le volvió a encoger cuando los guardias sacaron sus armas y apuntaron a Tyler. Las fosas nasales de éste emitieron humo y sus ojos se volvieron de un color naranja rojizo. Unas escamas oscuras comenzaron a brotar sobre su piel y cuando sonrió, sus dientes se habían convertido en una amplia hilera de dagas.

—¿Armas, caballeros? Tenéis que saber que no serán muy efectivas contra mí. ¿Alguna vez habéis luchado contra un dragón que actuaba como caballero con brillante armadura?

Bernie sabía que se avecinaba una de dos opciones. Una opción era que pelesen, que las armas se disparasen sin control y que una bala perdida acabase alcanzándola. La otra opción era que los hombres la apuntasen a ella directamente y la usaran para que Tyler se comportase. No le hizo falta pensarlo mucho para aprovechar aquel instante, mientras toda su atención se centraba en Tyler, para correr hacia la mesa que había al otro lado de la habitación. El calor invadió la habitación en el mismo momento en que llegó al mueble; lo volteó, tumbando la mesa de costado, y se agachó detrás de ella.

No se atrevió a mirar por encima del borde, pero los disparos interrumpidos por un rugido sin palabras le ayudó a adivinar que Tyler se había transformado. Los gritos de dolor llenaron la habitación. De repente la mesa se volcó hacia un lado. Una enorme mano con garras la agarró y la acomodó contra una panza escamosa. Tyler soltó a continuación una ráfaga de fuego que destruyó el techo y salió volando al cielo. Se oían las sirenas de la policía. Bernie bajó la vista hacia el edificio y vio docenas de coches de policía rodeándolo. Así que Tyler no la había comprado, sino que lo había organizado todo para rescatarla y después había llamado a la policía.

Podría haberse reído, excepto que todo aquello no había considerado detalle muy importante: Xavier.

—Necesito ir a mi casa —gritó. Las alas de Tyler batían en el aire y no estuvo segura de que pudiera oírla—. Mi hijo me necesita.

Tyler dio un salto en el aire, por imposible que pudiera parecer. Podría haber sido divertido, excepto que Bernie se deslizó varios centímetros entre sus manos y seguía sin tener respuesta en cuanto al bienestar de su bebé. Le gritó la dirección de su casa a Tyler, y éste, después de un

momento, viró y ajustó su agarre sobre ella para que estuviera más segura. Batió las alas con más fuerza. Bernie sintió cómo el corazón se le subía a la garganta durante todo el viaje, y el viento que le daba en la cara le dificultaba respirar.

Pero no tardaron mucho en aterrizar en su calle. Tan pronto Tyler como la soltó, Bernie salió corrió hacia su casa. Las luces estaban encendidas y se oía el sonido de un televisor en el interior. Pateó la puerta, sorprendida cuando ésta se abrió y grandes trozos de madera rotos salieron volando por los aires. Al parecer no era precisamente una puerta robusta.

No importaba.

Entró corriendo. Alguien gritó en algún lugar de edificio. Llegó a la sala de estar y encontró docenas de botellas de cerveza y cajas de pizza esparcidas por todas partes. Su padre luchó por levantarse de su silla; tenía una banda elástica atada alrededor del brazo. Bernie le dio la espalda, escuchando atentamente. Xavier estaba llorando en el dormitorio.

—¡Bernice! ¿Qué estás haciendo aquí?—Su padre la agarró del brazo—. Vas a meternos en...

Se giró, dándole un buen puñetazo en la nariz a su padre. Sus ojos se encontraron brevemente con los de Tyler, pero no iba a darle explicaciones.

—Llama a la policía para que venga a recoger a este desperdicio de espacio. Él es quién me vendió a esos hombres.

No perdió ni un momento más. Entró rápidamente en el dormitorio y tomó a Xavier en brazos. Su llanto sólo se hizo más fuerte cuando lo abrazó, y sus propias lágrimas manaron sin control. Estaba bien. No importaba qué más hubiera pasado o pudiera haber pasado, su bebé estaba bien.

—Bueno, aquí estamos.

Bernie trató de no quedarse mirando la enorme y preciosa mansión a la que habían llegado. Tyler se bajó de su motocicleta detrás del taxi amarillo y la llevó a pie por el jardín. Sabía que Shane era multimillonario, pero nunca se había detenido a pensar en cuánta de aquella riqueza debía de haber transferido a Tyler. El padre de su hijo...

«No voy a decírselo sólo para exprimirle por dinero».

—Gracias, buen hombre. —Tyler le puso un fajo de billetes en la mano al taxista. Se colgó la bolsa de pañales al hombro y cogió la maleta de Bernie.

El resto de sus cosas se habían quedado en su casa, que actualmente se estaba renovando para que fuera más segura. Aquella no era una situación permanente, después de todo. Tyler sólo le había ofreciendo un lugar seguro en el que dormir mientras las legalidades de lo que había pasado con su padre y el grupo de traficantes se resolvían. Era una testigo y ya había recibido amenazas anteriormente, así que era necesario que la mantuvieran a salvo.

—Gracias por esto —repitió cuando entraron en la casa. Era una comunidad cerrada y contaba con protección de sobra para mantenerla a salvo de cualquier venganza.

Tyler sonrió vagamente en su dirección. Su mirada se detuvo brevemente en Xavier antes de que la apartase.

Bernie lo siguió por la casa con la garganta seca. Tyler la llevó arriba, mostrándole dónde estaban las cosas, pero a duras penas lo escuchaba. Xavier gorgoteaba y refunfuñaba en sus brazos. Desde que lo había recuperado, a ninguno de los dos les gustaba estar lejos el uno del otro, pero Xavier parecía haberse recuperado rápidamente. Por supuesto; era tan pequeño que no debía de haber entendido todas las amenazas que les habían lanzado.

Se le volvió a secar la boca, aunque intentó no prestarle atención.

—Bernie, te presento a Polly.

Bernie parpadeó rápidamente, volviendo al presente. Una hermosa mujer con rizos negros y ojos marrones oscuros apareció frente a ella. Sus labios gruesos sonreían, pero Bernie no pudo evitar que una puñalada de celos la atravesase. Aquella mujer era una diosa, no podía negarse.

Tyler nunca había mencionado a ninguna Polly, así que no podía ser una media hermana. ¿Era la nueva chica de su vida? ¿Su reemplazo? ¿O el reemplazo de su reemplazo? ¿Con qué frecuencia cambiaba Tyler de mujer?

—Encantada de conocerte. ¡Y mira a ese bebé!—Polly dio una palmada y se acercó apresuradamente. Le sonrió a Xavier y lo saludó con la mano—. Oh, es tan dulce. Va a ser maravilloso tener un bebé cerca. No dejo de decirles a Shane y a Kayla que tienen que ponerse a trabajar para hacer bebés, pero no me escuchan. Y éste —molestó Polly a Tyler—, es un idiota. Él...

—Polly. —Tyler puso los ojos en blanco con gesto exasperado—. Estoy seguro de que a Bernie le gustaría tener algo de tiempo para desempacar y acomodarse.

—Por supuesto. —Polly se enderezó, aún sonriendo—. Si necesitas algo, sólo tienes que llamarme. Estoy aquí para cualquier cosa que necesites.

Bernie asintió. Tyler y ella la dejaron a solas y se giró para examinar su nueva habitación. Era cómoda, moderna y demasiado elegante como para que pudiera sentirse cómoda. Bueno, al menos tenían una cuna para Xavier. Lo dejó en la cama con un suspiro para poder revisarle el pañal.

—Éste es nuestro nuevo hogar de ahora en adelante. Todo irá bien, cariño. Te lo prometo.

Capítulo CUATRO

Tyler

—Voy a volver.

Tyler contuvo un gruñido mientras sus llamas parpadeaban y ganaban fuerza. Respiró hondo y negó con la cabeza.

—Eso no es necesario, Shane. Todo está bien. Se ha instalado en la mansión, tenemos a la policía dando vueltas y todo eso. Ella está bien, yo estoy bien, todo está bien. Quédate con tu pareja.

—Tyler...

—Vale. Deja a Kayla sola en el pueblo donde la secuestraron secuestrada y la usaron como premio de una red de peleas clandestinas para venir aquí. —Era un golpe bajo, y lo sabía, pero también sabía que sería efectivo. Y por supuesto, la única respuesta de Shane fue el silencio—. Shane, sé que estás preocupado, pero todo irá bien. Todos los involucrados están ya en la cárcel. Bernie y yo estaremos bien.

Shane resopló.

—Claro que lo estaréis. Sólo trata de no caer en viejos hábitos, ¿de acuerdo?

La ira se apoderó de Tyler ante aquello, pero no respondió, probablemente porque era un buen consejo. Estaba claro como el día que Bernie no era la indicada para él, y puede que para Shane hubiese sido obvio desde el principio. Si no hubiera estado tan inmerso en proteger a Kayla en aquel momento, lo más seguro es que le hubiera advertido que no se acercase a Bernie antes incluso de que llegasen a estar juntos. Pero, ¿acaso importaba?

—No va a pasar nada —murmuró Tyler—. Tengo que irme ya. Te quiero, hermano. Saluda a Kayla de mi parte.

—Lo haré. Yo también te quiero.

Tyler colgó. Sostuvo su teléfono durante mucho tiempo, mirando el dispositivo. Luchó consigo mismo para no llamar de nuevo a su hermano y decirle que dejara de ser tan sobreprotector, o por lo menos para exigirle por qué nunca le había dicho a Tyler que Bernie tenía un hijo. Debería haberlo sabido, Bernie debía de haber estado embarazada en la excavación...

Tragó con fuerza mientras se guardaba el teléfono en el bolsillo. Por mucho que intentaba de no hacerlo, su mente volvió al breve e intenso momento que Bernie y él habían pasado juntos.

Todas sus aventuras eran intensas, pero había habido algo todavía más intenso en Bernie. No se trataba sólo de la tensión sexual que se desataba entre ellos, aunque el simple recuerdo hacía que su entrepierna se agitara y tuvo que gemir con el deseo de marchar hasta su habitación y abrirla de piernas, sino que había habido algo muy... emocional al respecto.

Los días ardientes. Mirarla trabajar, viendo como se le iluminaban los ojos cuando encontraban un fragmento de cerámica o capas de conchas en el muladar por el que estaban excavando. El aviso que le dio, la forma en que no se molestó en jugar con él. Tyler había estado sanando de su corazón roto y ella había estado lidiando con la presión de ser uno de los dos líderes que no tenían tanta experiencia en la excavación como hubiese sido necesario.

La primera vez que tuvieron sexo fue en el bosque. La había encontrado vagando en la

oscuridad bien entrada la noche, tarareando para sí misma mientras miraba al cielo. Cuando ella lo vio había mostrado una sonrisa, lo había tomado de la mano y lo había llevado al bosque. Y una vez allí se habían comportado como animales. Ninguno de los dos quedó saciado, y después pasó a ser más suave. Ni siquiera sabía cuántas veces habían estado juntos; había perdido la cuenta rápidamente.

Y no siempre habían usado condón. A pesar de que siempre llevaba uno encima, a veces estaban demasiado perdidos en el momento como para molestarse con algo así.

Las fechas encajaban. Un año antes había tenido una aventura con Bernie, y ahora ésta tenía un hijo de tres meses. Nueve meses de embarazo más tres meses de bebé equivalían a un bebé de tres meses.

Pero Bernie se lo habría dicho si él fuese el padre, ¿verdad?

O a Xavier quejándose en la habitación de al lado nada más llegar al pasillo. Dudó, mirando hacia un lado y hacia el otro. Era la habitación de Bernie, pero no se enfadaría si entraba y tomaba al bebé en brazos, ¿verdad? El llanto de Xavier se hizo más fuerte, provocándola un pinchazo en el corazón. Entró en la habitación, tratando de no fijarse en nada que no fuera la cuna.

Xavier dejó de quejarse en cuanto Tyler apareció.

—Bueno, hola, hombrecito —dijo Tyler. Sonrió y se sorprendió cuando recibió una gigantesca y desdentada sonrisa a cambio. Levantó al bebé y lo acurrucó en el hueco del brazo—. Whooo chico. Será mejor que vayamos a buscar a mami para que te cambie el pañal. Hueles un poco a podrido, amigo.

Si Xavier estaba incómodo, no lo demostró. Agitó una mano y gorgoteó. Era una criatura tan pequeña, tan gordita, suave y cálida. Sus gordas mejillas eran perfectas para aquellas sonrisas sin dientes. Tyler no pudo evitar sonreírle. Sabía que tenía que buscar a Bernie ya, pero no quería hacerlo.

Siempre había querido ser padre; que sus hijos le sonrieran, poder arroparlos por la noche, que le gritasen que lo odiaban en medio del supermercado. Quería compartir miradas de sufrimiento con su compañera por sus payasadas. En realidad, todo lo relacionado con la paternidad le atraía. El paquete al completo. Tener una compañera, acostarse todas las noches junto a una mujer que lo amara y despertar sabiendo que no estaría solo.

—Eso sí que sería vida, ¿eh? —Suspiró mientras se giraba para llevarle el bebé a Bernie.

Pero demostró ser innecesario. Bernie apareció en la puerta justo en aquel momento, con un un monitor de bebés enganchado al cinturón. Se mordió el labio cuando se adelantó y extendió los brazos hacia Xavier. Tenía el cabello despeinado y las mejillas enrojecidas con un resplandor que delataba que había estado durmiendo.

—Gracias por venir a por él —dijo—. He oído que el pequeño señorito necesita un cambio de pañales.

Tyler entregó al bebé a regañadientes y Xavier empezó a patear y a hacer ruido de nuevo. Claramente, ver a su madre le hizo darse cuenta de que había cosas en su vida que no le hacían feliz en aquel momento. Tyler no pudo evitar reírse mientras Bernie lo llevaba al cambiador.

—¿Querías algo?—La voz de Bernie era tranquila y ligera.

—No...

¿Debería irse? Miró a Bernie de reojo. Aunque estaba claro que estaba cansada, la maternidad sólo la había hecho todavía más bella. Y no era sólo porque sus pechos pareciesen un par de melones espléndidos; la piel le brillaba con un color dorado, tenía los ojos iluminados y su cabello refulgía más que antes. También había algo más... centrado en ella.

—Deja de mirarme como si fueras un bicho raro.—Bernie le sonrió—. Es broma. No eres raro.

—¿Un qué?

—Un bicho. Ya sabes, de los que dan escalofríos, como la tarántula. —Agitó la cabeza y suspiró—. Soy la única persona en el mundo con sentido del humor.

Tyler tuvo que reírse.

—Bueno, ciertamente la única persona con tu concreto sentido del humor. Y eso es lo que amo...

—¿Sobre el humor? —le cortó rápidamente.

Tyler tragó saliva, dándose cuenta de lo que estaba diciendo. Se las arregló para reírse de nuevo y asintió.

—Sí. Todos son únicos.

Bernie no lo miró.

—Sí, lo son.

Sonó el timbre y Tyler lo usó como excusa para salir corriendo. Cuando llegó al piso principal encontró a su vecino, un rico neurocirujano y también un cambiaformas dragón, hablando con Polly. Tyler sonrió y corrió a saludar a su amigo.

—¡Gilbert! ¿Qué estás haciendo aquí? Pensé que tenías una aburrida convención médica llena de estirados en la que dar discursos.

—La tenía el mes pasado, sí.—Gilbert le sonrió a Polly con una mirada de anhelo que sólo un ciego, o una Polly ciega, podría pasar por alto, pero Polly simplemente hizo un gesto con la mano y se fue a ocuparse de sus cosas. Gilbert suspiró, prestando atención a Tyler—. Fue un éxito. He contratado a tres nuevos estudiantes. Hay una nueva técnica para reparar el daño cerebral que revolucionará el mundo. Accidentes de coche, lesiones deportivas, incluso Alzheimer y demencia; podría ser una cura para todos ellos.

Tyler asintió. Si había algo de lo que Gilbert podía hablar durante horas, era de medicina. Se rumoreaba que ya había gastado miles de millones de su propio bolsillo para ayudar a investigar aquella técnica; más de la mitad de su herencia. Aquello sí que era dedicación.

—Hablando de eso —continuó Gilbert—, voy a celebrar un evento de recaudación de fondos en el chalet dentro de poco. Sólo me he pasado para darte tus entradas.

—Mira, yo...

—Shane ya los ha comprado. —Gilbert se encogió de hombros—. Fue él quien me contactó. Sé que estás teniendo dificultades para encontrar un trabajo ahora mismo. Ibas a intentar crear un blog de viajes, ¿verdad?

Tyler asintió.

—Sí. Sólo necesito encontrar una plataforma adecuada. Sinceramente, yo sólo... supongo que estoy teniendo la crisis de la mediana edad a los veinte. Porque no tengo suficiente tensión en mi vida, ¿verdad? Siempre sé que tengo una red de seguridad. Culpo a Shane por cuidar de mí, y a nuestra madre por hacer que me cuidara.

Aunque trató de mantenerse despreocupado y reírse de sí mismo, la verdad que contenían sus palabras le dolió. ¿Por qué iba a querer Bernie, si Xavier era realmente su hijo, que un playboy como él actuase como su padre? Tal vez lo que necesitaba era encontrar un trabajo que le gustara e ir a la universidad. Quizás pudiera ser un arqueólogo, como Bernie. Así podrían trabajar juntos como un dúo y...

Guau. No. Mejor no entrar en eso.

Sin embargo, no le haría ningún daño fantasear con ella completamente arreglada para asistir a aquel evento de recaudación de fondos. Sonrió mientras tomaba las entradas que le tendía Gilbert,

imaginando lo que se pondría Bernie debajo del vestido.

—Así que...—Gilbert le sonrió—. Te vi traer a una mujer aquí anoche. Se veía muy bonita... ¿cuándo va a ser la boda?

Tyler lo miró con ira. Sus llamas se alzaron, aunque por suerte no llegaron a producir humo. Gilbert siempre se comportaba así cada vez que Tyler traía una chica a casa, pero con Bernie era diferente. Por supuesto, Gilbert no conocía la historia que había entre los dos, y Tyler tampoco quería explicarlo. Para nada. Así que en vez de aquello se quedó callado y con la mirada perdida.

Gilbert levantó las manos.

—Siento haber preguntado. ¿Qué mosca te ha picado? ¿Ya está casada o algo así?

—No me gustan las mujeres casadas. —No pudo detener la brusquedad con la que habló—. Gracias por las entradas. Estaremos allí, y así podrás conocer a mi invitada, si es que aún está por aquí. La estoy ayudando durante periodo duro.

Gilbert arqueó una ceja.

—Y si dices otra palabra, le diré a Polly que estás enamorado de ella.

La piel pálida de Gilbert tomó un tono rosado. Retrocedió, agitando la cabeza.

—No voy a decir nada. Guau... Te veo luego, Ty. Cuídate.

Tyler cerró la puerta. ¿Por qué había dicho que Bernie asistiría al evento con él? Con un suspiro, se dirigió a su oficina. Necesitaba averiguar qué estaba haciendo con su vida. Ahora era más importante que nunca.

Capítulo CINCO

Bernie

La pequeña línea seguía parpadeando desde la pantalla de su tableta. Bernie miró fijamente su procesador de texto, sin saber cómo seguir. Hasta ahora sólo había dirigido la carta formalmente a Esther, que era la directora de la excavación en la que había trabajado durante casi un año antes de tener que tomar la licencia por maternidad.

Parecía un error escribir con aquel tono. Esther era más familia que su verdadera familia. Ser tan formal era raro.

—Asegurarse de que se tiene una buena infancia y un futuro es lo más importante. —Miró a su bebé—. Y lo que te dará la mejor de las oportunidades será tener un buen trabajo que me aburra hasta las lágrimas.

Xavier bostezó y le dio una patada en los pies.

Bernie apagó la tableta y la tiró a un lado.

—No te preocupes; lo haré pronto. De todos modos deben de estar esperando a que les dé una respuesta, ya sabes. No es justo que se queden sentados esperando que les diga que no voy a volver. Así que tengo que hacerlo. Y lo haré, tan pronto como tenga las palabras correctas.

Movió el cuello de lado a lado, tratando de librarse de los músculos tensos. Con todo lo que había pasado, le vendría bien un masaje y una visita al quiropráctico. El estrés la estaba matando.

Si no fuera por su padre, la decisión estaría tomada y, aun a pesar de sentirse decepcionada, se mantendría firme. Pero ahora, incluso con él en la cárcel, todo volvía a ser un caos. Bueno, al menos se había declarado culpable y Bernie no tendría que testificar en su contra. No iba a tener que verlo.

Su familia tampoco había hecho nada al respecto. Su madre le envió un correo electrónico preguntándole si estaba bien y aquello había sido todo. El caso había aparecido en todas las noticias y ni siquiera se habían molestado en llamar. Aunque claro, tampoco quería que la llamaran por ello. Sin duda encontrarían la manera de hacer que todo girara entorno a ellos.

Aquellos pensamientos no iban a ayudar a nadie. Necesitaba algo que hacer para concentrarse en otra cosa. Bajó a la planta baja y se encontró a Polly pasando la aspiradora, pero la apagó en cuanto vio a Bernie.

—¿Quieres intercambiar? —Bernie sostuvo al bebé.

Polly lo tomó en brazos con entusiasmo.

—Bebé contra trabajo. Sí, no hace falta ni pensarlo.

Hizo girar a Xavier en círculos y le puso caras tontas. Bernie tomó la aspiradora y se entretuvo con ella. Era un alivio poder lanzarse a un trabajo en el que no hacía falta pensar, y al cabo de un momento empezó a poder relajarse con los movimientos monótonos de la aspiradora. Su mente vagó mientras lo hacía. No acabó pensando en el trabajo, afortunadamente, pero mientras Polly seguía jugando con Xavier, a quien nunca le molestaban los ruidos fuertes, gracias a Dios, un pensamiento diferente le acudió a ella.

En su muy breve tiempo juntos, Tyler nunca la había dejado ni siquiera cargar un cubo de tierra. Había ido más allá de lo que se esperaba que hiciera un novio para cuidar a su novia. En realidad

a veces llegaba a ser un poco molesto. A Bernie no le gustaba lavar platos y cosas así, pero le gustaba el trabajo pesado en la excavación. Hacía ejercicio de verdad sin siquiera intentarlo.

Así que, ¿significaría el que Polly se ocupara de la limpieza que ya habían pasado esa etapa?

Una vez que terminó de pasar la aspiradora, Bernie fue a buscar de nuevo a Polly y a Xavier. Se sentó en el borde del sofá, sin saber cómo continuar. Inspiró profundamente. Lo mejor sería ser directa y esperar no sonar celosa.

—Así que... ¿cuánto tiempo lleváis viviendo juntos Tyler y tú?

Polly levantó la vista. Sus oscuras cejas se arquearon, y luego una sonrisa se extendió por su rostro.

—¿Tyler y yo? Bueno, podría decirse que desde hace dos años. Pero mi casa está separada de la mansión. Me gusta tener mi propio espacio.

Su tono hizo que los ojos de Bernie se entrecerraran.

—Sólo soy el ama de llaves. —Polly negó con la cabeza y se rió—. No lo has olvidado, ¿verdad? No te molestes en negarlo. Se te han notado los celos en tu la al hablar.

Bernie agachó la cabeza a pesar de que no podía negar que era un alivio oír aquello. Si Polly y Tyler *hubieran* sido pareja, no estaba del todo segura de cómo lo habría manejado. No muy bien, probablemente. El verde de los celos era un color que le sentaba muy mal y, sin embargo, no podía dejar de estar celosa.

—Sabes, si lo quieres de vuelta, lo único que tienes que hacer es tronar los dedos —continuó Polly, con voz perfectamente estable—. He visto ir y venir a muchas mujeres, pero tú eres la única que permanece en sus pensamientos.

—Ya. —Bernie resopló—. Especialmente desde que gané todo este peso durante mi embarazo.

Polly se rió.

—¿Crees que eso es un problema? A los dragones les gustan las chicas con curvas. Y no de la forma en que a la mayoría de los hombres les gustan las tetas grandes, los culos grandes y que todo lo demás sea delgado. Chicas con un poco de carne en los huesos, como tú y yo. Y además, tienes unos ojos increíbles.

El calor se le subió a la cara. Se aclaró la garganta, sin saber cómo responder a aquello. Puso los ojos en blanco y desvió la vista hacia la izquierda y luego a la derecha antes de encogerse de hombros.

—Debería dar de comer ya a Xavier. Los últimos dos días sin él han hecho que deje de tener tanta leche; necesito amamantarlo tanto como sea posible.

Polly asintió mientras le devolvía Xavier a su madre. Bernie lo preparó todo rápidamente para darle de comer. Polly se quedó pensativa durante un momento antes de sonreírle.

—Así que eres arqueóloga, ¿no?

Bernie asintió.

—Yo asistía a la facultad de arqueología. Tuve que dejarlo, pero algún día volveré.

—Deberías. Nunca hay suficientes arqueólogos, y es un trabajo tan gratificante.

Polly asintió. Pareció triste por un segundo antes de ponerse de pie.

—Necesito preparar la cena. Llámame si necesitas algo.

Bernie se puso rápidamente en una posición cómoda y sacó un pecho para que Xavier pudiera aferrarse a él. Éste levantó la vista mientras comía, mirándola a la cara con sus grandes ojos azules. Tyler entró en aquel momento a la habitación, pero Bernie no se cubrió. El bebé tapaba todo lo que había que esconder, y Tyler sabía que aquella no era una situación sexual. O al menos, más le valía saberlo.

Tyler sonrió a Xavier y luego la miró a los ojos.

—¿Puedo sentarme?

Bernie asintió. Se aclaró la garganta al hacerlo.

—Así que... Gracias de nuevo por dejar que me quede aquí. Por rescatarme. Sé que no tenías que hacerlo.

—Sí que tenía que hacerlo. Shane no es el único héroe de la familia.

—Ya. Bueno, gracias de todos modos. Y...

Tyler le sonrió.

—No tienes que seguir dándome las gracias. Lo habría hecho por cualquiera. Tengo suerte de que no me hirieran más de lo que lo hicieron, y de que no me arrestasen. Los policías estaban bastante furiosos conmigo.

Bernie no pudo evitar reírse.

—No tengo ni idea de por qué. Tal vez sea porque te lanzaste de frente a una situación que los hizo ponerse alerta y que lo hiciste sin ningún respaldo. O porque hubo disparos. Oh, e hiciste saltar por los aires el techo de un edificio. No, no puede ser nada de eso. Sólo estabas pavoneándote delante de ellos.

—Debe de ser eso. —Se frotó la parte de atrás del cuello, con aspecto inseguro—. Así que... Bernie. Hay algo de lo que necesito hablar contigo. Es sobre el año pasado.

Bernie se puso tensa. ¿Qué haría si Tyler le preguntaba si Xavier era su hijo? «No lo haré». Pero, ¿y si lo hacía? El pensamiento tuvo que haberle cruzado por la mente... ¡las fechas cuadraban, después de todo! Y no era ningún estúpido. Si sospechaba y preguntaba...

—Sé que me fui por sorpresa.

Bernie resopló.

—Tuvimos sexo y a la mañana siguiente había un pedazo de papel en tu almohada con un número de teléfono. Diría que fue bastante inesperado.

Tyler se encogió.

—Sí. Mira, fui un imbécil, no lo voy a negar. Lo de Shane me asustó, pero no debería haber actuado como lo hice. Lo siento.

—Fue la segunda vez que desapareciste sin decir una palabra. —Su expresión la hizo estremecerse y se apresuró a continuar—. Iba a llamarte, pero perdí el número.

¿Por qué había dicho aquello? Era una mentira. Todavía guardaba aquel pedacito de papel con su número garabateado.

Levantó la vista. Sus ojos se encontraron y, por un momento, Bernie creyó ver esperanza en su mirada. Después Tyler miró hacia otro lado y ella también. El puño de Xavier se abrió y se cerró. Comenzó a chupar con más fuerza, indicando que el pecho del que se estaba amamantando se estaba vaciando de leche. Bernie no quería apartarlo del pecho y acabar mostrándole los senos a Tyler, así que se cubrió con una manta antes de apartar al bebé.

Para su sorpresa, Tyler extendió las manos y se ofreció para hacerle eructar. Bernie le entregó al bebé y Tyler apoyó a Xavier en su rodilla, sosteniéndolo con una mano mientras con la otra le daba palmaditas firmes en la espalda para animarlo a eructar.

—Pareces un verdadero profesional. No serás una niñera en secreto, ¿verdad? O supongo que sería ‘niñero’, porque no podemos usar la misma palabra para hombres y mujeres. Es...

—Lo mismo que los recogidos de pelo para hombres, lo sé. —Tyler negó con la cabeza—. Respira hondo y cuenta hasta diez, te estás poniendo roja.

—Cuenta tú hasta diez. —Aun así, no pudo evitar sonreír.

Xavier soltó un fuerte eructo y Tyler le frotó la espalda.

—Eso está mejor, ¿no? Y para tu información —la miró—, algunas de las mujeres con las que solía salir en el pasado eran madres solteras. Me acostumbré bastante a esto.

Algunas de las mujeres con las que solía salir. Por supuesto. Bernie miró hacia otro lado rápidamente. Si quisiera ser padre, lo sería. Tuvo la oportunidad. ¿Y si se lo dijera en aquel momento? Bueno... ella se encontraba en una posición financieramente incierta; tenía que elegir entre el trabajo que adoraba y uno que le diera suficiente dinero. Tenía que su renuncia en la excavación y aceptar el trabajo en la escuela secundaria antes de que poder decírselo a Tyler. De lo contrario, sólo sería una cazafortunas.

Así que, no. No podía decírselo. Todavía no.

Capítulo SEIS

Tyler

Aaaarrgh. Qué día. Comprar cosas para el bebé mientras estaban en oferta era una pesadilla. Conseguir los pañales resultó ser una batalla más dura que rescatar a Bernie de aquellos traficantes.

Tyler se frotó los ojos y bostezó al bajarse de la motocicleta. Las alforjas de su moto estaban llenas de pañales nuevos y de un par de pequeños trajes que eran demasiado lindos como para resistirse, pero necesitaba un poco más de tiempo. Xavier estaba especialmente irritable últimamente. No estaban seguros de por qué, y había tenido al bebé en brazos toda la mañana mientras Polly le daba un masaje a Bernie. Le había dicho a Bernie que iba a pasarse por el club antes de volver a casa. Los dragones no podían emborracharse, así que un par de tragos no le vendrían mal.

Bostezó de nuevo mientras subía las escaleras hasta el segundo piso. ¿Quién iba a decirle que tener un bebé en casa sería tan agotador? Pero también resultaba gratificante.

Cuando entró en el club, pareció como si todo el mundo se le quedó mirando fijamente. Tyler se miró a sí mismo para asegurarse de que no tenía restos de los pañales en la chaqueta, y luego se acercó al bar. Jackson se apresuró a cruzar la multitud y le agarró del brazo.

—Será mejor que te vayas de aquí.

Las cejas de Tyler se arquearon.

—¿Qué, no vengo en un par de días y de repente soy un paria?

Los ojos de Jackson se entrecerraron.

—Esto no es una broma, Tyler. Bill está furioso contigo, ha jurado matarte.

—¿Es que se ha vuelto loco?

—Déjate de juegos, Freeman. Sabe que le robaste a su compañera y está furioso. Sólo tienes que pasar desapercibido hasta que encuentre a otra mujer que lo distraiga.

Bueno, había mucho en aquella frase con lo que le hubiera gustado discutir, pero desafortunadamente no tuvo la oportunidad. Un bramido llenó el aire, el acre hedor a humo lo alcanzó con fuerza y un puño carnoso lo golpeó en la sien. Tyler cayó al suelo y rodó un par de veces. Su visión se volvió borrosa y se balanceó mientras las botas de Bill se dirigían hacia él.

—Hola, Bill.

Bill lo agarró por la nuca y lo obligó a ponerse en pie.

—Tienes mucho coraje para venir aquí. ¿Crees que tu dinero te va a salvar ese escuálido cuello? Voy a arrancarte la cabeza de los hombros y quemar tu cuerpo hasta reducirlo a cenizas. Y cuando termine, haré una losa de mármol con tus huesos quemados y la convertiré en un inodoro para que pueda cagarme en ti durante el resto de tu vida.

El sentimiento estaba ahí. Tyler consideró en cuanto a todo lo ilógico que acababa de decir, pero cuando vio como el fuego parpadeando en la boca de Bill, decidió no hacerlo. Bill lo levantó y lo tiró contra la mesa de billar. Las gruesas patas aguantaron, pero el centro de la mesa se rompió bajo su peso.

Tyler rodó, pegando la cabeza al pecho, y aterrizó en el lado opuesto. La mesa de billar había

quedado claramente hundida en el centro. La señaló con el dedo.

—No voy a pagar por eso.

—¡Vas a pagar por todo! —Bill cargó hacia el por la izquierda de la mesa, y Tyler imitó sus movimientos para mantener el mueble entre ellos—. ¡Me has robado a mi mujer!

Tyler resopló.

—No he robado a nadie. Verás, las mujeres no son una propiedad. Tal vez deberías asistir a un programa de estudio sobre mujeres en la universidad antes de empezar a buscar pareja.

—¡Sé lo que es una mujer, no necesito estudiarlas!

El fuego se desató con aquella última palabra. Tyler a duras penas consiguió evitarlo. En su forma de dragón eran casi invulnerables a las llamas y al calor, pero cuando tenían forma humana el tema pasaba a ser un asunto completamente diferente. Bill tenía que estar dañándose a sí mismo por expulsar llamas como aquellas. Tyler levantó las manos y retrocedió. Tenía que calmar la situación antes de que se le fuera de las manos.

—Mira, entiendo que estés molesto, pero en realidad has salvado el culo. Pusieron a Bernie en esa página web contra su voluntad. Su padre la vendió a esas personas y la amenazaron con matarla si no cooperaba. Así que, si no hubiera intervenido, ¿sabes qué habría pasado? Cada vez que la hubieras besado, ella sólo te habría devuelto el beso porque no tenía otra elección. —Respiró hondo mientras las llamas en la boca de Bill desaparecían la incertidumbre empezaba a filtrarse en su mirada—. No querías algo así, ¿verdad? Y Bernie tampoco lo quería.

—No sabías que no estaba dispuesta antes de ir y arruinar mi oportunidad.

—Sí que lo sabía. —Tyler dudó y luego se encogió de hombros—. Conozco a Bernie. Nos conocimos el año pasado, trabaja para mi hermano en la excavación que está financiando. La conozco lo suficiente como para saber, nada más ver la foto que me mostraste, que estaba aterrorizada. No es tu culpa, Bill. No podías saberlo.

Tyler casi sintió pena por aquel enorme idiota. Bill respiró, agitado. Por un momento pareció que todo iba a calmarse y se marcharían por caminos separados, pero entonces Bill se recuperó y le dirigió una mueca de desprecio.

—En ese caso la habría rescatado. La rescataría de los hombres que fingen estar de su lado pero que sólo quieren usarla y abusar de ella. —Sonrió con suficiencia—. Te conozco, Freeman. No te importa *Bernice*. Estás jugando a ser el caballero blanco para poder meterte en sus pantalones y luego abandonarla, igual que abandonas a todas tus mujeres. Sólo quieres arruinarla para su pareja, de la misma forma que te arruinaste a ti mismo para tu pareja.

Tyler no estaba seguro de qué era lo que más le irritaba de la acusación de Bill, pero sus llamas rugieron cobrando vida y el humo se elevó en el aire. Cada centímetro de su cuerpo se sentía sobrecalentado. Un aullido irrumpió de entre sus labios y se abalanzó hacia delante. Cruzó la mesa de un salto y le dio un buen puñetazo a Bill en la cara aprovechando la caída.

Bill retrocedió tras el golpe, con los ojos abiertos de par en par por la conmoción. Y no era de extrañar; Tyler era conocido por seguir siempre un camino alternativo las peleas. Sin embargo, el dragón de menor tamaño no le dio tiempo de recuperarse de su sorpresa. Aprovechó su ventaja, siguiendo el primer golpe con dos más en el plexo solar, arrancándole el aire de los pulmones del gran dragón.

Tyler se movió para golpearlo de nuevo, pero uno de los amigos de Bill lo agarró por detrás. Usó aquel agarre como punto de apoyo y levanto los pies en el aire, dándole una patada en el pecho a otro de los secuaces de Bill, haciendo que ambos chocaran contra la mesa de billar. Esta vez el mueble acabó derrumbándose bajo su peso combinado, y hubo varios gritos de protesta.

Jackson se quedó cerca del borde de la multitud, gritándoles que dejaran de pelear. Tyler lo ignoró.

Y también Bill. Cuando Tyler volvió a estar en pie, Bill cargó contra él. Más humo llenó el aire mientras el gran dragón le rodeaba la cintura con los brazos y lo arrojaba al suelo. Lo siguió, sentándose horcajadas sobre Tyler. Los puños volaron contra su rostro. Bill le rompió la nariz y la sangre empezó a manar. Tyler se cubrió la cara con el brazo a modo de protección, mientras hundía sus nudillos en los riñones de Bill.

—¡Pequeño pedazo de mierda! —Bill gimió de dolor y se encorvó sobre él, apoyando su peso en uno de los brazos.

Tyler se tomó aquel momento de reevaluar la situación. ¿Sería por fin posible hablar con Bill? Necesitaba volver a casa. Bernie lo estaba esperando. Sólo les quedaban media docena de pañales para Xavier. ¿En qué estaba pensando? ¡No podía malgastar el tiempo metiéndose en peleas!

—Está bien, me rindo —pronunció. Se le hizo raro decirlo, pero necesitaba volver con Bernie y Xavier.

Bill entrecerró los ojos.

—Entonces, ¿me entregarás a Bernice?

Bueno, aquello no era lo que había dicho.

—No seas idiota. Por supuesto que no te la voy a dar como un premio porque hayas ganado.

Bill gruñó y volvió a levantar el puño. Tyler se preparó, pero varios de los demás miembros del club se lanzaron sobre ellos en aquel mismo momento. Jackson le devolvió el puñetazo a Bill mientras los otros se lo quitaban de encima a Tyler. Tyler se puso de pie, gimiendo cuando el sangrado de su nariz aumentó. No iba a ser agradable conducir en aquel estado. Con suerte le daría tiempo de enderezarse la nariz antes de que empezase a sanar.

—Tengo que ir a casa —gruñó—. Encantado de verte, Bill.

—No voy a dejar que...

—En serio, ya es suficiente.—Tyler agitó la cabeza—. No sabes nada de Bernie. ¿Cómo puede ser tu compañera?

—Sé lo suficiente sobre ella. Es hermosa, y virgen, y...

Tyler resopló.

—Tiene un bebé de tres meses. No es virgen.

Bill se quedó con la boca tan abierta que seguramente debía de poder sentir el sabor de los cacahuets que había en el suelo. Parpadeó rápidamente y luego se encogió de hombros.

—Así que no es virgen. Eso no importa. No me importa. Llegaremos a conocernos. Seré un padre para su hijo. Haré lo que sea por mi compañera.

¿Y si realmente era su compañero? Tyler lo miró fijamente durante un largo momento mientras el corazón le martilleaba contra el pecho una y otra vez, como un yoyó golpeando una pared. Nunca lo había considerado. Se decía que algunos dragones reconocían a sus compañeros a simple vista. Siempre había asumido que era una de aquellas cosas en las que la lujuria se confundía con el amor. Dios sabía que él mismo tenía muchas de aquellas experiencias en su haber. Siempre creía que la bella mujer de torno estaba destinada a él hasta que la conocía mejor.

Pero, ¿y si aquel no fuera el caso con Bernie y Bill? ¿Y si realmente era su compañero, y si *había* un destino involucrado? ¿Y si cuando Bill y Bernie se conocieran, ella sintiera la misma atracción y se lanzase a sus brazos?

La idea de que Bernie estuviera con otra persona dolía tanto como lo harían unas hojas de

afeitar cortándole la piel. Tyler negó con la cabeza y se volvió; no tenía sentido estresarse por algo que, con siendo sincero, nunca iba a suceder. Era imposible que alguien tan gentil e inteligente como Bernie estuviera destinada a estar con un tonto como Bill.

—¡Voy a ir a por mi compañera, Freeman! No me importa lo que le hayas hecho, ni lo que le hayas hecho creer. Es mía y la tendré. Aunque tenga que quemar todo este mundo, Bernice estará a mi lado y nos reiremos mientras las llamas consumen tu cuerpo.

Tyler no respondió. Salió del club y se apresuró hacia su motocicleta. Las pulsaciones que sentía en la cara empeoraron, haciendo que le llorasen los ojos a medida que la adrenalina se desvanecía de su sistema. La pregunta «y si» seguía dándole vueltas por la mente, pero la apartó a un lado. No tenía sentido preocuparse por aquello. Bernie no era la compañera de Bill.

No podía serlo.

Capítulo SIETE

Bernie

El sonido de la puerta cerrándose sacó a Bernie de su ligero sueño. Bostezó mientras miraba a su alrededor, y luego puso una mueca al darse cuenta de que se había quedado dormida en la silla. Revisó el monitor del bebé rápidamente. Estaba encendido, pero no se oía a Xavier.

Vio como Tyler pasaba de puntillas por el pasillo y fue repentinamente consciente con todo lo que había estado soñando. Su boca en el cuerpo de ella. Manos por todas partes. Besos suaves, ropa suelta. Ya había una presión dentro de ella por el sueño, pero saber que Tyler estaba allí, en la misma planta de la casa... Polly estaba en su pequeña cabaña, y Xavier dormía arriba.

Bernie se frotó los brazos por un momento, considerándolo. Estaba acalorada y mojada, lista para un sexo alucinante. Incluso a pesar de haber estado intentando que aquellos pensamientos no acudieran a su mente, era innegable que lo deseaba. Ahora mismo, más que nunca.

Se encendió una luz en el pasillo y se oyó el correr del agua. Bernie apretó las manos y los muslos. Era bien entrada la noche. A pesar de que todo estaba dispuesto para una seducción fácil y de que su cuerpo ardía por tener a Tyler cerca, no podía hacerlo. No había nada entre ellos excepto los sonidos de sus propias voces, la cercanía que tanto había echado de menos desde que la abandonó. Si cedía sólo conseguiría que la situación, ya de por sí confusa, se volviera todavía más confusa. No. Sólo necesitaba dar un paso atrás, respirar profundamente y recordar que no podía acostarse con él mientras siguiera mintiéndole.

Y le estaba mintiendo, así que aquello fuera todo. Tenía que decirle la verdad sobre Xavier antes de pensar en acostarse con él, y también tenía que arreglar las cosas relativas al trabajo antes de decírselo. Así que no se acercaría a él ni le susurraría al oído que no llevaba bragas. Además, tras comprobarlo rápidamente metiéndose la mano dentro de los pantalones, no era cierto, así que sería otra mentira.

A menos que se las quitara.

Bueno, si tan decidida estaba a no caer en la tentación, entonces necesitaba subir a la planta de arriba e interponer una puerta y un bebé entre ellos.

Se levantó de la silla y se dirigió hacia las escaleras, pero entonces oyó un ruido proveniente del baño. Tyler soltó un suave gemido. Al principio pensó que se estaba, ejem, *complaciendo* a sí mismo, pero se dio cuenta rápidamente de que había sido un gemido de dolor. Dudó, ya con un pie en las escaleras. No debería... pero entonces Tyler soltó una suave maldición y Bernie se dio la vuelta. Los dragones eran duros, y si Tyler estaba sufriendo su deber era ayudar si estaba en su mano.

Tyler estaba en el aseo. Había un botiquín de primeros auxilios en el fregadero, y Tyler se estaba sujetando la nariz con ambas manos. Bernie vio gracias al espejo que tenía la parte delantera de la camisa empapada en sangre. Abrió los ojos de par en par y no pudo evitar jadear.

Tyler dio un salto y se dio la vuelta, mostrando una cara tan magullada que Bernie se sintió mareada. Sus ojos se abrieron de par en par.

—¡Bernie! Pensaba que estabas dormida. —Cambió de posición y puso una mueca de dolor—. Tengo los pañales. Los he dejado en la puerta.

Su imagen seguía mareándola un poco, pero Bernie inspiró profundamente y se puso las manos en las caderas.

—De acuerdo. Gracias. Y ahora, ¿qué te ha pasado?

Tyler se encogió de hombros.

—Me he encontrado con un pequeño problema. Nada de qué preocuparse.

—Claro, porque comprar pañales es un asunto muy peligroso.—Su voz fue seca mientras ladeaba la frente—. No finjas que te golpeó una mujer que quería el último paquete de Huggies. Tienes sangre por todas partes. ¿Has estado sacrificando vírgenes en el altar de tu virilidad?

Había demasiada sangre para aquello, y además estaba en el lugar equivocado y no explicaba la cara magullada, pero Bernie mantuvo una mirada firme. Tyler podía haber hablado con la chica equivocada, o cualquier otra cosa. El tema era que necesitaba que empezase a hablar.

—Sacrificando vírgenes en mi virilidad. Me gusta. Voy a escribir un libro y usaré esa frase.

Bernie tuvo que reírse un poco. Aquella era una de las cosas que más le gustaban de cuando estaba con Tyler. La gente decía demasiado a menudo que sus juegos de palabras y sus bromas eran horribles, o bien no los entendían. Había tenido que dejar de usar una de sus frases favoritas, la de la pareja que era como los martillos y los clavos porque alguno de ellos siempre acababa clavado en el colchón porque nadie lo apreciaba.

Tomó una toallita con alcohol del botiquín de primeros auxilios y la abrió para limpiarle un poco de sangre de la frente.

—Más vale que no fuera eso que estaba haciendo, señorito.

—¿Por qué? —La nariz todavía le sangraba un poco, pero era sangre espesa y parecía estar ralentizándose—. ¿Estás celosa? ¿De mí y de mis vírgenes? Habría tenido que sacrificar a muchas para estar así de cubiertos de sangre... y hacerlo muy torpemente, ahora que lo pienso. Pero continúa. Dime lo celosa que estás.

¿Estaba pensando lo mismo que ella? ¿En quitarse la ropa y tener sexo en la ducha? Casi gimió cuando se lo imaginó todo espumoso por el jabón, endurecido y listo para ella. Apretó los muslos con más fuerza, y soltó el aire que tenía en los pulmones lentamente.

—Por supuesto que no. —Su voz sonó demasiado jadeante—. Ahora soy más lista que eso.

Hubo un destello de algo en los ojos de Tyler y se arrepintió de sus palabras, pero no podía echarse atrás sin que aquello los llevara peligrosamente cerca de la ducha. A pesar de las protestas de su cuerpo, necesitaba mantener la distancia entre ellos. Su corazón no podía soportar más desilusiones.

—¿Qué pasó realmente, Tyler? Te han dado una buena paliza.

Tyler se quedó en silencio un momento antes de encogerse de hombros.

—Me he metido en una pelea.

—¿Una pelea? Tyler, ¿en qué estabas pensando? Los dragones no son a prueba de balas. Siempre hay maneras de resolver las cosas sin violencia. —Entrecerró los ojos—. ¿Con quién te has peleado?

—Con Bill Johnson, el tipo que... te compró.

Bernie se estremeció.

—Está convencido de que sois compañeros. Me culpa de que ahora mismo no estés en la dicha eterna. Él me atacó primero. Yo tampoco ayudé mucho... en realidad, llamemos a las cosas por su nombre. Lo empeoré. Pero estaba siendo tan obstinado.

Bernie se estremeció. Sabía que el tipo de hombre que *compraba* a una mujer en línea no podía ser nadie con quien quisiera estar. No se trataba sólo de lo espeluznantemente parecido que era a

la prostitución, ni del hecho que se hubiera visto obligada a estar en aquel lugar. Era sencillamente que un hombre que pensaba que podía pagar por una mujer y que a partir de eso le pertenecería era alguien a quien no quería tener cerca.

¿Y que siguiera pensando que eran el uno para el otro simplemente porque había pagado dinero? ¿El que ignorase completamente sus propios pensamientos, sentimientos y deseos en el asunto? Sonaba como un verdadero espanto, la clase de hombre que le estrangularía hasta matarla.

Tiró la toallita con alcohol a la basura.

—La próxima vez déjame tratar con él directamente. Iré a donde sea que esté y le daré una lección a esa mala hierba. Lo hincharé tanto a herbicidas que no volverá a molestar.

Tyler le sonrió.

—¿De qué te ríes?

—Oh, de nada. De nada en absoluto. Excepto... excepto bueno, ya sabes. Sigues regañándome y diciendo que ‘siempre hay alternativas a la violencia’, y tan pronto como te enteras de la situación te levantas en armas y amenazas de inmediato con la violencia. Me regañabas por reaccionar de la misma manera en que tú lo habrías hecho.

Bernie arrugó la nariz. ¿Qué se suponía que debía decir ante aquello?

—Bueno... tal vez varíe según la situación. O tal vez pelear me excite.

Mierda. ¡No, marcha atrás, marcha atrás! Rebobinar y borrar. No podía haber dicho aquello. No podían tener aquella clase de relación, no importaba lo mucho que lo deseara... Los ojos de Tyler se oscurecieron y su sonrisa se convirtió en aquella sonrisa coqueta y familiar. La agarró por las caderas y tiró suavemente. Bernie estaba segura de que, si llegaban a entrar en contacto, encontraría a Tyler duro y listo, y el deseo de su interior aumentó un poco más.

—Bueno, si ése es el caso, entonces puedo luchar todo el tiempo por ti.

No podían.

Los ojos de Tyler se movieron hacia sus labios. Sus intenciones eran claras. La mente de Bernie corría de un lado a otro, ninguno de sus pensamientos duraba más de un instante. No podían. Quería hacerlo, pero tenía que detenerlo. Xavier tenía sólo tres meses, se suponía que no debía sentir deseo hasta que tuviera al menos un año. Se suponía que debería estar demasiado cansada y que sus hormonas estarían fuera de control. Aquello debía ser un sueño. No podían hacerlo. Había demasiado...

Los labios de Tyler rozaron los suyos, suaves y flexibles pero exigentes. La textura era tan lisa y sedosa como la recordaba. Tyler retrocedió poco a poco y jadeó mientras la miraba a los ojos, y Bernie le devolvió la mirada. Todavía tenía las manos en sus caderas, cosa que aprovechó para pegarla a su cuerpo. Tal y como había supuesto, Tyler estaba erecto bajo sus vaqueros.

Bernie gimió de deseo y frustración. Fue todo lo que necesitó Tyler. La besó de nuevo, envolviéndola con los brazos y tirando de ella todavía con más fuerza contra su cuerpo. Le separó los labios con los suyos y le metió la lengua en la boca. Bernie se pegó a él y le abrazó el cuello con un gruñido.

—¡Ay! —Tyler retrocedió un poco. Puso una mueca de dolor—. Cuidado con la nariz, nena.

Se inclinó para besarla de nuevo, pero el momento se había roto. Bernie se puso tensa y se alejó, negando con la cabeza. Los ojos de Tyler se abrieron de par en par al liberarla. La frustración, la vergüenza y la ira la golpearon en el estómago. Se dio la vuelta, maldiciéndose a sí misma y a la situación. Cada centímetro de su cuerpo le gritaba que se lanzara sobre él, pero su mente y sus emociones tenían prioridad sobre las necesidades físicas. Después de todo, podía ocuparse de sí misma en el plano físico.

—Pero no puedo volver a pasar por toda esta montaña rusa emocional.

—Lo sé. Lo siento mucho. No debería haberte besado.

Bernie suspiró mientras se volvía hacia Tyler.

—No es algo por lo que disculparse, pero no puede pasar. No habíamos hablado de ello, pero no puede haber nada entre nosotros. Soy madre; necesito concentrarme en cuidar a mi bebé. Y francamente, no puedo hacerlo cuando tengo una relación mareándome.

Tyler asintió y miró al suelo.

—Lo entiendo.

De repente sintió la necesidad de disculparse, pero no lo hizo. Si lo hiciera, enviaría señales contradictorias. En vez de aquello respiró hondo e interpuso más distancia entre ellos.

—Gracias por hablarme de Bill. Pensaré en cómo quiero lidiar con él. Probablemente debería decirle directamente que no estoy buscando pareja.

Tyler asintió de nuevo.

No había nada más que decir. Bernie salió rápidamente del baño. El corazón le palpitaba y tenía la boca seca. Ansiaba tanto darse la vuelta y volver con él, pero hacerlo sería un error. Así que volvió a su habitación, donde la esperaba su hijo, y cerró la puerta.

Capítulo OCHO

Tyler

Cuando amaneció, ya tenía nariz curada y los moretones habían desaparecido. Sin embargo seguía luciendo ojeras bajo los ojos, y no podía culpar a su pelea con Bill. No había podido pegar ojo en toda la noche. Cada vez que cerraba los párpados veía a Bernie, la sentía contra él y volvía a desvelarse con un sobresalto por la idea de que no podían volver a relacionarse entre sí.

En general, no había sido una noche agradable. Cuando despertó se encontró anhelando a Bernie más que nunca. La frustración de no poder abrazarla lo llevó a pasar una hora en el gimnasio antes del desayuno, golpeando el saco de boxeo que había puesto el año pasado.

Justo había terminado de ducharse cuando Polly le dijo que Gilbert estaba allí para verlo. Tyler bajó al primer piso. Gilbert iba vestido con unos shorts informales y una camiseta combinada, y lo saludó calurosamente.

—Iba a probar el nuevo cortacésped que compré, ¿quieres venir a verlo?

Tyler sonrió.

—¿Que si quiero?

Era un cortacésped de última generación, con asientos lujosos y tres velocidades. Resultaba emocionante montar en él, era como en un quad doméstico, y hacía que Tyler quisiera sacar el quad y salir a los senderos otra vez.

—Anoche vi a uno de tus amigos merodeando por aquí—mencionó Gilbert cuando se tomaron un descanso de ‘cortar el césped’—. Estuve a punto de llamar a la policía. Casi llamo a la policía antes de ver su chaqueta. Era de ese club al que perteneces. Diles que tengan más cuidado, porque estoy seguro de que no soy el único que casi llama a la policía.

Tyler frunció el ceño. ¿Cuál de sus amigos lo habría seguido a casa? Ninguno. Sus fosas nasales se dilataron mientras consideraba quién más podría haber sido.

—¿Qué aspecto tenía?

—No le vi bien la cara, pero era grande. Enorme. Pelo castaño, tal vez negro. Parecía bastante duro.

—Bill. —Tyler maldijo en voz baja—. No es mi amigo. La próxima vez que lo veas, llama a la policía. No lo quiero metiendo las narices por aquí.

Gilbert arqueó una ceja.

—Ajá... bueno, si algo sé es que hay una historia detrás de eso. ¿Quién es ese tipo? ¿El novio de una antigua amante? ¿El novio de una amante actual?

—No me acuesto con mujeres que tienen pareja, maridos o novios —dijo Tyler. Era una suposición común que la gente solía hacer cuando oía hablar de sus muchas aventuras, pero ¿cuántas veces tenía que decírselo a sus propios amigos antes de que le creyeran? Inspiró profundamente y dejó salir el aire poco a poco—. Es del club. Es un imbécil, y ayer tuvimos una pelea. No sé qué hacía por aquí, a menos que estuviera buscando ajustar cuentas.

Gilbert frunció el ceño.

—Eso es bastante serio. Si te está amenazando...

—No creo que llegue a hacer nada, pero aun así no lo quiero cerca, no con Bernie y Xavier

aquí. No quiero que Bernie tenga que preocuparse.

Gilbert sonrió.

—Parece que te estás enamorando de ella. Debo decir que me sorprende que no te hayas estado comportando como sueles hacer. Tienes algo en mente. Supongo que es ella.

Tyler miró al cielo. ¿Qué iba a decir ahora? Sí, se trataba de Bernie, pero no en el sentido en que Gilbert estaba pensando. Con su historia y los sentimientos persistentes y todo lo demás que estaba jodido en su cabeza....

—Creo que Xavier es mi hijo —dijo—. Las fechas coinciden, y podría serlo. Pero Bernie... no ha dado ninguna señal. Tiene que saber lo que debe parecerme, así que o bien está esperando a que se lo pregunte, o espera que no lo haga. No sé qué hacer, pero creo que es mi hijo, y no tengo ni puta idea de lo que pasará a partir de ahora.

Gilbert abrió los ojos de par en par con cada palabra que decía. Se aclaró la garganta y se pasó una mano por el pelo.

—Guau...

—Sí.

—*Guau*. —Agitó la cabeza—. De acuerdo. Eso es... eso es... Esto es lo que vas a hacer: vuelve a tu casa, encuentra a Bernie y pregúntale. Tan simple como eso. No puedes seguir dando vueltas alrededor del tema. Sólo conseguirás volverte todavía más loco de lo que ya estás.

Tyler lo miró con ira por un momento, pero tenía razón. Era un dragón, no un gatito, y tenía que dejarse de tonterías. Debería ir con Bernie y preguntarle. Las fechas se ajustaban. Si Xavier era su hijo, necesitaba saber por qué Bernie le ocultaba el secreto. ¿Y si no fuera su hijo? Bueno, en ese caso necesitaba saber por qué Bernie tampoco lo había dicho aun cuando sabía que las fechas cuadraban.

Y luego encontraría al pedazo de basura que la dejó embarazada y que la había abandonado y le daría una buena paliza.

Le dio las gracias a Gilbert y se fue corriendo. El cuerpo le vibraba con una energía nerviosa mientras consideraba qué palabras iba a usar. ¿Sería mejor ser directo, o debería insinuar la pregunta antes de hacerla? No, aquello volvería a ser hacer el tonto. Se lo preguntaría directamente. Se acercaría a ella y le preguntaría si Xavier era su hijo, así no tendría más remedio que darle una respuesta directa. Sería como arrancar un esparadrapo y se enfrentarían a las consecuencias de una forma u otra.

Encontró a Bernie con Xavier en el salón. Estaba cantando la canción del alfabeto mientras movía las manitas de Xavier para que aplaudiera. Parecían tan tranquilos y felices que, por un momento, Tyler dudó. Tal vez debería esperar a otra ocasión. Una ocasión mejor, cuando no interrumpiera un momento tan especial.

«Si lo hago, pondré siempre excusas sobre por qué no puedo preguntárselo ya».

Se sentó en el sofá para quedar delante de ella. Bernie le sonrió y Xavier se retorció en el suelo para mirarle también. Tyler le devolvió la sonrisa, pero estaba tenso.

—Bernie... ¿Xavier es mi hijo?

Sus ojos se abrieron de par en par. De hecho, pudo oír perfectamente el esfuerzo que tuvo que hacer por respirar. Bernie inspiró profundamente.

—No.

La decepción se apoderó de él, pero aún mientras lo hacía, Bernie se estremeció. Aquello hizo que Tyler frunciera el ceño.

—¿No?

—No. Quiero decir, sí. Quiero decir... —Cuadró los hombros y le miró a la cara—. Sí. Xavier es tu hijo. No sé por qué he mentado, no debería haberlo hecho. Lo siento.

Tyler se inclinó hacia adelante. Apoyó los codos sobre las rodillas mientras escondía la cara entre las manos. La cabeza le daba vueltas. Sus emociones estaban fuera de control. Era padre. Padre de un niño hermoso, dulce y con buen carácter. Su hijo. Pero Bernie no se lo había dicho; su primer instinto había sido el de mentir cuando se le preguntó. Tyler sabía que no era exactamente la persona más recta del mundo, pero estar tan desesperada por mantenerlo fuera de la vida de su hijo....

—¿Qué hice? —Levantó la vista y vio cómo Bernie se acobardaba—. ¿Y bien? Está claro que no querías que supiera que tenía un hijo. Aunque hayas perdido mi número de teléfono, trabajabas con Shane. Él podría haberme contactado fácilmente, llevarme de vuelta a la excavación para que me lo dijeras. Un año. ¡Un año entero!

—Lo sé.—Bernie alzó a Xavier y se sentó en el sofá junto a él—. Y lo pensé cientos de veces.

Tyler se mordió la lengua para no exigirle saber por qué no se lo había dicho.

—Sé que no es justo hacerte cargar con todo ese peso, pero... pero te fuiste. Sólo me dejaste un número. Pensé que si realmente me querías en tu vida, volverías, que harías algo para hacérmelo saber. No iba a llamar y rogarte que volvieras cuando claramente no me querías. Y cuando me di cuenta de que estaba embarazada... no creí que quisieras esa clase de intrusión en tu vida.

—Bueno, pues te equivocaste.

Los ojos de Bernie se iluminaron por un momento antes de que bajara la mirada.

—Lo siento.

Tyler no estaba listo para aceptar su disculpa. Todavía no.

—Siempre he querido ser padre. Y sí, me fui, pero no desaparecí. Te di mi número para que me llamasen. Cuando no lo hiciste, pensé que significaba que no me querías, que me habías olvidado y no me querías en tu vida. Podrías haber llamado.

—Y tú podrías haberte quedado. ¿Cómo iba a saber que querías ser padre? Todo lo que hicimos fue tener sexo un par de veces. No hablábamos, no nos contábamos nada sobre nuestras vidas. No había nada que me hiciera pensar que el número de teléfono era algo más aparte de una manera de que no me sintiera usada. —Bernie se puso de pie, sujetando con fuerza a Xavier. El bebé se quejó y se retorció—. Debería habértelo dicho, lo sé, pero no lo hice. Tenía demasiado miedo de que mis esperanzas se desvanecieran. No puedo... No puedo dejar que un hombre me decepcione de nuevo. ¡Y no dejaré que el padre de mi hijo lo decepcione como mi padre siempre me decepcionó a mí!

Aquellas palabras borraron todo lo que Tyler había estado a punto de decir. Lo había olvidado. No dijo nada, sólo levantó los brazos. Bernie dudó, pero le pasó el bebé.

—Nunca seré como tu padre, Bernie —le prometió—. Quiero ser parte de tu vida y de la vida de Xavier. Tengo suerte de no tener nada que me retenga. Puedo ir allá donde tú vayas. Yo tampoco tuve un padre en mi vida. Shane siempre trató actuar como un padre y ser mi hermano mayor al mismo tiempo. Mi madre es increíble. Pero no dudaré en darle a Xavier lo que yo no tuve.

Bernie se hundió de nuevo en el sofá. Le temblaba el labio inferior y tuvo que respirar hondo.

—Gracias. Y siento no habértelo dicho. Mantenerlo en secreto parecía la mejor idea en aquel momento. Sé que fui una estúpida.

—Estabas asustada. Hay una diferencia.

Bernie resopló.

—No mucha. Supongo que no sé cómo tener una relación normal y saludable.

—Sí. Yo tampoco. —Tyler sujetó Xavier bien erguido para que pudiera ver el mundo a su alrededor. Ahora que la tensión había disminuido entre sus padres, había vuelto a ser el bebé normal y relajado que era siempre—. Normal y saludable. ¿Qué significa eso?

—Por eso es mejor dejar nuestra relación como está. Cortés, amigable. Y eso es todo.

Tyler abrió la boca para discutir, pero no pudo. Bernie tenía razón; el sexo y las emociones complicaban demasiado las cosas. Lo mejor para Xavier sería que se mantuvieran alejados de todo lo que pudiera arruinar aquello.

—Sí. Probablemente sea lo mejor.

—Lo es.—Bernie también parecía decepcionada, pero le sonrió—. Bueno... me alegro de que esté arreglado. Ahora las cosas irán mucho mejor entre nosotros.

—Sí. Irán mucho mejor.

Capítulo NUEVE

Bernie

—¡Y te aplastamos la cara! —Bernie se rió de las risitas de Xavier. Todavía eran un poco entrecortadas, como si no las dominase del todo, pero era el sonido más dulce del mundo. Le había agarrado por los tobillos y lo había doblado en dos hasta apretarle los pies contra las mejillas. Xavier sopló varias burbujas de babas y sonrió mientras Bernie volvía a tumbarlo, sólo para volver a reírse cuando volvió a ponerle los pies contra las mejillas—. ¡Te aplastamos la cara!

Sus grandes ojos azules no se apartaban en ningún momento de su rostro. Era un bebé tan atento. Le encantaba ver todo lo que pasaba a su alrededor. Bernie sabía que era demasiado pronto para empezar a pensar en qué profesión (o profesiones, según el caso) podría tener cuando fuera mayor, pero se preguntó si tendría un brote artístico.

Llamaron a la puerta. Bernie se volvió hacia ella.

—Adelante.

Tyler entró. Frunció el ceño, ladeando la cabeza.

—¿Te has olvidado?

—¿Olvidar el qué?

Desde su charla, las cosas habían sido... cordiales entre ellos. El ardiente deseo que sentía por él no había disminuido, pero el autocontrol que Bernie ejercía en su presencia había aumentado. Ya no se imaginaba saltando sobre él en la mesa de la cocina o mientras veían la televisión. Sin embargo, aquello no había detenido sus sueños húmedos.

Tyler suspiró.

—Te has olvidado, ¿verdad?

Bernie puso los ojos en blanco y se puso de pie.

—Una vez más: ¿qué se supone que he olvidado?

—El baile para recaudar fondos. Ya sabes, ¿el que Gilbert está organizando? Te compramos un vestido y todo. ¿Recuerdas?—Continuó frunciendo el ceño—. Sé que ha habido otras cosas en las que nos hemos estado centrando, pero lo planeamos.

—Sí. El baile. Lo recuerdo.—Su propio rostro se torció en un ceño fruncido.

Tyler lo había mencionado varias veces y ella había conseguido un vestido nuevo para asistir, sí, pero había pasado tanto tiempo desde que lo había mencionado, y eso sin mencionar su acuerdo de ser sólo amigos. Sinceramente, se había olvidado por completo y lo más seguro es que hubiera seguido sin recordarlo hasta que alguien lo hubiese vuelto a mencionar. Los actos sociales no eran lo suyo, no a menos que todos llevaran ropa sucia de un mes, hubiera cervezas u otra clase de bebidas si no bebían alcohol, y estuvieran sentados alrededor de una fogata contando historias.

Pero el vestido era precioso, y se lo habían hecho a medida. Nunca había tenido nada hecho a medida, y la forma en que se acomodaba a sus curvas la hacía sentir como una diosa.

—No creía que siguiera estando invitada. Es un baile y sólo somos amigos; puedes llevarte a Polly. Si no tiene nada que ponerse, puede llevarse mi vestido. Somos más o menos de la misma talla.

—Gilbert le ha dado a Polly su propia entrada. —Tyler se adelantó—. Mira, es una recaudación de fondos. Nos codearemos con un montón de gente rica. Todos hablarán a mis espaldas de que la única razón por la que estoy ahí es porque Gil es mi amigo y Shane es muy rico. No puedo enfrentarme a esa multitud por mi cuenta. Podemos ir como amigos y burlarnos de ellos. ¿Por favor? No tengo a nadie más a quien llevar.

Bernie arrugó la nariz. Ser su última opción no resultaba demasiado halagador, pero supuso se estaba reemplazando a sí misma, así que no era razón suficiente para negarse.

—No tengo a nadie que cuide a Xavier. Lo siento, Tyler. No creo que sea posible en este momento. Si me hubieras dado un par de horas más, pero... ¿a qué hora tienes que irte?

Tyler se acercó para arrodillarse junto a Xavier.

—Bernie, te dije que conseguiría una niñera para el bebé, y lo he hecho. Se llama Jasmine, es una niñera profesional. Incluso trabaja para los padres del Emperador. Tengo su informe si quieres echarle un vistazo.

Bernie puso los ojos en blanco.

—También quiero una muestra de ADN y un análisis de huellas dactilares. Ponte a trabajar en eso.

Se acostó junto a su hijo y el padre de éste, apoyándose en la cama. Así que todo estaba arreglado para que pudiera dejar a Xavier e ir a aquel baile, si era necesario. Un escalofrío le corrió la espalda, aunque sabía que era ridículo tener miedo. La comunidad estaba bien custodiada y no había habido ningún movimiento por parte de la gente que la había secuestrado.

Pero estaba aquel Bill Johnson. Al parecer estaba rondando el lugar y se había colado dentro del recinto un par de veces. Bernie todavía albergaba la esperanza de que la dejara tranquila. Después de lo que Tyler le había contado de la pelea, le había pedido que llamara a Bill en su nombre ella y le explicó con mucha paciencia que en aquel momento no estaba buscando ningún compromiso. Bill había intentado de convencerla de que se reunieran, pero no le gustaba dar falsas esperanzas a los hombres.

Sin mencionar que encontrarse con un desconocido violento que ya estaba obsesionado con ella parecía una decisión bastante estúpida.

—No sé...

—Bueno... es tu elección, pero me encantaría que vinieras. —Tyler la miró. Sus ojos azules eran como dos motas del océano, tirando de ella. El 'sí' le subió por la garganta contra su voluntad. Si abría la boca acabaría accediendo, así que la mantuvo cerrada.

Saber que aquella tal Jazmín era niñera del Emperador de los Dragones, que en aquel instante era un niño pequeño, aunque su identidad se mantenía en secreto a excepción de media docena de guardias, ayudó a aliviar su preocupación por dejar a Xavier. Pero dejarlo solo hizo que todas aquellas preocupaciones volvieran a aparecer de la nada. Se mordió el labio, insegura.

Xavier movió una mano en el aire y Tyler le dio el dedo para que lo agarrase, sin apartar la mirada en ningún momento del rostro de Bernie. La expresión de sus ojos se suavizó. El asomo de una sonrisa se le dibujó en los labios.

—No lo has dejado nunca con una niñera, ¿verdad?

Así que había adivinado de dónde provenía su vacilación. Bernie respiró hondo y contuvo el aire un momento antes de negar con la cabeza.

—Lo más lejos que he estado de él es cuando está arriba durmiendo la siesta y yo estoy abajo. A excepción, por supuesto, de cuando me secuestraron. Y ahora me pides que lo deje aquí con alguien que no conozco. Y estaremos a un par de horas de distancia, en un chalet en las montañas.

¿Y si pasa algo?

—Te traeré de vuelta volando. Está a un par de horas en coche simplemente porque las carreteras tienen muchas curvas, pero yo puedo llegar volando en sólo media hora.

Bueno, ahí tenía otra razón por la que podía decir que sí.

Tyler la tomó de la mano, sus ojos azules aún intensos pero amables.

—Mira, si no quieres ir, entonces no vayas. Iré como si Polly fuese mi invitada. O como si ella me hubiera invitado a mí, no importa. Y entiendo que te preocupe dejar a Xavier solo por primera vez. Es un gran paso. Si quieres dar primero pasos más pequeños, entonces puedes hacer que Polly o yo lo cuidemos mientras tú, no sé, vas a hacer compras.

—Qué glamoroso.

Tyler se encogió de hombros.

—Sólo digo que no tiene por qué ser ahora, pero vas a tener que empezar a dejarlo con otras personas. Quiero decir, tú también necesitas tu tiempo. Y en muchos casos será mucho más fácil si tienes a alguien en casa con quien dejarlo mientras haces recados. Podrías verlo como dar el primer paso.

Estaba siendo muy convincente. Bernie tenía que admitir que, a pesar de la falta de adulación, había algo de lo más encantador en lo mucho que quería que fuera con él. Se pasó una mano por el pelo corto, considerándolo.

Sería bueno tener a alguien con quien dejar a Xavier cuando tuviera que ir de compras o algo así. Acarrear el asiento de bebés no era exactamente fácil. Pero la persona con quien quería dejarlo no era un desconocido. Era su padre.

Aquello no iba a pasar. Tyler y ella no volverían a estar juntos, e incluso si lo hicieran... ¿cómo podría estar segura de que duraría?

Sintió una punzada en el estómago y se dio la vuelta, repentinamente incapaz de respirar.

—¿Bernie? Oye, ¿estás bien?

Intentó asentir con la cabeza, pero terminó sacudiéndola en un gesto de negación.

—Me acabo de dar cuenta... de que vamos a tener que llegar a un acuerdo en cuanto a la custodia. No quiero excluirte de la vida de Xavier, pero no voy a seguir viviendo aquí para siempre. Así que tenemos que pensar en cómo funcionará. Con quién vive y cuándo.

Se le anegaron los ojos al considerar cómo sería su casa sin su bebé en ella, aunque sólo fuera por unos pocos días a la semana. ¿Cómo lo hacía la gente? ¿Cómo podían vivir vidas separadas, sin poder ver a sus bebés todo el tiempo?

—Oye, no hay nada de qué preocuparse ahora mismo. Sí, tendremos que resolverlo, pero recuerda, no tengo nada que me ate a ningún sitio. Puedo seguirte por todo el planeta a medida que cambies de excavación, y cuidar de Xavier mientras juegas en el barro—Le puso una mano en el hombro—. Encontraremos algo que sea justo para los dos. No tienes que venir al baile.

Bernie se secó los ojos y le sonrió.

—Creo que me gustaría ir. Nos dará la oportunidad de hablar de verdad.

Tyler se puso serio por un momento, pero acabó sonriendo. Se movió como si fuera a besarla y a Bernie se le paró el corazón, pero Tyler se retiró.

—Genial. Tienes... poco más de dos horas. No puedo esperar a ver tu vestido. ¿Y Bernie? Todo irá bien. Te lo prometo.

Capítulo DIEZ

Tyler

Tyler no pudo evitar reírse entre dientes mientras conducía su elegante Jaguar hacia el chalet de Gilbert. Bernie había pasado todo el viaje suspirando y adorando los cómodos asientos y todos los aparatitos que venían con el coche. La calurosa noche le había animado a bajar las ventanillas, y sólo ahora que salieron del coche y le dio las llaves al aparcacoches, empezó a intentar arreglar el estropicio en que se había convertido su cabello.

—Está enredado por todas partes, ¿no? —le preguntó en voz baja.

Tyler se dio cuenta de que estaba intentando parecer enfadada, pero la luz de sus ojos era demasiado brillante. Le ofreció el brazo, ya que aquello era lo que hacían los amigos, al menos en fiestas tan elegantes como aquella, y se dirigió a la puerta. Bernie tenía el pelo un poco despeinado por el viento, pero le quedaba muy bien. Los rizos salvajes se adaptaban a ella mucho más que la elegante y aburrida cola de caballo en la que solía recogerse los.

—¡Bien, ahora que estoy aquí, estoy muy emocionada! —Le apretó el brazo cuando entraron en el chalet. Tyler le entregó su invitación al oficial de seguridad y éste les hizo una seña para que entrasen.

—Es bastante bonito, ¿no?

Tyler miró a su alrededor. Llamarlo “chalet” era no era demasiado inapropiado. Aunque estaba construido con troncos pesados y tenía el techo inclinado y los aleros para soportar hielo y nieve en los meses de invierno, era mucho más grande de lo que uno esperaría. En su interior cabían docenas de personas fácilmente, junto con una pequeña banda de música en vivo. El salón de baile era un espacio abierto hasta las vigas, con dos juegos de escaleras a cada lado de la sala que conducían al segundo piso.

Tyler se había escabullido muchas veces escaleras arriba con su cita, buscando uno de los dormitorios. Se imaginó cómo se vería Bernie en una de aquellas enormes camas con dosel. Separó el brazo del de ella rápidamente y cogió dos copas de champán de un camarero que pasaba por allí.

Bernie abrió los ojos de par en par cuando le ofreció una de las copas. Miró a su alrededor antes de aceptarlo.

Tyler tuvo que reírse.

—Sabes, aceptar un trago de tu acompañante no es exactamente escandaloso. No tienes que parecer tan nerviosa.

—Voy a hacer el ridículo, nunca debí dejar que me convencieras de esto. —Tragó con fuerza, mirando la copa que tenía en la mano—. Nunca he tomado champán.

—¿Nunca?—Se sorprendió. Podía entender que no tuviera cosas caras, pero que nunca lo hubiera probado.... Le tomó la mano libre con una ligera sonrisa y se la apretó suavemente—. Oye, no te asustes. No es tan bueno como a la gente le gusta fingir, eso es sólo una excusa para ponerle un precio ridículamente caro. Me gusta tener una copa en las manos y hacer gestos con ella cuando hago comentarios enfáticos, pero mi hermano debe estar escatimando en esa excavación tuya si nunca ha llevado champán.

—Oh, sí que trajo champán, pero estaba embarazada.

Cierto. Tyler agachó la cabeza, aunque las palabras de Bernie no eran una acusación.

—Bueno... supongo que, puesto que soy la razón por la que no pudiste tomarlo, me alegro de poder compartirlo contigo ahora.

Bernie se mordió los labios, pero negó con la cabeza.

—No, no puedo. Estoy amamantando.

—Pero eso no...

—Sí, influye. —Bernie suspiró—. La cantidad de alcohol en el torrente sanguíneo de la madre es la misma que en su leche. Así que, no... maldita sea.

Abrió los ojos de par en par y miró rápidamente a su alrededor, pero nadie parecía interesado en lo que salía de su boca. Tyler la imitó, fijándose en los rostros de los demás y notando que varios de ellos le resultaban familiares, pero lo que realmente le llamó la atención fueron las miradas que le estaban dirigiendo a su cita. Que no era una cita. Daba igual. Los hombres, y algunas mujeres que Tyler sabía que eran lesbianas, miraban a Bernie con aprecio.

El vestido de sirena azul y plateado que llevaba realzaba cada curva, y su figura estaba llena de curvas generosas. El corpiño de un solo hombro mostraba una pizca de escote y estaba cubierto de lentejuelas azules y plateadas que le daban una apariencia brillante y sobrenatural.

De repente deseó acercarla a su lado para que todo el mundo supiera que estaba allí con él. Pero Bernie no era su novia, tenía que mantener la distancia. Bernie no quería retomar su relación con él, y respetaría sus deseos.

Gilbert se abrió paso entre la multitud y los saludó con una amplia sonrisa. Besó la mejilla de Bernie y le sonrió al retroceder.

—Te ves radiante.

La cara de Bernie se puso roja.

—Gracias.

¿Le había mencionado él cómo se veía? Tyler se desesperó intentando recordarlo. Ciertamente lo había pensado cuando la vio, pero, ¿se lo había dicho? ¿O había estado tan concentrado en no parecer un idiota que no había dicho una palabra? No debería haber sido tan difícil de recordar, pero su mente seguía en blanco. Reprimió una mueca cuando Bernie le dio las gracias a Gilbert.

Gil se volvió hacia él y le dio una palmada en la espalda.

—Y en cuanto a ti, hay mucha gente por aquí que se muere por conocer a tu encantadora compañera, así que no la acapares toda para ti, ¿me oyes? Hablando de eso... ¿dónde está Polly? Esperaba que viniera con ustedes dos.

—Tenía algunas cosas de último minuto que quería hacer. Pero debería llegar pronto.

Tyler notó la mirada abatida que destelló durante un instante en la cara de Gilbert, y se rió.

—Sabes, sería mejor si le declarases tu amor eterno y le pidieses que se case contigo en lugar de seguir suspirando a distancia.

—Ya, porque proponer un matrimonio salido de la nada cuando nunca hemos salido seguro que iría a las mil maravillas.

Aquella vez fue Bernie quien se rió.

—Entonces pídele una cita. Pensé que Tyler sólo estaba bromeando, pero estás loco de verdad por ella, ¿no?

La postura normalmente compuesta de Gilbert se puso un poco tensa. Miró a su alrededor y Bernie le tendió su copa de champán.

Tyler abrió la boca para hacer un comentario al respecto, pero toda la diversión desapareció

cuando vio una cara particularmente familiar entre la multitud. Sus llamas prendieron con fuerza y no pudo evitar gruñir. Notó el sabor del humo en la lengua. Dada la expresión en los ojos de Bernie, ahora mismo debía de presentar una imagen aterradora. Intentó calmarse, pero la sonrisa de Bill Johnson mientras se dirigía hacia ellos hizo que todo empeorase.

—¿Qué está él haciendo aquí?

Gilbert echó un vistazo.

—¿Ese gran dragón? Ya sabes lo mucho que le gustan los dragones a la señora Smith. Es su acompañante. Nunca ha estado en ningún lugar más lujoso que una fiesta de fraternidad, a juzgar por como actúa.

Aquella vez Tyler rodeó a Bernie con el brazo justo en el mismo instante en que la señora Smith, de cabello blanco, le clavó las garras con su manicura a Bill en el brazo. Aquello lo ralentizó, pero Tyler deseó agarrar a Bernie y sacarla de allí, llevarla bien lejos de aquel patán y de su obsesión.

—¿Por qué lo has dejado entrar? —siseó—. ¿No lo reconoces? Es el tipo que estaba acechando por de la propiedad. Ése es Bill Johnson, el tipo que, ya sabes, *compró* a Bernie y que aún cree que es su dueño.

Debía de haber descubierto de algún modo que iban a asistir. ¿Había seguido a Bernie y a Polly cuando fueron a probarse los vestidos? Aquel cretino era todavía peor de lo que había creído. La situación pintaba mal. Realmente mal. Su instinto le decía que tomase a Bernie y volviera corriendo a casa, o que fuera a por Bill y le hundiera su estúpida cara de un golpe, pero ninguna de ellas era una buena opción. De marcharse, Bill los seguirías, y sólo haría falta un accidente de coche para que pudiera ponerle las manos encima a Bernie. ¿Y lo darle un puñetazo? Bueno, incluso Gilbert tendría que echarlo después de algo así.

—¿Ése es Bill? —Bernie se acercó un poco más a él—. Es más grande de lo que pensaba.

—Grande y estúpido.

—Una combinación clásica. —Bernie se las arregló para sonreírle un poco—. Está aquí con otra persona, tal vez no nos cause ningún problema. Relájate, Tyler. He dejado a nuestro bebé en casa por esta noche, no dejes que ese tipo te haga arruinármela, ¿de acuerdo?

Tyler le apretó suavemente la mano.

—Voy a hablar con él.

Bernie hizo un ruido de protesta, pero Tyler se alejó de todos modos. Se abrió paso entre la multitud hasta que estuvo junto a Bill y le ofreció una sonrisa a la señora Smith antes de poner una mano en el hombro de éste.

—Veo que has conseguido entrar en una de estas pequeñas fiestas.

Bill gruñó en voz baja.

La señora Smith se abanicó; parecía emocionada.

—Oooh, ¿vamos a tener una pelea? ¿Es por toda esa testosterona de dragones? Qué... interesante.

Tyler luchó contra el impulso de poner los ojos en blanco. La vieja pervertida sólo quería que se transformaran para que echasen a perder su ropa y así pudiera verlos desnudos. Se inventó una pequeña excusa y apartó a Bill; no iban a arruinarle la noche a Bernie, pero tampoco iba a aceptar que Bill estuviera allí, y no había nada que éste pudiese nada al respecto.

—¿Qué estás...?—empezó.

—Sólo porque tengas un hijo con Bernice no significa que te pertenezca.

Tyler no se molestó en ocultar su mirada furibunda.

—Y sólo porque la estés acosando no significa que te pertenezca a ti. No sabes nada de ella, ni siquiera el hecho de que odia que la llamen *Bernice*.

Bill abrió la boca y la volvió a cerrar. Sus fosas nasales se dilataron.

—Tenemos mucho tiempo para conocernos. *Bernie* es mi compañera, y conseguiré que ella también lo vea.

—Amigo, eso es lo que dicen los acosadores. No quiere acabar estrangulada.

Bill frunció el ceño.

—¿Qué?

—Si no lo has entendido, entonces... —No, no tenía sentido quedarse allí discutiendo. Acabaría perdiendo los nervios y diría algo que haría que Bill se desquiciara, y entonces la noche de *Bernie* se echaría a perder—. Sólo vete, Bill. No quiere tener nada que ver contigo.

—Oh, claro, porque voy a confiar en tu palabra.

—¡Ya te lo dijo cuando te llamó!

—Contigo a su lado, diciéndole lo que tenía que decir. No soy tonto, yo...

—¡Pues casi consigues que me lo crea!—Tyler apretó los puños—. Te lo advierto, Johnson, si no..

Bernie apareció de repente, separándolos de un empujón.

—Ya es suficiente. A algunas chicas les encanta que los hombres se peleen por ellas, pero no soy una de ellas. Tyler, déjalo; me encargaré de esto yo misma. Y en cuanto a usted, señor Johnson...

—Baila conmigo —interrumpió Bill.

—No.

Bill pareció herido, como si lo hubiera abofeteado.

—¿Por favor? Sólo un baile. Y si quieres que me vaya, me iré y nunca volveré.

Tyler puso los ojos en blanco. Si Bill creía que *Bernie* iba a--

—Bien. —*Bernie* agitó la cabeza y suspiró—. Pero sólo un baile, ¿de acuerdo? Y después...

—No te arrepentirás.—Bill le cogió la mano y la arrastró hacia la pista de baile.

Tyler abrió la boca y dio un paso para seguirlos, pero Gilbert se le adelantó. Le puso una mano en el pecho de Tyler y negó con la cabeza.

—Deja que ella se encargue. Tal vez la escuche de verdad.

—Tal vez. —«Lo dudo mucho».

Capítulo ONCE

Bernie

—No puedo creerlo. Estás aquí, en mis brazos.

Bill trató de apretarla contra su cuerpo, pero Bernie mantuvo los codos rígidos, forzando la distancia entre ellos. Si hubiera sabido que iba a ponerle inmediatamente ojitos de cordero degollado y a comportarse de manera tan desesperada, no habría aceptado el baile. Aun así, se las arregló para sonreírle educadamente. A pesar de tenía la sensación de que aquello era el principio de algo de lo que acabaría arrepintiéndose, le habían inculcado demasiado que debía mantenerse tranquila y agradable, todo ello para evitar decir nada que pudiera ponerlo de mal humor.

«Tyler no es así», pensó mientras bailaban. «No despierta mi antiguo miedo a la violencia, no como siempre hizo mi padre, como la mayoría de mis novios».

—Supe nada más verte en aquel sitio de subastas que eras mi compañera. Por eso ofrecí una cantidad tan alta por ti. porque sabía que tendría que destrozarte a cualquiera que te pusiera las manos encima...

—Te das cuenta de que me vi forzada a hacerlo, ¿verdad? ¿Que la gente que me estaba ‘vendiendo’ se habría quedado con todo el dinero y que si hubiera intentado escapar me habrían matado a mí y a mi bebé?.

Bill abrió la boca y luego la cerró. Una mirada un poco avergonzada apareció en sus ojos, pero luego se encogió de hombros.

—No lo sabía —dijo como si aquello lo hiciera completamente inocente—. Y si lo hubiera sabido, les habría dado caza. Les habría hecho pagar por hacerte algo tan vil, querida. Mereces estar vestida con oro y joyas, y nada más.

¡Espeluznante! La mirada lujuriosa en sus ojos la hizo temblar. Tyler no tenía aquel efecto en ella.

—Mira, yo...

—Hubiera quemado ese lugar. Habría matado a todos menos a ti.

Tiró de ella de nuevo. Aquella vez a Bernie se le dobló el codo, haciéndola gritar de dolor. Bill no pareció darse cuenta de que la había lastimado; estaba demasiado concentrado en bajarle la mano por la espalda. Bernie se la sujetó y volvió a colocarla en la parte superior. Parte de ella quería buscar a Tyler para implorar su ayuda, pero no podía quitarle los ojos de encima a Bill por temor a que la besara o algo parecido si bajaba la guardia.

—¿Los habrías matado a todos menos a mí?

—Sí. Te habría rescatado y...

—Y aparentemente hubieras matado a todas las demás mujeres a las que también estaban coaccionando. Mira, no sé mucho sobre la cultura de los dragones, pero si hay algo de lo que estoy segura que es igual tanto en humanos como en dragones es que comprar a mujeres como si fueran de tu propiedad no es la manera de dar paso al verdadero amor. —¿Hasta dónde se atrevería a llegar?—.Agradezco que me hubieras rescatado si hubieras conocido mi situación, pero creo que tú y yo...

Bill la cortó una vez más.

—No lo hagas. Todavía tenemos el resto del baile.

La canción terminó y empezó otra, pero Bill no la soltó.

—La canción se ha acabado...

—Pero seguimos bailando. No sé qué te ha dicho Freeman de mí, pero está equivocado. Es sólo un celoso hijito de mamá. En cuanto te vi, lo supe; estás hecha para mí, Bernice. Bernie.—Bill hizo una mueca—. Bernie es nombre de niño. No me gusta llamarte así.

—No me gusta que me llamen Bernice.

—Te gustará cuando te lo llame yo...

—No.—Bernie interpuso los brazos entre ellos de tal modo que quedó con los codos presionados contra su pecho—. No, no lo haré. Mira, lo siento si te molesta, pero no soy tu compañera.

Bill dejó de balancearse en el acto, lo que aparentemente contaba como bailar para él. La miró fijamente durante un largo momento, y a continuación los ojos le brillaron y torció los labios.

—Eres mi compañera. Freeman puede haberte lavado el cerebro para ponerte en mi contra, pero no te preocupes. Estamos hechos el uno para el otro, y me aseguraré de que lo veas.

La agarró por las muñecas y la obligó a apartar los brazos para que no pudiera seguir manteniéndolo a raya. Se movió para besarla. Bernie reaccionó por puro instinto; antes de que se diera cuenta de lo que estaba haciendo, soltó un grito bien agudo justo frente a la cara de Bill.

El dragón dio un salto y retrocedió. Bernie se soltó de él, tropezando al intentar alejarse. Todo el mundo los estaba mirando. La vergüenza y, por alguna razón, la pena se apoderó de ella. Las lágrimas empezaron a derramarse antes de que se diera cuenta de que le ardían los ojos. Bill se alejó de ella, con la mandíbula floja y los ojos muy abiertos. Varias personas se interpusieron entre ellos.

Una mano le tocó el hombro y Bernie se asustó antes de ver que era Tyler. Se apoyó en sus brazos mientras él la alejaba a toda prisa.

—¡Bernice! —Bill la llamó sobre las cabezas de la multitud.

Bernie no respondió.

Sus lágrimas ya se habían calmado para cuando volvieron a la mansión Freeman. Bernie no estaba del todo segura de qué hacer cuando Tyler le pagó a la niñera. Xavier estaba durmiendo, y por mucho que Bernie quisiera abrazarlo, no estaba dispuesta a despertarlo. Se cambió rápidamente, dejando el vestido en el respaldo de una silla. Nunca debería haber accedido a bailar con Bill. Había creído que sería razonable, había creído que podría mantenerse firme, pero, en cambio, aquel viejo miedo a los temperamentos explosivos había vuelto.

—Gracias —le dijo a Tyler cuando lo encontró en la cocina—. Supongo que he sido una auténtica damisela en apuros esta noche.

Tyler negó con la cabeza.

—No te preocupes por eso. Bill es un imbécil.

—Sí. No sé qué es lo que tengo que atraigo a tipos posesivos. Prefiero tener un tipo que me deje hacer lo mío, pero que intervenga para salvarme cuando la situación me supera. Como tú.

Mierda. No debería haber dicho aquello.

Pero Tyler sólo le brindó una pequeña y dolorosa sonrisa.

—Estábamos muy bien juntos, ¿no? Y no me refiero sólo a que era hermoso. La intensidad que

había entre nosotros... a veces era difícil de manejar.

Un eco de aquel calor se le acumuló en el corazón con sólo pensarlo, y tuvo que aguantar la respiración durante un momento mientras éste se desvanecía. Los recuerdos inundaron su mente. En el bosque, en el jeep, apoyados sobre el escritorio de la caravana; a veces eran como animales, pasando horas y horas en una habitación de hotel. Otras veces se arrancaban la ropa y luego se acostaban juntos, piel contra piel, hablando suavemente sobre cosas sin importancia como libros y películas durante un par de horas antes de decidir que en realidad no tenían ganas de sexo en ese momento.

Ambos resultaban difíciles de manejar, tanto el sexo explosivo como los momentos tranquilos e íntimos. Era diferente a todo lo que Bernie había experimentado antes.

Suspiró y negó con la cabeza.

—Estoy haciendo un trabajo terrible tratando de pensar en ti sólo como amigo. Tal vez sea imposible.

Tyler la tomó de la mano y fue como si la electricidad saltara entre ellos. Bernie jadeó. ¿Cómo lo había olvidado? Antes era como una descarga cada vez que la tocaba. Quizás tener un bebé no había disminuido su deseo después de todo, y, si lo había hecho, éste estaba volviendo bajo la forma de una pasión que le arrebatava la respiración.

—¿Qué vamos a hacer al respecto? —La voz de Tyler sonó ronca.

—Bueno... después de ese difícil encuentro con Bill... —Deseó seguir llevando el vestido en vez de haberlo cambiado por una vieja sudadera—. Sería muy agradable recuperar mi feminidad.

—Te ayudaré. —La sonrisa de Tyler era tan amplia que casi no le cabía en la cara—. Es lo que hacen los amigos.

No perdió más tiempo; al instante siguiente su boca ya estaba sobre la de ella. El calor que ya había hecho acto de presencia en su interior se intensificó cuando las manos de Tyler le agarraron las nalgas y la apretaron contra él. Había echado de menos la sensación de sus duros músculos aplastándole los pechos, sus fuertes dedos sondeando su trasero, su lengua metiéndose en su boca. La piel le cosquilleó cuando le pasó los brazos tras el cuello.

Tyler la apoyó en la encimera, frotando las caderas contra las suyas en respuesta a los movimientos de Bernie. El fuego le rugió en las venas, como si fuera ella y no él el dragón. Se apresuró a abrir los botones de su camisa de vestir, rozándole la suave piel con los dedos. Tyler estaba ardiendo, y cuando la besó de nuevo pudo saborear el humo en su lengua. Siempre había sido una señal de lo excitado que estaba, un indicador casi más potente que el bulto endurecido que tenía en los pantalones.

—Debes de haber estado pensando cosas sucias toda la noche para estar así. —Lo masajeó a través de la ropa; le costaba respirar. Había olvidado lo grande que era—. Unos pensamientos muy sucios.

—Sólo he pensado en ti.

—Como amigo, por supuesto.

Tyler se rió mientras le quitaba la camisa por la cabeza. Tenía los pechos algo hinchados, pero no demasiado, lo que significaba que ya no tenía tanta leche para Xavier como antes, pero no iba a detenerse a pensar en aquello ahora mismo. Se requerían pensamientos más sexys, como lo bien tallado que era el pecho de Tyler. Pasó las manos por toda su extensión, gimiendo desde el fondo de la garganta.

—Guau. Eres magnífico. ¿Estás seguro de que no eres un dios?—Arqueó las cejas—. Con todos estos músculos.

—Soy un dios. —Tyler le desabrochó los pantalones antes de sacárselos—. Soy el dios que te hace sentir bien. Un dios dedicado a ti y a tu cuerpo. Eres la única que verá mi divinidad, y...

—Y tu ‘divinidad’ me está apuñalando en el estómago. —Bernie se rió de su propio chiste. Estaba sin aliento, ansiosa, y sentía la cara demasiado caliente, pero no le importaba—. Tendré que hacer un sacrificio en tu altar. Dios de hacerme sentir bien, te pido tus bendiciones.

Tyler gimió. Se perdió en su cuello, haciendo que le corrieran escalofríos por todo el cuerpo. Volvió a gemir contra ella, frotándose entre sus cuerpos. Le levantó una de las piernas sobre su cadera y encontró el centro de su ser con los dedos. Bernie jadeó mientras algo se tensaba dentro de ella. Se puso de puntillas, confiando en que Tyler la equilibraría, dándole un mejor acceso a su cuerpo.

Le clavó los dedos en los hombros, y su cuerpo tembló al cabo de unos momentos. Tyler la alzó sobre la encimera para que no perdiera el equilibrio mientras los dedos de los pies se le tensaban. La penetró, dándole un beso profundo y duro beso en la boca. Al principio sólo fueron unos pocos centímetros, seguidos de unos cuantos más. Era un proceso terriblemente lento, pero le permitía estar completamente lubricada para cuando él estuviera completamente dentro de ella.

Quizás fuera todo el año de deseo acumulado, alcanzándola al fin, o las hormonas restantes del embarazo, pero aunque notaba la tensión y aquel calor en su interior, no experimentó el mismo placer explosivo que había sentido antes de dar a luz. Se abrazó a Tyler, mirando como se le enrojecía la cara mientras se controlaba. Gritó con sus embestidas, pero pudo ver su frustración en su mirada.

Tyler se apartó, usando el pulgar para estimularla más. Aquello ayudó, y Bernie se recostó sobre los codos. Los ojos se le cerraron mientras todo se estrechaba hasta rozar el dolor. Cuando estalló, el orgasmo la bañó del mismo modo en que lo harían las olas de una bañera, nada parecido al océano al que estaba acostumbrada.

Tyler terminó momentos después. Se dejó caer sobre ella, besando su piel desnuda, antes de soltar un gemido.

—Lo siento.

Capítulo DOCE

Tyler

—¿Lo siento?

Tyler apretó la cara contra la piel de Bernie, avergonzado de mirarla. Nunca antes había... *fallado* de aquel modo. Sí, ella había llegado al orgasmo, pero había sido tan suave. Nunca había sido incapaz de controlarse lo suficiente como para darle a su compañera algo explosivo, no desde que era un cachorro sin experiencia, al menos. Y ahora, cuando más importaba...

Bernie le pasó los dedos por el pelo.

—Tyler, ha estado muy bien.

—Sólo bien.

Con un suspiro, Bernie echó la cabeza hacia atrás.

—Vale, ha sido suave como la primera vez de como montar a un potro salvaje. No estoy segura de si habría podido manejar algo más intenso ahora mismo. He tenido un bebé. Las cosas están curadas ahí abajo, pero no han vuelto a la normalidad, eso sin mencionar que mis hormonas están todas revueltas. Muchas mujeres ni siquiera quieren tener sexo en este momento. Así que no te culpes por algo que ha hecho mi cuerpo. Y no actúes como si no fuera suficiente. —Entrecerró los ojos—. Sé que tienes tu ego y todo eso, pero a mí me ha gustado.

El nudo en su pecho se aflojó.

—Supongo que me estaba presionando demasiado.

—Exactamente. —Bernie sonrió—. Has oído hablar de los orgasmos múltiples, ¿verdad?

Con una sonrisa, Tyler la alzó en sus brazos como si llevara una novia y corrió a su habitación. Allí tuvieron sexo durante otro par de horas antes de que ambos colapsaran, exhaustos. Cada vez era mejor que la anterior, aunque todavía no alcanzaba los niveles explosivos con los que habían concebido a Xavier.

Bernie apoyó la cabeza en su brazo y trazó los tatuajes que le cubrían el pecho.

—Los dragones se curan muy rápido, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces, ¿esto fue más o menos doloroso que si hubieras sido humano?

—No lo sé, nunca he sido humano.

Bernie se rió. Aquello hizo que su pecho se calentara, y no por las endorfinas que sin duda debían de correrle por el cerebro. La tensión de aquellas dos últimas semanas había pesado mucho sobre ambos. No se había dado cuenta hasta ahora del peso que tenían encima, y se sintió agradecido de haberse librado por fin de él. Bostezó mientras frotaba su nariz contra la mejilla de Bernie.

—Tardan el doble en tatuar a un dragón que a un humano. Y sí, duele, pero me gustan los tatuajes. Me gusta cómo se ven en mi piel.

Bernie emitió un sonido pensativo.

—A mí también me gustan. No en mí, no soy muy fan de hacerme nada permanente en el cuerpo, pero sí en otras personas. Éste me encanta; es nuevo.

Rozó con los dedos un pequeño dragón azul que tenía cerca del corazón. Tyler le agarró de la

mano.

—Nos lo hicimos un grupo de tíos de mi club, todos juntos. Yo habría elegido algo evidente, pero fue consenso general, así que lo hice.

—Tu club de motociclismo. Tendrás que llevarme algún día y presentarme a tus amigos. Como amiga, por supuesto.

—Como amiga —repitió. No sabía si estaba bromeando o no—. Sí, lo haré. Sabes, para un dragón sin clan, la vida puede ser... solitaria. Por eso me uní al club. Shane y mi madre son geniales, no me malinterpretas, pero necesitaba amigos. Amigos como yo. Y claro, hay imbéciles como Bill, pero es... Es bueno.

Bernie volvió a sonar pensativa.

—Supongo que se podría decir que la excavación es un club transitorio. Estamos los que siempre volvemos, pero además conocemos a gente nueva. Y todos tenemos algo en común. Sin embargo, a veces pienso en ellos como una familia de reemplazo. ¿Resulta eso raro?

—No sé... —Tyler frunció el ceño—. Realmente no sé nada sobre tu familia aparte de lo que aprendí de tu padre cuando... Nunca hemos hablado de la familia.

Bernie se estremeció y Tyler deseó no haber dicho nada. Su mano se acomodó sobre su pecho. Tyler contuvo la respiración, pensando que iba a apartarse, pero Bernie suspiró, volviéndose a relajar sobre él, y negó con la cabeza.

—Nunca llegamos a hablar de ello.

—¿Quieres hacerlo ahora?

Bernie lo miró. Arrugó la nariz de aquella manera que tenía cuando pensaba mucho. Sus labios se fruncieron y por un momento Tyler tuvo la tentación de besarla y poner punto final a aquella conversación por completo. Bernie se dio la vuelta y se enderezó, colocándose una almohada bajo el pecho. Apoyó la barbilla en las manos y asintió. Había un destello de acero en sus ojos.

—Estamos conectados y, con el tiempo, probablemente conocerás a mi familia, así que será mejor que te hable de ellos. Mi padre fue... horrible mientras crecía. Tenía un temperamento terrible. Las cosas mejoraron después de que se fuera, pero siempre volvía para arruinar las cosas. Mi madre... mi madre nunca consiguió despedirse de él. Le daba todo lo que él quería y le rogaba que se quedara con ella. Era patético. Ya rara vez me relaciono con ella o con mis hermanos. Supongo que todos estamos demasiado ocupados con nuestros propios problemas. Cuando nos reunimos, siempre hay mucha negatividad. Todos piensan que soy estúpida por quedarme con Xavier.

Tyler tuvo que luchar contra la necesidad de mostrar sus dientes.

—Por eso te costaba tanto decidir dónde trabajar.

Bernie asintió.

—Dejaron claro que no me ayudarían. No con tantas palabras, pero resultaba evidente.

—¿Y tu padre?

—He tratado de apartarlo de mi vida, pero siempre consigue volver a colarse en ella. Lo odio. Sólo aparece cuando necesita algo, como por ejemplo vender mi cuerpo para librarse de sus deudas.

Sus llamas rugieron. Se le apretaron los puños. El humo surgió de sus fosas nasales. Cuando Bernie arqueó una ceja, Tyler giró la cara y se lo tragó.

—Lo siento —le dijo—. No quería enfadarme. Es que... no puedo entender cómo alguien puede ser tan... tan... parásito, egoísta y psicópata. Te prometo que nunca actuaré de esa manera. Xavier siempre podrá contar conmigo. Y tú también, en todo lo que necesites. Estaré ahí para ayudarte. Y

sé que lo del trabajo te tiene asustada, pero...

—Espera. —Bernie frunció el ceño—. ¿Cómo sabes lo del trabajo? Nunca te lo he dicho.

—Oh... bueno, pues, mi hermano es tu jefe.—Se encogió de hombros, disculpándose. Había querido darle tiempo para que se lo dijera ella misma. O, si decidía no decírselo nunca, simplemente ofrecerle su apoyo en silencio hasta que supiera lo que quería hacer—. A Kayla le preocupa que no vayas a volver a la excavación por problemas financieros y esas cosas. Así que... sí. Tenía entendido que estabas teniendo dificultades.

Bernie negó con la cabeza, aunque sonrió.

—No iba a decírtelo. No quiero que te sientas obligado a mantenerme.

—Xavier es mi hijo, estoy obligado a mantenerlo. Y parte de eso gira alrededor de apoyarte a ti, Bernie. Eres su madre; no quiero que te estreses por cómo vas a cuidar de él. Estoy aquí, ayudaré en todo lo que pueda.

Bernie se dio la vuelta de tal manera que Tyler supo que que estaba escondiendo sus lágrimas. Le acarició el pelo; le dolía verla llorar, pero comprendía que no siempre era algo malo. Como por ejemplo ahora mismo. O al menos, esperaba que fuera uno de aquellos momentos. Después de un largo momento, le besó el hombro desnudo y empezó a hablar de nuevo.

—¿Quieres volver a la excavación?

—Sí.

—¿Qué te detiene?

Bernie inhaló.

—No puedo hacerlo todo con un bebé que cuidar. Sólo podré ocuparme del papeleo. Y no puedo permitirme trabajar en la excavación y pagar a alguien para que lo cuide... y con otro trabajo, sería capaz de empezar a ahorrar dinero para cuando vaya a la universidad y... y es dinero.

—¿Ayudaría si hubiera alguien que pudiera cuidar a Xavier durante el día mientras trabajas? ¿Alguien a quien no tuvieras que pagar?

Bernie lo miró, con los ojos brillantes.

Tyler le sonrió.

—Podríamos usarlo a modo de acuerdo de custodia. Yo lo tengo durante los días mientras trabajas, y tú lo tienes los fines de semana. Alternamos con quien se queda por la noche, o conseguimos un dúplex o algo así, para no estar demasiado lejos de él incluso cuando no lo tengamos.

—¿Harías... harías eso por mí?

—Por supuesto.

Bernie sonrió. Lo abrazó y lo besó profundamente. Cuando se subió sobre él, aprisionándolo contra el colchón, Tyler no pudo evitar pensar que había una mejor solución para aquel problema. Desafortunadamente, no podía asumir que el sexo significase que iban a volver a estar juntos. E incluso si acababan juntos de nuevo, no tenía ni idea de si funcionaría.

No. Sólo amigos. Era lo mejor. Y empezarían a la mañana siguiente.

Capítulo TRECE

Bernie

—¿Te divertiste anoche?

Bernie dio un salto al oír la voz de Polly. Estaba en la sala de estar, tratando de hacer que Xavier amamantara y obteniendo muy pocos resultados. Últimamente sólo le interesaba el biberón. Era un poco frustrante, pero mientras pudiera sacarse la leche, Xavier obtendría los nutrientes que le ofrecía la lactancia materna.

Se cubrió rápidamente cuando Polly entró en la habitación. Se le calentaron las mejillas.

—¿Divertirme?

—En el evento. No pude ir, emergencia familiar. Espero que Gilbert no estuviera muy decepcionado.

—Uh...—Xavier la mordió, haciendo que gritara. ¡Dolía, incluso si aún no tenía dientes! Lo apartó y se reajustó la ropa. Xavier inmediatamente empezó a quejarse, dando patadas hasta que Bernie agarró el biberón que había dejado cerca para que se enfriase. Negó con la cabeza mientras Xavier se calmaba y empezó a beber—. ¿Qué me habías preguntado?

Polly se sentó cerca de ella.

—Que si Gilbert me extrañó.

—Nos fuimos poco después de llegar. —Estuvo a punto de contarle lo que había pasado, pero no lo hizo. En vez de eso, le sonrió—. Así que... tú y Gilbert, ¿eh? ¿Cuándo es la boda?

Polly agachó la cabeza.

—No sé de qué estás hablando.

—Tan pronto como llegamos preguntó por ti, y lo primero que has hecho tú ha sido preguntar por él. Vamos, Polly. Es obvio que estáis prendados el uno del otro.

—¡Nadie está prendado de nadie! —La voz de Polly se elevó hasta convertirse en un chillido—. Somos amigos, y lo primero que te he preguntado ha sido si te divertiste, así que... además, con Tyler y tú haciéndoos ojitos constantemente y negándolo incluso a vosotros mismos...

La cara de Bernie se puso roja y agachó la cabeza.

Polly jadeó.

—¡No!

—¿No qué?

—¡No! —Otro chillido, aquella vez emocionado—. Os habéis acostado, ¿no?

Bernie se encontró sonriendo a pesar de tratar de controlarse.

—Como martillos y clavos.

—¿Qué...? Da igual, no importa. ¡Oooh! —Polly aplaudió—. Entonces, ¿estáis juntos de nuevo? ¿Habrá campanas de boda pronto? No, debes de querer tomártelo con calma. Ser cautelosa. Asegurarte de que va a largo plazo antes de entrar en las cosas realmente complicadas. ¿Verdad?

Bernie se mordió el labio.

—Oh... No vais a volver a estar juntos.

—No sé qué estamos haciendo. Es complicado. He estado quedándome sentada suspirando por él durante quién sabe cuánto tiempo después de que me dejara, pero soy tan culpable como él por

el silencio. Más que él, en realidad. Me dio su número y nunca lo llamé, nunca le dije que era padre hasta que me lo ha preguntado. La verdad, ha sido mucho mejor conmigo de lo que merezco...—Bernie suspiró sin felicidad. Tenía la frente fruncida y negó con la cabeza, intentando que sus pensamientos se pusieran en orden—.Supongo que y...

—Necesitas hablar con él. Ve y habla con él, y llévate al bebé también. Adora al pequeño Xavier. Sólo habla con él. Ponlo todo sobre la mesa; está en el mismo barco que tú.

Pony tenía razón, por supuesto. Bernie usó la excusa de la necesidad de terminar de dar de comer a Xavier para esperar hasta que Polly hubo comenzado su trabajo. El corazón le latía con fuerza mientras subía al bebé por las escaleras. ¿Qué debería decir? ¿Que no quería que fueran amigos, que quería estar con él todo el tiempo y ser amantes para siempre? ¿Que cuanto más lo conocía, más lo admiraba y más le gustaba? ¿Que tenían una conexión emocional que no podía negarse?

O tal vez debería ser simple al respecto y decirle directamente que quería darle una oportunidad a eso de ser pareja.

Tyler todavía estaba en la cama cuando le indicó que podía entrar. Tenía un libro en la mano, y le sonrió perezosamente mientras se acercaba a él.

—¿El pequeño señor tiene un pañal sucio que papá tiene que cambiar?—Extendió las manos hacia Xavier.

—No. Mamá tiene que hablar con papá. —Bernie se sentó a su lado, mordiéndose el labio.

Tyler tomó al bebé y lo abrazó contra su pecho.

—¿Qué pasa?

—Oh... bueno. Supongo que tengo que decirte algunas cosas.

Tyler asintió.

—En primer lugar... En primer lugar, supongo que debo decir que te he mentado. No perdí tu número. Pensé que sería patético si te llamaba, y no quería ser una de esas mujeres que suplica y suplica a su hombre que la ame. Pensaba más en la situación de mis padres que en ti y en mí.

—Tenías miedo de que te hirieran.

Bernie miró hacia otro lado.

—Sí. Supongo que sí.

—Bueno... irónicamente, por eso me fui. La conexión entre nosotros era tan intensa. Pensé que seguiría mi patrón habitual y acabaría haciéndote daño. He roto muchos corazones a lo largo de mi vida, Bernie, y no estoy orgulloso de ello. De hecho, si pienso demasiado, me disgusta la persona que podría ser.

—¿Te fuiste porque tenías miedo de hacerme daño?—Bernie entrecerró los ojos. Sabía que no tenía ninguna razón para desconfiar de lo que le estaba diciendo, pero se parecía demasiado a muchas de las frases que ya había escuchado antes, y no estaba segura de cómo aceptarlo.

Tyler volvió a sonreír, como si entendiese sus dudas.

—Sí. Tenía miedo de hacerte daño, pero también tenía miedo de salir herido yo mismo; me estaba involucrando con tanta fuerza que me asustó. Me he enamorado y desenamorado tantas veces... No reconocí que lo nuestro era real hasta que me golpeó de lleno.

Bernie se quedó sin aire. ¿Estaba diciendo que la amaba? No... no podía ser. Todavía no, al menos. El calor se le subió a la cara y apartó la mirada, sin saber cómo continuar. La mirada de Tyler permaneció fija en su rostro. ¿Debería decirle que ella también lo amaba?

«¿Es amor lo que siento?»

—¿Estás... estás seguro de que es amor? Quiero decir, la cultura de los dragones es que la

persona con la que te acuestes por primera vez será tu verdadero compañero. Tenemos un hijo juntos. ¿Estás seguro de que esto no es sólo lujuria y de que no te estás diciendo a ti mismo que es amor sólo por la vergüenza que te ha infligido tu cultura?

Tyler miró hacia otro lado y se encogió de hombros.

—Ya he tenido momentos de esos. La primera chica con la que estuve... me convencí a mí mismo de que estaba enamorada de ella, aunque no me gustaba especialmente. Pero era sexy y seductora, y sabía exactamente lo que quería de mí. Y no diré que no soy culpable por las mujeres a las que le he roto el corazón. Me he convencido una y otra vez que era amor, que no era lo mismo que me había pasado con las demás. Así que tal vez tengas razón. Pero no lo creo. Eres... la mujer más increíble que existe.

—Nunca he estado enamorada.—Retrocedió rápidamente, poniendo más distancia entre ellos—. Ni siquiera he llegado a pensar nunca que lo estaba, y no sé si eso me convierte en rara. No sé si soy capaz de sentir amor romántico.

Tyler asintió lentamente.

—Pero...—Volví a acercarse a él. El corazón le palpitaba y tenía la garganta seca—. Pero si hay alguien de quien pueda enamorarme, ése serías tú. Tengo miedo, Tyler. Temo que me lastimen y temo lastimar a Xavier si tomo la decisión equivocada.

—Lo entiendo.

Bernie cerró los ojos. No lo entendía, no podía hacerlo, no cuando ella misma tampoco conseguía entenderlo.

—Quiero correr el riesgo. Quiero intentar enamorarme de ti. Sé que no me harías daño si pudieras evitarlo.

—Pero el dolor es parte de la vida, y las peores heridas vienen de la gente que no trata de lastimarte.

Después de todo, sí que lo entendía. Bernie lo besó antes de poder detenerse. Sus ojos se cerraron y corrientes de placer la atravesaron. Le temblaron los párpados y sólo cuando Xavier le dio una patada en la cara recordó que el bebé estaba allí. Se retiró, frotándose la mandíbula y mirando fijamente al bebé, que le sonrió sin dientes.

—¿Crees que es una señal?

—¿Una señal de que deberíamos mudarnos juntos?

Bernie dio un salto. ¡Vaya si se habían dado prisa!

—Técnicamente ya estamos viviendo juntos.

Tyler la tomó de la mano.

—Hablo en serio. Múdate conmigo. De forma permanente. O podría mudarme yo contigo. No quiero perderme ni un día mientras resolvemos todo esto. Quiero decir, tendremos que estar cerca de por sí gracias a nuestro acuerdo de custodia, ¿verdad? Y de esta manera ninguno de nosotros se perderá ni un segundo de Xavier.

En eso tenía razón, pero Bernie todavía tenía dudas. No estaba lista para aceptar un compromiso tan grande, al menos no todavía. Tyler debió de ver el dolor en sus ojos, porque le soltó la mano.

—Sólo piénsalo, por favor.

—Lo pensaré —le prometió—. Pero ni siquiera hemos acordado en volver a salir juntos, así que...

—Entonces, te llevaré a una cita esta noche. Si aceptas. —Su sonrisa era contagiosa—. Lo resolveremos. Ey, me acabo de dar cuenta de que tal vez mi vocación sea ser un padre que se

queda en casa cuidando a su hijo. ¿Qué te parece?

Sonaba maravilloso. Pero no podía decir aquello, así que en su lugar simplemente se rió como si fuera una broma.

Capítulo CATORCE

Tyler

Tyler meció suavemente a Xavier, intentando que se durmiera. Era hora de su siesta, pero estaba muy claro que el bebé no quería dormir. Sus grandes ojos no dejaban de cerrársele, sólo para que los abriera de nuevo y soltara un gruñido de protesta. Tyler casi esperaba que empezara a salirle humo de la boca, aunque Xavier todavía era demasiado pequeño para que sus llamas se encendieran.

Sonó el timbre y, con la esperanza de evitar que volviera a sonar y asustara a Xavier, Tyler se apresuró a contestar. Gilbert estaba del otro lado de la puerta. Sonrió a Tyler y al bebé.

—Adelante.—Tyler dio un paso atrás para dejarlo entrar—. ¿Qué pasa?

—Me preguntaba si Polly estaba trabajando hoy.

Tyler no pudo evitar sonreír ante aquella pregunta.

—¿Así que has venido hasta aquí en vez de llamar simplemente? Estabas planeando invitarla a una cita ardiente, ¿no? Bueno, me temo que voy a tener que interrogarte sobre tus intenciones antes de darle el día libre.

Gilbert puso los ojos en blanco.

—Sí, has acertado. Estoy buscando una cita ardiente en mitad del día. No, Ty, no voy a invitarla a salir.

De repente se quedó inmóvil, mirando por encima del hombro de Tyler. Éste se dio la vuelta para ver a Polly en la sala, limpiando el polvo. Tyler puso una mueca, pero suspiró aliviado cuando vio que Polly llevaba puestos unos auriculares. Así que no debía de haber oído nada. Bien.

—¡Polly!

Ésta dio un salto y se giró. Frunció el ceño y se quitó uno de los auriculares.

—¿Sí?

—Ven aquí, Gil tiene algo que preguntarte.

Las cejas de Polly se fruncieron todavía más, dibujando una marcada V, pero se acercó y le sonrió ampliamente a Gilbert.

—¿Qué pasa?

—Bueno... bueno, mi ama de llaves renunció el mes pasado. He estado tratando de mantener las cosas ordenadas por mí mismo, pero el desorden está empezando a abrumarme. Me preguntaba si podría contratarte sólo por hoy para que me ayudes.

¡Oh, hermano! Sí, era una casa enorme y era difícil mantenerla, pero aquella era la cuarta vez este año. Gilbert necesitaba admitir que quería pasar tiempo con Polly y que todo aquel asunto de la ama de llaves no era más que una excusa.

Aparentemente, Polly pensaba de manera bastante parecida.

—Es la cuarta ama de llaves este año que ha renunciado o has despedidos. Creo que necesitas empezar a examinar el común denominador en esta ecuación y averiguar por qué no consigues mantenerlas. —Polly agitó la cabeza; no parecía muy feliz, lo cual resultaba extraño, porque normalmente estaba más que feliz de ayudar a Gilbert—. Tengo mucho trabajo por aquí, con

Bernie y el bebé...

—Ya sabes que a Bernie le horrorizaría oírte hablar así. —Tyler frunció el ceño—. Trabaja muy duro por aquí. Ayer mismo te quejabas de que se encargaba de tantas tareas que te estabas quedando sin trabajo que hacer.

Polly suspiró.

—Lo siento. Hoy no estoy de muy buen humor. Sí, iré a ayudarte a limpiar, Gil, pero en serio, tienes que solucionarlo. No puedo seguir trabajando gratis para ti. Así que, a menos que quieras empezar a pagarme o casarte conmigo, necesitas una ama de llaves a tiempo completo.

Gilbert se movió de lado a lado y dejó escapar una risa avergonzada.

—Por favor, si me casara contigo no esperaría que me limpiaras la casa. Serías libre de dedicarte a lo que más te interesase.

—A veces me pregunto si tengo algún interés. —Polly cerró los ojos por un momento—. Lo siento. Es un mal día. Vamos.

—Polly... —Tyler estuvo a punto de decirle que no tenía que ir si no quería, pero su teléfono empezó a sonar en aquel preciso momento. Lo contestó rápidamente. Xavier arrugó la nariz y refunfuñó, pero se relajó para volver a dormir. Tyler lo meció suavemente mientras Gilbert y Polly se iban y él contestaba el teléfono—. ¿Hola?

—Ty, tienes que venir.

Era una voz familiar. ¿Tyson? Era uno de los miembros de su club.

—¿Qué ocurre?

—Se está haciendo una votación en el club ahora mismo. Como no has estado por aquí últimamente, Bill está haciendo una moción para echarte. Tienes que venir ahora mismo; está siendo extrañamente persuasivo.

¿Bill, persuasivo? Tenía que ser una broma. Y aun así, Tyson parecía sincero. Además, si quien llamaba era Tyson y no Jackson, aquello significaba que Jackson no estaba en el club. Era posible que no estuviera ninguno de sus amigos, y si no estaban, entonces Bill podría conseguir los votos necesarios para expulsarlo.

El club era lo más cercano a un clan que tendría nunca; no podía perderlo así como así. No por un idiota que pensaba que era la persona más importante del mundo.

Se apresuró a subir por las escaleras y dejó a Xavier en su cuna, despertando a Bernie de su siesta para decirle brevemente que iba a salir. Luego corrió hacia su moto y se dirigió al bar. Subió corriendo las escaleras hacia el club, pero se quedó inmóvil en la entrada. Estaba completamente vacío.

Sus llamas empezaron a arder poco a poco. Así que era una trampa. Genial.

Algo duro le golpeó en la espalda, haciéndole tropezar hacia delante. Cuando se giró, Bill y media docena de sus compinches entraron en la habitación. La cara de Bill se retorció en una sonrisa de asco mientras movía relajaba los hombros para relajarlos.

—Y ahora, Freeman, nos vamos a ocupar de ti de una vez por todas.

—Gracias.—La voz de Tyler sonó algo seca. Tragó con fuerza—. Pero ya tengo novia, no necesito que se ocupen de mí.

Bill gruñó mientras se acercaba.

—Estoy harto de que abras la boca, Freeman. Te crees tan listo, crees que lo tienes todo bajo control sólo porque conoces los secretos de la gente. Pero no eres más que un patético perdedor que intimida a otras personas para hacerte sentir más poderoso.

—Es curioso, iba a decir lo mismo.

Bill hizo crujir los nudillos.

—Voy a disfrutar dándote una lección. Vas a recibir lo que te mereces, y luego veremos si sigues siendo un bocazas.

Tyler retrocedió, vigilando a los amigos de Bill mientras éstos avanzaban. No podía permitirse el lujo de centrar toda su atención en Bill, o de lo contrario terminaría flanqueado. Ya le superaban en número. Sus fuegos ardieron con más fuerza. Aquello no pintaba bien, no pintaba nada bien. Tragó mientras echaba un vistazo a las ventanas. Podría llegar hasta ellas, ¿no?

—Si todavía se trata de Bernie, ya te dejó muy claro que no te quiere, Bill. Sé que tenías tu corazón puesto en ella, pero al final, ella no te eligió. Sé un caballero y vete, ¿de acuerdo?—Trató de mantener la voz baja y tranquila—. Que te rechacen es un asco, eso ya lo sé, pero hay muchas chicas por ahí, y muchas de ellas se pelearían por llamar tu atención.

Bill giró los hombros de lado a lado, calentando los músculos de la espalda. No respondió a Tyler, sino que en su lugar saltó hacia delante de repente. Tyler trató de evitar el gran puño que se dirigió hacia su cara, pero fue imposible. Bill siguió con un fuerte golpe en el estómago, haciendo que se encorvara. Tyler se quedó sin aire en los pulmones y resolló.

—El tema es, Freeman, que eres demasiado débil para protegerla. Me pertenece, le guste o no.

Sus llamas rugieron. El humo ascendió desde sus fosas nasales mientras se enderezaba. Su puño se alzó, golpeando a Bill en la barbilla. Aunque todavía le dolían los pulmones y no podía expandirlos apropiadamente, le dio otro golpe en el estómago a Bill. Apuntó demasiado alto y sus nudillos chocaron contra las costillas de éste. La mano le estalló de dolor.

Los amigos de Bill saltaron sobre él. Dos puñetazos se le hundieron en los riñones, haciendo que unos puntos blancos aparecieran ante sus ojos. Le dieron una patada en las piernas y lo tiraron al suelo, manteniéndolo en su sitio cuando cayó de rodillas ante Bill.

Tenía que salir de allí. Tyler tiró de sus brazos, tratando de retorcerse y liberarse tal y como Shane le había enseñado. Debería haber prestado más atención a aquellas lecciones. Nunca pensó que fuera a llegar a necesitarlas.

El pie de Bill se descargó con fuerza sobre su pecho. El golpe estuvo a punto de arrancarle de las garras de sus amigos, pero éstos lo sujetaron con más fuerza mientras Bill empezaba con una lluvia de golpes. Su visión se redujo a un campo blanco y negro manchado de rojo. Sintió como los huesos se rompían bajo la implacable paliza. Su corazón tartamudeó, se detuvo por un segundo y volvió a latir con fuerza. No podía respirar. El mundo giraba fuera de control a su alrededor y en lo único que podía pensar era en ellos.

Bernie y Xavier. Su novia... su compañera... y su hijo. Acababan de volver a conectar, acababan de empezar a encontrar una manera de estar juntos. Y ahora aquel enorme imbécil iba a quitárselo todo.

Con un rugido, Tyler echó la cabeza hacia atrás y las llamas emergieron de su boca. Le quemaron el interior de las mejillas y las cejas, pero Bill retrocedió, tropezando y gritando. Tyler buscó en lo más profundo de su interior, avivando sus llamas todavía con más intensidad. Las escamas le cubrieron la piel y su ropa empezó a rasgarse por las costuras.

—¡Alto! —gritó alguien detrás de él. Alguien separó a los compinches de Bill de un empujón y Jackson saltó sobre su cabeza para golpear a Bill en la cara.

Tyler se desplomó en el suelo. Se acabó. O al menos eso pensó hasta que oyó hablar a alguien.

—Llama a la mujer. Vamos a resolver esto, y tiene que estar aquí para dar testimonio.

Capítulo QUINCE

Bernie

El alboroto que estaba provocando Xavier la despertó. Bernie bostezó mientras agarraba a su bebé. Parpadeó con cansancio un par de veces mientras abrazaba a Xavier cerca de ella. Por mucho que supiera que lo necesitaba, dormir la siesta durante el día nunca le había sentado demasiado bien. Tenía la boca seca y necesitaba desesperadamente un poco de jugo o agua. Y tal vez algo ligero para comer.

—Espero que hayas dormido mejor que mamá —le dijo a Xavier—. Y eso es un pañal sucio.

Abrió rápidamente las cortinas para que entrara un poco de sol y aire fresco; luego cambió el pañal y se dirigió al piso de abajo. Oyó voces que murmuraban desde la sala de estar, y cuando miró vio a Polly y Gilbert. Estaban sentados el uno al lado del otro en el sofá, y parecía que Polly había estado llorando. Bernie trató de escabullirse antes de que la vieran, pero Polly levantó la vista y la miró a los ojos.

Sonrió y extendió los brazos.

—Necesito acurrucarme con el bebé.

Bernie le dio a Xavier, y luego dudó. ¿Debería preguntar qué le pasaba, o simplemente dejarlo pasar como un asunto privado? Se aclaró la garganta y Polly le lanzó una mirada de advertencia. Cierto. Así que nada de hablar de las lágrimas.

—¿Dónde está Tyler?—preguntó en su lugar.

—Oh, ha salido.

Bernie frunció el ceño. Ahora lo recordaba; la había despertado para decirle que se dirigía a la ciudad.

—¿Todavía no ha vuelto?

Polly negó con la cabeza.

—Bueno, supongo que pudo haber regresado mientras hablábamos y decidió quedarse afuera. No lo sé. ¿Por qué?—Una sonrisa de satisfacción se le dibujó en los labios—. ¿Hay algo que necesites decirle desesperadamente?

—No es nada urgente. —El calor le subió a las mejillas. Allí estaba, tratando de ser amable y darle un respiro a Polly y ella se lo devolvía en la cara. Bueno. Supuso que se lo merecía, con todo el ir y venir que habían tenido Tyler y ella desde su llegada—. ¿Te importaría cuidar a Xavier un rato? Me siento un poco sucia y creo que un poco de aire fresco me ayudaría.

—Por supuesto.

Gilbert le dio el dedo a Xavier para que lo apretase y sonrió, aunque parecía melancólico.

—Tengo que irme pronto, así que...

—Soy capaz de cuidar de un bebé.—El tono de Polly se volvió un poco más ligero—. Después de todo, he estado cuidando de ti y de Tyler desde hace un par de años. Xavier es mucho menos exigente.

Bernie se relajó al oír el chiste y sonrió con ella.

—Gracias. No quiero llevarlo afuera hoy, hace un poco de fresco. Y creo que quizás esté un poco resfriado, ha estado estornudando últimamente.

Gilbert agitó la cabeza.

—Los dragones no se enferman.

Xavier estornudó.

—Aunque supongo que a esta edad aún no es un verdadero dragón. No hasta que sus fuegos cobren vida.—Gilbert hizo una mueca y agachó la cabeza tímidamente—. Así que supongo que podría estar resfriándose.

Polly le dio una palmadita a Bernie en la mano.

—No te preocupes, lo cuidaré bien hasta que vuelvas. Vete. Disfruta del sol. Consigue algo de vitamina D.

—Gracias. —Todavía tenía sus dudas. Incluso después de todo el tiempo que había pasado allí y de los momentos cada vez más frecuentes en que dejaba a Xavier con Polly o con Tyler mientras se iba a hacer otra cosa, todavía le resultaba difícil dejar a su bebé—. Me llevo mi teléfono si me necesitas.

Se fue antes de que pudiera cambiar de opinión. Después de todo, sólo iba a dar un pequeño paseo. El aire fresco le llenó los pulmones, ayudando a quitarle de encima el agotamiento que aún se aferraba a su cuerpo. El vecindario estaba tranquilo. La presencia de la policía que había estado merodeando ya no era necesaria, ya que los traficantes a los que Bernie había ayudado a encerrar se habían declarado culpables. Se había decidido que ya no representaban un peligro, y se sintió agradecida por ello. Ya tenía bastante de que preocuparse sin que los criminales se sumaran a todo lo demás.

Su teléfono sonó. Bernie lo contestó de inmediato.

—Señorita Gardener. —La voz masculina era baja y ronca, con el deje de un gruñido que hizo que se estremeciera—. Mi nombre es Leopold Turner. Soy un socio de Tyler en su club de motociclistas. Me temo que ha habido un incidente.

El corazón se le subió a la garganta y todo su cuerpo se entumeció de dentro hacia afuera. Apretó el teléfono hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Sintió como si tuviera la lengua pegada a la parte superior de la boca. Durante varios segundos no pudo ni respirar. Un incidente. Aquello podía significar cualquier cosa. ¿Qué iba a hacer si le había pasado algo a Tyler?

—¿Qué ha pasado?—Consiguió decir—.¿Tyler está bien?

Hubo un ruido de forcejeo, seguido de la voz de Tyler al otro lado de la línea.

—Bernie. Estoy bien.

Se oyó un aullido en el fondo. Bernie agarró el teléfono con más fuerza. Todo el cuerpo le quemaba; quería correr, quería pelear. Quería volver con Xavier y abrazarlo. Quería localizar a quien se hubiera llevado a Tyler y hacerles pagar por lo que le habían hecho.

—Todo está bien. Te lo prometo. Quédate con Xavier y...

Hubo más ruidos de pelea y la voz de Leopold volvió a aparecer.

—El señor Freeman está bien, sí, pero necesitamos que venga de inmediato. Parece que hay una discusión entre él y otro de nuestros miembros respecto a usted, y necesitamos que todo este asunto termine. Por favor, venga tan pronto como pueda.

¿Otro miembro? El frío en su cuerpo fue reemplazado por una ira ardiente. Bill. ¡Aquel imbécil! Sus manos se apretaron por un momento. El teléfono se cortó y lo guardó en el bolsillo. De acuerdo. Bien. ¿Querían que fuera para poder terminar con todo aquel tema? Pues iría, y Bill Johnson lamentaría el día en que pensó que era la mujer de sus sueños. Se acabó el acobardarse.

Bernie entró en el bar del club, con los ojos brillantes y los dientes apretados. Media docena de dragones se paseaban por el lugar. En el centro de la habitación había un gran sofá, y tanto Tyler como Bill estaban sentados en él. La tensión que irradiaba de ambos era lo suficientemente fuerte como para que hasta ella pudiera olerla. Se acercó a ellos con los puños apretados.

La cara de Tyler era un desastre. La sangre le goteaba de la nariz, tenía el labio partido y un moretón de verde púrpura alrededor del ojo. Tyler se enderezó y puso una mueca de dolor cuando la vio. Al principio Bernie pensó que era porque había venido aun a pesar de que le había dicho que no lo hiciera, pero luego vio la forma en que se sostenía las costillas. El movimiento debía de haberle causado dolor.

En aquel momento se alegró de no ser un dragón. De haberlo sido, sus llamas la habrían consumido y habría explotado como una bomba nuclear. Cada centímetro de su ser temblaba mientras se giraba hacia Bill. Éste la miró enojado y malhumorado.

—¿Has sido tú?—preguntó, señalando a Tyler.

—Bernie, yo... —Empezó a decir Tyler, pero Bernie levantó una mano y lo interrumpió.

—¿Has sido tú?

Bill resopló y cambió de posición en el sofá.

—He tenido que ponerlo en su lugar.

Bernie se lanzó hacia adelante. Ver a su novio, a su compañero, en tal estado superó todo su sentido común. Gritó a todo pulmón e intentó golpear a Bill con ambos puños en la cara. Alguien la agarró por la cintura y la arrastró hacia atrás, de tal modo que sus golpes no le alcanzaron. Bill se puso en pie de un salto, con el humo manando de su boca.

—¿Lo veis? —La señaló, pero miró a los otros dragones que los rodeaban—. ¿Veis lo que le ha hecho? ¡La tiene tan alterada que hasta sería capaz de hacerse daño a sí misma atacando a su propio compañero! ¿Cómo podéis decir que no tengo derecho cuando Tyler le ha hecho algo así?

—¡He intentado ser educada, pero no soy tu compañera!—Bernie se sacudió de encima las manos que le sujetaban y le dirigió a Bill una mirada que esperaba que le derritiera la cara—. No quiero tener nada que ver contigo.

—Entonces, ¿estás diciendo que preferirías estar con este imbécil? —Señaló a Tyler.

—¡No puedes decidir con quién me quedo y, francamente, el hecho de que creas que puedes hacerlo te convierte en el mayor imbécil que hay en esta habitación!

Le hubiera gustado decir más, pero Tyler le echó una mirada de advertencia y se quedó callada. Miró a su alrededor y encontró a todos los dragones mirándola con expresiones de diversa excitación. Un escalofrío le bajó por la espalda. ¿Qué había hecho ahora?

—Tenemos a dos hombres que reclaman a esta mujer como su pareja. —Uno de ellos, al parecer el dragón con el que había hablado por teléfono, dio una palmada—. Tendremos que resolver esto a la antigua usanza.

¿A la antigua usanza? Bernie se estremeció. No pudo evitar pensar que aquellas palabras no eran más que otro modo de decir que lo solucionarían de la manera más sexista posible.

—Los dos desafiante lucharán por su compañera —continuó Leopold—. Le daremos a Tyler veinticuatro horas para recuperarse de sus heridas y luego Bill y él lucharán por el derecho a reclamarla. El ganador tendrá a la humana como su pareja y...

—No —le interrumpió Bernie—. Yo tomo mis propias decisiones, y soy yo quien elige a mi pareja. Y ese asqueroso —señaló a Bill—, recibirá una bala en el cerebro si intenta tocarme de nuevo. Juro que si creéis que podéis venir y decirme qué hacer con mis elecciones y mi cuerpo...

—Con quien te aparees no es elección tuya. —La voz de Leopold era tan condescendiente que

estuvo a punto de darle un puñetazo—. Los compañeros los determina el destino. Tu compañero destinado ganará esta pelea, y el perdedor acatará la elección del Destino.

Bernie lo miró fijamente; se había quedado con la boca abierta. Ni siquiera sabía cómo responder a aquello. Pero una cosa era segura, y es que la situación tenía muy mal aspecto. Se volvió hacia Tyler, pero los demás dragones se lo estaban llevando tanto a él como a Bill.

Veinticuatro horas, y luego tendrían que pelear para determinar su destino. El hombre al que amaba contra el hombre que creía ser su dueño. Le pasaron por la mente varios argumentos, pero aquellos dragones ya habían demostrado que no les importaba lo que pensase ni lo que quisiera.

—¡Espera! —gritó justo antes de perder a Tyler de vista. Todos se detuvieron—. Espera, necesito decir una cosa más.

Intentó acercarse a Tyler. Leopold la agarró del brazo, pero se soltó dándole un buen codazo en el estómago. En cuanto llegó hasta él le rodeo el cuello con los brazos y lo besó profundamente. No importaba quién más estuviera cerca, no le importaba.

Tenía lágrimas en la cara cuando rompió el beso. Parte de ella se avergonzaba de estar llorando, pero lo ignoró. Tenía razones de sobra para llorar.

—Te amo, Tyler Freeman —le susurró.

Bill gruñó, y el dragón que lo tenía agarrado se tensó. Tyler lo ignoró mientras abrazaba con fuerza la cintura de Bernie. Había una desesperación en su beso que hizo que se le acelerase el pulso.

—Yo también te amo —susurró.

Y a continuación la apartaron de él; al segundo siguiente ya se habían llevado a Tyler. Leopold se interpuso entre ellos y le echó una mirada extraña que acabó transformándose en una sonrisa. Le dio una palmadita en el hombro.

—Anímate. Si de verdad es tu compañero, es imposible que pierda.

Bernie abrió la boca para exigirle si también creía que existían brujas en Salem, pero la volvió a cerrar. No tenía sentido discutir, y hacerlo no cambiaría nada. Por lo que sabía, oponerse sólo empeoraría la situación de Tyler.

Apretó los puños. ¿Qué iba a hacer durante las siguientes veinticuatro horas?

Capítulo DIECISÉIS

Tyler

A Tyler no se le permitió volver a casa durante las veinticuatro horas de descanso que le habían concedido. Leopold, que había asumido el liderazgo en aquel desastre, declaró que no se le permitiría ponerse en contacto con Bernie hasta que se decidiera quién era realmente su pareja, y el que Bernie quisiera tener nada que ver con Bill no importaba...

Un día fue más que suficiente para que sus heridas sanaran, y muy pronto Tyler se encontró en un enorme almacén, enfrentándose a Bill. Era el 'gimnasio' del club, y habían apartado todo el equipo para dejar suficiente espacio abierto en el centro. Habían dejado las colchonetas de lucha libre puestas en el suelo, aunque era poco probable que fueran a resultar de mucha ayuda, al menos cuando los que peleaban eran dos grandes dragones.

Bill se golpeó la palma con el puño mientras miraba a Tyler. Tyler, por su parte, hizo varios estiramientos a la espera de que llegase Leopold. Tenía que pelear, pero aquello no significaba que fuera a permitirse una lesión por algo tan simple como un tirón. No sólo era una mala idea, sino que también lo pondría en desventaja. Sus llamas cobraron un poco más de fuerza, aunque intentó mantenerse en calma.

¿De verdad creía Bill que una mujer que no quería tener nada que ver con él podía ser su pareja? Aunque bueno, al parecer le culpaba a él por la repugnancia que despertaba en Bernie, así que...

Leopold se interpuso entre ellos.

—Sin armas. Sin transformarse. Sin matarse. Pelearéis hasta que uno de vosotros se desmaye o se rinda. Si uno mata al otro, entonces ninguno de los dos tendrá a la chica, ¿entendido? No somos salvajes, después de todo.

Tyler luchó contra la necesidad de poner los ojos en blanco. ¿Forzarlos a pelear cuando Bernie ya había tomado su elección y lo había dejado muy claro no era bárbarico? Ya.

Leopold se apartó a un lado. La mayor parte del club estaba de pie en el piso superior, mirándolos. Sin embargo Bernie se encontraba junto a Leopold; parecía furiosa, pero preocupada al mismo tiempo. Tyler la saludó con la mano, tratando de mostrarle que no estaba preocupado incluso si al mismo tiempo tenía el estómago convertido en un nudo de ansiedad. Bill era un dragón mucho más grande que él...

—No te preocupes, querida —le dijo Bill—. Te reclamaré y viviremos eternamente el uno junto al otro.

—Eso no va a pasar —le respondió Bernie a gritos—. ¡Nunca dejaré que me pongas un dedo encima!

Bill puso los ojos en blanco. Tyler aprovechó la oportunidad para esquivar y asestar el primer golpe. Los nudillos le crujieron al golpear a Bill en la mandíbula. El dragón de mayor tamaño tropezó hacia atrás, y la fuerza del golpe le hizo girar la cabeza con brusquedad. El humo manó de su boca. dio un salto, moviéndose más rápido de lo que Tyler había anticipado, y le alcanzó con un duro golpe. Tyler se agachó para evitarlo, pero el puño llegó a alcanzarle en el hombro.

Se oyeron ovaciones entre la multitud. A Tyler no le resultó difícil imaginarlos intercambiando

apuestas, pero no se giró para mirar, a diferencia de Bill, que alzó las manos al aire y empezó a gritar victorioso.

Tyler recuperó el equilibrio y rotó el hombro, comprobando su movilidad. Algo hizo chasqueó en la articulación, pero no hubo ningún dolor extra. Volvió a atacar a Bill, y cuando el dragón más grande se giró para hacerle frente se deslizó bajo sus brazos y lo golpeó rápidamente en el estómago. Bill gruñó, doblándose en dos. Tyler se levantó y le dio un codazo en la nuca.

Bill lo agarró por la cintura y lo arrojó a las colchonetas, arrancándole el aire de los pulmones cuando su cuerpo voluminoso le cayó encima. Aparecieron estrellas en su campo de visión. Bill se levantó y le dio dos puñetazos en la cara y el pecho. Algo se quebró, y el dolor lo cegó. Tyler levantó las manos para protegerse de los golpes. El humo pendía en el aire, llenando el espacio que los separaba. Bill siguió golpeando a ciegas.

Se le ocurrió una idea increíble y estúpida, y Tyler se lanzó hacia adelante. El movimiento desestabilizó a Bill, pero no tanto como lo hizo la frente de Tyler cuando chocó contra su nariz. Bill soltó un aullido de dolor y se apartó rodando. Tyler se tomó un momento para recuperar la vista antes de lanzarse sobre él. Lo inmovilizó y empezó a golpearle en la cara; el sudor y la sangre se mezclaban mientras el humo seguía elevándose en el aire.

Y entonces, de repente, Tyler se vio arrojado a un lado. Bill extendió las alas a su espalda, unas escamas de oro blanco empezaron a cubrirle el cuerpo, y a continuación echó la cabeza hacia atrás y soltó un rugido. Su cuello se alargó, volviendo sinuoso, sus brazos se transformaron en patas y sus manos y pies se convirtieron en garras de seis dedos. Las llamas parpadearon cuando miró a Tyler.

—He dicho que nada de...

Bill agitó la cola, alcanzando a Leopold en el estómago y arrojándolo hacia el otro lado del almacén. Leopold se quedó desplomó. Por encima de ellos, los demás miembros del club se quedaron en silencio. Tyler se alejó de Bill, parpadeando para quitarse la sangre de los ojos. Los escalofríos le recorrieron la columna cuando alzó la vista. Sus llamas rugieron y chisporrotearon, pero no consiguió convencerse de que debía transformarse.

Hacerlo sería, a todos los efectos, tirar por la borda la validez de su reclamo hacia Bernie. Y qué si Bill había hecho lo mismo; el club le prohibiría estar con ella si rompía las reglas, ¿y luego qué? Se quedaría sin amigos por estar con su pareja. Era un sacrificio que estaba dispuesto a hacer, pero su indecisión duró demasiado.

Bill lo agarró, inmovilizándolo entre sus garras. Una sonora risa resonó en el almacén, ahogando los gritos del club de que soltara a Tyler. Tyler se retorció y pateó, pero Bill lo sujetaba con tanta fuerza que no habría podido transformarse aunque quisiera.

—¡Ríndete! —De alguna manera la voz de Bernie sonó clara y aguda entre toda aquella amalgama de ruido—. ¡Tyler, ríndete! ¡Por favor!

Aquello iba en contra de todos y cada uno de sus instintos, pero Tyler se las arregló para pronunciar las palabras necesarias.

—Me rindo.

Bill se detuvo. Volvió a reír mientras dejaba caer a Tyler. Levantó las manos en el aire, como si aquello hubiese sido una victoria, y gritó hacia el techo. Tyler luchó por respirar mientras se ponía de pie. Las piernas se le doblaron y volvió a caer, mirando impotente como Bill se acercaba a Bernie. La agarró el brazo.

Y ella respondió hundiéndole el puño en el estómago. Todos los sonidos del piso superior cesaron de golpe. Bernie, con la cara torcida por la determinación, le dio un codazo a Bill en la

nuca seguido de una patada en la cara.

—¡Ahora voy a luchar por mí misma! —gritó—. ¡Me reclamo como mi compañera, así que tienes que pelear conmigo!

Bill gruñó, lleno de ira.

—No es así como funciona...

Bernie le clavó los puños en el pecho; la fuerza de sus golpes derribó a Bill, pero se puso de nuevo en pie con un salto y fue a por ella con un rugido. Tyler no estaba seguro de cuándo exactamente había vuelto a ponerse de pie, pero de repente allí estaba. Rodeó a Bernie con un brazo, alejándola de Bill, mientras que con el otro le dio un puñetazo a éste en la sien. Bill abrió la boca, la cerró, volvió a abrirla y luego se derrumbó.

Los miembros del club empezaron a bajar desde el primer piso, hablando todos a la vez. Varios de ellos corrieron hacia Leopold, mientras que otros se acercaron a felicitar a Tyler. Los amigos de Bill movieron su cuerpo inconsciente hasta la pared y lo dejaron allí.

—Será mejor que os alejéis todos de nosotros antes de que decida daros una lección —dijo Bernie. Miró con ira a los dragones que les rodeaban hasta que éstos retrocedieron. Luego, cargando con parte del peso de Tyler, se lo llevó de allí. No fue hasta que salieron del almacén que ella empezó a temblar—. Ese... ese imbécil. Iba a matarte.

Tyler asintió; estaba de acuerdo.

—Y será castigado por ello. Una cosa que el club no puede soportar esa clase de comportamiento. No me sorprendería que estuviera en la cárcel en menos de una hora.

Bernie gruñó desde el fondo de la garganta.

—En cuanto te cure las heridas llamaremos a la policía. Esto es inaceptable. Muy, muy inaceptable... aunque... —Su humor se aligeró y le dirigió una media sonrisa—. Estabas muy sexi peleando sin camisa. Es una imagen que me gustaría ver más a menudo, sólo que no en una situación seria. Tal vez deberías conseguir un trabajo como actor en thrillers de acción, así podrías estar desnudo y fingir pelear todo el tiempo.

Tyler se rió, aunque hacerlo dolió.

—¿Has pasado de hacerlo sin camisa a desnudo? Alguien está tratando el cuerpo masculino como si fuera un objeto.

—Tengo que hacerlo. —Le tembló el labio inferior—. Si pienso en lo que te habría hecho...

—No lo hagas. —La besó ligeramente—. No pienses en ello.

En lugar de ir a casa, Tyler le pidió a Bernie que lo llevara al bar, y una vez allí Bernie le curó las heridas. Justo estaba terminando cuando llegaron los demás. Jackson le dijo que habían entregado a Bill a la policía por varios cargos, incluyendo acecho, acoso e intento de asesinato. Todos testificarían en su contra. Los amigos de Bill se escabulleron hasta la esquina del salón sin decir nada.

Con aquel tema solucionado, todos tomaron un par de rondas para celebrarlo. Bernie estaba claramente furiosa con todos ellos por permitir que la pelea llegase a tener lugar, así que Tyler se inventó rápidamente una excusa para volver a casa. En el camino sacó su teléfono y encontró varias docenas de llamadas perdidas de Polly, lo que le hizo hacer una mueca. Después de llamarla y asegurarle que estaba bien, apagó el teléfono y cerró los ojos.

Una vez que regresaron a la casa Bernie lo llevó a su cuarto y lo ayudó a ducharse. Luego

volvió a vendarle las heridas mientras él se quedaba sentado en la cama, cubierto sólo con una bata. Bernie pasó las manos sobre las vendas y negó con la cabeza.

—Sé que no debería culparme por esto, pero se siente como si fuera mi culpa.

Tyler le extendió los brazos y ella se tumbó entre ellos.

—No es culpa tuya. Tienes razón, no puedes culparte. —

—Pero si hubiera...

—No pienses en ello. No es culpa tuya. Estoy bien, tú estás bien, Bill está en la cárcel, donde no volverá a lastimar a nadie. —La besó suavemente, y luego sonrió—. Y piensas que soy sexy.

Bernie se rió y puso los ojos en blanco, pero aceptó el beso. Sus dedos se aferraron a su bata mientras Tyler la provocaba con sus labios.

Capítulo DIECISIETE

Bernie

—Todavía estás herido —susurró Bernie mientras le quitaba la camisa por la cabeza.

—Entonces tendrás que ser gentil conmigo. —Tyler le sonrió—. ¿Verdad?

Bernie puso los ojos en blanco y le devolvió la sonrisa. Le dio un beso muy suave en la boca, y luego depositó varios más por todo su rostro. La adrenalina de la pelea seguía fluyendo por su sangre, y se encontró preguntándose si le sería posible controlarse. El corazón le martilleaba contra el pecho una y otra vez.

«Podría haberlo perdido». La voz de Tyler resonó en su mente como si de repente hubieran desarrollado telepatía. *No pienses en eso.*

Con mucho cuidado, Bernie reunió todos sus miedos y los hizo a un lado. Sí, había sido aterrador, pero ahora estaba con ella. Los dos estaban allí, con los cuerpos pegados el uno al otro y sus lenguas entrelazadas. Le exploró los contornos del pecho, memorizando el calor de su piel y cada colina y valle de sus músculos perfectamente esculpidos.

Bernie lo besó de nuevo, y Tyler la provocó hasta que al fin separó los labios. Profundizó más en el beso, girando la cabeza primero a un lado y después al otro, sin romper el beso hasta que estuvo jadeando en busca de aire. Se sentó sobre su regazo y se frotó ligeramente contra él. Olía a humo, como siempre, pero era un olor limpio y fresco. El olor del jabón era casi igual fuerte, y las gotas de agua se le adhirieron a los dedos cuando le pasó las manos por el pelo.

Tyler le desabrochó la bata y la abrió, exponiéndola. A Bernie se le arqueó la espalda y su cabeza cayó hacia atrás. Una de las manos de Tyler le tomó el seno izquierdo, apretando suavemente mientras le besaba el derecho. Bernie se movió contra su cuerpo, provocando que su bata desapareciera de debajo de su cuerpo. Tyler se apretó con fuerza contra su muslo, y Bernie suspiró de deseo.

—Te deseo —gimió—. Te deseo ahora y para siempre. Quiero ser tu compañera, Tyler Freeman, y quiero que tú seas el mío. Quiero que ésta sea la primera vez que hacemos el amor como compañeros, y quiero que hagamos el amor otro centenar de veces después de ésta. En la cama, en el coche, en tiendas de campaña, aquí, en Canadá, en Perú, en Egipto, dondequiera que nos lleven nuestras vidas.

Tyler le sonrió.

—Me alegro, porque eso es lo que yo también quiero, Bernice Gardener. Tú y yo, juntos para siempre y contra el mundo. Tu compañero, el padre de Xavier. El padre de todos tus hijos.

Bernie le tomó la entre las manos y le dio un beso profundo y apasionado que duró varios minutos.

—Lo serás.

Se sujetó a sus hombros, animando a Tyler a acostarse. Éste lo hizo y Bernie se quitó la bata por completo para tirarla al suelo. Luego le desabrochó el cinturón y se arrodilló. Tyler ya estaba erecto, pero sabía que podía hacer que se endureciera todavía más. Lo tomó en la mano con una sonrisa descarada. Tyler gimió, girando suavemente las caderas mientras ella se inclinaba sobre él.

Sabía ligeramente a humo y mucho a hombre. Bernie succionó su sabor con entusiasmo, amando los suaves sonidos que salían de su garganta. Sintió cómo iba endureciéndose cada vez más; el calor la recorrió ante la anticipación al imaginar todo su tamaño en su interior, aumentando su placer.

Tyler se irguió a medias mientras trabajaba en él y le agarró el muslo. Bernie se movió con él cuando tiró suavemente de su cuerpo, acercando más su trasero. Tyler se concentró en su objetivo, usando la mano. Bernie fue incapaz de contener un grito cuando el placer la atravesó. Aquello hizo que le temblasen las piernas y que abriera los ojos de par en par. Tyler, viendo el efecto que había conseguido, se rió y continuó con la lengua. Bernie se arqueó contra él, aumentando sus propios esfuerzos, decidida a no perder en aquella pequeña batalla amistosa.

La lengua de su amante le hizo cosas perversas, provocando que a veces se olvidase por completo de lo que estaba haciendo. El consuelo era que notaba que estaba teniendo el mismo efecto en Tyler. De vez en cuando éste se colapsaba sobre la cama y dejaba escapar un fuerte gemido.

Bernie fue incapaz de contener sus gritos cuando Tyler introdujo los dedos en su cuerpo y los separó, haciendo que los escalofríos se apoderaran de todo su cuerpo. Bernie se tensó a su alrededor, repitiendo aquel sonido, pero sabía que no iba a durar mucho más.

Se alejó de él, jadeando. El centro de su ser estaba tan tenso que no estuvo segura de cuánto más podría aguantar, pero sonrió a Tyler de todos modos. éste tenía los ojos oscurecidos por el deseo mientras le devolvía la sonrisa. Bernie se sentó lentamente sobre sus caderas y lo guió hacia su interior.

—Bernie —gimió mientras ella lo introducía por completo.

Al principio se movió con suavidad, asegurándose de que ambos estuvieran listos para cosas más intensas. Tyler suspiró, colocándole las manos en las caderas. Luego pasó a alzarse sobre las rodillas, dejándose caer y rebotando ligeramente. Tyler abrió los ojos de par en par y su boca se convirtió en una ‘o’. Los recuerdos de todas las ocasiones en que ella había estado encima le volvieron a la mente, llenándola por dentro de fuego y calor.

—Te amo —susurró mientras se movía sobre él, cada vez más fuerte.

Tyler estaba ya demasiado perdido en el placer como para responder. Tenía todos los músculos tensos. Su cabeza presionaba contra las almohadas, con la cara enrojecida gruñía. El propio placer de Bernie aumentó hasta el punto de hacerla gritar con cada embestida. Las manos de Tyler la sujetaron de repente por las caderas, bajándola firmemente y manteniéndola allí. Deslizó una de ellas entre sus muslos mientras Bernie se movía contra él. Los dedos encontraron su objetivo.

Toda la tensión se liberó. Bernie echó la cabeza hacia atrás y se apoyó en las piernas de Tyler cuando la tensión dentro de ella explotó. Galaxias y estrellas giraron alrededor de su cabeza, cegándola. Apenas fue consciente de lo que hacía su cuerpo, soltando una exclamación y después un grito arrancado de entre sus labios. De repente notó que caía, ladeándose, pero Tyler apareció súbitamente encima de ella. Su boca estaba sobre la de ella, y gruñó una y otra vez. Las llamas saltaban entre ellos, uniéndolos.

Se quedaron tumbados en la cama una vez que ambos hubieron colapsado, con los brazos alrededor del otro. Bernie sonrió mientras jadeaba. Enredó los dedos en el pelo húmedo de Tyler mientras intercambiaban suaves besos.

—Creo que he recuperado mi toque —suspiró Tyler—. Estoy bastante seguro de que te visto estrellas en los ojos.

—Desde luego yo las he visto. —Bernie se acurrucó contra su pecho. Se alegraba de que fuera

así. No era que antes hubiese estado decepcionada, pero se sintió agradecida de que todavía hubiera aquella intensidad a la que podían aferrarse. Se le extendió una sonrisa por el rostro—. Hay algo más que necesito decir.

Tyler arqueó las cejas, esperando a que continuara.

—Te amo, Tyler.

Le besó el hombro y luego la mejilla.

—Yo también te amo. Dios. Creía que me explotaría el corazón cuando lo dijiste por primera vez. Y entonces pensé, ¿qué pasa si nunca te oigo decirlo de nuevo? No he dejado de pensar en ti durante esas veinticuatro horas que he estado encerrado.

Bernie se estremeció e intentó enterrarse más profundamente en su calor.

—No he podido dormir. Me ha pasado todo el tiempo llorando. Me dejaron volver a casa con Xavier, pero no decirle nada a Polly. No puedo creer que los consideres amigos.

—Leopold es un imbécil, y a la mayoría no los llamaría amigos. —Tyler frunció el ceño—. Pero estaban ahí para mí cuando estaba solo. Tengo amigos en el grupo.

Bernie lo miró y se humedeció los labios.

—Si terminamos dando la vuelta al mundo siguiendo las excavaciones arqueológicas...

—Nada de 'sí'. No vas a renunciar a tus sueños, Bernie.

—Pero significará que ya no estarás aquí. No tendrás tu club ni estarás cerca de tus amigos. No quiero que renuncies...

La cortó con otro beso y volvió a colocarse sobre ella. Increíblemente, una vez más estaba duro contra su estómago.

—No me estás haciendo renunciar a nada, amada mía. Elijo lo que dejo y lo que tengo. Y lo que tengo es a ti y a Xavier.

—¿Amada mía?

La besó de nuevo, deslizando una mano entre sus piernas.

Bernie sabía que Polly estaba esperando respuestas, así que tan pronto como pudo caminar de nuevo, se duchó de nuevo y se vistió. Tyler se limpió, evitando mojar los vendajes, y le sostuvo la mano mientras bajaban. A mitad de camino oyeron voces. Los ojos de Bernie se abrieron de par en par al reconocerlos.

Se le dibujó una sonrisa en el rostro y bajó corriendo por las escaleras. Tyler gritó cuando se desequilibró, pero se las arregló para alcanzarla bastante rápido. En el vestíbulo había un par de maletas grandes.

Polly estaba en la sala de estar, sosteniendo a Xavier frente a los dos recién llegados, un hombre y una mujer. Bernie entró corriendo y agarró a la mujer. Kayla soltó un chillido que pasó a ser rápidamente una risotada al ver quién era. Las dos comenzaron a saltar antes de que finalmente se calmaran lo suficiente como para abrazarse. Kayla la apretó con fuerza y retrocedió. La miró de arriba a abajo y luego miró a Tyler, que estaba de pie cerca.

Kayla sonrió.

—¿Martillos y clavos?

—Más bien martillos neumáticos —bromeó Bernie—. Son más grandes.

Shane frunció el ceño.

—No necesito saber eso.

—Yo tampoco —añadió Polly.

Tyler sonrió y le dio a Shane una palmada en la espalda.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Shane puso los ojos en blanco.

—Es mi casa, Tyler. Tú sólo eres un parásito.

—En realidad —dijo Bernie mientras entrecerraba los ojos—, Tyler es un alma sensible que resulta ser muy bueno siendo papá. Y, si el puesto todavía está disponible, los dos hemos llegado a la conclusión de que todavía puedo trabajar en la excavación. Todas mis preocupaciones se han esfumado ahora que Xavier tiene a su padre para ayudar.

Xavier aplaudió y sopló burbujas por la nariz.

Bernie tomó a su hijo y le rozó la mejilla con la nariz

—Mi hermoso niño.

Kayla la abrazó de nuevo.

—Nos encantaría tenerte de vuelta. Sinceramente, las cosas han sido tan aburridas sin ti. Y mi Shane está construyendo un laboratorio en la ciudad para datación por radiocarbono y otras cosas, así que vamos a ser mucho, mucho más eficientes. Hay tanto que contarte. Esther y su amiga Dominique están hablando de abrir una nueva excavación en la costa de Belice. Una excavación submarina. Y los gemelos de Esther están creciendo tanto y son tan lindos.

Era un poco más de lo que Bernie podía asimilar a la vez, pero aun así asintió excitada. Kayla y ella comenzaron a hablar rápidamente sobre la excavación y todo lo demás que estaba sucediendo. Estaban tan absortas la una con la otra que Bernie casi se perdió cómo Shane rodeaba los hombros de Tyler con el brazo.

—Así que por fin has encontrado a tu compañera, ¿no?

Bernie levantó la vista y su mirada se encontró con la de Tyler. Ambos sonrieron. Tyler asintió.

—Sí. Supongo que sí.

FIN

LA REINA SECRETA DEL DRAGÓN

Capítulo UNO

El sudor no le bajaba por la espalda; se le quedaba sobre la piel y en las axilas como un paño húmedo y caliente. Polly se salpicó la cara con agua fría antes de darse la vuelta para terminar la cena. Desde que había aceptado trabajo extra en la mansión de Freeman para intentar ganar suficiente dinero como para pagar deudas que ni sabía que tenía, se sentía siempre agotada.

El pollo a la parmesana olía lo bastante bien como para hacerla salivar, el risotto estaba perfectamente cocido y los espárragos al vapor brillaban con la dorada salsa holandesa. Polly asintió con satisfacción; el trabajo extra había valido la pena.

Salió de la cocina para ir a buscar a Bernie y Tyler, los únicos presentes en aquel momento. Había habido una gran celebración recientemente con Kayla y Shane y la madre de los chicos para dar la bienvenida a Bernie a la familia y celebrar al pequeño Xavier como hijo de Tyler. Había sido muy lindo, pero también era lindo que volvieran a ser sólo ellos dos.

Los encontró en la sala de estar. Estaban sentados en el sofá, con Xavier acurrucado entre ellos mientras intercambiaban suaves besos y Xavier gorjeaba y le mordía el pelo a Bernie. Un atisbo de opresión atravesó el pecho de Polly y se escondió tras la esquina para que no la vieran. Apretó las manos, tratando de alejar aquella oleada de celos. Parecía que todos habían encontrado su Amor Verdadero, mientras que ella no había tenido ni una cita en años... Ya ni siquiera podía disfrutar de las novelas románticas.

—Kayla y Esther me llamaron hoy —murmuró Bernie. Su voz llegando hasta Polly, siempre y cuando se esforzase por escuchar—. Quieren que vaya a la excavación antes de que lleguen los primeros estudiantes de verano. Así que probablemente deberíamos ir la semana que viene.

—Suena bien. Ahora puedo cambiar un pañal en diez segundos, así que estoy listo para mi misión de ser un padre que se queda en casa —contestó Tyler.

Bernie hizo un pequeño ruido parecido a un jadeo, el mismo que hacía cuando él le ponía las manos encima y pensaban que nadie podía verlos u oírlos.

—Bien. Me alegro. Quiero decir, el fondo para la universidad que Shane nos dio será más que suficiente para una buena universidad...

—Sí. Y estaba pensando que también podría conseguir un trabajo de media jornada que pudiera hacer desde casa, así podría ganar algo más de dinero para ayudar con los gastos diarios.

Más celos. Tyler había sido un playboy infame antes de que Bernie llegase a su vida. Aunque nunca había mostrado interés por Polly, ésta no pudo evitar sentirse celosa del vínculo que habían formado. Tyler estaba dispuesto a ir a dónde les llevase el trabajo de Bernie y de asumir papeles menos tradicionales para asegurarse de que la familia estuviese unida y feliz, mientras que el último novio de Polly había pensado que lavar su propia ropa era algo por lo que había que alabarle.

Entró en la sala de estar, sonriendo como si no se estuviera muriendo por dentro.

—Hola. La cena está lista en la cocina. No tengo hambre, así que me voy a casa a hacer algunas cosas. Mandadme un mensaje cuando terminéis y vendré a limpiar.

Bernie frunció el ceño.

—¿Ocurre algo? Hace días que no te veo comer.

—Estoy bien. Es sólo que hace mucho calor y he estado trabajando; estoy demasiado cansada y

acalorada como para comer ahora mismo. Pero tengo comida en casa, no te preocupes.

Bernie asintió lentamente.

—Mientras no estés con una de esas dietas locas.

Polly agitó la cabeza. Siempre había sido una niña grande, pero después de la pubertad los kilos habían aumentado en serio. Su madre la había puesto en muchas dietas durante su adolescencia, pero nunca la ayudaron a perder peso, sólo la hicieron sentir como si se estuviera muriendo. Había llegado a aceptar sus curvas. Sus médicos decían que estaba de lo más saludable, y de todos modos, mantenía una buena rutina de ejercicio.

Dejó rápidamente a la familia para que comiesen y regresó a su casa. Era una pequeña casa de huéspedes cerca de la parte trasera de la propiedad, más vieja que la mansión principal, pero era su espacio y, en días como aquel, lo necesitaba. Había pasado todo el día al límite, y el más mínimo contratiempo la hacía enojar y amenazaba con lanzarla a una espiral de autocompasión.

En aquel caso había sido Bernie hablando de la excavación. Era arqueóloga, algo que Polly siempre había querido. Ella también había ido a la facultad, y había estado a punto de obtener su licenciatura. Había trabajado para los Freeman mientras estudiaba, lo que significaba que no había tenido que pedir préstamos estudiantiles.

Pero había sufrido un robo de identidad.

Desde aquel día, todo había salido mal. De repente aparecieron todas aquellas deudas de la nada y, aunque Polly había logrado pagar la mayoría, todavía había muchas sobre las que al parecer era imposible hacer nada, por lo que se había visto obligada a abandonar la facultad para trabajar a tiempo completo para cubrirlas. Por supuesto, para entonces su crédito financiero ya estaba por los suelos y se había visto forzada a depender de los Freeman durante años.

Se sentía agradecida, por supuesto. Shane era un cambiaformas dragón muy rico, y era tan generoso con ella como con su hermano, pero no podía evitar sentir que estaba en deuda con él. No tenía intención de tomar todo aquel dinero a cambio de nada. Shane le había asegurado que no pasaba nada, pero aun así... Iba a devolverlo, incluso si al final lo donaba todo a organizaciones benéficas en lugar de devolvérselo a Shane.

Sólo necesitaba recuperarse, tener la libertad de no depender de su jefe. Sin embargo, cada vez que parecía que las cosas estaban mejorando, volvía a verse aplastada por un gasto enorme que acababa con sus ahorros.

—Sentir lástima por ti misma no va a ayudar en nada —se dijo con firmeza—. Y si vas a seguir así, vas a tener que buscarte otro terapeuta.

Aquello había sido caro, pero necesario. Polly no diría que hubiese tenido una infancia terrible. Su madre la amaba, aunque era un poco tonta y egoísta. Nunca había hecho sentir a Polly como si no la quisieran, a pesar de que había sido un bebé «no planificado»: su mamá había conocido a su papá en un bar una noche, lo había traído a casa, se había quedado embarazada y nunca lo había vuelto a ver.

Aun así, guardaba algunos resentimientos hacia su madre, ¿acaso no los tenía todo el mundo?, y la terapia la había ayudado a enderezar su cerebro. El gasto, sin embargo... Podría haber pedido una subvención para cubrirlo, y Shane también se había ofrecido a pagarlo, pero no había querido ni una cosa ni la otra. Había sentido que era importante hacerlo sola. Mirando hacia atrás, no estaba segura de si había sido una buena idea o no.

Se animó un poco en la ducha. Había horneado magdalenas aquella mañana, y serían un capricho delicioso para mimarse. No llevaban ni mantequilla ni azúcar, así que eran más saludables que algo como, digamos, un helado.

Pero cuando salió del baño y fue a buscar una, se encontró a tres ratones corriendo por la encimera donde se habían estado enfriando las magdalenas. Los ratones se escondieron tras la nevera y Polly gritó con desesperación y asco. Apretó los puños, con el estómago revuelto.

—¡Qué asco! —Inspiró hondo y agitó la cabeza. Nunca antes había tenido problemas con ratones.

Oh, bueno. No hacer nada al respecto sólo empeoraría el problema, así que le envió un mensaje rápido a Tyler, explicándole la situación, y se arremangó. Lo primero que se tiró a la basura fueron las magdalenas. Luego revisó los armarios y se deshizo de cualquier cosa en la que los ratones pudieran haberse metido. Había excrementos de los animales esparcidos por todo el fondo de los armarios. Maldijo sin detenerse.

Tyler trajo algunas trampas poco después y la ayudó a tirar la basura.

—Puedes quedarte en la mansión hasta que los atrapemos —le dijo.

—Gracias —murmuró Polly—. Definitivamente te tomaré la palabra.

Tyler asintió y le dio una palmadita en el hombro.

Polly pasó las siguientes horas limpiándolo todo con lejía. Tal vez no fuera el producto más saludable, pero al menos mataría los gérmenes de los ratones. Luego empacó una maleta y se dirigió a la mansión, donde encontró a Tyler y Bernie viendo la televisión. Seguía sin querer estar cerca mientras se daban arrumacos, así que se subió a su auto y se dirigió a la ciudad.

Al cuerno lo saludable. Se comería un helado, o puede que yogurt congelado...

A mitad de camino a la ciudad, su coche emitió un petardeo. Se las arregló para llevarlo hasta el arcén antes de que el automóvil arrojara una nube de humo, se sacudiera y se quedara muerto.

Algo caliente le quemó el estómago, retorciéndose e inundándole el pecho. Le fluyó por la garganta, como si se hubiera tragado fuego, al salir del coche. La furia y la rabia se retorcían tanto en su interior que apenas podía respirar.

—¡Argh! —gritó mientras pateaba un neumático.

El coche se sacudió y se oyó un fuerte estallido en la noche oscura en el mismo instante en que el neumático se desinflaba.

—¿Hablas en serio? —gritó al vacío—. ¿Qué he hecho para merecer esto?

Se vieron unos faros al otro lado de la curva que dibujaba la carretera, y Polly se apartó apresuradamente del asfalto. El coche frenó y Polly se puso tensa, lista para darle una paliza a cualquier secuestrador en potencia. Relajó los hombros al ver que se trataba de Gilbert West, su vecino. Éste la miró a ella y a su coche y arqueó las cejas.

—¿Es algo que se pueda arreglar, o necesitas que te lleve?

Polly suspiró.

—Llévame, por favor.

Gilbert hizo un gesto con la cabeza hacia el otro lado del auto, y Polly rodeó el vehículo para entrar. Todavía sentía el ardor en su interior, y en cuanto estuvo en el coche se sintió inquieta, atrapada. Era como si su piel fuera demasiado pequeña para su cuerpo. Se dirigieron de vuelta a la comunidad cerrada donde se encontraban todas las mansiones en una pequeña y ordenada fila.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Gilbert—. No pareces la de siempre.

—En mi casa hay ratones, el coche se ha estropeado, hace demasiado calor para respirar y, con la falta de lluvia, probablemente va a haber una plaga de incendios forestales... Yo diría que las cosas están un poco mal ahora mismo. A veces siento que estoy maldita. No sé cómo voy a pagar el arreglo de ese estúpido coche.

—Puedo prestarte el dinero.

El corazón de Polly saltó un poco. No estaba segura de cuál era la situación financiera de Gilbert. Era neurocirujano, y uno bueno; siempre estaba celebrando algún tipo de baile o evento para conseguir fondos para sus investigaciones, y Polly sabía que igualaba todas las donaciones con fondos de su propio bolsillo. Habían sido vecinos durante años, pero no estaba segura de saber mucho más que eso, aparte de que Gilbert la necesitaba constantemente para que fuera a ayudarlo a limpiar. Era demasiado desordenado para tener un ama de llaves.

—Gracias —dijo lentamente—. Pero le pediré algo a Shane hasta que pueda arreglarlo.

Gilbert asintió.

—Está bien. Si alguna vez necesitas algo, házmelo saber.

—Gracias. —Polly le sonrió. Por fin salía algo bien.

Capítulo DOS

Polly le sonrió mientras la dejaba en la mansión Freeman. Gilbert le devolvió la sonrisa. Dudó mientras ella subía a la casa, viendo cómo se alejaba. Los vaqueros le quedaban tan bien en el trasero que hacían que sus propios pantalones se sintieran apretados. Apartó la mirada. No se dedicaba a acosar a las mujeres.

Se preguntó qué haría Polly si la invitaba a cenar. La llevaría a un lugar elegante, y hablarían de nada y luego de todo. Para cuando terminaran con el postre, sentirían como si se conocieran de toda la vida, lo que no sería una exageración para él, ya sentía que la conocía de toda la vida. Polly no sentía lo mismo por él, pero lo haría después de que hablaran durante un par de horas, y luego, cuando volvieran a casa de su cita, no querrían separarse el uno del otro y pasarían la noche juntos. No necesariamente teniendo sexo, eso podría venir después, así las cosas no irían demasiado rápido. Sólo estarían juntos.

Gilbert suspiró mientras Polly desaparecía en el interior de la casa. Se dirigió a su propia mansión, considerando su fantasía. ¿Qué pensaría Polly si pudiera escuchar sus pensamientos?

¿Qué pensaría su rey?

Cuando llegó a su casa grande y vacía, se arrepintió de no haberle pedido que se quedara. Estaba tan solo en aquel lugar... pero claro, la soledad significaba que podía concentrarse en los resultados que acababa de recibir de las pruebas de seguimiento que habían hecho hacía varias semanas.

Gilbert había comenzado a estudiar neurología cuando tenía diez años. Había sido elegido para una tarea muy importante en su clan: encontrar una cura para la enfermedad que estaba matando a su rey. No era una tarea que él mismo hubiese elegido y, mirando hacia atrás en su vida, había perdido muchas otras oportunidades debido a ello. Sus estudios se habían diseñado a medida para la neurología y la medicina desde entonces. Nunca hubo estudios de historia, ni inglés, ni arte, pero los resultados habían sido claros. Allí estaba, lo suficientemente joven como para que los humanos lo tomaran en serio como médico, y era un neurocirujano de renombre mundial.

Se preparó un sándwich y se sentó en su computadora para ver los resultados. Sólo estaba a mitad de la lectura cuando su teléfono empezó a vibrar. Lo miró y el corazón casi se le detuvo: era de su clan. Rara vez recibía llamadas suyas.

Contestó nervioso.

—Gilbert. —La tranquila voz de Berta cruzó la línea. Era la enfermera personal del rey—. Hace días que no sabemos nada de ti. Tenías que recibir algunos resultados de las pruebas hoy, ¿no?

—Sí. —Volvió a su computadora—. Estaba repasándolo todo. Hasta ahora se ve bastante bien. Estos seguimientos muestran que las neuronas han comenzado a regenerarse y...

—¿Y cuándo podrá ponerse esto en práctica con el rey?

Gilbert se encogió.

—Aún necesito más información al respecto. La fisiología dragón y la humana son diferentes, y si intento algo antes de estar seguro, podría matarlo.

Berta suspiró.

—Y si no nos arriesgamos, morirá de todos modos. Sé que esto es difícil para ti, Gilbert. Todos

tus años de investigación... Y aun así puede que no seas capaz de salvarlo. Está empeorando, Gilbert. Por lo que puedo ver, no creo que llegue a final de año. Puede que tengamos que ajustar nuestros planes.

Eran noticias terribles. Habían pasado varios años desde su última visita al clan, pero había recibido resonancias magnéticas de sobra. El daño que estaba sufriendo el cerebro del rey era claro. Cuando concibió por primera vez aquella idea, pensó que sería la cura para salvarlos a todos, pero con el paso de los años, el rey había empeorado y su propia investigación había dado tantos pasos hacia atrás como hacia adelante. Había revolucionado los enfoques humanos, pero no era suficiente para salvar a su rey.

—¿Gilbert? ¿Estás ahí?

—Sí —murmuró—. Estoy aquí. Si la situación es grave, deberíamos implementar el...

—Gilbert —le interrumpió Berta—. Has dicho que podría matarlo. Sabes lo que eso significa. Necesitamos a la Reina Hija aquí antes de intentar nada, necesitamos que su heredera tome el relevo en caso de que este tratamiento no funcione o, peor aún, que lo mate.

Gilbert agitó la cabeza, intentando negarlo mientras el corazón le latía con fuerza en el pecho. No. Todavía no.

—No puede ser tan malo. Ella tiene una vida aquí, ponerlo todo patas arriba...

—¿Gilbert!

Cerró los ojos con fuerza. Sus llanas se agitaron en su estómago, parpadeando y quemándole la garganta. Quiso gritarle a Berta que no podían decirle a Polly que era un dragón y heredera de una terrible enfermedad; ya pensaba que estaba maldita sin todo aquello. Bueno, y era verdad. Estaba maldita, pero no de la forma en que creía. Si volvía al clan y ocupaba su lugar como Reina Hija, heredera del rey, terminaría con la misma enfermedad que sufría el rey, la enfermedad que mató a su padre, a su abuela, y a todos los reyes y reinas del clan desde hacía generaciones.

—O está lista.

—Si no es ungida, la maldición se extenderá y nos consumirá a todos. Lo sabes.

—Ni siquiera sabe que es un dragón. Es una crueldad ponerla en una posición en la que tendrá que morir por una gente que ni siquiera conoce.

Berta suspiró.

—¿Crueldad? Es para lo que nació. No es más cruel que matar una vaca para comer.

—Matar es justamente la palabra para esta situación. Es una persona, Berta. No fue criada como una de nosotros, nunca se ha transformado. No tiene ni idea de cuál es su linaje.

—Entonces será mejor que se lo digas, Gilbert. ¿Dices que es cruel esperar a que tome su posición como Reina Hija para ser reina después de que el rey muera? —Berta suspiró—. ¿Cómo de cruel sería forzar a toda nuestra gente a separarse de sus dragones? Negar a nuestros hijos la alegría de tomar forma de dragón, negarles esa parte de sí mismos. Sin mencionar que ellos, sus padres y sus hijos, todos morirían de forma horrible y lenta, consumiéndose en sus propias camas mientras sus cuerpos fallan lentamente.

—Sé lo que pasará si el rey no pasa la corona.

¿Por qué había tenido que ser Polly? ¿Por qué no podía haber un voluntario entre el clan para tomar la maldición sobre sí mismo? Había habido momentos en el pasado en los que no se había tenido un heredero y la maldición se había extendido al clan hasta que alguien se había ofrecido a ser rey o reina y había cargado con ese peso. Demonios, él mismo se ofrecería como voluntario de ser necesario. Quizá entonces Polly no se separaría de su dragón...

Pero no era así como se hacían las cosas. Una persona no podía tomar el manto del liderazgo

sobre sí misma cuando el rey tenía un heredero con vida. Tenía que ser Polly. Por mucho que lo odiara, por mucho que deseara que hubiera otra manera...

—Se lo diré.

—Bien. Será mejor más pronto que tarde, Gilbert. No tenemos mucho tiempo.

Colgó sin decir una palabra más. La emoción que habían despertado los resultados positivos le sabía ahora amarga. Todos aquellos años de investigación, y su trabajo no serviría de mucho después de todo. O tal vez... tal vez no podría salvar a su rey, pero sí salvar a su reina. Polly era todavía joven, tendrían varias décadas antes de llegar a aquel punto con ella. Había tiempo, ¿no? Para salvarla.

El corazón le pesaba en el pecho cuando se levantó y se acercó a la ventana. Mientras miraba por ella vio a Polly en el gimnasio al aire libre que tenían los Freeman. Tenía un techo para proteger el equipo de la lluvia y la nieve, pero por lo demás era un espacio abierto. Polly se estaba enfrentando a un saco de boxeo. Incluso desde allí, podía ver su oscura piel brillando bajo la luz.

El saco de boxeo se rompió de repente, dejando caer todo el relleno sobre Polly en una cascada, y ésta se desplomó sobre sus rodillas. A Gilbert el corazón de Gilbert le saltó a la garganta, y salió de la casa antes de tener tiempo siquiera de ponerse los zapatos. Saltó por encima de la pequeña valla que separaba su propiedad de la de los Freeman y en unos segundos se encontró junto a ella.

Polly gritó. Empezó a alejarse de él, pero se relajó cuando vio quién era. Las lágrimas le bajaban por la cara; se las limpió apresuradamente.

—¿Estás bien? —preguntó Gilbert.

Polly agachó la cabeza y asintió. Se acunó una mano contra el pecho.

—Me lastimé cuando se rompió el saco, pero me pondré bien.

—Déjame verte la mano.

—No, estoy bien.

Gilbert extendió las manos. Polly se mordió el labio por un momento antes de poner su mano sobre la suya a regañadientes. Pasó los dedos por los nudillos y por el brazo, buscando moretones o huesos fuera de lugar. Ni siquiera un dragón en plena forma se habría curado tan deprisa de algo así, pero no encontró nada. Frunció el ceño mientras miraba a Polly. Ésta no le miró a los ojos.

—No parece que estés herida.

Polly se encogió de hombros.

—Sólo me ha dolido mucho. Dios mío, esto es increíble. —Suspiró—. Era un saco nuevo, acabo de comprarlo. Quería practicar un poco mi kickboxing. Sólo estoy frustrada. ¡Esa maldita cosa ha explotado así, sin más! Y no guardé el estúpido recibo, así que no puedo devolverla.

¿Un saco de boxeo nuevo rompiéndose de aquella manera? Gilbert tuvo que sonreír. Puso una mano sobre el hombro de Polly y emitió un silencioso suspiro de alivio cuando ella se apoyó en su toque.

—Eres muy fuerte para poder derribar un saco de boxeo como ése. ¿Has pensado alguna vez en participar en las Olimpiadas?

No se permitía la participación de los dragones en las Olimpiadas, ni en el ejército, ni en toda una plétora de cosas en las que los humanos pensaban que su naturaleza les daría una ventaja injusta sobre un simple humano. Gilbert pensó que había algo de lógica en aquello, pero le hubiera gustado que se formasen equipos de dragones especiales. Olimpiadas de dragones, aquello sí que era algo que pagaría por ver.

Polly soltó una risita. Era bueno verla reír.

—No soy tan fuerte. Debía ser de mala calidad; la próxima vez escogeré uno de marca o algo así. En realidad quizás le pregunte a Shane si tiene alguna marca que le guste especialmente, tal vez algo hecho para dragones. No puedo ni imaginarme lo rápido que se habría roto esta cosa si hubiera sido él quien le hubiese dado un puñetazo.

¿Le creería si le dijera que pertenecía a la realeza de los dragón? La ayudó a ponerse de pie. ¿Cómo iba a decírselo? Suspiró y agitó la cabeza.

—Cuidado con la mano y el brazo. Si te duele, házmelo saber.

—Lo haré. Gracias.

Gilbert asintió, se dio la vuelta y volvió a su casa. Se lo diría... sólo necesitaba encontrar el momento adecuado.

Capítulo TRES

Lo último que quería Polly en su día libre era tratar con su madre. No era que no se llevara bien con ella, sólo que no tenían nada en común. Ya era bastante difícil relajarse en una casa invadida por ratones, pero ¿sufrir también aquella invasión? Lo único que quería era acurrucarse en la cama y dormir todo el día, tratar de sacarse el cansancio de los huesos. Supuso que se estaba resfriando.

Odiaba estar enferma, y odiaba todavía más tratar de fingir que no estaba enferma. Amaba a su madre, pero tenía el problema de no saber realmente cómo darle espacio a la gente, o que ser desinteresada significaba hacer cosas por otras personas sin esperar nada a cambio. Aun así, era su madre, y no podía decirle exactamente que no viniera.

Cuando llegó, Polly la invitó a sentarse fuera y sacó un par de vasos de jugo. Su madre se acomodó en una de las sillas de jardín con vistas a la piscina y se recostó con un suspiro.

—Ah, sí. Esto es vida, ¿no? Siempre he dicho que tuviste suerte de que te contrataran los Freeman. Es una vida encantadora, ¿no? —Su madre le dedicó una amplia sonrisa—. No como la mía. El calentador de agua caliente se rompió, y me ha costado un riñón reemplazarlo. Luego noté unos azulejos astillados en el baño. ¿Qué te parece? Fue culpa del fontanero lo hizo. Por supuesto, dice que ni siquiera entró en el baño, ¿pero dónde más iba a revisar que hubiese agua caliente?

—Podría haber ido a la cocina. ¿No estabas en casa cuando fue a arreglarlo todo?

—Oh, estaba demasiado ocupada. Me he arreglado el pelo. ¿Qué te parece?

Se sacudió su cabellera pelirroja y Polly asintió.

—Se ve bien.

—Lo dices por decir. El tono no es el correcto; hace que parezca que tenga la cabeza ardiendo, pero tendré que rehacerlo con una chica nueva, supongo. Es la única solución. —Soltó un suspiro de cansancio—. No creo que sepas lo afortunada que eres de que todo te vaya bien.

Polly se mordió la lengua. ¿Todo va bien? Sí... claro.

—En realidad no me ha ido tan bien últimamente, mamá. Desde que me robaron la identidad...

—Bah. —Agitó una pálida mano y entrecerró los ojos—. Lo tienes todo resuelto, y sé que Shane Freeman se ofreció a ayudarte con todo eso. Pero ya que estamos hablando de dinero, ¿cuándo puedes devolverme lo que aún me debes de la facultad?

Aquello hizo que Polly se quedara sin palabras. Sintió cómo se le calentaba la cara y apretó los puños. Después de un minuto de contener la respiración, se permitió relajarse. Su madre no la estaba mirando, tenía la vista fija en el otro lado de la piscina. Si realmente hubiera pensado que había una deuda que pagar, no ignoraría deliberadamente la mirada de Polly.

«No pierdas los estribos», se dijo.

—Mamá, no te debo dinero.

—Sí que me lo debes. Sé que fue hace tiempo, pero aún me debes mil dólares. ¿Te acuerdas? Lo último que me diste fueron trescientos hace dos años, y...

—Mamá. Dijiste que los últimos mil eran un regalo y no tenía que devolvértelos.

Vio cómo su madre tomar un sorbo de su jugo. Siguió con las manos apretadas sobre el regazo, intentando desesperadamente evitar hablarle bruscamente a su madre. Aquel tipo de cosas eran bastante comunes en su vida; le daban algo sólo para arrebatárselo más tarde. Polly había dudado

en aceptar el «regalo», pero en aquel momento había necesitado desesperadamente el dinero. Tener que devolvérselo ahora también a su madre le revolvió el estómago. El estrés la había hecho perder casi veinticinco kilos, y había terminado en el hospital.

—Bueno... —Su madre bebió su jugo otra vez—. Tal vez sí que dije que era un regalo, pero es mucho dinero, Pauline. Puede que no lo necesitara entonces, pero hoy en día las cosas son diferentes. Con el calentador de agua y con la renovación del baño...

—¿Por qué tienes que renovarlo todo por un azulejo astillado?

Su madre dejó su vaso en la mesita.

—Entiendo por qué estás molesta, pero necesito que me devuelvas esos mil dólares, Pauline. No estoy siendo egoísta, simplemente los necesito.

—Mamá, yo...

—¿Realmente crees que te lo estaría pidiendo si no los necesitase desesperadamente?

—Sí.

Su madre entrecerró sus pálidos ojos y apretó la mandíbula.

—Oh, ¿en serio? ¿Y por qué te crees tan experta, jovencita? Trabajas para multimillonarios, ¿por qué no me das el dinero que me debes?

—No tengo mil dólares por ahí tirados.

—Aceptaré un cheque.

Polly se recostó en su silla; le rechinaban los dientes. Había tenido razón al no querer ver a su madre, ¡aquello era lo último que necesitaba en su día libre! Un dolor de cabeza empezó a latirle detrás de los ojos y tuvo que resistir el impulso de empezar a gritar. Hacerlo no ayudaría a nadie, sólo la haría sentir culpable y terminaría pidiéndole dinero prestado a Tyler o a Shane para aliviar su vergüenza.

—Mamá —dijo, tratando de conseguir un tono calmado—. No tengo mil dólares.

Recibió un suspiro de decepción a modo de respuesta.

—¿Por qué eres tan descuidada con tu dinero?

¿Descuidada? ¿Estaba siendo descuidada viviendo de las sobras de la casa de los Freeman y de los fideos instantáneos para poder pagar deudas que ni siquiera eran tuyas? ¿Era descuidada porque cada vez que conseguía ahorrar un poco de dinero, algo salía horriblemente mal y tenía que gastarlo todo? ¿O era descuidada porque no había tenido vacaciones en cinco años? Se le cerraron los puños.

—Ni siquiera te molestaste en preguntarme cómo estaba antes de lanzar tu discurso sobre lo buena que es mi vida —escupió—. Para tu información, mi vida no está en un buen momento ahora mismo. Mi auto se ha averiado, tengo a cobradores de deudas llamándome sin parar por dinero que ni siquiera gasté, estoy muy endeudada con mis jefes, y lo que es peor, ¡mi casa ha sido invadida por ratones!

Su madre escupió el jugo y dejó el vaso.

—¡Ahora me lo dices!

—Lavé los vasos con una solución blanqueadora y las guardé en un recipiente en el que los ratones no pueden entrar —dijo Polly rápidamente—. Y el jugo estaba en el refrigerador...

—Polly, necesito ese dinero. Ya has pedido dinero prestado a los Freeman, ¿qué es un préstamo más para ellos?

Antes de que Polly pudiera responder a aquello, una alegre voz llamó desde dentro de la casa.

—¡Toc, toc!

Los hombros de Polly se tensaron al ponerse de pie. Tras un momento Bernie y Xavier, la

compañera de Tyler y su hijo pequeño, aparecieron. La sonrisa de Bernie era enorme mientras llevaba al bebé gorgoteante.

—Íbamos a la ciudad a por yogurt helado... —Bernie vio a la madre de Polly y cortó la frase—. ¡Oh! No me di cuenta de que tenías compañía. Siento interrumpir.

—No pasa nada. —Polly se forzó a sonreír. Bernie y ella se llevaban muy bien, pero no quería tener que hacerla lidiar con su madre. Era como si no tuviese un filtro antes de decir las cosas, simplemente soltaba todo lo que le venía a la mente. Sin duda la avergonzaría delante de su nueva amiga. Su relación con Bernie aún se estaba desarrollando, y era demasiado pronto para someterla a su madre... Sin embargo, ya era demasiado tarde—. Bernie, ésta es mi mamá, Jessica. Mamá, ella es Bernie.

—¿Bernie? —Su madre se puso de pie y ladeó la cabeza—. ¿Por qué una chica guapa como tú tiene nombre de chico?

Polly contuvo un gemido.

—Es el diminutivo de Bernice —explicó Bernie—. Odio que me llamen así, prefiero Bernie.

—Y éste es el hijo de Bernie, Xavier —continuó Polly—. Ella y Tyler están comprometidos.

Bernie la miró sorprendida; no le habían dicho nada a Polly sobre casarse. Sin embargo su madre era muy tradicional con esa clase de cosas. Polly recordaba los infinitos sermones que había recibido mientras crecía acerca de mantenerse «pura». Lo cual era una hipocresía, considerando que Polly había sido concebida y había nacido fuera del matrimonio. Jessica decía que su padre era un cambiaformas dragón, pero aquello era imposible. De ser verdad, ella ya sería capaz de transformarse, pero ni siquiera podía hacer humo, y mucho menos fuego.

—Bueno, será mejor que me vaya. —Jessica le sonrió rígidamente a Bernie—. Polly, podemos continuar esta discusión en otro momento. Te quiero, cariño.

—Yo también te quiero. —Polly se obligó a abrazar a su madre, pero se le escapó un suspiro de alivio cuando se fue.

Bernie le brindó una mirada inquisitiva y sabia.

—¿Problemas familiares?

Polly suspiró, debatiendo cuánto quería decirle a su amiga. La respuesta fue que no mucho. Al final, se encogió de hombros.

—Así es mi madre. Nada fuera de lo común.

—¿Quieres hablar de ello?

—No. Vamos a tomar un poco de yogurt helado. —Intentó obligarse a sonreír.

No debería estar gastando dinero en aquello ahora mismo. Después de todo, sin embargo, un pequeño capricho parecía ser justo lo que necesitaba para animarse. Además, ¿qué diferencia había en cinco dólares? No era como si comprara yogurt helado todos los días. Quizás lo hiciese una vez al mes. Con la frustración que sentía en el pecho y el enojo que le ardía en las yemas de los dedos, Polly necesitaba algo que le diera un poco de satisfacción.

Si puedes permitirte una golosina que te irá directa a la cintura, entonces puedes permitirte pagarle a tu madre.

Casi podía oír la voz de su madre en su cabeza. Frunció el ceño y agitó la cabeza. ¡Iba a disfrutarlo, maldita sea!

Xavier gorgoteó mientras conducían hacia la ciudad, hablando consigo mismo como lo hacen los bebés. Polly trató de mantener su mente en la conversación trivial que tenía con Bernie, pero era difícil concentrarse. Una vez que consiguieron el yogur, fueron al parque y caminaron mientras que comían su helado. Eventualmente, Bernie volvió a mencionar a Jessica con gesto indeciso.

—Es impredecible —suspiró Polly—. Todo gira en torno a ella, y cree que si mi vida no es como ella la imagina, eso significa que estoy mintiendo o que he hecho algo estúpido. Como cuando me robaron la identidad; dijo que era porque no recogí mi recibo cuando fui a la tienda y que uno de los cajeros lo usó para robarme el dinero. Y ahora quiere que le pida prestados mil dólares a Shane para poder pagarle mi universidad, cinco años después de que me dijera que la deuda había sido perdonada. ¿Y sabes por qué lo necesita? ¡Para reformar el baño! Sé que está sola y que es difícil para ella, pero es frustrante.

Bernie suspiró.

—Lamento oírlo. Sé algo sobre familias pésimas. Los padres no deberían tratar a sus hijos así.

Polly asintió, con un humor melancólico pendiendo sobre su cabeza.

—No sé. Tal vez sea yo la que no está siendo razonable. Quiero decir, también ha tenido que reemplazar el calentador de agua.

—Bueno, sólo hay una manera de lidiar con todos estos problemas de dinero. Tienes que casarte con Gilbert.

Lo dijo como si fuera lo más normal del mundo. El calor se extendió por la cara de Polly y se ahogó con la cucharada de yogur que acababa de meterse en la boca. La imagen de Gilbert, sin camiseta, estirado en una cama con una mirada seductora, hizo que algo se apretara dentro de ella. El ardor en sus ojos...

Forzó una risa, como si la sugerencia de Bernie hubiera sido divertida.

—Sí, y luego nos divorciaríamos tras un mes después de que lo lleve a la quiebra con mi mala suerte. No, sólo necesito tiempo para pensar y resolver esto.

—Bueno, si necesitas hablar, aquí estoy.

—Gracias. —Polly le sonrió—. Te lo agradezco. Ahora, ¿cuándo os vais a casar Tyler y tú?

Capítulo CUATRO

Todas las mañanas, Gilbert y Polly daban un paseo juntos. Las únicas ocasiones en que no lo hacían era cuando hacía un día terrible. Aquella mañana, estaba muy lindo fuera. Era un día fresco pero no frío, el amanecer seguía pintado en el cielo, y todo estaba completamente tranquilo, sin la más mínima brisa. Un día perfecto para que Gilbert finalmente se lo contase todo... siempre y cuando tuviera el coraje suficiente para hacerlo.

Polly le sonrió distraídamente cuando salió de su casa, vestida con unos pantalones de yoga sueltos y una sudadera con capucha que le quedaba bien. Gilbert babeó un poco al mirar sus generosas curvas, pero la boca se le secó tan pronto como recordó lo que necesitaba decirle.

—Oye, anoche vi tu luz encendida hasta tarde —dijo—. ¿No podías dormir?

Polly se encogió de hombros.

—Tuve... unas palabras... con mi madre ayer. No fue muy agradable. Pero no quiero hablar de ello. ¿Cómo va tu investigación?

—Bien. He obtenido algunos resultados alentadores. —Empezaron a caminar. Gilbert consideró la situación; estaba claro que, pasara lo que pasara, Polly no estaba contenta con la conversación que había tenido con su madre. Jessica Shields. Todo el clan conocía su nombre y su historia. Tal vez debería decírselo primero a su madre, para que ella tuviera la oportunidad de contarle a su hija toda la historia....

Aquello sería más amable, ¿no? Escuchar la noticia de labios su madre, no de él. ¿O sólo estaba siendo un cobarde?

—No sé qué estoy haciendo con mi vida —dijo Polly de repente. Abandonaron la comunidad cerrada en la que se encontraban su mansión y la de Freeman y Polly se metió las manos en los bolsillos—. Desde que era pequeña tuve un montón de grandes planes, todos esos sueños que quería cumplir en mi futuro. Y parece como si todos y cada uno de ellos se hubiera alejado de mí, como si no fuera digna de ver cumplidos mis sueños. Ni siquiera sé si voy a llegar a algo en la vida.

Gilbert le sujetó la mano y la apretó suavemente.

—¿Por qué no me dices qué te molesta?

Polly suspiró.

—No lo sé. Es todo. Las cosas van mal, y esos malditos ratones en mi casa. Me enferma saber que están ahí, y no creo que pueda volver a sentirme cómoda en ella, preguntándome de dónde salieron esos pequeños cabrones.

—Estoy seguro de que los Freeman podrían...

—Y después está eso. —Sus dedos se apretaron brevemente sobre los de él antes de que Polly se echara hacia atrás y se abrazase la cintura—. Ya me han ayudado mucho. Siento que estoy siendo desagradecida cuando pienso que no es...

Gilbert estudió su rostro mientras caminaban. Polly tenía la cabeza inclinada y la mirada fija en sus pies.

—No es suficiente. No en el sentido en que quieres más de ellos, sino más bien que quieres ser capaz de resolver todo esto y no tener que depender de ellos. Tener que pedir siempre ayuda te hace sentir inadecuada.

Polly dio un suspiro de alivio y asintió.

—Exactamente.

—¿Hay algo que haya sacado a relucir todo esto ahora?

Polly se encogió de hombros.

Ya la había visto de aquel ánimo tan deprimido antes. Le pasaba a todo el mundo, especialmente cuando parecía que nada iba bien. Deseó poder tenerla entre sus brazos y asegurarle que todo iba a salir bien, pero no era así. Aquellos problemas eran sólo la punta del iceberg.

Y tarde o temprano, iba a tener que empeorar las cosas para ella.

«Más tarde», pensó. «Si se lo digo ahora, podría perder toda la esperanza».

—Has dicho que tuviste que renunciar a tus sueños —dijo en voz baja—. ¿Qué harías si tuvieras la oportunidad de hacer cualquier cosa?

—Me haría arqueóloga—contestó sin necesidad de pensarlo—. Pero creo que nunca seré capaz... Me estoy haciendo mayor y mi situación económica no deja de empeorar.

Gilbert no pudo evitar reírse de aquello, aunque no era muy gracioso.

—Estás muy lejos de hacerte mayor, Polly. No importa la edad que tengas, siempre puedes aprender cosas nuevas. Así que no te rindas sólo porque no puedas hacerlo ahora mismo.

Polly asintió, y luego lo miró. Por fin se le extendió una sonrisa por el rostro. Sin embargo no duró mucho; fue como el sol abriéndose paso a través de las nubes de tormenta sólo para ser engullido de nuevo.

—Gracias. Sé que no es el fin del mundo, simplemente que hoy no estoy muy feliz. En parte es porque no he dormido bien, y en parte porque estuve revisando mis finanzas toda la noche. Mi madre quiere mil dólares que me dio para la universidad... No entiendo por qué ahora es tan importante, pero soy todo lo que tiene, ¿sabes? No quiero que las cosas se pongan raras entre nosotras.

—Tu madre —repitió Gilbert. El corazón le palpó al ver su oportunidad. Tal vez no tenía que decirle nada después de todo, tal vez ella sabía más de lo que el clan creía—. ¿Te ha hablado tu madre alguna vez de tu padre?

Polly lo miró de forma extraña.

—Um... ¿qué tiene que ver eso?

—Simple curiosidad.

—Bueno... Fui el producto de una aventura de una noche. Mi madre conoció a mi padre, y dice que se emborrachó y tuvo una aventura sólo para despertar sola a la mañana siguiente en su cama. Nunca volvió a beber. —Los hombros de Polly se desplomaron—. A veces me pregunto si me habría tenido si no estuviera tan... no sé, decidida a vivir una vida perfecta, igual que la criaron. Sus padres la desheredaron por tenerme, y sé que debería sentirme agradecida de que me quiera tanto, pero al mismo tiempo a veces no puedo evitar desear haber crecido en una familia diferente. No sé. Tal vez sólo soy una milenial llorona que no sabe nada de la vida real. Sólo necesito tomarme un descanso y dejar de quejarme.

Gilbert tenía el corazón en algún lugar del estómago, pero no dijo nada. Más tarde o más temprano, ¿qué importaba? No tenían demasiado tiempo.

Aunque se había dicho a sí mismo que hablaría con su madre primero, o esperaría hasta que estuviera de mejor humor, sabía que cualquier excusa que pusiera para posponerlo y no decírselo ahora seguiría siendo una excusa para posponerlo más tarde y seguir sin decírselo. Se humedeció los labios, preguntándose cómo hacerlo. Podía decirle que todo lo que le había dicho su madre era

mentira, que había sido ella quien se había ido, no su padre...

Pero aquello parecía demasiado.

—Sé lo que es sentir que todo se está desmoronando—empezó. Las palabras salieron de él como un torrente; si intentaba retenerlas, se hincharía y moriría con ellas—. Te he dicho que mi investigación iba bien.

Polly le miró perpleja y asintió.

—¿No es así?

—Sí, si sólo quisiera aprender más sobre neurología y ayudar a las generaciones futuras. Pero la verdad es que estoy tratando de encontrar una cura para el rey de mi clan. —Pasaron por un parque y Gilbert casi se sintió tentado de sugerirles que se sentaran en los columpios, pero continuaron—. Sabes que soy de un clan de Belice, ¿verdad?

Polly volvió a asentir con la cabeza.

—Bueno... mi rey está muy enfermo. Es una enfermedad genética —mejor no mencionar maldiciones todavía —, y está muriendo. No nos queda mucho tiempo, y me temo que no voy a encontrar una cura a tiempo. La Reina Hija, su heredera, desapareció hace mucho tiempo. Sin ella, todo se desmoronará. Y me temo que... —Se atragantó con las palabras que venían después, que ella era la que necesitaban—. Tengo miedo de que mi clan se desmorone.

—Lo siento mucho. —Esta vez fue Polly quien le tomó de la mano. Se la apretó ligeramente, con una mirada llena de simpatía—. ¿Qué le pasó a su hija?

—Bueno...

Antes de que pudiese decir una palabra más, una furgoneta giró repentinamente hasta detenerse junto a ellos. Los dos dieron un salto por la sorpresa. La furgoneta era negra, con vidrios polarizados tan oscuros que no podían ver lo que había dentro. El hombre sentado en el asiento del conductor llevaba una sudadera y gorra.

La puerta se abrió de golpe, haciendo que Polly saltara, y media docena de hombres con máscaras de Halloween surgieron de su interior. Las llamas de Gilbert cobraron vida, haciendo que emergiera humo de su boca. Los hombres portaban armas y Gilbert actuó por instinto; se lanzó delante de Polly y empezó a transformarse. Las escamas le cubrieron el cuerpo y sus alas se abrieron detrás de él. Los hombres comenzaron a dispararle; fue como estar en una tormenta de granizo, con docenas de agudas picaduras golpeándole. Sin embargo, las balas rebotaron sobre las escamas.

Gilbert golpeó a los hombres con la cola; cogió a dos de ellos y los lanzó por encima de la furgoneta mientras los demás gritaban. Cuatro hombres más salieron de la camioneta y saltaron entre sus piernas, yendo a por Polly. Gilbert agarró la furgoneta y la lanzó al aire, haciendo que cayera a varios metros de distancia mientras se volvía hacia los hombres que atacaban a Polly. Ésta golpeó a uno en la cara y pateó a otro entre las piernas.

Una oleada de orgullo se elevó en el pecho de Gilbert; su reina era una fuerte luchadora, incluso sin su dragón. La miró durante un momento, contemplando como se lanzaba como una fiera contra sus atacantes, asombrado por la fuerza que había tras cada puñetazo.

Se oyeron varios disparos más y Gilbert giró, recordando que el peligro era muy real. Aquella vez las balas le atravesaron las escamas, haciéndole rugir de dolor. Las llamas le parpadearon en la boca cuando se irguió sobre los atacantes.

No hagas daño.

Un ruido de descontento le estranguló al recordar el juramento que había hecho. Por mucho que quisiera matar a aquella gente por atacar a Polly, no podía. No podría llamarse a sí mismo médico

de verdad si hiciera algo así. Así que, en lugar de eso, desplegó las alas y agitó la cola, lanzándolos a todos al suelo, bien lejos de Polly. Ésta le dio un cabezazo al último atacante y lo derribó.

Gilbert la tomó en sus brazos, despegando de inmediato e ignorando el grito de protesta de Polly. Polly se retorció un poco al principio, pero muy pronto dejó de moverse. Sus alas batían el aire mientras se mantenía en vuelo. Sus llamas sisearon y ardieron dentro de él al considerar que no habían amenazado a Polly con sus armas, lo que significaba que iban tras ella.

¿Había descubierto un clan rival quién era en realidad? ¿Estaban intentando poner a su clan de rodillas llevándose a su Reina Hija? No se paró a olfatear si eran humanos o dragones, pero si eran dragones, ¿no se habrían transformado y peleado bajo su otra forma?

Regresó a su mansión de inmediato, aterrizando en el amplio césped y volviendo a su forma humana. Las balas que tenía clavadas en las escamas cayeron al suelo, dejando moretones y rasguños a su paso, pero nada serio. Todas estaban recubiertos de cobre; los asaltantes habían ido a sabiendas de que podrían tener que luchar contra un dragón. Un gruñido le subió por la garganta mientras recogía una de las balas.

—Podríamos haberlos derrotado —dijo Polly. Se puso las manos en las caderas—. ¿Por qué has huido?

Gilbert la miró fijamente.

—Polly, tenían armas. Si te hubieran apuntado...

Sus ojos se abrieron de par en par, como si ni siquiera lo hubiera considerado. Pareció perder el equilibrio por un momento.

—Oh. De acuerdo. Gracias, entonces. Me alegro de que no me dejaras arreglarlo peleando... ¿Quién crees que eran? ¿Secuestradores tratando de conseguir un rescate? Tenemos que llamar a la policía. Ahora mismo. —Lo miró de reojo; estaba totalmente desnudo, pero si a Polly le resultaba incómodo, no dio ninguna señal—. Y has perdido tus llaves. Vamos a mi casa, me he dejado allí el teléfono. Apurémonos, si tenemos suerte los policías podrán atraparlos.

Gilbert la siguió mientras corrían por el césped hacia la mansión de los Freeman. A pesar de la situación, tuvo que sonreír... Polly sabía cómo hacerse cargo de las cosas, ¿no?

Capítulo CINCO

No fue sino hasta que la policía les tomó declaración y Polly les contó a Bernie y Tyler lo del intento de secuestro que por fin fue consciente de todo lo que había pasado. Especialmente cuando Bernie le recordó que ella también había sido secuestrada una vez y que estaba allí para hablar de ello si lo necesitaba. Después de aquello, el enojo que había sentido en el pecho se desvaneció y el miedo se apoderó de ella.

Alguien había intentado secuestrarla. Tal vez iban tras el dinero de Shane, o puede que el de Gilbert. No importaba, porque aquello no cambiaba el hecho de que alguien había intentado agarrarla en medio de la calle. Saberlo le el pecho de terror hasta que sintió que ni siquiera podía respirar. Si Gilbert no hubiera estado allí, no habría sido capaz de escapar luchando. Ni siquiera se le había ocurrido correr. Si de alguna manera hubiese encontrado una salida, la habría desperdiciado al seguir peleando. ¿Y dónde estaría ahora entonces? Secuestrada, a merced de alguien que la quería para quién sabe qué malvado propósito, o peor. Podrían haber decidido que no valía la pena el esfuerzo y simplemente le habrían disparado. Podría estar muerta.

¿Y si lo volvían a intentar de nuevo?

Tyler llamó a Shane en cuanto se enteró de lo que había pasado, y antes de que se diera cuenta, Polly estaba con su jefe y su vecino discutiendo la mejor manera de protegerla. Les dejó hablar, aunque estaba segura de que estaba a salvo por el momento. No había manera de entrar en la propiedad de los Freeman sin ser notado. Aun así, quedaba la pregunta de en qué nivel de peligro se encontraba cuando saliera de la propiedad. Si lo intentaban de nuevo... Ojalá les hubiera visto las caras, pero no lo había hecho. y ya no tenía sentido volverse loca por ello.

Pero tenían que haber estado observándola. Sabían que Gilbert y ella paseaban por aquel camino todos los días, y habían usado balas de cobre contra él. Tanto trabajo no iba a quedar simplemente en un intento fallido.

—Ten. —Kayla, con los ojos marcados por la preocupación, le tendió una taza de té mientras se sentaba en el sofá de la sala de estar de los Freeman, escuchando todavía el bajo murmullo de las voces que venían de la habitación contigua. Se sentó junto a Polly y le palmeó suavemente el hombro—. Sé que es una experiencia aterradora. ¿Cómo lo estás llevando?

—Bien, supongo. —Polly miró su taza—. Tú también fuiste secuestrada, ¿verdad?

Kayla asintió. Bernie, que mecía a un Xavier dormido allí cerca, resopló.

—Sabes, probablemente fuera cosa de tu enorme y sexy compañero dragón.

Polly miró confundida a Bernie.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Kayla.

Bernie se inclinó hacia adelante.

—Bueno, piénsalo. Fui secuestrada por un grupo dedicado a la esclavitud sexual, Tyler me rescató y luego nos juntamos. Tú fuiste secuestrada por miembros de una red de peleas clandestinas, Shane te rescató y luego os juntasteis. Esther, que es parte de la excavación —agregó Bernie para beneficio de Polly —, su compañero dragón la secuestró... bueno, básicamente la secuestró. En realidad no conozco toda la historia.

—Nos secuestró a las dos —dijo Kayla con su voz contemplativa—. Así es como conocí a Shane. Fuimos atacados por uno de sus rivales y Bryant entró en pánico. Le he perdonado, pero a

Shane todavía no le gusta. Y la amiga de Esther, Dominique, también fue secuestrada por un dragón. No recuerdo si él la secuestró y luego otra persona volvió a secuestrarla y él la rescató, o si el secuestro fue cosa sólo de otra persona.

Bernie agitó una mano en el aire.

—Da igual. A lo que me refiero es que , para todas las mujeres humanas que conozco que tienen compañeros dragones, el secuestro ha jugado un papel importante. Así que has perdido tu oportunidad de encontrar a tu pareja al no dejarte secuestrar.

Polly se rió, sintiendo el corazón más ligero después de haber oído todo aquello.

—Bueno, supongo que eso demuestra que estoy maldita después de todo. Ni siquiera me secuestran como es debido.

—Bueno, tal vez no. —Kayla tenía un brillo malicioso en los ojos—. He visto las miradas que le echas a Gilbert cuando no te ve. Y él te salvó...

Polly agachó la cabeza. Sentía un cosquilleo agradable en el estómago al pensar en Gilbert y en lo protector que había sido, pero era demasiado inteligente como para pensar que aquello significase que él era su compañero predestinado. Había hablado con él sobre lo que decía su clan sobre los compañeros, ya que muchos dragones consideraban que alguien estaba automáticamente apareado con la primera persona con la que tuviera sexo y que no se podía formar un vínculo adecuado con ninguna otra persona. Gilbert le había dicho que la idea de los compañeros no tenía mucha fuerza en su clan, y aquello había sido el fin de la conversación.

—Dudo mucho que haya estado poniéndole ojitos a Gilbert —dijo con voz fuerte y confiada.

Era consciente de que Gilbert sentía algo por ella. Tampoco podía negar que muchas veces se había imaginado cómo sería verlo desnudo a la luz de la luna, con la cabeza entre sus piernas, o la sensación de su cuerpo apretado contra el de ella. Pero no era una posibilidad. Siempre había sabido que no saldría con nadie hasta que estuviera lista para el «juntos para siempre», y simplemente todavía no lo estaba, no cuando su vida era un desastre. No quería entrar en una relación pensando que aquello lo arreglaría todo.

Dejó a un lado el té y se puso en pie.

—Estoy muy cansada. Ha sido un día largo. Me voy a casa.

Bernie frunció el ceño.

—Deberías quedarte en la mansión esta noche.

—Gracias, pero estaré bien. La comunidad está vigilada y, con la presencia extra de la policía, la única manera de que me atrapen es si hacen un túnel bajo la tierra como los topos. —Sonrió, a pesar de que estaba nerviosa por regresar sola a la casa de huéspedes—. Estaré bien.

Kayla y Bernie intentaron hacerle cambiar de opinión, pero estaba decidida. Se fue a casa, considerándolo todo. Volvió a pensar en la pelea, cuando se había llenado de furia y fuerza. Era como si algo le hubiera arañado el pecho, intentando escapar para destruir a la gente que se atrevía a atacarla. Había habido algo en aquel momento... como si no estuviera enfadada porque trataran de llevársela, sino porque se *atrevieran* a atacarla.

Se sacudió el pensamiento de encima al entrar en su casa, con el agotamiento pesándole en los huesos. Mientras se dirigía al baño para librarse del estrés del día, un movimiento llamó su atención. Se giró, lanzando lo que tenía más cerca a lo que creía que era un ratón.

Le respondió un grito muy humano. El corazón le saltó a la garganta cuando un hombre enmascarado surgió desde detrás del sofá. Le apuntó con un arma.

—Ven en silencio y no habrá necesidad de que te haga daño.

Una ola de calor le envolvió el corazón. La furia surgió en ella. El fuego se le acumuló en el

estómago, extendiéndose por cada centímetro de su ser. Sin siquiera detenerse a pensar, se lanzó a por él. El hombre gritó cuando chocaron, y Polly notó que no había disparado el arma cuando su cuerpo chocó contra el suyo. Le agarró la muñeca y le dio un puñetazo en el hombro hasta que el hombro soltó el arma, y la apartó de un golpe.

—¿Quién te envía? —le gritó en la cara. Sus manos se apretaron alrededor de su cuello y lo levantó en el aire sólo para tirarlo de nuevo contra el suelo. El hombre forcejeó, consiguiendo darle un puñetazo en la cara. Se oyó crujir algo y la furia la invadió todavía más. Le clavó el puño en la cara una y otra vez, y luego le quitó la máscara. Abrió los ojos de par en par; era uno de los guardias de seguridad.

—¿Duncan? ¿Qué demonios estás haciendo?

Duncan miró tras ella. Algo frío y redondo se apretó contra su nuca. Polly gruñó, tensa, pero una voz fría y sin emoción habló antes de que pudiese actuar.

—No me cuesta nada llevarte muerta. Podemos conseguir lo que queremos de un cuerpo congelado tanto como de uno que respira.

Polly se resistió al impulso de darse la vuelta y darle una paliza también a aquel tipo. No era como Duncan; sabía que aquel segundo hombre la mataría sin pensarlo dos veces. Levantó las manos, y Duncan la apartó de un empujón para ponerse en pie. La sangre le manchaba la cara, y Polly se dio cuenta que ella también tenía sangre en la suya, goteándole desde la nariz.

—Levántate —dijo la voz a sus espaldas.

Polly se puso de pie.

—Ahora nos iremos en silencio y sin alboroto...

Unos vidrios rotos lo interrumpieron. El aire se llenó de humo. Polly se echó al suelo instintivamente. Hubo un disparo y sintió como le rozaba el pelo. Duncan soltó un grito de dolor, y al segundo siguiente el calor hizo vibrar el aire. El hombre tras ella gritó. Polly se dio la vuelta y vio el dragón negro de Gilbert en la casa. Sus ojos ardían de un color rojo y tomó otra bocanada de aliento, con las llamas parpadeando entre sus dientes. El hombre con el arma yacía en el suelo, retorciéndose e intentando apagar el fuego que había prendido en su abrigo.

Polly se lanzó a por el arma de Duncan.

Gilbert volvió a abrir la boca, listo para quemar al hombre hasta reducirlo a cenizas.

—¡No! ¡Vas a incendiar mi casa! —le gritó Polly.

La puerta se abrió de golpe y Shane y Tyler entraron corriendo. Shane echó un vistazo a lo que estaba pasando y fue a por el intruso mientras le gritaba a Tyler que asegurara a Duncan. Polly abrió la boca para preguntar qué debía hacer, pero en aquel momento Gilbert volvió a su forma humana.

Se le secó la boca al ver su forma desnuda. Su hermoso cuerpo desnudo. Un suspiro desgarrado se le escapó de entre los labios mientras su mirada bajaba por los duros contornos de sus músculos. Nunca había pensado que los músculos fueran realmente tan atractivos, pero tampoco había visto nunca antes había a un hombre como él. Era como si la otra vez ni siquiera lo hubiera visto antes de lo furiosa que había estado, pero ahora lo vio por completo.

—¿Estás bien? —Gilbert se acercó a ella y Polly apartó la mirada, avergonzada.

—Sí. —Se tanteó la nariz con cuidado con una mano—. Me pondré bien.

Tyler y Shane ataron a los dos intrusos. Gilbert intentó apartarla, pero Polly le puso una mano en el pecho, deteniéndolo. Entrecerró los ojos mientras miraba a los dos hombres. Caminó hacia delante, cogió un atizador de la chimenea y golpeó el suelo justo al lado de las manos de Duncan.

—¿Qué esperabas lograr? —exigió—. ¿Forman parte del equipo que trató de secuestrarme esta

mañana? ¿Con quién estás trabajando?

El hombre que no conocía la miró fijamente, frío y silencioso, pero Duncan gimió. Polly se centró en él; era un hombre soltero y amargado que pensaba que la vida había sido profundamente injusta con él después de que su esposa lo abandonase tras atraparlo engañándola. Duncan siempre se lanzaba a contarle todo lo que iba mal en su vida cada vez que hablaban. Polly golpeó el suelo de nuevo, esta vez más cerca de sus piernas.

—¿Y bien? ¿Quién te ha comprado, Duncan? ¿O ibas a conseguir una parte de los beneficios de un rescate?

Éste agitó la cabeza y ella volvió a golpear al suelo, esta vez entre sus piernas. La amenaza era clara, y Duncan cedió como lo haría un vaso de plástico al ser pisado por un luchador de sumo.

—¿Fue Claire Perry! Ella misma vino a mi casa y me ofreció diez mil dólares si la ayudaba a atraparte. Solté un montón de ratones en la casa pensando que así te quedarías en un hotel de la ciudad y todo sería más fácil. ¡Pero tú te quedaste! ¿Qué más se suponía que debíamos hacer?

El otro hombre puso los ojos en blanco.

—Aficionado —refunfuñó.

—¿Claire Perry? —Polly se quedó atónita. Claire había vivido en la zona años antes, una rica heredera que había desaparecido en Centroamérica. Se rumoreaba que se había vuelto loca y que había intentado matar a alguien.

¿Qué podría querer de Polly?

Capítulo SEIS

Gilbert anotó el presupuesto que le dieron y prometió devolver la llamada a la agencia. Colgó el teléfono y echó un vistazo a la lista que había compilado. Había pasado cuatro horas investigando y llamando a agencias que ofrecían servicios de guardaespaldas para proteger a Polly. Estaba claro que los necesitaba. No podía correr ningún riesgo, ni siquiera con la policía merodeando por la casa y patrullando por la ciudad, no con su seguridad.

Sin embargo, la búsqueda estaba resultando difícil. Para empezar, tenía que considerar la legalidad del asunto y si valía la pena elegir a alguna empresa que rozaba la ilegalidad. Su respuesta automática había sido que sí, por supuesto. La seguridad de Polly trascendía todo lo demás, pero si acababa haciendo tratos con gente de mala calaña, ¿quién le decía que no acabaría poniéndola todavía más peligro?

Estaba marcando el siguiente número cuando Shane llamó a su puerta. Gilbert le hizo un gesto, haciéndole señas para que entrara.

—¿Así que ahora vives aquí? —Shane miró el cuarto de huéspedes.

La ropa de Gilbert yacía en la cama y su computadora estaba en el escritorio.

—Hasta que sepamos qué quiere Claire Perry con Polly, sí.

Shane gruñó. Se sentó al lado de Gilbert y lo observó.

—¿De qué se trata todo esto, Gilbert? Quiero decir, además de lo evidente.

Gilbert evitó mirarlo a los ojos.

—No sé de qué estás hablando.

—No me vengas con esa mierda. Conozco la mirada de un hombre que guarda un secreto. ¿Conoces a Claire Perry?

—No. Hablábamos de vez en cuando vivía aquí, pero nadie la ha visto en años.

Shane se masajeó la nuca y un destello de una emoción imposible de identificar le cruzó el rostro.

—¿Qué? —Gilbert se inclinó hacia él—. ¿Qué es lo que sabes?

—No puedo decírtelo.

—¡Polly está en peligro, tienes que decírmelo!

Shane puso una mueca de dolor.

—De acuerdo... pero no puedes preguntarme cómo lo sé. Sé que esto va a ser una sorpresa, pero Claire Perry no desapareció. Huyó con un rey dragón de América Central. Trataron de reclamar el Huevo del Emperador para sí mismos, y cuando fracasaron, escaparon.

Los ojos de Gilbert se abrieron de par en par. Todo el mundo sabía que el Emperador, un dragón con la voluntad y el poder de unir a todos los clanes de dragones en la paz, había vuelto a ellos. Pero los detalles estaban rodeados de misterio, y la identidad del Emperador era un secreto muy bien guardado. Sus padres trataban de mantenerlo alejado de los ojos del público para protegerlo y darle una apariencia de normalidad.

—Ése rey dragón —murmuró—, ¿era de Belice?

—No lo sé. Debía de ser de algún lugar cercano.

Gilbert se dio la vuelta y se apretó las manos contra las sienas.

—Entonces eso lo explica todo.

—¿Cómo?

Gilbert dudó un momento. Su misión era mantenerla en secreto, pero con la información que Shane le había dado... Bueno, aquella confianza merecía algún tipo de reciprocidad. Y, si tenía que ser sincero, también le vendría bien la ayuda. Con un suspiro, Gilbert se echó hacia atrás.

—Soy parte de la guardia del rey de mi clan. Fui enviado aquí por nuestro rey para encontrar a su hija. Para protegerla y, al mismo tiempo, investigar la enfermedad que ha estado devastando a nuestro linaje real durante generaciones. —Tragó con fuerza mientras los ojos de Shane se abrían de par en par—. Polly es nuestra Reina Hija, su heredera. No tenemos príncipes ni princesas, y nuestro rey se está muriendo. Ya no vivirá mucho. Si Claire Perry va tras Polly, debe ser para desestabilizar nuestro clan y dejarlo a manos de su rey.

—Tienes que decírselo.

Gilbert dio un salto y se giró para ver a Kayla en la entrada. Resistió el impulso de soltar una maldición. ¡Lo último que quería era que todos en la casa supieran quién era Polly!

—Kayla...

—Mira, amigo, eso es algo que necesita saber. Quiero decir, es una locura no saber qué está pasando, así que díselo y después...

—Es más complicado que eso. —Trató de indicar con su voz que la discusión había terminado, pero Kayla se puso las manos sobre las caderas y entrecerró los ojos. Gilbert sintió cómo aumentaba su enfado. —Lo que estás diciendo es que se supone que debo decirle que es la Reina Hija secreta de mi clan y que tengo que llevarla de vuelta porque estamos malditos, y que tiene que cargar con la maldición y morir de una muerte horrible a una edad temprana para que no tengamos que hacerlo.

Los ojos de Kayla se abrieron como platos.

—¿Qué?

Gilbert levantó una mano.

—Es exactamente como he dicho. Nuestro clan está maldito. Si Polly toma su lugar como la Reina Hija...

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde hace el tiempo suficiente.

El silencio pendía en el aire. Por un largo momento, nadie dijo nada. La cara de Kayla se puso pálida por el horror e incluso Shane miró fijamente a Gilbert con una mezcla de miedo y furia. Finalmente se puso de pie y se pasó una mano por el pelo.

—Guau. Eso es... De acuerdo, mira. —Shane respiró hondo y lo dejó salir—. Obviamente todo esto es un gran peso para ti. No lo habrías mantenido en secreto durante... durante todo el tiempo en que lo hayas mantenido en secreto sólo para soltarlo ahora a menos que algo hubiera cambiado. Así que sabes que tienes que decírselo.

Gilbert frunció el ceño, pero era verdad. Ya se arrepentía de haberles contado nada, pero al mismo tiempo se sentía aliviado. No tenía sentido. Se pellizcó el puente de la nariz.

—No puedo decírselo. Es una carga demasiado pesada. No es justo para ella tener que cargar con el destino de todos nosotros sobre sus hombros.

Kayla entró y puso una mano en el hombro de Shane.

—Sé lo que es que te mientan para protegerte. No funciona, Gilbert. Polly está en peligro sin importar que lo sepa o no. Quiero decir, ¿dos intentos de secuestro?

—Estoy de acuerdo. —Shane miró a su compañera con pesar—. Sé algo sobre las consecuencias de mentirle a alguien para protegerlo. No funciona de la forma en piensas. Sé que

es difícil, pero nos lo has dicho a nosotros. Ahora tienes que decírselo a Polly.

Gilbert suspiró. Miró de uno al otro durante un momento, deseando haber mantenido la boca cerrada. Todo el mundo parecía pensar que debía decírselo.

«Y tú también lo piensas», se recordó a sí mismo. El clan dependía de ello. Apestaba, pero Polly tenía que saberlo. Gruñó algo sobre decírselo, y luego escondió la cara entre las manos cuando Kayla y Shane se fueron. Sinceramente, todo lo que estaba pasando era demasiado. Estaba acostumbrado al estrés y a los problemas, no sería neurocirujano si no pudiera lidiar con ellos. Había tratado a gente que se estaba muriendo, a gente que veía morir a sus seres queridos.

Pero con Polly era diferente.

Y las cosas se pondrían más difíciles todavía cuanto más lo pospusiera. Ahora no sólo tenía que decirle que todo un clan que no conocía dependía de que tomase una decisión que podría matarla, sino que también además bien podría ser la razón por la que estaban intentando secuestrarla. Tenía que decírselo de una vez por todas, rápido, como quien se arranca una tirita.

Los nervios le revolviéron las tripas mientras la buscaba. Desde el ataque en su casa Polly había pasado a quedarse en la mansión, donde los dragones podían vigilarla de cerca y asegurarse de que no estuviera en peligro. Se dirigió a su puerta, y fue sólo después de llamar a la misma que oyó sus sollozos silenciosos.

—¿Quién es? —dijo Polly.

—Gilbert. Puedo volver más tarde.

La puerta se abrió, revelando a Polly. Tenía los ojos rojos e hinchados, pero le sonrió y le abrió la puerta. Casi podía oler la tristeza que la bañaba.

—¿Qué pasa? —preguntó de inmediato, y luego hizo una mueca por lo estúpido de la pregunta. ¿Qué era lo que no pasaba?

A Polly le tembló el labio cuando se hundió en la cama. Gilbert se sentó junto a ella, cerca pero no demasiado cerca.

—Acabo de hablar por teléfono con mi madre. Ha empezado a decir que mi padre estaba intentando secuestrarme y que tengo que alejarme de todos los dragones. No me ha querido escuchar cuando le he dicho que era Claire Perry. Sonaba tan asustada. Nunca antes la había oído así antes.

Se formó un nudo en el estómago. Por un breve momento, consideró si podría ser verdad. No que el rey mismo hubiera enviado gente para secuestrarla, sino que fueran miembros de su clan. Duncan podía haber sido abordado por alguien que decía ser Claire Perry pero que en realidad era parte de su clan. ¿Pero quién tendría la audacia de hacer tal cosa?

«El tiempo se acaba. No es tanta audacia como desesperación».

—Polly, yo...

—Sé lo que vas a decir.

Gilbert se quedó en silencio, con los ojos muy abiertos.

—Me vas a decir que está preocupada y que todo va a salir bien. Que entre tú, Shane y Tyler, encontrarán a quien me persigue y que mi madre debe de estar loca. Que mi padre ni siquiera sabe que existo, y es imposible que me esté persiguiendo.

—Eso no es exactamente lo que iba a decir...

Polly agitó la cabeza. Se volvió hacia él, con sus ojos llenándose de lágrimas.

—No necesito que me tranquilicen ahora mismo, Gilbert. Sólo necesito que me escuches.

Gilbert inspiró profundamente y abrió la boca, pero cuando Polly se puso tensa, la volvió a cerrar. Podía dejar que dijese lo que necesitaba decir, y luego él le contaría lo que sabía de su

padre.

—Mi madre y yo nunca estuvimos muy unidas. Lo que tenemos es porque no teníamos a nadie más. Hemos tenido que apoyarnos la una en la otra. —La mirada de Polly se distanció—. Y siempre siento como si ella esperara que yo esté ahí para ella a cada segundo, aunque ella esté demasiado ocupada para estar ahí para mí. Sé que es injusto. No es como si nunca hubiera tenido tiempo para mí. Trabajó duro para que yo pudiera tener oportunidades en la vida. Pagó mi primer semestre en la universidad. La quiero, Gilbert. ¿Y si Perry va tras ella para llegar a mí?

Gilbert la abrazó, incapaz de detenerse. LE besó la frente y Polly dio un suave grito ahogado. Antes de que pudiera alejarse, mortificado por lo que había hecho, ella soltó un tembloroso suspiro y se inclinó hacia él.

—Llamaré a unos amigos para que protejan a tu madre. Te lo prometo, nadie le pondrá un dedo encima. —Le encantaba la forma en que Polly se sentía en sus brazos, suave y cálida. Se encontró enrollando sus dedos en sus apretados rizos, respirando su profundo aroma. Tenía un ligero olor ahumado, lo suficiente como para notarlo si lo estabas buscando. De lo contrario, nadie se daría cuenta—. Sabes, nunca te lo he preguntado... ¿Tienes hermanos?

Polly agitó la cabeza.

¿Significaba aquello que el vínculo de apareamiento entre sus padres había evitado que Jessica buscara compañía masculina? Lo que estaba claro era que al rey se lo había impedido. El dolor de no tener a su compañera a su lado le había envejecido prematuramente, haciendo que la maldita enfermedad le afectara más rápido de lo que lo habría hecho de otro modo.

Por lo que él había oído, el rey había idolatrado a Jessica con todo su ser. Lo habían sido todo el uno para el otro hasta que ésta desapareció abruptamente, llevándose a su hija recién nacida con ella. Aquel día había destruido al rey, y todo el clan había pasado a sentirse inquieto e intranquilo desde entonces. Le habían pedido que tomara a una nueva hembra, que la dejara embarazada. Se habían seleccionado a varias dragones hembra para él, pero se negó a tocar a ninguna de ellas. Su amor y pena habían sido demasiados profundos como para permitirle pensar en abrazar a otra mujer.

Qué horrible debió de ser que dos personas tan unidas pasaran todos aquellos años separadas.

—Polly... —El corazón le pesaba cuando retrocedía un poco para mirarla a los ojos. Tenía que contárselo todo, pero cuando Polly lo miró con sus hermosos ojos marrones, tan encantadores y brillantes, fue incapaz de pronunciar las palabras—. No dejaré que te pase nada. Te juro que daré mi vida para protegerte.

Polly se estremeció.

—No quiero que mueras por mí.

No era a lo que se refería, pero no lo aclaró. Iba a dedicar su vida, cada fibra de su ser, a encontrar una cura para aquella enfermedad. Tal vez no podría salvar al rey, pero salvaría a su reina.

Capítulo SIETE

La sensación de su calor junto a ella resultaba tan tranquilizador que los temores que habían estado burbujeando en sus entrañas durante todo el día se disiparon. Polly se acurrucó más contra su brazo. Le encantaba el olor ahumado que lo rodeaba. Era más nítido que alrededor de Shane o Tyler, y era un aroma tan hogareño. Como el tocino ahumado, una delicia a la que seguía sin poder resistirse cuando se la ofrecían.

—¿Qué papel desempeñas en tu clan?

Alzó la vista y se encontró a Gilbert con la mirada distante.

—¿Mi papel? Bueno... soy de Belice. Mi familia fue adoptada en el clan hace unos cien años. Originalmente éramos menonitas —agregó—. No estoy muy seguro de cómo sucedió todo, sólo que mi tatarabuelo se transformó cuando era muy pequeño y el clan local lo acogió. No estamos seguros si sus padres también eran cambiaformas, o si su madre tuvo una aventura con un dragón. En cualquier caso, fue aceptado. ¿Y yo? Bueno, fui entrenado desde muy joven para ser parte de la guardia del rey.

—¿La guardia del rey?

—Sí. Somos un grupo dedicado a proteger al rey.

Polly no quería alejarse, pero tuvo que hacerlo para poder verle bien la cara. Frunció el ceño.

—Si se supone que debes proteger al rey, ¿qué haces aquí? Estas muy lejos de Belice.

Gilbert casi sonrió, aunque parecía un poco... nervioso.

—Me enviaron a investigar formas de salvarlo de una enfermedad genética.

Polly asintió. Recordó que ya le había hablado de aquello.

—Mi trabajo es proteger al rey salvándolo de algo contra lo que no podemos luchar. El clan me dio todo mi dinero para financiar mi investigación. Pero me di cuenta de que no iba a funcionar, de que iba a costar muchísimo más, así que empecé a recaudar también fondos para la investigación. Ahora desearía haberme centrado sólo en la investigación... mi rey se muere, y no tengo lo que necesito para salvarlo.

Polly vio las líneas de tensión en su rostro y le apretó la mano. Debía de ser horrible, tener algo así colgando constantemente sobre su cabeza. Su mirada se hizo más intensa mientras lo consideraba.

—No es culpa tuya.

—No sé si lo es o no. Pero, desafortunadamente, ya no hay nada que hacer al respecto. —Los ojos de Gilbert se oscurecieron por un momento.

Ver su dedicación hacia algo tan importante hizo que el corazón de Polly se estremeciera. Siempre había pensado que era guapo, pero cada vez que consideraba lo paciente y gentil que era con la gente... Siempre hacía que todo su cuerpo lo ansiara un poco. Apartó la vista, a sabiendas de que no podía pasar nada entre ellos. No importaba si su cuerpo estaba en llamas en aquel momento, queriendo agarrarlo y llevarlo de vuelta a la cama. No podía pasar.

Quería que su primera vez fuera con la persona con quien pasaría el resto de sus días, y simplemente aquel no era el caso con Gilbert. Eran demasiado diferentes. Para empezar, tarde o temprano Gilbert volvería a Belice...

—Polly... —Susurró su nombre como si fuese una oración. Cuando ella lo miró de nuevo, se

sorprendió al ver el fuego en sus ojos. Tanto deseo la dejó sin aliento.

Algo se apretó dentro de ella. Sintió que todo se tensaba todavía más, con un calor que se acumulaba en su interior. Su ritmo cardíaco aumentó a medida que se inclinaba hacia adelante. Era un movimiento medio inconsciente, y al mismo tiempo pensó que un solo beso no era un contrato para siempre. Las manos de Gilbert se deslizaron alrededor de su cintura mientras se inclinaba.

Sus labios se tocaron, enviando una sensación de hormigueo por toda su boca. Algo revoloteó en su pecho y de repente se encontró lanzándose hacia él. Aparentemente Gilbert no esperaba el ataque, porque lo siguiente que supo es que estaban tumbados en la cama. Sus manos la tocaron con desesperación, como un hombre hambriento probando al fin un festín. Sus besos se hicieron más profundos; Polly le metió la lengua en la boca y él respondió. El calor se esparció por cada centímetro de su cuerpo. La tensión en su interior aumentó, y Polly se encontró jadeando contra él. Se le escapó una pequeña risa de sorpresa y deleite mientras sentía como Gilbert se endurecía contra el centro de su cuerpo.

Qué fácil sería simplemente apartar la barrera que constituía la ropa, tener lo que ambos claramente querían...

Sus manos se deslizaron bajo su camisa, tomándole los pechos, pero de repente se detuvo. Gilbert giró la cabeza rompiendo el beso, y Polly retrocedió lo suficiente como para poner espacio entre sus rostros. Temblaba por él, quería más, no quería pasar jamás, pero mientras lo miraba a los ojos, volvió a ser consciente de sus convicciones.

Lentamente, odiando que tuviera que elegir entre aquel momento y la eternidad que quería, Polly se apartó. Tragó con fuerza mientras miraba hacia otro lado.

—Lo siento—susurró—. No fue mi intención...

—No lo sientas. Hacía años que quería hacerlo. —Gilbert se sentó y se pasó una mano por el pelo. Le dirigió una sonrisa medio tímida, medio de disculpa—. Eso y mucho, mucho más. Es sólo que... bueno, las circunstancias.

La mayoría de los dragones creían que la primera persona con la que se acostaban sería su única pareja verdadera, su compañero para siempre. Y si no lo eran, entonces tener sexo con alguien que no era su compañero verdadero lo arruinaba todo para dicho compañero. Polly se humedeció los labios. Sabía que Gilbert no creía en aquello, al menos no del todo, pero era algo bastante difícil de ignorar.

Y además, eran amigos. Dar aquel salto... ¿arruinaría lo que tenían? *Gilbert lleva años detrás de ti.*

«No, no es cierto». Gilbert sentía algo, eso lo sabía, pero nunca había actuado en consecuencia, lo que significaba que él también tenía reservas. Unas reservas que no iban a desaparecer sólo porque se hubieran besado una vez. No era algo que pudieran ignorar.

Gilbert le tomó la mano, y hasta aquel simple acto le mandó escalofríos por la espalda.

—Oye, lo siento.

—¿Lo sientes? —Polly le miró sorprendida—. ¿Por qué?

Se encogió de hombros sin mirarla.

—Sé que no quieres involucrarte con nadie ahora mismo. Son las circunstancias las que han hecho que me beses.

Espera, ¿qué?

—¿Por eso nunca me has invitado a salir?

Gilbert la miró con sorpresa.

—A pesar de lo que piense Tyler, sé que has estado prendado de mí. Desde hace años

—añadió—. Y sí, hubo momentos en que supe que no era el momento adecuado, pero traté de mantener la posibilidad abierta. Pensé que... ya que no me preguntaste, había una razón. Algo. No lo sé. Sencillamente algo.

A Gilbert se le escapó una profunda risa y agitó la cabeza.

—No. Para nada, aparte de que estaba preocupado por lo que podría pasar si cruzaba esa línea. Tu amistad es mucho más importante para mí que cualquier otra cosa, Polly. Prefiero ser tu amigo y tenerte en mi vida que intentar algo que no funcione, y luego tener que romper. Yo...

Se acercó más a él.

—¿Tú qué?

—Sé que quieres que la primera persona con la que estés sea también la última. —Su rostro se volvió de color rojo brillante mientras miraba hacia otro lado. Cambió de posición antes de volver a mirarla—. Te oí diciéndoselo a alguien una vez. No quise escuchar a escondidas, pero...

—No pasa nada. —Se mordió el labio mientras se acercaba de nuevo—. Pero supongo que eso depende de lo que consideres perder la virginidad. ¿Vale cualquier actividad sexual, o tiene que ser específicamente sexo al completo? ¿Tiene que incluir penetración?

Los ojos de Gilbert volvieron a oscurecerse de lujuria. Su mano subió por la curva de su cadera casi inconscientemente.

—Bueno... Los dragones con los que he hablado que creen que los compañeros y el sexo están interconectados, parecen pensar que si hay un hombre involucrado tiene que incluir la penetración... Cuando son dos mujeres el caso es diferente, pero eso no es relevante para ti y para mí, ¿no?

Su corazón se aceleró de nuevo y aquella vez Polly se escabulló entre sus manos y agarró la parte delantera de sus vaqueros.

—Así que el sexo oral no cuenta.

Empezó a desabrocharle los vaqueros cuando él le capturó los labios. El deseo le ardía en los ojos, pero se humedeció los labios y negó con la cabeza.

—¿Estás segura? No quiero que hagas nada de lo que te arrepientas por la mañana.

Nunca había estado más segura de nada que en aquel momento. Tal vez estuviera yendo un poco rápido, pero a ella no le importaba. Lo deseaba, y él la deseaba a ella. ¿Y quién iba a decir que su amistad no podía florecer y convertirse en amor eterno?

—Quiero esto —le susurró. Gilbert le soltó las muñecas y ella le desabrochó los vaqueros.

Se levantó para que Polly pudiera bajarle los vaqueros hasta las rodillas. Se sentó allí medio erecto, y Polly tuvo que ahogar un gemido. La excitación y el deseo la recorrieron; había un fuego en su interior que sólo cobró todavía más fuerza cuando lo tomó en sus manos. Lo acarició suavemente y le miró a los ojos para dirigirle una media sonrisa.

Gilbert le devolvió la sonrisa y Polly se lo llevó a la boca. Un temblor producto de los nervios se apoderó de ella mientras empezaba a chupar suavemente; nunca había hecho aquello antes, y no sabía si Gilbert iba a disfrutarlo... Pero no tenía de qué preocuparse. Gilbert dejó caer la cabeza hacia atrás y soltó un profundo gemido al respirar temblorosamente. Polly sonrió mientras continuaba con lo que estaba haciendo. Sus dedos se retorcieron en sus apretados rizos, aplicando una suave presión en la parte posterior de su cabeza.

Polly le pasó las manos por las piernas, rozando con los dedos los músculos tensos. Cuando llegó a sus muslos, Gilbert movió las caderas hacia arriba. El movimiento le empujó más profundamente y Polly se apartó, sorprendida. Se tomó un descanso, usando la mano sobre él; estaba duro, grueso y tembloroso. Cuando lo miró a los ojos se los encontró oscurecidos por la

lujuria. Gilbert tenía la mandíbula apretada y una mirada de feroz determinación fijada en el rostro.

—¿Quieres que trague? —susurró Polly, recordando aquella frase de una de sus novelas románticas favoritas.

En el libro, el héroe había gemido, le había dicho a su amante que sí, y había estallado casi de inmediato. Gilbert en cambio dio un pequeño quejido, asintió y movió las manos para aferrarse a la colcha. Las palabras parecían estar más allá de su alcance. Polly se inclinó sobre él otra vez y continuó trabajando sobre él hasta que los músculos bajo sus manos se tensaron. Con un pequeño grito, Gilbert se cayó hacia atrás, moviendo las caderas. A Polly le resultó difícil mantener la boca donde tenía que estar.

Cuando terminó, Polly se humedeció los labios y se frotó las manos en los muslos. Gilbert jadeó en la cama y ella se puso de pie. Su ropa era demasiado, así que se la quitó antes de ir al baño adjunto para enjuagarse la boca. Cuando regresó, Gilbert se había subido la ropa interior, pero se había quitado todo lo demás. Le sonrió mientras extendía sus brazos y Polly se echó en su abrazo, dejando que la besara con fiereza.

El beso prendió fuego a todo mientras deslizaba una mano entre sus piernas. Polly las separó por instinto, pasándole una sobre las caderas. Gilbert la acercó con la mano libre, haciendo que sus senos se apretasen contra su pecho, y la besó de nuevo.

Empezó a pasar los dedos sobre ella, explorando suavemente. Cuando Polly tembló y soltó un suave gemido, repitió la acción que lo había provocado. Polly volvió a temblar, sintiendo cómo se le ponían los ojos en blanco.

—Te gusta eso, ¿verdad? —susurró Gilbert.

—Sí.

Lo hizo de nuevo, enviando esta vez un rayo de calor por sus piernas. Polly se aferró a él más fuerte, hundiendo los dedos en los suaves y duros hombros de Gilbert. Volvió a encontrar su boca mientras él avivaba el fuego en su interior. Sentía que estaba a punto de explotar, todo su ser estaba demasiado tenso.

—¿Quieres que lo haga con la lengua? —le gruñó en la oreja mientras se movía para empezar a besarle el cuello.

—No.

Gilbert retrocedió, con la sorpresa reflejada en la cara.

—Quiero tu cuerpo contra el mío. Que me beses mientras yo...

Se calló, sin querer pronunciar aquella palabra. A Gilbert no le hizo falta; besó cada centímetro de su cuerpo mientras seguía moviendo los dedos alrededor de su objetivo. Pronto Polly no pudo hacer otra cosa que aferrarse a él y gritar sin aliento. El fuego dentro de ella la consumía, la oscuridad cubría su visión y su cuerpo se retorció mientras el placer la inundaba. Gilbert la sostuvo, besándola una y otra vez mientras movía las caderas, cabalgando contra su mano hasta que fue demasiado y tuvo que quedarse quieta.

Se dejaron caer en la cama entre gemidos. Polly jadeaba, con los dedos aún clavados en los brazos de Gilbert. Una pequeña sonrisa apareció en su rostro cuando volvió a mirarle a los ojos. Gilbert le devolvió la sonrisa, con los brazos apretados alrededor de su cintura. Nunca antes se había sentido tan cálida y segura... Se acurrucó más cerca de sus brazos, sin querer pensar en nada excepto en lo cálido que era Gilbert.

Capítulo OCHO

Polly estaba dormida contra su costado, con la cabeza apoyada sobre su hombro. Gilbert se pasó toda la noche abrazándola. No durmió, sólo dio laguna cabezada de vez en cuando. Nunca antes se había sentido tan conectado con otra persona. Se sentía tan... seguro. Era extraño para él, ya que nunca se había sentido inseguro antes, pero aquello... Aquello era una sensación de plenitud que no podía describir. Solo podía imaginar lo todavía mejor que se sentiría estar completamente dentro de ella, dejando que ambos encontraran su culminación juntos.

Sin embargo, cuando el sol empezó a salir se dio cuenta de que se había permitido distraerse de nuevo. Suspiró mientras se movía un poco, apartándose del agarre de Polly. Aquello era exactamente lo que había creído que pasaría; se había dado a sí mismo una excusa, una razón para no decírselo, y al hacerlo sólo había conseguido acabar recurriendo a otra excusa, y otra, y otra.

Tenía que decírselo.

Polly se estiró y bostezó. Gilbert miró su hermoso cuerpo, sintiendo cómo se endurecía con solo verla. Tragó saliva con fuerza y miró hacia otro lado. No podía dejarse distraer de nuevo, sin importar lo mucho que quisiera abrazarla otra vez ni que ella montara su mano hasta que dejase caer la cabeza y todo su cuerpo temblase y se retorciera de placer.

Se aclaró la garganta mientras Polly le sonreía.

—Hay algo que necesito decirte.

Polly se apoyó sobre un codo.

—Pareces preocupado.

¿Tan obvio era? Gilbert se pasó una mano por el pelo, sin mirarla. Su mente corrió de un lado al otro, tratando de encontrar las palabras correctas. Al final tuvo que reconocer que lo único que podía hacer era expresar los hechos y tener fe.

—No es una buena noticia —dijo lentamente—. Y es una de las razones por las que compré la casa junto a la de los Freeman. Sabía que vivías aquí y quería acercarme a ti.

Polly resopló.

—¿Estás diciendo que me has estado acosando durante años?

Gilbert se encogió de hombros. Podía ver que se interpretase de esa manera.

—Es... Polly, ¿recuerdas que me dijiste que creías que estabas maldita?

—Estaba siendo dramática. Sé que las maldiciones no son reales.

—Pero lo son. —Por fin se permitió mirarla a los ojos—. Y lo estas.

Los ojos de Polly se abrieron de par en par. Se quedó con la boca abierta, y al cabo de un momento la diversión iluminó su rostro y se rió.

—Ya, claro. Estoy maldita de verdad.

No podían tener aquella conversación mientras estaban casi desnudos. Gilbert apartó la mirada y se puso de los pantalones, y Polly se cubrió el pecho con una manta y frunció el ceño.

—Si estás tratando de contarme un chiste, no está funcionando.

—No estoy bromeando. Estás maldita.

Polly suspiró.

—De acuerdo... Bueno, sé que he estado teniendo una racha de mala suerte, pero así es la vida. Todo el mundo tiene momentos en los que parece que todo va en su contra. Las cosas cambiarán

para mí muy pronto. Quién sabe, tal vez todo esto del secuestro sea la hora más oscura antes del amanecer.

Gilbert cerró los ojos, bajó la cabeza y consideró la situación. Por supuesto, no se lo creería enseguida. Pero no había considerado que pudiera darse una situación así; ahora tenía que convencerla de que estaba maldita y explicarle todo lo que sucedía. Hubiera sido más fácil si hubiera podido hablar con su madre primero, hacer que ella confirmara que lo que estaba diciendo era verdad. Pero, ¿quién sabía si lo haría o no? Había una razón por la que Jessica había abandonado el clan hacía ya tantos años. No importaba que los dragones no supieran a qué se había debido, aun así había una razón.

—La magia no es algo común —dijo Gilbert, manteniendo un tono de voz uniforme—. Sé que parece una locura, pero la magia existe, y tú has sido maldecida. Es por eso que todo en tu vida está yendo mal, a pesar de que tienes un trabajo increíble y un gran jefe. La maldición está tratando de devolvete a tu lugar de nacimiento.

Polly se rió. Todavía no le creía.

—Oh, ¿en serio? De acuerdo, entonces. ¿Y cómo es que sabes de esa maldición? Dijiste que te mudaste a la mansión de al lado porque yo vivía aquí. ¿Eres un mago que me ha rastreado usando esa maldición?

—No.

—¿Cómo me encontraste, entonces?

—Porque te hemos estado buscando desde que eras un bebé. —Gilbert cerró los ojos. Se preparó, y luego la miró a los ojos—. Eres la hija de nuestro rey. Nuestra Reina. Cuando te encontramos, me asignaron para protegerte y vigilarte mientras investigaba. El rey no quería que lo supieras hasta que fuera absolutamente necesario. Esperaba no tener que recurrir a ti, pero ya no tenemos más opciones. Se está muriendo, y necesitamos que vuelvas con nosotros.

Polly aferró la manta contra su pecho. Casi pudo ver cómo se le aceleraba el pulso. De repente tiró la manta a un lado y empezó a recoger su ropa.

—Eso es una estupidez.

—Polly, por favor.

—No. Es la cosa más tonta que he oído en mi vida. Esto es la vida real, no un tonto cuento de hadas donde la chica descubre que es una princesa. No sé qué crees que estás haciendo, pero no es gracioso. Maldiciones y reyes dragón. Eso es simplemente... ¡estúpido!

Empezó a vestirse con movimientos enojados y espasmódicos. Gilbert la miró, sin saber qué decir a continuación. Era mucho que asimilar, y ni siquiera sabía la historia completa todavía. ¿Debería esperar hasta que Polly llegara a entender lo que ya le había dicho antes de continuar con todo lo demás? ¿O sería mejor contárselo todo de golpe? Apretó los puños, con ganas de golpear algo. ¡Toda aquella maldita situación era injusta! Era injusto que Polly tuviera que soportar con todo aquello. Era injusto que fuera él quien tuviera que decírselo.

Pensó en la noche anterior, cuando sus cuerpos habían estado tan cerca, dándose placer el uno al otro. Nunca debería haber llegado tan lejos. Nunca.

—Polly, sé que es difícil de escuchar. Pero hay más. La enfermedad que está matando a nuestro rey, a tu padre...

—Has dicho que era genético. —Polly siguió vistiéndose—. Así que ahora me estás diciendo que voy a morir.

—No... no exactamente. —Los hombros de Gilbert se encorvaron mientras ella lo miraba con esperanza—. Lo siento mucho. Polly... Desearía poder ocupar tu lugar, así no tendrías que llevar

esta carga.

Se lo contó todo. No obvió nada, ni siquiera cuando Polly abrió los ojos de par en par por el miedo y su pecho empezó a temblar. Polly se aferró el estómago, mirándolo con tanto miedo en los ojos que tuvo ganas de gritar. La impotencia se adueñó de él. Después de todos sus años de búsqueda y lucha para encontrar una cura, nunca pensó que su fracaso sería tan aterrador.

—Pasarán años antes de que empiece a degenerar tu cuerpo—le dijo—. Lo juro, puedo encontrar una cura para entonces, estoy tan cerca. Pero ahora mismo no tenemos tiempo...

—No soy tu princesa, ni tu reina, o lo que sea.

—Reina Hija. El heredero es el hijo del Rey o la hija de la Reina, sólo por detrás de sus padres en poder. Si tuviéramos otras princesas o príncipes, podrían ocupar ese papel, pero no los tenemos. Eres nuestra única esperanza.

—No soy un dragón.

—Parte de la maldición impide que los dragones se transformen. Sé que es mucho a lo que hacerse a la idea...

Polly soltó un gruñido.

—Si querías librarte de mí, sólo tenías que hacer era pedirlo. No tenías que inventarte todas esas tonterías. Adiós, Gilbert.

Salió corriendo de la habitación, ignorándolo cuando la llamó.

Gilbert tenía la cabeza entre las manos, sintiéndose como si le hubieran arrancado el corazón del pecho, cuando Shane llamó a su puerta. Su expresión era comprensiva y solidaria. Gilbert se enderezó; aunque Shane era amigo suyo, no quería que el otro dragón lo viera tan débil.

¿Le había contado Polly algo de lo que había pasado?

—Oí a Polly hablando con Kayla y Bernie. Así que se lo has dicho.

Gilbert apartó la mirada y gruñó.

—No me cree.

—Sí que te cree, sólo está aterrorizada. Y supongo que también influye lo de que deberías habérselo dicho antes de tener sexo anoche.

El calor se le subió a la cara y Gilbert gruñó ante la acusación tácita.

—No tuvimos sexo. No... no del todo, al menos. Pero se lo dije y se escapó como...

—¿Como si estuviera totalmente aterrorizada?

Gilbert frunció el ceño, pero asintió. Tenía sentido que tuviera miedo.

Shane emitió un fuerte suspiro.

—Mira... podría ayudarte con esto. ¿Sabes sobre la excavación que estoy financiando para Esther Doron?

—¿Dónde conociste a Kayla, y Tyler conoció a Bernie?

Shane asintió.

—El compañero de Esther, Bryant... siempre está en la excavación. Podría ayudar.

Gilbert frunció el ceño. Cruzó los brazos y entrecerró los ojos, mirando a Shane.

—De acuerdo..... ¿Vas a decirme cómo puede hacer eso o vas a seguir siendo ser crítico y de poca utilidad? ¿Cómo se supone que ese tal Bryant vaya a ayudarme a convencer a Polly de quién es, o a protegerla contra su destino?

Shane se masajeó la nuca y negó con la cabeza.

—No puedo decirte más que eso. Ve a la excavación, habla con Bryant y dile lo que está pasando. No puedo garantizarte que pueda ayudar, pero tampoco quiero ver a Polly herida. Ha estado trabajando para nosotros durante años y me preocupo por ella.

Había algo en sus ojos que hizo que Gilbert le creyera. Shane tenía una fuerte vena protectora; podía ser un poco molesto en realidad, pero en el fondo era alguien que luchaba por proteger a la gente que le importaba. Polly había estado en su vida durante años; había sido él quien la había ayudado con sus finanzas, y Gilbert sabía que la veía como una hermana pequeña.

Fue entonces cuando se dio cuenta de lo que veía en los ojos de Shane: impotencia. La misma impotencia que recorría su propio cuerpo, la sensación de que era un inútil porque aún no sabía cómo arreglarlo.

Gilbert asintió.

—Está bien. Lo haré. Además, probablemente será bueno sacar a Polly de aquí. Si la llevo volando... Es en Canadá, ¿verdad?

—Sí. Columbia Británica.

Gilbert asintió de nuevo.

—Puedo llevar a Polly hasta allí. Si nos vamos de noche, Claire Perry ni siquiera sabrá que nos hemos ido.

Shane dudó, pero asintió.

—Tyler y yo iremos contigo, por si algo sale mal. Tendremos que volver enseguida; no dejaré a Kayla sola aquí cuando pueden atacar de nuevo, y sé que Tyler tampoco lo hará.

Sería una locura rechazar ayuda cuando la vida de Polly estaba en peligro. Gilbert inclinó la cabeza, aceptándolo. Shane le apretó el hombro brevemente antes de decir que iría a contarle a Polly el plan. Gilbert se sintió como si hubiera perdido el equilibrio mientras miraba su habitación, preguntándose qué podría llevarse con él. Las púas en su columna vertebral harían imposible que Polly lo montara, y eran tan afiladas que romperían cualquier tipo de maleta que intentaran colocarle encima.

No es que importara realmente; podía comprar todo lo que necesitaban dondequiera que fueran una vez que se reunieran con Bryant. Frunció un poco el ceño al considerar el nombre... ¿Lo había oído antes?

Espera... ¡Sí que lo había oído antes! Hacía un par de años, antes de que Shane y Kayla se reunieran. Bryant los había encerrado a los dos en un viejo castillo del que Shane había tenido que sacarlos. Apretó los puños y se giró para mirar fijamente la puerta por la que había salido Shane.

¿Por qué los enviaría a alguien que los había secuestrado a él y a Kayla y los había retenido como prisioneros?

Capítulo NUEVE

Los gemelos de Esther y Bryant eran como un par de monstruitos, rápidos como el rayo y con sonrisitas traviesas que mostraban sus pequeños dientes. Polly los persiguió a ambos alrededor de la caravana de Esther, manteniéndolos siempre a la vista pero sin ir tan rápido como para detener la diversión. Gritaban y se reían mientras corrían. Polly no estaba segura de cuánto tiempo habían estado así, parecía que había pasado al menos media hora, pero ninguna de los dos mostraba signos de cansancio.

Tampoco Polly. Había creído que dejar la mansión Freeman era una locura cuando Gilbert lo sugirió por primera vez. ¿Por qué volar al aire libre y hacerse vulnerables a un ataque? Pero entonces Shane había dicho que él también pensaba que era una buena idea, y había acabado aceptando a regañadientes.

Ahora se alegraba de haberlo hecho. La presión que la había estado aplastando en la mansión se había aliviado, y allí fuera podía respirar de nuevo. También le había dado mucho tiempo para pensar en lo que Gilbert le había dicho... y no importaba cómo lo mirara, una cosa estaba clara: Gilbert creía en lo que decía. No se le ocurría ninguna razón por la que pudiera estar mintiéndole.

Y no quería pensar en lo que significaba aquello para ella.

Esther atrapó a uno de los gemelos, haciendo que el otro gritara y se topara con Polly. Ésta lo lanzó en el aire y se rió cuando el pequeño estalló en risitas. Los tres estaban jadeando en busca de aliento, y el gemelo que tenía Esther en brazos se acurrucó contra su hombro y bostezó.

—Gracias por ayudar con ellos —le dijo Esther a Polly. Se ajustó las gafas y le frotó la espalda a su hijo—. Ahora vamos a jugar un juego tranquilo. Hora de la siesta—musitó sin palabras a Polly.

Los gemelos estaban tan entusiasmados con el juego que tardaron un rato en calmarse. Polly aprovechó aquel tiempo mientras Esther acostaba a sus hijos para limpiar la cocina y se aseguró de que estuviera impecablemente limpia. Gilbert estaba en algún lugar, hablando con Bryant. Le había preguntado si quería ir, pero ella se había negado. Quería espacio para pensar por sí misma antes de escuchar lo que Bryant pudiera decirle. Shane estaba convencido de que podía ayudar, ¿pero y si no podía? ¿Qué harían entonces?

Después de todos aquellos años preguntándose quién sería su padre... ¿Lo había sabido su madre? ¿O fue sólo una aventura?

Esther se acercó, sacando a Polly de sus pensamientos.

—Gracias por ayudar con los gemelos. No esperaba que la maternidad me exigiese tanto tiempo. Creía que los bebés dormían todo el tiempo. Sin embargo, a los niños pequeños se los tiene que vigilar a cada segundo. —La sonrisa resplandeciente en su rostro le dijo a Polly que, a pesar de lo que estaba diciendo, disfrutaba cada segundo de su ocupada vida—. Tengo suerte de que a Bryant le hayan concedido un permiso de paternidad para ayudarme con ellos.

Shane creía que Bryant podría ayudarles con aquella situación. Polly lo consideró mientras limpiaba algunas migajas de la mesa.

—¿A qué se dedica Bryant?

—Oh... —Esther se encogió de hombros—. Está metido en asuntos de seguridad. Trabaja con organizaciones internacionales. Es muy bueno en lo que hace.

—Debe ser por eso que Shane nos envió aquí.

Esther frunció el ceño.

—Kayla me dijo que vendrían, pero no me dijo exactamente de qué se trataba. Dijo que no quería hablar de ello por teléfono. Todo sonaba muy sospechoso.... ¿Estás en algún tipo de problema, Polly?

Polly se estremeció. Ya les había contado a Kayla y Bernie todo lo que Gilbert le había contado sobre su conexión con su clan. No era algo que quisiera volverá exponer, así que simplemente negó con la cabeza. Entonces recordó que habían pasado muchas más cosas, y suspiró. Kayla le había dicho que Esther conocía a Claire Perry...

—Ha habido un par de intentos de secuestrarme —dijo. Se dejó caer en la mesa; el cansancio de los últimos días volvía a pesar sobre ella. Había ido tan acelerada que su cuerpo no había tenido la oportunidad de enfermarse, pero se imaginó que tan pronto como tuviera tiempo para relajarse, acabaría en la cama durante varias semanas—. Pudimos atrapar a un par de hombres involucrados, y dijeron que trabajan para Claire Perry.

La cara de Esther dibujo un ceño.

—¿Claire? No he oído nada de ella en... tienen que ser al menos seis años.

—La conocías, ¿verdad?

Esther asintió.

—Sí. Financiaba una excavación que mi amiga Dominique y yo estábamos llevando a cabo. Y luego intentó robar algo que encontramos. Cuatro estudiantes murieron por su culpa. Si aparece por aquí, le arrancaré la maldita cabeza.

Polly se sorprendió de la ferocidad con la que Esther habló, pero no de su espíritu. Si alguien que ella conocía la hubiera traicionado y matado a gente, también querría matarlos.

Su mente se desvió hacia Gilbert, y de repente se dio cuenta de que no estaba enfadada con él. Al menos, no tan enfadada como creía que *debería* estar. Después de todo, había vivido junto a ella durante años sabiendo que ella era un dragón, la Reina Hija de su clan, y no había dicho nada. Y lo que era peor, conocía a su padre. Podría habérselo presentado, podría haberle dado esa conexión.

Una conexión que ahora quizás nunca consiguiese. Se estaba muriendo. ¿Cuánto tiempo le quedaba?

—¿Por qué te persigue Claire?

Polly dio un salto, tan perdida en sus pensamientos que había olvidado completamente que Esther estaba allí. Se agitó, avergonzada por su falta de atención, y se encogió de hombros.

—No lo sé. Tal vez quiera dinero. Gilbert es rico, Shane es rico. Soy amiga de los dos y, si me atrapa, podrá sacarles mucho dinero por el rescate.

«Sin mencionar mi clan natal».

Apretó los puños mientras lo consideraba. Aquello era lo más lejos que había estado nunca de su madre. Jessica se había mudado a la misma ciudad que ella cuando fue a la universidad, incluso había intentado mudarse con ella a la casa de los Freeman. Polly siempre había pensado que era para que cuidase de su madre, pero ahora, al pensar en sus temores de que su padre pudiera estar tratando de secuestrarla...

¿Cuál era la historia que había detrás? ¿Y debería preguntárselo a su madre, o debería acudir a otra fuente para encontrar la información que quería?

—Eh. —Esther le puso una mano en el hombro—. ¿Estás bien?

Polly le dirigió una sonrisa vaga.

—Sí. Estoy bien. Creo que necesito hablar con Gilbert y Bryant... ¿Sabes adónde fueron?

—Sí. Se fueron por allí. —Hizo un gesto con la mano—. Supongo que querían privacidad.

—Gracias.

Polly se dirigió en la dirección que Esther había indicado. Apretó los puños mientras consideraba la situación. Necesitaba respuestas definitivas, eso era seguro, de una forma u otra. Y no las respuestas que otros podían darle; necesitaba tomar sus propias decisiones.

Encontró a Gilbert y a Bryant sumidos en una profunda conversación cerca de la línea de árboles. Gilbert la vio venir y observó cómo se acercaba, tan pendiente de ella que Bryant tuvo que tocarle el hombro para llamar su atención. Saber que ella podía acaparar su atención de aquella manera hizo que el calor se le arremolinara en el pecho... y en las regiones inferiores. Parecía imposible que, incluso después de todo, todavía pudiera desearlo tanto ahora como lo había hecho la noche que durmieron juntos. O puede que incluso más. No estaba satisfecha con lo que habían hecho.

Lo quería dentro de ella.

Pero aquello no iba a pasar, no hasta que todo aquel lío se arreglase. Los alcanzó rápidamente y se cruzó de brazos, mirando a Bryant en vez de a Gilbert.

—¿Te parezco un dragón?

Bryant la estudió, sin mostrar la más mínima sorpresa.

—No a primera vista, pero en una inspección más cercana... Tienes un poco de olor ahumado en ti. Tu constitución es típica de las mujeres dragón.

Polly se miró a sí misma. Hombros anchos, caderas anchas, curvas sobre curvas. No podía contar el número de veces que había tratado de eliminar los kilos de más antes de llegar a amar su cuerpo. Incluso ahora, cuando hacía una hora de kickboxing todas las noches y caminaba todas las mañanas, todavía tenía muchas curvas. Y aquello era algo normal para las mujeres dragón, al igual que los hombres dragón eran tan musculosos que ni siquiera tenían que hacer ejercicio para mantener su físico.

Se concentró en Bryant otra vez.

—Bien. Entonces, asumiendo que soy un dragón... ¿por qué nunca me he transformado?

Bryant miró a Gilbert de reojo, como si se preguntara por qué nunca se lo había contado. Gilbert suspiró y abrió la boca, pero Polly levantó la mano.

—Sé lo que me dijiste. Se lo pregunto a Bryant; ¿conoces alguna razón por la que nunca me haya transformado?

—Sí. Estás maldita.

Polly entrecerró los ojos.

Bryant se pasó una mano por el pelo.

—Mira, sé que es difícil para ti aceptarlo, pero la magia y los dragones... No somos brujos, pero tenemos una pequeña cantidad de magia en nuestros cuerpos. A pesar de todas las explicaciones científicas sobre por qué podemos transformarnos, ésa sigue siendo la razón más lógica que hemos podido encontrar. Ahora bien, la magia que pueda haber más allá de eso es... Bueno, mítica, supongo. Hay muchas historias de dragones con dones mágicos, aunque no hemos visto ninguno en años. Pero el clan de Gilbert es famoso por su maldición.

Un escalofrío le recorrió la espalda y Polly se abrazó a sí misma. No le gustaba cómo aquel gesto la hacía parecer vulnerable, pero necesitaba recuperar algo de calor en el cuerpo. Tragó con fuerza mientras mantenía los ojos fijos en Bryant. Gilbert era una amenaza a su atención, pero ella mantuvo su mirada fija. No había razón para que mintiera. Sin embargo, si Polly parpadeaba quizás se perdiera una pista que le dijera si debía creerle o no.

—De acuerdo. —Su voz salió temblorosa e hizo una mueca—. Bien. Entonces la maldición sobre su clan es bien conocida. Por favor, dime lo que sabes al respecto, y deja de lado cualquier cosa que Gilbert te ha dicho.

Bryant se encogió de hombros.

—Sólo sé que la familia real de ese clan es incapaz de transformarse. El gobernante siempre muere joven. Sus hijos no pueden transformarse hasta que uno de ellos asciende al trono; entonces, lo que sea que impide transformarse desaparece, y empiezan a poder hacerlo todos excepto el que se ha convertido en el rey o la reina. Y el ciclo comienza de nuevo. También hay rumores de que si ninguno de los hijos acepta ese papel, la maldición se esparce sobre todo el clan hasta que alguien lo acepta.

Polly asintió lentamente. Se acercaba bastante a lo que Gilbert había dicho. Se volvió hacia él, ahora con los hombros caídos.

—Lo siento. Tenía que oírlo de labios de otra persona.

Gilbert asintió con la cabeza.

—Lo entiendo.

Polly dejó escapar un aliento tembloroso.

—Y si no acepto ser la próxima reina...

—La maldición se transferirá al clan. Alguien más aceptará el papel, y quedarás libre de la maldición y serás capaz de transformarte—le dijo Gilbert calmadamente.

—A menos que nadie dé un paso adelante. —Aquello era lo que no estaba diciendo—. Si nadie toma ese papel, entonces todos perderían la habilidad de transformarse y morirían de una muerte horrible.

Gilbert inclinó la cabeza.

—Alguien dará un paso adelante.

¿Quién, sin embargo? ¿Una madre o un padre que luego pasarían la maldición a sus hijos? ¿Un hombre o una mujer joven, renunciando a todas sus esperanzas y sueños y sabiendo que pondrían aquella carga sobre los hombros de cualquier niño que tuvieran, sabiendo que tenían que tener descendencia o, de lo contrario, simplemente volvería a suceder? ¿Alguien que tenía una vida que amaba, gente que los amaban?

No. No era justo para ellos. Aquella era su carga, y se haría responsable de ella.

—Si pudieras transformarte, la maldición se rompería —añadió Gilbert—. Y yo...

Polly levantó la mano.

—No quiero hablar más de eso, Gil. Quiero conocer a mi padre.

Capítulo DIEZ

Los terrenos del castillo del clan eran amplios y bien cuidados. Su clan poseía una propiedad cerca del mar, y el castillo estaba construido a un kilómetro de la costa, lo suficientemente cerca como para apreciar su belleza pero no tanto como para representar un peligro significativo durante las tormentas. A Gilbert le dolían las alas por el largo vuelo; volar desde Columbia Británica hasta allí sin parar para descansar lo había dejado exhausto. Pero había valido la pena, ya que no habían visto ningún indicio de que nadie los estuviera siguiendo.

Ahora, mientras aterrizaba en el césped y ponía a Polly en el suelo, se sintió contento de haber llegado finalmente. Sus manos estaban acalambradas por cargarla durante tanto tiempo, manteniendo todo el rato la fuerza suficiente para asegurarse de que no resbalara y al mismo tiempo la suavidad necesaria para asegurarse de no lastimarla. Polly se balanceó un poco a su lado; no estuvo seguro si se debía al vuelo o a estar allí.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja.

Ella enderezó los hombros.

—Sí.

Había algo demasiado rígido en la forma en que se sostenía. Le temblaba todo el cuerpo mientras miraba a su alrededor, como si se estuviera esforzando por no desmoronarse, como si fuera a caer hecha añicos si se detenía. Gilbert le sujetó la mano, necesitando consolarla de alguna manera.

—Todo irá bien. Lo prometo.

Polly lo miró con una expresión que no pudo descifrar.

—Quiero conocer a mi padre ahora.

Le soltó la mano. Por supuesto; en el mundo exterior él no era más que un hombre y ella una mujer. ¿Pero allí? Allí ella era una reina y él el guardia de un rey. Había jurado protegerla, pero no podía asumir ninguna familiaridad con ella. Estaba claro que Polly seguía enfadada con él por no haberle dicho la verdad sobre su linaje durante tanto tiempo. Deseó poder preguntarle si ya había hablado con su madre sobre ello, pero aquella era una de las preguntas que resultaría demasiado íntima.

El otro guardia se acercó a saludarlos, pero frenó en seco al ver a Polly. Cualquiera que la mirara vería que era la hija de su padre. Tenían la misma mandíbula fuerte, los ojos oscuros y el mismo aire real. El guardia hizo una reverencia y les hizo entrar.

Gilbert deseó poder llevarla a un rincón una vez más para asegurarle que todo iba a salir bien, que no tenía que aceptar el papel bajo el que había nacido. Podía elegir.

Pero no tuvo tiempo de hacerlo; al cabo de un momento se encontraron frente al aposento del rey. Polly entró vacilante, mirando a su alrededor, y Gilbert la siguió. La decoración había cambiado dramáticamente desde la última vez que había estado allí. En aquel entonces se había arrodillado a los pies del rey y le había contado cómo había encontrado a su hija. Ahora el rey yacía en su cama, incapaz de sentarse siquiera. Su oscura piel parecía seca y pálida, sus ojos apagados, su cara delgada. Se estaba marchitando. Sus llamas perdían fuerza.

Gilbert apartó la mirada, incapaz de mirar a su rey. Si hubiera podido hacer más con su investigación, entonces aquella reunión habría sido mucho más feliz.

—Patil. Hija mía. —La voz del rey era ronca, pero el amor y la alegría que había en ella eran inconfundibles. Gilbert se detuvo dónde estaba, justo al otro lado de la puerta, mientras Polly avanzaba vacilante—. He esperado tanto tiempo este momento.

Polly Gingerly se sentó en el borde de la cama. El rey le puso una mano en la rodilla y le sonrió.

—Eres tan hermosa como me imaginé que serías. ¿Asumo que Gilbert te lo ha contado todo?

Ella le miró y asintió.

—Todo lo que sabe, al menos.

El rey cambió de postura en la cama. Una enfermera apareció del otro lado, emergiendo de entre las sombras, y le ayudó a sentarse. Le puso almohadas tras la espalda y luego retrocedió una vez más. El rey tomó la mano de Polly y le dirigió una pequeña y triste sonrisa.

—He deseado traerte de vuelta desde que te perdí. Recuerdo el día que naciste; tan pequeña, tan frágil. Pensé que lo haría todo por ti.

Polly tragó saliva con fuerza.

—Así que... nació aquí. ¿Sabías que existía?

La sonrisa del rey vaciló.

—Sí.

Polly estaba temblando.

—Mamá siempre ha dicho que fui concebida por accidente. Que fui el producto de una aventura de una noche y que mi padre no sabía que existía.

—No juzgues a tu madre con demasiada dureza. Es una carga terrible ver a alguien que amas así. —Se indicó a sí mismo con un gesto y resopló con asco—. Recuerdo a mi abuela, viendo morir a mi abuelo. Mi propia madre... apenas podía soportar ver lo le pasaba a mi padre, y tu madre no pudo soportar ver cómo me pasaba a mí también. Entiendo por qué hizo lo que hizo. Te quería, te quería demasiado. Cuando me dijo que estaba embarazada de ti, la expresión en sus ojos... Habría matado a todo un ejército para mantenerte a salvo.

—¿Es por eso por lo que no fuiste a buscarla?

Los hombros del rey se hundieron. Gilbert bajó la mirada. Quería quedarse allí por el bien de Polly, pero al mismo tiempo quizás aquello no era algo que debiera escuchar. Era difícil saber qué hacer.

—No la busqué porque no quería que crecieras como yo, con esta carga sobre ti, sabiendo que tenías que morir por el clan... Esperaba encontrar una cura para esta maldición. Siento mucho haberte fallado.

Gilbert se encontró a sí mismo avanzando. Abrió la boca para decir que había sido culpa suya, no del rey, cuando Polly se volvió. La mirada en su rostro, de luto y llena de decisión, le pegó los pies al suelo. Por un largo momento todo lo que hizo fue mirarlo. Luego apartó la vista e hizo un gesto hacia la puerta.

—Por favor, vete, Gilbert. Quiero hablar con mi padre a solas.

Gilbert abrió la boca para protestar, pero la volvió a cerrar.

—Por supuesto —murmuró, y retrocedió hasta salir, cerrando luego la puerta suavemente.

Momentos después, la enfermera salió. El dolor le cubría el rostro. Gilbert tragó con fuerza cuando la cogió del brazo. La pregunta era clara en sus ojos; no conseguía hacer que su boca funcionara. La enfermera le puso una mano suave en la mejilla y negó con la cabeza.

—Una semana como mucho. Es un hombre fuerte, pero esta enfermedad... es demasiado agresiva.

Gilbert asintió, con la mente vacía de emoción. Había tanto en él, más de lo que podía manejar. En cambio su mente estaba llena de Polly. Su cara cuando sonreía, el brillo de sus ojos cuando estaba enojada, el sonido de su respiración. La forma en que su cuerpo se había estremecido cuando la había llevado al clímax, la sensación de sus senos contra su pecho. Su sabor sobre sus labios.

La pena se apoderó de él, tan fuerte que no pudo contenerla. Huyó de la puerta del rey, sin saber si Polly querría verlo una vez que terminara de hablar con su padre. Muy pronto se encontró en el gimnasio, hundiendo sus puños en el saco de boxeo una y otra vez. El golpe repetitivo en los nudillos, el dolor punzante que le subía por las manos mientras golpeaba una y otra vez, le daba poco alivio.

Si hubiera sido más inteligente con su investigación aquello no habría pasado. ¿Por qué había perdido tanto tiempo recaudando fondos? Debería haber tenido un asistente o dos que se encargaran de todo eso. Debería haber concentrado sus esfuerzos en su trabajo. Se había permitido distraerse y, de no haberlo hecho, tal vez su investigación estaría más avanzada de lo que estaba.

¿Y ahora qué podía hacer? Quizás podría encontrar una forma de despertar al dragón de Polly. Era demasiado tarde para el rey, le había fallado, pero quizás pudiera no fallarle a Polly. Tal vez podría dar un giro a su investigación; en lugar de descubrir reparar las neuronas dañadas en el cerebro, podría averiguar cómo hacer que se transformase. Una vez que pudiera hacerlo, las habilidades curativas naturales del dragón podrían revertir los efectos de la enfermedad que de otra manera acabarían reclamándola... ¿Verdad?

¿O no era más que el sueño de un tonto e iba a perderla?

Al final dejó de golpear la bolsa. Respiraba con dificultad y se apoyó contra la pared con los ojos cerrados.

Polly no le pertenecía. Habían compartido un momento especial juntos, pero aquello no significaba que fueran el uno para el otro. No eran compañeros, y nunca lo serían. Si ella eligiera aceptar su derecho de nacimiento... bueno, Gilbert no sería capaz de brazos cruzados y ver cómo se desvanecía lentamente. Tendría que regresar a los Estados Unidos y continuar su investigación. Polly se quedaría allí como reina del clan.

¿Y si elegía abandonar el clan? Sería el mayor alivio que jamás hubiera sentido, pero entonces nunca volverían a darle la bienvenida. Lo dejarían de lado si se aparease con ella, y ¿cómo iba a continuar su investigación y salvar a su próximo rey o reina?

—Gilbert. —La voz de Polly le hizo levantar la vista—. Estoy lista para irme.

Gilbert asintió. Frunció el ceño al acercarse a ella. Había algo... diferente en ella. La estudió, tratando de ver qué era. Tenía exactamente el mismo aspecto. Los mismos ojos brillantes, la misma cara encantadora, los mismos rizos apretados. Pero había algo con más peso en ella. Algo... Perteneciente a la familia real.

Se le encogió el corazón. Se quedó sin respiración mientras la miraba fijamente. Polly no le miró a los ojos. Antes de darse cuenta, Gilbert se encontró adelantándose y tomándola entre sus brazos. Fue un abrazo fuerte, exigente. Las lágrimas sin derramar le ardían en los ojos mientras la miraba.

—¿Qué has hecho?

Polly levantó lentamente los ojos para devolverle la mirada.

—Lo que tenía que hacer. Me hice ungar. Ahora soy tu Reina Hija oficialmente, no sólo la hija de tu rey. Cuando mi padre muera, yo misma me haré cargo de la maldición.

La soltó como si sus palabras hubieran sido púas ardientes. Se le aflojaron las rodillas y cayó al suelo. Se inclinó ante su reina mientras la pena y el dolor le atravesaban. Polly no dijo nada. Gilbert pudo oír sus propios gemidos de dolor y se preguntó cuándo se había vuelto tan débil. Apretó los puños y emitió un grito de ira y miedo. El sabor del humo le cubrió la lengua, pero sus llamas casi se habían apagado.

—¿Por qué? —jadeó—. ¿Por qué lo has hecho? Podrías haber vivido mucho y ser feliz. Podrías haber tenido una vida plena, reclamar a tu dragón. ¿Por qué lo has dejado todo a un lado?

—Porque tenía que hacerlo.

—No deberías haberlo hecho. —Por fin la miró—. Teníamos algo de tiempo, deberías haber sabido con seguridad...

—Si lo hubiera pensado más, nunca habría tenido las fuerzas para seguir adelante. Pero este es mi papel, Gilbert. Mi carga. Tengo que proteger al clan. ¿Qué tengo en mi vida? Sólo decepción tras decepción. Sabía que no iba a cumplir mis sueños de todos modos, ¿por qué debería dejar que alguien más renuncie a su vida, a sus sueños, a su *familia*? ¿Sólo para tener la oportunidad de seguir con la mía? No. Tenía que hacerlo. Y ahora —soltó una risa seca y áspera—, ahora tengo el dinero del clan. Puedo pagar todas esas estúpidas deudas y volver a la facultad. Así que, ¿ves? He tenido que hacerlo para hacer realidad mis sueños.

Polly se arrodilló y le puso una mano en el hombro. Gilbert la miró a los ojos y no vio nada más que determinación en ellos, quemando la culpa y el dolor que de otra manera lo habrían inmovilizado. Sus llamas se reavivaron y se puso de pie de nuevo, arrastrándola con él.

—No podemos perder la esperanza todavía. Podemos romper esta maldición. —La abrazó con fuerza—. ¿Estás lista para ser un dragón?

Sus ojos se endurecieron con determinación y asintió.

—Sí.

Capítulo ONCE

Fue una decisión muy difícil dejar a su nuevo clan y a su padre. Había insistido en que estaba bien, pero Gilbert le había confiado que tenía probablemente una semana antes de que el rey se fuera para siempre. No sabía cómo manejarlo; a duras penas acababa de conocerlo. Quería tantas cosas más. Pero incluso las veinticuatro horas que había pasado allí le mostraron que no había mucho que pudiera hacer en las tierras del clan. Aparte de las dos horas que había pasado hablando con su padre aquel primer día, éste había estado inconsciente el resto del tiempo.

Y cuando Gilbert le dijo que Bryant podría tener una cura, decidió volver a la excavación en Canadá. Necesitaba hablar con su madre, de todos modos, y tenía que hacerlo en persona. Así que Shane también iba a traerla a la excavación.

Tomaron un avión de regreso, para que Gilbert no tuviera que volar de nuevo. Durante todo el viaje Polly consideró lo que significaba su nuevo papel. Podía sentir una carga sobre sus hombros que no había estado allí antes; a veces era tan aplastante que no podía respirar. En el vuelo Gilbert habló de tratar de despertar a su dragón, pero no le prestó mucha atención.

¿Había sido cobardía por su parte el dejar a su padre? ¿Se arrepentiría de haberse ido de su lado cuando muriese y ella siguiera sin saber nada de él?

Tan pronto como aterrizaron y llegaron a la excavación, Bryant y Gilbert fueron a la ciudad a investigar formas de sacar su dragón a la luz. Polly estaba tan cansada que lo único que pudo hacer fue subir a una tienda de campaña que le habían preparado y quedarse dormida. Se despertó con el sonido de los gemelos jugando, y fue como una puñalada directa al corazón.

Cualquier hijo que tuviera se enfrentaría a aquella misma elección, y si no tenía niños, entonces serían otras madres y padres los que tendrían que ver a su hijo decaer lentamente bajo la fuerza de la maldición.

Sabía que si se quedaba donde estaba caería bajo todo el peso con el que cargaba, así que Polly se levantó. Los estudiantes de arqueología estaban volviendo de la excavación. Se unió a ellos para comer, y una vez terminada la comida, se dedicó a limpiar los platos y hacer que todo brillara. Tener algo en lo que concentrarse le ayudaba. Esther se le unió.

—¿Quieres hablar? —preguntó en voz baja.

Polly negó con la cabeza.

—No, gracias. Esto no es algo que se pueda resolver hablando. Pero, ¿sabes qué? Tal vez mañana pueda ir a la excavación. He querido ser arqueóloga desde pequeña. Sé que nunca lo seré, pero me gustaría fingir que lo soy por un día, como si nada fuera mal. ¿Sabes?

La cara de Ester se llenó de tristeza mientras asentía.

—Sí. Lo sé. Podemos hacerlo, claro.

—Excepto que no tenemos tiempo para que lo pierdas en eso —dijo una voz retumbante detrás de ellas.

Polly dio un salto. Bryant, con los gemelos acunados en sus enormes brazos, se alejó un poco de ellas. Ni siquiera se había dado cuenta de que y Gilbert y él habían regresado. Los miró instintivamente por encima del hombro. Gilbert estaba cerca del borde del campamento, con las manos metidas en los bolsillos y los hombros encorvados. La tensión era obvia, incluso desde aquella distancia. Polly se apartó un par de rizos mientras lo miraba.

El dolor en sus ojos cuando ella le dijo que se había ungido a sí misma todavía hacía que le sangrara el corazón. No había pensado que fuera posible sentir tanto dolor.

¿Era culpa? ¿Porque la había llevado al clan, porque no había encontrado una cura para su enfermedad? ¿O era algo más profundo? ¿Eran sus sentimientos por ella más intensos de lo que Polly se había dado cuenta? ¿Estaba de luto por ella como su compañera? ¿Cómo si fuera a ser suya para siempre?

Volvió a mirar a Bryant, intentando apartar aquellos pensamientos de su mente. No iba a dejar que la absorbiera un ciclo de autocompasión. Si alguna vez había habido una oportunidad para ella y Gilbert, la había tirado a la basura cuando ella misma se ungió. No iba a permitir de ningún modo que pasara por el dolor de ver a alguien que amaba sufrir una muerte larga y lenta. Aquella había sido la razón por la que su madre había huido, después de todo. Y por primera vez, Polly entendía su razonamiento.

—No veo por qué no voy a ir a tener tiempo para ir a una excavación —dijo, entrecerrando los ojos—. Hasta ahora sólo he estado sentada de brazos cruzados mientras tú y Gilbert discutíais las cosas. ¿O vas a compartirlo con los demás?

Esther tomó a uno de los gemelos mientras Bryant agitaba la cabeza.

—Necesitamos despertar a tu dragón. Si lo conseguimos, entonces la maldición se romperá. También podría salvar a tu padre.

Se enderezó al oír aquello, con el corazón acelerado de repente. ¿Salvar a su padre? Entonces tendría la oportunidad de aprender todo lo que quería de él. Se inclinó hacia adelante, agarrándolo del brazo.

—¡Sí!

Su grito asustó a ambos gemelos. El que Esther sostenía comenzó a llorar, pero ésta le acarició y frotó la espalda hasta que se calmó de nuevo. Bryant hizo rebotar al niño que tenía en brazos, y Polly se mordió la lengua. Quería estallar en preguntas, exigir saber exactamente cómo iban a hacerlo. La energía le recorrió el cuerpo, como si fuera un horno caliente prendido en su vientre. ¿Eran las llamas de su dragón, esperando a cobrar vida?

—Ve a esperar con Gilbert —le dijo Bryant en voz baja—. Estaré allí en breve.

Polly asintió. Se dirigió hacia Gilbert sin dudarle, con la mente llena de posibilidades. Si aquello funcionaba, podría tener todo lo que quisiera. Tenía que funcionar. No importaba lo que le pidieran, lo intentaría. Si era capaz de salvar a su padre, de salvarse a sí misma, de salvar a su clan... entonces *sí*. Intentaría cualquier cosa.

Un grito le atravesó la garganta mientras caía hacia el suelo. Los árboles pasaban a su alrededor como lanzas, listos para golpearle el cuerpo. Sintió un aleteo en el pecho, pero no importaba lo mucho que intentara soltarlo, las alas no emergían de su espalda. Ningún fuego surgía de su garganta. Ninguna escama le cubría el cuerpo.

El ruido del aleteo de unas alas le llenó los oídos y una gigantesca mano con garras la atrapó en el aire. La luz de la luna brilló en sus escamas negras mientras Gilbert se deslizaba sobre los árboles y aterrizaba junto a Bryant. Dejó a Polly en el suelo y ésta se desplomó de inmediato, retorciéndose por el miedo y la adrenalina.

—Esto no está funcionando —jadeó. Era la cuarta vez que Gilbert había volado hasta gran altura y la había dejado caer, intentando forzar al dragón a salir como mecanismo de autodefensa.

Esperaba que ahora no le sugiriera caminar a través del fuego; no estaba segura de tener el valor suficiente para arriesgarse a morir quemada—. No está funcionando.

Gilbert se agachó junto a ella, frotándole la espalda.

—Sólo han pasado unas pocas horas, no podemos rendirnos.

—La definición de locura es hacer lo mismo una y otra vez y esperar resultados diferentes —dijo Polly—. Tenemos que intentar otra cosa.

Bryant se frotó la cara.

—Tienes razón. Es cierto. Pero no esta noche; es demasiado tarde, todos necesitamos descansar. Podemos retomarlo mañana.

Polly quiso insistir en que no tenían tiempo para descansar, pero cuando levantó la vista vio a Gilbert reprimir un bostezo. No había dormido desde que llegaron. Tampoco había dormido en el vuelo. No había dormido desde antes de llevarlos a Belice. Asintió a regañadientes.

—Tienes razón. Quizá por la mañana se nos ocurran más ideas.

Ambos hombres asintieron y los tres regresaron al campamento. Cuando llegaron, Polly se sorprendió al ver a su madre sentada junto a Esther. Sabía que iba a venir, pero esperaba que se buscara un hotel o algo así y fuera a la excavación por la mañana, no que llegase tan de repente. Siempre se quejaba de la espalda si dormía en un colchón que no fuera el suyo; dormir en el suelo iba a matarla.

—¡Polly! —Jessica se puso de pie tan pronto como la vio. Corrió y abrazó a su hija—. ¿Por qué no me has llamado?

Polly suspiró. Había tanto que contarle...

—Mamá. ¿Podemos hablar en privado?

Jessica apretó los labios, pero asintió. Polly la llevó lejos del fuego y de las tiendas, en dirección a la cocina. Una linterna a pilas colgaba del techo y Polly suspiró mientras se frotaba los ojos con las manos. ¿Por dónde debería empezar?

—Mamá...He conocido a papá.

Levantó la vista a tiempo de ver una llamarada de nostalgia en los ojos de su madre. Estaba ensombrecidos por la desesperación, y los hombros de su madre se desplomaron. Las líneas le arrugaron la cara y apartó la vista.

—Dijo que me abrazó cuando nací.

—Te ungiste a ti misma. No tienes que decírmelo, puedo verlo. Tienes la misma mirada de determinación y derrota que él tenía cuando me lo dijo. Juró que encontraría una forma de salvarte de esto, y luego fue y se maldijo a sí mismo, y te maldijo a ti con él. —Su madre apretó los puños—. Ese hombre estúpido. Y tú. ¿Cómo has podido hacerlo? Lo dejé. Dejé al hombre al que amaba, el único hombre al que podía amar, para darte una oportunidad en la vida. Para evitar que te impusieran esa maldición. ¿Y tú vas y la aceptas?

Polly se quedó sin palabras. Entonces, ¿todos aquellos años de mentiras se reducían a aquello? ¿A que amaba a su rey dragón, pero no podía soportar ver a su hija bajo la misma maldición? La ira se apoderó abruptamente de Polly y se le cerraron las manos.

—¿Prefieres dejar que alguien más pierda a su hijo? O peor, ¿que todo un clan sea separado de sus dragones y muera?

—Ellos no son tú. —La expresión de Jessica no era de culpabilidad, sólo de dolor—. No eran mi niñita, la que pensé que nunca podría tener. Fuiste un milagro, y no iba a entregarte.

—¿Un milagro? Eso no es lo que me has estado diciendo. ¡Durante toda mi vida! Has actuado como si te hubiera quitado todo lo bueno que tenías. ¿Me culpas por tu decisión de abandonar a tu

pareja, mamá?

—Por supuesto que no. ¡Lo culpo a él!

Polly alzó las manos en el aire.

—Eres la persona más egoísta que he conocido. Nunca supe lo egoísta que eras hasta ahora. ¿Cómo pudiste? ¿Cómo pudiste pensar que tu dolor valía la pena de condenarlos? ¿Pensaste en la gente que estabas dejando atrás? No, no respondas. Ya sé lo que vas a decir; ni se te pasó por la cabeza. ¿Tenías amigos allí, mamá? ¿Miraste a sus hijos y pensaste que preferirías que murieran ellos?

Jessica no respondió.

La ira ardía con tanta fuerza dentro de Polly que pensó que iba a explotar. Durante un breve momento pensó que podría ser su dragón, pero no hubo ningún cambio. El fuego sólo ardió hasta que pareció que iba a consumirla.

—Se está muriendo. Le queda menos de una semana, y todo lo que hiciste fue negarme la oportunidad de conocerlo.

Jessica se desplomó. Se abrazó el estómago mientras soltaba un grito. Los sollozos empezaron a sacudirle el cuerpo, pero Polly no podía consolarla. Las lágrimas le ardían también en los ojos, pero por una vez ella no quería ser la que la consolara; quería recibir ella consuelo. Estaba demasiado enfadada como para tratar de hacer sentir mejor a su madre.

Se giró sobre los talones y se alejó sin mirar atrás.

Capítulo DOCE

Había algo en el aire que ponía nervioso a Gilbert. La noche parecía tranquila, con una luna brillante en el cielo y miles de estrellas brillando en el oscuro abismo de terciopelo, y sin embargo no podía relajarse lo suficiente para dormir. Dio vueltas y más vueltas hasta que decidió que era inútil. No iba a conseguir dormir nada. Su mente no dejaba de volver a Polly, y el impulso de ir a ella era abrumador.

Cuando revisó su tienda de campaña la encontró fuera, sentada con las piernas cruzadas mientras miraba al cielo. Se sentó junto a ella en silencio. Polly se secó los ojos, avergonzada por sus lágrimas, y Gilbert la rodeó lentamente con un brazo.

—Lo siento. Todos estos años y no te conté la verdad de tu linaje. Entiendo que estés furiosa conmigo.

—No lo estoy.

Gilbert frunció el ceño, dudando de ello.

—No me mires así. —Le dio un codazo en las costillas—. *No* estoy furiosa contigo. Entiendo por qué hiciste lo que hiciste. Es una carga terrible que llevar sobre los hombros. Querías darme buenas noticias, no entregarme mi certificado de defunción.

Gilbert se estremeció.

—Polly, tenemos tiempo.

—¿Para ir a hacer paracaidismo? —Negó con la cabeza—. Fue un error dejar Belice. Lo que sea que podamos hacer aquí para intentar que mi dragón emerja, podemos hacerlo también allí. Tienes toda la razón, tenemos tiempo. ¿Pero y mi padre? Él no lo tiene. Y he hecho lo mismo que mi madre, me he ido. Desapareció porque no podía soportar el dolor. Mi padre se merece más que eso, Gil. Necesito estar ahí para él.

Sintió pesadez en el corazón, pero asintió, entendiendo a lo que se refería. Gilbert había pensado que Bryant podría hacer más por ellos, pero él mismo había admitido que no sabía nada sobre romper maldiciones. Entonces, ¿por qué los había enviado Shane allí?

—No voy a rendirme —susurró. La buscó en la oscuridad y la acercó a su pecho—. Lo juro. Dedicaré cada segundo de mi vida a averiguar cómo curar esto. He hecho grandes progresos hasta ahora; que no haya encontrado una cura a tiempo no significa que no la haya. Te juro que no te dejaré morir así. No dejaré que tus hijos sean maldecidos. Lo juro con cada llama en mi aliento.

Polly enterró su cara en su pecho. Para su sorpresa, ella se rió un poco mientras lo hacía.

—¿Qué?

—¿Llamas en mi aliento? ¿Es algo normal entre los dragones?

—Ah... bueno, no —admitió—. Es un juramento arcaico. Pero no te preocupes, te pondré al día con todo lo que necesitas saber sobre nuestra cultura.

Polly, con la cara aún en su pecho, se estremeció.

—Sí... porque también está eso. No sé nada sobre la cultura dragón excepto lo que he aprendido de Tyler y Shane, y ninguno de ellos tiene un clan. Tampoco son de tu clan. Va a ser todo un choque cultural, ¿no?

Al fin levantó la cabeza. Gilbert enredó su mano en sus rizos y le dio el más ligero de los besos.

—Estaré aquí para ti en cada paso del camino. Lo prometo.

Sus ojos brillaban a la luz de la luna. Polly se inclinó hacia delante, deslizando sus brazos alrededor de su pecho. Sus labios entraron en contacto, uniéndose y separándose. Sus llamas se encendieron, llenándole el cuerpo de calor. Empezó a tumbar a Polly mientras le separaba las piernas. Ella le agarró las caderas entre los muslos y se arqueó, acomodándose contra él.

Un destello de luz llamó su atención. Se alejó de Polly, revisando el bosque que les rodeaba con la mirada. Las manos de Polly se aferraron a sus hombros y miró en la dirección en que él estaba mirando.

—¿Qué pasa?

Una forma oscura se movió, demasiado grande para ser un oso. Otro destello de luz brilló desde aquel mismo lugar. Gilbert siseó en voz baja.

—Un dragón —susurró—. Ve a la caravana; advierte a Bryant. Mantente agachada.

Los ojos de Polly se abrieron de par en par. Gilbert se apartó de ella y, agachado en el suelo, se dirigió a la tienda de campaña. Polly corrió hacia la caravana mientras Gilbert miraba cómo el dragón se deslizaba por el borde del campamento. Sus llamas cobraron vida, pero las contuvo; si las soltaba ahora, delataría su posición. Se puso tenso, mirando, esperando.

Cuando el dragón emergió cerca de la cocina, se lanzó hacia adelante. Su ropa se desgarró por las costuras mientras se transformaba. El dragón enemigo disparó un chorro de fuego hacia la cocina, pero Gilbert ya estaba allí antes de que la llama pudiera alcanzar la tienda. Sus mandíbulas se cerraron sobre el cuello de otro dragón y se giró bruscamente, arrastrándolo consigo. El dragón soltó un rugido sordo y le arañó la cara.

Polly empezó a gritar; desde dentro de las tiendas de campaña, los estudiantes chillaban, medio dormidos. Gilbert torció el ala al dragón, se arrojó contra él y lo tiró al suelo; tomó nota mentalmente de que tenía que pelear más con Shane mientras se ponía de pie. Hubo un rugido desde algún lugar detrás de él. El dragón se lanzó hacia él, pero Gilbert se agachó, haciéndolo que fallase su objetivo y cayese de espaldas. Volvió a abalanzarse y apretó los dientes alrededor de su garganta, rasgando las escamas y sintiendo cómo se le llenaba la boca de sangre.

Un disparo resonó por todo el campamento.

—¡Tenemos a su reina, retírese ahora! —gritó la voz de Polly

Gilbert soltó al dragón con el que estaba peleando. Jadeó, pero no se movió para atacar de nuevo. Echó un vistazo alrededor del campamento y vio cómo los haces de las linternas caían sobre dos dragones más. Uno de ellos, verde y diminuto, se encogió y volvió a su forma humana. El otro se transformó en Bryant, que arrojó al intruso sobre su estómago y pidió una cuerda.

Gilbert miró a su prisionero, que también se había transformado. La sangre goteaba de la garganta mientras miraba a Gilbert.

—Yo también necesito cuerda aquí.

Uno de los estudiantes se acercó corriendo con algo de cordel de esparto. Tenía los ojos muy abiertos, pero Gilbert lo ignoró. Volteó al dragón y le ató las manos con fuerza detrás de la espalda, asegurándose de que estuviera lo suficientemente apretado como para que no pudiera liberarse. Luego lo levantó y lo empujó hacia la caravana, donde Bryant hizo que su dragón se sentara.

Polly estaba de pie junto a la caravana, su madre a su lado y una pistola en la mano. Había una mujer delgada y pelirroja sentada a sus pies. Desde el interior de la caravana llegaron los gritos de los gemelos. Gilbert gruñó mientras se dirigía hacia ellos.

—Hola, Claire.

La pelirroja le dirigió una mirada fría.

—Gilbert.

—Intentó entrar en la caravana. —Polly pateó a Claire con nada de suavidad—. Creo que iba a intentar secuestrar a los gemelos durante la conmoción aquí afuera y a obligar a Bryant y Esther a entregarme a ella para salvar a sus bebés. Eres repugnante —agregó, pateando a Claire de nuevo.

Claire emitió un ruido de enojo.

—Ni siquiera sabes si ése era mi plan.

—¿Entonces cuál era?

Claire no respondió, lo que fue respuesta suficiente para Gilbert. Si la situación hubiese sido diferente, podría haber sentido la tentación de atacar a Claire. ¿Había intentado secuestrar a Polly dos veces y luego había atacado aquel lugar? ¿Para ir tras los niños?

Los gemelos seguían llorando. El humo manó de la boca de Bryant, y Gilbert se situó rápidamente entre Claire y él; a él también le apetecía abrasarla viva, pero necesitaban respuesta, y no las conseguirían si Claire estaba muerta. Eso sin mencionar el problema en el que se meterían si mataban a un humano delante de todos aquellos estudiantes.

No dudaba del autocontrol de Bryant, pero debía ser difícil reprimir aquel enojo después de que amenazasen a sus hijos. Gilbert agarró a Claire por el brazo, provocando un silbido de los dos dragones atados, y la puso de pie. Bryant acercó a los otros dos, y con Polly todavía sosteniendo el arma detrás de ellos, se dirigieron a la cocina. Así al menos tendrían algo de privacidad.

—¿Dónde conseguiste un arma? —le preguntó Gilbert a Polly una vez que entraron.

Ésta la miró y luego bajo el cañón.

—Mi mamá la tenía. Aunque en realidad no sé cómo usar una de estas.

—Dame. —Bryant tomó el arma y sacó el cargador antes de ponerlo en la mesa. Agitó la cabeza—. ¿Cómo ha pasado eso por la aduana? No importa. No es importante. Tú. —Dirigió una mirada negra hacia Claire y se acercó a ella. Claire se encogió y los dos dragones gruñeron. Gilbert se le unió rápidamente, en caso de que algo saliera mal—. ¿Qué buscas, Perry? ¿Por qué es Polly tan importante para ti que estarías dispuesta a aterrorizar a dos bebés?

Claire lo miró con ira.

—Si todo hubiera ido según el plan, no les habría pasado nada.

—Sólo dínos lo que quieres —la interrumpió la voz de Polly—. Antes de que decida ver si puedo despertar a mi dragón para darte una paliza.

Claire levantó la barbilla y resopló con desprecio, pero al instante siguiente aquel gesto desapareció, y una mirada de verdadero miedo apareció en sus ojos.

—Estoy aquí porque mi compañero se está muriendo.

Aquello era lo último que Gilbert esperaba oír. Conocía al rey con el que Claire se había apareado. Todavía estaba en la plenitud de la vida, no había razón alguna para que estuviera en tan mal estado. Abrió la boca para preguntarle a qué se refería, pero Claire continuó sin necesidad de que la incitaran.

—Mi compañero es el primo segundo de tu padre —dijo, mirando a Polly—. Recientemente empezó a mostrar...los mismos síntomas. Es incapaz de transformarse y ha perdido la coordinación. Se está debilitando. He hecho todo lo que he podido. He buscado y buscado cualquier tratamiento que pudiera ayudarlo. Creo que si... bebe tu sangre, se curará.

Gilbert se lanzó a por ella. Bryant lo atrapó al vuelo y lo echó hacia atrás con un gruñido de advertencia. Gilbert respondió con otro gruñido, pero Polly se acercó a él enseguida. Le puso una

de las manos contra el pecho y Gilbert se dio cuenta del calor que le inundaba la boca y de las llamas que le parpadeaban sobre la lengua. Se las tragó y retrocedió, luchando por mantener su temperamento bajo control. Le dolía el pecho, pero ahora era capaz de mantenerse quieto.

—Por favor. Sólo quiero salvar a mi pareja —susurró Claire.

—Nos ocuparemos de ti según la ley —dijo Bryant, ignorando todo lo demás que había dicho—. Y en cuanto a tu compañero... bueno, tal vez es lo que se merece.

Gilbert lo miró con sorpresa, pero no obtuvo ninguna explicación para aquella afirmación. Recogieron algunos materiales más para mantener a los prisioneros atados y luego los metieron en los maleteros de los coches para evitar que se transformaran. No es que Claire pudiera transformarse, pero Gilbert no sintió pena por ella. Aquella era la mujer que quería convertir a su pareja en un vampiro.

En cuanto estuvieron asegurados, Gilbert se ofreció a cuidarlos mientras Bryant regresaba con Esther y los gemelos, así como a llamar a los dragones locales para ayudarles a lidiar con todo aquello.

Polly se quedó con él. Se echó a temblar mientras miraba el auto que contenía a Claire. Se oyeron algunos golpes desde dentro, pero se calmó muy pronto. Polly se volvió hacia él con expresión resuelta y decidida.

—Tienes que prometerme algo.

Gilbert asintió.

—No hagas eso. —Señaló el coche donde estaba Claire—. No te vuelvas loco para salvarme, Gil.

—¿Qué?

—No te vuelvas loco. No quiero que lastimes a nadie para salvarme. ¿Entendido? Sé que esto no es lo que queríamos. Sé que... sé que me amas. Pero no puedes perderte a ti mismo.

Gilbert no tuvo otra respuesta que atraerla entre sus brazos y besarla. Polly se aferró a su camisa, con las lágrimas cayéndole por las mejillas. Gilbert quiso limpiarlas, pero ella lo abrazaba tan cerca que no podía alcanzarle la cara. Apoyó su frente contra la de ella y emitió un suspiro tembloroso.

—No me perderé, lo prometo. Y sé que tú también me amas.

Lo besó de nuevo, salvaje, desesperada, apasionadamente. Y él le devolvió el beso, tratando de darle todo lo que era.

Capítulo TRECE

El por qué Bryant había insistido en que fueran con él para entregar a Claire y a los demás dragones a dondequiera que estuvieran yendo, estaba fuera de su comprensión. Polly golpeó con el pie el piso del auto mientras llegaban a una casa normal y cualquiera. Apretó la mandíbula con fuerza y no pudo evitar pensar que, si no hubiera accedido, ya podría estar de vuelta en Belice con su padre. ¿A quién le importaba si estaba inconsciente la mayor parte del tiempo? Podría pasar con él unos minutos aquí y allá. Sería más de lo que había conseguido hasta aquel momento de su vida.

Pero en cambio había ido allí mientras su madre volaba a Belice. Polly sólo esperaba que el asunto no tomara mucho tiempo.

Gilbert salió del coche tras ella. Bryant y su camión blindado, que contenía a los otros dos dragones, se habían separado de ellos hacía un rato, pero Claire todavía estaba con ellos. La sacaron de la parte trasera del coche; las lágrimas le habían dejado marcas en el maquillaje, y Polly sintió un atisbo gesto de pena. Tomó la mano de Gilbert. Si se lo arrebataran así...

Les hicieron entrar rápidamente, y un dragón gigante con más músculos que un luchador de lucha libre los llevó a un salón y les dijo que esperaran. A Claire se la llevaron a otro lado.

—Ahora los padres del Emperador decidirán sobre su castigo —murmuró Gilbert. Había una mirada de asombro total en su rostro mientras miraba a su alrededor—. ¿Sabes lo afortunados que somos de que nos hayan permitido venir aquí?

Polly le dirigió una mirada de molestia. Sí, el Emperador debía unir a todos los dragones, pero aquello no le importaba; ella sólo quería estar con su padre durante los pocos días que le quedaban.

Después de lo que pareció ser demasiado tiempo, convocaron a Gilbert. Polly protestó, pero la ignoraron. Gilbert la miró con simpatía, la besó y le susurró la promesa de que volvería pronto.

Una vez que se hubo ido, Polly se derrumbó en el sofá y se preguntó cómo tan rápido podría llegar a Belice si se escapaba ahora mismo. Entre la aduana y la compra de un billete de avión y todo lo demás, probablemente sería igual de rápido esperar hasta que Gilbert pudiera llevarla volando. Gilbert sabía lo importante que era aquello; no se demoraría.

Mientras estaba allí sentada, demasiado ansiosa como para tratar de leer ninguna de las revistas que había en la mesa de café, se abrió la puerta. Un niño pequeño, de unos seis años de edad, entró en la habitación y cerró la puerta tras él. Luego se escondió detrás del sofá.

—Hola. —Polly miró al niño detrás del sofá.

—Eres el dragón que no puede transformarse, ¿verdad?

Era una frase extraña de labios de un niño pequeño. Polly frunció el ceño, pero asintió. Sus ojos, que eran de un profundo color ámbar dorado, se fijaron en ella. Su frente se arrugó con una concentración y preocupación que no coincidían con sus rasgos infantiles.

—¿Por qué?

Diablos. Cómo explicarlo.

—Yo... estoy enferma. No sabemos por qué, pero estoy enferma y mi dragón se queda dormido. ¿Eres un dragón?

El chico asintió. Se enderezó y trepó por la parte de atrás del sofá.

—Me llamo Trueno. Papá también puede convertirse en dragón, pero mami no puede. ¿Quieres ver mi dragón?

En realidad no, pero Polly no quería ser grosera. Asintió con un suspiro. Tener un poco de distracción sería de ayuda, ¿verdad? Quitarse de la cabeza el hecho de que su padre se estaba muriendo mientras ella estaba allí, jugando y entreteniéndolo a un niño.

Aquel pensamiento murió en su mente mientras la forma del chico brillaba. A diferencia de las transformaciones de los demás dragones, que parecían estallar de sus formas humanas y que parecían dolorosas, la del niño fue suave, como si simplemente estuviera pasando de una piel a otra. Su cuerpo se hizo largo y sinuoso, le brillaron los ojos, y unas escamas rojas y doradas emergieron por todo su cuerpo. Sus pies pasaron a acabar en cinco garras afiladas.

Polly se quedó sin aliento. Miró asombrada mientras el dragón se levantaba. El instinto la golpeó con fuerza en la boca del estómago y se tiró al suelo. Se arrodilló ante su emperador, con el corazón en la garganta. Nunca había visto algo tan hermoso, tan peligroso, tan maravilloso.

Unos largos bigotes caían a ambos lados de su rostro. Trueno la miró con ojos demasiado inteligentes para un niño, y luego levantó uno de los bigotes, presionándoselo contra la frente. Y Polly, en su cabeza, escuchó una voz tan profunda como el mar, tan hermosa como un arco iris, tan terrible como un huracán, tan deliciosa como la primera risa de un bebé.

Perdono la deuda. Sé libre.

En un instante, Polly se sintió más ligera que el aire. Sintió como el calor la atravesaba ella, ardiendo cada vez más y más. Algo se abrió en su pecho, como la sensación de una jaula derrumbándose. El fuego ardió todavía más, recorriéndola hasta la punta de los nervios. Ardía tanto que emitió un grito de dolor, pero la euforia se mezclaba con él; algo se extendió dentro de ella, empujando hacia afuera hasta que le llenó la piel. Pero no fue más allá de su cuerpo, sino que se moldeó a ella de manera perfecta.

El ardor se detuvo, convirtiéndose en lago en su estómago. Sus llamas parpadearon y saltaron. Sintió el sabor del humo sobre la lengua mientras miraba a su emperador.

Trueno retomó su forma humana, ahora con una de sus manos sobre la cabeza de Polly. Le sonrió y asintió.

—Listo. Sabía que podía currarte.

—Gracias —susurró ella—. Muchas gracias.

La puerta se abrió de golpe y un hombre y una mujer entraron corriendo. La mujer agarró a Trueno y lo apartó de Polly mientras el hombre se erguía sobre ella. Le salía humo salía de la boca. Polly bajó la mirada instintivamente, pero no sentía miedo. Sabía que no iban a hacerle daño; sólo estaban preocupados por su hijo.

Su dragón se estiró dentro de ella, y Polly se puso una mano sobre el pecho. Quería salir corriendo de la casa ahora mismo y transformarse, pero se reprimió.

—¿Qué has hecho? —preguntó la mujer.

Polly levantó la vista para responder, pero la madre del niño no la miraba a ella, sino que tenía la mirada fija en su hijo. La mirada del pequeño estaba fija mientras tomaba la cara de su madre entre sus pequeñas manos.

—La he curado, mami. Sé que tú y papá quieren que viva con normalidad y seguridad, pero no podemos cambiar el lugar al que vamos. Nuestros delitos.

Su madre le apartó el pelo de la cara.

—¿Quieres decir nuestros destinos?

Trueno asintió.

—Sí. A eso me refiero. Soy el Emperador, mami. Podía sentir el dolor que sentía. No lo entiendes porque no tienes un dragón, pero estaba atrapado, y no podía dejar que le hiciera más daño. Así que la he curado. —Sonrió a Polly, y su rostro se iluminó con la autocomplacencia de un niño que había hecho algo que se le había dicho que no podía hacer—. ¿Verdad?

Polly asintió. Las lágrimas le ardían en los ojos, y sentía como su dragón vibraba en su interior con cada suspiro. No eran dos seres separados, eran un alma, un ser. Y por primera vez en su vida, se sintió completa. Una parte de ella que ni siquiera se había dado cuenta de que faltaba por fin encajaba. Estaba entera, y no podía detener las lágrimas de alegría.

—Gracias —susurró de nuevo, ahogándose con el nudo en la garganta—. Nunca podré agradecértelo lo suficiente.

El padre de Trueno, aparentemente decidiendo que no era una amenaza después de todo, dio un paso atrás. Volvió con su pareja y su hijo y los rodeó a ambos con un brazo. Los padres de Trueno intercambiaron miradas de preocupación, pero Trueno cogió sus manos y les sonrió a ambos.

—Hice lo correcto, ¿verdad?

Su madre le pasó los dedos por el pelo.

—Sí, pequeño. Lo has hecho muy bien. Mamá y papá están un poco tristes porque querían que tuvieras una vida normal. Y ahora... no estoy segura de que eso sea posible.

Trueno bostezó. Se estiró y luego subió a su regazo y se acurrucó con su cabeza en el hombro de ella.

—Nunca he sido normal, mami. Estoy cansado. ¿Puedo tomar un poco de helado?

La madre de Trueno le besó la frente y le murmuró algo. Lo sacó de la habitación, mirando a Polly por encima del hombro mientras avanzaba. En cuanto salió, entró Gilbert. Debía de haber estado parado fuera, escuchándolo todo, porque cuando la miró había maravilla en sus ojos. Polly no pudo evitar devolverle una amplia sonrisa.

—Confío en que los dos sepan que no deben contarle esto a nadie. —El padre de Trueno los fulminó con la mirada.

Polly se puso de pie y asintió.

—Por supuesto que no. Nunca lo pondría en peligro. Muchas gracias por permitirnos venir. No puedo expresarte...

—Puedes expresarlo guardando el secreto. —Su mirada se suavizó, y se pasó una mano por el pelo—. Nunca antes se había transformado. Pero es un niño fuerte e inteligente... Todo va a salir bien...

Polly asintió con la cabeza, aunque sabía que estaba hablando más a sí mismo que para ella. El dragón los volvió a mirar, gruñó, y les dijo que eran libres de irse cuando quisieran. Polly tuvo que forzarse a salir de la casa caminando; su primer instinto en cuanto sintió la brisa en el rostro fue transformarse de inmediato, pero no quería quedarse desnuda en los suburbios.

Esperó a que estuvieran fuera de la ciudad antes de decirle a Gilbert que parara el auto. Luego saltó y se desnudó por completo. Contuvo la respiración mientras sus llamas bailaban dentro de ella y se centró en la sensación de la piel de dragón en su interior. No estaba segura de cómo activarlo, pero después de un par de intentos, se las arregló para transformarse.

Fue como renacer. La fuerza fluía a través de cada músculo de su cuerpo. Sus alas se sentían naturales, las escamas de su cuerpo tan sensibles como las puntas de sus dedos. Se dio la vuelta, sintiendo el suelo bajo ella, y luego saltó en el aire. Batió con fuerza las alas y se encontró saliendo disparada hacia el cielo. Su boca se abrió y un alegre rugido surgió de ella. El viento le silbaba en los oídos. Momentos después, una sombra apareció sobre ella. Levantó la vista para

ver a Gilbert volando sobre ella. Gilbert se giró en el aire para deslizarse sobre su espalda y le guiñó un ojo antes de darse la vuelta y adelantarse.

Así que quería una carrera, ¿no? Polly pegó las patas al su vientre para ser más aerodinámica y batió sus alas con más fuerza. ¡Desafío aceptado!

Capítulo CATORCE

Era hermosa. Era toda escamas de plata, con filas de púas de color rubí en la columna vertebral y un pequeño grupo al final de la cola. Sus afiladas garras cortaban el aire mientras ella avanzaba y serpenteaba entre de las nubes. Gilbert la miró mientras volaba, con sus propias llamas ardiendo al ver la clara de alegría que sentía mientras bailaba a través del cielo. Al fin vio cómo su pecho se agitaba, y Gilbert se deslizó en círculos lentos hasta la cima de una montaña. Ni siquiera estaba seguro de lo lejos que habían volado, perdidos en la alegría del primer vuelo.

Polly aterrizó en el suelo junto a él y volvió a su forma humana. Tropezó con él, riendo. Tenía los ojos brillantes y el pelo revuelto por el viento, como el halo de un ángel. No pudo evitar acercarla a él para darle un beso. Sus cuerpos se apretujaron, desnudos por el vuelo. El aire a su alrededor pareció calentarse a medida que crecía el calor de la pasión. Gilbert sintió cómo se endurecía mientras Polly le hundía los dedos en el cabello y pasaba la lengua por su boca.

Tras un momento de frenéticos besos, ambos retrocedieron. Sus manos permanecían sobre el cuerpo del otro mientras se miraban a los ojos. Polly se mordió el labio inferior mientras le sonreía. Gilbert le devolvió la sonrisa, siguiendo suavemente el calor de sus caderas con las manos.

—Así que... cinco años viviendo el uno junto al otro y esto es lo que pasa —murmuró Gilbert.

—Cinco años —estuvo de acuerdo—. Es increíble cómo pasa el tiempo... Y finalmente, aquí estamos... —Volvió a avanzar, apretando todas las curvas de Polly contra él—. Te amo Gilbert West.

—Y te amo a ti, Polly Shields. Juro que siempre te serviré y te protegeré, como parte de la guardia del rey.

—No. —Sus manos presionaron contra su pecho, y luego se movieron para abrazarlo y tirar de él con fuerza—. Como mi compañero. Y como tu compañera, te prometo que siempre te serviré y protegeré.

El corazón de Gilbert se sintió más ligero que el aire, pero aun así se rió.

—¿Cómo se supone que vamos a servirnos y a protegernos el uno al otro? ¿No se excluyen mutuamente?

—No. —La voz de Polly era firme—. Desde luego que no.

No le permitió seguir discutiéndolo. La boca de Polly se adueñó de la suya, hambrienta y exigente, y Gilbert fue más que feliz de darle todo lo que era. Sus manos se movían frenéticamente sobre el cuerpo del otro. Gilbert la sujetó por el muslo e hizo que se lo pasara por encima de la cadera, usando una mano para estabilizarla mientras que la otra se deslizaba entre sus cuerpos. Polly gimió mientras se apoyaba en él, rompiendo el beso para enterrar la cara en su cuello. Su lengua se movió sobre su clavícula mientras los dedos de Gilbert trabajaban.

Las rodillas de Polly cedieron con un jadeo. Gilbert la atrapó y la bajó suavemente al suelo. El lecho de hojas y musgo que había debajo era suave, pero no tan suave como su cuerpo redondeado. Sus manos lo encontraron, acariciándolo suavemente mientras él continuaba complaciéndola. Gilbert jadeó y la besó de nuevo. Ambos movieron sus caderas al tacto del otro, con los cuerpos ardiendo mientras se movían juntos. No estaba seguro si el calor provenía de sus llamas llenas de fuerza o del cuerpo de ella.

Sus pechos parecieron hincharse cuando Polly respiró profundamente, y él no pudo evitar probarlos. Primero uno, chupándole el pezón con la boca, y luego el otro. Se endurecieron bajo su lengua, y Polly volvió a jadear. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo mientras una de sus manos abandonaba su hombría para enredarse en su pelo.

—Gilbert —suspiró, con la voz conmovida por el éxtasis—. Gilbert, nunca me dejes ir.

Volvió a su boca.

—Nunca.

Selló la promesa con un beso, deslizando dos de sus dedos dentro de ella al mismo tiempo. Polly lo aceptó codiciosa, mojada y más que lista. Gilbert gimió ante la idea de estar dentro de ella. Estaba tan cerca. Cada centímetro de su cuerpo ardía de necesidad mientras ajustaba su posición para estar arrodillado entre sus piernas.

Necesitaba mirarla a los ojos, así que rompió el beso. Polly jadeó, con los labios ligeramente entreabiertos y sus hermosos ojos marrones iluminado por el deseo y la excitación. Gilbert no pudo evitar sonreírle.

—Dios, eres tan hermosa.

—Tú también lo eres. —Sus manos bajaron por su pecho, dejando fuego a su paso—. Todo músculo esculpido y piel tonificada. Siempre pensé que era un cliché cuando las heroínas en las novelas románticas hablaban de sus amantes como si fueran dioses griegos. Pero eres como... eres como Eros. Pura pasión, pura belleza. Tus labios. Tus ojos. Ojalá pudiera escribir una canción sobre ellos.

Gilbert emitió un sonido de placer mientras rozaba su boca contra la de ella, y luego se colocó sobre su entrada.

—Escribamos esa canción juntos.

Polly estalló en risitas, pero éstas se convirtieron en un agudo jadeo y en un gemido cuando empezó a adentrarse en ella. Gilbert jadeó, luchando contra la urgencia de moverse de inmediato.

—¿Te he hecho daño?

—No. —Polly tenía una mano contra su pecho, pero con la otra le rodeaba el cuello, acercándolo—. Se siente tan *bien*.

Y así era. Gilbert avanzó dentro de ella, forzándose a ir despacio para darle tiempo a adaptarse. Polly se apretó a su alrededor, haciendo que sus llamas ardiesen cada vez más, y Gilbert soltó un gemido gutural. Saboreó su humo al besarla, mezclado con el suyo propio. Ambas manos de Polly se aferraban ahora a sus caderas, clavándole los dedos, aflojándolos y volviendo a hundirlos en su carne. Puso los pies en el suelo y empujó las caderas hacia arriba, y Gilbert pudo entrar completamente. Ambos jadearon, besándose y aferrándose el uno al otro durante varios segundos antes de empezar a moverse.

Gilbert no habría reaccionado si un rayo hubiera partido el día, ni si los cielos se hubieran roto para revelar estrellas cantando y bailando. El placer le nubló la su visión mientras continuaba embistiendo, todos sus esfuerzos por ser gentil saboteados por la forma en la que Polly empujaba las caderas hacia arriba, moviéndose contra él con un ritmo creciente que a Gilbert le costaba mantener.

—Gil —gruñó, y luego emitió un sonido gimoteante que lo sorprendió tanto que su ritmo vaciló. Polly se aferró a él y volvió a gimotear—. No te detengas.

Aquella orden era casi demasiado difícil de obedecer. Apretó la mandíbula, mirándola fijamente mientras continuaba moviéndose, sintiendo una embriagadora oleada de calor subiéndole por la columna. Todo amenazaba con explotar, así que movió la mano entre sus

cuerpos y pasó el pulgar sobre su clítoris. Lo repitió dos veces más y Polly se arqueó, soltando un grito que hizo que todo dentro de él se soltara. Unas oleadas negras de placer lo recorrieron por completo, y dejó de sentir su propio cuerpo. Estaba en el cielo, flotando de pura felicidad.

Cuando finalmente volvió a sí mismo se quitó de encima de Polly. El sudor cubría sus cuerpos, pero sus llamas internas evitaban que se enfriaran en el aire de la montaña. Gilbert se giró para mirarla y la encontró sonriéndole. Había tanta ternura, tanto amor en su mirada, que le quitó el aliento. Si no se hubiera sentido todavía medio fuera de su cuerpo, habría vuelto a meterse entre sus piernas y la habría hecho suya de nuevo en aquel mismo instante.

—Ha sido increíble. —La voz de Polly tenía una calidad más grave y ronca de lo habitual.

—Sí —estuvo de acuerdo. Su mano encontró la de ella y sus dedos se entrelazaron—. No me había dado cuenta de podía sentirse tan bien.

Polly negó con la cabeza.

—Yo tampoco. Pero supongo que ahora lo sabemos.

Gilbert asintió, perdido con solo mirarla.

—Toda esta experiencia es tan estimulante. Nunca me había dado cuenta de que sentía que me faltaba algo hasta que he podido pasar a mi segunda piel, volando por los aires. Y eso tampoco era lo que esperaba. —Rodó para quedar de costado y le puso la mano a Gilbert sobre el pecho, extendiendo los dedos sobre sus pectorales—. Pensé que se necesitaría un poco de aprendizaje, pero no. Era como si hubiera estado volando toda mi vida.

—Es instintivo para los dragones.

Polly se mordió el labio y bajó la vista, y luego volvió a mirarlo. Había un brillo en sus ojos, pero también un poco de vergüenza.

—¿Soy... bonita?

—Hermosa.

—Quiero decir como dragón.

—Lo sé. —Le sonrió—. Eres el dragón más hermoso que he visto en mi vida. Tienes un delicado patrón de copos de nieve en las alas. Nunca había visto nada igual. Tus escamas parecen de plata. Es precioso.

Su sonrisa se amplió, y luego desapareció. Una mirada de asombro cruzó su rostro y se sentó de un salto.

—¡Mi padre!

Gilbert tuvo que admitir que se había olvidado por completo del rey en su entusiasmo por ver a Polly curada. Se sentó y la abrazó.

—Si tu maldición ha desaparecido, sólo podemos esperar que también haya desaparecido la de tu padre. Y si no lo ha hecho, ahora sabemos cómo curarlo.

La preocupación en su cara se desvaneció, viéndose reemplazada por pura determinación. Sus hombros se enderezaron, y se puso en pie. Polly hizo un gesto de dolor al hacerlo, y Gilbert se apresuró a imitarla. Había tenido la intención de ayudarla, pero las piernas le temblaban tanto que fue ella quien terminó soportando su peso.

—Quiero ir con él. Ahora.

Gilbert asintió. Le tomó la mano, la besó señaló en la dirección correcta.

—Tendremos que regresar para devolver el auto de alquiler y recoger nuestros pasaportes, pero estaremos en camino muy pronto. Pronto oscurecerá... Supongo que es algo bueno. No sabemos si el clan de Claire sigue detrás de ti.

Polly frunció el ceño. El humo emergió de sus fosas nasales y se apoyó en las rodillas, con un

gruñido retumbándole en el pecho.

—¡Será mejor que no lo estén! O les mostraré el carácter que tiene la versión dragón de Polly. No es tan agradable como la Polly humana.

Gilbert se rió.

—No creo que nunca te hayas echado atrás en una pelea.

—Tal vez no. Vamos, no tenemos tiempo que perder.

Gilbert asintió con la cabeza. Los dos se transformaron y saltaron al cielo. Le preocupaba que fuera más difícil volar después de todo el esfuerzo que había realizado, pero tenían viento de cola y llegaron rápidamente al coche. Tomaron tierra y volvieron a su forma humana. Mientras se estaban vistiendo, sin embargo, hubo un repentino estallido de fuego en el cielo y dos enormes dragones rojos sangre cayeron sobre ellos.

Gilbert gritó y se levantó para transformarse, pero antes de que pudiera hacer nada una cola enorme le golpeó de lleno en el estómago. Lo arrojó contra un árbol, que se astilló con el impacto. Gilbert se quedó sin aire en los pulmones. Oyó como el grito de Polly se convertía en un rugido, y su hermosa forma plateada surgió de la nada.

Gilbert se puso en pie de un salto y corrió a ayudarla. Sus llamas cobraron vida cuando su dragón salió de su forma humana; con un rugido que imitaba el de Polly, atacó al dragón más cercano. Saltó sobre su espalda y le rasgó las alas, destrozando la delgada membrana en un corte limpio. El dragón aulló de dolor y se lo quitó de encima. El otro se le acercó y cerró sus mandíbulas alrededor de su garganta al mismo tiempo que le hundía las garras en el vientre, enviando escamas volando en todas direcciones.

Polly rugió de dolor. El corazón le saltó a la garganta. Se apartó del dragón que le atacaba y se lanzó a protegerla, pero llegó demasiado tarde. Su rugido se convirtió en un grito y Gilbert vio cómo su forma plateada desaparecía hasta convertirse de nuevo en su forma humana. Uno de los dragones la tenía sujeta por el cuello y gruñó a Gilbert.

La advertencia era más que clara. Gilbert volvió a su forma humana, se arrodilló y colocó las manos tras la nuca.

—No —gimoteó Polly.

Entonces algo duro le golpeó la parte de atrás de la cabeza y todo se volvió negro.

Capítulo QUINCE

Los cepos alrededor de su garganta y de las muñecas le apretaban, pero cuando pidió a sus captores que los aflojasen, éstos sólo se rieron. Sus llamas rugían dentro de ella, pero estaba segura de que se habría hecho un daño considerable si intentaba transformarse mientras estaba inmobilizada de aquel modo. Aun así consideró hacerlo de todos modos y tratar de asar a todos aquellos tipos hasta que Gilbert se despertó.

Verlo vivo y de una pieza hizo desaparecer lo peor de su ira. Todavía estaba furiosa por haber sido secuestrada de aquella manera, pero también había un buen trozo de miedo. Acababa de conseguir a su dragón; ¿qué iba a pasar ahora? Apretó los puños y ella respiró profundamente, forzándose a mantener la calma. No tenía sentido entrar en pánico.

Encontraría una forma de salir de aquella. Tenía una idea bastante aproximada de quién era el responsable de todo, y sabía lo que quería... Quería vivir. Quería recuperar a su dragón. De no haber sido aquello un secuestro, Polly habría sentido pena por el rey cuando fueron llevados ante él.

Su pelo era oscuro y tenía la espalda recta, pero había un profundo cansancio en su rostro que le hacía parecer un anciano. Estaba sentado en un trono, envuelto en tela de colores brillantes. A pesar de la edad que se reflejaba en su rostro, tenía el cuerpo de lo más musculoso, y Polly podía ver que era un hombre muy guapo. Unos ojos inteligentes la examinaron, y el dragón sonrió.

—Bienvenida, joven Patil.

Patil. Era el nombre que su padre le había puesto. Apretó los puños con más fuerza. Su madre no sólo le había robado a su familia y su herencia, sino que también le había cambiado el nombre. Apartó aquella idea de su mente: podía entender por qué su madre había hecho lo que había hecho, y aquel no era el momento de pensar en ello.

Asintió.

—Hola. Asumo que eres el compañero de Claire que fue maldecido recientemente.

El rey inclinó la cabeza.

—Soy Eztli. Mis exploradores dicen que ahora eres capaz de transformarte... Lo que hace que me pregunte, ¿me has transferido de alguna manera tu maldición?

—No. —Polly arqueó las cejas—. Yo...

No podía contarle lo de Trueno. Cerró la boca y miró a Gilbert en busca de ayuda. Los ojos de éste ardían mientras miraba con ira a Eztli. Abrió la boca, pero antes de que pudiese hablar Eztli hizo un gesto con la mano. Uno de sus hombres le puso una mano en el hombro a Gilbert, advirtiéndole de que guardara silencio.

—No eres de la realeza; no puedes dirigirte a mí —dijo el rey perezosamente. Miró a Polly—. En cuanto a ti, me alegro de que hayas roto tu maldición. Espero que eso signifique que mi maldición también se rompa cuando beba tu sangre.

Un temblor recorrió sus miembros y Polly retrocedió instintivamente.

Eztli ladeó la cabeza, estudiándola, y luego la agitó.

—No quiero matarte. Si esto funciona, serás libre de irte. Si no... Bueno, para eso está él. Sabemos que tu rey lo envió a estudiar la medicina humanas para tratar de eliminar esta maldición. Tal vez sirva de algo...

Polly levantó la barbilla. Había un destello peligroso en los ojos del rey, pero no iba a permitir que la intimidase en silencio.

—Eres consciente de que tu compañera ha sido capturada, ¿verdad?

La media sonrisa en la cara de Eztli desapareció. Sus manos se convirtieron en puños sobre los brazos de su silla.

—¿Claire?

—La han capturado —repitió Polly—. Será mejor que tome eso en consideración cuando piense en qué hacer con nosotros. Porque estoy segura de que se pudrirá en la cárcel si nos hacen daño.

Los ojos de Eztli se entrecerraron. Sus dientes rechinaron. Golpeó el brazo de su trono.

—¡Sáquenlos de aquí!

Polly gritó mientras los sacaban. El corazón le latía con fuerza en el pecho, pero estaba segura de una cosa; había encontrado una grieta en su armadura. Una que, con suerte, les permitiría salir de aquello de una pieza.

La habitación en la que el rey los puso era sorprendentemente cómoda. Polly fue hasta la ventana, mirando la jungla de Belice. Los pensamientos de que aquel debería haber sido el hogar en el que hubiera crecido, con los de su propia especie, seguían plagando su mente por mucho que intentaba hacerlos a un lado. No se podía cambiar el pasado, y no era como si su madre no hubiera sufrido por lo que había hecho.

Miró a Gilbert, que estaba leyendo un montón de papeles que les habían dado. Un ceño le arrugó la frente y una ráfaga de calor la llenó por completo. ¿Cómo sería estar separada de él durante un año, sin hablar ya de todos los años que su madre había vivido sin su pareja? Nunca había salido con nadie, ni siquiera había ido a tomar un café con un hombre. Había sido fiel a su padre todos aquellos años.

Con un suspiro, se quitó también aquel pensamiento de la cabeza y se acercó a Gilbert, colocando la mano sobre la de él.

—¿Algo interesante?

—Sí. Para empezar, ¿esta maldición? No tiene nada que ver con que Eztli esté emparentado contigo. Mira esto. —Le mostró una página llena de palabras que Polly no entendía—. Son viejas leyendas que hablan de la maldición de tu familia; fueron maldecidos porque un antepasado lejano traicionó al Emperador.

Los ojos de Polly se abrieron de par en par.

—A eso se refería... Cuando Trueno me curó, dijo que la deuda había sido perdonada. Así que Eztli está maldito porque...

—Porque Claire y él intentaron matar a Trueno y a su madre cuando estaba embarazada de él. Y también hubo otros... Mira, tienen informes diciendo que ninguno de sus aliados en el intento de evitar que el Emperador naciera ha sido visto en su forma de dragón.

Polly dejó escapar un aliento tembloroso.

—¿Cuánto quieres apostar a que él ya lo sabe y que también sabe que beber mi sangre no hará nada? —Se miró el brazo. El pequeño pinchazo que había indicado dónde se le había insertado la aguja en el brazo para extraer la sangre ya casi había desaparecido—. Gil, si ya lo sabe, entonces...

—No dejaré que te lastime. —La voz de Gilbert estaba llena de ira y fuego—. He hecho grandes progresos en mi investigación. Se lo daré todo. No dejaré que te lastime.

Polly asintió, pero antes de que pudiera abrazarlo y aferrarse a él, la puerta se abrió. Los guardias que los habían traído allí entraron. Uno de ellos le puso una mano alrededor de la parte superior de su brazo mientras el otro agarraba a Gilbert. Los arrastraron fuera de la habitación, y muy pronto se encontraron de nuevo ante Eztli. Su expresión rozaba la de un asesino.

—He hablado con los tontos que creen que pueden alejarme de mi Claire.

Polly tragó saliva. Aquello no sonaba bien.

—Se niegan a devolvérmela a menos que los entregue a los dos. —Se detuvo, y luego agitó la cabeza—. No puedo hacerlo. Beber tu sangre no ha funcionado; no puedo dejarte ir hasta que esté curado.

—Pero Claire... —empezó a decir Gilbert.

—¡Claire está embarazada! —Rugió el enorme dragón—. Ella lleva a mi hijo en su vientre, y ese niño lleva esta maldición. No renunciaré a la oportunidad de curar a mi linaje, aunque eso signifique que no volveré a ver a mi pareja. Mi hijo es mucho más importante que mi felicidad.

—¡Pero sabes por qué estás maldito! —gritó Gilbert—. Sabes que es porque traicionaste al Emperador. Polly se curó porque se liberó. No vas a llegar a ninguna parte...

—¿Y si le arranco el corazón y lo consumo?

A Polly se le heló la sangre.

Eztli se inclinó hacia delante, con las manos sobre las rodillas.

—Existe la posibilidad de que funcione, hemos visto muchas investigaciones al respecto. Pero, como he dicho antes, no quiero hacerle daño... Sin embargo, haré lo que sea necesario. Así que, Gilbert West —dijo el nombre como si fuera un insulto—, ¿continuarás tu investigación como mi sirviente, o tendré que encontrar otros tratamientos?

Polly gruñó, con sus llamas rugiendo, pero Gilbert permaneció tranquilo.

—No tienes que amenazarla. Te daré toda mi investigación y...

—Y continuarás hasta que encuentres una cura. Si no, ella muere. Todo lo que tienes me pertenecerá. Me entregarás toda la investigación sólo a mí y no se la darás a nadie más.

La mandíbula de Gilbert se tensó, pero asintió lentamente. Polly podía ver cuánto le dolía; todo lo que hacía, lo hacía por el bien de los demás. Nunca se había tratado sólo de su clan. Había visto lo mucho que significaba para él cuando le había contado todas las vidas que había mejorado. Su rabia se convirtió creció hasta alcanzar su límite, y Polly no soportó quedarse allí de pie y ver cómo aplastaban sus sueños.

Justo en el momento en que se lanzó hacia delante, las paredes de piedra que los rodeaban se hicieron añicos. Un grito de sobresalto surgió de entre sus labios cuando media docena de dragones entraron a toda velocidad. Tropezó hasta que reconoció a uno de ellos: Shane. Una amplia sonrisa le cruzó el rostro y se levantó y atacó al rey. Éste no vio venir su golpe hasta que fue demasiado tarde; sus nudillos chocaron con su cara, haciendo que el dolor le subiera por el brazo, pero no le importó. El rey tropezó hacia atrás, volviendo a caer en su trono.

Polly gruñó mientras agarraba al rey por el cuello y empezó a sacudirlo.

—¡Nunca pondrás tus manos en la investigación de mi compañero!

Le dio un puñetazo en el estómago, arrancándole todo el aire de los pulmones con un silbido. El rey la empujó, alejándola, y de repente Gilbert apareció a su lado. No tuvo piedad del rey, hundiéndole el puño en el cuerpo una y otra vez. Polly se puso de pie de un salto y le agarró el brazo; Gilbert nunca se lo perdonaría si infligía algún daño permanente.

A su alrededor, los pocos guardias que se habían levantado en defensa de su rey fueron derribados por los guardias de Polly. Uno de los dragones, de color verde, se transformó, tomando la forma del padre de Trueno. Con un solo grito, sus dragones pusieron a los guardias de rodillas. Pronto todos volvieron a estar en su forma humana, jadeando y derrotados. Polly apartó a Gilbert del rey y éste se volvió inmediatamente hacia ella, tomándole la cara entre sus manos.

—¿Estás bien? —susurró.

Polly asintió.

—Sí. Estoy bien. ¿Y tú?

Gilbert asintió con la cabeza.

El padre de Trueno se adelantó y miró disgustado a Eztli.

—Tú y tus hombres seréis retenidos por los clanes leales de la zona, hasta que se celebre vuestro juicio. No esperes piedad de mí ni de mi compañera, Eztli. Lleváoslo.

Observó con furia cómo Eztli y sus hombres eran llevados fuera a rastras. Shane corrió hacia Polly y la abrazó. Aunque ambos estaban desnudos, no se sentían avergonzados; eran como hermanos, y la desnudez no era un gran problema entre dragones, después de todo. Shane se echó hacia atrás y le sonrió.

—Vamos a llevarte a casa.

Una ola de nostalgia la inundó mientras pensaba en el pequeño castillo junto al mar, en su padre y en la gente que la amaba sin siquiera conocerla.

—Sí —estuvo de acuerdo—. Vamos a casa.

Capítulo DIECISÉIS

El rey y su compañera caminaban varios metros delante de ellos, tomados del brazo. Las arrugas y la edad que habían marcado el rostro del rey durante tantos años, habían desaparecido, y caminaba con un paso ligero que Gilbert nunca antes había visto. Le susurró algo al oído a Jessica y ésta se rió como una colegiala.

Iba a tomar tiempo para que el rey y el clan perdonaran a su Reina Consorte por huir y llevarse a Polly con ella. No podían recuperar todos aquellos años. Pero, al ver el amor tan visible en sus rostros, Gilbert no pudo evitar pensar que quizás había una posibilidad de que tuvieran un final feliz después de todo.

A su lado, Polly suspiró. Cuando la miró vio que estaba sonriendo suavemente.

—Nunca había visto a mamá tan feliz —murmuró. Apretó la mano de Gilbert.

—Ha recuperado a su compañero. Eso haría feliz a cualquiera. —La detuvo y la miró seriamente a los ojos—. ¿Cómo lo estás llevando? Sé que ha sido un gran cambio, sobre todo porque todo el mundo sigue llamándote Patil.

Polly se encogió de hombros.

—Era mi nombre. Estoy pensando en reclamarlo, en realidad. Me gusta Polly, pero Patil... es más yo, ¿entiendes?

Gilbert asintió con la cabeza. Sólo podía imaginarse cómo debía de ser todo aquello para ella. Pero si una cosa era segura, era que él estaría ahí para ella en cada paso del camino. Volvió a apretarle la mano y su sonrisa se amplió.

—En cuanto al resto... lo estoy haciendo bien. Sigo trabajando en perdonar a mi madre, pero todo llegará. Tuve una larga charla con mi padre —dijo radiante— y he aprendido muchas más sobre la maldición. No puedo culpar a mamá por tratar de evitarme ese destino, por mucho que esté en desacuerdo con lo que hizo. Nuestra relación es un poco tensa ahora mismo, pero creo que al final lo conseguiremos.

Gilbert se llevó su mano a los labios.

—Bien.

Polly empezó a caminar de nuevo. El rey y su compañera habían desaparecido, y dado que estaban cerca de una densa arboleda, Gilbert pensó que sería buena idea dar la vuelta y caminar en dirección contraria. Un fuerte gemido entre los árboles le dijo que era una buena idea, y Polly y él corrieron de vuelta por el camino.

—¡Ew! —se rió Polly—. No necesitaba oír eso. ¿Es que no tienen vergüenza?

—Probablemente no. —Gilbert se rió—. Cambiemos de tema para que no tengamos que pensar en eso. Te oí hablando con los chicos Freeman antes. ¿Hay algún chisme jugoso?

Polly puso los ojos en blanco, pero el cambio de tema funcionó.

—En realidad sí. Shane y Kayla por fin han fijado una fecha para casarse. Al parecer hubo una discusión sobre si lo iban a hacer, ya que saben que son compañeros y no es necesario, pero Shane quiere una excusa para celebrar una gran fiesta, así que... Y Bernie está embarazada de nuevo. Xavier tendrá pronto una hermanita... —Hizo una mueca cuando el débil sonido de su madre rogando por más llegó hasta ellos—. Hablando de hermanos menores, ¿qué probabilidades hay de que ellos...?

Gilbert negó con la cabeza.

—Lo dudo. Les costó mucho concebirte.

—¿Por problemas de fertilidad o por la maldición?

Aquel era un punto discutible. Gilbert suspiró, sabiendo lo que estaba preguntando realmente.

—Todas las pruebas que he hecho muestran que el rey está mejor; el daño neurológico se está revirtiendo. Me está dando mucho con lo que trabajar en mi investigación, en realidad. Hará mucho para ayudar a los humanos que sufren enfermedades neurológicas.

Polly inclinó la cabeza por un momento antes de mirarlo.

—Aún no ha podido transformarse.

—Pero puede escupir fuego. La semana pasada ni siquiera podía hacerlo. —Le apretó la mano para reconfortarla—. Sólo tenemos que ser pacientes. Sucederá pronto.

Polly asintió. Caminaron en silencio, y Gilbert consideró cómo debía ser todo aquello ser para ella. Acababa de conocer a su padre y, aunque no se lo iban a arrebatarse de repente, todavía había temores de una recaída. Pero estaba seguro de que todo iba a salir bien.

Su mente se volvió a Claire Perry y su pareja. Oficialmente, el Emperador aún se ocultaba del mundo. Sus padres querían darle una infancia lo más normal posible. Gilbert dudaba hasta qué punto funcionaría, pero nadie conocía todavía la identidad de Trueno. Bueno, aparte de un grupo todavía pequeño. Claire y Eztli habían sido encarcelados, aunque Trueno les había quitado la maldición por el bien de su hijo. Era un niño sabio, lleno de empatía. Gilbert sólo podía imaginar lo maravilloso que sería cuando llegase el momento de que asumiera el papel de líder de todos los clanes, uniéndolos de nuevo al fin.

Su sonrisa se amplió cuando volvió a mirar a Polly. Tenía mucho que aprender sobre la cultura de la que había venido, pero también iba a poder ver cómo todos sus sueños se hacían realidad. El clan había pagado todas sus deudas, e iba a volver a la universidad en otoño. Sólo le tomaría una hora volar de allí al campus todos los días, que era más o menos el tiempo que habría pasado en el autobús si hubiera vivido en la ciudad.

Estaba tan emocionado de ver todos sus sueños realizados.

Polly captó su sonrisa y se la devolvió, mirándolo perpleja.

—¿Por qué sonrías?

—Por ti. Eres tan hermosa. Y has vuelto a casa. Sé que no es lo que esperabas de la vida...

— Esto es todavía mejor —le aseguró—. Me muero de ganas de aprender todo sobre ser la Reina Hija. Y tengo un gran maestro... Es dulce, lindo y encantador...

—Suenan maravillosos. —Gilbert le envolvió la cintura con los brazos—. ¿Puedes conseguirme su número? Suenan como un buen partido.

Polly se rió y después lo besó. Sus llamas ardieron, dándoles un mezclado sabor a humo en las lenguas. Cuando Polly retrocedió, le dirigió una mirada que él conocía muy bien y lo apartó del camino hacia a un montón de arbustos que los escondería de cualquier que pasara. Una vez allí lo tiró al suelo y se colocó sobre él, boca contra boca, cuerpo contra cuerpo. Gilbert le acarició la figura, sin poder creer lo afortunado que era.

Tenía a su compañera. Tenían su futuro. Y todo estaba bien.

FIN

Gracias!

Espero haya disfrutado leer mi libro tanto como yo escribirlo.

Agradecería si pudiera compartir una reseña que me permita mejorar continuamente mis libros y me motive a seguir escribiendo.

Más libros de Jasmine Wylder

Los Lobos de las Rocallosas

[El Deseo del Alpha](#) (Libro 1)

[El Destino del Beta](#) (Libro 2)

[El Amor del Alpha](#) (Libro 3)

[La segunda Oportunidad del Beta](#) (Libro 4)

El Amor del Oso

[La Virgen del Oso](#) (Libro 1)

[La segunda Oportunidad del Oso](#) (Libro 2)

[La Niñera del Oso](#) (Libro 3)

[La Bebé del Oso](#) (Libro 4)

[La Compañera del Oso](#) (Libro 5)

Sobre Jasmine Wylder

Jasmine Wylder es una Agente Inmobiliaria de día y una emergente Autora de Romances Paranormales & Aventuras de noche. Proveniente de California, su pasión por las historias ardientes, las escenas calientes y el romance de todo tipo comenzó desde el principio y se ha mantenido desde entonces.

Cuando no está creando tramas cautivadoras, a Jasmine le encanta pasar tiempo al aire libre, practicar yoga, pintar y disfrutar de la buena cocina. También es una entusiasta amante de los animales (especialmente los perros) y es la dueña orgullosa de una Husky llamada Luna y una Yorkie llamada Anya.

Ya sea que se trate de un amor de otro mundo (literalmente), dragones mutantes que incendian tu corazón o un deseo vampírico inextinguible, ¡Jasmine te cautiva!

Síguela en Amazon

ES: <https://amzn.to/2MpyIzb>

US: <https://amzn.to/2LgEva8>

Pon *Me gusta* en Facebook

<https://www.facebook.com/PurePassionReads/>

Síguela en Instagram

<https://www.instagram.com/purepassionreads/>